Para mi amigo José Luis Cano
Con un cordial saludo
Cyrus De Coster

Pedro Antonio de Alarcón
Obras Olvidadas

José Porrúa Turanzas, S.A.
EDICIONES

Director General:
JOSÉ PORRÚA VENERO

Sub-Director General:
ENRIQUE PORRÚA VENERO

Director:
CONSTANTINO GARCÍA GARVÍA

Asesor literario:
BRUNO M. DAMIANI

studia humanitatis

Directed by
BRUNO M. DAMIANI
The Catholic University of America

ADVISORY BOARD

JUAN BAUTISTA AVALLE-ARCE
University of North Carolina

THEODORE BEARDSLEY
The Hispanic Society of America

GIOVANNI MARIA BERTINI
Università di Torino

HEINRICH BIHLER
Universität Göttingen

HAROLD CANNON
National Endowment for the Humanities

DANTE DELLA TERZA
Harvard University

FRÉDÉRIC DELOFFRE
Université de Paris-Sorbonne

O. B. HARDISON
The Folger Shakespeare Library

HANS FLASCHE
Universität Hamburg

ROBERT J. DIPIETRO
University of Delaware

GIOVANNI FALLANI
Musei Vaticani

JOHN E. KELLER
University of Kentucky

RICHARD KINKADE
University of Arizona

JUAN M. LOPE BLANCH
Universidad Nacional Autónoma de México

LELAND R. PHELPS
Duke University

MARTÍN DE RIQUER
Real Academia Española

JOSEPH SILVERMAN
University of California (Santa Cruz)

BIBLIOTECA
José Luis Cano
3
F
190
R-46-543

Pedro Antonio de Alarcón
Obras Olvidadas

edición de
CYRUS DECOSTER
Northwestern University

shus studia humanitatis

Publisher and distributor
José Porrúa Turanzas, S.A.
Cea Bermúdez, 10 - Madrid-3
España

Distributor for U.S.A.
Studia Humanitatis
1383 Kersey Lane
Potomac, Maryland 20854
U.S.A.

© Cyrus DeCoster 1984
Library of Congress Catalog Card Number 83–051241
International Standard Book Number 0–935568–59–X

Printed in the United States of America
Impreso en Los Estados Unidos

Cea Bermúdez, 10 - Madrid-3
Ediciones José Porrúa Turanzas, S.A.

A
Barbarita

Indice

Introducción

I. Artículos de *El Látigo* 3
II. Las obras posteriores 14

Artículos de *El Látigo*

I. Latigazos 27
II. La Prensa en Espíritu 31
III. Artículos 45
1. Cortes Constituyentes. Sesión profética del día __ de __ de 1854 45
2. Impresiones de viaje. Loja 49
3. Errata 56
4. El nuevo presupuesto 61
5. Las bienaventuranzas parafraseadas por la Unión Liberal 62
6. Catecismo para 1855 66
7. Bases de la constitución 69
8. Lamentables equivocaciones. A *La Verdad*, periódico 72
9. Viaje del *Hijo-Pródigo* en busca de la *Moralidad* 74
10. ¿De qué escribiremos? 77
11. Nuevo programa de *El Látigo* 80
12. Un sí y un no 81
13. ¿Qué es *El Látigo*? 82
14. El agarrotado 84
15. Proyecto de constitución de los redactores de *El Látigo*. Bases 88
16. ¡Estamos procesados! 90
17. ¡Estamos absueltos! 92
18. Vida del *Hijo-Pródigo* 94
19. Señores redactores de *El Látigo* (Carta) 95

Las obras posteriores

I. Artículos de viaje 99
1. Viaje a París en 1855 99
2. Napoleón en Santa Elena 132
3. La portera de Víctor Hugo 137
4. La tumba de Balzac 142
5. España y los franceses 146

II. Artículos de crítica literaria y musical 153
1. Revista de Madrid 153
2. Revista de Madrid. Historia de la semana 157
3. Revista de Madrid 164
4. Revista de teatros. De *Los comuneros* 167
5. Ronconi 172
6. Filosofía alemana 176
7. Revista de teatros 178
8. Crónica de teatros 184
9. Revista de Madrid 189
10. Gran revista de teatros 193
11. Revista literaria. *El tejado de vidrio* 200
12. Revista de teatros. *La hija de la Providencia* 208
13. Revista de teatros. *La bola de nieve*. (Notas) 212
14. Crítica literaria. Don Manuel Fernández y González 213
15. *Obras poéticas* de D. Mariano Roca de Togores, marqués de Molins 226
16. *Baltasar*, tragedia de la señora Gómez de Avellaneda 233
17. *De Villahermosa a la China* 239
18. Confesión general de la literatura contemporánea 244
19. Revista musical. A propósito de *Macbeth* 248
20. Real Academia Española. Discursos leídos en la recepción pública del Sr. D. Manuel Cañete 254
21. *Cid Rodrigo de Vivar*...por D. Manuel Fernández y González 265
22. Revista de teatros 268
23. Necrología. D. José Jiménez Serrano 272
24. La censura de teatros 275
25. Vicente W. Querol, *Rimas*. Prólogo 279

III. Cuadros de costumbres 287
1. Un folletín 287
2. El Buen Retiro 291
3. Madrid a vista de buho 296

IV. Cuentos 300
1. A nadie 300
2. La cruz de palo 305
3. Mañanas de abril y mayo 337
V. Artículos humorísticos 345
1. Memorias de mi capa 345
2. Los postres 350
3. Anécdotas de mi tiempo 352
VI. Artículos políticos 357
1. Dedicatoria (Carta a *La Esperanza*) 357
2. *El Eco de Tetuán*. Introducción 360
3. Bibliografía. *O'Donnell y su tiempo* *361*
4. El prusiano no es España 365
5. ¿Debe ser alfonsista la Unión Liberal? 374
6. Una carta de Alarcón (*De Vad-Rás a Sevilla*) 380
Indice onomástico 383

Introducción

SATIRAS

EN PROSA Y VERSO

LATIGAZOS.

CARICATURAS.

CUENTOS-VERDAD.

SEMBLANZAS.

EL LATIGO.

DIARIO SATÍRICO DEMOCRÁTICO.

AÑO II.-1855.-MADRID.

MADRID: *Seis reales al mes* en la Administración, calle del Amor de Dios, núm. 2, bajo, y en las librerías de Bailly, Cuesta y Monier.—PROVINCIAS: *Veinte y cuatro reales el trimestre* en las oficinas de Correos y principales librerías. Se puede suscribir directamente y por meses á *siete reales* acompañando libranzas ó sellos.—ULTRAMAR Y ESTRANJERO: *Habana*, Charlain y Fernández; *Lisboa*, redacción del *O'Progreso; París*, rue Hauteville 13; *Londres*, 35 Morgate-Street.—ANUNCIOS Y COMUNICADOS: Sólo se admiten en la Administración de 9 á 5.—CORRESPONDENCIA: Toda *franca* precisamente, con sobre al *Administrador.*

NO. 52-14 DE ENERO S. HILARIO

I. Artículos de *El Látigo*

Los primeros esbozos

Pedro Antonio de Alarcón vio la luz en Guadix el 10 de marzo de 1833, el cuarto hijo de diez de una familia distinguida pero que había venido a menos y que vivía con ciertos apuros. No pudiendo sus padres darle una carrera universitaria, Alarcón fue por necesidad en gran parte autodidacto. Martínez Kleiser en su biografía cita de un cuaderno donde Alarcón había apuntado unos datos biográficos.[1] Niño precoz, Alarcón comenzó la escuela cuando sólo contaba tres años y medio. Dio principio a los estudios de latín a los nueve, y dos años más tarde empezó los de filosofía. En setiembre de 1847 y tras previo examen, nuestro autor recibió el título de bachiller en Granada, en cuya universidad ingresaría el mes siguiente con el propósito de estudiar la carrera de derecho, lujo que, por otra parte, sus padres no podían permitirse. Ante la imposibilidad de proseguir sus estudios jurídicos, Alarcón tornó sus ojos hacia el sacerdocio, carrera que parecía prometedora a un joven inteligente. En enero de 1848, se matriculaba en el seminario de su ciudad natal. Pero sentía poca vocación y por fin colgó los hábitos sin terminar la carrera. Su verdadero amor era la literatura y leía indistintamente durante estos años todo lo que encontraba en Guadix. No obstante, su educación formal era fortuita. Aprendió por sí mismo el francés y el italiano sin la ayuda de diccionarios ni gramáticas, éste, cotejando una versión italiana de *La Eneida* con la original, aquél, comparando traducciones francesas y españolas de *La Jerusalén libertada* de Tasso.

---

[1] Luis Martínez Kleiser, *D. Pedro Antonio de Alarcón. Un viaje por el interior de su alma y a lo largo de su vida*, en Alarcón, *Obras completas*, 3a ed., Madrid, Fax, 1968, págs. vi-vii. Para los datos biográficos de Alarcón he utilizado el estudio de Martínez Kleiser, que pudo consultar el archivo de los herederos de Alarcón, pero principalmente el de Mariano Catalina, *Biografía de D. Pedro Antonio de Alarcón*, en Alarcón, *Obras completas*, págs. 1899–1913. Catalina primero publicó este estudio en 1881 como prólogo del primer tomo *Cuentos amatorios* de las *Obras completas* de Alarcón en la "Colección de Escritores Castellanos," y lo continuó en 1905 hasta la muerte de Alarcón. Catalina era intimo amigo de Alarcón, y su biografía es considerada la oficial.

Alarcón empezó a escribir muy joven. En 1848–49 compuso cuatro comedias en verso, incluyendo un drama histórico titulado *La conquista de Guadix*, que fueron representadas por grupos de aficionados. Desafortunadamente, los manuscritos han desaparecido. De esta misma época data su primera obra en prosa, "Descubrimiento y paso del Cabo de Buena Esperanza," una crónica de los viajes de descubrimiento en Africa terminando con Vasco da Gama. La novela romántica, *El final de Norma*, que finalmente publicó en 1855 en una versión alterada, también es de este periodo.

En 1852, Alarcón se unió con Torcuato Tárrago, que más tarde escribiría numerosas mediocres novelas históricas, para fundar una revista, *El Eco de Occidente*, que se editaría en Guadix pero que se publicaría en Cádiz con la subvención de un mecenas de allí. En enero de 1853 Alarcón salió de casa; fue primero a Cádiz y después a Madrid. Trató de encontrar un editor para su continuación del poema filosófico de Espronceda, *El diablo mundo*, pero cuando supo que Miguel de los Santos Alvarez acababa de publicar su versión, Alarcón quemó la suya. Tenía entonces sólo diecinueve años, y sin amistades no se abrían caminos, y se agotaba el dinero. Cuando fue llamado a filas, el hijo pródigo volvió a Guadix y sus padres le redimieron del servicio militar.

De Guadix Alarcón se trasladó a Granada en donde comenzó a publicar *El Eco de Occidente* a partir del primero de enero de 1854. Abandonó la dirección de la revista en julio, sucediéndole José Salvador de Salvador. En noviembre del mismo año, Alarcón pasó a Madrid, y a principios del año siguiente *El Eco de Occidente* cesó de existir.

No he podido encontrar ejemplares de *El Eco de Occidente* publicados en Cádiz, aunque fueron anunciados en venta en un volumen encuadernado.[2] Sin duda los cuentos de Alarcón fechados 1852 y 1853, "El amigo de la muerte," "La buenaventura," "El clavo," "Dos retratos" y "La cruz de palo," salieron primero en los números gaditanos de la revista. Después, unos cinco años más tarde, volvió a publicarlos, sin duda en versiones alteradas, en revistas madrileñas, *El Museo Universal, Semanario Pintoresco Español, La América* y *El Mundo Pintoresco*.[3] No se sabe cuáles fueron sus otras contribuciones a *El Eco de Occidente* durante estos años. Alarcón era precoz. Escribió este material, que incluye algunos de sus cuentos más populares cuando tenía sólo diecinueve o veinte años.

Existen varias colecciones de la época granadina de la revista.[4] Tras una

---

[2] Ni las hemerotecas municipales de Granada, Cádiz o Sevilla, ni las bibliotecas universitarias de Granada o Sevilla ni la Biblioteca de Temas Gaditanos en Cádiz tienen ejemplares.

[3] "La cruz de palo," que salió en *El Mundo Pintoresco* en 1858, es el único de estos cuentos que Alarcón no recogió en las *Obras completas*.

[4] La Biblioteca Nacional en Madrid tiene una, la biblioteca de la Universidad de Granada, dos, y la Hemeroteca Municipal de Granada, una colección incompleta.

revisión, Alarcón publicó de nuevo, en varias revistas, siete cuentos—"¡Buena pesca!," "El extranjero," "El rey se divierte," "El asistente," "¿Por qué era rubia?," "La corneta de llaves," y "El abrazo de Vergara";[5] dos cuadros—"La fea" y "Lo que se ve con un anteojo"; y dos poemas—"A las nubes" y "El cigarro," obras que ya habían aparecido en *El Eco* y que también coleccionó en sus *Obras completas*. Por su parte, en 1924, Agustín Aguilar y Tejera recogió, en *Dos ángeles caídos y otros escritos olvidados*, los otros trabajos de Alarcón que se publicaron en *El Eco de Occidente* de ese año. Contiene "Dos ángeles caídos," un cuento satánico muy romántico, y varios cuadros de costumbres, artículos y poemas, todo de un interés muy relativo.[6] Se puede suponer que el material "perdido" de la primera época era igualmente sin trascendencia.

Alarcon, Redactor de *El Látigo*

En Granada las actividades de Alarcón se ensancharon. Pertenecía a la Cuerda Granadina, un grupo de bohemios jóvenes, tomando parte en sus extravagantes calaveradas. Por esta misma época, Alarcón comenzó a intervenir en la política, no cesando, por ello, en sus actividades literarias. En junio de 1854 el general O'Donnell se levantó contra el gobierno autocrático de Sartorius.[7] El 30 de junio tenía lugar, en las afueras de Madrid, el encuentro de Vicálvaro, de suerte indecisa, y que tuvo por resultado el establecimiento de un nuevo gobierno baja Espartero, en el cual se confió la cartera de Guerra a O'Donnell. Esto fue el principio del bienio progresista de 1854–56. Cuando llegaron las noticias a Granada, Alarcón se hizo jefe de la sublevación allí. Los rebeldes se apoderaron de un depósito de armas en la Alhambra, las distribuyeron al pueblo y ocuparon el Ayuntamiento y la Capitanía general. Fue por entonces cuando Alarcón fundó el periódico *La Redención*, periódico que usaría para publicar en él sus diatribas anticlericales.[8]

En noviembre, cuando la situación política se había tranquilizado algo, Alarcón se trasladó a Madrid, donde ya se encontraban varios miembros de la Cuerda Granadina, la cual se convertiría en la Colonia Granadina con la adición

---

[5] En *El Eco de Occidente* los cuentos "¡Buena pesca!", "El extranjero" y "¿Por qué era rubia?" llevaban respectivamente los títulos "Crímenes célebres. La pesca de anguilas," "Iwa" e "Historia de cinco historias."

[6] *Dos ángeles caídos y otros escritos olvidados*, Madrid, Imprenta Latina, 1924. Aguilar y Tejera volvió a publicar este material con la excepción de los poemas, pero en un orden diferente, en *Verdades de paño pardo y otros escritos olvidados*, Madrid, Cía. Ibero-Americana de Publicaciones, [1928].

[7] El estudio más completo de esta época de la historia de España es V. G. Kiernan, *The Revolution of 1854 in Spanish History*, Oxford, Clarendon Press, 1966.

[8] A pesar de mis esfuerzos, no pude localizar ejemplar ninguno del periódico.

de algunos nuevos reclutas, como Antonio de Trueba, Agustín Bonnat, Núñez de Arce y Luis Mariano de Larra. La misma despreocupada vida bohemia continuó. Alarcón evocó este periodo de su vida en dos cuentos, "¿Por qué era rubia?" y "Sin un cuarto."

La política siguió preocupándole aun más que la literatura. El 1 de noviembre de 1854 se había fundado el periódico democrático *El Látigo* bajo la dirección de Antonio Ribot y Fontseré y Juan Martínez Villergas. Aquél se retiró de la administración a fines de noviembre y Martínez Villergas, con el seudónimo de *El Tío Camorra*, siguió escribiendo la mayoría de los artículos de fondo durante el mes de diciembre.

Alarcón empezó a trabajar para el periódico el 6 de diciembre, empleando el seudónimo *El Zagal*. En su primer artículo explicó por qué el apodo de postillón era apropiado: "Yo soy el zagal de la situación. ¡Ay de la mula que tropiece! ¡Ay de la que tire coces!" El iba a ser el tábano que atacaría todo el mundo y que trataría de corregir todos los abusos. Alarcón dirigía dos secciones del periódico, "Latigazos" y "La Prensa en Espíritu." Los "Latigazos" eran breves comentarios sobre las actualidades del día. Se burla de la costumbre de besar la mano a los reyes, de la moderación excesiva de la Unión Liberal, de los periódicos conservadores y católicos, de la ineficacia del ejército, y de la lentitud de los correos.

Durante el mes de diciembre casi todos los números contenían la sección "La Prensa en Espíritu" firmada *El Zagal*. A veces critica artículos específicos que habían aparecido en otros periódicos. Un comentario del 6 de diciembre sobre un artículo en el periódico liberal *La Iberia* ofrece un contraste marcado con lo que diría cinco años más tarde en el *Diario de un testigo de la Guerra de Africa*: "*La Iberia* llama la atención del gobierno sobre el triste estado de nuestras posesiones de Africa, colonias muy importantes en el concepto de nuestro colega. Nosotros creemos que dichas posesiones debieran abandonarse por inútiles y costosas." En otros artículos critica a los generales O'Donnell, Ros de Olano y Prim, los cuales llegarían a ser más tarde los héroes del *Diario*.

En la mayoría de los artículos Alarcón se burla de los rivales de *El Látigo* de una manera más general. Naturalmente, fueron los periódicos monárquicos y carlistas, *La Esperanza, El Católico, El Amigo del Pueblo* y *La España*, a los que atacaba más despiadadamente. Incluso los del partido progresista y de la Unión Liberal, *La Iberia, El Diario Español, Político y Literario, El Clamor Público* y *Las Novedades*, recibieron sus golpes. Casi el único que salió ileso fue *El Adelante*, el cual también era de ideas avanzadas como *El Látigo*.

Alarcón emplea toda clase de artificios—metáforas, juegos de palabra, parodias, equivocaciones, poemas burlescos—para hacer resaltar su sátira y para entretener a sus lectores. El 8 de diciembre, después de castigar varios periódicos, Alarcón termina diciendo que todos los retrógrados (e incluye los progresistas en el epíteto) tienen títulos absurdos. Según él, *La Esperanza*

debería llamarse *La Desesperación; La España, Cristina; La Epoca, Lo Pasado; El Parlamento, El Veto Real; El Amigo del Pueblo, El Amigo del Trono*, etc. En otra ocasión periódicos aparecen a la puerta del director de *El Látigo* y en un breve diálogo *El Zagal* se burla de su política. Así satiriza el periódico conservador monárquico *La España*:

> *Postillón—La Egaña.* (Pedro de Egaña era el fundador y director del periódico.)
> —¿Qué dices, chico?
> *Postillón—La Engaña.*
> —Borrico, ¿quieres hablar claro?
> —*La España.*

Alterando ligeramente el nombre del periódico, Alarcón primero menciona al director, fingiendo equivocarse, y después maliciosamente caracteriza el periódico.

Alarcón escribió solamente un artículo de fondo durante diciembre, "Cortes Constituyentes. Sesión profética del día _____ de _____ de 1854," del 14 del mes, aunque hay poca diferéncia entre algunos de los artículos de fondo y las secciones más largas de "La Prensa en Espíritu." La pieza es una parodia de una sesión del Congreso. Los diputados se reúnen a las dos después de haber almorzado bien y la sesión se levanta a las cuatro y media para que puedan comer otra vez sin que nada se haya llevado a cabo. Los diputados empiezan hablando de la contribución de consumos, y en seguida la discusión se pone caótica. Siguen interrumpiéndose y la sesión termina con una serie de retruécanos sobre los nombres de los políticos:

> El Sr. Sánchez Silva: En el siglo XIX no son los pueblos, como creen los retrógrados, miserables rebaños (los señores Cordero, Pastor y Ovejero piden la palabra) dispuestos a sufrir resignados el yugo del primer advenedizo. Un pueblo como el nuestro, que cuenta sus días por sus triunfos (el Sr. Hazañas se impacienta) no es digno de que se le haga pagar hasta el aire que respira. No quiero levantar el velo...
>
> El Sr. Velo: Pruebe V. S. a levantarme.

Alarcón, Director de *El Látigo*

A principios de enero Alarcón sucedió a Martínez Villergas como director del periódico. Escribiría bajo el nuevo seudónimo de *El Hijo-Pródigo*, nombre que daría a su único y malogrado drama de 1857. Su antiguo compañero de la Cuerda Granadina, Manuel del Palacio, *Fenómeno*, fue su principal, y quizás, su único colaborador. Durante las cinco semanas siguientes todos los artículos de fondo así como otras piezas más breves están firmados *El Hijo-Pródigo*.

En estos artículos se pone de manifiesto gran diversidad de técnica. Por

estos mismos días publicó unas "Impresiones de viaje. Loja" en tres partes, en las que imagina una visita a Loja, la patria de Narváez. Comienza quejándose: "Hacía un frío de todos los demonios. Y es que el termómetro y nuestro crédito se han puesto de acuerdo en estos días." Después ataca a Narváez de una manera feroz, aunque él estaba entonces retirado de la política. Siempre ha maltratado a los lojeños robándolos, y ahora el sinvergüenza quiere emplear fondos municipales para una estatua de sí mismo.

En una serie de notas tituladas "Erratas," publicadas durante la primera quincena de enero, Alarcón caracteriza adversamente a varios reyes españoles, incluyendo a los admirados Carlos V y Felipe II. En verdad, criticando a los reyes no hace sino criticar la institución de la monarquía. En "Impresiones de Viaje. Loja," había dicho equivocadamente que la estatua ecuestre en la Plaza Mayor, que en realidad representaba a Felipe III, era de Felipe IV. Este no era digno de una estatua porque fue un mal rey a quien se debió la consumación de la ruina de España. En los números siguientes finge corregir la errata, diciendo que se había equivocado y que la estatua era de otro rey, que tampoco la merecía. El fanático Felipe II, el padre de la Inquisición, "hizo el Escorial en forma de parrilla." Fernando VII fue un traidor, un tirano, un verdugo "y por último un Borbón." Trató igualmente mal a su padre, el inepto Carlos IV, "de carácter débil, apocado, egoísta y fanático." Dedica solamente una frase cortante a Carlos II, el cual "fue, como dice Quintana, inútil para la virtud y para el vicio." La crítica de Carlos V es quizás la más acerba de todas. Le reprocha su política exterior agresiva que sembró la muerte por todas partes, especialmente en América. Caracteriza a Hernán Cortés y Francisco Pizarro de nefastos y demuestra simpatía y piedad por los maltratados indios. Finalmente, en una "Rectificación" concluye que la estatua no es de ninguno de estos reyes sino que simboliza toda la monarquía española y caracteriza la historia de España como un "largo poema de abominaciones que refleja por todos lados sangre y fanatismo."

En otros artículos Alarcón parodia textos religiosos para satirizar la retrogradación que veía por todas partes. Parafrasea las Bienaventuranzas: "Bienaventuradas las viudas que lloran a sus esposos muertos en Madrid, en Zaragoza, en Galicia y en Vicálvaro por la libertad; pues ellas se consolarán, viendo que el gobierno revolucionario les quiere robar sus hijos para vestirlos de soldados y hacerlos enemigos de las ideas por que murieron sus padres." En "Catecismo para 1855" parodia entre otras cosas el Padre Nuestro, el Ave María y los mandamientos. El tono sacrílego, naturalmente, causó un escándalo. Consecuencia de ello fue el violento ataque del periódico conservador *La Verdad* contra *El Látigo*. Alarcón reaccionó con el artículo del 18 de enero: "Lamentables equivocaciones. A *La Verdad*, periódico," artículo que contiene uno de sus más feroces ataques contra Isabel II, negándose en él, incluso, a reconocerla por reina.

En "Nuevo programa de *El Látigo*," Alarcón ironicamente finge haber cambiado de ideas políticas. Para él, ahora "la democracia es una utopía, un delirio, una atrocidad," y dice que está hablando en nombre de la santa Inquisición. Rechaza la libertad de imprenta y de cultos. Aunque reconoce que el comercio, la industria, las ciencias y la vida cultural ganarían con la tolerancia religiosa, pregunta: "Pero esto sería en esta vida temporal. ¿Y la eterna, señores, y la eterna?" Su tono, de irónico, pasa a sarcástico.

En algunos de los últimos artículos Alarcón abandona la sátira y se expresa seriamente. En "¿Qué es *El Látigo*?", del 25 de enero, explica por qué ha adoptado este tono sarcástico y abrasivo en el periódico. Había puesto sus esperanzas en la revolución, pero este hermoso sueño se disipó, y ahora se siente defraudado y desilusionado. Hay que atacar, hay que destruir todo lo malo, lo falso que existe por todas partes: "¡*El Látigo*...pretende...burlarse de tantas ridiculeces como hoy nos cercan!"

"El agarrotado," del 27 de enero, es una denuncia elocuente de la pena capital. Ya el año anterior había publicado dos piezas sobre este tema en *El Eco de Occidente*: "El rey se divierte" y "Lo que se ve con un anteojo." El odio a la pena capital es un aspecto de su liberalismo que nunca perdió.

El tono elevado y elocuente de estos artículos serios ofrece un contraste marcado con su usual sarcasmo y realza la seriedad de sus propósitos. Si sus comentarios parecen a veces exagerados y de gusto dudoso, aquí vemos la básica nobleza de sus ideales.

El Desafío

En el artículo de fondo del 21 de enero, "¿De qué escribiremos?", Alarcón sigue repitiendo la pregunta, sugiriendo temas que podría tratar—el ministerio, Madoz (que presidía el Congreso), el general Prim, varios periódicos conservadores. Se niega a hacerlo, aparentando apiadarse de sus víctimas. Su diatriba sobre la reina era particularmente cáustica.

A consecuencias de este artículo *El Látigo* fue denunciado a la censura, aunque en realidad Alarcón había escrito otras cosas aun más virulentas. El 2 de febrero, Alarcón anunció en un tono festivo: "¡Estamos procesados!," quejándose de que *El Látigo* estuviera denunciado mientras *La Estrella*, un periódico carlista que también había denigrado a la reina, había sido absuelta. Alarcón repite los temas que había sugerido en "¿De qué escribiremos?", y termina cada párrafo diciendo que no puede tratarlos porque "estamos procesados." Parecía estar incitando al gobierno a tomar una medida decisiva en contra del periódico.

Entretanto, Alarcón había sido atacado en otro periódico conservador, *El León Español*, por el poeta y periodista venezolano, Heriberto García de Quevedo. El 6 de febrero Alarcón contestó con el artículo "Al León Español,"

lamentándose que no pudiera contestar a Don Quijote II sin exponerse a una nueva denuncia.[9] La vista salió bien, y en el número del 10 de febrero Alarcón triunfalmente anunció: "¡Estamos absueltos!" El artículo fue dirigido "Al Valeroso Hidalgo Ultramarino D. Quijote Segundo, en prueba de prueba." Alarcón estaba jubiloso. Burla burlando, pretendió que el "pícaro" jurado se había equivocado: "Tenéis razón, señor Quijada; en la tierra no hay justicia...¡ Absolvernos, cuando habíamos dicho que la reina era nuera de don Francisco Paula Borbón!" Y sigue una serie de párrafos breves encabezados con la palabra "absolvernos," y repitiendo las declaraciones satíricas referentes a la reina del artículo "¿De qué escribiremos?". Termina retando: "¿Por qué no desafía V. al pueblo madrileño?...¿Por qué no nos desafía V.?" Esta vez había ido demasiado lejos. Ningún hombre de honor podía dejar pasar tal provocación.

El 12 de febrero, Alarcón y García de Quevedo se encontraron en el campo de honor. Alarcón, neófito en cuanto a armas, tiró primero y erró. García de Quevedo, duelista experimentado, le perdonó la vida, tirando al aire. Alarcón se sentía humillado y pretendió estar desilusionado con sus compañeros por haberle abandonado, aunque es difícil ver lo que ellos hubieran podido hacer. Después de todo, él había sido la causa del escándalo. Catalina cita en su biografía lo que años más tarde Alarcón le contó:

> A los veintiún años (dice), caballero andante de la revolución y soldado del escándalo, luché cara a cara con el poder más fuerte de mi patria, para venir a verme una mañana de febrero, solo en un campo desierto, a merced de mis enemigos, no sabiendo mi imperita mano defender mi vida, y debiéndosela a una noble genialidad de mi contrario, mientras que mis cómplices de Redacción se lavaban las manos, *hacían todo lo contrario de lavárselas*.
>
> Pero si mi desengaño y mi pena fueron horribles, el escándalo había sido igual, y cáteme usted ya *célebre* en la villa y corte, cuando apenas me apuntaba el bozo, y consagrado *demagogo* por las mil trompetas de la fama, el mismo día que dejaba de serlo. Tan cierto es que aquel día acaeció algo muy grave en mi corazón y en mi inteligencia, que desde entonces, hasta que volví a publicar una idea política, ¡dejé pasar nueve años!..., toda mi juventud.[10]

El 15 de febrero Alarcón publicó una carta llena de indignación en el periódico anunciando su dimisión. Poco después se marchó a Segovia para lamer sus heridas. Quince días más tarde *El Látigo* dejó de publicarse.

Evaluación

Los biógrafos de Alarcón se han ocupado poco de sus contribuciones a *El*

---

[9] No se reproduce el artículo en esta edición.

[10] Alarcón, *Obras completas*, págs. 1903–04.

Látigo durante estas diez semanas entre el 6 de diciembre de 1854 y el 15 de febrero de 1855. Algunos aun sugieren que este periodo fue una aberración en su vida. El verdadero Alarcón era el conservador apologista de sus años maduros. En verdad, pocas personas se han molestado en desenterrar los números de *El Látigo* de los archivos de la Hemeroteca Municipal de Madrid para leerlos.

La reacción de Catalina es quizás la más extrema. Caracteriza *El Látigo* como "un libelo, más bien que un periódico satírico, destinado a derribar a la señora que ocupaba el trono." Después dedica un párrafo casi burlón a las actividades de Alarcón durante estas semanas:

> Pero ¿quién le tosía a nuestro escritor guadijeño, con sus veintiún años, su sangre andaluza y revolucionaria, buscarruidos por inclinación, sin un cuarto, y ante la ocasión de hacerse célebre en pocos días? Lióse, pues, la manta, y sin reparar en barras se metió de hoz y de coz en la dirección y redacción de *El Látigo*, y tan maravilloso hizo su papel, que al poco tiempo se hallaba pendiente de un duelo a muerte.[11]

En su largo estudio necrológico, Pardo Bazán dedicó unas cuatro páginas a este episodio de la vida de Alarcón, calificando sus ataques a la reina de excesivos. Le excusa porque era joven y solamente seguía la moda de la época: "Para juzgar más benignamente este periodo de la actividad de Alarcón, hay que tener en cuenta...lo que tan a menudo suele olvidarse: las circunstancias históricas, el ardor de la lucha. Libelos escribían entonces, y libelos siguieron escribiendo años después (cuando Alarcón ya había sosegado) algunos literatos dignos de dar a sus facultades mejor empleo, pero obedientes a la ley, imperiosa y coercitiva, del momento y de la ocasión."[12]

Solamente en 1936 el hispanista estadounidense E. Herman Hespelt estudió a fondo la historia del malogrado periódico y las contribuciones de Alarcón en "Alarcón as Editor of *El Látigo*." Desafortunadamente, la revista *Hispania*, donde salió el artículo, es poco asequible en Europa, y pocos hispanistas europeos lo conocen.[13] La valoración de Hespelt de este periodo de la vida de Alarcón es más favorable y más a propósito que la de Catalina o aun de Pardo Bazán.

¿Qué debemos decir de los artículos que el joven Alarcón escribió para *El Látigo*? Primero, muestran un lado de Alarcón completamente distinto, que

---

[11] Ibid., pág. 1903.

[12] *Retratos y apuntes literarios*, Madrid, Administración, s. f., pág. 130.

[13] *Hispania*, Vol. XIX, 1936, págs. 319–36. Este artículo me ha sido utilísimo al preparar esta edición. Joaquín Grau Martínez y Barnett McClendon también han estudiado las relaciones de Alarcón con *El Látigo*, aunque más brevemente, en los respectivos artículos, "Pedro Antonio de Alarcón, periodista," *Gaceta de la Prensa Española*, núm. 114, 1958, págs. 3–52, y "Political and Moral Evolution of Pedro Antonio de Alarcón," *Dos Continentes. Revista de Filología* (Madrid), Vol. IX-X, 1971–72, págs. 13–25.

casi nunca vemos en otra obra. Si hubieran sobrevivido ejemplares de *La Redención*, sin duda tendríamos otro ejemplo del joven demagogo. Con toque de trompeta ataca la corrupción y la incompetencia del gobierno y apoya las medidas liberales—la libertad de prensa y de culto y la justicia. No hay duda de que le falta comedimiento. Su tono es a menudo exagerado y sobrepasa los límites del buen gusto. Si consideramos las injurias con que colmó a Luján y Narváez, sorprende que no hubiera repercusiones antes del desafío con García de Quevedo. Sus irreverentes parodias de la Biblia y del Catecismo son también chocantes. Se puede echar la culpa de estos excesos intempestivos a su inexperiencia y su juventud. Al mismo tiempo hay que reconocer que sus ideales eran nobles. Siempre lucha por lo que consideraba la libertad y en contra de la injusticia.

Sus artículos publicados en *El Látigo* son desiguales. En cierto sentido sorprende que haya tanto bueno, porque Alarcón tenía que escribir de prisa para llenar muchas cuartillas todos los días. Tenía un ingenio muy inventivo y muchos artículos tienen gracia, como "Cortes Constituyentes. Sesión profética...," en donde juega con los nombres de los diputados, y la serie de erratas, en las cuales ascribe el nombre de varios reyes a la estatua de la Plaza Mayor para criticar la institución de la monarquía. Las parodias religiosas, aunque irreverentes, son divertidas. Y en sus artículos serios, "Qué es *El Látigo*?", "El agarrotado" y "Proyecto de constitución de los redactores de *El Látigo*," alcanza un tono de elocuente sinceridad.

Estos artículos tienen un valor intrínseco. Alarcón poseía un verdadero talento satírico. En sus mejores artículos es un digno secuaz de Larra. Catalina y aun el mismo Alarcón no apreciaban el interés y el valor de lo que publicó en *El Látigo*. La valoración de Hespelt es más acertada: "El ingreso juvenil de Alarcón en el periodismo radical fue un periodo de su vida que recordaba después con una sonrisa de superioridad. Sin embargo, muchos lo preferirán a algunas de las fases posteriores de su obra. El moralista conservador que llegó a ser en la edad madura nunca fue favorecido por los críticos; el demagogo radical que era en su juventad es una figura más atrayente."[14]

* * *

En esta edición se incluye una selección relativamente limitada de "Latigazos." A menudo los chistes dependen de alusiones políticas poco comprensibles al lector contemporáneo. La sección "La Prensa en Espíritu" está más ampliamente representada, siendo estos artículos de los más sabrosos que escribió para *El Látigo*. Todo este material es del mes de diciembre. Se recoge el único artículo de fondo, "Cortes Constituyentes. Sesión profética del

[14] Hespelt, pág. 319. (La traducción es mía.)

día _____ de _____ de 1854," que publicó durante este mes y una selección de los artículos de fondo y de las otras piezas más cortas de enero y febrero cuando ya Alarcón era director del periódico. El lector encontrará una selección de sus trabajos más representativos e ingeniosos, incluyendo las sátiras más violentas, las parodias irreverentes y los artículos serios y elocuentes. También verá los pasos que condujeron al desafortunado desafío. Se ha incluido solamente material firmado *El Zagal* en diciembre o *El Hijo-Pródigo* en enero y febrero. Sin duda que Alarcón escribió muchas cosas que no están firmadas, pero es imposible averiguar lo que es de él y lo que escribió Palacio o quizás otra persona. *El Latigo* publicaba ingeniosas caricaturas, no se sabe de quien. En esta edición se reproducen cuatro de ellas y un membrete del periódico.

Periódicos mencionados en los artículos de *El Látigo*[15]

El Adelante. De ideas avanzadas. Director: Nemesio Fernández Cuesta.
El Amigo del Pueblo. Programa: catolicismo, trono, Isabel II. Director: Eugenio de Ochoa.
El Buen Sentido. Periódico independiente, de carácter moderado.
El Católico. Periódico religioso, carlista, dedicado con especialidad al clero.
El Clamor Público. Progresista, del partido liberal. Director: Fernando Corradi.
Las Cortes. Periódico liberal, perteneciendo al partido progresista.
El Diario Español, Político y Literario. De la Unión Liberal.
Diario Oficial de Avisos de Madrid.
El Eco de las Barricadas. Hoja democrática. Fundador: Fernando Garrido.
La Epoca. De la Unión Liberal.
La España. Conservador y monárquico. Director: Pedro de Egaña.
La Esperanza. Periódico monárquico, absolutista, carlista. Director: Pedro de la Hoz.
La Estrella. Absolutista. Director: Francisco Rodríguez Troncoso.
La Experiencia. Periódico monárquico.
El Heraldo. Periódico moderado. Director: Luis Sartorius, conde de San Luis.
La Iberia. Diario liberal, progresista. Director: Pedro Calvo Asensio.
El Iris de España. Periódico liberal.
El León Español. Periódico moderado. Heriberto García de Quevedo era redactor.
La Nación. Periódico progresista, portavoz de Espartero. Director: José Rúa Figueroa.
Las Novedades. Periódico progresista. Director: Angel Fernández de los Ríos.
El Parlamento. Diario conservador.
La Soberanía Nacional. Diario democrático. Director: Sixto Cámara.
El Tribuno. Periódico liberal, progresista.
La Unión Liberal. Director: Enrique Cisneros.
La Verdad. Conservador. Director: Fermín Gonzalo Morón.
El Voto Nacional. De la Unión Liberal.

---

[15] Eugenio Hartzenbusch, *Apuntes para un catálogo de periódicos madrileños desde el año 1661 al 1870*, Madrid, 1894, y Manuel Ossorio y Bernard, *Ensayo de un catálogo de periodistas españoles del siglo XIX*, Madrid, J. Palacios, 1903, han sido muy útiles para identificar los periódicos y periodistas mencionados en los artículos de Alarcón.

II. Las Obras Posteriores

Su Carrera Como Periodista Después de 1855

Alarcón pasó los cinco años siguientes, salvo algunos breves viajes, en Madrid hasta partir para Africa en diciembre de 1859 como corresponsal de guerra. A pesar de su juventud, había adquirido cierta fama. Se movía en los círculos sociales y literarios más empingorotados, y los más prestigiosos periódicos y revistas le estaban abiertos.

En marzo de 1855, a su regreso de Segovia, Alarcón empezó a colaborar en el nuevo periódico moderado *El Occidente*. Durante el año siguiente su actividad periodística fue mucha—revistas de Madrid, críticas dramáticas y una serie de artículos sobre su primer viaje a París. También revisó dos cuentos que habían salido en *El Eco de Occidente*, "¡Buena pesca!" y "El extranjero." Alarcón insertó ambas piezas, más la novela *El final de Norma* en el folletín del periódico.

El primero de marzo de 1856 se fundaba un nuevo periódico liberal, *La Discusión*. Alarcón era uno de los redactores de fondo y durante los seis meses siguientes escribió mucho para el periódico, especialmente revistas de teatro y crítica literaria. Hay un artículo suyo casi cada domingo y frecuentemente entre semana. Faltan muchos números, en particular los dominicales, en la colección de la Hemeroteca Municipal, hecho que nos inclina a pensar en la pérdida, casi segura, de no pocos trabajos alarconianos.

En agosto de 1856 Alarcón dejó de contribuir a *La Discusión*. Dos años más tarde, lo encontramos de nuevo trabajando para el mismo rotativo. Con la excepción de algunas piezas breves, que salieron en revistas, y su malogrado drama *El hijo pródigo*, que se estrenó en noviembre de 1857, poco sabemos de sus actividades literarias durante este intermedio. Catalina dice que escribió para *El Criterio*, pero no existen colecciones del periódico para los años 1857–58, si es que siguió publicándose.[16]

---

[16] Véase Eugenio Hartzenbusch, *Apuntes para un catálogo de periódicos madrileños desde el año* 1661 al 1870, pág. 168.

En julio de 1858 Alarcón empezó a escribir para *La Epoca*. Durante el año siguiente, sus colaboraciones, de todas clases, fueron asiduas, apareciendo, incluso, hasta varias veces por semana. Durante este periodo también colaboraba en *La Discusión*. A veces volvía a publicar cosas en ésta que ya habían salido en *La Epoca*. Alarcón nunca recogió los artículos publicados en *El Occidente* o en *La Discusión* en 1856, pero sí coleccionó algunos de los trabajos aparecidos en 1858 y 1859 en *La Epoca* y *La Discusión* en la primera edición de *Cosas que fueron* (1871), que tenía el subtítulo "Colección de artículos de literatura, costumbres, crítica y viajes." Estos fueron los célebres artículos sobre Edgar Allen Poe y *Fanny*, la novela de Feydeau; la necrología de Agustín Bonnat; la diatriba "Contra las zarzuelas"; los artículos de costumbres, "La fea" y "Las ferias de Madrid." Escogió las partes más interesantes de una serie de "Diarios de un madrileño," una mezcla de notas sociales y de revistas teatrales, que habían salido en *La Epoca* en el verano de 1858, las arregló y las publicó también en *Cosas que fueron*.[17] Hizo otro tanto con otros varios artículos. Sus impresiones del viaje que hizo a Santander para asistir a la inauguración del ferrocarril fueron estampadas en una serie de cartas que aparecieron bajo el título "De Madrid a Santander." En "Bellas Artes" analiza las obras de la Exposición de Bellas Artes de 1858. "Visitas a la marquesa" ofrecen una visión humorística de la sociedad madrileña. Cuando Alarcón preparó sus *Obras completas* en la "Colección de Escritores Castellanos," trasladó algunos de estos artículos de *Cosas que fueron* a otros tomos, *Viajes por España* o *Juicios literarios y artísticos*. Por lo general, Alarcón condensó estos artículos al publicarlos en 1871, tomando las partes más interesantes. No parece de utilidad publicarlos de nuevo en su totalidad.

Durante estos años (1855–59), Alarcón publicó muchos cuentos, incluyendo casi todos los de la célebre colección *Historietas nacionales*, y también cuadros de costumbres y artículos diversos en varias revistas como *La Ilustración*, *Semanario Pintoresco Español*, *El Mundo Pintoresco*, *La América*, *El Museo Universal* y *El Correo de Ultramar* (de París). Algunas de estas piezas ya habían salido en *El Eco de Occidente* entre 1852 y 1854; otras vieron la luz por primera vez en las revistas mencionadas. Alarcón recogió casi todas en colecciones posteriores y, finalmente, en las *Obras completas*. Las excepciones que recogemos en este volumen son el cuento histórico "La cruz de palo" y cuatro piezas cortas de *La Ilustración* de 1855 y 1856.

En diciembre de 1859, Alarcón partió a Africa. Sus reportajes, que coleccionó en *Diario de un testigo de la Guerra de Africa*, tuvieron un éxito inmediato. Ya no era un simple periodista y autor de cuentos; había llegado a ser famoso. Con sus ganancias hizo un viaje de cinco meses a París e Italia

[17] Son las cartas V-X en las *Obras completas*, págs. 1709–17. Las cuatro primeras cartas son anteriores y salieron en otro periódico, quizás *El Criterio*.

pasando por Suiza. Describió sus experiencias en *De Madrid a Nápoles*, que, si no captó al público como el *Diario*, fue bien recibido.

Al volver a Madrid en 1861, Alarcón se afilió a la Unión Liberal, que capitaneaba O'Donnell, su antiguo jefe en Africa. Durante el decenio siguiente se dedicó principalmente a la política, escribiendo primero para *La Epoca*, y después de 1863 para el nuevo órgano de la Unión, *La Política*.[18] Alarcón no solía firmar los artículos políticos que escribia para *La Epoca*, lo cual hace imposible identificarlos. Ni la Biblioteca Nacional ni la Hemeroteca Municipal tienen las colecciones de *La Política* correspondientes a los años 1863–68. No hemos encontrado sino únicamente dos artículos posteriores con la firma de Alarcón. Esto nos confirma, una vez más, en nuestra sospecha de haberse perdido no pocos escritos de nuestro autor, o ser imposible identificarlos.

Durante estos años Alarcón descuidó la literatura. "La Comendadora" y "Novela natural," que salieron en *El Museo Universal* en 1866 y 1868 respectivamente, son los únicos cuentos de categoría que pertenecen a este periodo. Tampoco cultivó la crítica literaria.

Después de la restauración, Alarcón dejó de tomar una parte activa en la política y volvió a dedicarse a la literatura. Fue un periodo fecundo. Los libros se siguieron, casi sin interrupción, uno tras otro: *La Alpujarra* y *El sombrero de tres picos* (1874), *El escándalo* (1875), su discurso académico "La moral en el arte" (1877), *El Niño de la Bola* (1880), *El Capitán Veneno* (1881), *La Pródiga* (1882) e *Historia de mis libros* (1884). Varios de sus mejores cuentos, como "El libro talonario," "La última calaverada," "Sin un cuarto," "Tic... tac," "La mujer alta," "Moros y cristianos," además de algunos artículos de viaje y de crítica literaria también pertenecen a estos años. Esencialmente, todo esto está recogido en las *Obras completas*. Desilusionado por la mala acogida que dieron a sus novelas ideológicas los críticos liberales, cansado y de mala salud, Alarcón escribió poco en los últimos siete años de su vida.[19] Estos escritos, de escaso interés, fueron recogidos en la colección póstuma *Ultimos escritos* (1891).

Esta Edición

Se recoge en esta edición una selección de los trabajos más interesantes que Alarcón publicó en los periódicos *El Occidente*, *La Discusión* y *La Epoca* y en las revistas *La Ilustración*, *El Museo Universal* y *El Mundo Pintoresco* entre 1855 y 1859. Añadimos a esto algunas piezas posteriores de procedencia diversa. Hemos dividido los trabajos en seis secciones: artículos de viaje; artículos de crítica literaria y artística; cuadros de costumbres; cuentos; piezas

[18] Véase Catalina, *Obras completas*, pág. 1908.

[19] Véase Cyrus De Coster, *Pedro Antonio de Alarcón*, Boston, 1979, págs. 105–08, 115–17, 122–23, 130.

humorísticas; y artículos políticos. Dentro de cada categoría las piezas siguen en orden cronológico.

Alarcón escribió muchos poemas durante su vida. En las ediciones posteriores de *Poesías serias y humorísticas* el autor omitió algunas poesías que habían salido en la primera edición de 1870, añadiendo otras. En 1875, publicó *Amores y amoríos*, una colección de poemas, cuentos y artículos misceláneos. Sus *Obras completas* contienen casi todas las piezas en prosa de este volumen pero no las escritas en verso. También hay poemas dispersos en revistas y periódicos. No incluimos estas poesías en esta edición. Como poeta, le faltaba a Alarcón talento. Aun un poema tan ingenioso como "El cigarro" tiene un ritmo que cojea.[20] Si, como prosista, Alarcón es uno de los importantes escritores del siglo, su figura como poeta es, sin embargo, de segundo orden.

Alarcón escribió relatos de muchos de los viajes que hizo durante su vida. De mayor interés son los tres libros conocidos, *Diario de un testigo de la Guerra de Africa* (1860), *De Madrid a Nápoles* (1861) y *La Alpujarra* (1874). *Viajes por España* y *Ultimos escritos* contienen otras crónicas más breves. El artículo "Alicante y Valencia," publicado en *El Museo Universal* en 1858, consta en *Cosas que fueron* (1871) pero no en las *Obras completas*. Es un artículo baladí y tampoco lo recogemos aquí. De más importancia son las seis cartas "Viaje a París en 1855," que salieron en *El Occidente* en mayo y junio de ese año. En ellas Alarcón describió la llanura castellana que contempló desde su diligencia de viaje como "un vasto desierto sembrado de ruinas góticas." El trayecto en tren hasta París, con una parada en Burdeos, fue más cómodo. El paisaje francés le impresionó por su limpieza, gracia y coquetería. Encontró a París, donde pasó un mes, encantadora, y le gustó especialmente la ópera. Por casualidad asistió a un oficio en un templo calvinista. Dedicó sólo una carta a la Exposición en el Palacio de Industria, la ostensible razón de su viaje, quejándose de la pequeñez y pobreza de la exposición española.

A su regreso a Madrid Alarcón publicó otros tres artículos inspirados en su viaje en *La Ilustración*. Dos de ellos, "La portera de Víctor Hugo" y "La tumba de Balzac," demuestran la admiración que sentía por estos dos escritores. Más tarde, en *Historias de mis libros*, Alarcón mencionaría los autores que había admirado en su juventud y que habían influenciado sus primeros cuentos guadijeños. Con Balzac y Hugo figuran Scott, Dumas y George Sand. El tercer artículo, "Napoleón en Santa Elena," se parece, con su humor estrambótico, a algunos de los cuentos de esta época, "La belleza ideal," "Los seis velos" y "¿Por qué era rubia?". Durante este periodo Alarcón había caído bajo la influencia de su amigo, el cuentista Agustín Bonnat, y del maestro de éste, el escritor francés Alphonse Karr.[21]

---

[20] Véase la pág. 135 de esta edición.

[21] Véase mi artículo, "A Variant Study of Alarcón's *El final de Norma*," en *Studies in Honor of Gerald E. Wade*, Madrid, José Porrúa Turanzas, 1979, págs. 57–70.

Esta actitud francófila de Alarcón cambiaría radicalmente. En efecto, en 1859, cuatro años después de su viaje, nuestro autor se quejaba, en "España y los franceses," publicado en *El Museo Universal*, del paternalismo que los vecinos galos solían mostrar hacia los españoles, y reprochaba, al mismo tiempo, a sus compatriotas esa imitación, casi servil, de los franceses y les urgía a que fuesen más fieles a su carácter y siguiesen más de cerca sus tradiciones. Este sentimiento hostil no disminuiría. Al contrario, con el pasar del tiempo se haría más profundo. Tal es la impresión que uno recibe al leer en *De Madrid a Nápoles* (1861) las siguientes palabras: "...Sentí que una honda tristeza se apoderaba de mi ser, y pedí a Dios, con todas las fuerzas del amor patrio, que retrasase para España la hora de su completa *civilización*, si esta civilización ha de producir siempre resultados por el estilo de los que había contemplado en Francia."[22] Durante el resto de su vida nunca perdió esta aversión por Francia.

Alarcón coleccionó en *Juicios literarios y artísticos* solamente una pequeña parte de la crítica literaria que escribió. Más aun, no incluyó en las *Obras completas* algunos de los artículos que habían salido en la primera edición de *Cosas que fueron*. Los años 1855–59 fueron fecundos. Durante ellos Alarcón escribió muchas revistas dramáticas para *El Occidente*, *La Epoca* y *La Discusión*. En general, fue un crítico severo. Echó por tierra los dramas de autores de segundo orden ya olvidados. Con maliciosa gracia se burlaba de la traducción de *Kean o genio y desorden*, de Dumas padre, hecha por José María García: "...La traducción del Sr. García, más que traducción, es un arreglo, y un arreglo tal, que tampoco debía llamarse *arreglo*, sino desarreglo....Su arreglo es una mutilación, una poda, una desfiguración sacrílega, un atentado, un delito de lesa literatura." Y luego añade: "En cuanto a la ejecución, fue descuidada, torpe, insoportable." ¡Todos, autor y actores, debieron estar molestados!

Aun los dramaturgos conocidos fueron tratados duramente. Después de alabar *Hijo y madre* y *Locura de amor* de Tamayo y Baus, Alarcón castigó *La bola de nieve*. Le faltaba a la obra unidad de tono: "Empieza como un sainete...y concluye con lágrimas." Los caracteres eran falsos y la versificación torpe. Hablando de *Virginia* repite sus censuras: "...Sólo hallamos una prosa de once sílabas, pobre de hipérbaton, de sonoridad..."

Su severidad le acarrearía muy pronto sinsabores. En 1857, estrenaba Alarcón *El hijo pródigo*, drama que fue maltratado por la mayor parte de los críticos.[23] No era de extrañar. Ya nos advierte Catalina que Alarcón se había creado con su acerba pluma enemigos que querían vengarse. Herido por lo que creía eran críticas injustas, Alarcón renunció para siempre al teatro.

---

[22] *Obras completas*, pág. 1227.

[23] De Coster, *Pedro Antonio de Alarcón*, pág. 69.

López de Ayala corrió mejor suerte. En una reseña de *El tejado de vidrio* alabó esta obra y también sus dramas anteriores, *Un hombre de estado* y *Rioja*. Según Alarcón, López de Ayala tenía grandes dotes para el teatro pero le faltaban estudio y disciplina. Si sólo pudiera canalizar su talento, sería un gran dramaturgo: "En efecto, Ayala es el genio indisciplinado, natural, innovador, espontáneo, que produce lo que no sabe, y va muchas veces donde no quiere. Pertenece en esto a la raza de los Shakspeares y de todos los colosos del arte. Siente la verdad, adivina la belleza, percibe lo sublime, y nada estudia, nada finge, nada calcula."

Ya en 1856 Alarcón había elogiado brevemente a La Avellaneda *en passant*: "Hállase en estas obras (*Alfonso Munio, El Príncipe de Viana* y *Saúl*) la cadencia tranquila, la grandiosidad, el corte majestuoso de la verdadera tragedia." Dos años más tarde, en una reseña entusiasta de *Baltasar*, la compararía con Shakspeare, Calderón y Hugo. Hay que tener en cuenta que eran buenos amigos y que la escritora había sido uno de los pocos críticos que había tratado bien *El hijo pródigo*.[24]

Parece ser que Alarcón nunca escribió reseñas de los dramas de la generación precedente. Sólo se encuentran breves alusiones laudatorias a Bretón de los Herreros, Martínez de la Rosa, García Gutiérrez y Ventura de la Vega. Un comentario sobre Zorrilla demuestra su perspicacia crítica. El poeta vallisoletano tenía talento pero demasiada facilidad: "Zorrilla ha escrito la tragedia alcanzando a la *tessitura* solemne de la epopeya; pero su imaginación, demasiado florida, excesivamente suave, ha quitado austeridad a sus grandiosas creaciones."

A menudo Alarcón escribía sobre sus amigos y, naturalmente, siempre con tono laudatorio. Durante estos años publicó reseñas de colecciones de poesías del marqués de Molins y de Vicente Querol. En 1879, ensanchó el segundo artículo y lo publicó como prólogo a la colección *Rimas* del poeta. Escribió una serie de artículos hiperbólicos sobre su antiguo compañero de la Cuerda Granadina, Manuel Fernández y González, y más tarde compuso una reseña de su drama *Cid Rodrigo Vivar*. Sin duda, la amistad le perjudicaba: "Del tono de la obra, de la versificación, de la frase dramática, de los felicísimos pensamientos en que abunda, cuanto pudiéramos decir sería poco." Un artículo necrológico sobre otro compañero de la Cuerda, José Jiménez Serrano, tiene una nota patética. Jiménez, como Agustín Bonnat, cuya necrología Alarcón recogió en las *Obras completas*, murió joven con su carrera apenas empezada. También Alarcón dedicó un largo artículo a la novela sicológica *De Villahermosa a la China*, de su amigo y mentor Nicomedes Pastor Díaz. Apuntó la originalidad de esta novela de transición y alabó las

[24] La reseña está firmada G. G. A. en *El Estado*, el 10 de noviembre de 1857.

famosas descripciones de la naturaleza que solamente podían compararse con las de Bernardin de Saint-Pierre y James Fenimore Cooper.

Unos de los más interesantes ensayos en esta colección es su crítica del discurso académico de Manuel Cañete, "Paralelo de Garcilaso, Fray Luis y Rioja." Se burla de él con picante gracia. Critica su neo-catolicismo, su falsa interpretación de la historia de España, su concepto de la poesía que rechaza lo fantástico para aferrarse a la realidad y aun faltas de gramática.

Alarcón sentía mucha afición por la música, especialmente la ópera. A menudo comenta sobre las óperas a que había asistido y sobre los intérpretes. Su cantante favorito era otro amigo de la Cuerda Granadina, el tenor italiano Jorge Ronconi. Su compositor predilecto era Rossini, aunque también apreciaba a Bellini, Donizetti y Meyerbeer. Sorprende un poco que nunca llegara a admirar a la gran figura de la generación siguiente, Verdi. En una crítica de *Macbeth* le ataca ferozmente: "Verdi es para nosotros lo que la quincalla al oro y la pedrería, lo que los coloristas franceses a Ticiano, lo que los loros a los hombres. el Churriguera de la música, el gran corruptor, el monedero falso del sentimiento...."

No podía aguantar la zarzuela, encontrándola vulgar y necia. Lamentaba que los españoles desatendieran la ópera por este género inferior. En *Juicios literarios y artí*sticos coleccionó, con el título "Contra las zarzuelas," unas selecciones de varios artículos de los años 1857–59. Se recogen más reseñas adversas en esta edición. Aunque apreciaba los dramas de López de Ayala, su juicio sobre la zarzuela *Los comuneros* fue, sin embargo, desfavorable: "*Los comuneros* no es una buena zarzuela, porque nada bueno puede ser zarzuela." El año siguiente, repitió la misma idea hablando de otra zarzuela: "*La hija de la Providencia* es buena, porque el señor Arrieta es buen músico, y Sr. Rubí buen autor dramático. *La hija de la Providencia* es mala, porque es zarzuela."

Alarcón publicó tres series de revistas de exposiciones de bellas artes. No se jacta Alarcón de ser crítico profesional sino "un mero individuo del público para quien se trabaja y expone...un profano del arte, más o menos sensible a la belleza, pero de ningún modo juez que pueda determinar el modo de ser de la perfección." En estos artículos Alarcón se limita a describir brevemente las obras y a comentar sobre ellas. Recogió selecciones de la segunda serie de 1858 en *Cosas que fueron* (1871) bajo el título "Bellas Artes" y las reimprimió en *Juicios literarios y artísticos*. Enrique Pardo Canalis dio un resumen detallado con extensas citas de las tres series en su artículo "Alarcón y las bellas artes."[25] No creemos que valga la pena reproducir aquí estos artículos en su totalidad.

Insertamos tres cuadros de costumbres que Alarcón escribió entre 1856 y 1859. "Un folletín," que salió en *La Discusión*, el más interesante de los tres,

---

[25] *Revista de Ideas Estéticas*, Vol. XVI, 1958, págs. 291–310.

es una sátira de las condiciones literarias y económicas de la España de entonces en la tradición de Larra. En "El Buen Retiro," un cuadro más tradicional que apareció en *El Museo Universal*, un forastero escribe una carta a su mujer en las provincias describiendo el parque. En 1854 Alarcón había publicado un cuadro, "Granada a vista de buho," en *El Eco de Occidente*. Cinco años más tarde adaptó el cuadro para que se conformara con el nuevo título "Madrid a vista de buho," y lo publicó también en *El Museo Universal*. Describe varias escenas nocturnas—una mujer hermosa que sale para reunirse con su amante, un poeta escribiendo poesías, una cantatriz sonriendo al recordar su éxito en el teatro esta noche.

Alarcón tenía sentido del humor como se ve en *El sombrero de tres picos*, *El Capitán Veneno*, en various cuentos y también en las agudezas maliciosas de los artículos de *El Látigo*. Incluimos aquí unas breves piezas humorísticas sin gran trascendencia. En "Memorias de mi capa" (*El Occidente*, 1856), el autor mantiene un diálogo gracioso con su capa. En "Los Postres" (1857), escrito para una revista humorística, Alarcón jocosamente juega con esta palabra, empleándola en una variedad de sentidos. Cerramos esta sección con algunos chascarrillos que Alarcón había incluído en la colección *Amores y amoríos*.

Aunque Alarcón dejó muchos artículos enterrados en revistas y periódicos sin coleccionar, se aprovechó de casi todos los cuentos que escribió para insertarlos en una de las colecciones y, finalmente, en las *Obras completas*. Hay pocas excepciones. "Dos ángeles caídos," un inverosímil cuento byroniano, primero salió en *El Eco de Occidente* en 1854. Después fue reimpreso en *La Ilustración* en 1855, y en 1859 en *La América* y en *Cuentos, artículos y novelas*, pero Alarcón lo omitió en las *Obras completas*. Aguilar y Tejera lo coleccionó en *Dos ángeles caídos y otros escritos olvidados*.

Recogemos tres cuentos en esta edición. "A nadie," un monólogo dirigido a una mujer desconocida, romántico por su tono vago y pesimista, que salió en *El Occidente* en 1855, es casi un poema en prosa. "La cruz de palo," fechado en Guadix, 1852, sin duda salió en *El Eco de Occidente* en su época gaditana y fue reimpreso en *El Mundo Pintoresco* en 1858. A pesar de su intriga melodramática y de sus personajes convencionales, el cuento tiene interés por ser el único ejemplo de una narración con un fondo medieval escrita por Alarcón. La acción pasa cerca de Sevilla en el siglo quince. El protagonista, un trovador, se enamora, sin saberlo, de su media hermana—un amor incestuoso. El cuento termina con el asesinato del protagonista, mientras que la heroína entra en un convento y el padre de ésta se vuelve loco. La historia recuerda los dramas extravagantes de los años 1830, pero sin la versificación para cubrir sus excesos.

"Mañanas de abril y mayo," que apareció en *La Ilustración* en 1856 y fue recogido en *Novelas* (1866), es la historia humorística de un hombre que pierde a su novia. Falta a una cita muy de madrugada cuando unos ladrones le

atacan y después cae enfermo. Un amigo la corteja por la tarde, la enamora y se la lleva. Al que madruga Dios no le ayuda. El tono es ligero, el diálogo ingenioso y el cuento termina con un toque muy a la *Bonnat*: "Perdonen ustedes las faltas de esta novela, escrita en el filo de una caja en poco más de una hora, en tanto que un cajista se asomaba por encima de mi hombro para componer las palabras según iban saliendo de mi pluma."

En la sección "Artículos políticos" se recogen seis piezas algo posteriores (cuatro fueron publicados entre 1869 y 1876). En 1854–55 Alarcón había atacado repetidas veces en *El Látigo* el periódico carlista *La Esperanza*. En la carta dedicada a *La Esperanza*, con fecha de 1858, que reproducimos aquí, Alarcón, con tono satírico, se burla de las ideas teocráticas, conservadoras del periódico. Se ve que no había perdido completamente sus ideas liberales de la época de *El Látigo*. Su evolución ideológica no fue tan abrupta como algunos críticos han afirmado.

Alarcón fundó un periódico, *El Eco de Tetuán*, al fin de su estancia en Africa, pero no se publicó más que el primer número. La Introducción se incluyó en *Cosas que fueron* (1871), pero más tarde el autor la eliminó de las *Obras completas*.[26]

Las reseñas de *O'Donnell y su tiempo* por Carlos Navarro y Rodrigo (1869) y *De Vad-Ras a Sevilla* por José Navarrete (1876) demuestran que Alarcón nunca perdió su actitud demasiado patriótica tan aparente en *Diario de un testigo de la Guerra de Africa*.

Finalmente, se reproducen dos artículos sobre los acontecimientos que siguieron a la Revolución de 1868. En 1870, Prim, jefe del gobierno, se esforzó por encontrar un rey para el trono vacante. Varios aspiraban a él: el duque de Montpensier, cuñado de Isabel II, el predilecto de Alarcón; Fernando de Coburgo, sobrino de Víctor Manuel; y el príncipe Leopoldo de Hohenzollern-Sigmaringen, favorecido por Prim. Su candidatura suscitó los recelos de Francia, y fue uno de los motivos de la guerra franco-prusiana. El folleto de Alarcón, *El prusiano no es España*, en el que se oponía a Leopoldo, salió anonimamente. En agosto de 1872, ocupando todavía Amadeo el trono español (abdicó el 11 de febrero de 1873), Alarcón firmó un artículo en *La Política*, "¿Debe ser alfonsista la Unión Liberal?". Según Catalina, Alarcón fue el primer revolucionario de setiembre que proclamó la candidatura de Alfonso XII.

No estaría lejos de la verdad afirmar que Alarcón no publicó de nuevo los trabajos de esta edición porque quizás los consideraba de importancia segundaria. Por otro lado, también es probable que algunos fueran pasados por alto.

---

[26] Grau Martínez, en su artículo "Pedro Antonio de Alarcón, periodista," págs. 35–41, trae más datos sobre *El Eco de Tetuán*.

No obstante, todos ellos tienen un interés intrínseco. Como hemos apuntado, ilustran aspectos de la personalidad literaria de Alarcón que apenas se ven en otro sitio. Estos trabajos deberían ser preservados. La mayoría de ellos están sacados de periódicos, de los cuales casi siempre sólo existe un ejemplar. Cuando se arranca una hoja o el periódico se estropea, como ocurre, el trabajo está perdido para siempre.

* * *

En esta edición he modernizado la ortografía. Siguiendo las normas de la época, especialmente en sus primeros trabajos publicados en *El Látigo*, Alarcón ponía *es* en vez de *ex* antes de otra consonante, especialmente al principio de una palabra, como: *estremo*, *esclamar*, *estraño*, *esquisito*, *esperiencia*, *escelente*, *espedición*, etc. En el caso de la *g* y la *j* no es consecuente. Generalmente emplea *g*: *ageno*, *ginete*, *sugeto*, *degemos*. Pero también pone *cojer*, *escojer*, y *acojer*, y a veces alterna entre las dos ortografías. Así encontramos: *dige* y *dije*, *estrangero* y *estranjero*, *viage* y *viaje*, *logeño* y *lojeño* (de Loja). Algo parecido ocurre con la *b* y la *v*. A veces Alarcón emplea una *v* en vez de una *b*: *silvar*, *almivarado*, *desvarajuste*, *estávamos*, *vigote*, *villas* (el juego); otras veces lo contrario: *llober*, *labandera*, *cabernoso*, *andubimos*. En todos los casos he usado la ortografía moderna.

La puntuación, la capitalización y la tipografía empleadas son también algo caóticas y siguen pocas normas. Esto se entiende porque Alarcón escribía de prisa y los correctores no tenían tiempo para repasar con cuidado las pruebas. En estas materias he tratado de seguir unas normas lógicas y de ser consecuente.

* * *

Estoy muy agradecido a mis colegas de Northwestern University, John Kenneth Leslie y Humberto Robles, quienes me ayudaron con varios problemas textuales y a Miguel Molina Campuzano, director de la Hemeroteca Municipal de Madrid. También quiero dar las gracias a Enrique Gallego Blanco, que me revisó el texto de la introducción y de las notas, y a Natalie Hector, que se encargó de la ingrata tarea de copiar el texto.

Artículos de *El Látigo*

LA INICIACION DE UN MINISTRO.

Latigazos

El Zagal a los suscritores del *Látigo*

Supongamos que la situación es un coche disparado.

Que los periódicos son las mulas que tiran de ese coche.

Y que un hijo de su madre se entretiene en dar palos a los periódicos que se salen del camino.

¿Como debería llamarse ese apaleador?

El Zagal.

He aquí la filosofía de mi nombre.

Yo soy el zagal de la situación. ¡Ay de la mula que tropiece! ¡Ay de la que tire coces! ¡Ay del coche si yo me distraigo! ¡Ay de mí si no cumplo con mi obligación!

Por eso escribo la *Revista de la Prensa.*

Pero, como todos saben, (si han viajado en diligencia, se entiende) el zagal va siempre cantando, aullando, ladrando, silbando, hiriendo los oídos a los pasajeros.

Por esta razón escribo también la sección de latigazos donde intercalo de vez en cuando mis colegas.

Ahora hablaré de mi carácter en muy pocas palabras.

Yo pego a todo el que se desmanda y tengo el antojo de que nadie me pegue.

Firmo todo lo que escribo y nunca me retracto.

Con estas condiciones me he ajustado con el mayoral.

El Látigo pues ha tomado consistencia.

He dicho; conque así...rarreeeee.

(6 de diciembre de 1854)

* * *

—De Madrid a Alcázar hay ferrocarril.

El tren va en cuatro horas y media.

Pero el correo particular de Madrid a Alcázar tarda en llegar 84 horas.

Consecuencia.

Juan llega de Francia a Madrid y escribe a Pepa residente en Alcázar: "Querida esposa, al poner esta carta en el correo salgo para ésa; espérame." Juan.

Llega Juan a Alcázar, abraza a Pepa, y se vuelve a Madrid, donde toma un sorbete y torna a Alcázar, abraza de nuevo a Pepa, y vuelve a Madrid donde se dejó olvidado el pañuelo; lo encuentra y parte para Alcázar donde encuentra a Pepa con su amante; se enfurece y viene a Madrid a comprar un par de pistolas, con las que retorna a Alcázar; pero el amante se ha refugiado a la corte y el marido corre tras él; no le halla en Madrid pero sospecha que su esposa piensa fugarse de Alcázar; vuela a su lado y la encuentra haciendo el equipaje; la encierra en su aposento, y viene otra vez a Madrid donde encuentra al seductor; le coge del cuello; toma un tren y le lleva a Alcázar; se origina un espantoso terceto, de donde sale un desafío; el amante mata al esposo, al pobre Juan.

La mujer adúltera respira.

Pero al día siguiente recibe una carta en estos términos:

"Querida esposa, al poner esta carta en el correo, salgo para ésa; espérame." Juan.

—¡Díos Mío! ¿Ha resucitado Juan?

No; es que mientras el correo va de Madrid a Alcázar pueden unos mismos actores representar un drama en 16 actos, la mitad en cada punto.

(6 de diciembre)

* * *

Un suscritor nos dirige la siguiente pregunta que reproducimos en toda su franca sencillez:

¿No abolirán las Cortes Constituyentes el acto de besar la mano a los reyes, hincando la rodilla, y tratar éstos de Tú a los españoles como si fueran viles esclavos?

(6 de diciembre)

* * *

Metrallazo. El látigo se nos cae de la mano y quisiéramos tener siquiera un cañón recamarado de a 80 cargado de lesnas y rehiletes. ¡Cáscaras! dirán nuestros devotos. ¿Qué víbora le ha picado a V., señor Sacude?

—No me ha picado víbora, hijos míos; lo que me ha pinchado son las

espinas de las Rosas del señor Ríos que lo tenemos de patitas en la comisión nombrada para formular nuestras leyes fundamentales.[1]

—¿Será posible?

—No será, que lo es y holgárame de que sus ríos no trajeran otra cosa que agua y que sus rosas no olieran a pólvora más que a flores.

(13 de diciembre)

* * *

Ya pareció aquello. Hace unos días que la Unión Liberal no es más que simplemente Unión. Dentro de poco esperamos que añada el adjetivo de *moderada*, y andando los tiempos, no sería un milagro lo cambiara por el de *absolutista*. Para descargo de nuestra conciencia debemos decir que se trata de *La Unión Liberal*, periódico.[2]

(13 de diciembre)

* * *

Solución de un enigma. Se admira nuestra hermana *La Soberanía* de que costando el ejército 280 millones cuando lo formaban 106,000 hombres, bajando este número a 70,000, el presupuesto sea de 280 millones menos uno. ¿No sabes, querida, que hay muchos más generales, y cada general vale por muchos soldados?

(17 de diciembre)

* * *

Otro órgano de Móstoles.[3] Se anuncia la aparición de un nuevo periódico Montemolinista.[4] *La Esperanza* y *El Católico* piensan cantar un solemne *Te*

---

[1] Antonio de los Ríos Rosas (1812–73), político moderado, había sido nombrado Ministro de la Gobernación en el *ministerio metralla*, presidido por el duque de Rivas, que sólo duró tres días en julio de 1854.

[2] Según Hartzenbusch, el periódico *La Unión Liberal* se publicó del 13 de agosto al 2 de diciembre de 1854.

[3] Móstoles: pueblo de la provincia de Madrid. Cuando se produjo el levantamiento del 2 de mayo contra las tropas napoleónicas, Andrés Torrejón, el alcalde de Móstoles, dirigió una proclama a los pueblos españoles incitándoles a atacar a los invasores.

[4] Carlos Luis de Borbón, conde de Montemolín (1818–61), fue reconocido por los carlistas como rey con el nombre de Carlos VI. El nuevo periódico era sin duda *La Experiencia*. Véase la pág. 41.

Deum en acción de gracias, porque había uno más con quien partir los azotes del *Látigo*.

(17 de diciembre)

* * *

Señas Mortales

En la casa más vieja de Madrid
se publica un periódico claustral,
que las bárbaras épocas del Cid
nos recuerda con tono clerical.

El Católico llaman al papel
que se escribe en el viejo caserón.
Por si quieres, lector, hablar con él,
te diré dónde está la redacción.

En un rancio edificio funeral
hallarás en oscura confusión
zapatero de viejo en el portal,
periodistas de viejo en el salón.

Si, cual yo, tu pellejo aprecias tú,
si te espanta la hoguera, como a mí,
¡huye, huye, lector, que allí está el *bú*!
¡huye más, que *El Católico* está allí!!!

(23 de diciembre)

* * *

Solsticio. El del invierno fue antes de ayer y empiezan a crecer los días. ¿Cuándo llegará el político, para que crezca la libertad? Esperamos que nos lo digan los señores Luzuriaga o Luján, jefes de la sección de respuestas del gabinete.[5]

(27 de diciembre)

* * *

[5] Claudio Antonio Luzuriaga (1810–74) y Francisco Luján (1798–1867), Ministros de Estado y de Fomento respectivamente en el gobierno de Espartero en 1854. A menudo Alarcón atacó duramente a Luján en *El Látigo*.

La Prensa en Espíritu

La Iberia llama la atención del gobierno sobre el triste estado de nuestras posesiones de Africa, colonias muy importantes en el concepto de nuestro colega. Nosotros creemos que dichas posesiones debieran abandonarse por inútiles y costosas.

(6 de diciembre de 1854)

* * *

Aquí tenéis al *Zagal*, en frente de todos los periódicos de Madrid, disponiéndose a su faena ordinaria de alambicar sus teorías y sacarles los trapos a relucir.

¡Qué peliaguda es la misión del Zagal!

¡Pero qué curiosa al mismo tiempo!

En efecto: nada más divertido y que dé una idea tan exacta de los partidos, de las situaciones y de las ideas, como echarse al coleto en el espacio de dos horas *La Esperanza* y *El Adelante*, *La España* y *El Tribuno*, *El Parlamento* y *La Soberanía Nacional*, etc., etc.

¡Cuánta pasión! ¡qué juego de cubiletes! ¡Qué ambiciones tan mal disfrazadas! ¡Qué personalidades tan estériles!

Parece imposible que los hombres consultando la razón sientan y piensen de una manera tan distinta.

Lo que hace creer que en política pocos sienten lo que dicen, ni dicen lo que piensan.

Sólo escuchamos latidos de generosidad, de franqueza, de buena fe, cuando ponemos la mano sobre el juvenil corazón de la democracia.

Allí hay abnegación, desinterés, entusiasmo, grandeza de sentimiento.

Pero revolvemos los diarios absolutistas y todo es odio, encono, hipocresía, terror. *La Esperanza* nos excomulga; *El Católico* pide a voces la teocracia; *La España* se coloca a los pies del trono sólo porque es trono; *El Parlamento* toma por título una palabra que odia; *El Amigo del Pueblo* hace lo mismo.

Vemos en los periódicos constitucionales a medias la opinión sacrificada a la conveniencia.

¡Trapo! ¡trapo! fealdad en todas partes.

Veamos los periódicos de hoy.

El Parlamento riñe hoy con su camarada *El Diario Español*; esperamos que se cojan a la greña y ofrecemos cantar un *Te Deum* al vencedor; esta lucha promete, según aquello de que no hay peor cuña que la de la misma madera.

¡Ta! ¡ta! ¡ta! ¡Vaya una ocurrencia! Pues señor, ya pareció aquello.

¿Saben Vds. lo que quiere *El Iris de España*?

Quiere la Unión Liberal, el centauro de que hablamos el otro día.

—Papá, ¿qué es centauro?

—Hijo mío, un monstruo la mitad hombre y la otra mitad caballo.

El Clamor Público se queja del giro inconveniente exótico, ridículo y trivial que toman las sesiones de Cortes.

Dice muy bien; pero que nos haga el favor de acrecentar un poco su hacienda; pues a unos parece *septembrista* y a otros *restaurador*. Los niños crecen y es preciso agrandarles los vestiditos.

La Nación y otros muchos periódicos no traen artículo doctrinal, sino reseñas parlamentarias.

¿Quién dudaría que *La España* gustó más del discurso del Sr. La Serna que del que pronunció el Sr. Calvo Asensio?[6]

Nadie; pues *La España* siempre opina lo contrario que España.

Mas, por si alquién lo dudaba, hoy lo dice en su artículo de fondo.

Y esto nos hace insistir en lo que decíamos más arriba.

Que es muy original que todos los periódicos retrógrados tengan un título absurdo.

Así, pues: *La Esperanza* debía llamarse *La Desesperación*; *La España*, *Cristina*; *La Epoca*, *Lo Pasado*; *El Parlamento*, *El Veto Real*; *El Amigo del Pueblo*, *El Amigo del Trono*; *El Diario Español*, *Español Extraordinario*; *El Iris de España*, *El Diluvio Universal*, y, como dijo el otro, *etiamsi omnes*.

(8 de diciembre)

* * *

¿Han traído los periódicos de hoy? —Sí, pero no todos. —Tenemos la de siempre. Oye; luego que concluyas tus ocupaciones, llégate a la redacción de los diarios que faltan y di a sus administradores que sean más galantes y no se parezcan a los administradores de correos, en su poca exactitud al remitirlos.

(9 de diciembre)

---

[6] Pedro Gómez de la Serna (1806–71), jurisconsulto y político progresista español, desempeñó entre 1854 y 1856 la fiscalía del Tribunal Supremo. Pedro Calvo Asensio (1821–63), político progresista y director del periódico liberal *La Iberia*.

* * *

—Tilín...tilín...tin...tin.

—Señor.

—¿Quién hay en la antesala?

—Los diarios de Madrid y *El Diario Español, Político y Literario.*

—Que pasen.

—¿Todos juntos?

—No, no; uno a uno; no tengo gana de oirlos disputar.

Postillón (anunciando) —*El Clamor Público.*

—Adentro. Buenos días. ¡Ola, mi antiguo amigo! ¡Cuánto celebro verle! V. en los once años tan liberal; aquellos eran sus buenos tiempos. ¿Cómo va de calor?

—Se toma el que conviene.

—¿Y qué quiere V. hoy?

—Vengo a preguntar, cómo estando asegurado el trono y consolidado el Ministerio, siguen los ánimos intranquilos, llenos de dudas y temores.

—¿Y qué opina V. por su parte?

—Que todo consiste en que se desconocen las intenciones marcadas de la mayoría de las Cortes y del general Espartero.

—Pues está V. equivocado; la inquietud del país estriba en que no es cierto el precedente que V. sienta.

—Jesús, hombre, calle V. Me voy, me voy. ¡Qué imprudencia!

—*El Postillón* (anunciando) —*El Buen Sentido.*

—¡Oh! querido, ¿por qué no se ha quedado V. en su redacción? ¡Hace V. allí tanta falta! Y bien ¿qué desea V.?

—Vengo a enseñar a los gobiernos el modo de nombrar empleados.

—¡Ya! ¿Tiene V. ambición? Eso no es malo. Lea V. el latigazo que le dedicamos hoy acerca de su folletín.

—Otro al puesto.

Postillón. —*El Diario Español.*

—¿Cuál? *El de Avisos?*

—*No, se*ñor, el *Político y Literario.*

—*Caríssimo fratello*, no os detengáis. ¿Qué ocurre?

—Rabio y trueno contra el *individualismo* de nuestros revolucionarios.

—*Egoísmo*, estaría mejor parlado. ¿Qué más?

—Llamo *Narcisos políticos* a ciertos diputados.

—¡Bravísimo! Beso a V. la mano. Pues amiguito, no es mal sastre el que conoce el paño. Monseñor.

Postillón. —*La Iberia.*

—Dile que se deje el *postugal* a la puerta y que pase.

—Buenos días, señor *Zagal*; venía a decir a V. todo lo que pasa en Europa.

—Al grano, al grano, ¿Qué dice V. de España?

—Yo, nada; pero copio un artículo portugués que opina por la unión ibérica.

—Hombre, puesto que los portugueses y los *castesaos* quieren unirse, ¿por qué no se han unido ya? *El Látigo* se alegraría, aunque no fuese más que por aquello; mal de muchos, consuelo de tontos.

—*Dixi*.

—*Vade*.

Postillón. —*La Egaña*.[7]

—¿Qué dices, chico?

Postillón. —*La Engaña*.

—Borrico, ¿quieres hablar claro?

—*La España*.

—¡Ah! ya, dila que vuelva.

Postillón. —*El Iris de Idem*.

—Que te diga lo que le ocurre.

—Viene entusiasmado con la contestación de las Cortes al discurso de la corona.

(10 de diciembre)

* * *

—Señor secretario *Postillón*...

—¿Qué hay?

—Veamos la correspondencia de hoy.

—Dirá V. la de ayer; hoy es lunes; y ya sabe usted que los periódicos y los zapateros descansan este día.

—Déjate de bromas, que estoy de mal humor.

—Aquí tiene V. las cartas que trajo ayer el cartero.

—Siéntate; coge la pluma; y según vayas leyendo, irás contestando.

—Empiezo, pues.

Calle de los Caños, núm. 4.

Amigo *Zagal*: Estoy loco de contento; el Congreso manifiesta pocos deseos de juzgar a Cristina, es decir a S. M. La Reina Madre, y espero que dentro de poco podrá esta augusta señora encargarse de nuevo de la dirección de su amiga que la quiere.

La España.

---

[7] Pedro de Egaña (1804–85), fundador y director del periódico monárquico *La España*.

—Contesta a esa chica que no sea tonta; que el reinado de Cristina no es ya de este mundo, y que esto lo saben ambas muy bien.

Calle que fue de María Cristina, núm. 4.

Muy Sr. mío: *El Iris de España* os lo anuncia. Sí; os lo dice hoy y os lo dirá mientras lo juzgue necesario. Viudos, habéis triunfado y triunfaréis siempre; separados, seréis vencidos.

Suyo afectísimo: Y.

Responde a ese caballero que no queremos unirnos; que odiamos el matrimonio; y que en cuanto a eso de ser vencidos, su partido, que es la Unión Liberal, lo está ya hace tiempo, pues la naturaleza repugna todo aquello que puede dar un *centauro* por resultado.

Postillón. —Señor, ¿qué es centauro?

—¡Otra te pego! Calla y escribe.

Jacometrezo, 26.

No hay novedad.

Con este motivo se repiten suyas.

Las Novedades.

—Pues, señor, quedamos enterados. Prosigue.

Carrera de San Jerónimo, 33.

Querido *Zagal*: He recibido la suya; siento mucho decirle que no puedo favorecerle porque no tengo *fondos*.

De V., apasionada y S.S.Q.B.S.M.

La Nación.

—*Dile a La Nación* que ya sé que ni tiene fondos, ni la va quedando crédito; que los fondos que yo le pedía eran artículos de fondo.

Travesía de Trujillos, 2.

Muy Sr. mío: Se dice que el proyecto de ley de imprenta, que obra en la mesa del Congreso, no admite más delitos en la emisión del pensamiento que los de injuria y calumnia. Yo me adhiero a esta opinión, porque amo a la prensa y no dudo que se la debe la mayor y mejor parte de nuestro alzamiento.

Quisiera saber la opinión de V.

Reciba V., señor *Zagal*, la consideración con que soy suyo afectísimo.

El Voto Nacional.

Da la enhorabuena a ese señor por sus sanas ideas; pero dile que si se le deja a la ley la coletilla de la injuria y la calumnia, el diablo se nos meterá otra vez en casa agarrado a ella.

Calle de la Espada, n. 6.

Querido hermano: Me extraño mucho lo que sucede en el asunto de la pensión de Cristina; aquí hay gato encerrado; según parece, su enjuiciamiento, si se efectúa, va a ser su apoteosis. Hoy le digo al gobierno cuatro verdades sobre el derecho de reunión, que asiste a los ciudadanos y le meto el resuello al *Parlamento* en la cuestión de consumos.

Estoy triste, hermano mío. La reacción nos ata cada día un dedo; dentro de poco estaremos cargados de cadenas.

Pero siempre te querrá tu apasionado

Adelante.

—Contéstele a ese buen amigo: que lo que hoy hace la reacción con la revolución se parece a las ligaduras con que amarraron a Gullibert los Lillipucianos; el día que la revolución se levante romperá toda esa maraña de cabellos con que se la quiere envolver. —Continúa.

Plazuela de Celenque, n. 1.

Sr. de *Zagal*: El *egotismo*, sí que a la orden del día en la Asamblea; los discursos parecen biografías, memoriales, hojas de servicio, o disputas de mujeres. Según se ve, la revolución ha tenido el parto de los montes.

Es de V. amigo y seguro servidor

La Iberia.

—Díla que ella tiene un medio de entonar la Asamblea; que un hombre de energía, elocuente, enemigo de circunloquios y de etiquetas; un Mirabeau, que asomara las orejas por el Congreso, daría carácter a sus sesiones, las dramatizaría, las volvería el interés y la grandeza que han perdido, o mejor dicho, que aun no han tenido, que si no emplea dicho medio, no tiene el derecho de quejarse.

Calle del Baño, n. 14.

Monseñor, estoy muy disgustado, y conmigo toda la prensa, y con la prensa toda España, del giro improductivo y trivial que ha tomado la Asamblea.

Soy vuestro, monseñor,

El Político y Literario.

—Dice muy bien y me uno a su juicio, lo que es raro.

Calle del Príncipe, n. 14.

Mi amigo: La contestación al discurso de la corona no me gusta.
Suyo,

El Clamor Público.

—Ni a mí; házlo presente a ese joven.

Isla de Jauja, 1834.

Reverendo *Zagal*:

Frailes, absolutismo, Montemolín, Nicolás de Rusia, he aquí nuestra dulcísima

Esperanza.

Amén.

(12 de diciembre)

* * *

—¡*Postillón*!

—¿Qué?

—Tráeme la comida. ¡Hoy tengo un gran apetito!

—Pues, ¿qué ocurre?

—Que también los moderados han tomado en consideración la proposición de abolir la pena de muerte por delitos políticos.

—Eso consiste en que se van debajo, y con más probabilidades de morir ahorcados que los progresistas. El día que éstos caigan, restablecerán los otros la pena capital, para estrangular a sus enemigos y asegurarse en el poder.

—Lo que prueba que los liberales son tan generosos cuando triunfan, como Alejandro. Pero trae la comida.

—Allá voy. Escucha; no olvides decirme el nombre de cada plato, pues me gusta saber lo que como; los extranjeros son el demonio para inventar nombres revesados: *Cremonski*, pollos a la *Villeroy*, *salmi de cochas*, ¡qué demonio! Nuestros padres decían jamón, torta, lomo, pavo, longaniza; ahora es *croquetas a la bechamel*, *pechuga a la Tolosa*, *puding*, *roatsbeef*.[8] ¡Rayo y relámpago en los fondistas! Oye, tráeme la comida.

[8] La correcta ortografía inglesa es *pudding* y *roast beef*, y más adelante *beefsteak*.

—Aquí tiene V. la sopa.

—¿De qué es ésta?

—De *macarrones a la italiana*.

—Pero en español ¿cómo se llama esto?

—*La Esperaaza*.

—¡Pues es verdad! Los macarrones recuerdan al cardenal Alberoni,[9] uno de los pícaros más grandes que ha comido pan, y la *italiana* tiene un saborcillo teocrático. Probaré esa otra sopa.

—Rico *puré a la tortuga*, o lo que es lo mismo *El Católico*.

—Ya decía yo; desde que gusté esa sopa, siento que sin querer me aparto de la mesa, y que la silla anda hacia atrás.

—Esa retrogradación es propia del *Católico* y de las *tortugas*.

—Echame vino.

—Aquí tiene V. *Oporto*.

—Bien venido, *portuguesinho* amado. Entra en mi lánguido cuerpo y vigorízalo. Hágamos entre los dos un ensayo de unión peninsular. Eh! *Postillón*, ¿sabes que este vinillo me gusta? ¿Cómo se llama en castellano?

—*La Iberia*.

—Ah! ya comprendo; por eso me sienta tan bien; está visto; el vino portugués se ha hecho para que se lo beban los españoles.

—Aquí tiene V. *La España*.

—Oh! *Volován a la financiera*, como dice Lhardi. ¡Pobre *financiera*! *Voló...van* a la grupa de ella los polacos.[10] Y lo más extraño es que quieren atraerla a que se defienda en el Congreso.

—Descuide V., que no vendrá. Si viniera, me parece que los fondistas darían gato por liebre, es decir, salchichón hecho con carne.

—¡Antropófago! ¿Qué dices? ¡Anda! ¡Anda! Tráeme otra cosa.

—Al rico *róbalo*.

—¿Qué me aconsejas, *Postillón*? ¿Qué robe a los ricos? ¿Eres socialista?

—¡Yo! no señor, soy gallego.

—¡Cuidado con lo que dices! Yo no quiero repartir la propiedad; yo quiero repartir la probabilidad. Pero tú no entiendes de esto. ¿Cuál es el nombre de este pescado?

—*Róbalo*...

—Más claro...

—*El Parlamento*.

—¡Oh! ¡Con qué gusto le saco la espina dorsal!

---

[9] Julio Alberoni (1664–1752), cardenal italiano y ministro de Felipe V de España. A pesar de su inteligencia, su política agresiva fracasó, siendo Alberoni expulsado de España a finales de 1719.

[10] Los partidarios de Sartorius, así llamados porque su familia era oriunda de Polonia.

—Es de los mares de Polonia.

—¡Bruto! En Polonia no hay mares; está en el centro de Europa, y por cierto que ahora piensa en emanciparse.

—Decía que este *róbalo* es polaco.

—Lo de *róbalo* se conoce en sus tendencias, y lo de polaco en su sabor. Dame vino.

—A ver si lo conoce V.

—¡Qué exquisito! ¡Bravo!

—Mal va V. Este vino no le gusta a González Bravo, ni a Bravo Murillo, ni a nungún Bravo de los que conozco.[11]

—¡Bravísimo! Este vino ensancha la idea, revive el entusiasmo, conforta el corazón. Este debe llamarse *La Soberanía Nacional*.

—Sí, señor, o lo que es equivalente, *Lácrima Christi*.

—Podías haberlo guardado para los postres. ¿Qué me traes ahí?

—*Beef-teak*, *puré de patatas*.

—¿Patatas? ¿Eso es cosa del *Diario Español*?

—Justo. ¡*Beef-teak*! *Puré*! ¡Estas palabras tienen un énfasis enteramente *político y literario*!

—Pero, ¡qué carne tan dura! No puedo mascarla, ni pudiera tragarla, ni quiero diregirla. Pregunta si hay *sesos a la marinada*.

—No, señor, pero tienen *La Verdad*.

—Es lo mismo. Apróximame esas *alcachofas*.

—¡Qué, señor! si no valen nada. ¿Las ve V. tan gordas? Pues está V. una hora quitando hojitas, y luego no tienen nada en medio; por eso se llaman *Novedades*.

—Pon agua.

—Aquí no se llama agua; se llama *Clamor Público*.

—¿Por lo fría?

—¡Qué!, no señor; porque todo el mundo pide a una voz; es decir, porque *El Clamor Público* pide que traigan aguas a Madrid.

—¡Ah!, ya; el río Lozoya. Veamos ese pastel.

—¿Cuál, éste? Es un pastel recién hecho; se llama la Unión. Quítele V. la coronilla y verá lo que hay dentro.

—Chico, no veo nada.

—Ahí tiene V. *La Unión Liberal*.

—Válgate Dios. ¡Qué fondas estas! Pide alguna fruta.

—Hay albaricoque.

—¿En esta *Epoca*?

---

[11] Luis González Bravo (1811–71), político radical en su juventud que se hizo reaccionario más tarde, en esta época no representaria un papel importante en la politica. Juan Bravo Murillo (1803–73), jurisconsulto y político moderado, estaba entonces refugiado en Francia.

—Sí, señor; pero en conserva.

—¡Ah! ya entiendo; albaricoques conservadores. Tráeme turrón.

—¿Quién? ¿V. turrón?

—Sí, ¿qué te extrañas?

—¡Nada, nada! Aquí tiene V. del bueno: *Nación*, *Voto Nacional*, *Iris de España*, *Buen Sentido*...

—Dame *Nación*. Y sírveme café con rom.

—Ya comprendo: *Tribuno* con *Adelante*. Cuidado, que eso se sube a la cabeza.

—¿Qué me importa? ¡Quiero olvidar tanta miseria! Dame un habano.

—No puede ser; hemos perdido la isla de Cuba, y ya no tenemos buen tabaco.

—Calla, imbécil, no profetices; alárgame esa pipa, y déjame roncar.

—¿A qué hora le llamo a V.?

—Mañana a la hora de comer; a Díos.

(15 de diciembre)

* * *

I

La España se lamenta de que los diarios no manifiestan su curiosidad por conocer el contrato recientemente hecho por el Gobierno con el Banco de San Fernando, para pago en el extranjero del semestre de la deuda, y se queja de que durante la dominación moderada, querían los periódicos penetrarlo todo.

¿En qué quedamos, *España*? ¿No hemos convenido en dejar de ser curiosos, en no sacar a relucir interioridades, en no justificar nada, en disimularlo todo?

El Voto Nacional se pronuncia por la libertad de cultos.

¡Oh, impiedad! ¿Qué será entonces de nuestros venerables clérigos? Los entierros mayores, las dispensas de 5,000 y 10,000 rs., los sufragios, los derechos de casamiento y bautismo, todas esas mercancías sagradas van a sufrir una baja espantosa; todos vamos a ser moros por no aflojar la bolsa.

¡Al orden, señor *Voto Nacional*! ¡A la Inquisición el redactor!

¿Qué tal? ¿Lo hacemos bien, señora *Esperanza*?

II

El periodista abre un paréntesis.

—*Postillón*, tengo hambre. ¿Qué hay hoy en la fonda?

—Nada más que pasteles.

—¿Has leído el discurso de Víctor Hugo en el aniversario de la revolución de Polonia?

—No, señor.

—Léelo, pues. Verás qué nube descarga sobre Napoleón III.

—Me alegraré en el alma. Ese Napoleón tiene todo lo malo de su tío, y nada de lo bueno. Con que ¿quiere V. pasteles?

—No, déjalo; en el Congreso compraré unos pocos.

III

La Unión contaba con que el señor Nocedal era de los suyos; se ha convencido de lo contrario, y entona una jeremiada.[12]

Y así desertarán todos, querida *Unión*; los crepúsculos son transitorios; esos señores *Mediastintas* irán clasificándose poco a poco, y entonces no quedará más que un periódico sin suscritores, sin ideas, sin título, sin apoyo, sin esperanza.

¡Qué *desgraciada* eres, pobre *unión ex-liberal*!

El Diario Español inserta la sesión de Cortes.

La Nación quiere una buena ley de enseñanza pública.

Así sea; entonces mandaremos a la escuela a muchos diputados y a algunos periodistas. Por lo demás, nosotros no queremos aprender lo que enseñan los gobiernos.

Las Novedades copia nuestro artículo de ayer, titulado *Sesión profética*, elogiándole extraordinariamente, y asegura que no puede darse caricatura más exacta.[13]

La Esperanza ha pasado una noche en el infierno.

Este viaje lo hizo Dante, antes que ella, y vio allí a muchas personas que no pensaba encontrar en aquel sitio.

Es de creer que *La Esperanza* habrá tropezado con muchos papás (cuidado que tiene acento) con algunos naipes de esos que valen cuatro tantos en la brisca, tres en el solo y diez en la treinta y una, con algunos renglones del almanaque.

Pero vamos al hecho.

Es el caso que, hace dos o tres noches, hubo un horroroso incendio casa del director de *La Esperanza*.

(16 de diciembre)

* * *

Van a publicar los exclaustrados un periódico titulado *La Experiencia*.

---

[12] Cándido Nocedal (1821–85), político que primero perteneció a la extrema derecha del partido moderado, adhiriéndose después al Carlismo.

[13] Véase págs. 45–49.

Así tendrá dos lentes la teocracia: uno mirando adelante y otro mirando atrás.

La Experiencia enseñará muchos desengaños a *La Esperanza*, y la recordará los funestos años de 1812, 1820, 1834 y 1854, en que se hundieron los castillos de cartas formados por los cerquillos.

La Esperanza hablará a *La Experiencia* de Fernando VII, Angulema, Cristina y Nicolás de Rusia, restauradores pasados y futuros de las cogullas.

(17 de diciembre)

* * *

Creemos que hay cuatro cosas que se parecen en lo insípidas, incoloras e inodoras.

Las zarzuelas.

La escuela moderada.

El vino aguado.

Y la Unión Liberal.

Las zarzuelas, porque en ellas ni hay música ni poesía.

La escuela moderada, porque carece de pasión.

El vino aguado, porque de dos cosas buenas hay una mala.

Y la Unión Liberal por aquello de Centauro.

(17 de diciembre)

* * *

Presume de erudito *El Amigo del Pueblo*; tiénese por sensato y rico de razones, y es lo cierto que sólo posee habilidad para manejar el sofisma y mucha hipocresía para predicar el error.

El Amigo del Pueblo, considerado en concreto, es un periódico polaco, puramente polaco, cristino, mañosamente cristino, cuyo espíritu es decir a su enemigo el pueblo las siguientes suaves picardías.

—Anda, hijo mío, házte polaco; fía de mí; yo soy mejor que aquéllos; no pienses; no leas; no hables; no te reúnas; yo te llevaré de la mano. ¡Cuánto te quiero! ¡Pichoncito, remonono, polaquito de tu papá! Dame los cuartos; déjate amarrar otra vez; suelta las armas. ¡Y verás cómo te fusilo el día que te muevas!

Y los grandes se suscriben, y el pueblo dice *nequaquam*, y el periódico sale no sabemos de dónde, y la prensa mira de reojo estos libritos azules y colorados.

¿Quieren VV. una muestra de las doctrinas del *Amigo del Pueblo*?

Allá va la mente de uno de sus más importantes artículos titulado *Deberes del Pueblo*.

Dice nuestro colega que los ciudadanos tienen el derecho, si no el deber de insurreccionarse contra las leyes injustas, contra los gobiernos tiránicos.

—¡Diablo, esto es bueno!

Dirá cualquiera liberal al oír semejante concesión.

Lean VV. más abajo.

Y verán que *El Amigo del Pueblo* dice que para sublevarse no es menester el Himno de Riego ni las barricadas, ni los tiros, ni nada que se parezca, sino la insurrección tranquila de una pasiva desobediencia.

Esta teoría, conocida ya del arzobispo de León, cuando escribió su *Etica*, tiene ligerísimos inconvenientes:

1.° Que sin la libertad de reunión, de asociación, de discusión y de imprenta, libertades que cree peligrosas nuestro *amigo*, es muy difícil, casi imposible que los ciudadanos se pongan de acuerdo para no obedecer, para no pagar, por ejemplo, para no salir, o para no entrar; de manera que con cuatro civiles o polizontes que vayan arrollando a todos los ciudadanos rebeldes, uno por uno, casa por casa, queda estéril la insurrección.

2.° Supongamos que a pesar del Saladero, de Filipinas y del campo de Guardias, consiguen los ciudadanos ponerse de acuerdo para cualquier movimiento, o mejor dicho, para cualquier inmovilidad, para cualquier desobediencia pasiva, para no pagar los consumos, v. g.

Oíd el resultado.

El Gobierno: Paguen VV. los consumos.

Los Ciudadanos: No nos da la gana.

El Gobierno: La bolsa o la vida.

Los Ciudadanos: Que no.

El Gobierno: ¡Cuidado conmigo!

(Los ciudadanos siguen impasibles.)

El Gobierno: A la una...

(Nadie paga.)

El Gobierno: A las dos...

(Ninguno afloja.)

El Gobierno: ¡A la tercera!

(Todos se hacen de pencas.)

El Gobierno: ¡Hola! señor Gándara![14] Fusíleme V. E. a esos pícaros; cañonazo vivo! ¡No haya piedad!

(Los ciudadanos piensan en resistir, en defender sus vidas, sus casas y sobre todo sus bolsillos; empiezan a tararear el Himno de Riego; se acuerdan de las barricadas, de sus triunfos de julio, etc.; van a lanzarse a la calle, fusil en

[14] José de la Gándara y Navarro (1820–85) había mandado a sus tropas disparar contra el pueblo en la Plaza Mayor durante el *ministerio metralla* en julio de 1854.

mano, y recuerdan de pronto cierto artículo del *Amigo del Pueblo*, que dice que las insurrecciones han de ser pasivas. Los ciudadanos se dejan asar a tiros y el gobierno triunfa de los insurrectos.)

¿No es esto lo que V. quiere, señor periodista polaco?

¿No es esto lo que sucedería, señores ciudadanos inmóviles?

¡Oh, qué útiles son los ejemplos!

¡Y qué! ¿No hay un término medio? ¿No hay una solución? ¿Cómo evitar la muerte de los unos o de los otros, la del pueblo o la del ejército españoles ambos?

Es muy sencillo.

Suprimid el ejército o que haya muy poco.

Sin ejército no puede haber tiranos, ni gobiernos despóticos, ni leyes injustas.

Que cuando muere la fuerza, triunfa la razón.

(22 de diciembre)

BIBLIOTECA Granada ALARCÓN

Artículos

1

CORTES CONSTITUYENTES. SESION PROFETICA DEL DIA DE 1854.

Presidencia del señor Madoz[15]

Se abre a las dos, hora en que los señores diputados han podido digerir el almuerzo, dar un paseíto y recibir la corte de sus protegidos.

Leída y aprobada el acta de la sesión anterior, se manda pasar a la comisión de gobierno un proyecto de cuelga-cabezas presentado por el señor Avecilla, diputado bardo.

Sube a la tribuna el Sr. Ministro de Fomento y lee un proyecto de ley que tiene por objeto fomentar en nuestra patria el plantío de alcornoques. Dicho proyecto pasa a las secciones después de un ligero debate en que varios diputados acusan al Sr. Luján (con x) de mirar más por su casa que por la ajena.

Se da cuenta de una exposición del señor don Fermín Gonzalo Morón, pidiendo que su periódico *La Verdad* sea declarado obra de texto para todas las escuelas del mundo e islas adyacentes, fundándose en que el gallo aquel que se quedó cacareando y sin plumas era indudablemente de otro Morón, pues él nunca ha sido aficionado a gallos aunque algo dado a gallear.

El Sr. Presidente (Madoz): Continúa la discusión pendiente acerca del proyecto de ley presentado por el gobierno para suprimir la contribución de consumos. Tiene la palabra el señor Sánchez Silva.

El Sr. Sánchez Silva: Decíamos ayer que la contribución de consumos pesaba como un gabán de plomo sobre las clases menos acomodadas, y es esto tan cierto, que las infelices lavanderas del Manzanares...

El Sr. Cánovas del Castillo: Pido la palabra para una alusión personal.

El Sr. Sánchez Silva: Suplico al señor presidente y al Congreso todo

---

[15] Este es el único artículo de fondo que escribió Alarcón durante el mes de diciembre antes de ser director del periódico. Pascual Madoz (1806–70), político liberal, presidía entonces el Congreso.

permitan hacer uso de la palabra al jóven diputado por Málaga, pues como no ha sido mi ánimo aludir a S. S....

El Sr. Cánovas del Castillo: Señores, espeluznado de horror he oído decir en este sitio que el programa de Manzanares...

El Sr. Sánchez Silva: Jóven diputado, V. S. oye sin duda por la... Yo no he hablado del programa de Manzanares, sino de las lavanderas del río de este nombre.

El Sr. Cánovas del Castillo: Como yo escribí aquel documento...

Una voz (desde la tribuna pública): Ya nos lo ha contado V. varias veces.

El Sr. Presidente (Madoz): Orden o toco a rebate.

El Sr. Sánchez Silva: Repito, señores, que las pobres lavanderas del Manzanares han tenido a veces que pagar al fisco hasta el pedazo de pan, la cebolla y la patata que constituye quizá su único y miserable alimento, amasado con lágrimas.

El Sr. Gómez de la Serna (presentando su cabeza en un plato cubierto con otro id.; es decir, ofreciendo al Congreso la nada entre dos platos): El Sr. Sánchez Silva ha hablado de lágrimas con cierto retintín que parece aludir a las que mis dignos compañeros y yo hicimos derramar en julio. Si así es, aquí está mi cabeza.

El Sr. Sánchez Silva: Es muy de extrañar que el antiguo jefe progresista nos ofrezca una cosa que perdió hace ya tiempo. S. S. ha padecido el martirio...

El Sr. Corradi (componiéndose el corbatín): Caballeros, para martirios el del *Clamor*.

El Sr. Presidente (Madoz): A ver! que le den una cartera.

El Sr. Sánchez Silva: Señores, ¿hablo o no hablo? Parece esto una olla de grillos.

El Sr. Coello y Quesada: Pido la palabra para una alusión.

El Sr. Sánchez Silva: Cuesta trabajo el creer que en un siglo en que la ilustración...

El Sr. Fernández de los Ríos: V. S. me permitirá que le advierta que la *Ilustración*, periódico que dirijo, al mismo tiempo que el *Semanario Pintoresco* y las *Novedades del siglo XV*,[16] no ha dicho una sola palabra sobre la contribución de consumos. Sin embargo, ya que estoy en pie, recordaré a los señores diputados y al público español que se suscribe a aquellos periódicos en las librerías de Cuesta, Monier y Baylly-Bailliere, y en el centro de suscripciones, Jacometrezo, 26.

El Sr. Presidente (Madoz): Aquí no venimos a hacer prospectos.

El Sr. Fernández de los Ríos (continuando apresuradamente, como el que coge la ocasión por los cabellos): Ahora traigo en el magín una combinación

[16] El título del periódico era sencillamente *Las Novedades*.

que creo satisfará a los más descontentadizos. Verán Vds.; por sesenta reales al año, que gasta cualquiera, menos yo, en limpiarse las botas, daré cuatrocientos volúmenes...

El Sr. Presidente (Madoz): ¡Al orden, señor diputado!

El Sr. Fernández de los Ríos: ¡Cuatrocientos volúmenes, doce mil grabados traídos de extranjis en buen papel!...

Un Diputado (para su frac): No será tan bueno como el de las diez mil resmas cuádruples que trajo este cura, en virtud de cierto privilegio concedido por los pícaros moderados.

El Sr. Sánchez Silva: Todo el mundo sabe...

El Sr. Prim (alias conde de Reus): En Rouschout me hallaba yo cuando el bravo Omer Bajá...[17]

El Sr. Sánchez Silva: V. S. no sabe lo que yo iba a decir y por consiguiente...

El Sr. Prim: En Rouschout me hallaba yo cuando el bravo Omer Bajá, que forma parte del mundo, me dijo muchas cosas, por lo tanto es muy posible que me refiriera lo que el Sr. Sánchez Silva tratará de darnos como una novedad.

El Sr. Presidente (Madoz) interrumpiendo al orador: Sr. duque de Sevillano, tenga V. S. la bondad de descubrirse.

El Sr. duque de Sevillano (poniendo el labio inferior tan saliente como el alero de un tejado): Estoy descubierto.

El Sr. Presidente (Madoz): Perdone V. S. Creí que tenía puesta una gorra de pelo. (Hilaridad en los bancos. El Sr. Sevillano hace ademán de peinarse.)

El Sr. Sánchez Silva: Todo el mundo sabe que en estos últimos años no se han podido decir ciertas cosas, ni en este sitio, porque las elecciones se hacían de real orden, ni en la prensa, porque esta benéfica institución andaba cada día un paso en el camino del Calvario.

Los Sres. Santa Cruz (Ministro de la Gobernación) y Santa Cruz (Ministro de Marina) a duo: El orador debe tener presente que en aquel Calvario no estaban estas cruces.

El Sr. Sánchez Silva: Convenido. ¿No dice nada, por ventura, ese inmenso clamoreo que de un extremo al otro de la península se ha levantado contra la contribución de consumos? Señores, esto es muy digno de tenerse en cuenta, porque el instinto popular jamás se equivoca, y en esta tierra de Dios cada cual se rasca donde le pica.

El Sr. Corradi: Pido la palabra para defender a dos ausentes, mis dignos compañeros, a quienes me duele no ver en este sitio.

---

[17] Prim había ido a Turquía en 1853 en calidad de jefe de la comisión militar española que debía agregarse al ejército turco en la guerra de Crimea. Estaba en Rouschout en las orillas del Danubio con el general turco Omer Bajá cuando ocurrió la batalla de Vicálvaro.

El Sr. Sánchez Silva: Señores, el labrador más humilde, el que no recoge al cabo del año más que cuatro o seis fanegas de trigo y un puñado de cebada...

El Sr. Salmerón: En la plazuela de la id. estuve yo durante las jornadas de julio. ¡Entonces sí que era demócrata! Tres días con tres noches estuve en la plazuela de la Cebada.

El Sr. Sánchez Silva: En el siglo XIX no son los pueblos, como creen los retrógrados, miserables rebaños (los señores Cordero, Pastor y Ovejero piden la palabra) dispuestos a sufrir resignados el yugo del primer advenedizo. Un pueblo como el nuestro, que cuenta sus días por sus triunfos, (el Sr. Hazañas se impacienta) no es digno de que se le haga pagar hasta el aire que respira. No quiero levantar el velo...

El Sr. Velo: Pruebe V. S. a levantarme.

El Sr. Sánchez Silva: No quiero levantar el velo que la Unión Liberal ha echado sobre la historia de estos últimos años, porque deseo que esta cuestión no sea la manzana de la discordia, sino una pera de agua, (El señor marqués de Perales pide la palabra) una pera de agua de agradable sabor, que comamos en amor y compaña el gobierno, el trono y nosotros los diputados de la nación. ¿Hay nada más dulce (el señor Dulce dirige al orador una mirada más que amarga) que el hacer el bien público? Yo de mí sé decir que por el bien público me dejaría crucificar. (El Sr. Centurión pide la palabra.) En nuestra mano está aliviar la miseria pública, llevar el contento al seno de muchas familias y hacernos acreedores a la gratitud nacional. Mañana recorreremos los campos, y si oímos a lo lejos un alegre cantar (El Señor Cantalejo pide la palabra), podremos decir llenos de orgullo: Ese ciudadano nos debe su alegría y la de su familia y la de su descendencia. Digamos con el Angel: "¡Al diablo la contribución de consumos!"

(El Sr. San Miguel hace como que va a hablar, se pone más tieso que de costumbre y en su semblante satisfecho indica que tiene que hacer revelaciones de importancia; pero en el momento de abrir la boca conoce que está de sobra en el salón.)

El Sr. Allende Salazar: Pido la palabra en vindicación de mi honor.

El Sr. Presidente (Madoz): La tiene V. S.

El Sr. Allende Salazar: Señores, en un periódico de Hong Kong que por casualidad he recibido en una caja de té, se dice que si yo dije o no dije en cierta ocasión cosas que no debí decir o que cuando menos no son para dichas. Y como yo soy monárquico y demócrata, esto es, como quiero que haya reina con república, miento, república con reina, que no es lo mismo, aunque parece lo mismo, el duque de la Victoria es el salvador de la patria, y Zaragoza, y Madrid, en fin... yo me entiendo. (Prolongados aplausos en los bancos de la derecha).

El Sr. Presidente (Madoz): Siendo ya hora de tomar un bocado, se preguntará al Congreso si se prorroga la sesión.

Muchos señores Diputados: Pues no faltaba más. ¡A comer! ¡A comer!

El Sr. Presidente (Madoz): Se levanta la sesión. No dirán los pueblos que malgastamos el tiempo.

Eran las cuatro y media.

Nota. Esta sesión sólo tuvo de notable el que en ella no hizo uso de la palabra el Sr. Gil Virseda.

El Zagal
(14 de diciembre de 1854)

2
IMPRESIONES DE VIAJE
LOJA
I
LARGA-ESPADA II

Empezaba a desperezarse el alba, como una muchacha bonita que sale de su lecho bostezando, riendo, cantando y dando brincos.

Amanecía el 29 de diciembre de 1854.

Hacía un frío de todos los demonios.

Y es que el termómetro y nuestro crédito se han puesto de acuerdo en estos días.

Eolo, el Sevillano de la temperatura, habrá dejado escapar a Boreas, vientecillo pelado (por contraposición a la excelencia que acabamos de citar), y cuyo frío pudiera compararse solamente al que preside en el ánimo de los madrileños, siempre que sus queridos monarcas se presentan en público.

(Aprovechemos esta ocasión para manifestar nuestro disgusto en este particular. ¿Qué significa eso de no saludar a la hija de Fernando VII, a la nieta de Carlos IV, a la sucesora de Carlos II, de Felipe II y de D. Pedro *El Cruel*? ¡Hay hombres tan cínicos que ni se paran al ver el coche, ni lo miran, ni se quitan el sombrero!! ¡Qué va a ser de nosotros, Dios mío!?!?)

Continuemos, no sin pedir perdón al suscritor que leyere por las digresiones que hacemos y lo difuso de nuestros paréntesis, pero esta maldita costumbre la hemos adquirido en el Congreso, donde se habla de todo menos de lo necesario, y se habla en *caló* por añadidura, siendo de notar los briosos puños del señor Madoz cuando agita la campanilla como un acólito antes de la misa o un portero del ayuntamiento para llamar a cabildo.

Decíamos, pues, que amanecía el 29 de diciembre.

Ved allí al *Hijo-Pródigo*, caballero en un rocín tan anticuado como todas aquellas mojigangas que salieron al teatro público, llamado Madrid, el día 8 de noviembre último (la exactitud de las fechas es nuestro fuerte) en un rocín, repetimos, que por lo flaco, era la más perfecta antítesis del caballo de bronce que hay en la Plaza Mayor.

Y aquí nos permitirá el lector que nos interrumpamos para suplicar al ayuntamiento que quite de allí cuanto antes la estatua ecuestre a que aludimos, por las siguientes razones.

1.ª Porque es una mala escultura, que deshonra a las artes españolas, y no queremos que los extranjeros se rían de nosotros también por ese lado.

2.ª Porque el personaje, el jinete, Felipe IV, en una palabra, no es digno de una estatua, pues fue un mal rey, un mal hombre, un mal esposo, y un mal poeta, a cuyas cualidades se debió la consumación de la ruina de España, inaugurada por su padre, que, entre paréntesis, era muy feo.[18]

3.ª Porque mañana o el otro, cuando se acuerden nuestros descendientes de la revolución de julio, van a creer que ese monumento representa la Unión Liberal, por aquello que dijimos, de que esta idea es un *centauro*, medio hombre y medio bestia.

Y 4.ª Porque con aquel bronce podían fundirse cañones, que el Ministro de la Guerra volvería contra *el país*, el día que éste no se conformase con los disparates que hagan las Cortes. (Estas son sus propias palabras.)

Dejamos al *Hijo-Pródigo* cabalgando en su jamelgo a las seis de la mañana.

Llevamos cinco cuartillas y sólo hemos dicho lo que cabe en un renglón. No hiciera más el señor don Fernando Corradi,[19] ni menos el periódico *Las Novedades*, cuyo título no está en castellano, como tampoco el resto de su leyenda.

Llevaría *El Hijo-Pródigo* dos horas de camino, cuando divisó a lo lejos unos campanarios.

—¿Qué pueblo será aquél? se preguntó el *chirón* que nos ocupa.

Porque es de advertir que él nunca sabe por dónde va.

Picó espuelas a su cabalgadura, y media hora después se encontró en la primera calle de una ciudad muy afeitada, muy vestida de limpio, mezcla extraña de aldea y gran capital, pobre de gusto, rica de presunción, y rebosando, en fin, ese no sé qué de farfantón y petulante que distingue a los pueblos serviles habitados por un señorón de horca y cuchillo.

—¿Cómo se llama este pueblo?, preguntó *El Hijo-Pródigo* a un hombre embozado en un manteo negro, por debajo del cual asomaba un sable tan enorme, que la guarnición, saliendo por el embozo y superando el tricornio de desconocido, le servía de paraguas, de petaca, de jaula de perdices y de

---

[18] En realidad, la estatua, del escultor francés Felipe de Borgoña, era de Felipe III. En los números siguientes de *El Látigo* Alarcón finge corregir esta supuesta errata, diciendo que la estatua era de otro rey, el cual tampoco merecía una estatua. Emplea este artificio para castigar a varios reyes así como la institución de la monarquía.

[19] Fernando Corradi (1808–85), director del periódico progresista *El Clamor Público*, era diputado y vicepresidente de la Junta popular y comandante de la Milicia Nacional.

biblioteca, mientras el regatón borbotaba por el suelo, diez pasos detrás de él, haciendo un ruido infernal.

A la pregunta del *Hijo-Pródigo*, sacó aquel segundo *Larga espada* la cabeza de entre los pliegues de la capa, y nuestro viajero vio un semblante, todo parecido al *León Español*, periódico de caballería que leyó en una ocasión; semblante horrible exornado con un lunar de pelos que pudiera servir de cepillo a un limpiabotas, sin contar dos bigotes y una pera que harían retroceder al mismo Gómez de la Serna, si asomaran por las puertas del Congreso.

Después con una voz cavernosa, enronquecida con la costumbre de gritar ¡fuego! respondió con un énfasis digno del conde de Reus:

—Estáis en Loja, en la patria de Narváez el *Espadón* (a) el *León Español*, a quien tenéis el honor de hablar.

Y, requiriendo la gigante espada,
miró al soslayo, fuese y no hubo nada.

II
EL REYEZUELO

Todo asustado *El Hijo-Pródigo* se dirigió a una especie de fonda que había allí cerca, donde pidió un limpiadientes para batirse con el espadón, pero el fondista le dijo:

—Se han acabado los palillos de los dientes; pues ha de saber V. que todos los viajeros han dado en la gracia de llevarse aquél con que se limpian.

Terminado este incidente, sentóse nuestro héroe a la mesa y se puso a comer lo poco, malo y caro que se sirve en aquella fonda.

Deseaba *El Hijo-Pródigo* conocer la vida privada de D. Ramón, *la vida de provincia*, como diría Balzac, suponiendo desde luego que, aunque en pequeña escala, continuaría aterrando y horripilando con su gran cimitarra dictadora.

Ha dicho un célebre escritor que ningún hombre grande lo es para su ayuda de cámara, y *El Hijo-Pródigo* añadía que el hombre que es malo en la familia es malo en el gobierno y que entre un alcalde despótico de monterilla y el Emperador Nicolás, no hay más diferencia, como tiranos, que la diferencia numérica de los súbditos.

Por todas estas consideraciones y otras que se callan, empezó el viajero el siguiente diálogo con un hombre, de edad ya provecta, que encontró tomando el sol en la puerta de la fonda.

—Buen día va a hacer, amigo.

—Sí, señor; hermoso día para viajar a caballo como V. ¡Quién hiciera otro tanto! exclamó el lojeño.

—¿Tiene V. afición a los viajes?

—No es afición precisamente.

—Pues, ¿qué es?

—Gana de salir de este maldito pueblo.

He aquí mi hombre! pensó *El Hijo Pródigo*, y fijó toda su atención en el desconocido.

Erase este, aquel hombre, preciso en todas las aldeas, en todos los lugares, en todas las villas, en todas las ciudades pequeñas, en todos los barrios de las capitales, síndico nato de todos los ayuntamientos, fiscal ingénito de los tribunales, intérprete fiel del clamor público.

(No se alboroce V., señor Corradi, que no hablamos de su periódico de V., pues hace un año que nos apesta como a todos los buenos liberales. Sí, señor, y sepa V. que hasta los más obtusos suscritores de provincias dicen: —Hombre, tiene el *Clamor* un no sé qué que no me gusta. Yo no podré decir qué es lo que tiene, pero, vamos, no es este el *Clamor* que a mí me gustaba.

Señor Corradi, ¿ve V. las consecuencias de la afición a la marina (y a otras cosas)?

Prosigamos.

—Me extraña mucho, dijo *El Hijo Pródigo*, que desee V. salir de esta ciudad. Cuentan por ahí que Narváez la ha embellecido, la ha fomentado, la ha dado en fin, tanta vida y felicidad, que sus paisanos reconocidos van a erigirle un monumento.

—¡Ah, señor; qué equivocado está V.! *El Espadón* es la plaga de Loja; aquí no se puede vivir; ésta es una inquisición, una Rusia en miniatura.

—¡Hombre! ¡Me asusta V.! ¿Qué pasa en esta ciudad?

—Escúcheme V. Pero ante todas las cosas, ¿conoce usted al *Tío Camorra*?[20]

—Sí, que le conozco; escribimos en el mismo periódico.

¿Es V. periodista?

—Sí, señor.

—¡Cuánto me alegro! A ver si puede V. quitar la máscara a tanto polaco como hay en este pueblo sin ventura.

Veámos al *Tío Camorra*.

—Es verdad. Dígale V. al *Tió Camorra* que a pesar de ser *El Espadón* rey de Loja, hay aquí muchas personas que le quieren; y que todo lo que dijo en el *Paralelo* es verdad, la pura verdad.

—¡Chits! Calle V., alma cristiana; eso está ya olvidado.

—No ha olvidado un pobre viejo la bofetada que un sayón del general Narváez le dio en medio del día y en el sitio más público de la ciudad...

—¿Y por qué le dio esa bofetada?

---

[20] Juan Martínez Villergas, *El Tío Camorra*, había sido director de *El Látigo* hasta el primero de enero.

—Por el dichoso *Paralelo*; porque el anciano, como todos los hombres honrados de Loja, detesta a ese ambicioso, a ese tiranuelo, a ese as de espadas que presume ser amo de este pueblo porque nació aquí.

—V. se compromete y me compromete, replicó *El Hijo Pródigo*. Conozco muy a fondo el fanatismo popular, la idolatría hacia las personalidades de menos valer, y estoy seguro de que si nos ven aquí juntos y supieran lo que hablamos, nos matarían.

—Nada más cierto. Y, sin embargo, admírese V. (y esto prueba lo que dije antes de la impopularidad de D. Ramón y de sus ideas en Loja.) Más de 600 nacionales hay ya alistados; pero, no sé por qué combinación, no tienen todavía ni un fusil.

—De cualquier manera, ese alistamiento lo dice todo. ¡Cómo había yo de creer que en Loja hubiera nacionales! ¡En la patria del *León Español*!

—Es que ahora está en París, y por otra parte el alcalde primero es, vamos, como si dijéramos, el Espartero de Loja.

Esta frase agradó sobremanera al *Hijo-Pródigo*, por lo cómica, enfática y rica de amor al nombre más popular de España.

Pero, en seguida, cruzó una sospecha por su frente de periodista. ¿Sería aquel hombre el alcalde 1.°?

—Sí, señor; El Espartero de Loja, el protector de la libertad, continuó el patriota, ¡la esperanza de los buenos hijos de la patria, el hijo del pueblo, el amigo del pueblo, el padre del pueblo!

—¡Calla! pues, según veo, el Espartero de Loja es mejor que el de Madrid.

—¡Cómo!

—Sí, señor, aquél se ha adherido tanto a la Unión Liberal que, en fin, prosiga V.

Este patricio lojeño ha cedido a los liberales el salón del Liceo para que lean de noche *El Látigo* y demás periódicos republicanos.

—Jesús, hombre. No diga V. disparates. En primer lugar, en España no hay periódicos republicanos, es decir, no puede haberlos, o mejor dicho no debe haberlos; pues desde la votación del día de San Andrés, nada tiene facultad de hablar contra el trono, ni aún los mismos inviolables diputados; al menos así lo ha dicho no sé quien en la Asamblea. En segundo lugar es un contrasentido que el alcalde, siendo el Espartero de Loja, ame las ideas republicanas. Todos los Esparteros deben ser como el original: monárquicos, monárquicos y nada más que monárquicos.

—Quiere decir que me he equivocado al hablar; donde dije periódicos republicanos, entienda V. liberales.

—Ancha es la frase; dentro de ella cabe todo. Don Alejandro Castro[21] es

[21] Alejandro Castro (1812–81), político moderado, más tarde desempeñó la cartera de Hacienda bajo Narváez en 1864–65.

liberal y Sartorius mismo lo era; la situación presente, que ningún hombre libre acepta, ni reconoce, se llama también la Unión Liberal. Mas, de cualquier manera, me place mucho esa idea de leer al pueblo los periódicos; eso es lo que el pueblo necesita.

—¡Oh, y como gozan, como aprenden! Ya ve V.; en un pueblo tan pequeño como éste, pasan de 200 los que se reúnen todas las noches. Pero a todo esto se hace tarde y yo no he almorzado. ¿Quiere V. pasar a casa y acompañarme a la mesa?

—Gracias: acabo de almorzar en la fonda.

—Quiere decir que hablaremos; me parece V. un buen joven y sobre todo un buen liberal; probaremos un vinillo de Jerez.

—¡Qué diablos! vamos allá.

—Y le contaré a V. cosas más buenas que las que llevo dichas. Sabrá V. la historia de la estatua de Narváez y otras no menos peregrinas.

—Acepto, acepto.

Un momento después entraron en una casa ambos interlocutores.

Mañana oiremos el resto de su conversación.

III
APOTEOSIS DEL ESPADON

—Acabó de almorzar mi improvisado amigo; y como quiera que repitió mucho las libaciones, encontrábase un poco achispado.

Así es que, tirando la cabeza atrás con socarronería, se puso a cantar la siguiente copla:

En la puerta de...fulano,
dijo un cierto fanfarrón,
habrá arbitrios y realistas
hasta la consumación.

—¿Quién es ese...fulano?

—¡Quién ha de ser! Un primo del espadón, ex-oficial de realistas, ejemplo vivo de la equidad con que los ministerios españoles conceden los ascensos. Erase un abogado sin pleitos, fue luego juez de sopetón y en seguida oídor por carambola. No digo nada del juez y del fiscal de Loja, mandarines del reyezuelo, que continúan en sus destinos, a pesar de haber hecho la Unión Liberal tanta carnicería en los empleados de todas clases. Esto me hace pensar en que la Unión Liberal respeta tanto a Espada-larga que raya el respeto en temor.

—Bien pudiera ser.

—Hay más. El administrador de las salinas de esta ciudad es primo suyo, y por lo tanto ha resistido a la revolución. Creo inútil encomiar a V. el lujo que

ha desplegado la familia del *As de espadas*, lujo que supera a los sueldos que éste dio a mamar a todos sus parientes. También es escandalosa la hacienda que el nuevo Herodes compró aquí durante su dominación, así como los muebles que trajo de París, comprados en la almoneda de Luis Felipe, y que le costaron tres millones de reales. Baste decirle a V. que para trasladarlos de Málaga a esta ciudad empleó más de cuarenta carros. Ahora se están repartiendo sus parientes todas estas preciosidades, por miedo sin duda de que las secuestre el gobierno.

—¡Ay, no, amigo mío! El gobierno no se meterá en tal cosa. La responsabilidad de los ministerios moderados quedará en proyecto, como el enjuiciamiento de Cristina y todo lo demás que se ofreció a los héroes de las barricadas. Pero dejemos esta enojosa conversación y cuénteme V. aquello de la estatua; ese asunto me hará reir, y lo necesito; porque me voy poniendo de un humor endemoniado. Mas espérese usted; creo haberle oído que Narváez está ahora en París.

—Sí, señor.

—Pues yo le he visto al entrar en Loja.

—No es él; es su sombra que vaga insepulta por estos contornos, o quizás su estatua que andará por esas calles como las mesas giratorias.

—Volvamos a la estatua.

—La estatua de Narváez, ese monumento alzado por la adulación y la barbarie al más odiado de los ministros (después de San Luis),[22] ha estado afligiendo los ayuntamientos de estos alrededores por el espacio de dos o tres años. Tan recargados de contribuciones como nos veíamos por los polacos, hemos tenido que soltar, casi todos contra nuestro gusto, de seis a siete mil duros.

—¡Qué horror!

—Lo que V. oye.

—Será una obra portentosa. Vamos a ver ese monumento.

—¡Qué! si no se ha levantado aún, ni quizás se levante, como el pueblo haga caso de mí. Ahora estaban labrando el basamento para colocarla en la Plaza Mayor; pero los acontecimientos de julio paralizaron los trabajos. La estatua está encajonada, sin que nadie la haya visto (ni gana); dicen que es magnífica. ¡Ya se ve! Encargaría él mismo su monumento, y habrá dirigido los pormenores de su apoteosis. Ahí tenía el ayuntamiento mil duros, con los que pensaba hacer una cárcel en un convento, pues la que ahora sirve es de mal aspecto, muy mala y sobre todo insalubre; pero el Espadón dispuso que esa cantidad se destinara a su efigie, y así se hizo.

—Lo que V. me cuenta es horripilante.

—¿Saldrá en su periódico de V.?

—Al momento.

---

[22] José Luis Sartorius, conde de San Luis (1820–71), había sido Ministro de la Gobernación con Narváez dos veces. Fue Presidente del Consejo en 1853–54 hasta la Revolución de julio.

—¿Cómo se llama?

—¡*El Látigo*!

Aquí fue Troya.

El patriota se arrojó sobre mí con tantas veras, que con poco más me ahoga entre sus brazos.

—¿Será V. *El Tío Camorra*?

—Yo no, amigo mío. ¡Ojalá lo fuera! Hubiera hecho más de cuatro cosas que el ha dejado de hacer, y hubiera dejado de hacer más de cuatro cosas que el ha hecho. De cualquier modo yo envidio su ingenio, y tendré un placer en ser mensajero de las simpatías que V. le demuestra.

Dichas estas palabras, abracé a mi desconocido, monté en mi jaco, y pian, pianito, me alejé de la patria de D. Ramón.

Ahora bien: si este terrible señor volviera al poder; si supiera que *El Hijo-Pródigo* había escrito estos artículos y averiguara el nombre que se oculta bajo ese pseudónimo...¡Jesús! Jesús, qué miedo!

El Hijo-Pródigo[23]

(4, 5 y 6 de enero de 1855)

3
ERRATA

Confesamos con indecible orgullo que en el número de ayer cometimos una grave equivocación.

Cuando hablábamos de la estatua de la Plaza Mayor, dijimos que representaba a Felipe IV, y no es así, pues representa a Felipe II según hemos recordado después.

Esta equivocación nos honra porque prueba la indiferencia que nos inspiran esas nulidades vestidas de máscara, que constituyen la cronología de los reyes de España.

Felipe IV o Felipe II, es cuestión de un número romano.

Protestamos que no conocemos el busto de ningún rey, ni hemos mirado nunca con atención sus retratos; y a tal punto raya nuestro abandono en este particular, que no hemos contemplado todavía cara a cara a los que dicen que hoy reinan en nosotros.

De cualquier manera, si ayer, creyendo que la efigie en cuestión era Felipe IV, dijimos que éste era indigno de tener una estatua por haber sido un mal hombre, un mal rey y un mal poeta, lo mismo decimos hoy respecto a Felipe II.

---

[23] Este y todos los artículos siguientes llevan la firma *El Hijo-Pródigo*.

Este rey es indigno de ser recordado, pues simboliza la triste historia del fanatismo español.

Por orden suya aterró el duque de Alba a toda la Flandes.

El era el padre de la Inquisición.

Hizo el Escorial en forma de parrilla.

Iba a ver quemar herejes, como Isabel II va al teatro, por mera diversión.

Mató a su hija, pésele a la aduladora historia.

Y, en fin, fue un monstruo de crueldad e hipocresía.

Nota. Si de aquí a mañana averiguamos que nos hemos equivocado, como puede suceder, y no es a Felipe II a quien representa la estatua de la Plaza Mayor, rectificaremos nuevamente esta errata, lo que nos proporcionará la ocasión de hacer la biografía de otro rey.

(5 de enero)

ERRATA DE ERRATA

La estatua ecuestre de la Plaza Mayor no representa a Felipe II, como equivocadamente dijimos ayer, sino a Fernando VII, a quien también juzgamos indigno de ocupar aquel sitio, pues fue un traidor para sus adictos, un tirano para el pueblo, un apoyo de los frailes, un verdugo de la dignidad nacional, permitiendo la venida de Angulema en 1823, un mal hijo, un mal esposo, un mal padre, un mal rey, un mal caballero, un hombre sin instrucción, y por último, un Borbón.

Es de advertir que aún no estamos muy seguros de que la estatua ecuestre de la Plaza Mayor represente al padre de Isabell II.

Mañana diremos definitivamente quién es el personaje en cuestión.

(6 de enero)

SIGUE LA ERRATA

Una serie de lamentables equivocaciones.

(Plagiamos esta frase del manifiesto que hizo Isabel II a los españoles cuando le temblaban aún las piernas de resultas de las barricadas.

Y aprovechamos esta inoportunidad para advertir a nuestra joven soberana (de quien lo sea) que va volviendo a las andadas, esto es, a equivocarse, lo que no es muy conveniente; pues se vería en la necesidad de hacer otro manifiesto, o fe de erratas, como la que nosotros hacemos diariamente, y preciso es confesar que los reyes deben escasear estas *palinodias*, que siempre han sido síntomas fatales, como puede verse en la historia de Inglaterra o en la de Francia.

Y aquí cerramos este primer paréntesis y reanudamos el hilo de nuestra oración.)

Decíamos que una serie de lamentables equivocaciones nos trae de

Este rey es indigno de ser recordado, pues simboliza la triste historia del fanatismo español.

Por orden suya aterró el duque de Alba a toda la Flandes.

El era el padre de la Inquisición.

Hizo el Escorial en forma de parrilla.

Iba a ver quemar herejes, como Isabel II va al teatro, por mera diversión.

Mató a su hija, pésele a la aduladora historia.

Y, en fin, fue un monstruo de crueldad e hipocresía.

Nota. Si de aquí a mañana averiguamos que nos hemos equivocado, como puede suceder, y no es a Felipe II a quien representa la estatua de la Plaza Mayor, rectificaremos nuevamente esta errata, lo que nos proporcionará la ocasión de hacer la biografía de otro rey.

(5 de enero)

ERRATA DE ERRATA

La estatua ecuestre de la Plaza Mayor no representa a Felipe II, como equivocadamente dijimos ayer, sino a Fernando VII, a quien también juzgamos indigno de ocupar aquel sitio, pues fue un traidor para sus adictos, un tirano para el pueblo, un apoyo de los frailes, un verdugo de la dignidad nacional, permitiendo la venida de Angulema en 1823, un mal hijo, un mal esposo, un mal padre, un mal rey, un mal caballero, un hombre sin instrucción, y por último, un Borbón.

Es de advertir que aún no estamos muy seguros de que la estatua ecuestre de la Plaza Mayor represente al padre de Isabell II.

Mañana diremos definitivamente quién es el personaje en cuestión.

(6 de enero)

SIGUE LA ERRATA

Una serie de lamentables equivocaciones.

(Plagiamos esta frase del manifiesto que hizo Isabel II a los españoles cuando le temblaban aún las piernas de resultas de las barricadas.

Y aprovechamos esta inoportunidad para advertir a nuestra joven soberana (de quien lo sea) que va volviendo a las andadas, esto es, a equivocarse, lo que no es muy conveniente; pues se vería en la necesidad de hacer otro manifiesto, o fe de erratas, como la que nosotros hacemos diariamente, y preciso es confesar que los reyes deben escasear estas *palinodias*, que siempre han sido síntomas fatales, como puede verse en la historia de Inglaterra o en la de Francia.

Y aquí cerramos este primer paréntesis y reanudamos el hilo de nuestra oración.)

Decíamos que una serie de lamentables equivocaciones nos trae de

cabeza hace cuatro días, a tal punto, que cada vez nos embrollamos y ya no sabemos por dónde salir.

Todo este embolismo empezó por una cosa insignificante, como sucede casi siempre; y no aduciremos la comparación tan usada del copo de nieve desprendido del Mont Blanc, que llega a los valles hecho un gigantesco alud; porque acaba de ocurrirnos otra imagen más nueva, a saber, la historia de nuestra revolución que empezó por una votación perdida en el Senado y concluyó enfrente de palacio al compás del cañón y del rugido del más generoso de los pueblos.

Nuestra avalancha tuvo origen en habernos equivocado una vez, en el asunto de la estatua ecuestre de la Plaza Mayor, que dijimos representaba a Felipe IV. Después, al corregir este yerro, cometimos otro, pues afirmamos que era Felipe II, cuya errata enmendamos ayer, sosteniendo que era Fernando VII, lo que fue equivocarnos por tercera vez.

Esta serie de lamentables equivocaciones, volvemos a decir, nos obliga a hacer este asunto cuestión de gabinete, ni más ni menos que los actuales ministros han hecho ya dos o tres veces con otras de más trascendencia. Elevamos, pues, su discusión a artículo de fondo.

Cúmplenos, ante todo, manifestar que la estatua ecuestre de la Plaza Mayor representa a Carlos IV, al abuelo de la mujer del hermano de la...

Al llegar a este punto nos interrumpimos un momento, porque nos hemos acordado *involuntariamente* de la cuestión del inglés que el gobierno ha desterrado a Portugal por aquello de los *Pepes y las Pepas*, en cuyo negocio hemos averiguado un dato más y es que la escena pasa en Valladolid.

Volviendo a la estatua ecuestre y a Carlos IV, nos parece inútil decir que nuestra proposición de marras queda en el mismo lugar, toda vez que tampoco este rey es digno de mármoles y bronces.

Inepto para todo, sin dignidad de padre, ni consideración de esposo, ni corazón de hombre, ni condición de rey, de carácter débil, apocado, egoísta y fanático, tal era Carlos IV.

Su hijo se le subía a las barbas y su mujer a la cabeza.

Ahora recordamos que estaba afeitado como un clérigo. No hemos dicho nada de barbas.

En cuanto a cabeza, no la tenía muy llena ni muy segura; pero en cambio ostentaba en ella dos coronas, lo que se acerca ya mucho a una tiara.

Por último, este gran rey, digno de su apellido y de su profesión, tuvo un día la humorada de echarse a llorar delante del Napoleón-por-antonomasia y de regalarle la corona de España, como quien da a su limpiabotas un bisoñé que ya no le sirve.

¡Válgate Dios y qué rey han ido a elegir los españoles para ponerlo en candelero! Concebimos muy bien la idea que tuvieron los moderados de colocar una estatua de Isabel II en la plaza de su nombre y sentimos mucho que la

quitaran tan pronto; ¡pero Carlos IV! ¡Carlos IV! ¡Un rey tan inmoral en la vida privada, tan perjudicial y estúpido en la vida pública! Esto es espantoso, inconcebible!

¿Cuándo llegará un día en que los españoles lean su historia, la comprendan, y se avergüencen de ella?

¡Necia pregunta, o al menos intempestiva!

Otra cosa debemos preguntar.

¿Cuándo será permitido a los españoles escribir la historia, pero la historia verdadera, razonada, filosófica de este crónico quijotismo que nos ha hecho proverbiales en el mundo?

Preguntádselo a Fernando Garrido,[24] escritor revolucionario preso por la revolución.

A Fernando Garrido, que hace muchos días fue preso por milésima vez y conducido al cuartel de San Martín, cuyo encierro ha parecido muy suave a sus jueces, que han dispuesto trasladarle al Saladero, la cárcel ignominiosa de los criminales.

¡Viva la libertad!

Ya somos soberanos nacionales; pero sin lengua; pero sin voto; pero sin prensa; pero sin derecho de reunión; pero sin dejar de ser súbditos del Papa; pero partiendo la soberanía con el trono; pero con quintas, mal que nos pese; pero...pero...¡Qué ironía tan irritante! ¡Qué comedia tan ridícula!

¡Qué diantre! hacemos mal en enfadarnos; nuestra misión es reír; ¡riámonos de todo el mundo, y sobre todo de nosotros mismos!

Soltamos la pluma; porque la verdad va asomando ya a nuestros labios y no estamos de humor de pasar el Carnaval a bordo.

Que como dice cierto cantar que aprendimos en la escuela:

Ayuda Dios a los malos
cuando son más que los buenos.

(7 de enero)

CUARTA ERRATA Y QUINTO ERROR

La estatua ecuestre de la Plaza Mayor no representa a Carlos IV, como equivocadamente dijimos el domingo, sino a Carlos II, indigno también de pisar pedestales.

Carlos II fue, como dice Quintana, inútil para la virtud y para el vicio.

Mañana nos rectificaremos.

(10 de enero)

---

[24] Fernando Garrido y Tortosa (1812–83), propagandista del socialismo y editor del periódico democrático *El Eco de las Barricadas*.

SEXTO ERROR Y QUINTA ERRATA

La estatua ecuestre de la Plaza Mayor no representa a Carlos II, como dijimos ayer, sino a Carlos I de España y V de Alemania, indigno también de un monumento o digno de un monumento tan grotesco como el que nos ocupa.

Carlos V fue un ambicioso que llevaba a la muerte a sus súbditos por conquistarse nuevos estados, sembrando también la muerte en los reinos que invadía.

Por orden suya, y toleradas por él, se cometieron en América todas las atrocidades que constituyen la nefanda gloria de Hernán Cortés y Francisco Pizarro. Allí, con escándalo de Dios y de la humanidad, se robaba y se mataba a los indios para traer a España barcos cargados de oro, que no han evitado la penuria en que se halla nuestra hacienda.

Carlos V, rey hipócrita, que prendía al Papa y hacía rogativas por su libertad, murió en un convento.

¡Oh piedad! dirán los devotos.

Nada de eso. Carlos V entró en Yuste, a causa de sus amores con su hermana Margarita.

¡*Etiamsi omnes*! Volvemos a decir.

Nota. Acaban de noticiarnos que no es Carlos V el jinete de la Plaza Mayor; por consiguiente ténganse por no hechas las impugnaciones que preceden.

Mañana daremos las nuevas noticias que hemos adquirido.

(11 de enero)

ADVERTENCIA

La estatua ecuestre de la Plaza Mayor representa a Enrique II, uno de los mejores reyes que ha tenido España.

Examinémosle de cerca.

Era hijo espúreo de doña Leonor de Guzmán y de Alfonso XI.

Mantuvo guerra en Castilla durante su juventud, porque este bastardo deseaba ser rey.

Introdujo extranjeros en nuestro reino para derribar al monarca legítimo (perdónesenos la frase; pero es hipotética), Pedro I, llamado *El Cruel*, de quien era hermano.

Mató a este hermano con puñal y alevosamente, por cuya hazaña fue hecho rey.

Ya en el trono, rayó a tal altura su prodigalidad, fue tan su despilfarro, derramó tanto oro sobre la sangre de su hermano con el fin de cubrir la mancha, que los reyes posteriores, cuando se quejaban de falta de recursos, la achacaban a lo que entonces se llamaban *mercedes enriqueñas*, por lo que la historia llamó a este fratricida malversador y manos-rotas, D. Enrique el *de las Mercedes*.

¿Creen Vds. que un monarca semejante merezca estar vaciado en bronce?

Sin duda que no; esto nos hace creer que nos hemos equivocado, y que no es Enrique II el personaje en cuestión.

Mañana tendremos datos frescos.

(12 de enero)

RECTIFICACION

La estatua ecuestre de la Plaza Mayor, de que, si no nos equivocamos, hicimos mención en un número de este periódico, no representa a Felipe IV, ni a Felipe II, ni a Carlos IV, ni a Fernando VII, ni a Carlos II, ni a Carlos V, ni a Enrique II, como hemos dicho hasta aquí, ni a Felipe III, como dicen algunos albeitares, sino que es un símbolo material que representa a la monarquía, una personificación del principio de autoridad, ejercido siempre por el crimen o la estupidez, una encarnación de nuestra historia, de ese largo poema de abominaciones que refleja por todos lados sangre y fanatismo, una apoteosis, en fin, de la necedad humana, y un magnífico parapeto, que aprovecharon divinamente para defender la Plaza Mayor contra las tropas de la reina, los héroes de las barricadas.

Fin de este incidente.

(13 de enero)

4
EL NUEVO PRESUPUESTO

In 1843 sacó el gobierno al pueblo mil cuatrocientos veinte y seis millones, novecientos veinte y ocho mil trescientos cuarenta reales y dos pesetas, incluyéndose aquí los gastos extraordinarios.

Entonces dominaban los polacos.

Para 1855 se presenta un presupuesto que asciende a mil quinientos sesenta y siete millones, trescientos ochenta y nueve mil ochocientos reales y una peseta, sin incluirse los créditos extraordinarios que mañana le plazca al gobierno concederse.

Ahora domina la Unión Liberal.

Resultado.

La revolución saca al pueblo ciento cuarenta millones y medio más que el despotismo.

¿Abona esto en favor del despotismo?

No; que arguye en contra de la presente situación.

Situación hipócrita, que presume el economista, de reformista, de revolucionaria y de constituyente, y nos pone en peor estado que antes de verter nuestra sangre por la regeneración de la patria.

Hasta aquí la contribución de oro.

Añádase a eso la contribución de sangre que se nos pide, esto es, los 25,000 hombres que reclama el Ministro de la Guerra (cuando lo haya), y sacaremos en claro que la revolución de julio ha dado por fruto.

Un nacional de centinela, diciéndole al *Hijo-Pródigo*. —¡Atrás, paisano!

Y una Cortes, que se llaman constituyentes, y están siendo la irrisión y la befa de todos los periódicos nacionales y extranjeros.

Progresamos.

(6 de enero)

5
LAS BIENAVENTURANZAS PARAFRASEADAS POR LA UNION LIBERAL

1.ª *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.*

Son pobres de espíritu y como tal bienaventurados:

Los que no van más allá de sus narices.

Los que temen a la espada de Narváez.

Los que creen asegurada la Unión Liberal.

Todos los tontos clasificados por Linneo.

Los que adulan a los ministros.

Los discursos del señor Corradi.

Las teorías del *Clamor Público*, de *La Nación*, de *La Unión*, de *Las Cortes*, etc., etc.

Las veinte y cuatro columnas de *Las Novedades* de la mañana.

Las veinte y cuatro columnas de *Las Novedades* de la tarde.

Las columnas que tengan *Las Novedades* de la noche.

Las reformas planteadas hasta ahora por el Congreso.

El señor Urríes, empresario del Teatro Real.

El general San Miguel por antonomasia.[25]

La mayoría del Parlamento.

Y otros que omitimos.

Será suyo el reino de los cielos, es decir: pasarán pronto a mejor vida, y sabido es que todos los tontos van a la isla de Jauja.

---

[25] Evaristo San Miguel (1785–1862), general y político progresista y Presidente de la Junta de Salvación después de la Vicalvarada, consiguió una tregua entre los liberales, facilitando de esta manera la subida de Espartero al poder.

CRISTINA EN LA EMIGRACION.

Tanto la pobre se ingenia
que a pesar de su arrogancia
barre en la corte de Francia
el cuarto de doña Eugenia.

EL TOCADOR DE NARVAEZ.

2.ª *Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.*

Explicación. Bienaventurados los que murieron en las barricadas, como mansas ovejas, creyendo que su sangre fecundaría el árbol de la libertad, porque ellos han sido enterrados y nuestra libertad se parece a la reforma de la Puerta del Sol.

Bienaventurados los veinte y cinco mil hombres de la quinta que pide el Ministro de la Guerra, si consigue vestirlos de uniforme, lo que dudamos; mas, si lo logra, bienaventurados mil veces el día que mueran batiéndose con sus hermanos, destrozando el hogar de sus padres, echando por tierra la libertad de su patria, porque ellos serán enterrados como otros tantos millones de hombres que han muerto sacrificados a la ambición y a la tiranía.

Bienaventurados los grandes de España que se pasan la noche en vela, haciendo guardia en la antecámara de la reina: porque ellos besarán la tierra que ella pise y ella no se apercibirá de ello.

Bienaventurados el general Manso[26] y el señor Manso fiscal de imprenta, porque ellos no pueden ser otra cosa.

3.ª *Bienaventurados los que lloran porque ellos serán consolados.*

Esto es:

Bienaventurados sean los que están cesantes desde 1843 y hoy son desatendidos por la Unión Liberal, que deja en cambio gozar de los más pingües destinos a un cincuenta por ciento de polacos; pues ellos (los cesantes) serán consolados, quitándoles de su trabajo y haciéndoles gastar el dinero para ser miliciano *forzoso*, ofreciéndoles moralidad y aumentando el presupuesto, oyendo hablar de abnegación y viendo llover nuevas fajas y nuevos sueldos sobre los patriarcas de la Unión Liberal, sobre los insurrectos del 28 de junio.

Bienventuradas las viudas que lloran a sus esposos muertos en Madrid, en Zaragoza, en Galicia y en Vicálvaro por la libertad; pues ellas se consolarán, viendo que el gobierno revolucionario les quiere robar sus hijos para vestirlos de soldados y hacerlos enemigos de las ideas porque murieron sus padres.

4.ª *Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia, porque serán hartos.*

Es decir:

Bienaventurados sean todos los españoles, porque ellos serán hartos de arbitrariedades.

Y particularmente:

Bienaventurados sean los periodistas que claman contra los abusos, que quitasen la máscara a los pasteleros políticos, que claman contra las instituciones absurdas, que tienen hambre y sed de justicia y de otras cosas, porque

[26] José Manso y Solá (1785–1863), guerrillero de la Guerra de la Independencia.

ellos se hartarán de estar en la cárcel, de ser perseguidos, de aflojar multas, etc., etc., como los redactores del *Eco de las Barricadas*, del *Tribuno* y de *La Soberanía Nacional*.

Bienaventurados los redactores de *El Látigo* que tienen hambre canina e hidrofobia de justicia, porque ellos están esperando que el mejor día del año se les prohiba en nombre de la libertad decir las verdades que clamen al cielo.

Bienaventurada doña María Cristina de Borbón que está deseando justificarse, porque ella se hartará de esperar que el gobierno-moderado-progresista cumpla la palabra que dio de enjuiciarla.

Bienaventurados todos los ministros que han gobernado desde 1843 a 1854, por la misma razón y otras que no son del caso.

5.ª *Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.*

Más claro:

Bienaventurados los que en los tres días de julio tuvieron lástima de tantos pícaros como habían empobrecido a la nación, envilecido las más respetables instituciones, escarnecido la moral y ofendido a la religión, porque ellos serán apaleados, deportados, fusilados y robados, que es lo peor de todo, el día que caigan debajo y don Ramón venga con el chafarote de veinte palmos.

Bienaventurados los que dejaron escapar a Cristina, en un rapto de misericordia, porque ellos le verán las uñas al gato el día que vuelva dicha señora a España y empiece su tercera sección de obras de misericordia.

6.ª *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.*

Exposición:

Bienaventurados los empleados de correos que se quedan con los periódicos y extravían las cartas porque ellos verán lo que contienen.

Bienaventurados Gándara, Córdova[27] y compañeros verdugos, que no siempre han de ser mártires, cuyos corazones están limpios de remordimientos, lo que es aún más cruel que el mismo crimen, porque ellos se verán recompensados mañana o al otro con grandes empleos.

Bienaventurados los jueces que se dejan sobornar, los grajos que medran en la simonía, los escribanos que hacen testamentos falsos, los ministros que desatienden el mérito y amparan a sus parientes, los concesionarios de ferrocarriles que apartan quince millones para su bolsillo, los que hurtan custodias y desnudan santos, los que se llevan de la historia natural *pepitas* (y no hablamos de la que amaba al famoso inglés),[28] los que roban los cuadros del Museo

---

[27] Fernando Fernández de Córdova (1809–83), general y político, fue el verdadero jefe del gobierno en el famoso *ministerio metralla* después de la caída de Sartorius.

[28] En 1852, el diplomático inglés Lionel Sackville-West se enamoró de una bailarina española que estaba separada de su esposo, Pepita (Josefa Durán y Ortega de la Oliva). Vivió con

Nacional y los demás que viven del monopolio, de la concusión, del fraude, de la intriga y del agiotaje, porque ellos rezan a Dios, esto es, al Dios del siglo, al becerro de oro.

7.ª *Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios.*

Paráfrasis. Bienaventurados los que dejan mil misas en su testamento y se mandan entierro mayor, y novenario, y cabo de año, y todos los demás belenes con que hacen su negocio los hombres de paz y de amor, porque ellos serán llamados ovejas por sus pastores.

Bienaventurados los pueblos que no se insurreccionan, los periódicos pacientes, *La Esperanza* y compañía, el decano de este nombre, los milicianos que se opusieron al alzamiento producido por la salida de la madre de la reina, el pacificador de Madrid, señor San Miguel, abuelo de la Unión Liberal, los *agonizantes*, o sea doctores de la vara negra, y los serenos, llamados también gusanos de luz, que ninguna riña evitan ni robo alguno estorban, pero que están destinados a mantener la paz y el orden; bienaventurados, en fin, los moderados moderadores que se asustan de las ideas republicanas, porque todos ellos son unas buenas almas de Dios, como dice el refrán castellano.

8.ª y última. *Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.*

Comento. Bienaventurados los emigrados políticos de Francia que, huyendo de la tiranía, quieren refugiarse en España, porque no faltó en el Congreso quien se opusiera a su entrada en nuestro reino, que, si no es el de los cielos, poco le falta.

Bienaventurados los que hicieron el papel de víctimas cuando nadie los perseguía, pues, por este medio se han calzado magníficos empleos.

Bienaventurados, por último, los ciegos que venden este número del *Látigo*, expuestos a ser perseguidos como en tiempo de *El Eco de las Barricadas*, porque ellos serán privados del alimento del día, y nosotros del gusto de que el público sepa ciertas cosas, gusto más exquisito que todas las delicias del reino de los...¡ciegos![29]

(9 de enero)

---

ella hasta la muerte de ésta en 1871 y tuvieron cinco hijos. Su nieta, Victoria Sackville-West, escribió su biografía, *Pepita*, en 1937.

[29] El periódico conservador *La Verdad* reprendió a Alarcón por este artículo, acusándole de irreverencia y de inconsecuencia. Alarcón contestó con un artículo "Dos verdades a *La Verdad*," que no está coleccionado en esta edición, en el cual admitió el primer cargo pero negó el segundo, insistiendo que bajo su dirección *El Látigo* siempre había sido liberal.

6
CATECISMO PARA 1855

I

Todo buen hispano está muy obligado a tener aversión de todo corazón a ese Santa Cruz,[30] farol que no da luz; pues sin ella puede morir sin nos redimir de tanto empleado, enemigo y malo; y por tanto te has de acostumbrar a reir y no pagar, haciendo tres cruces, la primera en la frente para que nos libre Dios de pensar en la república; la segunda en la boca para que nos libre Dios de hablar mal de la reina; la tercera en el pecho, por imitación a muchos generales que llevan tres docenas en la casaca sin haber oído jamás un cañonazo, diciendo así: Por tu nombre de Santa Cruz, de *nuestros enemigos* líbranos, señor ministro, en el nombre del pan, de los higos y del espíritu de vino al menos.

II

Ahora diremos lo que debemos, lo que la experiencia nos muestra, lo que se debe saber, creer y hacer por los regimientos y por los ayuntamientos que se han pronunciado, pero que después han obrado...¡así! ¡así!

III

Patria nuestra, que estás por los suelos, sacrificados somos en tu nombre: ¡vénganos sin turrón![(a)] y cúmplase la voluntad nacional en la tierra y no en el cielo.[(b)]

El pan nuestro de cada día falta ya hoy; persíguennos por nuestras deudas[(c)] y nosotros no cobramos a nuestros deudores;[(d)] no nos dejéis volver a la precisión de armar un somatén.

IV

Dios te salve, María,[(e)] lo que será una desgracia.[(f)] ¿Qué señor es

---

[30] Entonces eran Francisco Santa Cruz y Pacheco (1797–1883) Ministro de la Gobernación, y Antonio Santa Cruz Ministro de Marina. Alarcón probablemente se refiere al primero aquí.

(a) Se alude a la batalla de Vicálvaro, donde los generales insurrectos nos vengaron de los polacos a trueque de algunas fajas para las héridas. [Las llamadas indicadas por letras son de Alarcón.]

(b) Como sucede hoy.

(c) Flotantes, natantes y bastantes.

(d) Cristina y los ministros moderados.

(e) No es este el nombre precisamente: léase el *God Save the Queen*.

(f) No hemos dicho: *llena eres de gracia*, porque *El León Español* se enfada de aquello de *graciosa*.

contigo? Lo mismo tú eres que todas las mujeres, y lo mismo es el fruto de tu vientre. ¡Jesús!

Sastra María, madre de dos, ruega, señora, por que nosotros los españoles no hagamos un disparate; que ahora es la hora de vida o muerte. (Dice usted bien.)[g]

¡Gloria al padre de la patria, que, según algunos, iba ya de huida por la venta del Espíritu Santo!

Así se dijo al principio, pero siempre se ha mentido por los siglos de los siglos. ¡Qué Belén!

V

Creo que habrá habido un señor Espadón todopoderoso, horror del cielo y de la tierra; pues yo conozco a su único hijo, nuestro señor Espadón lojeño, que fue cometido con espíritu tanto que desde que nació nos ha hecho padecer más que Poncio Pilato. El ha crucificado, ha muerto, hasta ha sepultado, y a los dos o tres días se elevó al poder sobre los muertos. Se fue a los Campos Eliseos, es decir, a los cielos, y está sentado a la diestra de Napoleón el *menudo*, también todopoderoso, y desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos.[h] Creo, repito, que tiene espíritu tanto, que se ha buscado la bucólica desnudando con Cristina a la comunión de los santos; no tienen perdón sus pecados; pero ni es invulnerable su carne ni su vida es perdonable. ¡Entonces, bien![i]

VI

Dios te salve, reina madre, si te volvemos a coger en vida, como es esperanza nuestra. Dios te salve, si vienes con los desterrados fijos de Ceuta.[j] Aquí te esperamos diciendo y no obrando en este valle de Andorra. Ea, pues, señora, sanguijuela nuestra, vuelve a mirarnos con tus ojos libidinosos, y ven desde el destierro a darnos otro fruto bendito[k] de tu vientre. ¡Verás qué clementísima, qué piadosa, qué dulce es la escena que hacemos contigo! ¡Oh ruega a Dios para que no dejemos de cumplir estas promesas de obligarte a hacer el Cristo! ¡Ven! ¡Ven!

VII

Mandamientos de la buena ley.

---

[g] Esto lo dice Cristina.

[h] Este luego se llama también *Reacción*.

[i] Es decir: entonces...le contaremos el lunar de la cara, y haremos de él un cepillo.

[j] El autor quiere decir presidarios a los polacos que se reúnen en París con Cristina a tratar la reacción.

[k] Se dice que a una de las hijas de la aludida le hizo mal de ojo un gitano.

El primero, amar la libertad sobre todas las cosas.
El segundo, no hacer revoluciones en vano.
El tercero, suprimir las fiestas.
El cuarto, leer la historia del *Padre* y de la *Madre*.
El quinto, no serlo.
El sexto, no pertenecer a la Unión Liberal.
El sétimo, no ser polaco.
El octavo, no ser ministro de Estado.
El noveno, no ser conde de Reus.
El décimo, no ser conde de Quinto.[31]

Estos diez mandamientos se encierran en dos: en servir y amar a la democracia sobre todas las cosas, y tener, por consiguiente, mucho prójimo.

VIII

Más mandamientos.
El primero, no oir las sesiones de Cortes.
El segundo, no cantar la palinodia en manifiestos que hablen de *lamentables equivocaciones*.
El tercero, promulgar cierta cosa por Pascua florida.
El cuarto, hacer lo que no podrá evitarse si no se deja el presupuesto de 1855 en la tercera parte.
El quinto, no pagar puertas, ni consumos, ni otras cosas.

IX

Los ministros deben:
Encarcelar por causas políticas a los escritores aunque estén enfermos.
Quitar el pan de la boca al hambriento.
Beberse el agua, y dejarnos a todos con sed.
Quitarnos hasta la camisa.
No admitir en España emigrados.
No soltar nunca a los que entran en el Saladero.
Enterrar a los vivos.
No saber ni enseñar nada.
Dar malos consejos a quien no los pide.
Errarla, siempre, y no corregir nunca.
Vengarse a sangre y fuego.

---

[31] Francisco Javier, conde de Quinto (1810–60), despótico gobernador de Madrid bajo Sartorius.

Entristecer al público con noticias graves, gravísimas.
Aburrir a sus prójimos.
Y no servir ni a los vivos ni a los muertos.

X

Los enemigos de España son tres T. T. T.
Tono.—Teocracia.—Tropa.
Los postrimerías del Gobierno son ocho, pero por lo magras equivalen a cuatro.
Muerte.—Locura.—Tontería.—Y poco dinero.
Este catecismo ha obtenido cuarenta días de... indulgencia. ¿Creían Vds. que de cárcel?

(14 de enero)

7
BASES DE LA CONSTITUCION

Coro de diputados.—Los montes Han parido;
veamos el ratón.
Coro de ciudadanos.—¡Jamás hemos tenido
peor constitución!
(De la ópera *Il Parlamento*, del maestro Churriguera.)

1.ª La nación manda en la reina; pero la reina mandará en la nación.
He aquí el verdadero sentido de la primera base de la nueva constitución que ha salido de las manos de los zapateros de viejo, de la mayoría de los diputados de la nación de los Quijotes. Si falta dicho *genitivo*, no le buscaremos por cierto entre los amigos de Sor Patrocinio.
2.ª La nación se obliga a ser siempre patrimonio de los curas; pero nadie podrá ser perseguido *civilmente* por sus opiniones, ¿entienden Vds.? *civilmente*. Es decir que no los perseguirán los civiles, pero sí los inquisidores; que no nos formarán causa, pero sí podrá el obispo de Barcelona prohibir a sus fieles la lectura del *Clamor Público*, de ese diario que ha sido tan peligroso y se ha vuelto tan suave. ¡*Civilmente!* Esto es: que siguen la tiranía eclesiástica, la afrentosa fiscalización del concordato y la intervención del clero en el santuario de la civilización. Pero no es esto todo. V. no será perseguido *civilmente*, mientras no manifieste sus ideas por actos públicos contrarios a la religión.—Muchas gracias, señores constituyentes remendones; me dejan Vds. el libre albedrío, la facultad de pensar como quiera, de creer en mi corazón lo que me dé gana. ¡Cuánto favor! Pero, si no saludo al Papa, si no me arrodillo ante el viático, si no voy a misa, si no pago un tributo farisaico a su religión, me

llevarán Vds. a la cárcel, sin considerar que las nueve décimas partes del género humano creen que no es necesario ser católico para ser buen ciudadano y buen padre de familias. Progresamos.

3.ª V. puede escribir y publicar sus ideas, libre, libérrimamente.

—¡Hombre! ¿Qué galantería inusitada es ésa?

—Lo que V. oye, hasta sin previa censura.

—¡Caramba!

—Si, señor; pero con sujeción a las leyes.

—¿Qué leyes?

—Las que yo haga.

—¡Ah! pues quédese V. con su libertad de imprenta, que ya no la quiero. ¿Le parece a V. bien que hoy me dé V. la libertad, mañana publique V. un decreto prohibiéndome hablar del día que vaciló el trono, pasado mañana hable yo de ello, y al otro día me prenda V. en nombre de la libertad con sujeción a las leyes?

¡Señores polacos modernos, no sean Vds. hipócritas!

4.ª Ningún español puede ser preso, ni ver allanada su casa, sino cuando lo prescriben las leyes.

¡Son tan elásticas estas señoras! ¡Hay tantas y tan distintas y contradictorias! Está visto; siempre que el gobierno quiera, puede prendernos gracias a la nueva constitución.

—*Fenómeno*, dice *El Hijo-Pródigo*; *Hijo-Pródigo*, dice *Fenómeno*, me parece que con esta constitución vemos pronto a *Felipilla*.

¡Qué disparate! Irán otros en nuestro nombre; ¿no saben que en la tribuna del Congreso, y en los cafés, y en todas partes dicen que *El Látigo* sigue escrito por nuestros amigos, los antiguos y acreditados periodistas que lo redactaron durante el mes de diciembre? Déjalo; así el *dies irae* caerá sobre ellos y sobre *El Tío Camorra*, que no se mete en nada hace un siglo, y sobre cierto señor Picón, a quien también achacan nuestras inocentes burlas.[31a]

5.ª Ningún español puede ser procesado sino por juez competente.

Es así que en España no lo hay casi nunca, ya por ignorancia, ya por soborno, ya por mala intención.

Luego, lo dicho, dicho. *Felipilla* nos aguarda.

6.ª No se ahorcará ni fusilará a nadie sino cuando acomode.

—¿Cómo es eso?

Es decir que queda abolida la pena de muerte por delitos *meramente* políticos.

—¿Otro adverbio? Se parece al *furtivamente* de marras. ¿Qué quiere decir *meramente*?

[31a] Felipe Picón y García, redactor de *El Clamor Público*.

—Que si conspira V. contra los ministros, le pegan cuatro tiros, porque los ministros son hombres a veces, y la conspiración del hombre contra el hombre envuelve siempre delito común.

—¡Diablo! Pues esto es peor que *Felipilla*.

—Convénzase V. Esta constitución es la peor de cuantas ha habido. Son unas botas, viejas con una remonta de medias suelas y tacones. ¡Habilidades del partido progresista que no progresa!

7.ª Pero dígame V. ¿Según el artículo anterior, se acabó el estado de sitio y la ley marcial, y todos esos horrores de los generalotes?

—No, señor; dice la base sétima que cuando la seguridad del estado, es decir, del trono, exigiese otra cosa, se suspenderá la base anterior, esto es, tendremos consejos de guerra y Gándara y Córdova.

8.ª Fuerzas iguales se destruyen; un Senado y un Congreso con las mismas facultades, nombrado el uno por la corona y el otro por el pueblo, nos parece una idea tan absurda como la de llamar liberal a una constitución formada por los señores Olózaga,[32] Ríos Rosas y compañía.

9.ª Los ricos están de enhorabuena. Con tener 50,000 rs. de renta, o de sueldo, pueden aspirar al alto puesto de senadores, si a S. M. le parece conveniente, pues él es el amo de la casa.

¿Se acuerdan Vds. de Calígula?

Un día le dio la humorada de hacer senador a su caballo. Hoy nuestros reyes son pigmeos al lado de aquellos emperadores, y nuestros senadores parecerían burros al lado de *Incitatus*.

La fortuna que sólo habrá 120.

Es decir; si el amo quiere, podrá nombrar cada año hasta la décima parte de aquella suma.

—Olózaga, ¿qué te parece? Deben ser nuestros hijos o herederos de la corona para que se entretengan en algo?

—Señor, para que engorden y se diviertan, los haremos senadores a la edad de 25 años.

—Gracias; excelente idea;
eres un hombre muy ducho.
—lS.M. me honra mucho.
(Aparte.) ¿Hay algo que yo no sea?

Fenómeno—El Hijo-Pródigo[33]
(16 de enero)

---

[32] Salustiano de Olózaga (1805–73), progresista "puro," entonces se habia reconciliado con Espartero y era diputado de las Cortes Constituyentes.

[33] Se incluye aqui solamente la primera mitad del articulo, que Alarcón escribió en colaboración con Manuel del Palacio.

8
LAMENTABLES EQUIVOCACIONES
A *La Verdad*, periódico[34]

¡*Todos hemos errado*! dijo vuestra reina, que no la nuestra, como ya os probaremos, señores mentirosos de *La Verdad*: ¡*Todos hemos errado*! ¿Entendéis? No os hagáis los sordos. Confesión de parte, releva de prueba, según decís vosotros, recordando los axiomas del derecho. Ahora bien; vuestra reina dice que *ha errado*. ¿Cómo os atrevéis a contradecirla? ¡Irreverentes! ¡sacrílegos; ¡blasfemos! ¿O es que no sabéis ortografía (lo que no fuera extraño) y creéis que vuestra reina hablaba de *herrar* con *h*, es decir de la obra prima de los cuadrúpedos? No podemos suponer en vosotros tamaña descortesía; pero de todos modos os repetimos estas palabras sacramentales: ¡*Todos hemos errado*!

Hemos errado nosotros en haceros caso, en desconocer que vuestro diario es muy grande para lo que vosotros, señores isabelinos, podéis sudar diariamente, cuya desproporción os obliga a llenar el número de fárrago e inútiles polémicas, que las pequeñas columnas de *El Látigo* no puede sostener, a riesgo de dejar impune a tanto danzante como reclama vapuleo; hemos errado también en olvidar que, pues os llamáis *La Verdad*, no debéis tener *buen sentido*, del propio modo que *El Buen Sentido* nunca dice *verdad*; que tal es la filosofía de los títulos de los diarios de la corte, al par que achaque de pobres hombres usar palabras retumbantes; hemos errado, por último, no diciéndoos antes para vuestro gobierno, que sois tontos, cuando no locos, chistosos a veces, inofensivos las más, honrados e insustanciales siempre, y acreedores por tanto a que no volvamos a leeros, sean cuales fueren las inoportunidades que sobre nosotros se os ocurran. Mas no por esto os dejaríamos sin réplica, si nos habláseis personalmente; pues la discusión que un periódico niega a otro periódico, por considerarla oficiosa y prolija, no sabrían rehusarla unos redactores a otros, si se entablase mano a mano y verbalmente, porque así y no de otro modo cumple a nuestros hábitos; más corteses por cierto de lo que pudiere revelar a primera vista el título poco grave de nuestra publicación.

Hasta aquí nuestros errores, que bien pudieran pasar por vuestros; pero de cuyo peso os alivia nuestra generosidad proverbial de demócratas. Permitidnos ahora que prescindamos de otros muchos *lapsus pennae* que habéis cometido, y nos fijemos en los dos, o tres más garrafales.

Error es, y no pequeño, señora *Verdad*, decir que las opiniones de *El Látigo* se oponen al voto de la nación; entrad en la asamblea y hallaréis dos docenas de demócratas que se atreven a decir que lo son; otras dos docenas que

---

[34] *La Verdad* había vuelto a atacar a Alarcón después de su artículo del 14 de enero, "Catecismo para 1855." Aquí está su contestación.

dejan de decirlo porque no lo creen *oportuno*; otras dos docenas que aguardan la resolución de la cuestión de incompatibilidades, o lo que es lo mismo, que aguardan a perder la esperanza de cazar un destino, para subir a la Montaña; otras dos docenas que han engañado a sus comitentes, ofreciéndoles atacar en la cámara ciertas cosas, que han defendido después por arte de birlibirloque; cuyas ocho docenas de elegidos de la democracia representan más de medio millón de demócratas electores, cuyo número es la mayoría de los españoles que piensan en política. Además, sabemos de provincias enteras, donde no hay un 6 por 100 de realistas, donde han elegido todos los ayuntamientos republicanos, donde hace falta, en fin, que la monarquía envíe, para sostenerse, algunos de los 70,000 hombres que quiere el señor O'Donnell.

También errasteis al creer que nos ofendiáis, burlándoos del modo de gobernar de los progresistas. ¡Si vierais que conformes estamos en este particular! ¡Aunque no tan conformes! ¡Qué!—si nos engañamos—hace días adulabáis al duque y a los duquistas (palabra nueva que os regalamos).

Item.—Errasteis subrayando la palabra *instintos*, aplicada por nosotros a vuestra defendida. Si fue vuestro objeto reprocharla como mal escrita, errasteis, os repetimos; pues al ponerla en el papel, pesamos todo su expresivo significado, y no vacilamos ni un momento en dejarla escrita, por atroz que os parezca tal calificación.

No errasteis menos, pues que éste es quizás vuestro más craso error, y por lo mismo lo hemos reservado para cerrar la suma de vuestros errores; no errasteis menos, decimos, al insistir en que Isabel II es nuestra reina, aduciendo una razón que no nos ha parecido tal.

Decís que, si cometiésemos un delito digno de presidio, lo que no creéis, según advertís en seguida, haciendo muy mal en no creerlo; pues somos hombres y por lo tanto pecables, especialmente hoy que tenemos por una parte dos polémicas en *El Látigo* y por otra un *código penal* que castiga con presidio las heridas que pasan de treinta días; decís, repetimos, y dispensad nuestras repeticiones, que, si cometiésemos el citado delito, sufriríamos la pena que nos impusieran en nombre de vuestra reina, de donde deducís que también lo es nuestra.

¡Qué lamentable equivocación, señora *Verdad*!

Para un republicano la reina no es reina, no digo suya, sino de nadie; es una institución abusiva. El hecho se hunde ante el derecho. La protesta moral desvirtúa la efectividad material. Es el mal accidental con que tropezamos a cada paso. Si yo no creo en la autoridad real, si no me infunde veneración la reina, si no la saludo, ni como tal la acato, ¿cómo ha de ser mi reina? Que me echa a presidio; creeré que me ha mordido un perro, es decir, que he tropezado con uno de los males que pueblan la tierra. Que me fusila; pues, señor, me ha matado una teja... ¿Quién tiene la culpa? La sociedad en que vivo, que no ata los perros ni asegura las tejas. ¡Con que la reina es reina de un republicano!

Tanto valiera decir que un apóstata de cristianismo era cristiano y que Jesús era su Dios, o que Mahoma es el profeta de un moro convertido.—¡Tijeretas, señora *Verdad*!—¡Qué no! ¡Qué no duermo en la cárcel!—¿Es menester no ser español para no ser súbdito de la reina? ¡Cate V. que en este momento me expatrio con la voluntad! ¿Quedan mis huesos en España? Mi alma está ahora mismo en el lago de Ginebra con la Julia de Lamartine.[35] ¿Darán aquí tormento a mi cuerpo? ¡Bravo! ¡Concedido! Ya encontré la frase. Conste, señores, que mi cuerpo es realista y mi alma republicana. ¡Siempre fue el barro digno súbdito de la preocupación! ¡Autómata por autómata, cadáver por cadáver, bien haya el rey de un cuerpo sin alma!

He dicho.

(18 de enero)

9
VIAJE DEL *HIJO-PRODIGO* EN BUSCA DE LA *MORALIDAD*

De vuelta de Loja, donde nos dieron tanto que pensar las aventuras del *Espadón*, como después nos han dado que reir las sandeces de un tal D. Elías Morales, polaco de profesión, que nos ha remitido un artículo *lojeño* con la pretensión de que lo insertemos en nuestras columnas, lo que no hemos hecho por no haber encontrado un traductor de ganso—que no lo es poco este defensor de D. Ramón al llamar a este tiranuelo *ilustre*, *magnánimo*, y al decir—acaso sin razón—que ha presidido sin ejemplo el ministerio; de vuelta de Loja, decimos, nos instalamos en Madrid, donde redactamos hace veinte días *El Látigo*, con la particularidad extraña de que todos nuestros suscritores de provincia se han empeñado en asegurar, por más que les repetimos lo contrario, que nos, *El Hijo-Pródigo*, somos *El Tío Camorra* o sea D. Juan Martínez Villergas; equivocación que nos honra, como ya dijimos en otro lugar, pero que, sin embargo, queremos desvanecer de una vez para siempre en honor de la *verdad*. (No hablamos del periódico de este nombre.) No; no somos *El Tío Camorra*;[36] ni están, por consiguiente, en su lugar las cartitas de elogios o censuras que nos dirigís en este sentido, amables o rabiosos suscriptores; somos mucho menos en edad, saber y gobierno; pero no tan poco que carezcamos del suficiente cacumen para conocer que estamos divagando mucho en este artículo, y que ya basta para digresión.

---

[35] En septiembre de 1816, en Aix-les-Bains (no en Ginebra), el poeta francés Alphonse de Lamartine se enamoró de una mujer casada, Madame Julie Charles, *Elvire*, la cual inspiró muchos de sus primeros poemas. Débil de salud, murió al año siguiente.

[36] Juan Martínez Villergas había dirigido el periódico democrático satírico *El Tío Camorra* en 1847–48.

Instalados en Madrid, como íbamos diciendo, y habiéndonos ocurrido la idea de acogernos a esa especie de *unión liberal* que se llama matrimonio, recordamos haber oído hablar de una hermosísima dama, llamada por mal nombre *Moralidad*, cuyas prendas y demás circunstancias, a ser cuales nos referían, cuadraban perfectamente a nuestras aspiraciones.

Decidimos, pues, buscarla.

Habíamos oído decir que con motivo de la revolución de julio, había salido de Madrid la *Inmoralidad*, cuñada de mi presunta novia, con quien se llevaba muy mal, y que, no temiendo ya encontrarse cara a cara con su enemiga, se había establecido *Moralidad* en la corte, donde vivía muy celebrada.

En Madrid, por consiguiente, debíamos buscarla.

Como es natural, nuestra primera pesquisa fue ir al Palacio de vuestros reyes.

Preguntamos a varios ujieres, y he aquí la respuesta que nos dieron.

—¡*Moralidad. Moralidad*! No conocemos a esa señora; pues nunca la hemos visto en Palacio; vaya V. a las listas del Correo, y allí quizás le darán razón.

Nos dirigimos al Correo, y nos encontramos a un editor de Madrid, muy amigo nuestro, sin que él sepa que lo es, quien estaba de reyerta con un empleado de aquellas oficinas.

—¿Qué es eso? le preguntamos.

—¿Qué ha de ser? nos respondió: que en el espacio de un año se me han perdido en el correo por valor de 537 rs. en libros, de cuya imposición conservo facturas y certificados que no he querido utilizar por no perder el tiempo además del dinero; pero hoy me sucede otra cosa más grave, que me hace perder la paciencia. Figúrese V. que acabo de recibir una carta importantísima de Canarias con 44 días de retraso.

—Tenga V. paciencia, hombre, y vamos a lo que me interesa. ¿Ha visto V. por aquí a *Moralidad*?

—¿Aquí? ¡Qué disparate! Si quiere V. encontrarla, pregunte por ella en el ministerio de la Gobernación. Fuimos allá, y lo primero que vimos fue a media docena de empleados polacos, que gozaban tranquilamente sus canonjías, como en tiempo de San Luis.

—Aquí no estará, dijimos para nuestro capote, y pusimos la proa al ministerio de la Guerra.

O'Donnell, Messina[37] y Ros de Olano, vestidos de gran uniforme, se encontraban en la puerta.

Miramos a sus pechos, condecorados o fajados con nuevas alimañas de

---

[37] Félix María Messina, amigo de Narváez, general que preparó la Revolución de 1854 con O'Donnell, Ros de Olano, Dulce y Serrano.

resultas de la moral revolución de julio, e hicimos un cuarto de conversación, desesperando de encontrar allí a la *Moralidad*.

¿Dónde estás, alma de mi alma?, íbamos diciendo, como la esposa de los cantares.

Acaso en el ministerio de Estado.

Pero en el ministerio de Estado nos hablaron tanto del nombramiento del nuevo secretario de la embajada de París y de nuestro plenipotenciario en México, señor de Lozano, que se nos olvidó preguntar por la dama en cuestión.

Sin esperanza ya de encontrarla, y convencidos de que en los demás ministerios pasaría otro tanto, decidimos buscarla fuera de Madrid, y sin encomendarnos a Dios ni al Diablo, tomamos el jamelgo que dio margen a las nueve erratas, erratas que produjeron un artículo de *La Verdad*, una réplica nuestra, otro artículo de dicha señora y una dúplica nuestra; aquel jamelgo, en fin, que ha inmortalizado a la estatua ecuestre de la Plaza Mayor, y montando en sus ásperos lomos, salimos de Madrid.

No sabemos de qué manera nos encontramos en Ajalvir, partido judicial de Alcalá de Henares.

Vimos un estanco, y entramos a comprar tabaco.

—Estanquero, ¿conoce V. a una chica llamada *Moralidad*?

—¡Para chicas estoy yo!

—Pues ¿qué le pasa a V.?

—¿Qué? mañana me quitan el estanco.

—¿Porqué?

—Porque el señor Sagasti ha dispuesto dárselo a un administrador suyo que le ayuda a explorar estos contornos.[38]

—Dios le ampare a V., amigo, replicamos dando un suspiro a nuestro pesar, y seguimos nuestra expedición, chupando lo que vende la hacienda con el nombre de tabaco.

Cuatro días después entrábamos en Villanueva la Serena.

Nos hospedamos en una escuela, por ser extravagantes en todo, y a la tarde siguiente nos ocurrió entrar en la clase a divertirnos con los muchachos.

¡Pero cuál fue nuestro asombro al reparar que en todos los alfabetos faltaba la X!

Pedimos explicación al dómine, y nos dijo que era tal el odio que el pueblo tenía al ministro Luc-san, que el ayuntamiento había acordado proscribir la X del diccionario de la lengua.

—Pues, ¿qué ha hecho Luc-san en este pueblo? interrogamos movidos de curiosidad.

¡Poca cosa! ha colocado en esta villa a cuatro primos hermanos suyos

---

[38] Luis Sagasti, político y periodista, era entonces gobernador de Madrid.

más absolutistas que Cabrera,[39] y ha dado la administración de correos a un señor que nunca había servido en este ramo.

—Válgate Dios, dijimos con el más profundo desaliento, ¿Dónde estará *Moralidad*?

Nos llegamos a Sevilla, ya que estábamos en camino, no con objeto de continuar allí nuestras investigaciones, sino con el de ver el drama titulado *Las jornadas de julio en Madrid*. Asistimos afectivamente a la función, y vimos con asombro que el público se empeñó en que quitaran de las barricadas de trapo el retrato de O'Donnell; pero con tales veras que no hubo más remedio que complacer a tan celosos enemigos de la Unión Liberal.

Esto despertó en nosotros la esperanza de tropezar con la desconocida; pero, por más que anduvimos de Triana a Sevilla y de Sevilla a Triana, por más que visitamos después las nuevas elecciones de Cádiz, el periodismo de Granada y el ferrocarril de Aranjuez, no encontramos ni rastros de la pobre *Moralidad*.

Tornamos a Madrid, donde no hemos perdonado medio para dar con la única novia digna de nosotros; y el resultado final de nuestras fatigas es... que seguimos solteros.

(20 de enero)

10
¿DE QUE ESCRIBIREMOS?

Si la nuera de D. Francisco de Paula Borbón no se hubiera suscrito a *El Látigo*, escribiríamos hoy un artículo contra la monarquía, contra los Borbones o contra la misma reina en particular; pues asunto nos sobra para todo ello, y estoicismo para soportar las consecuencias.

Pero la aversión que nos inspiraba esa joven antes de la sarracina del verano pasado, y el desdén con que después la hemos mirado y tratado en nuestros escritos, hanse tornado en generosa compasión, cuando nos hemos convencido de que la reina de los españoles realistas es una deidad mitológica que ni existe, ni gobierna; que necesita 180 votos de otros tantos pretendientes de provincia para seguir viviendo en la casa que da frente a la Armería Nacional; hasta se ve precisada a tener a la mesa a su zapatero, como sucedió hace dos o tres semanas—lo que será muy duro para una señora que nada tiene de socialista.

---

[39] Ramón Cabrera y Griñó (1806–77), temible jefe carlista durante la primera guerra carlista, se había puesto al frente del segundo levantamiento carlista en 1847.

Y aquí nos ocurre una compleja, con la cual daremos por probado que no debemos escribir contra el trono ni la dinastía:

Es tan cierto que el realismo
en España canas peina,
que, en honor del comunismo,
comen en un plato mismo
el zapatero y la reina.

¡Aleluya, hijos de San Crispín y San Crispiniano! El trono os hace concesiones. Pues bien; como dijo Mirabeau, desde el regio solio hasta la Cuesta de la Vega no hay más que un paso, y tras de la soga va el caldero, y el ojo del amo engorda el caballo; es decir, el ojo del zapatero pone flaco al soberano, pues las decoraciones más maravillosas, vistas de cerca, se tornan en almagre, trapo y humo de pez.

Con qué...¿de qué escribimos?

Escribiéramos contra el ministerio, pero ¡pobre ministerio! ¡Esto le faltaba! ¡Anteayer un voto de censura, y hoy un latigazo! Fuera mucha severidad de parte nuestra. Porque es de advertir que el voto de censura está lanzado, y el ministerio *¡herido va!* como dicen los cazadores. Si no se admitió la proposición, consistió en una cuestión de guarismo; pero el hecho es que los pocos verdaderos progresistas que se sientan en la asamblea han dicho al señor O'Donnell lo mismo que el público de Sevilla dijo a su efigie en el teatro: *¡Quítate de enmedio!*

Mas esto ya lo hemos contado en el número de ayer. ¡Qué pesados somos cuando nos acomoda! Decíamos, o íbamos a decir, que, si el ministerio tuviera *cara de gentes*, como dicen en el Avapiés, hubiera hecho dimisión desde el momento en que perdió la confianza, no sólo de la minoría del Congreso, sino de los campeones más denodados de la mayoría. ¡Pero regatear votos para vivir, como un hortera para ganar, o como la Monarquía el día de San Andrés para no tocar tabletas, eso es...vivir de limosna; eso es...un rasgo digno de la Unión Liberal; eso es lo que no queremos decir!

Repetimos que ya nos causa lástima el ministerio. Las tres palabras del festín de Baltasar fueron escritas ayer por Calvo Asensio en la pechera de la camisa de O'Donnell. *Il fu*, diría Manzoni. *Ya murió Napoleón*, exclamaría un gitano. *De profundis*, añadirá *El Católico*. *Pasó*, dirá Ros de Olano, como en su soneto al simún,[40] única cosa regular que ha hecho en toda su vida. *Se fue*, cantarán las modistas parodiando a *Jugar con fuego*;[41] y nosotros, plagiando una seguidilla famosa de un amigo nuestro, diremos.

---

[40] El poema "El simún," viento abrasador del desierto, se encuentra en el *Florilegio de poesías castellanas del siglo XIX*, ed. Juan Valera, Madrid, Fe, 1902, Vol. II, pág. 274.

[41] *Jugar con fuego*, zarzuela, letra de Ventura de la Vega y música de Francisco A. Barbieri, publicada en 1851.

Se va, se va, y nos deja.
¡Yo no lo siento!
¡Vete, vete en buen hora!
lejos, ¡muy lejos!
¡Qué no te vea!
—¡Para poder reírme
de tus torpezas!

¿De qué escribiremos, pues?

¿Contra el general Prim?

No, que ahora está malo; esperaremos a que se halle en disposición de leernos.

¿Contra el señor Madoz?

Bueno fuera, que bien lo necesita; pues no es del todo conveniente ni atento el lenguage que emplea para sostener el orden en la Asamblea; y nos tiene cargados con su campanilla, con su reglamento, con sus celadores y con sus centinelas. Pero ¿qué hemos de decir al señor Madoz que no tenga olvidado todo el mundo?

¿Contestaremos a lo que *La Verdad* nos dice en el número de anteayer? ¡Qué disparate! Ni aún hemos querido leerla. Nos han dicho que su merced se ocupa de nosotros en un tono muy afable, pero ni por ésas; hemos resuelto no proporcionarle más suscritores ocupándonos de ella en nuestro popular diario, y desde hoy vamos a olvidarnos de que existe tal papel, no sea que el público nos tome por el doctor Troncoso.[42]

¿Nos ocuparemos del ministro X? No lo creemos conveniente; pues destruiríamos todo el efecto que ha de producir en nuestros lectores una caricatura que hemos encargado hoy. No omitiremos, sin embargo, que la X del señor Luc-san es la incógnita que buscan los matemáticos en las operaciones algebráicas. De aquí se deduce que el gas tiene una especie de idioma, mediante el cual avisa, con tres días de antelación, la irrupción de los incendios.

¿Será cosa de que nos ocupemos de la prensa como cuando nos llamábamos *El Zagal*, y zurremos a *El Clamor Público* todo lo que se merece? También fuera extemporáneo, puesto que necesitaremos todo el enojo que nos inspira este judas político el día que publiquemos una oda que obra en nuestro poder dirigida a Fernando VII por el sonoro plectro de D. Fernando Corradi, allá en los días en que este señor era poeta, en vez de diputado, y no había soñado ser ministro.

Pues, ¿de qué escribiremos?
¡Ah!...¡magnífica idea!

---

[42] El presbítero Francisco Rodríguez Troncoso era director del periódico absolutista *La Estrella*.

Pero ya no es tiempo; nos hemos extendido demasiado en conversaciones inútiles, y *El Látigo* no puede soportar más artículo de fondo.

El martes nos ocuparemos de nuestra nueva idea si tenemos pellejo para entonces.

¡Cuidado que esto no es una profecía!

Y por lo que hace a mañana,
que es lunes, según sospecho,
no habrá en Madrid otro *Látigo*
que el cetro de los cocheros.

(21 de enero)

11
NUEVO PROGRAMA DE *EL LATIGO*

Latigueños:

¡Oíd! ¡Oíd! ¡Oíd!

La democracia es una utopía, un delirio, una atrocidad; y aunque todos los que hoy escriben y piensan, señalan esa forma social como porvenir del mundo, yo os aseguro que es un disparate, a menos que la democracia sea el Antecristo. Sí, hijos míos, la democracia es un absurdo, porque absurdo es querer que el hombre sea igual al hombre según la ley de Dios y de la naturaleza; absurdo es pretender que no haya en el mundo otra aristocracia que la de la virtud y la del talento con sus consecuencias de gloria o de fortuna; absurdo es desear que los carruajes den vuelta al Prado por rigoroso turno, sin que crucen por medio aquéllos que van regidos por tricornios; absurdo es esperar que las naciones se rijan por el ciudadano más probo y más inteligente, como se hace en cualquier asamblea o reunión particular; absurdo es, en fin, imaginar ni por un momento que la idolatría abra paso a la filosofía, que las preocupaciones cedan su puesto a la razón, y que los abusos callen ante el derecho, pues la filosofía, la razón y el derecho eran cismas a los ojos de la santa Inquisición, y nosotros os hablamos en su nombre.

Y si absurda es la democracia, más absurdas son sus consecuencias. ¿Qué es eso de libertad de imprenta? Dios nos libre de semejante mal. En las naciones basta con la voz del soberano; sus caprichos son leyes; sus vicios, suponiendo que los tenga—y es mucho suponer—deben ser virtudes a los ojos de sus vasallos; lo que se consigue pagando cronistas para el porvenir y alquilando un *Heraldo* o una *España* para el presente. Los periódicos quieren saberlo todo, examinarlo todo, censurarlo todo, y esto es una barbaridad. ¡Nada! ¡Nada! ¡Fuera papeles que abran los ojos al pueblo! Fiscales de imprenta, multas, cárceles, deportaciones para los periodistas, y veréis que tranquilidad reina en todas partes.

Lo mismo decimos de las Cortes, y cata que las actuales no nos molestan

mucho, puesto que contamos con la mayoría, pero siempre es el parlamentarismo una institución perniciosa, y así como dijo el difunto Sevillano,[43] debemos osear a los diputados.

En cuanto a la libertad de cultos, no decimos nada, porque ya sabéis que es una cosa horrible. Dicen los demócratas que el comercio, y la industria, y las ciencias, y hasta los fondistas y empresarios de teatro ganarían con la tolerancia religiosa; es cierto, pero esto sería en esta vida temporal. ¿Y la eterna, señores, y la eterna?

Mas fuera interminable la reseña de los males que nos traería la democracia. ¡Dichosamente nunca vendrá a rebajar sueldos y extirpar abusos! Nunca vendrá, yo os lo fío.

Por el contrario; el absolutismo sonríe ya en el horizonte de la política.

Esperanza, *Latigueños*;

¡Esperanza, querida *idem*!

Frailes, jesuitas, inquisidores, ¡alegraos!

El quinto mandamiento de nuestra Santa Madre la Iglesia va a regir de nuevo.

¡Baldón eterno a Mendizábal!

Antes de concluir vamos a proponeros una cuestión:

¿Qué haremos con Cristina?

¿No os parece que todos somos unos? Es verdad que nos hizo la guerra en otro tiempo, cuando esperaba reinar en nombre de su hija; pero después ha hecho causa común con nosotros, y hoy, ya sabéis, nos ayuda desde París. ¿Con que es cosa resuelta? ¿Sí? Cristina será la favorita de Carlos VI, de Juan III o de Sebastián I.

¡Qué felices vamos a ser!

Y ahora, *Latigueños*, puesto que hemos abjurado nuestros errores, y hemos propuesto enmendarnos, puesto que ya nunca seremos demócratas, sino siempre absolutistas, decid con nosotros.

Yo pecador,...,etc.

(23 de enero)

12
UN SI Y UN NO

Hoy tenemos Milicia Nacional,
Cortes que nos darán constitución,

[43] Juan Sevillano, duque de Sevillano, financiero reaccionario, que con los marqueses de Tabuérniga y de Vega de Armijo formó la llamada *Junto de Salvación*, que asumió el poder durante la Revolución de 1854. Sevillano acababa de dimitir el puesto de Ministro de Hacienda; así, Alarcón le caracteriza de difunto.

ministerio que dicen liberal,
setenta mil soldados y un matón,
trono llamado constitucional
y mil agonizantes con bastón.
¿Será posible ¡oh Dios! que ni aún así
tengamos orden en España?
—¡Sí!

Quitando la Milicia Nacional,
el código dejando por hacer,
no admitiendo un ministro liberal,
poniendo a ese matón en el poder,
siendo el trono absoluto y clerical
y haciendo a los guindillas renacer,
todo lo cual tal vez me tema yo.
¿Tendremos orden en España?
—¡No!

¿Qué falta a la Milicia?—Voluntad.
¿Qué falta al Parlamento?—Corazón
¿Qué falta al Ministerio?—Libertad.
¿Qué falta a los soldados?—Persuasión.
¿Qué falta a la corona?—Caridad.
¿Qué falta a los gendarmes?—Salchichón.
Y si fuera en España todo así,
¿Tendríamos orden en España?
—¡Sí!

¿Qué sobra a la Milicia?—Candidez.
¿Qué sobra al Parlamento?—Necedad.
¿Qué sobra al Ministerio?—Estupidez.
¿Qué sobra a los soldados?—Vanidad.
¿Qué sobra a la corona?—Solidez.
¿Qué sobra a los gendarmes?—Gravedad.
¿Fuera posible remediarlos?—¡Oh!
¿Tendrán remedio en nuestra patria?
—¡No!

(24 de enero)

13
¿QUE ES *EL LATIGO*?

Tiempo es ya de que nos pongamos serios, por un momento, y expliquemos nuestra conducta a tirios y troyanos.

Nuestra conducta, es decir, la que *El Látigo* viene observando desde primero de año en que nos encargamos de su redacción; pues de su conducta

anterior no aceptamos más responsabilidad que la que se desprenda de las revistas de la prensa y demás artículos suscritos por *El Zagal*.

Hecha esta salvedad, diremos (porque, repetimos, que es tiempo de decirlo), que *El Látigo* es lo que debe ser.

Vamos a probarlo.

Cuando sonó la hora de nuestra revolución, en aquel momento de sublimes esperanzas, saludamos la aurora de nuestra libertad con toda la voz de nuestro entusiasmo, con todos los sones de nuestra lira, con toda la vehemencia de un pensamiento que rompa su cárcel por primera vez. Creíamos que algo grande se verificaba en nuestra patria, que los españoles salían de su imbécil o criminal postración, que las virtudes cívicas despertaban, que la moralidad, la fe, la abnegación iban a ser redimidas y alzadas a un altar, creíamos que había llegado en nuestra nación esa crisis solemne de la historia de los pueblos que pasa de generación en generación en alas de la epopeya; ese rapto de lirismo en que los hombres adquieren proporción de héroes, de mártires o de apóstoles, en que el desprendimiento y la verdad logran preponderancia sobre el egoísmo y el fraude; ese momento, en fin, en que hablan las nacionalidades al espíritu público, al corazón generoso de los pueblos. Todo esto creíamos; así saludamos a la revolución; así hubiéramos continuado considerándola; respetos de tal la hubiéramos tenido, y con grandeza y dignidad la hubiéramos seguido paso a paso.

Pero cuando ese hermoso sueño pasó, cuando miramos de cerca tan deslumbrante perspectiva, cuando tocamos al ídolo y le hallamos de barro, cuando vimos renacer la ambición, la hipocresía, la empleomanía, el nepotismo, el interés mezquino; cuando vimos que el podrido cadáver que arrojó el pueblo en la huesa se alzaba de nuevo galvanizado y pestilente, con todo su séquito de miserias, adulaciones, abusos y depresiones de la dignidad humana, entonces soltamos a reir con toda la violencia de la desesperación, arrojamos la pluma, tiramos la lira y cogimos *El Látigo*.

¡*El Látigo*, periódico digno de la presente situación!

¡*El Látigo*, que no pretende ilustrar, ni moralizar, ni sembrar, ni recoger, sino burlarse de tantas ridiculeces como hoy nos cercan!

¡*El Látigo*, que no busca un aplauso, sino una carcajada como la que arrojamos nosotros el día en que nos desengañamos acerca de la revolución!

Y si no, decidnos ¿qué hay en España digno de ser tratado con respeto, con veneración? ¿Qué hay digno de elogio? ¿Qué hay que no sea más grotesco que nuestro estilo zumbón? ¿Dónde se inspiraría hoy el tribuno para arengar, para hablar el orador, para lidiar el patriota, para cantar el poeta? En una palabra, ¿qué hay en España que disuene de nuestro tono, que sea menos trivial que nuestra publicación, que no merezca nuestras rechiflas?

¿La monarquía?... ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

¿El ministerio de la Unión Liberal? ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

¿Las Cortes Constituyentes? ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

Repitámoslo: ¡*El Látigo* es lo que debe ser!

Pero, nos diréis, la sátira debe ser embozada, sútil, exquisita, intencionada.

Gracias por el aviso. Conocemos a Juvenal, Beaumarchais, Rabelais, Cervantes, Larra, Byron y a cuanto pudierais citarnos; conocemos ese tono; pero nunca querríamos emplearlo por las siguientes razones:

Porque escribimos para el pueblo, y el pueblo necesita que se le hable muy claro.

Porque en las situaciones vergonzantes, es menester ser audaz en el pensamiento y en la palabra.

Porque, la sátira embozada se emplea en épocas de tiranía, cuando no puede clamarse a voz en grito contra los abusos.

Porque, en fin, nosotros no escribimos sátiras, sino burlas; no indirectas, sino verdades de tomo y lomo; no carambolas, sino billas; no curvas, sino rectas; ¿estamos?

Ya veis que no tenemos remedio; cuando erramos, es adrede; cuando somos inoportunos, es porque queremos serlo; cuando nos desentonamos, es de mala intención; tal vez podríamos escribir de otro modo y no queremos hacerlo. Al César lo que es del César; a 1855, periodismo latigueño; no se ha hecho la miel para la boca del asno; no faltaba más sino que nosotros fuéramos muy mirados y almibarados hoy, que no vemos nada que valga un cuarto de especias. Los payasos llevaban un gorro con cascabeles; la Unión Liberal tiene por cetro un *Látigo*. Cuando se casa un viejo, se le da una cencerrada. Cuando se desentona un cantante, se le silba. Cuando se achica una nación, deben reírse o expatriarse los que tienen un corazón debajo del frac. Mezquindad por mezquindad, teniendo que escoger entre la dirección de *El Látigo* y la de una situación como la presente, nos quedamos con nuestro periódico.

Hemos dicho.

(25 de enero)

14
EL AGARROTADO
I

La sociedad se hallaba en un inminente peligro de corromperse.

Ayer la salvó el verdugo.

¡Respiremos!

Un cochero había matado a un conde.

¡Esto es horrible!

La sociedad ha matado al cochero.

Esto es muy justo.

La sangre ha borrado la sangre.

Si el asesinado hubiera sido un zapatero, tal vez...

Pero la sociedad está purgada de asesinos.

Si mañana aparece otro, le mataremos también.

Si aparecen mil, les mataremos ¿no es verdad?

¡Viva la cirugía! El método quirúrgico es el *non plus ultra* de las curaciones.

Cuando os duela la cabeza, cortáosla y desaparecerá el dolor.

Para curar los sarampiones, nada es tan sencillo como extirpar, pústula por pústula, la erupción, mediante el nitrato de plata.

Otro os dirá que curéis médicamente al enfermo, que corrijáis el vicio de su sangre, que le propinéis sustancias regeneradoras, que enmendéis a la naturaleza en vez de amputarla.

¡Qué disparate!

Es más fácil cortar de raíz; es más breve destruir de un golpe.

Una madre cura a su hijo enfermo; lucha a brazo partido con la muerte por salvarlo; no repara en su podredumbre para asistirlo.

Una madastra envía al hospital a su hijastro.

Ahora bien, ¿la sociedad es madre o madrastra?

II

Concretémonos.

La sociedad no tiene derecho de matar al hombre.

¿Por qué?

Porque no ha comprado este derecho con beneficios dispensados al hombre.

Esto cuando menos; que la razón principal es porque no le ha dado la vida.

De cualquier modo, el hombre no es el hombre; el hombre es la humanidad.

Y la humanidad no debe mutilarse, porque la mutilación es un suicidio, y el suicidio es un robo y un sacrilegio.

Pero no subamos hasta Dios, autor del bien y del mal.

Juzguemos la cuestión aquí, en la tierra.

III

Un padre educa mal a su hijo; no le enseña el bien; no le aparta del mal; le deja abandonado a sus instintos, a sus pasiones; no le redime de la ignorancia;

no premia sus virtudes; y sobre todo, le da mal ejemplo, le marca la senda de la inmoralidad con sus extravíos; en fin, no es padre más que en el nombre.

Un día, cuando el hijo es adulto, falta al respeto a su padre.

¿Deberá éste castigarlo?

No, de ningún modo.

¿Qué deberá hacer?

Si es bueno, deberá conocer su error en no haber educado a su hijo, y emprender desde aquel día esta tarea, tan difícil en semejante edad.

Apliquemos el ejemplo.

La sociedad—y esto nadie lo desconoce—es un mal padre, vicioso, corrompido, que no cuida de sus hijos, que no les educa, que les abandona a la casualidad, que no está a su lado en el momento en que luchan entre el bien y el mal, que nada les enseña, que con nada les obliga, que de nada se hace acreedor con ellos, que les empuja hacia el abismo de la desesperación, dejando en su camino la pobreza, la ignorancia, el hambre, que enciende sus malas pasiones, en fin, dándoles escandaloso espectáculo de injusticias, de desigualdades, de abusos, de desprecios, de ostentación, de bárbara ironía.

Este ser abyecto, olvidado, escarnecido, comete un crimen.

¿Qué debe hacer la sociedad?

¡Avergonzarse! ¡Avergonzarse de haber dejado crecer semejante llaga bajo su manto de lujo! Avergonzarse de llevar tan sucios harapos bajo su túnica de legisladora.

Avergonzarse, reconocer que ha sido mala madre para aquel hijo, y dedicarse a corregirlo.

¿Cómo?

Por medio del trabajo.

Alejándole del mal, alejándole del resto de los hombres para que no les contamine, dejándole a solas con Dios y sus remordimientos en una reclusión perpetua.

IV

Y aun así y todo, la sociedad no se cura.

Es que la unción ha sustituido al nitrato de plata.

El efecto ha desaparecido; la causa queda en pie.

Repitámoslo: la sociedad debe curarse médicamente.

¡Higiene, señores legisladores!

Organizad la familia social; dad probabilidades al bien; presentad apoyo al hombre; ofrecedle esperanza; brindadle amor; cuidad antes de si tiene pan que de si comete crímenes; enseñadle lo que no sabe, en vez de corregirle por lo que ignora; sed buenos con el malo, y el malo volverá a la virtud; sed padres de

vuestros hijos, y los hijos os respetarán. ¡Vigilad, vigilad a la raza humana, como vigiláis los árboles de vuestro jardín; llevad el riego a todas partes, quitad la oruga de todas las ramas; abonad igualmente toda la tierra, y la cosecha del bien enajenará de gozo vuestras almas, sin que tengáis que recurrir al hacha para cortar el árbol torcido, ni que arrojar de la boca la fruta amarga!

Es el más abominable sacrilegio creer que la naturaleza hace ladrones y asesinos.

Los hace la sociedad.

V

Perdonad, lectores de *El Látigo*.

El Hijo-Pródigo no sabe hoy lo que se dice.

Ha dado en moralizar y en ponerse serio, lo cual es una lástima, porque vosotros queréis solamente reír.

Reíd, pues, reíd conmigo; venid; yo os llevaré a donde riais.

Mirad ese cadalso.

Meditad ahora.

¿Os acordáis de los asesinatos oficiales cometidos en julio por si no han de mandar aquéllos sino éstos?

Para aquellos asesinos no hay verdugos.

¿Os acordáis de los asesinatos de Zaragoza?[44]

Aquellos criminales están impunes.

¿Os acordáis de tantas y tantas guerras hechas en nombre de la ambición de los reyes o del fanatismo de los papas?

Esos reyes son héroes.

Esos papas son santos.

¡Reíd conmigo, suscritores de *El Látigo*!

Preguntad a esos generales: ¿para que lleváis el acero al costado?

—Para adquirir gloria, dirán ellos.

¡Reíd conmigo, suscritores de *El Látigo*!

(27 de enero)

---

[44] En febrero de 1854, en Zaragoza el brigadier Hore arrastró a la rebelión al regimiento de Córdoba. Pronto el capitán Rivero sofocó la insurrección. Hore y algunos de sus secuaces fueron ejecutados; los otros cruzaron la frontera y fueron internados en Francia.

15
PROYECTO DE CONSTITUCION DE LOS REDACTORES DE *EL LATIGO*. BASES[45]

1.ª Los españoles son libres. No hay otro poder sobre ellos que las leyes hechas por ellos mismos. Esto se llama *soberanía nacional*.

2.ª Los españoles son muy dueños de seguir la religión que les acomode, pues ésta es cuestión entre Dios y sus almas. Los creyentes de cada secta mantendrán el culto de su Dios.

Nada perderán con esto los clérigos españoles; pues, si es cierto que nuestro pueblo es muy apegado a sus rancias creencias, no las abandonará a pesar de la libertad de cultos; y si las abandona, no se morirá por eso, pues ahí están los ingleses, que son protestantes, y viven gordos y colorados.

3.ª Los españoles pueden pensar, decir, escribir y publicar todo lo que quieran; las calumnias serán castigadas por las leyes; las teorías disparatadas serán batidas por el sentido común y por los libros sensatos; los periódicos que ofendan la moral morirán por falta de suscritores.

4.ª El gobierno promoverá por todos los medios el trabajo. Abrirá certámenes y concursos para las artes y las ciencias. Dará premios a los que presenten mejores obras. Concederá todos los empleos al mérito; aprovechará todas las capacidades y abrirá un porvenir a todas las inteligencias. Establecerá refugios, hospicios y hospitales para los que no puedan trabajar.

5.ª Todas las carreras son libres. El gobierno dará enseñanza gratuita a todos los españoles que quieran aprender cualquier oficio, ciencia o arte.

6.ª Son inviolables las casas de los españoles.

7.ª Se considerarán españoles todos los que vivan en España.

8.ª Todo español que haga algún daño a su prójimo será detenido y castigado.

9.ª Queda abolida la pena de muerte por toda clase de delitos.

10. Las penas que se impongan a los españoles contraventores de las leyes tendrán un doble carácter, aflictivo como expiación y moralizador como corrección.

11. Las leyes se harán por una Cámara compuesta de los hombres que elija la mayoría de los españoles. Solamente dejarán de ser electores o elegidos los que estén procesados o cumpliendo condena.

12. El comercio es enteramente libre.

---

[45] El general progresista Sancho fue el presidente de un comité encargado de preparar las bases para una nueva constitución. Las bases siguieron la constitución de 1837 y fueron leídas el 13 de enero.

13. Los españoles podrán reunirse, cuando les acomode, a tratar de los negocios públicos.

14. Las Cortes estarán siempre reunidas; cuando no haya que legislar, suspenderán por sí mismas sus sesiones.

15. No habrá ejército; se instituirá una guardia que conserve el orden público en las ciudades y vigile los caminos.

16. Se reglamentará la Milicia Nacional bajo bases muy populares, relevándola de guardias, uniformes, desfiles, etc. Más claro: la Milicia Nacional será *pueblo armado* y no *ejército permanente*.

17. Queda también establecido el sufragio universal para la elección de ayuntamientos y diputaciones provinciales.

18. No podrán cobrarse las contribuciones sin ser votadas antes por la Cámara.

19. El gobierno presentará a la Cámara en los primeros quince días de cada año las cuentas del anterior.

20. Habrá una sola contribución, que gravite sobre las ganacias y sobre el capital inactivo.

Estos mandamientos se encierran en dos:

1.° Conceder a los españoles todas las libertades.

2.° Menos la de hacer daño a su prójimo.

¿Y la monarquía? preguntarán, no nuestros lectores, pues suponemos que no la echarán de menos, sino alguno que oiga leer *El Látigo*. ¡La monarquía! Es verdad; se nos había olvidado con los frailes, la Inquisición y los diezmos, que han sido siempre sus atributos en España.

¿Refunfuñáis? Recordad lo que, según contaron, dijo no hace muchos días la reina a Sancho, no al escudero de don Quijote, sino al diputado que así se llama.

¿Qué le dijo?

¡Qué tenía compromisos contraídos sobre los jesuitas!

¡La monarquía! Es verdad. ¿Qué sería de nosotros sin esa institución? ¿Quién habitaría entonces el Palacio de Oriente, construído con el dinero del pueblo? ¿En nombre de quién harían los generales reacciones? ¿En nombre de quién fusilarían a los liberales?

¡Y luego son tan bonitas las carrozas, tan vistosos los trenes, tan magníficos los caballos de nuestros reyes! Está visto: ¡no podemos renunciar a estos espectáculos!

¡Es un desbarajuste, es un trastorno inmenso suprimir la monarquía!

¿Cómo se acostumbraría el pueblo a no ver el busto de su señor en las monedas? ¡De ninguna manera!

¿Cómo pudiera vivir nadie, ni haber paz en las familias, ni funciones en los teatros, ni crema en los cafés, ni carne en las plazuelas, ni dar patatas la tierra suprimiendo la monarquía? ¡Imposible!

¡Qué útil, qué necesario, qué indispensable para todo es un sillón dorado!

Con qué ¿dejamos la monarquía?

Dejémosla.

Entonces borraremos el primer artículo de nuestra constitución latigueña, y donde dice:

"Los españoles son libres; no hay otro poder sobre ellos que las leyes hechas por ellos mismos. Esto se llama *soberanía nacional*."

Diremos:

"Los españoles son siervos voluntarios del monarca. No se hará sino lo que éste quiera por medio de sus primeros criados, los ministros. Esto se llama *estupidez nacional*."

(28 de enero)

16
¡ESTAMOS PROCESADOS!

I
PARALELO

El Látigo y *La Estrella*, el pueblo y los frailes fueron denunciados hace pocos días.

El Látigo había dicho *sotto voce* que era republicano.

La Estrella había dicho palmariamente que era carlista.

Ambos periódicos prescindían de Isabel II.

El uno la llamaba nuera de don Francisco Borbón.

El otro la acusaba de usurpadora del trono de don Carlos.

El diario democrático llamaba tonto al gobierno.

El diario absolutista le llamaba ladrón.

Aquél hablaba en son de broma.

Este hablaba, como hablan los obispos fanáticos, echando fuego por los ojos.

El primero abogaba por el pueblo.

El segundo por la Inquisición.

El Látigo arreaba duro a la situación para llevarla al porvenir.

La Estrella pretendía guiarnos a la noche del pasado.

Allí, abnegación.

Aquí, egoísmo.

La revolución de julio entre estos dos extremos.

El Látigo ha sido procesado.

La Estrella ha sido absuelta.

¡Sea todo por Dios!

II
¿DE QUE ESCRIBIREMOS?

Así se titulaba nuestro artículo denunciado.[46]

¿*De qué escribiremos*? volvemos a decir.

Escribiéramos contra el trono, como en los países libres hacen los diarios republicanos, o como nosotros creímos que podía hacerse en nuestro país después de la *gloriosa*; pero ¿cómo hemos de escribir si *estamos procesados*?

Sabemos muchas cosas nuevas sucedidas en los ministerios, algunas bastante graves para horripilar al lector si las dijéramos; sabemos la última torpeza cometida por *** (precaución antes de todo); sabemos que cierto sujeto es un polaco, y sigue cobrando un sueldo enorme; sabemos que...y que... ¡chitón! que ¡*estamos procesados*!!!

Nos ocurre mucho que disertar sobre el parlamento y los parlamentarios, o parladores, por ejemplo, pero ¿qué íbamos a decir? ¡Nada, nada! Hasta escribiríamos un artículo sobre la libertad de imprenta, sobre las causas por que hemos sido denunciados, sobre ciertas rarezas que han mediado en el asunto; contaríamos a nuestra prole de abonados una conversación habida en un café en la cual se hablaba de *El Látigo*; contestaríamos a fulano, y a mengano, y a perengano y al célebre otro...pero ¡qué locura! esto será materia para otro día. ¿Qué hemos de decir cuando *estamos procesados*?

¿Y sobre nuestro proceso? ¡Cuánto pudiéramos extendernos! Diríamos lo que pierde el gobierno con las demasías; lo que avanza el pueblo con las absoluciones. (Muchas memorias de Fernando Garrido) diríamos el...y la...y lo... pero ¡ya nos guardáramos! Y ¡ahí es nada lo que nos contaron anoche de la conspiración H. y de la prisión B! (¡Cuidado que no hemos nombrado la X!) Pues ¿y de los periódicos? ¡Lindas lindezas pudiéramos deslindar con ellos! Para eso sí nos diera el naipe por copiar la vida y milagros de dos o tres señorones muy principales, arreglándonos a los apuntillos que nos mandan todos los días de provincias y hasta de Inglater... ¡zape, *que estamos procesados*!

III
MEMORIAL

Pero basta de broma. Señor jurado, ¿nos juráis por el cólera no condenarnos? ¡Diablo de rimas! ¡Estábamos hablándoos en seguidillas!

Señor jurado, por el nombre egregio de Gutenberg que nos legó la imprenta, no como esclava del capricho regio, sino como un fanal. ¡Me planto en treinta! pues veo que la maña del colegio otra vez mis renglones reglamenta, y que en vez de escribir un memorial, estaba haciéndoos una octava real.

---

[46] El artículo de fondo del 21 de enero. Véase las págs. 77–80

Señor jurado, me habéis chafado con vuestra crítica sacerdotal. Si sois clemente, tened presente que mi política nunca es formal.

Y pues sois tribunal progresista, y a *La Estrella* otorgaisteis perdón, cuando llegue la causa a la vista, cegad antes que ver con pasión.

(2 de febrero)

17
¡ESTAMOS ABSUELTOS!
AL VALEROSO HIDALGO ULTRAMARINO
D. QUIJOTE SEGUNDO,
EN PRUEBA DE PRUEBA,
EL AUTOR

Tenéis razón, señor Quijada; en la tierra no hay justicia.

El jurado nos acaba de absolver.

¡Pícaro jurado!

¡Absolvernos, cuando habíamos dicho que la reina era nuera de don Francisco de Paula Borbón!

¡Absolvernos, cuando habíamos dicho que S. M. nos había inspirado, primero *aversión*, luego *desdén* y al fin *lástima*!

¡Absolvernos, cuando habíamos dicho que es una deidad mitológica que ni existe ni gobierna, y que necesita 180 votos para vivir enfrente de la Armería Nacional!

¡Absolvernos, cuando habíamos dicho que desde el regio solio hasta la Cuesta de la Vega no hay más que un paso, y tras de la soga va el caldero!

¡Absolvernos, cuando habíamos dicho que las cosas de palacio vistas de cerca se tornan en almagre, trapo y humo de pez!

¡Esto es horrible!

El jurado no sabe lo que ha hecho; ¿no es cierto, señor don Quijote?

¿Porqué no desafía V. a los doce jueces y al abogado defensor?

Pero no; déjelos V. Ya llegará un día en que Dios les pida cuentas.

—A su tribunal apelo; responderá V.

—Buen viaje, señor don Quijote, decimos nosotros.

Y no sabe V. lo mejor.

El pueblo castellano, es decir, el pueblo madrileño, ese pueblo tan amante de sus reyes y de sus reinas, tan apegado a sus tradiciones, tan grave y caballeresco, aplaudía al elocuente defensor de *El Látigo* siempre que hablaba contra los Borbones, o se complacía en saborear la palabra *República*.

Ese pueblo, a que V. no pertenece por cierto, pues V. es género ultramarino, y apóstol de unas ideas exóticas en nuestro país; ese pueblo, repetimos,

cuando supo que *El Látigo* era absuelta a pesar de sus bromitas con la reina, se puso a aplaudir al jurado y a gritar: ¡*Viva Figueras*.[47] ¡*Viva la libertad*! ¡*Viva el jurado*! ¡*Viva El Látigo*!

¿No revienta V. de ira, señor don Quijote?

¿Porqué no desafía V. al pueblo madrileño?

En cuanto a nosotros, seguiremos arrepentidos; y si no fuera porque V. está por medio, tal vez no diríamos en párrafo aparte, para que lo vea V. mejor:

Que nos ratificamos en todo cuanto llevamos dicho desde 1.° de enero.

Que no tratamos de mudar de tono.

Que estamos aprendiendo a cantar de memoria una ópera para dar un concierto en *El Látigo*, a cuya fiesta convidamos a V. desde ahora.[48]

Y, en fin, que Dios es bueno.

¿Porqué no nos desafía V.?

Vamos a otra cosa.

¿Sabe V. que el jurado es una cosa magnífica, y que quisiéramos que mañana nos volvieran a denunciar?

¿Sabe V. que no pudimos ver aquel tribunal del pueblo, compuesto en su mayor parte de honrados artesanos y comerciantes, sin una corazonada de entusiasmo?

¿Sabe V. que cuando salíamos de la Audiencia absueltos por el veredicto popular, creímos un momento en la revolución, y esperamos algo de ella?

Pero estas emociones son desconocidas para V., y no queremos hablarle en griego, puesto que no lo entiende.

Ahora, siguiendo los caprichosos giros de nuestra imaginación, vamos a contarle a V. una aventurilla nuestra.

Una noche fuimos al Teatro Real.

Se representaba *Safo*.

De esto hace dos o tres meses.

El que estaba en la butaca próxima a la nuestra nos hizo el honor de pedirnos los gemelos.

Con este motivo hablamos de política, de literatura y de viajes.

Nuestro vecino no advirtió que nos burlamos de él espantosamente.

Al despedirnos, le dijimos esta frase profética:

¡*Ya nos encontraremos por esos mundos periodísticos*!

Aquel señor no había vuelto a acordarse de nuestra humanidad.

Sepa, pues, que el hombre de los gemelos era *El Hijo-Pródigo*.

---

[47] Estanislao Figueras y Moragas (1819–82), político democrático y anti-monárquico. Fue uno de los veintiún diputados que votaron a favor de una república el 30 de noviembre de 1854. Más tarde, en 1873, llegó a ser el primer Presidente de la República española.

[48] Alarcón se refiere aquí a un artículo no coleccionado en esta edición del 3 de febrero, "*La Traviata*. Potpourri político-literario-musical," en el que atacó a la familia real.

¿Qué tal? ¿Somos o no somos profetas?

Vamos a concluir, señor don Quijote.

Pero permítanos Vd. que depositemos en su corazón un pesar que aflige el nuestro.

Un malandrín dijo hace pocos días que nos buscaba y no nos encontraba. Esto era falso, pero nos perjudica en la opinión pública. ¿Tendrá Vd. la bondad de decir a todo el mundo que el que nos busca nos encuentra?

Adiós, señor Quijote; conserve Vd., un recuerdo de

El Hijo-Pródigo
(10 de febrero)

18
VIDA DEL *HIJO-PRODIGO*

Vine a este mundo
como han venido todos,
todo desnudo.
Me bautizaron
y merced al bautismo
soy un cristiano.

Después estuve ciego
dos o tres años
y me dieron la vista
los cirujanos.
¡Muy mal hicieron!
Mejor que ver al mundo
quiero estar ciego.

Fui después a la escuela;
no aprendí cosa;
fumé a los doce años;
compuse coplas;
eché bigote;
amé; diz que me amaron,
y buenas noches.

Aquí tenéis la vida
de *El Hijo Pródigo*
tan corta como inútil
o como un óbolo
de la gran suma
que están siempre restando
cunas y tumbas.

En un rincón ameno
de Andalucía
hay un valle risueño.
¡Dios lo bendiga!
que en este valle
tengo amigos, amores,
hermanos, padres.[49]

Ingrato y ambicioso
dejélo un día,
como aquél de mi nombre
que hay en la Biblia
y el tiempo andando,
me han llamado los ciegos...
¡Látigo! ¡Látigo!

Si yo tengo en el pecho
alma y poesía,
si en mis ojos hay lágrimas,
pena en mi vida,
luz en mi frente
y ciencia en mi memoria...

¡Compadecedme!
Mas, si yo soy tan solo
digno de un *Látigo*
para reir nacido
como los faunos,
adiós, señores;
voy a seguir riendo...
¡Muy buenas noches!

(11 de febrero)

19
Señores Redactores de *El Látigo*

Muy señores míos: Desde hoy me separo de la dirección y redacción de ese periódico. Como las circunstancias en que tomo esta determinación pudieran dar lugar a erróneas interpretaciones, me cumple explicar las causas que me asisten para ello.

Declaro, ante todo, que ahora, como siempre, obro por mi libre y espontánea voluntad, sin anterior compromiso con nadie ni ulteriores tenden-

[49] Alarcón cita esta estrofa como epígrafe del cuadro "La nochebuena del poeta" (*Obras completas*, pág. 1672).

cias de ninguna especie. El comportamiento de la empresa conmigo, principalmente en estos últimos días, es el único motivo que me prohibe continuar en el puesto que he desempeñado; y al dejarlo, protesto que mis opiniones políticas son las mismas que eran antes y después de entrar en *El Látigo*, las mismas que serán toda mi vida.

El día en que la democracia necesite de mi débil auxilio en el terreno periodístico o en cualquier otro, me encontraré entre sus primeros defensores; pues siempre reconoceré y sostendré todo lo que he escrito en política como la genuina e independiente expresión de mis sentimientos.

Libre ya *El Látigo* de los compromisos que retardaban la resolución que hoy adopto, compromisos que debía arrastrar hasta que se resolviesen, atiendo a mis particulares querellas con los empresarios, y dejo de ser compañero de ustedes, pero no su atento servidor Q.B.S.M.

Pedro Antonio de Alarcón[50]

(15 de febrero)

---

[50] La dirección del periódico comentó sobre esta carta de la manera siguiente: "La empresa siente que conceptos, en su juicio equivocados, motiven la retirada de una persona como el señor Alarcón, a quien en tal alta estima tiene, y se complace en tributarle este testimonio público de su aprecio y reconocimiento" (15 de febrero). El número siguiente contenia el siguiente artículo de fondo:

ASI DEBE SER

Nuestro colega *El León Español*, nada sospechoso en cuanto pueda favorecer al pobre *Látigo*, publica en su número de antes de anoche la reseña que insertamos a continuación sobre el asunto que se ha agitado estos días entre el señor García de Quevedo y nuestro querido amigo y exdirector el señor de Alarcón.

Al felicitarnos del resultado del lance, no podemos menos de felicitar también al joven campeón de la democracia, que tan bien parada ha dejado su honra, la nuestra y la del partido a que pertenecemos.

Sentimos, con todo, su retirada, como siente el soldado la ausencia del compañero a cuyo lado ha combatido largo tiempo, participando de sus triunfos, y compartiendo sus peligros.

He aquí las palabras de *El León Español*:

"Los señores Quevedo y Alarcón han llegado al fin a encontrarse antes de ayer en presencia de algunos amigos, los cuales no han podido menos de quedar completamente satisfechos de su actitud y de las pruebas que tanto el uno que el otro han dado de su pundonor y caballerosidad. Cuatro veces acometieron estos señores, venciendo los contratiempos del día que fue en extremo lluvioso, con la más absoluta sangre fría, al azar que tenían convenido, por las graves diferencias que entre ellos mediaban. Creyeron los que presenciaban estas explicaciones que con semejantes demostraciones debían darse satisfechos, y por terminada la entrevista. Los señores Alarcón y Quevedo se dieron en virtud de este acuerdo las manos, y todos los que estaban presentes convinieron en reconocer en el señor Alarcón que por su juventud no era conocido, las prendas propias de un adversario digno del señor Quevedo, cuya reputación de hombre de honor está ya hace bastantes años acreditada. Tenemos la mayor satisfacción en que tal haya sido el resultado final de este ruidoso encuentro."

Las Obras Posteriores

I. Artículos de Viaje

1
VIAJE A PARIS EN 1855

CARTA PRIMERA[1]

París, 10 de mayo

Acabo de atravesar la mitad de España en tres días y de cruzar casi toda la Francia en veinte y seis horas.

He aquí, mis queridos amigos, un resumen de cuanto he pasado durante los cuatro días que llevamos de separación.

Vamos por partes.

Pasé por toda Castilla la Vieja, y la encontré digna hermana de Castilla la Nueva; que así la Nueva como la Vieja son dos ancianas, digo mal, dos vejestorios, desdentados, sucios, y cubiertos de harapos. Desde Madrid a Pancorbo no se ve sino un vasto desierto sembrado de ruinas góticas, ni más ni menos que desde Sierra Morena hasta Madrid no hay otra cosa que un páramo triste y solitario. Consecuencia, Despeñaperros y los Montes de Oca son dos barreras de granito que aislan un yermo de más de cien leguas, en cuyo centro se desespera por tener agua y flores el más grande pueblo de la Mancha, el vivac mejor acondicionado del desierto: Madrid.

Ya os oigo llamarme *renegado*, *descastado*, *mal hijo*, y qué sé yo que más. Yo os contesto solamente con esta frase: *Salid de España*.

Pero antes de salir, quedaos como yo sin almorzar por ver la catedral de Burgos, ese jardín de piedra, y buscad en la catedral de Vitoria, si el mayoral de la diligencia, o su mensajería acelerada, os deja tiempo, buscad, repito, una Magdalena de Leonardo de Vinci enredada en la madeja de oro de sus cabellos, mas notando que deje de lucir su encantadora desnudez; desperezaos también al entrar en las Provincias Vascongadas, delicioso país muy semejante a la Suiza que Rousseau y Lamartine nos han descrito, con sus verdes montañas, sus azules riachuelos, sus pintorescos valles, sus graciosas casitas y *remarquables* aldeanas.

---

[1] Estas cartas salieron en *El Occidente*, apareciendo la primera el 17 de mayo de 1855; la segunda, el 22 de mayo; la tercera, el 31 de mayo; la cuarta y quinta, el 12 de junio; la sexta y última, el 14 de junio.

Pardon por el galicismo, amigos míos, *pardon* y prosigamos nuestra despedida de España.

Como si una exquisita previsión lo hubiese así dispuesto para hacer más sensible la expatriación, hállase en este límite de nuestro reino un bienestar, una riqueza, una civilización, unas costumbres, un existir, por último, más digno, más seductor, más decoroso que en el resto de España; la naturaleza prodiga por todas partes utilidad y belleza; los hombres trabajan más; las leyes se violan menos; la diligencia no trenza tanto; y el tabaco se vende en tabaquerías particulares.

Luego, para colmo de melancolía, si como yo, tenéis una esponja en vez de alma, aparece a vuestros ojos el mar, vuestro mar querido, ese mar que os arrulló en vuestras horas de dicha, y aparece en el mismo instante de abandonar la tierra de la juventud, a fin de que todo sea patético en la hora solemne de vuestra orfandad patria.

En cambio, San Sebastián os distrae, porque es un lindísimo pueblo, e Irún y Pasajes...¡Ah, qué lindo es Pasajes! ¡Quién se quedara en este paraíso, quién muriese al pie de estos nogales, tranquilo, feliz, amado!

¡Ya! pero sería menester casarse.

Pues, señor, he aquí el Vidasao; la orilla opuesta es Francia.

Pasemos el puente de Behobia. Un arco, dos arcos, tres, cuatro, cuatro y medio. ¡Quietos aquí!

¡Adiós, España! ¡Adiós, mi Andalucía! ¡Adiós, patria y amigos, padres y hermanos!

¡Ah!

Cum repeto noctem qua tot mihi cara reliqui,

labitur ex oculis nunc quoque gutta meis.

¡Adiós, suelo hermoso, hijo mimado de la naturaleza! ¡Adiós, nación desventurada, diezmo desheredado de la gran familia de la civilización!

¡Quedáte ahí, mendigo respondón y soberbio; quédate ahí, con orgullo y sin cultura, con revoluciones estériles de frutos y ricas de lágrimas, con la idolatría en el corazón y la libertad por norte! ¡Quédate ahí, pueblo que naces a la vida social con toda la corrupción de las sociedades decrépitas, que aceptas lo malo de todas las épocas, lo pernicioso de todos los principios, y que puedes y debes ser grande para crear, como en un tiempo lo fuiste para destruir; hoy con la idea, si ayer con la espada; quédate ahí, patria mía, roída de desengaños, trabajada por los disturbios, sin fe ni esperanza, sin virtudes cívicas, sin abnegación de ninguna parte, llevada siempre, como atada víctima, al circo ignominioso donde vienen a devorarte los sacerdotes del presupuesto! ¡Quédate ahí, sin crédito, sin comercio, sin amor a las artes, sin literatura propia; tú que fuiste el emporio de las letras, sin industria, sin otra fuente de riqueza que los favores de un cielo siempre propicio!

Cata ahí un artículo de fondo de un periódico de tres al cuatro; confieso que no debí escribirlo, pero a lo hecho, pecho, como decimos ahí.

Que pasé el Vidasao; he aquí todo.

Llegamos a la aduana de Behobia.

Registro general de cofres y maletas.

Quedan decomisados y en poder del gobierno francés varios números del *Tribuno*, de las *Novedades*, y qué sé yo que más.

El mayoral se come una naranja y me regala otra para que no lleguen a una docena las que introduce en Francia.

Otro amigo se fuma dos cigarros a un tiempo por *idem, eadem, idem*.

Yo doy dinero, y no me registran el equipaje.

Luego es verdadero aquel dicho de un español sobre que nada hay serio en el mundo.

El ministerio *des finances* del imperio francés se vende al público por un franco.

Porque declaro solemnemente que dentro de mis maletas había contrabando, esto es, libros prohibidos en todo el universo.

Salí de la aduana, riéndome de la comedia que llamamos vida, y volví a subir en la diligencia.

En adelante, no me pareció sino que había entrado en un jardín desde que pasé la frontera. Qué orden, qué gracia, qué coquetería, qué comodidad, qué limpieza en cuanto me rodeaba. El camino podía rivalizar con la mejor calle de árboles de lo reservado del Retiro; las quintas o castillos, como aquí se llaman, y no sin fundamento, pues tienen todas las formas de tales; los pueblos, las casas de postas, los bosques, los sembrados, todo revela que se acaba de entrar en una nación constituida, organizada, celosa de sí misma, donde lo mejor es lo más bueno, como se dice en Málaga, donde el presupuesto se trasforma en algo, como no sucede en España, donde el orden y la belleza reciben culto aun de parte de los campesinos.

Por lo demás, desde que salís de España, fuera en vano que buscaseis harapos o miseria. Vierais al labrador aseado, sencilla y perfectamente vestido, a las mujeres del pueblo adornadas con la indispensable cofia blanca como la nieve, al pastor empingorotado sobre sus zancos para librarse del lodo, y por supuesto quedaríais con la gana de tropezar con un mendigo. Recuerdo que en Bayona se me acercó un joven a pedirme una limosna. ¿Querréis creerlo? Era un español. Quedábanme algunas monedas castellanas de cobre, que aquí no pasan, y que no he podido dar a los pobres, porque nadie ha vuelto a implorar mi caridad.

Pues que os he hablado de Bayona, menester será no retroceder en mi camino y suponer que ya estamos dentro de la capital, pésele a lo mucho que quisiera deciros sobre el bellísimo país que hay que atravesar para llegar a ella.

Bayona, plaza fuerte, a una legua del mar, es una ciudad española, donde casi todo el mundo habla castellano, donde a cada momento leéis: *Hotel espagnol, Restaurant d'Espagne, Horloger de Madrid*, etc., etc. Pero esta circunstancia no obsta para que la población supere en orden, policía y gusto a

la mejor capital de nuestro reino. ¡Cuántas cosas que se encuentran en Bayona se carece en Madrid! ¿Por qué? Dios lo sabe.

A las seis de la mañana de mi cuarto día de viaje entré en el ferrocarril para Burdeos. A las once, cinco horas después, estaba en esta deliciosa capital. Total 54 leguas.

Había atravesado todo el país de las Landas, cubierto de lagos, pantanos y bosques, teniendo siempre el mar a la izquierda y muchas veces a pocos pasos de la vía de hierro.

Pero no olvidemos que hemos llegado a Burdeos y que debo escribir como he viajado, al vapor.

Burdeos no es para descrito ligeramente, sino en muchas páginas. Yo, sin embargo, lo haré a grandes rasgos, porque no lo vi sino en doce horas.

Reasumid todos los encantos de una ciudad marítima muy importante, de una ciudad agrícola de primer orden y de una ciudad fabril como la que más en una inmensa población tan bella y vistosa generalmente como la mejor parte de Madrid, y muy superior a Madrid en su parte principal; figuraos a Madrid, Barcelona y Sevilla combinadas, con los edificios de una, el puerto de otra, y las campiñas de ésta; añadid el gusto, *esprit*, el adelanto que rebosa todo lo que es francés, y aun no formaréis una idea de Burdeos.

A falta de descripción os haré una enumeración de sus más importantes bellezas.

El Gran Teatro, verdadero templo de las artes, construido por Luis XIV.

La casa de la ciudad, u *Hôtel de Ville*.

El gran puente de piedra sobre el Garona.

Sus plazas, especialmente la Real.

La Lonja...pero ¡Diablo! este modo de escribir es propio de un autor de diccionario de geografía. Id a Burdeos y admiraréis. ¿Qué os importa saber los nombres de las cosas?

Seguidme, sí, al cementerio y os comunicaré una grande impresión que he recibido.

Sabed, ante todas cosas, que no entré en el cementerio, porque era domingo y habían dado las tres de la tarde; pero en cambio, penetré en una iglesia o capilla que hay dentro ya de los muros fúnebres.

Estaba aquel templo solitario, pero adornado para una fiesta, para la fiesta de mayo, para esa tiernísima ofrenda que los cristianos ofrecen a María de las primicias de la primavera. ¡Sublime, sencilla y tierna advocación! ¡Las flores, homenaje digno de la que es símbolo de la pureza ideal!

En ninguna parte de la cristiandad se hace esta función con tanto entusiasmo como en Francia; añádese a esto la circunstancia de acabarse de definir en un concilio la Concepción Inmaculada de la Madre de los creyentes, y se podrá adivinar cuanto habrán hecho por una parte los curas y los fieles, y cuanto por otra el privilegiado gusto francés.

Ya llegaremos a Tours donde hallé dispuesta la catedral para la celebración de la definición dogmática; ahora sólo os hablaré del mes de las flores y de la capilla del cementerio de Burdeos.

Los altares de esta capilla son casi todos de nogal y otras maderas oscuras, primorosamente talladas, lo que da cierto tinte local de tristeza al templo de los muertos. Pues bien; figuraos estos altares adornados de ramilletes, de coronas, de cestitos, de lazos, de mil otros objetos formados con rosas, azucenas, jacintos, jazmín y cuantas flores pudieran reflejar en su blancura la castidad y la pureza; figuraos la estatua de mármol que representa a María en el centro de esta aureola de blancas flores, y allá en un rincón del templo.

Pero esto no os importa.

Vamos a la catedral, a la magnífica catedral, gótica, como todas las que había visto y que me daban por ver hasta llegar a París. Veréis unas magníficas vidrieras de colores, unas arcadas elegantes y atrevidas que parecen esbeltas palmas, unas buenas estatuas de arzobispos, algunos buenos cuadros y...¡oh desencanto! muchos tubos para alumbrar la iglesia con gas. ¡Profanación! ¡Escándalo! ¡Blasfemia!

Extrañaréis, a todo esto, que nada os haya dicho sobre el hijo de esta capital que más lustre y renombre le ha dado por el mundo, sobre el vino de Burdeos en una palabra.

¡Ah!

Pero dejemos a Burdeos; son las once de la noche y el tren sale para París. Os advierto que estas doce horas que he permanecido en Burdeos han retrasado mi viaje porque yo he querido; pues si no, hubiera entrado en el tren de las dos de la tarde. Pero ¿quién no se detiene a ver a Burdeos, aun a riesgo de dejar de pagar casi un doble precio que exigen por el tren expreso de las dos? ¡Oh franceses! ¡franceses! Especulais con el alma, con el dolor del prójimo y con la impaciencia del viajero, mas por esta vez mala la hicisteis.

Ya lo sabéis, españoles; esperad al tren de las once que es mucho más barato; y en el intermedio ved a Burdeos y asistid a la ópera aunque os salga más caro que así es.

Me hablabáis hace poco del vino de Burdeos; pues bien, entráis en el wagón de vuestro tren, y os quedáis dormido; a la mañana siguiente, cuando despertáis, habéis andado, o peor dicho, habéis sido andado—yo creo que todos los verbos pueden ser pasivos—la friolera de cincuenta y tantas leguas, y os encontráis en las orillas del Loira.

¡Oh dolor! Habéis dejado atrás a Angulema, a la deliciosa Angulema, cuna de Balzac, imán de sus melancolías, teatro de tantas novelas suyas. ¡Oh gran Honorato! Júrote visitar tu sepulcro en el cementerio del Padre Lachaise, ya que no he visitado el pueblo de tu nacimiento, como tenía pensado, pues el tren para allí veinte minutos. Me contentaré por ahora con la pintoresca Turena, que él tanto amaba, con Tours que tanto le inspiró, con el Loira, donde está

engastada como una piedra preciosa aquella isla que tuvo que vender en un día de apuro.

Alguien ha dicho que el Loira es el Betis de Francia, y si no lo ha dicho nadie, lo digo yo. Las campiñas que riega se parecen a las de Andalucía; son más ligeras de colorido, como el recuerdo es más pálido que la dicha, como el retrato es más lánguido que la fisonomía; pero por lo demás, la vegetación, el cielo, el ambiente rebosan armonía, luz, amor.

Y a propósito de amor, si yo no lo estuviera de antemano, me hubiera enamorado locamente de dos francesas que me encontré a mi lado al despertar. Según llegué a comprender, eran una recién casada de Tours que había tenido a una paisana suya en su castillo o casa de campo, y la acompañaba ahora para devolvérsela a su familia. ¡Tiernísima comedia adivinada! ¡Paul de Kock en acción! ¡Bellísimas, elegantes, adorables francesas!

Llegué a Tours, donde las perdí para siempre. Este es un dolor indefinible, pero clasificado por René.[2]

Tours es uno de los nudos de la vasta maraña de ferrocarriles y telégrafos que envuelve el cielo de Francia.

Diez y ocho hilos eléctricos, y cuatro más para el servicio de la línea férrea, conté en una ocasión; ocho o diez ramales de ferrocarril confluían en la estación donde desembarqué; más de trescientos wagones esperaban la hora de salir; y sobre media legua de terreno ocupaban las galerías, fábricas, máquinas y oficinas de todo aquel infierno de vehículos.

En Tours sólo vi la catedral; mas ni aun así quedé disgustado de haber perdido la hora de comer.

¡La catedral de Tours! ¿Quién no ha oído hablar de ella? Su fachada, sus torres, sus cúpulas, sus capillas, y sobre todo sus vidrieras de colores, las mejores que he visto y espero ver, sus inmensos rosetones de encaje de piedra, sus columnas majestuosas, todo es sorprendente y maravilloso aun después de haber visitado las catedrales de Burgos, Sevilla y otras 30 más.

Cuando yo llegué a Tours, encontré en todos los balcones banderas azules y blancas, coronas blancas y azules, ramilletes de los mismos colores, colgaduras, faroles de papel, altares, y todo blanco y azul. ¿Qué es esto?—me preguntaba yo. Entré en la catedral y me encontré con que estaban celebrando la declaración dogmática del misterio de la Inmaculada Concepción.

Pero con éstas y las otras esta carta se prolonga demasiado. Aprovecharé la ocasión de que el tren anda ahora una legua en siete minutos y me alejaré de Tours, donde hay tanto que admirar.

Desde que salí de la capital de la Turena, de ese país llamado el *jardín de*

---

[2] René, protagonista de la novela de Alphonse de Chateaubriand del mismo nombre.

Francia, empecé a notar que en todas las estaciones era esperado el tren por una multitud de aldeanos y aldeanas que se disputaban los asientos con un calor inexplicable. Según nos acercábamos a Orleans, era mayor la concurrencia de viajeros, a tal punto que muy pronto no cabía una manzana dentro de los wagones. Entonces vi todo el camino y el que no era camino cuajado de gente que se dirigía a Orleans, viniendo de distintos puntos.

¿Qué era aquello? Aquello era que al día siguiente se inauguraba la gran estatua de Juana de Arco de Foyatier, cuyo acto había adquirido el carácter de una solemnidad nacional.

Yo hice una reflexión y seguí mi camino.

Dice Voltaire al frente de un poemita titulado, *La doncella de Orleans*: "Yo no he nacido para contar vidas de santos, porque mi voz es ruda y algo profana."

Lo mismo digo yo; pero esto no quita para que el gran Pelletan ha llenado de majaderías algunas páginas de su gran libro,[3] ni menos obsta para que la restauración francesa se esté operando en todos sentidos y a pasos de gigante.

Pero de esto os hablaré en mi segunda carta. Saludo a lo lejos la prisión de Abd-el-Kader,[4] vuelvo a mi coche y salgo para París, donde debo llegar dentro de cuatro horas, y cuya proximidad se hace sentir aun a treinta leguas de distancia.

En efecto, aquella tarde, media hora después de ponerse el sol, distinguí entre la bruma del Sena por cuya orilla caminaba, una especie de aurora boreal o nube de fuego que se perdía en los límites del horizonte.

Era París iluminado.

No pasaré adelante, porque quiero encerrar en una sola carta mis primeras impresiones de París. Adiós y hasta luego.

Vuestro

CARTA SEGUNDA

París, 15 de mayo de 1855

Me dejasteis, amigos míos, o por mejor decir, os dejé yo al final de mi anterior epístola, en el momento de aparecer a mis ojos la gran ciudad, la metrópoli del mundo moderno, el emporio de la civilización.

Cuando nos hallamos prevenidos de la grandeza de un objeto, equivale a un desencanto su primera vista, ya porque la imaginación crea maravillas

---

[3] *La Profession de foi du XIX^e Siècle* (1852), de Eugène Pelletan (1813–84), escritor y político francés, que se opuso al Segundo Imperio.

[4] El emir Abd-el-Kader (1807–83) fue el jefe de la resistencia argelina contra los franceses entre 1832 y 1847. Después de su rendimiento fue encarcelado en el castillo de Amboise de 1848 a 1852.

irrealizables, ya porque la admiración anticipada no deja lugar ni fuerzas para la sorpresa del momento dado.

Así me sucedió con muchas cosas y con Madrid; pero no así con el mar y con París.

Cuando vi el mar por primera vez, quedé extático; porque nunca había podido concebirlo más extenso que mis miradas; cuando he visto a París, he sentido vértigo en el alma; París es inmenso.

Sé que hay capitales más grandes que ésta; pero también sé que en parte alguna hay la vida, el movimiento, la continua trasformación, el incesante progreso, el foco de actividad que agita, conmueve, funde, regenera continuamente a París, desbordándolo sin cesar por la superficie del globo en oleadas de pensamiento, de novedad, de adelanto, de reproducción.

Así, París ha venido a ser el ideal de la vida culta. Cuanto el ingenio ha inventado y perfeccionado, lo necesario, lo útil, lo superfluo, la pasión, el interés, la afición, el gusto, el vicio; lo lírico, lo bucólico, lo cómico; los goces del sibarita, los del melómano, los del gastrónomo, los del literato, los del jornalero, los del hombre *comme il faut*; todo previsto, todo aplicado, todo a la vista, en medio de la calle, saliéndoos al paso, en ocasión, brindándose, digámoslo así; todo, en fin, al alcance de la mano en esta completa exposición del trabajo y de la ociosidad.

Así también París puede ser llamado el termómetro social de la humanidad. Campanuda es la frase. Voy a desenvolverla.

Creo yo que los hombres son a la manera de los chicos de la escuela, cuando armados de un carbón, se esfuerzan por rayar en la pared unos más alto que otros, o como las aguas de un estanque que suben y suben a medida que fluye el surtidero. La humanidad anda siempre en el camino de la civilización, como un río lento, mejorando, es decir, creyendo que mejora, pero ello es que siempre metamorfoseando su modo de vivir; esta creciente de ideas, este ascenso del mercurio en el tubo de cristal; estas rayas pujadas, estas olas que caminan, tienen un linde, una intersección, un punto de avanzada que dice "¡por aquí voy!", y más allá está lo por hacer. Pues bien; ese punto es París. París es la suprema altura de la marea humana, el resultado de mil pasados siglos combinados; más claro: ¿Qué ha hecho el hombre desde que habita la tierra? Decid: ¡Eso! y señalad a París. París, pues, y concluyo, puede decir que está siempre coronado con la última piedra asentada en el edificio misterioso de lo porvenir. ¡Envidiable corona!

Sin embargo, en dos o tres salones se me ha negado la existencia de *La Traviata* de Verdi. ¡Y eso que el asunto es del Benjamín literario de Francia, de Mr. Dumas *fils*!

Después de este *ritornello*, que habéis de dispensarme, entremos en París.

Mucho tengo que contaros; adoptaré un método episódico, y no seguiré otro orden que el que ha presidido a mis excursiones; es decir, ninguno.

Así pues, empezaré por deciros que hoy 15 de mayo se ha abierto oficialmente la exposición, sin que el sol de Austerlitz (son palabras de *La Presse*) se haya dignado asistir a la ceremonia.

Como esto es lo palpitante, no tomaréis a mal que deje para después la historia de mis primeros ocho días parisienses.

El palacio de la Industria se compone de dos edificios diversos: de un verdadero palacio, sólido, durable, destinado a usos ulteriores y de una inmensa galería unida a él, especie de adición o suplemento provisional que no debe sobrevivir a la temporada.

El primer edificio, levantado bajo la dirección del arquitecto Viel y del ingeniero Barrault, es un grandioso monumento de 324 metros de longitud por 108 de anchura. Comprende cinco galerías, dos longitudinales, dos trasversales y una gran galería central. Sobre las cuatro primeras hay otras cuatro, adornadas de una soberbia balaustrada desde la cual se domina perfecta y vistosamente la galería central de que he hablado. Las fachadas son magníficas, sencillas y elegantes como todas las obras modernas de Francia, especialmente la entrada principal, puerta triunfal o monumental que todo puede llamarse; corónala un sorprendente grupo de estatuas, debido al célebre Elias Robert; representa a la Francia coronando al arte y a la industria. Esta estatua de Francia es magnífica. Rodean al edificio muchas medallas esculpidas en la piedra, en las cuales campean la N de Napoleón y la E de Emperador o de Eugenia; que no sé a qué atenerme, ni qué preferirá, ni qué preferiría. Vense además grabados en la piedra los nombres de los que más han fomentado la industria desde los tiempos más remotos hasta nuestros días. Paso por alto los buenos frisos de Desboeufs y de Villain, con otras mil cosas dignas de mención, y dejo para otro día la relación sucinta de cuanto encierra el palacio. Ya os he dicho que la apertura ha sido oficial, no al público; figurémonos que somos uno de tantos parisienses como no han visto sino el exterior. Ya entraremos a nuestra vez.

Y también entraremos en la galería de cristales, en el grandioso apéndice del palacio, en esa interminable bóveda, tan admirable por sus gigantescas proporciones como por la prontitud con que se ha construido.

Aunque en esto de prontitud todo es pasmoso en Francia. Voy a consignar un solo hecho para que lo comparéis con la historia de nuestra Puerta del Sol.

Hace tres días que fui a dar una vuelta por los Campos Elíseos y vi que la mitad de las obras exteriores del palacio estaban por hacer; que las avenidas se hallaban intransitables; que los jardines que habían de decorar el peristilo no existían sino en la imaginación de Viel; en fin, que aun quedaba un mes de trabajo a la francesa, que equivale a un siglo de ociosidad española.

He vuelto hoy. ¡Qué trasformación! Los caminos concluidos, duros, a prueba de mil carruajes; cien banderas ondeando por todas partes; el revoque terminado, y ¡oh maravilla! los jardines rivalizando con los de las Tullerías.

No parece sino que las flores leen *El Monitor*; vieráis que rigurosamente

han acudido a la hora convenida; cómo se han metido de patitas en la tierra, cómo han arraigado y cómo han desplegado su corola ni más ni menos que lo que marca la ordenanza; esto es, ni más ni menos que las flores que vemos pintadas en un cuadro, o expuestas en el aparador de una florista de la calle de la Montera.

Acabo de consignar que hoy me hallaba a la una en los Campos Elíseos, lo que equivale a deciros que he visto a S. M. I. Napoleón III y a nuestra bella compatriota S. M. I. la Emperatriz Eugenia, vestidos de toda gala; precedidos de una vistosa comitiva, seguidos de una brillante guardia, rodeados de un gran pueblo, y acompañados en todo el camino de dos espesos cordones de soldados inmóviles.

En cambio, ayer a eso de las cinco de la madrugada, mientras todo París se rebullía entre las sábanas, preparándose a echar el segundo sueño, excepto los que tuviesen dolor de muelas, me soplaba yo las puntas de los dedos, pues hacía un frío de todos los diablos, en cierta plaza de París, donde con todo sigilo despachaba la justicia un pasaporte para el otro mundo a un tal Pianori, republicano de Italia, que diz había disparado algunos tiros al Emperador Napoleón en aquella misma parte de los Campos Elíseos en que yo acababa de verle por primera vez.

El aspirante a imperatoricida no había declarado ni una palabra que comprometiese a nadie. Así, pues, si tenía cómplices, ha sido hombre de carácter, y si no los tenía, lo era antes de ahora; de cualquier modo el asesino estuvo muy sereno; gritó dos o tres veces: ¡*Viva la república*!...y ¡*amén*! Dios sabe lo demás.

Dejemos esto y hablemos de cosas más gratas.

Hablemos un poco del Teatro Imperial de la Grande Opéra.

Que la Grande Opéra se principia al ponerse el sol, lo observa todo el mundo; pero que las más enconadas familias asisten al primer acto, es observación debida a mi encono contra nuestros elegantes madrileños que hacen gala de no oír ni el principio ni el fin de ninguna obra.

Que la Grande Opéra está llena todas las noches hasta el gallardete, (no siempre se ha de decir hasta los topes) a pesar de representarse una misma función trescientas o cuatrocientas noches y a veces ciento de ellas consecutivas, lo admiran todos los extranjeros que llegan a París, pero que los *dandys* no vuelven la espalda a la escena, ni las *leonas* charlan durante la representación, es cosa que no hace a todos la impresión que a mí; cansado como estoy de ver en esa villa y corte a los plagiarios de las costumbres francesas hacer gala de desdeñar el espectáculo, de no impresionarse y de otras tonterías de este jaez, ¡ellos, que al modo de poetas descorazonados, lloran a los pies de una modista, a pesar de estar ya seco el venero de su llanto!!!

Que el teatro es lujoso, no tanto como el Real de Madrid, que la orquesta es magnífica, que los coros y el acompañamiento exceden de seiscientas

personas, que no se tolera función que baje de cinco actos y que los intermedios son cortísimos, es cuestión de hechos y nada más; pero que los asientos más caros son los que están más lejos de la escena, (lo que es muy lógico en un teatro musical) debe extrañarme por cierto siendo así que vengo de un país donde se hace gala de llamarle vecino al director de orquesta.

Total que saco en limpio: en París se va al teatro por oír la ópera, y en Madrid se oye la ópera por ir al teatro.

Otra cosa aun más notable he observado en este gran coliseo, y es que cada espectador tiene en la mano un ejemplar del libreto, con sus correspondientes grabados; si por casualidad aparta sus ojos de la escena, es para fijarlos en el libro, y así se empapan en la filosofía de la música al par que aprecian toda la belleza de las situaciones. En los entreactos desaparecen los libretos y salen a relucir los periódicos, las novelas, toda clase de obras, y el teatro queda convertido en un gabinete de lectura. Porque el francés no desperdicia ni un momento de su vida. Lee en el *wagon* del ferrocarril, para lo cual hay bibliotecas especiales; lee en el café, en el *restaurant*, en el paseo, en los intermedios del Circo Napoleón, en el camino de una visita si la hace en coche, en la portería o en la antesala en que se le obliga a esperar, en los corredores de la Bolsa, en todas partes, en fin, y a todas horas, sin perder, por esto, un instante en la lectura. Sólo así se comprende cómo todos los franceses han leído y saben tanto; cómo están al corriente de todo; cómo conocen a Plutarco y Arsenio Houssaye, a Homero y al último autor de *vaudevilles*, en medio de la agitación de París, de los mil negocios de esta vida incesante, remitente, sin solución de continuidad en que el tiempo se mide en dedales de ónice.

Pero digreso.

Dos veces he estado en la Grande Opéra; estas dos noches serán dos acontecimientos en mi vida.

He oído *La Judía* de Halévy y *El Profeta* de Meyerbeer. ¡Ahí es nada!

La Judía cantada por la Cruvelli; *El Profeta* desempeñada por Gueymard; esto lo dice todo para quien conozca a Gueymard y a la Cruvelli, *El Profeta* y *La Judía*.

Pues sí señor; la música francesa existe; esta gran nación ha salido airosa en ese gran alarde de patriotismo. Un pueblo tan orgulloso de sí propio no podía permitir que la música fuera una extranjera en la patria del pensamiento. La música ha tomado carta de nacionalidad en las orillas del Sena. El francés se hace sus óperas, como se hace sus figurines y su bisutería. Ya no se dirá tan sólo entre los *dilettantes* música italiana, música alemana, sino también música francesa. Y no esa música puramente nacional hija de los *aires* patrios que constituye la balada escocesa y la zarzuela española, sino esa música cosmopolita escapada del sentimiento universal, modificada por un modo especial de discurrir, de expresar, de difundir la inspiración. Si hasta aquí pude dar ascenso a la creencia de que la música francesa, no la cómica, sino la melodramática era

un maridaje de los gustos alemán e italiano, hoy proclamo en alta voz la emancipación, la independencia del arte músico francés. He aquí resumido el gran efecto que ha hecho en mí *La Judía* de Halévy, esa gran creación de Scribe.

Recomiéndoos para su día la cena de la Pascua; con que principia el segundo acto y el brillante *terceto* con que concluye; el tremendo ¡*anatema*! del final del tercer acto, el aria de barítono del cuarto, y el quinto entero, desde la primera hasta la última nota, especialmente aquellas sublimes palabras del israelita:

C'est le ciel qui t'inspire!
Je te rends au trépas!
Viens! courons au martyre!
Dieu nous ouvre ses bras!

donde Gueymard levanta al público a la altura de su inconcebible inspiración.

Y es que Gueymard posee una voz angelical, vibrante, metálica, que es al barítono, lo que el *alto* al *tenor*, una voz que suena en el alma de los espectadores y dispone de sus facultades todas.

En cuanto a la Cruvelli, su fama, su justo renombre, su plan por lo que yo no digo a fin de no ser pálido en mis elogios. La Cruvelli es la Cruvelli; he aquí su panegírico.

Pasemos al *Profeta*.

Con deciros que *El Profeta* es de Meyerbeer, os lo he dicho también todo, admiradores como sois hace dos años de su *Roberto il Diavolo*. No amo las comparaciones, y quisiera no haber citado esta ópera al ocuparme de la segunda suya que he conocido. Así y todo os diré que en la frente de Meyerbeer no son incompatibles los laureles del *Profeta* y los del *Roberto*, esto es, que son lauros muy distintos, triunfos muy diferentes y no menos grande uno que otro.

Si *Roberto* es una obra inmensa de pensamiento, metafísica y severa como todo lo alemán, graciosa como las elucubraciones de una idea ardiente, filosófica y trascendental como la ardua lucha, como el claro-oscuro, como la duda religiosa que envuelve al protagonista, *El Profeta* es un poema de lágrimas, donde el amor de esposa y el amor de madre hallan los tiernos ecos de la naturaleza en el arpa del dolor, donde la fe tiene un canto supremo, siempre dominante, donde el sentimiento reemplaza al pensamiento de *Roberto el Diablo*. Si una habla a la cabeza, otra llama al corazón. Si allí Alice ángel, aquí la madre Fidès. Es una parte inspiración, revelación, iluminación celeste; en otra intuición amorosa, ternura maternal, heroísmo santo.

Tened presente que ambos libros son de un mismo autor, ¡siempre Scribe!, y comprenderéis la grandeza de esta antítesis premeditada.

Un solo motivo de la ópera *El Profeta* os revelará toda la obra. Buscadlo. Es el canto de los anabaptistas, sobre el cual gira todo el *spartito*. Veréis allí la

fe ciega, fanática, triunfadora de la lucha y del martirio, que es base y fundamento de toda la composición. ¿Recordáis aquella armonía suprema en que se resuelve el último terceto de Alice, Bertano y Roberto; aquella expansión definitiva que sucede a las oscilaciones de toda la ópera? Pues allí está el germen del canto de los anabaptistas. *El Profeta* principia por donde acaba el *Roberto*. He dicho.

Y quizás he dicho demasiado. Soy un pobre melómano, acreedor a vuestra tolerancia cuando divago de este modo. En mi siguiente carta seré más ameno; y a fin de no divagar en trivialidades, voy a comprometerme desde luego, trazándome el plan o índice de lo que ha de contener.

—Una visita a la exposición. —Napoleón en los Inválidos, en la columna de Vendome, en la Magdalena y en el Arco de la Estrella. —París fotografiado: vistas del día y de noche.

Entretanto, politiquead cuanto podáis, bien persuadidos de que el día menos pensado voy a sorprenderos con un artículo político titulado *España a vista de extranjero*, en que hablaré de esos empréstitos forzosos, de esas medidas arbitrarias y demás maravillas que está dando de sí mi buena tía la revolución de julio.

Pero esto es broma. Reniego de la política demasiado, y estoy harto lejos del modo de ver de *El Occidente* para ser en él otra cosa que un folletinista irresponsable y un corresponsal sin respuestas, pero que os quiere, etc.

CARTA TERCERA

París, 28 de mayo de 1855

Buenos días, mis amigos. Hace dos semanas que no os he escrito ni una letra. ¡Dos semanas! ¿En qué las he pasado? Ciertamente que no lo sé. ¡Oh! ¡la vida en París es un radiante sueño!

Y sin embargo, hoy estoy melancólico. Hace un hermoso día. El sol inunda la tierra con un océano de luz y calórico, después de muchos días en que no se ha dejado ver. ¡El aire es más puro, el cielo está azul y despejado; los pájaros vuelan, cantan y se enamoran; las campanas, los ruidos de los talleres, las canciones de mis vecinas, los gritos de los vendedores, todo suena de otro modo más vibrante, más melódico, más prolongado; doquiera hay elasticidad, germinación, plenitud de acción y de vida! ¡Qué día tan hermoso! Vengo del Palais Royal, del jardín de las Tullerías, de la orilla del Sena; de ver todos esos animados panoramas, llenos de alegría, de animación, de atractivos sin cuento. Tanta paz, tanta dicha, tanto encanto me han entristecido. Mi soledad ha pesado sobre mi alma; la belleza de cuanto me rodeaba me ha recordado la ausencia de seres queridos. ¿Por qué no están aquí, a mi lado, me he dicho con amargura, participando de mi admiración, compartiendo mis melancolías de extranjero?

Luego he pensado en España, en Madrid, en el Retiro, tan delicioso en estas mañanas de primavera, en mi Granada, en los amenos campos que me vieron nacer...y ¡qué diablo! me he gritado en seguida, ¡almorcemos! Escribamos a nuestros amigos del *Occidente*, y váyanse estas tristezas adonde se han ido otras tantas que nos han aburrido; al fondo del corazón, almacén de las penas que ya no cotiza la memoria.

Con que ¿por dónde íbamos? ¡Ah! si; os había ofrecido en mi última carta hablaros ante todo de mi visita a la exposición.

Y bien, todavía no la he hecho. ¿Por qué? Porque la exposición no está abierta, ni con mucho. He asomado la cabeza; no os lo negaré; es más; he preguntado por los productos españoles.

—Aún no están colocados, me han respondido.

—¿Nada, nada?

—Absolutamente nada, vea V. vacío su departamento.

—¡Hombre! ¡Qué modestito y qué pequeño es!

—Todo lo pidieron de allá.

—¿De allá? ¡Ah! ¡Ya! ¡Pero! ¡Cuánta caja, cuánto envoltorio, cuánto fardo! Aquí trae trabajo para dos meses. ¡Vámonos! ¡Vámonos! Esto no debe verse todavía.

—Examine V. la parte de Francia, o la de Austria.

—¡Qué! no; yo quiero verlo todo reunido y comparar en seguida; gusto de la síntesis; el análisis se queda para los peritos. Volveré.

Dije, y tomé las de Villadiego.

Y como yo, están haciendo casi todos los que la visitan.

¡Pobres expositores! La otra noche volvía yo, a pie, del Bosque de Bologne. Al atravesar los Campos Elíseos, diome gana de acercarme al palacio para ver lo que habían progresado las nuevas obras en los dos o tres días que no había parecido por allí.

Un grupo de gente me llamó la atención hacia una calle de árboles próxima a la gran entrada.

Llegué y vi que lo que excitaba la curiosidad era una enorme estatua de cartón, perfectamente modelada, la cual yacía por tierra esperando su hora de entrar. Como la materia era algo dúctil, un perro se había llevado en la boca un pedazo de manto.

En otro lado, vi una caja entreabierta; toqué con el paraguas y reconocí unos arneses lujosísimos calados por la lluvia.

Pero, ¿qué contendrá ese inmenso armatoste de madera sobre el cual juegan unos muchachos? Aquí se ve un tablón desclavado; observemos. ¡Ah! ¡son lámparas de cristal! ¡calla! y botellas. ¡Esto es una temeridad! ¡Exponer así las cosas en medio de la calle, a las once de la noche, cuando el expositor no dormirá pensando en sus lámparas!

Creo que basta lo dicho para que comprendáis el desbarajuste que reina

todavía en cuanto pertenece a la exposición; dejémosla por hoy, como vosotros mismos la hubiérais dejado, y vamos a otras partes, donde vosotros hubierais ido de seguro al día siguiente de llegar a París.

—¿Dónde?

—A buscar recuerdos de Napoleón.

—¿De qué Napoleón?

—Dicho se está: del Napoleón por autonomasia.

He aquí la columna de Vendome.

¡He aquí un monumento digno de *le petit caporal*! ¡He aquí el bélico padrón de su paso por la tierra! ¡He aquí el gigante trofeo de las victorias de tres meses de heroísmo! ¡Cómo halaga mi corazón la vista de esas mil coronas de siemprevivas que adornan las verjas del basamento! —*Souvenir-Regret.* —¡He aquí el lema de esas ofrendas, todos los años renovadas! —¡*Recuerdo*! — ¡*Pesar*!

¡Y allá, en lo alto, en el azul del cielo, su inmortal figura! ¡Allí su estatua de melancólico y clásico contorno!

Todo ese bronce que ciñe veinte y dos veces la columna fue tomado al enemigo; sus cañones han venido a ser el testimonio de su derrota. ¡Ahí está escrito por el buril de la historia todo un poema de portentosos hechos! ¡Malhaya la guerra y la ceguedad humana; pero gloria al genio, salud al vencedor!

Ahora subamos.

París está a mis pies. ¡Qué inmenso panorama! ¡Qué dilatada población! ¡Qué infierno de voces, de ruidos, de rumores! ¡Qué variedad de formas, de colores, de objetos, de líneas, de espectáculos! ¡Aquí bosque, allí ciudad, en medio río, al lado plaza, después jardín, en él templo, y todo confundido, todo apiñado! Aquellas son las Tullerías recientemente ligadas al Louvre; detrás ¡qué jardín tan vasto, tan hermoso! Más allá el río...y luego París otra vez, París más inmenso, un nuevo París. Y entre uno y otro gigante pueblo, en medio del Sena, otro pueblo colosal, una ciudad marítima, barcos, muelles, baños, fábricas, molinos, dos grandes islas, y en ellas Notre Dame, el hospital, el Palacio de Justicia, y antes y después más de veinte puentes magníficos, y vapores que pasan bajo esos puentes, y mil carruajes que cruzan sobre ellos. A mi alrededor los ministerios, en frente los *boulevards*, allí la cúpula de los Inválidos, donde está enterrado el hombre que representa esta estatua, aquí la Magdalena, el templo de moda, el templo imperial, otro recuerdo de Napoleón, y enfrente de él la Plaza de la Concordia, con sus bellísimas obras de escultura, con su grandioso obelisco, con ese hijo de las pirámides trasladado a París a trueque de la civilización que allá enviaba Luis Felipe.

¡Oh! ¡cómo abarco, cómo comprendo ahora a París! ¡Cómo se aclara ese dédalo en que he estado perdido estos días! ¡Cómo me asusto al contemplar las distancias que he recorrido!

Desde aquí diviso el Arco de la Estrella, donde estuve ayer tarde; allá veo la columna de Julio a la cual pienso subir mañana. ¡Bien hay dos leguas entre uno y otro monumento!

No bajaré de aquí sin echar a los hombres una mirada de desprecio. ¡Qué pequeños son esos grandes que bullen *como hormigas al pie de este elefante*![5] ¡Qué insignificantes deben ser todos los negocios que los traen de aquí para allí, como inquietos insectos en agua estancada! ¡Qué poca diferencia encuentro desde esta altura entre el que va a pie y el que va en coche, entre el cochero y el caballo, entre el amo y el señor!, y eso que tengo buena vista. Aquél es un soldado. Allá va un clérigo. ¿Y aquél qué será? ¡Oh! ¡Es un *gendarme*! Gracias a los colores de las plumas, distingo a unos pájaros de otros. Si todos estuvieran en cueros, todos me parecerían iguales, ¡hasta el mismo Napoleón III que saliera de las Tullerías! ¡Luego los sastres son los autores de todas las preeminencias sociales! Luego la civilización, luego el orden, luego la república humana no consisten sino en los trajes. Luego la vida es una comedia de aficionados, en la cual yo trabajo como cómico de la legua; puesto que no lo hago por afición. Luego todas las formas de gobierno, todos los convenios sociales se reducen a un *Diario de modas* ¡Gloria al Dios Figurín!

Ya veis que no tengo la cabeza firme y que me mareo en las grandes alturas. Bajemos y visitemos la tumba de Napoleón, puesto que es jueves.

Mas toquemos de paso, solamente de paso en el Arco de la Estrella, aunque demos una vuelta corta, y admiremos esta obra, por más que su mérito se halle en tela de juicio. Dígase lo que se quiera, la idea es grandiosa, atrevida y propia del objeto. Esos relieves son magníficos; estas figuras palpitan y saltan del monumento; el conjunto es sorprendente y sobre todo opulento, majestuoso, digno de Napoleón.

Este nombre vuelve a excitar nuestro deseo de visitar su tumba. Corramos; es decir, tomemos un cabriolé para los dos, si sois lector, o un *voiture* cerrado[6] si sois lectora, y no perdamos tiempo, ni manchemos papel en balde.

Estamos en los Inválidos.

¿Quiénes son estos señores, lujosamente vestidos, de tan venerable aspecto que toman el sol o la sombra por estas alamedas?

Son soldados rasos del ejército francés.

Son lo que en España se llaman *licenciados*; son compañeros de los mendigos que enseñan sus heridas en las calles de Madrid para excitar la caridad pública.

Algunos de éstos, los más ancianos, son veteranos del imperio, del otro imperio. Ellos han militado bajo las banderas del héroe, a cuyo sepulcro dan compañía y tributan culto religioso.

---

[5] Victor Hugo (nota de Alarcón).

[6] Alarcón se equivocó de género aquí. Debería leerse: una *voiture* cerrada.

¡Oh! aquí todo es tierno y respetable! el corazón se inunda de santa melancolía, y Napoleón deja de ser el hombre para tornarse en el mito, en el Dios.

Venid aquí los que le desconocéis, los que negáis su alteza, los que, como yo mismo, dijisteis "él era un verdugo de la libertad, un tirano de los pueblos, un ambicioso y nada más." ¡Venid!

Veréis ese tabernáculo radiante, inflamado, perdido en nubes de fuego. ¡Sublime apoteosis!

¡Ahí debajo están sus cenizas!

¿Buscáis su epitafio?

¡Vedle! Todo el que lo mira, inclina la cabeza con abatimiento; todos suspiran; las mujeres lloran.

Ved también esta multitud que incesantemente invade el templo; ¡qué religioso silencio! ¡Qué mudo dolor! ¡Que amor tan idólatra! ¡Qué fidelidad tan inextinguible!

DESEO QUE MIS CENIZAS REPOSEN A LAS ORILLAS DEL SENA, EN MEDIO DE ESE PUEBLO FRANCES, QUE TANTO HE AMADO.

Estas postreras palabras del augusto proscrito están grabadas sobre la puerta de bronce de su tumba. ¡Tierno y sencillo epitafio! El, sin embargo, encierra una queja dolorosa a los que le abandonaron; pero escrito en aquel sitio, es también una reparación de parte de los franceses.

Con todo, el sepulcro de Napoleón, el verdadero cenotafio digno de él, es Santa Elena. Allí debieron quedar sus cenizas; allí las cree aún la imaginación del poeta.

Nacido en un peñasco en medio del Mediterráneo, Bonaparte debía reposar en otro peñasco en medio del Océano. Una isla, toda una creación de Dios, podría apenas bastar a soportar el peso de su cuerpo inerte. La soledad y la distancia, miles de leguas entre él y el mundo colocaban en graduada perspectiva tan gigantesca figura. El mar, rugiendo en torno de aquella roca volcánica, era el único digno conserje de la mansión fúnebre del último titán.

¡Y en buen hora viva su corazón en esta inmensa y portentosa urna que le preparan en el centro del sagrado lugar; lloren, sí, alrededor de esta catacumba esas estatuas severas que simbolizan las virtudes del guerrero! El corazón de Napoleón encerrado en una especie de capilla subterranéa, en medio de París hará palpitar a toda la Francia con la vida imperecedera del entusiasmo, con la eterna aspiración a su gloria. He dicho.

CARTA CUARTA

¡Oh! ¡Qué calor!

Ayer tiritábamos de frío.

He aquí un verano súbito, asfixiante, tropical.

¿Qué se han hecho tantos abrigos de terciopelo, tantos manguitos, tantas elegantes capotas, tantos gabanes, paraguas, impermeables gomas, tupidos mantones, algodonados sobre vestes?

Todo ha desaparecido en veinte y cuatro horas; y como en un baile fantástico se trasfiguran los cadáveres en silfides, no bien silba el pito del apuntador así inunda hoy a París una ligera tropa vestida de gasas, de tules, de flotantes cintas, de vaporosos vestidos, de frescos colores, de negligentes levitines, de zapatos escotados, de gargantas desnudas, de pintados quitasoles, de todas esas cosas, en fin, cuyo nombre saben las mujeres, los sastres y los hombres *comme il faut*.

De pronto me llamó la atención un grande edificio por cuya puerta, entornada y sombría, entraba con cierto recato un no interrumpido cordón de gente.

Púseme a observar, y vi que todos los que entraban tenían aire extranjero y llevaban en la mano un libro, cuyas dimensiones variaban.

También advertí que entraban más mujeres que hombres.

Los trajes no eran de baile.

La hora no era de tertulia.

El edificio no parecía un templo.

—Entremos, pues, me dije y así saldré de dudas.

Y sin encomendarme a Dios ni al diablo, en lo que hice mal como después veréis, empujé la puerta misteriosa.

Una cancela de madera fue lo primero que encontré.

Ya he dicho que había poca luz, o mejor dicho, la de la calle solamente.

Toqué por un lado, palpé por otro, y no tropecé con mampara alguna.

Pues esa gente entraba por alguna parte, dije para mí, esperemos.

No tardó en entrar un hombre con un niño de la mano.

Cedile el paso; el me miró atentamente y siguió su camino.

Su camino era deslizarse a lo largo de la pared, por un estrecho pasadizo, dando vuelta a la cancela.

Yo le seguí.

Después de algunas evoluciones, penetramos en un salón.

Allí estaba toda la gente que había yo visto entrar.

Erase una especie de anfiteatro formado por diez o doce hileras de bancos de madera ricamente esculpida, pero con notable severidad. En el centro de la herradura formada por el semicírculo de los bancos, había una alta cátedra también de madera lisa, oscura y bien tallada. Tres lámparas de bronce, de forma moderna y surtidas de aceite pendían del alto techo. Ni más adorno, ni más dorado, ni más objeto, ni otro símbolo.

Y sin embargo, aquello debía ser un templo.

En la cátedra había un hombre como de treinta años con toga negra, corbata blanca, sendas patillas y rizados cabellos.

Dicho hombre dirigía al cielo una oración en inglés.

Yo me quedé en ayunas.

Los circunstantes estaban de pie, y leían sin cesar.

Al cabo de una media hora, calló el hombre de las patillas; los demás cerraron sus libros, y todo el mundo inclinó la cabeza.

Yo la incliné porque no sabía de que se trataba; pero una mirada feroz de un chico de cinco o seis años me recordó aquello de: *Cuando fueres a Roma*, etc.

Y seguí el ejemplo general.
Esto es un pecado.
Lo sé, y estoy arrepentido.

El hecho es que, en el concepto de aquella gente, la bendición del cielo bajó sobre nosotros.

—Pero señor, ¡si yo soy católico! protesté en mis adentros. ¡Triste cosa es que por una simple curiosidad me haya visto obligado a cometer una infinidad de herejías!

Salimos, y al salir observé que todos daban dinero a un señor que les saludaba por sus nombres y con el cual cambiaban algunas frases.

—¿Qué hacer en aquel compromiso? ¿Dejaba yo de echar dinero? Sobre ser poco digno, esto equivalía a revelar mi profanación. ¿Echaba? Peor todavía, mil veces peor. ¡Yo no debía ayudar a sostener un culto herético!

A pesar de todas estas reflexiones, mi orgullo triunfó de mi conciencia, y di mi modesto óbolo.

La curiosidad me devoraba; lleguéme a un anciano que ponía en aquel momento el pie en la calle y le pregunté en francés, en el francés que yo hablo:

—¿A qué secta pertenece ese oratorio?

El interrogado se encogió de hombros.

Era inglés.

Repetí mi pregunta en español, y me contestó con un saludo.

Apelé al latín.

El inglés me dijo entonces como Dios le dio a entender, que aquel oratorio era Calvinista.

Dile las gracias, y me alejé un poco pensativo.

Así anduve mucho tiempo sin saber por donde.

Cuando levanté la frente me encontré al lado de la iglesia de la Magdalena.

—Voy a exorcizarme, dije y penetré en el templo católico.

Estaba cansado, y me dejé caer en una de esas mil sillas que afean todas las iglesias de Francia.

Ya empezaba a dormirme, cuando una voz dijo en mi misma oreja izquierda.

—*Pardon, Monsieur, s'il vous plaît...*

Y vi que un hombre abría ante mis ojos una ancha bolsa de cuero.

Lo que aquel señor demandaba con tanta finura era el alquiler de la silla.

Pagué.

Un recuerdo melancólico me asaltó entonces.

Pensaba en el Prado de Madrid, donde también se pagan las sillas.

Al poco rato me enfurecí.

Pensaba en las catedrales del mediodía de España, donde no hay ni un escaño destinado a que el público oiga el sermón con comodidad.

En esto me eché a reír.
Pensaba en lo que oía.

Acababa de sonar el órgano; una mujer, una magnífica tiple, una cantatriz de teatro hacía gorgoritos al compás de las armonías sagradas.

¡Qué notas tan dramáticamente emitidas! ¡Qué vocalización tan acentuada! ¡Qué declamación! ¡Qué farsa!

Aquel concierto místico no me hizo pensar en Dios sino en los cafés cantantes de los Campos Elíseos.

Y aquí viene como de molde deciros que los franceses no tienen música sagrada, por la sencilla razón de que la fe no se afecta, y la música sagrada no es hija de la inteligencia sino del corazón. De aquí es que por más que algunas de sus óperas se resientan de demasiado religiosas, sus psalmos pecan de dramáticos.

En cuanto a mí, prefiero a todas las salmodias españolas y francesas, los himnos de las aves, los éxtasis del océano, el incienso de las flores y las misteriosas oraciones del aire, de las nubes, de los crepúsculos, de los astros y de las aguas gemidoras.

Pero da la maldita casualidad de que hace mucho tiempo que no vivo en el campo.

Y aquí acaba mi disertación religiosa.

¿De qué os hablaré ahora?

Pudiera llevaros a Nuestra Señora de París; pero esta carta resultaría entonces muy monótona; además que son las diez de la noche y la iglesia estará cerrada.

Otro día iremos; pero os advierto que vais a llevar un solemne chasco si pensáis encontrar un edificio que corresponde a la idea que de él os ha hecho formar Víctor Hugo. Nuestra Señora, vista sin prevención alguna, es uno de tantos templos góticos como hemos visto en España y Francia. Cierto que su vejez infunde veneración; muy cierto que su fachada es graciosa al par que severa; cristiana como el exorcismo y simbólica como el laboratorio de un nigromante; pero ¿dónde están las gigantescas proporciones, los inmensos pilares, las dimensiones, en fin, necesarias para encerrar nada menos que a Claudio Frollo, a Quasimodo nada menos?

Víctor Hugo ha visto a Nuestra Señora a través de una hipótesis: hala envuelto en las fantasmagorías de su inspiración ardiente, y, en gracia de un pertinaz y sublime *tour de force*, ha hecho que todo conspire a su fatal supuesto, piedras y campanas, hombres y estatuas, lámparas y lechuzas.

Sin embargo, me acompañaréis a Nuestra Señora cuando yo vuelva con la novela en la mano.

Tampoco podemos ir ahora a la Bolsa, porque la Bolsa se cierra a las tres de la tarde. Y en verdad que es una pena que no veáis aquel espectáculo tan depresivo de nuestra especie animal, aquella jauría de perros, caballeros de la Legión de Honor en su mayor parte, aquel mercado de voceadores, de pregoneros, de energúmenos, de condenados. Aconsejo a todo el que venga a París que vaya un día a la Bolsa antes de la una y no salga hasta después de las tres: son dos horas que dan una gran idea de nuestro siglo abyecto y prostituido.

Iremos, pues, a Mabille. ¡Oh! ¡no vayamos a Mabille!

Pero, por si queréis ir solo, os diré que lo hallaréis en los Campos Elíseos.

Mas ¿qué es Mabille?

Mabille no es más que un baile: un jardín iluminado, un edén, un cuento de las *Mil y una noches*. La entrada cuesta tres francos. La salida puede costar quinientos. He aquí todo.

¡Magnífica idea! Ya sé a dónde vamos.

A la Columna de Julio.

Y ahora recuerdo que no os he hablado de ella.

La Columna de Julio se levanta sobre el terreno mismo que ocupó la Bastilla, ese edificio de nefanda memoria, destruido un día por la venganza popular.

Una deshonesta estatua de la libertad, perfectamente dorada y de diez o doce pies de estatura, corona esta elegante columna, más alta que la de Vendome, pero menos grande, menos majestuosa. Pudiera decirse, y aquí un plagio, que ésta excede a aquélla en *altura* y que aquélla excede a ésta en *alteza*. Sin embargo, la Columna de Julio es un grandioso monumento.

Dedicóla Luis Felipe a la memoria de los ciudadanos franceses que murieron en las calles de París combatiendo por la libertad en los tres días de julio de 1830. ¡Que también tienen aquí como ahí sus tres días de julio! Pero creo yo que si el rey ciudadano consagró a esos días tan alto recuerdo, fue porque gracias a aquella sarracina, se calzó la corona más envidiable del mundo.

A pesar de esto, yo quiero bien a Luis Felipe, por más que él no merezca de los españoles sino miradas de reojo, aun después de muerto.

Pero henos ya al pie de la Columna.

¡Oh desgracia! No se permite subir de noche. La verja está cerrada.

¡Y yo que deseaba enseñaros a París desde aquella altura! ¡A París envuelto en la sombra, alumbrado como una inconmensurable necrópole!

¡Pues ello ha de ser! Seguidme al Puente Nuevo.

Este hermoso puente apoya algunos de sus arcos en la punta de la Isla de la Cité, de tal manera, que visto por un lado es un solo puente tendido sobre un anchísimo río, y visto por otro, conviértese en dos puentes que enlazan a dicha isla con las dos orillas del Sena. En medio de la obra general y enfrente por lo tanto del cabo de la isla, levántase una buena estatua ecuestre de Enrique IV.

Por aquí es la gran profundidad del río.

Hacia aquel lado está esa siniestra casa de auxilio para los ahogados, que he visto acurrucada cien veces en los sitios peligrosos del río.

París cuenta con los suicidas; los prevee, y consagra para ellos una parte del presupuesto municipal.

No hace muchas noches que pasé yo por este puente favorito (entre paréntesis) de los suicidas a eso de las nueve de la noche.

Al día siguiente leí el *La Patrie*:

"Anoche a las diez se arrojó una joven al Sena desde el Puente Nuevo; un vigilante oyó el ruido y la sacó cuando aún no estaba completamente asfixiada. Llevada a la policía, ha declarado que disgustos de amor le habían hecho odiosa la vida; pero que prometía no volver a atentar contra ella; bajo esta garantía fue puesta en libertad."

¿Para qué es más? ¡Los vigilantes del Sena son eminentemente necesarios!

Estamos precisamente en el mismo sitio que recorría el Rafael Valentin de Balzac la tarde que encontró la piel de zapa.

También estamos en el mismo sitio desde el cual René miraba sollozando encenderse una luz en cada casa de París, a las últimas horas de la tarde, en tanto que su imaginación adivinaba mil envidiables escenas de paz doméstica de dicha conyugal, de emoción amorosa. ¡Y él estaba tan solo sobre la tierra! ¡Y hasta que el volviera a su cuarto el cuarto permanecería oscuro! ¡Porque nadie le esperaba a él!

Yo creo que eso sería lo que pensaba Chateaubriand al decir que René sollozaba por una cosa tan trivial como una luz encendida al anochecer. Lo que por mí sé decir es que París me pesa sobre el alma cuando lo veo desde este puente. Si las luces se mueven sobre las ondas, me parece que el río me mira; si percibo su murmuro, me parece que me llama; si le oigo estrellarse contra el puente, creo que se ríe. ¡Maldito Sena!

Mas este aire es húmedo y vamos a constiparnos. Ya habéis contemplado a París a vista de buho. Busquemos ahora espectáculos más risueños, más animados, menos románticos sobre todo.

Dirijámonos al Circo de la Emperatriz.

Pero ya no es hora; ved la gente que sale encantada, enloquecida. Y es que por franco y medio han visto todo lo que puede verse en equitación, en gimnasia, en pantomima, en juegos orientales, en todo lo más maravilloso que encierra nuestra palabra *títeres*.

Con éstas y las otras se ha hecho muy tarde; es ya media noche. ¿Os asombráis? Sabed que París se cierra muy temprano. Sólo los cafés permanecen abiertos. Y es que en París se trabaja mucho. Ya sabéis que de los teatros se sale a las diez o las once. Las calles están desiertas. Sólo los coches de las personas del gran mundo turban el silencio de la población. Han salido del Teatro Italiano, donde este año no se canta, sino se declama en la lengua de Dante; han estado en su casa a vestirse nuevamente, y ahora van a entregarse a ese mundo fantástico, brillante, deslumbrador, que se llama los salones de París. Cuando a las tres o las cuatro de la mañana hojeéis vuestro libro dentro de la cama, en tanto que agoniza la vela que os acompañó en vuestro insomnio, oiréis de nuevo ese mismo ruido de coches. ¿Es que despierta París? No; es que se acuestan los *tigres* y las *leonas*.

Buenas noches, amigos míos.

CARTA QUINTA

Amigos míos del *Occidente*

El año pasado por ahora escribía yo otra carta—quizás tal día como hoy—que empezaba de esta manera:

> De la orilla del mar ésta te escribo:
> ¿Estás bueno? —Me alegro. —(Aquí parodio
> de Cicerón el *bene est* expresivo.)
> Yo inalterable mi salud custodio,
> lo cual no está de moda ni me alegra;
> pues bien sabes ¡oh Pepe! que me odio.
> Te hablaba de la mar, y es la más negra
> que ignoro si la mar es hembra o macho,
> como ignoro si es bípeda una suegra.
> Tú que no charlas español-gabacho,
> respóndeme: ¿es el mar hermafrodita,
> niña vivaz, o retozón muchacho?

etc., etc.

Pues suponed que hoy estoy de peor humor que aquel memorable día, y que consiguientemente, me odio de una manera horrible.

> ¿Cómo ha de amarse un español?
> Pero no adelantemos los sucesos.
> Vengo de la Exposición.

Seis horas de reloj, como dicen nuestros padres, he permanecido en el Palacio de la Industria.

Me hallo aturdido, y no sé por dónde empezar.

Tiempo hace que le estoy temiendo a esta carta.

Ante todas cosas os diré que la gran galería adlátere no está aún abierta al

público, y que en el palacio principal falta todavía la mitad de los objetos que han de exponerse.

Esto no obsta para que el interior del edificio presente ya el más variado y sorprendente golpe de vista.

Pero vamos por partes.

En la exposición no se entra con billete, ni de balde.

Así y todo, los comisionados de *les Entrées* no pueden escamotear un solo franco.

El dinero ha de llevarse contado, en virtud de un aviso, escrito en cuatro idiomas, que dice en español: "No se cambia el dinero."

Pagáis la entrada, y os dan un golpecito en la espalda.

Naturalmente avanzáis un paso.

Mas al dar este paso habéis empujado con el vientre a uno de los cuatro palos de una especie de devanadera, la cual hace un cuarto de conversión.

Al mismo tiempo suena un chasquido.

El contador mecánico, reloj implacable, acaba de señalar vuestra entrada.

Este contador, basado en la teoría de los contadores del gas, revela a la noche el número de personas que han visto la exposición por el dinero.

Los expositores, empresarios y empleados tienen su entrada particular por otras puertas.

Entremos nosotros por donde gustéis.

Lo primero que llamó mi atención fue un espejo de cinco metros y treinta y siete centímetros de altura por tres metros y treinta y seis centímetros de anchura; puede servir de puerta en una catedral, y es inglés.

En seguida...yo no sé lo que vi. Os daré una idea general de cada nación. Porque os advierto que aunque lo procurara y consagrara a ello un mes y un tomo en folio, no adelantaría nada deteniéndome a detallar. Además, yo entiendo muy poco de bordados, tejidos, ebanistería y bisutería; y mucho menos de otras cosas, cuyos méritos nos revelarán los peritos. Mi balanza, pues, es el gusto, mi regulador el arte abstracto.

No pasaré adelante sin deciros que Francia reina en esta exposición sobre los demás pueblos, como reinó en la de Londres, y como reinará donde quiera que se presente.

Partiendo de este principio, busquemos la *especialidad* de cada nación, no olvidando nunca que todo lo que veamos se sabe hacer también en Francia; que Francia por si sola ha expuesto tanto como el resto del mundo; que Francia se presenta en fin, bajo todas las formas, siempre radiante, siempre triunfadora, como una de esas coquetas elegantes, bellas y de buen tono, que seducen a todas horas, con todas sus acciones, con todos sus movimientos, despiertas como dormidas, en el baño y en el baile, con las lágrimas o con la sonrisa.

Distínguese Prusia por un lujo fastuoso. Oro, terciopelo en todas partes.

Armas maravillosas. Más riqueza que gusto. Chimenas y alfombras sorprendentes. Unas tijeras de cinco palmos, que compiten en perfección y mérito con todo lo más asombroso que contiene el palacio. Porcelanas, si no tan graciosas, por lo menos tan ricas como las de Sèvres: he aquí lo más notable que hasta ahora han expuesto los prusianos.

Inglaterra, como siempre, ostenta lo bueno, lo útil, lo ingenioso, lo sólido, lo preciso, pero no lo bello. Exquisitos muebles maqueados de un gusto destestable; una sillería regia, desgarbada, extravagante. Todas las grandes obras del hierro y del acero, y ni un modelo de gracioso contorno. Admirable calzado y especiales sombreros, idóneos, sin embargo, para hacer reír en nuestros sainetes. Encajes exquisitos, tejidos inimitables por su esencia; pero sin un caprichoso giro en las líneas, sin una armonía en los colores. Todo amanerado, en fin, como un inglés vestido de gran ceremonia. Reconozcamos, sin embargo, los tesoros de conocimiento, de invención, de aplicación que revelan todas estas obras inglesas. La conciencia, en su doble acepción, preside por doquier. La calma linfática de esos isleños se traduce aquí en grandes averiguaciones, en mágicas combinaciones, en provechosos recursos. La imaginación soñadora, con sus elucubraciones fantásticas es lo único que se echa aquí de menos. Busquémosla en el Mediodía.

He aquí Lyon, la rival de París.

Las delicias de un arzobispo, las más gratas satisfacciones de una princesa *furiosa*, pero ¿dónde voy a parar?

Quiero deciros que Lyon ofrece todos los esplendores del lujo que un arzobispo pudiera desear para el más magnífico templo, al par que todas las telas deseables y deseadas por la más *furiosa* de las princesas.

Quiero deciros que Lyon presenta una indescriptible variedad de todo lo más fastuoso, costoso, deslumbrador y espléndido que puede combinarse, con la riqueza y el gusto. El tisú, el brocado, la lama, el moiré, el terciopelo, el tul, todos los colores, todas las combinaciones, todas las profusiones de adorno y avaloramiento, la opulenta superabundancia de la ostentación, lo superfluo de la prodigalidad confundido, atrevidamente armonizado sin abigarramiento, sin densidad, sin recargo enojoso; cuanto, en fin, puede dar majestad a mil objetos destinados al ara, al trono, al teatro, a la *soirée;* al terno del sacerdote, al manto imperial, al vestido de la dama más encopetada, todo, todo lo presenta Lyon en esta vasta galería.

París, por otra parte, esa deidad de cien mil rostros ha traído aquí lo más selecto de los *boulevards*, de los *passages* y del Palais Royal. Con esto y con que recordéis mi segunda carta, os lo he dicho todo.

Es de lamentar, sin embargo, el espíritu abyecto de especulación que domina aquí como en todas partes siempre que los parisienses se presentan en escena. No se contenta el fabricante en poner su nombre en grandes letras en cada manufactura, sino las señas de su establecimiento, el elogio de su obra, y

el precio por mayor y por menor. Es más: si os detenéis un momento en frente de cualquier producto parisién, os invade en seguida un hombre, salido como por encanto del centro de la tierra, y os da tarjetas de aquella casa, invitándoos de palabra a gozar por el dinero de las *ventajas innegables* de preferirles a todos sus compatriotas.

Pero vamos a otra cosa, a una pequeña muy cómica y digna de atención.

Mr. qué sé yo cómo, antiguo notario (reparad en la profesión) y vecino de Juniville, ha expuesto un mapa mecánico del imperio francés.

Es un mapa cualquiera; tiene al margen una lista de las principales poblaciones de Francia, como acontece en todos los mapas hace mucho tiempo. Ahora bien, nuestro notario ha hecho que de cada nombre que hay en lista vayan un hilo y un resorte por detrás del papel a buscar su lugar correspondiente en el mapa. Deseáis saber dónde está Aix, por ejemplo; tocáis en la lista a una anillita dorada y se mueve al mismo tiempo un botoncito que hay en el mapa sobre cada pueblo. Ventaja del mecanismo. Que una carta de éstos cuesta cien veces más que una carta común, que se emplea un año en hacerlas, que se tarda más tiempo en buscar la anilla para moverla y en reparar qué botón se ha hundido que encontrar el pueblo del modo que todos saben; y en fin, que la grande obra es tan *faible* que no resiste a una hora de pruebas. ¡Pobre notario!

Contemplamos ahora otro objeto notable, pero notable en el buen sentido de la palabra, por más que yo falte a la mía descendiendo a particularidades.

Es un magnífico manto de corte, propio para una emperatriz, blanco, ricamente bordado de oro y de una forma tan nueva como imponente; por ser manufactura de París, hablo de él en este lugar.

Y, a propósito de emperatrices, es digno de repararse el gabinete con su tocador que se ha preparado en una de las galerías altas para nuestra compatriota la bellísima Eugenia Montijo. Los muebles, la tapicería, los cortinajes, los techos, son tan suntuosos y ricos que compiten con la mejor cámara de las Tullerías: (Aquí *relata refero*.)

Vaya un último detalle, y paso a dirigir una ojeada a las demás naciones.

Los hermanos Bisson, de París, han presentado unas fotografías extraordinariamente preciosas; entre ellas sobresale una vista de París, tomado desde el Puente de las Artes, que es lo más acabado y perfecto que puede esperarse de este maravilloso mecanismo. Sin este motivo los hermanos Bisson pasaban por los mejores fotógrafos del mundo.

Hácese notar la Suiza por sus exquisitas blondas, por sus preciosos bordados.

La Turquía ha desplegado todo su complicado atavío de ropas, armas y muebles. El traje de la sultana, la otomana del gran señor, la pipa y el pebetero yacen bajo vistosos templetes de arquitectura musulmana.

Pero en esto de lujo oriental, eclipsaba con mucho la esplendorosa India. Sabido es cuánto conspira la naturaleza de este privilegiado país a hacer

peregrinas sus obras de lujo. Las pieles, las plumas, las maderas más exquisitas, la renombrada seda del Tíbet, el lino virginal y otras mil preciosidades de aquel suelo, vense convertidas en caprichosos objetos adaptables al más refinado sibaritismo.

La China despliega su pasmosa variedad de abanicos y quitasoles, sus telas caprichosamente coloreadas, sus angulosos muebles y cónicos atalajes.

Túnez da un reflejo del abigarrado lujo de Africa.

La Italia ofrece pobres resultados a vuelta de mucha aplicación; se la ve a remolque de la industria de otros pueblos. Toscana en particular nos dio compasión.

Bélgica luce sus manufacturas marítimas, un magnífico carruaje, bellas encuadernaciones y sus proverbiales tejidos.

Pero soy muy cruel. Vamos a España.

España no ha expuesto nada todavía.

Un obrero tiñe holgadamente la estantería; he aquí todo.

Por lo demás, esta estantería se distingue por su mal gusto.

Aseméjase a los wagones de segunda clase de un ferrocarril.

Hállase en un rincón y en la galería alta.

Cuenta con dos balcones solamente, es decir, con la cuarta parte de terreno que cualquier estado de segundo orden, con la octava parte que Lyon, capital de departamento, con la mitad que Turquía, pueblo bárbaro, con el mismo espacio, en fin, que nuestro vecino Portugal.

No sin emoción vi la bandera española entre todos los pabellones del mundo.

No sin sonrojo reparé después en la ínfima posición que ocupa.

Algunos cajones, 200 cuando más, casi todos catalanes, malamente confeccionados y peor rotulados, esperaban la hora de dar a luz su contenido. ¿Cuándo será ello? ¡Quiera Dios que no tengamos luego el parto de los montes!

Pero consolémonos con el furor que están causando en la Exposición de Bellas Artes los cuadros de Madrazo. Todos los periódicos de París han hablado ya de ellos con grande elogio. Yo pienso verlos mañana. Mañana también os daré cuenta de todo lo que observé en ese otro apéndice del palacio de la Exposición.

Para concluir por hoy, os asomaré al gran balcón de cualquiera de las galerías superiores, y os mostraré desde un soberbio punto de vista casi todo el interior de este inmenso edificio.

Ved. En medio de la galería central se alza una hermosa fuente que esparce por doquiera el grato rumor del agua y su apacible frescura. Varios órganos alemanes gimen bajo los dedos de sus expositores. Cantan los pájaros cautivos en caprichosas jaulas. Por todas partes se ve oro, cristal, pedrería, bruñidos metales, purísimos colores, ricas y variadas formas, candelabros inmensos, espejos que reproducen mil veces las mismas cosas, trofeos mili-

tares, barcos de vapor y de vela del tamaño de una lancha natural, macetas de flores, árboles de bronce de un efecto mágico, jarrones inconmensurables de rica porcelana, kioskos amueblados al gusto tártaro, un pequeño harem en este lado, una fortaleza en el otro, aquí un telescopio que desafía al cielo, allí un monolito de granito que agobia el pavimento, una extensísima bóveda de cristal, sobre todo esto, un numeroso gentío en medio de todo. ¡Espectáculo portentoso! ¡Cuadro magnífico, lleno de vida, de poder, de grandeza, de esperanza quizás! ¡Altar esplendente alzado al estudio, a la aplicación, a la laboriosidad, al pensamiento del hombre! ¡Acusación elocuente lanzada a la faz de los pueblos que yacen en el letargo de la ignorancia!

Ved por qué empecé esta carta diciendo que me odiaba, y por qué la concluyo añadiendo...todo lo que os podéis figurar.

Y, pues, entre otras cosas, os figuraréis que os quiero mucho, fuera prolijo decíroslo al saludaros, como os saludo cordialmente.

Desde las tristes márgenes del Sena.

CARTA SEXTA

8 de junio de 1855

—¡Oh, mi antiguo amigo! ¿Vos en París?

—Ya lo veis.

—¡Cuánto me alegro de encontraros!

—Pocos esfuerzos habéis hecho para conseguirlo.

—Ya sé por qué decís eso; os ofrecí hace un año pasar el invierno en Madrid.

—Y lo habéis pasado en París. ¡Gracias a que vengo yo a buscaros! Si no, ¡Dios sabe cuándo nos hubiéramos visto!

—Sí, ¡Dios lo sabe! Mi vuelta a España no depende ya de mi voluntad.

—Pues...

—Si, con lo del verano pasado...

—¡Ah! ya... Hombre, no me acordaba. ¡Es verdad! Con que ¿seguís tan polaco?

—Hasta la médula de los huesos. ¿Y vos, qué eráis?

—Yo... ¿no os acordáis? ¡Negrófilo! Sin embargo, gusto más de vosotros que de los progresistas.

—¡Ah! se concibe bien; nosotros, cuando menos, tenemos...cierta gracia.

—*Esprit*...

—Sobre todo.

—Y lógica...

—Fatal.

—Pero lógica. Mas dejemos esto. ¿Cuándo habéis llegado?

—Hará un mes.

—Y ¿qué habéis visto?

—Mucho; la cuarta parte de París, según mi cuenta.

—No es poco. Y hoy ¿qué pensáis hacer?

—Vagar.

—Vaguemos. En París se aprende mucho callejeando.

—Lo malo es que va a llover.

—¿Llamáis a eso mal? Aquí llueve siempre. Y a propósito, ¿qué opináis de los *boulevards* en un día de lluvia?

—¡Ah! ¡es una cosa horrible!

—¡Buen español! Porque no tienen ligas en la corva; porque la media se pierde en el infinito. ¿No os horrorizan por esto los pedestales franceses?

—Prescindo de la liga sin mucho pesar, y admiro como el primero esa inmejorable exposición de piernas, de cuerpo entero que ostentan las damas de París no bien caen cuatro gotas. Pero convenid conmigo en que es un escándalo. Yo gusto del misterio.

—Yo de lo hermoso, de lo seductor.

—¡Ah! sí; París es la moderna Pentápolis. Su estatuaria es digna de Adama o de Gomorra. Los jardines de las Tullerías, la columna de Julio, etceterísima, etceterísima, justifican aquellos versos de nuestro gran lírico:

Con estos jeroglíficos impresos
se adornaron los pórticos, las fuentes,
las calles, y las plazas, y los muros,
y no quedaron ojos inocentes,
ni oídos castos, ni recuerdos puros,
ni rubor en los rostros imprudentes,
ni. . . . . .

—¡Atención...atención! ¿Veis aquellas dos señoras que bajan de un carruaje y toman la acera?

¿Quiénes son?

—La embarazada es la condesa de San Luis.

—¿Y la hermosa rubia que va con ella?

—La hermana de Sartorius. ¡Cuidado con ese coche! Y, vamos, ¿qué tal anda Madrid?

—Mal, hombre, y no sólo anda mal, sino que se para.

—¡Diablo!

—Cólera, milicianos, carlistas, progreso, alistamiento *forzoso* para las quintas, alistamiento *forzoso* para la Milicia, empréstito *forzoso* para quedar con las mismas trampas, ministerio *forzoso*, supresión de garantías constitu-

cionales, religión *forzosa*, y en fin, todas las consecuencias de la *libertad* traducida al español.

—¡Desengañado estáis!

—Mucho, y descorazonado, que es lo peor. Aquel país no tiene remedio. ¡Con tanto favor del cielo! Vosotros lo encerrasteis en un sepulcro; nosotros le haríamos perder el juicio, los progresistas le ponen en ridículo, los carlistas lo llevarían a la novena. ¡Pobre España! Sartorius o Espartero; he aquí tu destino.

—El es...mirad...el del abrigo negro.

—¿Quién? ¿Espartero?

—No, hombre; Gándara.

—¡Ah! sí, el que entra en aquel hotel.

—Allí comemos los amigos.

—Ya les oí brindar al otro día.

Y...¿le habéis visto?

—Una vez sola; por cierto que no le conocí al pronto.

—Sí; está más grueso, más grave.

—Pero ¿dónde me lleváis por estos arrabales?

—Así se llaman. Este es el París en proyecto. Todas estas inmensas calles apenas trazadas, en las que se alza uno que otro suntuoso edificio, confluyen a la plaza de Europa. Estamos en la calle de Amsterdam, que concluirá por ser una de las más hermosas de París.

—¿Qué jardines son éstos? —Paseo para animales convalecientes. ¡Qué extravagancia!

—Me parece bien, aunque dista de aquí media legua.

—Entraremos en el primer *omnibus* que pase.

—Eso no es lo convenido. Así no se ve a París.

—Pero se estudian los parisienses. El otro día hice una larga travesía de ese modo, y compuse una novela, nada menos que una novela.

—¿La habéis escrito?

—Aún no. Tengo el título y basta: *Quince minutos en un omnibus*.

—Es buen asunto. He aquí el *boulevard* de la Magdalena.

—Veamos qué occure para que corra la gente de ese modo.

—Será el emperador. ¿No veis los guardias con la gigante gorra de pelo?

—Allí vienen tres magníficos carruajes. ¡Ah! vamos; es el rey de Portugal.

—¿Nuestro vecino?

—Ahí lo tenéis; ese joven rubio de tan graciosa presencia; aquel otro es su hermano, el duque de Oporto.

—¿Y estos señores?

—Esos son *esperanzados*.

—La historia de las minorías encierra lo que hay de más culminante en la degradación cortesana. Ved esos viejos profesores — sabios quizás — adulando a ese mozalbete.

—Tan sabio como muchos de ellos; Pedro V es uno de los jóvenes más ilustrados de Europa. Sabe seis o siete idiomas y muchas cosas más.

—Pues, señor, hoy va de encuentros.

—¡También vos!

—¿Veis aquel señor rubio?

—Sí; ¿quién es?

—Urries.

—No tengo el gusto de conocerlo.

—Urries es nuestro anfitrión musical. Bien se conoce que faltáis de Madrid hace mucho tiempo. Para nosotros los Quasimodos del teatro de Oriente, Urries es Claudio Frollo. ¿Qué digo? ¡El arzobispo de París! Ayer decían todos los periódicos de Madrid que el Sr. Urries estaba en Italia y que había contratado a *im, ati, eli, oni, ani*, y todos los acabados en *i*. Urries entretanto no ha salido de París. Voy a hablarle; dispensad. Tengo curiosidad de saber qué clase de gente tendremos en Madrid el año que viene.

—¿Qué os ha dicho?

—Que todo lo que cuentan los periódicos sobre ajustes hechos es completamente falso; aún no tiene compañía ni sabe de qué cantantes se compondrá.

—Veo con placer vuestra afición a la música; París os hará dichoso en esa parte.

—Decís bien; anoche sin ir más lejos, oí *Los Hugonotes* de Meyerbeer. Por cierto que no me agradó tanto como *El Profeta*, y por consiguiente mucho menos que *Roberto*. Y no es culpa de Meyerbeer, sino de Scribe. El libreto de *Los Hugonotes* es inconexo. En cuanto a la música, puede decirse que es una portentosa compilación de todas las melodías que puede inspirar la época de Carlos IX, melodramática a sumo grado. El canto del soldado hugonote, el del hugonote devoto, el del católico intolerante, el del pueblo parisién encuentran una legítima traducción. Esos aires nacionales, modificados por el tiempo, que se cantan de noche a lo largo de las orillas del Sena, pueden ser muy bien hijos de un primitivo canto espontáneo, interpretador, nacido en el ardor de una batalla, en la vigilia de un suplicio, dado al viento por un centinela, adoptado por el pilluelo de París, trasmitido por la tradición hasta nosotros. Ello es que en *Los Hugonotes* palpita, no diré una época, sino una nación; París, que siempre será Francia. Y aquí redimo al libreto de su inconexidad. Acaso tiene la única forma adaptable a este vasto *potpourri* imaginado por Meyerbeer. El Louvre y sus terrores, el Sena y su melancolía, el templo y sus salmodias, el campamento y su algazara, el campo y sus armonías; todo flota en esta gran concepción. Luego la Saint Barthélemy, esa epopeya sombría desarrollada en las tinieblas de la noche, esos fúnebres cuadros, coloreados de sangre y fuego, aparecen en los últimos actos de la ópera de un modo solemne, fantástico, aterrador. Una acción episódica, un drama de sentimiento se delinea sobre su fondo oscuro, destacando una acción

individual, que traduce todo el caos siniestro de aquella noche memorable.

De cualquier manera, amigo mío, *Los Hugonotes* carecen de unidad, de elemento, de fase, de ese ideal concreto que sirve de asidero a la comprensión. La inspiración está esparcida como en las incoherencias sublimes del delirio. Esta ópera pudiera ser sinfonía de sí misma. Es la heterogeneidad de los materiales, los materiales mismos de la historia y del sentimiento filosófico puestos en música. Falta esa modulación artística que constituye la ciencia de la belleza concreta. Por lo demás, no puede darse mayor riqueza de cantos, de pensamiento, de originalidad, de gracia, que la que se encuentra en esta ópera, y si desciendo a su fábula, a su episodio, a los amores de Raoul y Valentina, os confesaré que bastan por sí solos, para construir una obra maestra que interesa, arranca lágrimas y equivale muy bien a una ópera italiana de primer orden. Pero, ¡ya se ve! Tratándose de Meyerbeer, de ese titán del arte, no se contenta uno con lo que generalmente se entiende por una ópera, sino que le demanda una ópera, un tratado de filosofía y otro de historia, todo desleído y preparado a la manera de *Roberto* y del *Pirata*. Pero ¿a donde voy a parar? Perdonad este sermón, amigo mío, y hablemos de lo que queráis.

—¡Oh! yo gusto de oíros, por más que no entiendo una palabra de lo que decís; para mí la música se oye con los oídos; veo que vos y los vuestros la oís con la imaginación, con el cálculo.

—Y con los oídos y con el corazón. Pero reparad que os hablo de música francesa. Si tratásemos de la *Norma,* la cuestión sería de lágrimas solamente.

—Vos os entendéis. Por mi parte estuve anoche en el teatro de la Puerta de San Martin.

—Y ¿qué visteis?

—Vi a Ruiz, el bolero, y su comparsa.

—¡Ah! ¡es verdad! Supongo que los franceses estarían...

—Locos de contentos. ¡Qué entusiasmo, qué frenesí!

—El que menos decía ¡Olé! Esto es el que menos...

—Os comprendo tan perfectamente, que voy a contaros, o mejor dicho, a leeros un rasgo de los franceses acerca de los españoles. Veréis qué idea tienen formada de nuestras interjecciones. ¿Veis este periódico? Este periódico se publicó hace ocho días; se titula el *Entreacto,* y se repartió en todos los teatros de París. ¿Veis este artículo? Es de Amard. Oíd.

Ya no hay parisienses. Nuestros comerciantes insisten en creer que todos los habitantes actuales de la capital de Francia son extranjeros. Ayer entré en un estanco a comprar tabaco.

—*Que voulez usted?* me preguntó la estanquera.

—Madama, respondí, yo no soy español; soy parisién.

—¡Caramba! exclamó la buena mujer. *Qué bien parlez usted le français! ¡Caramba!*

—*J'ai ont si habla español*, etc., etc.[7]

Así entienden los franceses nuestras interjecciones; en cuanto a nuestras costumbres, básteos saber que nadie cree aquí que mi frac esté hecho en España, ni que yo diga la verdad al asegurar que no me gustan los toros ni las manolas. —¿Cómo le extraña a V. eso? me dijo el otro día un francés a propósito de lo que hablábamos hace poco sobre las piernas y los lodos. ¿Cómo le extraña a V. eso, viniendo de un país en que las señoras llevan las ligas al aire? —¡Qué locura, señor! le repliqué —No lo neguéis, insistió. Dumas lo ha dicho en sus escritos; por otra parte yo conozco a Petra Cámara, a la Vargas. —¡Hombre! exclamé riendo; ésas son bailarinas! —Y la Emperatriz Eugenia, ¿es bailarina? —No diré yo tal cosa. —Pues la Emperatriz Eugenia, cuando estaba en España, vestía de maja. Yo he visto su retrato; ¡yo, yo mismo! —Pues, senor, convenido, exclamé con un humor de todos los diablos.

Por aquí íbamos en nuestra conversación mi amigo y yo, cuando llegamos al Louvre.

Mañana os contaré algunas de las muchas grandes impresiones que recibí en el museo de pinturas.[8]

Entre tanto, sabéis que soy vuestro amigo, español a pesar de todo, y andaluz por añadidura.

—Y debajo el precio; he ahí al francés daguerrotipado.

—Pero ¿dónde me lleváis?

—Andad otros ocho pasos y nos volvemos. ¿Veis esa casa estrecha, aislada casi, detrás de la cual hay un jardín que da a un pabellón, que tiene otro jardín con una torrecilla? Adivinad quién vive ahí.

—¿Dumas?

—*Le Père*.

—¡Ahí vive Dumas! ¿Y Montecristo? ¿Y su palacio de la calle de qué sé yo qué?

—Todo ha tronado. Ahí vive Dumas; ahí está encerrado todo el día y parte de la noche.

—En verdad, la casa parece un convento; ni un postigo se ve siquiera entornado.

—Así escribe Dumas un periódico diario titulado *El Mosquetero*, tan grande como el mayor semanario de literatura de Madrid, un drama semanal en cinco actos, una novela mensual para el *Constitutionnel*, otra para el *Journal des Débats*, otra para la biblioteca H., sus *Memorias* (continuación—sucesos actuales. — Hoy he comido *puré* de habas) — sus *Viajes a Oceanía*, ¡qué sabe nadie!

---

[7] Quizás Alarcón quería decir: "J'ai honte si hablo español."

[8] Si la continuación fue escrita, nunca se publicó.

—Número 77, *rue Amsterdam*... Fábrica de Literatura...
—*Allons*.
—¿Dónde queréis que vayamos?
—Puesto que es temprano, iremos al Louvre, al museo de pinturas.

2
NAPOLEON EN SANTA ELENA
A Luis Eguílaz[1]

I

EL TIEMPO Y EL ESPACIO

Lo que voy a referir sucedió el año pasado.
Estamos en 1855.
La escena es a cuarenta leguas de mi pupitre.
Mi pupitre se halla por ahora en Madrid.
—¡Imposible!
—¿Por qué?
—Porque su artículo de V. se titula *Napoleón en Santa Elena*.
—Y bien...
—Advierto a V. que esa locución *y bien*... no es castellana.
—Ya lo sé. ¿Qué más?
—Que Napoleón murió en 1821.
—También lo sé. ¿Qué otra cosa?
—Que santa Elena está a mil y tantas leguas de Madrid.
—Tampoco lo ignoraba. Deduzca V. ahora.
—Ya lo he dicho: que es imposible justificar el epígrafe de este artículo, colocando la escena en el año pasado y a cincuenta leguas de ese pupitre.
—Pues ponga V. más abajo que no he dicho nada, señor lector.
—¿Cómo?
—Ni más ni menos. V. es quien está equivocado. Napoleón, Napoleón I, el Grande, el tío, pues de él y no de otro me ocupo, estuvo el año pasado en Santa Elena con mi amigo Juan Posé de Morel.
—¡Qué disparate! ¡Si Juan Posé de Morel no ha salido nunca de España!
—Pues sin embargo, ha estado en Santa Elena.
—Señor autor, V. se ha vuelto loco.

---

[1] Este curioso artículo, que apareció en *La Ilustración. Periódico Universal*, Vol. VII, 1855, pág. 131, tiene interés por ser un buen ejemplo de la manera *Bonnat* de Alarcón. El dramaturgo Luis Martínez de Eguílaz (1830–74) también escribía para *La Ilustración*.

—Y V., señor lector, parece tonto.

—¡Pruébemelo V.!

—Con mucho gusto. Pero ¡cuidado con volver a interrumpirme!

II
CONSIDERACIONES MELANCOLICAS

Es cosa reconocida por todos los que han leído la historia de los muertos, es decir, la historia de las trescientas generaciones de hombres que, según el almanaque, han tomado el sol desde la tierra, que todas las grandes cronologías de reyes y emperadores se parecen a

Los *andantes* de Bellini,
A las pirámides de Egipto,
A las espadas de Toledo,
A los amores vehementes,
A los caramelos,
A las bugías,
A la *Piel de Zapa*,
A una docena de hermanos (a mí me quedan ocho),
A la melancólica tarde,
A los espectadores del mejor de los dramas,
Y a... (pero no adelantemos los sucesos).

—¿En qué se parecen?

—Allá voy; en que acaban por consunción, *diminuendo*, expirando, desvaneciéndose, cerrando ángulo, por degeneración, por reducción, por achicamiento.

Así vemos que los reyes asirios acaban en Sardanápalo,
Los Valois de Francia en Enrique III,
Los emperadores romanos en Augústulo,
Los descendientes de Enrique IV en Luis XVI,
Los godos de España en Rodrigo,
Los austriacos de id. en Carlos II,
Los Borbones de id... Pero no adelantemos los sucesos.

Del mismo modo la raza de Bonaparte ha ido degenerando, adelgazándose, *morendo*... hasta venir a parar... no a Napoleón III *el pequeño*, como cree el compadre Víctor Hugo, sino al que en la historia del mencionado Juan Posé de Morel se conocerá siempre con el nombre de Napoleón *el último*.

III
SOLINGO, ERRANTE E MISERO

El último Napoleón escapó milagrosamente del Waterloo de una bancarota.

Napoleón I, en una situación semejante, se acogió al pabellón inglés.

Pero Napoleón *el último* huía sobre todo de los *ingleses*.

Sabrá el lector que en estas guerras de bancarota se da a los ingleses el nombre de *acreedores*, o sea a los *acreedores* la denominación de *ingleses*.

De cualquier modo, Napoleón *el último*, o lo que es lo mismo, *el último* Napoleón, era toda una buena *pieza*, como suele decirse.

En cuanto a *valor*, nada dejaba que desear.

¡Era un valiente!

Baste decir que igualaba en poderío a cinco *francos*. Y ¡cuidado con los francos!

Franco era Carlos Martel.

Francos han sido los que degollaban hugonotes no hace mucho tiempo.

Francos eran los que después degollaban clérigos y reyes.

Francos son los que de un imperio hacen una república, y a los pocos días de una república un imperio.

Francos fueron los que asombraron al mundo a principios de este siglo; los que encadenaron a sus pies a toda Europa; los que no pudieron, sin embargo, domar a un puñado de españoles.

Decíamos que Napoleón *el último* no carecía de cierto valor.

Así es que, viéndose solo, y sabedor de la muerte de sus mil y tantos compañeros, decidió encerrarse en Santa Elena *motu propio* y no *a fortiori*, como el fundador de su dinastía; así le superaba en magnanimidad y penitencia.

Y véase cómo se equivocan los que dicen que Santa Elena está ocupada por los ingleses, cuando por el contrario, Napoleón *el último* halló allí un refugio contra sus británicos enemigos.

Porque yo hablo de una Santa Elena que no tiene nada de isla, de un pueblecito de Sierra Morena que saludan a su paso todos los andaluces que vienen a Madrid.

¿Tengo yo la culpa de que haya en España un villorrio, homónimo de aquella roca volcánica de la cual dijo Byron?

"Como a ti, el fuego de la naturaleza le produjo...
Y así como tú dominas en el espacio de los mares,
El dominará en el espacio de los tiempos."

IV
OCIOS DEL PRISIONERO DE SANTA ELENA

Libre ya mi amigo Juan Posé de Morel de la persecución inglesa...

Pero, ¿qué tiene que ver mi amigo con esta historia?

El héroe de ella, el verdadero héroe, es Napoleón *el último*.

Posé de Morel no es otra cosa que una especie de Hudson Lowe.[2]

Porque...¡eso sí! el pobre Bonaparte estaba preso en un bolsillo.

Dichosamente, había allí tabaco.

Nuestro fugitivo se puso a fumar.

Y dije dichosamente, porque fumar es una gran dicha, una inefable dicha, una dicha inconcebible para los profanos del vicio.

Hablo de un legítimo habano de la vuelta de abajo, irregular en la forma, aromático, dulce al paladar, de ésos que arden apaciblemente, sin desprenderse de su ceniza blanca y espesa, a la manera de ciertos ancianos que conservan su poblada melena nevada por los años; hablo de un cigarro tal, que consumáis la mitad a mordiscos y en sabrosísima masticación, cual si fuerais un marinero británico; de un tabaco narcótico que os adormezca insensiblemente como el opio al árabe sibarita, haciéndoos divagar, flotar, esparciros, perderos en el cielo como las espirales de humo que despiden vuestros labios; hablo, en fin, de un puro siempre igual al que en este momento mis dientes aprisionan.

No hablo ciertamente de ese otro cigarro de papel, o sea de infantería, que me inspiró el siguiente soneto, allá en un tiempo en que yo era muy hipocondriaco.

El cigarro

¡Lío tabaco en un papel; agarro
lumbre, y lo enciendo; arde, y a medida
que arde, muere; muere, y en seguida
tiro la cola vil con despilfarro.

Un alma envuelve Dios en frágil barro
y la enciende en la lumbre de la vida;
chupa el tiempo, y la deja reducida
a un cadáver. El hombre es un cigarro.

La ceniza que cae, es su ventura;
el humo que se eleva, su esperanza;
lo que no ha ardido aún, su loco anhelo.

Dios se fuma criatura tras criatura;
colilla tras colilla al suelo lanza,
pero el aroma piérdese en el cielo![3]

No; no es ese el cigarro que fumaban furtivamente los persas, refugiados en sus montañas, cuando le ocurrió a no sé qué Shah prohibir en sus dominios el

---

[2] Sir Hudson Lowe (1769–1844), general inglés, fue gobernador de Santa Elena durante la cautividad de Napoleón en la isla.

[3] Alarcón primero publicó este soneto en *El Eco de Occidente* el 16 de julio de 1854. La versión que traen las *Obras completas* (pág. 310), es algo diferente.

uso del tabaco, por creerlo protector de la holgazanería; ni menos hablo, pero ¡basta! ¡basta de digresiones!

V

WATERLOO NO FUE LA ULTIMA BATALLA EN QUE SE ENCONTRO BONAPARTE

—¿Qué haré con este maldito Napoleón? se preguntaba Hudson Lowe II, o sea nuestro amigo Juan Posé de Morel, no sabiendo cómo salir de su angustiosa situación.

¡Si yo fuera cuadrúpedo! decía el pobre hombre.

Y tenía razón.

Un cuadrúpedo, si es un buen caballo, o un excelente toro, o un venerable jumento, o... o... o... (no puedo detenerme a enumerar) tiene fácil salida en una feria.

Pero un bípedo, un hombre, aunque se venda a la nación, sentando plaza, no recibe sino ocho duros en el acto de la venta, 1,500 reales al ponerle el aparejo militar, y el resto hasta 6,000 reales gota a gota, esto es, *non vi, sea saepe cadendo*.

Queda probado que al hombre le faltan dos pies para ser dichoso.

Por estas consideraciones desistió Juan de la idea de venderse.

Entonces ocurrióle casar a su Napoleón con la Lotería Moderna, muchacha algo inmoral, pero protegida por el gobierno.

Al día siguiente se celebró la boda.

Veinticuatro horas después tenía Napoleón *el último* mil y quinientos hijos tan robustos y con tanto valor como él.

Púsose Posé de Morel a la cabeza de aquel lucido ejército de Napoleones, y volvió a Madrid en busca del enemigo.

No tardó mucho tiempo en encontrarse cara a cara con los infatigables ingleses.

Mandábalos un terrible sastre, llamado *tiro tirado*, cuya historia escribiremos algún día.

La batalla fué espantosa.

Los Napoleones acabaron con los ingleses.

El bloqueo continental, concebido por el águila de Austerlitz, ha tenido pues efecto treinta y tres años después de la muerte de *le petit caporal*.

Napoleón el primero ha sido vengado por Napoleón *el último*.

¡Líbreme Dios de verme nunca cara a cara con un héroe semejante!

¡El *último* Napoleón debe ser horrible!

3
LA PORTERA DE VICTOR HUGO
(Fragmento Copiado de mi Cartera)[1]

BIBLIOTECA Granada

Habia yo leido no sé dónde que el creador de *Hernani* vivia en la Plaza Real, número 6.

Desdoblé el plano de París; busqué el camino más corto y me dirigí allá, solo y a pie que es cómo yo hago esta clase de excursiones.

La Plaza Real, que durante algún tiempo se ha llamado des Vosges, es bellísima. Respírase en ella una calma, un sosiego que no son propios del agitado París. Rodéala un soportal de piedra; luego se encuentra una alta verja de hierro que comprende cuatro hermosas y sombrías calles de árboles. En cada ángulo hay una fuente rodeada de un precioso jardín. En el centro de la plaza se agrupan muchos elevadísimos álamos formando una espesa glorieta, bajo la cual se levanta una mala estatua ecuestre de mármol blanco, que representa a Luis XIII, si no me equivoco.

En un rincón de esta plaza se halla el número 6.

Naturalmente, la puerta está bajo el soportal.

Es una gran ójiva, vieja como todo el edificio.

A la derecha, entrando, se encuentra la portería.

Dirigíme a ella, y previa demanda de perdón, pregunté a la portera, mujer de sesenta años, curiosa magra, y sumamente atenta.

—¿Es ésta la casa de Mr. Víctor Hugo?

—Sí señor; pero Mr. Víctor Hugo no vive aquí.

—Ya lo sé.

Guardamos un instante de silencio.

La portera me miró con curiosidad.

Yo estaba fuertemente preocupado.

Entonces debió adivinar lo que significaba mi visita.

—¿Sois extranjero? me dijo, ¿Le habéis visto en Inglaterra?

Y un rayo de luz vivísima brilló en sus ojos apagados.

—No señora; soy español. He leído todas las obras de Monsieur Hugo y deseo ver la que fue su casa.

Diciendo así, me quité el sombrero y entré en la portería, lujosamente amueblada como todas las de París.

La anciana me ofreció una silla, que yo acepté.

---

[1] Este artículo se publicó en *La Ilustración. Periódico Universal*, Vol. VII, 1855, pág. 487.

—La parte de casa que habitaba Mr. Hugo, dijo ella de pronto, leyendo en mis ojos mis más recónditos deseos, está alquilada.

—¡Alquilada! exclamé.

Luego, calmándome:

—Yo creí, dije, que nadie se hubiera atrevido a profanarla de ese modo. Creí también que...

—Os advierto, interrumpió la portera, que esta casa no es ya de Víctor Hugo, sino de Mr. T.

—¿Cómo?

—Sí, hace cuatro años que fue confiscada por el gobierno y vendida al mejor postor.

—Se pagaría muy cara...

—Como cualquiera otra.

—Pero al menos ese Mr. T. debía haber respetado el departamento del poeta; debió conocer que, si no los franceses, los extranjeros había de venir a visitarlo.

—¡Oh! no, señor; vos sois el primero que ha pisado estos umbrales con intención amiga después de la partida de Monsieur Hugo.

—¿Quién viene, pues aquí?

—¡La policía!

—¡Cómo se achica el Aguila! pensé para mí.

—Además, continuó la portera; ese departamento reditúa tres mil francos anuales de alquiler, y ya comprendéis que Mr. T. no estaba en el caso de perderlos.

—Y ¿quién es el nuevo inquilino?

—Mr. H., un negociante. Si estuviera ahí, os enseñaría la casa, pero ha salido. Podéis ver el jardín y los balcones.

—En cuanto a los muebles eran ya otros. Monsieur Hugo tuvo que vender los suyos en almoneda pública.

—¡Cómo se enloda el Aguila! pensé para mí.

Luego, cambiando mi sonrisa amarga en una mirada de afectuoso interés, volvíme a la pobre vieja y le pregunté con emoción:

—¿Conocisteis vos a Víctor Hugo? ¿Llegasteis a ser su portera?

La buena mujer cruzó las manos.

—¡Mi Dios! dijo, ¡Si yo he visto nacer a sus hijos! ¡Si los he criado en mis brazos!

—¡Vos!

—¡Como que estoy en esta casa hace cuarenta años! Mr. Hugo vino a ella en 1832; ha vivido aquí diez y siete años y medio. ¡Diez y siete años y medio, señor!

—Y ¿hace mucho tiempo que está en el destierro?

—Va para cinco años.

Quedamos otra vez silenciosos.

La anciana agradecía con todo su corazón mi interés por el gran poeta, por su bondadoso amo, porque para ella no era más que su amo, y me miraba con verdadera efusión.

Yo acaricié al hijo de aquella mujer leal y cariñosa.

Erase un chico de diez o doce años, vivaz y astuto como son todos los de París, especialmente aquéllos que viven próximos a una plaza o en las márgenes del Sena.

La madre apreció mi acción en todo su significado.

Ved un retrato de Mr. Hugo, exclamó de pronto.

Y descolgó de la pared un pequeño cuadro al pastel, que representaba al autor de *Marion Delorme* a la edad de treinta y cinco años. Vestía de negro.

—Parece buen retrato, dije yo, que hubiera hecho cualquier sacrificio por atreverme a proponerla que me lo vendiera.

—Madama Hugo me lo regaló al tiempo de marcha. Es obra suya.

—¡Ah! dije para mí, arrepentido de mi anterior idea.

Luego:

—¡Madama Hugo pinta admirablemente! exclamé devorando el retrato con la vista.

—¡Si la conocieseis! ¡Es un ángel! murmuró la portera. ¡Madama Hugo es un ángel! repitió melancólicamente. Bien que toda la familia...

La pobre mujer se enjugó una lágrima.

Yo colgué el retrato por hacer alguna cosa.

—El no volverá nunca a Francia, dije imprudentemente, pero en son de queja.

—¡Ah! nunca.

—¿Y sus hijos?

—Mr. Carlos puede venir, pero no quiere. Mr. Víctor sigue la misma suerte que su padre, y no puede tampoco entrar en Francia.

Después de otro largo silencio en que nuestras dos almas volaron al lado de los proscritos, pregunté yo, por sacudir mi preocupación.

—¿Es joven Madama Hugo?

—Joven y hermosa. ¿Conocéis a su hija, a Mademoiselle?

—No; pero he oído celebrarla mucho.

—¡Ah! ella es superior a todo elogio.

—¡Santa familia! suspiré volviendo a sentarme.

La portera soltó la labor en que se ocupaba cuando yo llegué, y se sentó a mi lado.

—Esta casa era el cielo, repuso, cogiéndome una mano con una familiaridad que me encantó. Citábase en todo París como modelo de paz, de felicidad doméstica; Mr. Hugo es el mejor de los hombres.

Nuevas lágrimas corrieron de los ojos de la vieja.

—Luego aquí compuso sus mejores obras, exclamé yo para mudar de conversación.

—Aquí escribió su *Notre Dame*, sus segundas poesías, todas sus piezas dramáticas, todas sus obras, en fin, menos sus ensayos de adolescente.

—¿Las habéis leído vos? pregunté, cada vez más admirado ante aquella extraordinaria mujer.

—Vedlas. Ahí están todas, repuso mostrándome un pequeño estante de nogal, ocupado por diez o doce volúmenes en folio. Mr. Carlos se las regalaba a mi hijo cuando éste aprendía a leer. Yo las aprendo de memoria en mis ratos perdidos.

—En el Museo de la Casa de Moneda, dije para distraerla de nuevo, he visto una medalla de cobre que tiene su busto.

—También la guardo yo. Vedla. Se acuñó cuando pronunció el *Discurso contra la deportación* en la Asamblea nacional.

—¡Famoso discurso!

—¡Y tan famoso! ¡Cómo que se vendieron en un día cien mil ejemplares a cinco céntimos!

—Aquel día le sacaron en hombros de la Cámara.

—¡Oh! perdonad; eso fue cuando habló contra la pena de muerte en defensa de su hijo.

—Dices bien; aquel día...

—¡Oh! ¡aquel día, exclamó la portera con entusiasmo, aquel día le trajeron en triunfo hasta aquí! Yo le vi entrar por esa puerta. Los brazos del pueblo le servían de trono. El no quería verse de esta manera. ¡Es tan modesto! Su familia bajó llorando de alegría a recoger de los brazos de la multitud al gran tribuno. El pueblo lloraba también. Al poco tiempo... Mr. Hugo tuvo que emigrar con toda la familia.

—Si queréis, visitaremos el jardín, dije levantándome.

Anduvimos en silencio.

Al pasar por el patio que precede al jardín, levantó la anciana una mano, y me designó un balcón de segundo piso.

Yo la comprendí y murmuré.

—Allí trabajaba.

—Sí.

—¡Allí trabajaba! repetí en otro tono, contemplando la persiana caída del balcón.

—Por las tardes, cansado de la tarea del día, se asomaba a ver jugar a sus hijos en este patio, o allá en el jardín.

Vamos, vamos al jardín, dije yo aturdidamente.

El jardín es primoroso, pequeño, pero rico de raras flores, de sombríos árboles, y dividido en cuatro partes para los cuatro departamentos de la casa.

—Este pedazo cultivaba él, dijo la anciana. Ahora estaría descuidado,

pues el nuevo inquilino no tiene afición a las flores; pero yo lo riego y lo cultivo, aunque sé que mi señor no ha de volver a verlo.

—No volverá, repliqué yo.

—Vos amáis a Mr. Víctor Hugo, observó la portera mirándome profundamente.

—¡Señora, respondí; es uno de los hombres que más respeto en el mundo.

* * *

Una hora después salí de aquella casa con el pecho oprimido, con la amargura en el alma, con la ira en el corazón.

—¡Anciano! murmuré cuando me vi solo, perdona si he profanado el templo de tus meditaciones.

Lejos de mi patria, como tú de la tuya, acusado de tu mismo *crimen*, de mi amor a las clases desheredadas, con alma bastante para comprender los vuelos de tu imaginación, ya que no con alas para seguirlos, he venido a tu hogar abandonado a besar la fría piedra que ha pisado el sabio, el poeta, el orador, el hombre de bien, cuya fama llena el universo.

Apura resignado tus horas de tribulación; que cuando se hundan los imperios y se pierdan en el vacío los nombres de los que dominan por las armas, la humanidad reconocida te pagará en amor y respeto tus años de expatriación; te bendecirá y a tus hijos; te alzará monumentos con las ruinas de esta caduca sociedad, y maldecirá a los que han amargado los últimos días de tu vida.

Tu reinado es imperecedero, anciano; tú brillas por el talento y la virtud: tú no has hecho el mal; tu misión ha sido de gloria y bienandanza. Cuando los que te injurian hayan vuelto al olvido, tú vivirás, tú reinarás, tú lucirás en el hermoso cielo del porvenir.

Los que te encarcelan no pueden evitar que tu nombre vuele libre por el mundo.

Los que te arrojan de Francia respiran un ambiente impregnado de tu fama, de tu gloria.

Los que cavan tu sepulcro no pueden enterrar en él tus obras.

Tu inmortalidad triunfará de ellos.

¡Porque ellos son ídolos de polvo, que deshará la muerte, y tú eres la luz del cielo, foco eterno de vida!

París, 6 de junio de 1855.

4
LA TUMBA DE BALZAC
(Copiado de mi Cartera)[1]

"Mr. de Balzac era uno de los primeros entre los más grandes, y uno de los más altos entre los mejores... Todos sus libros no forman más que un libro, libro vivo, luminoso y profundo, donde se ve ir y venir, andar y moverse con cierto aire de susto y de zozobra terrible, que tiene mucho de real, nuestra civilización contemporánea; libro maravilloso que el poeta ha titulado *comedia*, y que hubiera podido titular *historia*; que toma todas las formas y todos los estilos; que sobrepuja a Tácito y llega hasta Suetonio, y que atraviesa a Beaumarchais para ir hasta Rabelais; parto a la vez de la observación y la imaginación; que prodiga lo verdadero, lo íntimo, lo civil, lo trivial, lo natural, y que de cuando en cuando, al través de las realidades brusca y anchamente desgarradas, deja entrever de repente un ideal trágico y sombrío... Coge cuerpo a cuerpo la sociedad moderna; arranca a todos alguna parte de su ser, a los unos la ilusión, a los otros la esperanza, a éstos un grito y a aquéllos la máscara. Registra el vicio y diseca la pasión. Sondea y profundiza el hombre, el alma, el corazón, las entrañas, el cerebro y el abismo que cada cual tiene en sí..."

(Víctor Hugo—*Discurso en los funerales de Balzac*).

I

Llueve.

Son las once de la mañana del 8 de junio de 1855.

Estoy en lo alto del cementerio del Padre Lachaise, en la cumbre de un monte de ceniza que se levanta sobre París.

¡París! Miradlo a mis pies; vedlo ahí extendido como una inmensa sábana de catorce leguas de circunferencia. Ahí está París agitado, turbulento, mugidor, envuelto en un sudario de nieblas, afeado por las nubes, ajado por la lluvia. En esta colmena popular, mil y trescientos miles de hombres, van, vienen, se atropellan, se suprimen unos a otros, se pisotean, gozan, ríen, bailan, se engañan, se ahorcan, comen, lloran, duermen, sufren, mueren o se suicidan.

El cementerio está solo, inmóvil, mudo.

Y, sin embargo, aquí hay mucha más población que allá abajo. ¡Esta es la capital de los muertos, el Mont Louis, el cementerio de moda! Hace dos siglos que los parisienses emigran a millones de allí para acá. Hace doscientos años que una incesante muchedumbre entra por esa puerta y no vuelve a salir, sube por esa cuesta y no vuelve a bajar. ¡Aquí debe haber mucha gente!

---

[1] Este artículo salió en *La Ilustración. Periódico Universal*, Vol. VIII, 1856, pág. 11. Aunque Alarcón expresa aquí su admiración por *La Comédie humaine*, tenía más afinidad con la primera manera romántica de Balzac. Véase José F. Montesinos, "Notas sueltas sobre la fortuna de Balzac en España," *Revue de Littérature Comparée*, Vol. XXIV, 1950, págs. 309–38.

Aquí no hay nadie.

¡Ah! pero cuando aquéllos viven tan de veras, sufren tan seriamente, trabajan tanto, gozan con tal ahinco y buscan el porvenir con tales afanes, será porque habrán descubierto el medio de no subir aquí, porque poseerán el elixir de la larga vida; porque aquello es ya lo seguro y esto lo probable.

Ellos vendrán también y vendrán muy pronto.

¡Oh! entonces será que lo ignoran. ¡Desdichados! Vivirán en un error; no sabrán que la muerte les acecha; que la muerte es infalible; que mata al emperador y al obrero; que llega a cualquier hora, en la del hambre o en la de la orgía; en la del goce o en la del dolor; que el dinero no la corrompe, que la ciencia no la convence, que el valor no la doma, que la belleza no la inspira compasión.

Ellos saben todo eso.

¡Con que vendrán y lo saben! ¡Con que la vida es una farsa! ¡Con que la sociedad es una hipótesis! ¡Con que todo ese mundo tan serio, es una palabrería!

Al pie de esta tumba hay un libro de bronce: leed.

La comedia humana.

Estamos en el sepulcro de Balzac.

II

"Al considerar todo lo que me queda por hacer, quizás se diga de mí lo que se ha dicho de mis editores: ¡*Dios os dé vida*! Yo necesito solamente no ser tan atormentado por los hombres y por las cosas como lo he sido desde que emprendí este penoso trabajo...

"La inmensidad de un plan que abraza a la vez la historia y la crítica de la sociedad, el análisis de sus males y la discusión de sus principios, creo que me autoriza para dar a mi obra el título con que aparece hoy: *La comedia humana*."

Así escribía Balzac en julio de 1842 en el prólogo general de sus obras, al publicarlas por el orden bajo el cual fueron imaginadas, ya que no escritas; así las concretaba todas en una sola obra gigantesca.

Es decir: así escribía Balzac al poner la primera piedra del edificio que no concluyó de levantar. De un lado tenía *doscientas novelas* escritas en quince años; eran los materiales, la piedra viva, arrancada y tallada en la sociedad. De otro lado tenía el modelo de la obra; era el fruto de toda una vida de pesares, de estudios y de observaciones.

III

La tumba de Balzac domina a todo París.

El monumento es una urna cónica de piedra, que sirve de base a un busto de bronce.

Este busto representa la cabeza de Balzac.
Tiene una inscripción que dice así:

A su amigo de Balzac
P. J. David d'Angers
1845

Por consiguiente, este busto adornó el gabinete del novelista antes de campear sobre su sepulcro.

En el zócalo de la urna se lee:

Honorato de Balzac
Nacido en Tours, el 2 de mayo de 1799
Muerto en París, el 18 de agosto de 1850

Hay una cruz grabada en hueco.
Debajo se encuentra un gran libro de bronce cerrado.
Sobre la pasta se lee el título que sintetiza todas sus obras.

La comedia humana

Una pluma de hierro descansa sobre el libro.
En torno de este sencillo monumento hay una verja.
Algunos tallos de yedra la abrazan cariñosamente.
Varias coronas de siemprevivas completan el adorno de la tumba.

IV

No lejos de este sitio se halla la Isla de los Españoles, necrópole colonial que vemos con tristeza los que suspiramos lejos de nuestra España querida.

La Isla de los Españoles es, por lo tanto, una patria fúnebre que acoge los restos de los desterrados.

Por la misma razón, esta parte del Mont Louis puede llamarse la Isla de los poetas.

Balzac no está solo, no.

En torno suyo yacen Madama Cottin, Emilio Souvestre, Carlos Nodier, Casimiro Delavigne y otros genios de la Francia.

Ninguno de ellos es hijo de París.

La ambición y la sed de gloria les sacaron de sus provincias; lucharon, triunfaron y murieron sin regresar al hogar de sus padres.

Esta Isla es su adoptiva patria.

V

Con el corazón palpitante, con la cabeza descubierta, permanecí una hora ante la tumba de Balzac.

La lluvia lanzaba a mi alrededor un ancho gemido.

Luego me despedí del gran filósofo, del insigne novelista, del esclarecido poeta.

Besé su busto: escribí mi oscuro nombre al pie de la urna, y arranqué algunas flores a una cruz de siemprevivas que adorna el enverjado.

Así pagamos los españoles los ultrajes que nos hacen en sus libros los escritores franceses.

VI

Balzac, dije al alejarme. Aquí, donde estás sepultado, colocaste a Eugenio Rastignac en el fin de tu *Padre Goriot*. Desde aquí dirigió a París aquella mirada terrible que evaporó su última lágrima. Desde aquí se precipitó en los vicios del gran mundo. Aquí principia tu *Piel de Zapa*, donde Rastignac aparece de nuevo. De allí a la *Maison Nucingen*, esta obra tan grande y tan corta, no hay ya más que un paso. ¡Allí también Rastignac! ¡Luego el *Estudio de mujer*! Madama Listomère... ¡Siempre Rastignac! Dime, Honorato: ¿Quién es ese terrible Eugenio que vive todavía?

¡Y tú has muerto! ¿Cómo pudiste morir tú? ¡Tú, que tanto vivías! ¡Tú, que como Byron y más íntimamente que él, tenías la conciencia de la vida universal! ¡Tú, que como extranjero en el mundo, habías hallado la perspectiva de los seres, la apreciación de las cosas, el por qué de las ideas y los sentimientos!

¡*Comedia humana*! Sí, dices bien. Tu libro se escribió en el borde de la tumba y por eso es un sarcasmo que hace temblar a los vivos. Tú te apoderaste de ellos, como de cadáveres un cirujano, y buscaste la llaga oculta de su corazón. ¡Cuánta impasibilidad en tu pulso! Ni una elegía, ni un sermón, ni una lágrima, ni un anatema te arrancaron nunca los males de la sociedad. ¿Era falta de sentimiento?

No, sin duda: puesto que el sentimiento debía ahogarte a los 49 años de tu vida. ¿Qué era, pues? Que desde la altura de la muerte veías muy pequeños y transitorios los dolores humanos; que engrandecido por la filosofía, no hallaste en el mundo nada verdadero, nada dado, nada eterno como punto de partida o de llegada, y te arrancó una escéptica sonrisa esa humanidad entretenida en los laberintos de unas leyes, de unas necesidades, de unas costumbres, que son el alma del poeta, lo que fueron a Gulliver las cadenas de los Lilliputienses.

¡*Comedia humana*! ¡Sí! —Seguimos representándola y la representarán siempre los hombres y ayer la representaban también, porque hoy, como ayer y mañana, los hombres se aburrirían en el ocio, si no pasasen el tiempo en la mascarada de la vida social.

¡Oh! la humanidad, desocupada, sería una tragedia divina, continuación de la primitiva lucha del Criador con lo criado.

La humanidad, entretenida, es una comedia risible que no divierte a las almas graves y pensadoras.

¡Siquiera, tú has muerto![2]

5
ESPAÑA Y LOS FRANCESES[1]

I

En la historia de España, tan calamitosa de tres siglos a esta parte, no ha lucido un día más aciago para nuestra dicha y nuestra dignidad que aquél en que Luis XIV, disfrazando los cálculos de su codicia con cierta máscara paternal, dijo a su nieto el duque de Anjou, que ya se llamaba Felipe V: "Debéis ser de aquí en adelante buen español; pero sin olvidar que nacisteis francés; ¡*Ya no hay Pirineos*!"

Pensamos explicar los fundamentos de esta opinión nuestra; pero antes creemos oportuno observar que también han sido franceses los que, al cabo de siglo y medio de dominar en España la familia y la política de Luis XIV, han pronunciado esta otra frase, eco y derivación de la ya citada: "El Africa principia en los Pirineos."

Proponémonos asimismo examinar los fundamentos de esta opinión de nuestros vecinos; pero no sin anticipar las siguientes reflexiones.

Supongamos momentáneamente, sólo momentáneamente, que los franceses tengan razón al juzgarnos de esta manera. ¿De quién sería la culpa? Si ellos llamaron *Francia* a la parte de Europa que se extiende del lado acá del Pirineo, y como a tal la trataron y rigieron durante ciento cincuenta años, dicho se está que ellos la han convertido en *Africa*; que ellos, *por confesión propia*, nos han anulado como nación civilizada; que su literatura, que su política, que su filosofía, que sus reyes y sus diplomáticos han sido una calamidad en nuestro territorio, desde que lo invadieron *paternalmente*. Repetimos que esto lo dicen ellos.

Porque, téngase en cuenta una cosa, que es por otra parte el cimiento de toda nuestra argumentación: Téngase presente, que cuando la nación española pasó a ser francesa, *cuando dejó de haber Pirineos*, nuestros detractores de hoy no nos tenían por africanos, sino que nos respetaban muy mucho y nos temían y consideraban no poco. Acordábanse quizás, más que ahora, de que los españo-

---

[2] Alarcón nota: En estos dos últimos años se han suicidado en Francia 7,277 personas.

[1] Este artículo salió en *El Museo Universal*, Vol. III, 1 de junio de 1859, págs. 82–84.

les los habían vencido en todos tiempos, desde Roncesvalles hasta San Quintín; de que les habíamos dado leyes, artes y literatura; de que el Gran Capitán, Carlos V y Felipe II los habían atado al carro de sus victorias; de que su rey más valiente fue nuestro prisionero en Pavía; de que antes les habíamos expulsado de la baja Italia y de que después los derrotamos en Flandes, en las Islas Terceras, en su propio territorio, donde quiera que con ellos nos las hubimos; en tantos encuentros, sitios y batallas que la memoria no basta a retenerlos. ¡Quizás se acordarían de todo esto cuando nos llamaron sus amigos, sus aliados, sus hermanos, dando por no existente el Pirineo!

Y eso que, en aquella sazón, España acababa de pasar por el reinado de Carlos II; eso que en aquel entonces cumplíamos la penitencia de haber pertenecido a otra familia extranjera, que si inauguró gloriosamente en Carlos V, descuidó siempre nuestro suelo por obedecer a su espíritu de conquista o por mirar a su tierra originaria; eso que habíamos caído en un misticismo imbécil desde que Felipe II declaró en España el terrorismo cristiano, al grito de "la Religión está en peligro"; eso, en fin, que en 1700 no éramos, ya sino la sombra de lo que habíamos llegado a ser algún día.

Pero esta sombra—volvemos a decirlo—inspirábales aún respeto y miedo. No; no éramos todavía *El Africa* para los franceses. Eramos aún los que habían hecho volver a sus arenas a los verdaderos africanos, que en numerosas legiones invadieron la Europa en el siglo VIII; éramos los que habían salvado el cristianismo en una lid de siete centurias; ¡los que al expulsar de Europa al último infiel, enviaron a América al primer cristiano! los que habían descubierto el camino de las Indias Orientales (pues hablamos también por cuenta de nuestros hermanos los portugueses, que al fin moran del lado acá del Pirineo), y conquistado al Occidente un mundo más grande que el hasta entonces conocido; éramos, en fin—y esto se hallaba muy reciente—la nación de Felipe IV, si no tan próspera en bienes materiales como la de Luis XIV, muy más ilustrada y civilizada, que diríamos ahora;—como que en ella brillaron, y de ella remedaron los franceses, joyas inestimables de literatura, verdaderas maravillas de arte; todas aquellas obras que salieron de las manos de Cervantes, de Calderón, de Ribera, de Velázquez, de Lope de Vega, de Murillo, de Quevedo, de Alarcón, del Padre Téllez, y de tantos y tantos como hoy decoran las bibliotecas y museos de todo el mundo. ¡Eramos *España*, para decirlo de una vez!

Pero desaparecieron los Pirineos; la política francesa, más perniciosa aun para nosotros que la austriaca, pues siquiera ésta tenía su centro en nuestra nación, sustituyó a la política española. Fuimos diplomáticos; figuramos en pactos de familia; se nos impusieron leyes, trajes y costumbres que disonaban con nuestro carácter; se nos arrancaron las uñas; se nos afeminó; con pretexto de ilustrarnos, se nos privó de toda iniciativa, de toda fuerza, de toda autoridad; perdimos la autenticidad histórica, por no decir la autonomía nacional; arrebatáronnos la espada de Toledo y nos dieron el estoque de Versalles; nos

aficionaron al lujo y a la danza; corrompieron nuestra lengua, nuestros hábitos, nuestros fueros, nuestra legislación; nos regalaron, sí, puentes y caminos, academias y museos; pero nuestras artes, nuestras letras, nuestra particular filosofía desaparecieron para siempre; y la intriga sustituyó a la fuerza, y la comodidad material al ideal inefable, y la ciencia a la inspiración, y el interés a la poesía, y la utilidad al honor, y lo temporal a lo eterno. Alégrense los políticos (como políticos, nos alegramos nosotros también) de que la luz de la Enciclopedia alcanzase a España; pero ¡ay! ¡que desde entonces el mundo moral fue todo ruinas! La revolución francesa acabó de desnaturalizarnos; no la habíamos hecho nosotros; no estaba aún en nuestro corazón; no respondía a nuestras necesidades; no interpretaba nuestro modo de ser y de sentir, y fue para los españoles lo que un verano precoz para los campos; granaron las siembras de riego, y las de secano dejaron de crecer; nuestro pueblo era niño todavía (dichosamente la obra española de Luis XIV no estaba aún terminada), y recibió demasiado pronto el fardo de sus derechos; quitósele la fe para darle el pensamiento; pero no estaba aún en estado de pensar, y se quedó sin lo uno y sin lo otro; ¡sin filosofía ni creencia! ¡Tal estábamos los favorecidos del gran rey, en tiempos del pseudo-rey Carlos IV! —La Guerra de la Independencia nos salvó milagrosamente.

Hay en la Guerra de la Independencia ciertos fenómenos que hacen mucho a la cuestión que hemos planteado. Empezó aquella lucha por una abdicación de nuestros gobernantes en favor de Napoleón I, pero abdicación que pudiera llamarse de otra manera, puesto que se inició el día en que Carlos y Fernando comprometieron en manos del emperador francés sus disensiones de familia. Estalló al cabo la guerra, y aún viose a mucha parte de la nación (especialmente a los cortesanos y magnates), declararse *afrancesados* y opinar por qué la Francia debía absorbernos. Pero el pueblo tiene un maravilloso instinto; en el fondo de su conciencia dormía la convicción de que la influencia francesa estaba siendo de muy antiguo una calamidad para España; despertaron, pues, los recuerdos de antiquísimos odios, de seculares antipatías, y el pueblo rechazó a los franceses, los derrotó y recobró su independencia. Con ella, sea dicho de paso, recobró la vida y la libertad. Tentativas hizo la familia de Luis XIV por restablecerse en el trono de Francia, y las mismas tentativas se vieron en el gobierno de España por volvernos a la dependencia en que por tanto tiempo habíamos vivido, pero desaparecieron al fin Carlos X y Fernando VII; una revolución puramente española abrió nuevos horizontes a nuestra patria, y desde entonces, sólo desde entonces, los franceses dieron en decir que el *Africa principia en los Pirineos*.

Pero hemos llegado a los tiempos presentes. Seguir hablando de historia equivaldría a hablar de *política*, y nosotros escribimos en un periódico literario; veamos, pues, de encaminar nuestra cuestión al terreno de las costumbres, abandonando la esfera de los gobiernos.

II

Admírense nuestros lectores; al llegar a este punto, nos ponemos aparentemente en contradicción con nuestros anteriores asertos, y damos completamente la razón a nuestros vecinos. Nosotros creemos también que el *Africa principia en los Pirineos*.

Pero no lo creemos, dando a esta frase el tono depresivo con que ellos la pronuncian, sino queriendo significar otra cosa muy diferente. Nos explicaremos.

Locura fuera hacernos ilusiones; los franceses nos desprecian verdaderamente, y al deprimirnos, lo hacen de buena fe. Sabemos que hay excepciones; las conocemos; nos honramos con la amistad de muchos transpirinaicos que, o por ser más leales o por haberlo meditado más profundamente, tienen de nosotros una opinión menos desventajosa. Pero la generalidad, el sentimiento colectivo, la conciencia vulgar, el juicio dominante en libros y periódicos franceses, es el que acabamos de consignar: un desprecio que raya en compasión; no el odio de otros tiempos; no la emulación del siglo XVI; no los celos del siglo XV, ¡sino el desdén más soberano!

Pues ¡admírense nuestros lectores otra vez! Lo peor de todo, al menos en nuestro concepto, es que tienen muchísima razón. Aquí reclamamos de nuestros paisanos un poco de paciencia.

Despréciannos los franceses, porque de algún tiempo a esta parte tenemos a orgullo el imitarlos en todo; porque pretendemos parecerles; porque hemos abdicado (intencionalmente tan sólo) nuestro españolismo tradicional en aras de un continuo y lamentable galicismo; porque deseamos confundirnos con ellos, pasar por tales, merecerles carta de ciudadanía. ¡Porque *hemos renegado*, para decirlo de una vez! Porque ahora, en fin, somos nosotros los que decimos a cada instante, la aborrecida frase de Luis XIV: ¡*Ya no hay Pirineos*!

Esto sólo bastaría para que nos menospreciase aquel pueblo presuntuoso, que se cree curador, si no tutor, de todo el que no ha nacido entre el Rhin y el Vidasoa; pues añadid ahora otro dato horrible, y es que nosotros (gracias por ello rindamos al Altísimo) hacemos detestablemente el papel de franceses; añadid la torpeza del actor o lo malo de la comedia que queremos representar; vednos convertidos en 16,000,000 de don Frutos de Calamocha;[2] meditad en la ridícula posición de los graves españoles queriendo pasar por superficiales; imaginadnos *atados y cortados* a cada momento, como todo el que lleva un traje que no es suyo, como un honrado militar metido a diplomático, como un labriego con guantes y trabillas, como cierto hombre de bien cuando temía que

---

[2] Don Frutos de Calamocha, el protagonista patán de la comedia de Bretón de los Herreros *El pelo de la dehesa* (1840). Natural del pueblo de Belchite en la provincia de Zaragoza, Don Frutos corteja a la hija de una marquesa en Madrid y la pierde a causa de sus maneras toscas.

pasar por hombre de Estado, como Aquiles vestido de mujer, y decidnos si no hay razón para que se rían de nosotros los que nos ven esforzarnos por parecer lo que Dios no quiso que fuéramos, lo que no somos, lo que no debemos ser nunca; decidnos si no hay motivo para que nos llamen africanos en castigo de no querer ser españoles y de no acertar a dejar de serlo!

¡Ah! sí: *Francia termina en los Pirineos*. ¡Nosotros no servimos para franceses; se nos conoce la *contrefaction*! Si es esto lo que quieren significar al relegarnos al *Africa*, ¡sea mil veces enhorabuena! ¡Alegrémonos, queridos compatriotas! ¡Regocijaos, africanos!

Pero conformémonos todos con nuestro africanismo; renunciemos a pasar por otra cosa; tengamos el orgullo y la conciencia de nuestra entidad genuina; vivamos a nuestro modo; ¡*haya Pirineos*! Y todo el mundo nos respetará, porque a lo menos no estaremos en ridículo.

Seamos españoles; fundemos nuestra vanidad en serlo. Veréis cómo entonces desechamos esta timidez que embaraza nuestros movimientos; veréis cómo recobramos la iniciativa que nos distinguió en otras épocas, cómo prevalecen nuestras modas, cómo renace nuestra literatura, cómo florecen nuestras industrias y nuestro comercio, cómo existimos, cómo pensamos, cómo se nos tiene en cuenta, cómo se declara en Europa nuestra mayor edad.

Todo esto es muy fácil; aún es tiempo; no nos engañan las apariencias. Los franceses, en siglo y medio de influencia directa sobre nuestro país, sólo han conseguido modificar la superficie de nuestras costumbres, y eso en determinadas clases. Tenemos sus modas, algo de su literatura (hoy menos que hace algunos años), un poco de su cocina y de su etiqueta, bastante de su administración, mucho de sus innegables progresos industriales y comerciales, pero nuestro carácter, nuestra idiosincrasia (digámoslo así), nuestra índole, nuestras costumbres fundamentales, nuestros afectos, nuestras pasiones, nuestros instintos, todo eso vive y palpita en las entrañas del pueblo español, fijo, inmutable, indestructible, como el oro en inaccessibles montañas, como nuestras montañas, inmóviles en sus pedestales.

Si esto es pertenecer al Africa, al Africa pertenecemos. Quizás lo habíamos sospechado antes de que nos dierais la noticia. Quizás nos creemos más parientes de Sem que de Jafet. Quizás lo tenemos a orgullo. De cualquier modo, ¡algo hemos de ser! No somos eslavos; no somos anglo-sajones, y a los franceses, que son el riñón de la raza latina, no nos parecemos en nada. ¡Quién sabe si seremos semíticos desde que atracó en la Armenia el arca de Noé!

Por nuestra parte, entre ser un remedio de los franceses, o unos moros como Dios nos haya criado, preferimos esto último.

Sean remedo de los franceses los que lo crean una gloria; nuestro pueblo, la nación, España, no podrá serlo nunca. Ni se ha afrancesado, ni llegará a afrancesarse. "Tanto peor para vosotros," exclamarán los que se llaman y son

efectivamente la cabeza de Europa. —Pues bien, sí; replicamos nosotros. Seremos lo peor con tal de ser la verdad.

¿Verdad somos? Este es nuestro primer timbre. Carecemos de vuestro carácter flexible, cómico, burlón, acomodaticio. No sabemos hacer tantos papeles en un día, ni tener tantas clases de gobiernos en un año. Carecemos de vuestra maestría para dominar la pasión y modificar el temperamento. Admiramos vuestra locuacidad al alcance de todos, vuestra cortesía inalterable, vuestra movilidad asombrosa, vuestro entusiasmo proteo, vuestra habilidad para imitar las flores con trapo, el oro con doublé, las perlas con cristal, las piedras con cartón, la música con ruido, el sentimiento con palabras, la fe con prosa, la seriedad con actitudes, y las lágrimas con coronas fúnebres puestas a la venta en las avenidas del Padre Lachaise.

Nosotros somos más torpes, más serios, más graves, más rígidos, más *gauches*, más sinceros o más cándidos (*a votre plaisir*), más apasionados, más vehementes, más pobres hombres.

Nosotros solemos amar hasta el crimen o la locura, creer en Dios hasta el fanatismo, llevar palos por la virtud como don Quijote. Nosotros desconocemos vuestra galantería oficial, casuística, reglamentada, y la suplimos con otra, que es peculiar nuestra, sencilla, natural, espontánea, que brota del corazón como las flores del campo. Cuando imitamos vuestras *soirées*, acontece que vuestra etiqueta le viene estrecha a nuestra cordialidad, a nuestra llaneza, a nuestro salvajismo, y faltamos a *toutes les convenances*, y nos olvidamos del papel que estamos haciendo, y damos asunto a vuestra crítica, si por acaso os halláis en nuestros salones. Porque también somos salvajes en esto; brindamos hospitalidad, como los árabes, al primer recién llegado, y partimos con él la mesa y el hogar, el corazón y el bolsillo. ¡Compadecednos, señores, pero no podemos remediarlo!

Vosotros sabéis refinar más vuestros goces; coméis más; bailáis mejor en la cuerda tirante y en la cuerda floja; sois más elásticos, más serviciales, más utilitarios, más amantes de la forma—¡el fondo que se lo lleve el diablo! ¡Ah! sí, vosotros lo pasáis mejor en esta vida, tenéis más dinero, podéis hablar de más cosas, aun sin conocerlas, divertís más a la Europa, tenéis criados modelos, encontráis hombres y mujeres para todo, dais un culto más ardiente al Dios *franc* y a su profeta el *sou*, hacéis todo género de travesuras por adquirirlos; os convertís de humanitarios en guerreros, de autónomos en imperialistas, de tiranos de Italia en sus libertadores; colocáis a la diosa Razón en el altar de María, y mañana a Santa Genoveva en el ara de la diosa Razón: nuestro frac, nuestro paraguas, nuestro cosmético, nuestro perfume, nuestro bastón, nuestro papel, nuestro tintero, la pluma con que escribimos estas líneas, nada nos pertenece, todo es vuestro. ¡Ya veis que os hacemos justicia! Y no es esto todo; como nación, sois muy grandes; tenéis el entusiasmo patrio de los antiguos

helenos o de la república de Roma; abundáis en valor cívico, en dignidad colectiva, en nobles virtudes públicas, pero, hombre a hombre, como individuos, como miembros de una familia, como amantes, como amigos, como cristianos, como hijos, como padres, tenéis mucho que envidiar a los pobres indígenas del Africa.

Cuáles timbres sean mayores, si los del hombre privado o los del hombre público, cuestíon es que dejamos a vuestro sano criterio.

Por lo demás, y para concluir, os diremos que los ingleses y los alemanes no nos creen tan africanos como vosotros. Esto no significa nada, pues que vosotros os burláis también de los alemanes y de los ingleses; de éstos porque tienen las piernas largas, y de aquellos porque tienen el cuello corto. Dentro de veinte años hablaremos.

II. ARTICULOS DE CRITICA LITERARIA Y MUSICAL

1
REVISTA DE MADRID[1]

I

O
Más claro; cero.

II

Historia de la semana.
Ha llovido a razón de un 96 por 100.
Es decir, veinte y tres horas diarias.
Han muerto del cólera 400 o 500 habitantes de Madrid, sin distinción de color político.
He aquí todo: agua y peste, charcos y cadáveres.
Total: barro.

III

Desmenucemos.
Los fondistas se quejan de la dieta universal.
El que nos tiene a su mesa, decía esta mañana, asombrado de nuestro apetito y de nuestra voracidad:
—Pues señor, ¡esto no puede seguir asi! ¡Ya nadie comete excesos! ¿Qué se hicieron aquellas comilonas que dejaban un 75 por 100 de ganancia? ¡Oh! ¡qué buenos tiempos me recuerda Vd. al verle comer sin melindres! ¡Así hubiera muchos madrileños tan despreocupados como Vd!

---

[1] Esta revista salió en *El Occidente* del 14 de octubre de 1855.

Pero desmenuzaríamos demasiado si copiásemos aquí los discursos de nuestro patrón.

Reasumiendo: en Madrid no pasa nada.

Por no pasar nada, ni siquiera se come.

Marasmo, inacción, atonía en todas partes.

No parece sino que ese nublado que encapota constantemente el cielo es una montera de plomo que pesa sobre Madrid y lo asfixia, lo agobia, lo anonada.

Madrid está triste, oscuro, lánguido.

Madrid está enfermo.

Todo lo que vemos, y hasta lo que oímos, nos parece gris, descolorido, de color de lodo.

¡Pobre Madrid! ¡Qué contentos estamos!

He aquí a la corte de toditas las Españas poseída del tedio que nos devora a nosotros crónicamente.

¡Oh, hijos inhumanos de San Isidro! ¡A cada cual le llega su San Martín! ¡Hoy estáis vosotros mustios y cabizbajos, mientras nosotros comemos como un ogro, nos reímos y os compadecemos!

Porque, lo repetimos, en Madrid no sucede nada.

Y esta falta de acontecimientos constituye un hecho, un acontecimiento terrible.

La calma chicha nunca es estéril de tormentas.

¡Qué espantosa parálisis, qué insoportable monotonía la de esta semana!

Ni un discurso notable en la Cámara,

Ni un gran acontecimiento teatral,

Ni un duelo,

Ni un suicidio.

Hasta la chismografía y la calumnia han vuelto a sus madrigueras, temiendo las iras del feroz Gangético.

¿Qué más? Los milicianos viajan ya sin *képis*, como si el entusiasmo patrio hubiese también decaído en sus almas.

¡Oh! sí; la enervación es universal.

Madrid está postrado como el corazón de un libertino.

Si subimos a las regiones del poder, hallaremos la misma insipidez, la misma inercia, el mismo letargo.

Espartero gasta pacíficamente sus laureles;

O'Donnell bosteza,

Et sic de ceteris.

Quizá consista en nuestro modo de ver, pero es la verdad que todo se presenta a nuestra imaginación lacio, desteñido, desmalazado.

El Madrid moral como el Madrid físico, los hombres y las cosas, los hechos y las ideas, carecen de energía.

La fe política es hoy un sarcasmo.

El sentimiento monárquico un sentimiento.

La democracia un feto que se convierte en mola, una idea desmayada, una chispa divina ahogada en metáforas y retruécanos.

El periodismo un aguijón sin punta.

Romea un gran genio dormido.

Y el hermano de D. Enrique. No hablamos de D. Pedro el *Cruel*, sino de D. Joaquín Arjona, —D. Joaquín Arjona, decimos, es una sombra de lo que va a ser.

¡Oh, sí; la laxitud está a la orden del día!

Los comerciantes no venden.

El teatro real vegeta.

Los pájaros no cantan.

Las tertulias no dan señales de vida.

Los obreros no ganan un jornal.

Los diarios extranjeros no traen una noticia.

Nuestro ministerio no cae ni se levanta.

Ayguals de Izco no concluye su novela.

¡Cuando decimos que nada sucede en Madrid!

El Congreso y *Estebanillo*[2] han dejado de atraer gente.

El Prado está desierto.

El Papa no nos excomulga, ni el gobierno nos vuelve a la gracia de Pío IX.

Donde únicamente se nota algún vigor es en su alistamiento forzoso para la milicia.

Pero el señor Bruil no conoce a S. M. por la moneda.[3]

En cambio, los milicianos se entierran sin pompa, aunque si con pompón.

Los mismos polacos han dejado de conspirar.

Las diligencias llegan vacías.

Hoy no hay sesión de Cortes.

¡Desventurado Madrid!

IV

Alcance. Ultima hora.

Hemos tenido dos tardes y media de sol.

Prepárase en el Circo una zarzuela nueva de los señores Camprodón y Barbieri titulada: *El vizconde*.

Hemos leído una gacetilla de *La España, en la cual se duda que estén*

---

[2] *Estebanillo*, zarzuela con letra de Ventura de la Vega y música de Gaztambide y Oudrid.

[3] El banquero Juan Bruil era entonces Ministro de Hacienda.

escritas ciertas obras que anunciamos en nuestra revista anterior, añadiendo dicho periódico que son proyectiles lanzados contra no sabemos qué Sebastopol.

Sepa el señor gacetillero que nosotros no lanzamos proyectiles sino por nuestra cuenta, y que cuando los lanzamos, no son huecos, es decir, falsos como supone su merced. No escudriñe las intenciones de nadie quien así las tuerce gratuitamente, y respete más las aseveraciones de nuestra pluma, siquiera sea por consideración a que las suscribimos con nuestro nombre entero y verdadero.

Las obras anunciadas en la anterior revista están terminadas, pésele a quien le pese; y porque lo están y nos consta, lo dijimos y al decirlo nos proponíamos otro objeto que dejar de callarlo.

En resumen: el tono, los tropos, la idea y la tendencia de la citada gacetilla son pobrísimos y censurables. Es probado.

Hablemos de otra cosa.

La señora Ruíz y el señor Rodrigo, actores del teatro de Variedades han logrado un triunfo completo en la *Saboyana o la gracia de Dios*, representada en dicho coliseo el jueves y el viernes de esta semana.

Conocida es ya del público esta sencilla y tierna comedia, arreglada a nuestra escena por el señor García Gutiérrez, y más que conocido es para los *dilettantes* su argumento, puesto que es el mismo de la *Linda* de Donizetti; no nos detendremos, pues, a enumerar las bellezas de la *Saboyana*.

Lo que no callaremos es que en las dos noches mencionadas hemos visto a todo un público, así a hombres como a mujeres, temblar, palpitar, verter lágrimas y aplaudir frenéticamente, llamando repetidas veces a los actores al palco escénico; esto nos ha hecho concebir las más lisonjeras esperanzas acerca de la joven señora Ruíz, a quien desde luego auguramos un brillante porvenir en su carrera.

Poliuto se ha cantado en el Teatro Real con mediano éxito.

Esta noche nos prometemos pasar un buen rato con *Rigoletto*, aunque según nosotros no es Verdi el que ha de proporcionar mejores triunfos a aquella compañía, sino Rossini y Bellini, para cuyos repertorios son mucho más aptos los señores Benabentano, Galvani y Mattioli.

Los liberales de Antequera han hecho fuego *motu propio* contra los socios del Casino, y en Cataluña han sido pasados por las armas algunos partidarios de Carlos VI.

Hay dos clases de cólera.

Nosotros no pertenecemos a ninguno de ellos, porque ni tememos al uno ni amamos al otro.

Pedro Antonio de Alarcón

P.D. El pseudónimo que hemos recibido de Barcelona no nos ha gustado, y lo hemos devuelto.[4]

2
REVISTA DE MADRID
HISTORIA DE LA SEMANA[1]

Domingo, 14 de octubre

A las diez de la mañana. —En una Revista de Madrid, que trae *El Occidente* de hoy, leemos lo que sigue:

"Esto nos ha hecho concebir las más lisonjeras esperanzas, acerca de la joven señora Ruíz, a quien desde luego auguramos un brillante porvenir en su carrera."

A las once de la mañana. —Mientras nuestros suscritores almuerzan hoy con aquella parsimonia que la enfermedad reinante exige, y leen por vía de digestivo las precedentes palabras escritas por nos anoche, al volver del teatro de Variedades, donde habíamos admirado a la señora doña Concepción Ruíz en la *Saboyana o la gracia de Dios*,

—coma,—

la señora doña Concepción Ruíz es conducida a su última morada, víctima de un ataque fulminante de cólera.

Aquella alma, cuyos afectos vibraban hace doce horas en mil conmovidos corazones, aquella alma, ya no está en la tierra.

La mujer que anoche colmó de aplausos un público enternecido, al par que entusiasmado, esa mujer ya no existe.

Su voz ha callado para siempre.

Esta noche, en vez de hacer el papel de Linda de Chamounix, la primera dama del teatro de Variedades será pasto de gusanos.

La empresa ajustará otra, y punto concluido.

A las dos de la tarde. —Hemos estado en la exposición.

Sí, señor; en la exposición! ¿Creían Vds. que en Madrid no había también exposición? —Pues la hay.

---

[4] En una posdata a la "Revista de Madrid" en *El Occidente* del 9 de octubre que no se reproduce aquí, Alarcón había puesto: "En la próxima revista usaremos un pseudónimo nuevo que debe llegarnos de Barcelona."

[1] Esta revista salió en *El Occidente* el 21 de octubre de 1855.

Esta exposición es la de los cuadros presentados a la Academia de Bellas Artes, optando a una pensión de 12,000 rs. en Roma. El asunto es la Resurrección de Lázaro.

Cuatro son los artistas que se han lanzado a la palestra; cuatro, por consiguiente, son los lienzos expuestos al público.

Sus autores, los señores García, Gisbert, Casado y Barroeta.

Como quiera que la presente revista no se publicará hasta el domingo próximo, y entonces estará ya otorgado el premio, diremos que el cuadro que más nos gusta, y más se elogia públicamente, es el del señor Gisbert; esto no obsta para que hayamos oído decir que el del señor Barroeta será el premiado.

Y ahora que nos ocupamos de pintura, no podemos menos de lamentar la indiferencia con que nuestro gobierno mira siempre —hasta cuando se llama *progresista*, (y quizá entonces más que nunca) —la vida de las bellas artes.

Abierto se halla hace mucho tiempo un concurso para adjudicar un premio al autor del mejor cuadro que represente el acto de la Coronación de Quintana, y hasta hoy son muy pocos los artistas que han acudido a tomar parte en la competencia. ¿Consiste esto en que nuestra patria carezca de pintores capaces de acometer tamaña empresa? No seguramente. En lo que consiste es en que nuestros jóvenes artistas carecen de recursos para costear, así los modelos, como los demás gastos que requiere el boceto con que se firma la oposición. En lo que consiste es, en que para descollar en España de cualquiera modo que sea, se hace necesario debérselo todo a sí mismo, y no a la protección natural que otros gobiernos otorgan al mérito y al estudio. No concluiremos de hablar de pintura sin citar, siquiera sea de paso, los magníficos retratos de nuestros constituyentes, que está haciendo el señor Vallejo, los del estado mayor del ejército, que dibuja el señor Valdivieso, los característicos cuadros que pinta el señor Bande, y la munificencia de Lord Howden, embajador de Inglaterra en Madrid, y generoso remunerador de las tareas de nuestros artistas.

Más pudiéramos decir y enumerar y elogiar a este propósito; pero nos falta espacio; otro día pasaremos revista más rigurosa a nuestros discípulos de Apeles.

A las doce de la noche. —Hoy han sido invadidas del cólera 64 personas; han muerto 54; y se han curado 6.

Hasta mañana.

Lunes

Hemos oído decir que el Sr. D. Adelardo Ayala, hoy ausente de esta corte, se ocupa en concluir una zarzuela titulada las *Germanías de Valencia*, música del Sr. Oudrid.

Esperamos que el inspirado autor del *Hombre de estado*, de *Rioja* y de *Guerra a muerte* añada con su nueva obra otro timbre más a su justísimo renombre.

Ha llovido.

Las obras del Sr. Tamayo y Baus siguen alternando en el Príncipe con las del teatro antiguo.

Prepárase *Locura de amor*; el Sr. Arjona ha reconocido que el Sr. Romea es más idóneo, digámoslo así, para el papel de Felipe I el *Hermoso*, y se lo ha cedido con una resignación que le honra.

Invadidos del cólera morbo en este día, 84. Muertos 51.

Martes

Día aciago.

Las Cortes constituyentes se ocupan de la confección del almanaque.

Sus tareas dejarán muy atrás la corrección gregoriana.

Cántase el *Rigoletto* en el Teatro Real.

Benabentano exagera mucho unas veces, y otras se aparta de la situación, de la filosofía, del pensamiento, por lucir sus maravillosos dotes para el canto, la flexibilidad de su garganta, la elasticidad de su voz; sin duda ignora el Sr. Benabentano que donde no hay verdad, no hay belleza. Así y todo, repetimos que es buen artista.

La contralto, la Sra. Vietti, nos parece muy linda, ¡muchísimo!

La Sra. Tilly es muy aplaudida y con sobrada razón.

Galvani vuelve a fracasar; ya hemos dicho que este cantante no sirve para la música de Verdi. Verdi no canta con la garganta, sino con el pecho; quiere declamación y no *fioriture*; un grito ancho, espontáneo, armónico y robusto, en vez de aquella galanura, de aquella movilidad, de aquel claro-oscuro que Rossini buscaba en los cantantes. Malvezzi es todo un tenor de Verdi; en cambio carece de la artificiosa ejecución que exige la primitiva escuela italiana, ejecución que posee el Sr. Galvani, como nos lo hace ver en *Linda de Chamounix*, donde siempre se le aplaude con justicia.

Viallety luce en el papel subalterno de Sparafucile —¡Lo que es el genio! —¡Pero nosotros no podemos menos de acordarnos de Baillou, del gran Sparacucile, del Sparafucile por antonomasia!

Por último. El cólera invade a 70 y mata a 49 madrileños.

Miércoles

Celebra junta general la sociedad de autores dramáticos y declara comprendidos a los Sres. Guerra y al Sr. Tamayo en el artículo 17 de sus estatutos, el cual dice que el que faltase a las determinaciones de éstos, será expulsado de la sociedad y no volverá a ser admitido en ella.

Sentimos sinceramente este anatema que excluye para siempre de la comunión dramática a jóvenes de tanto mérito como lo son los autores de *Locura de amor*, *Alonso Cano* y *La rica hembra*.

Invadidos del cólera morbo, 82. Muertos, 64.

Jueves

Hemos oído decir que en la junta de autores dramáticos a que aludimos ayer se trató de trasladar la corte literaria a otra capital de España, a fin de representar las obras nuevas de nuestros autores y satisfacer así las quejas de las empresas de provincias, que claman contra la carestía de novedades teatrales. Parece que se señaló a Cádiz como el punto más a propósito para establecer los reales de Talía. Esto nos hace recordar una muy parecida emigración de la corte de España a la misma ciudad de Hércules, allá por los tiempos en que Chateaubriand andaba por el mundo.

También hemos sabido que la Academia de Bellas Artes ha fallado ya en el certamen de los cuadros sobre la Resurrección de Lázaro, otorgando la pensión al Sr. Gisbert.

Ponemos a Dios por testigo de que cuando escribíamos la columna anterior de esta revista ignorábamos el juicio de la academia, puesto que aún no lo había pronunciado. El que no lo crea que lo busque.

Estamos pues, conformes con el acuerdo, y nos complace tanto más, cuanto que la academia, teniendo presente el indisputable mérito de los otros tres cuadros, ha propuesto al gobierno otra pensión extraordinaria para el Sr. Casado y la adquisición de los otros dos lienzos por 10,000 reales cada uno.

Desearemos que el gobierno apruebe dicha proposición en todas sus partes, con tal que la pensión que se otorgue al Sr. Casado sea verdaderamente extraordinaria, y no la que debiera concederse en el concurso del año próximo como se hizo en otra ocasión, con el Sr. Hernández, si mal no recordamos.

Ninguna otra cosa notable ha ocurrido en Madrid durante las últimas veinte y cuatro horas. ¡Ah! sí; *Guerra a muerte* ha sido muy aplaudida en el Circo, según nos cuentan, y en el Teatro Real la Gazzaniga ha obtenido, como el Cid, un triunfo póstumo, más claro. *El trovatore* se ha cantado esta noche en dicho coliseo, los recuerdos de Marieta han hecho estériles todos los esfuerzos de la Gariboldi.

Invadidos 91.

Muertos 73.

¡Sopla!

Viernes

Hasta hoy no ha llegado a nuestra noticia que los Sres. Ayala y Arrieta traen entre manos una nueva obra titulada *Me llamo Andana*, la cual no es otra cosa que la segunda parte de *Guerra a muerte*. Sólo con que corresponda a la primera, ¡aleluya parroquianos del Circo! Buenos ratos se os preparan.

Al mismo tiempo acabamos de saber que *La paja en el ojo ajeno*, comedia del Sr. Ariza, va a ser estrenada en el teatro de Valencia dentro de muy pocos días. ¡Y eso que no estaba ni pensada!

Item. Hoy se ha dado sepultura al Sr. D. Agustín Azcona.

¿Quién era D. Agustín Azcona? He aquí una pregunta que nadie hará al leer ese nombre; puesto que ese nombre perteneció a uno de los literatos más populares, más justamente aplaudidos y más españoles que la primera mitad del siglo XIX ha legado a la otra mitad.

El, como nadie, contribuyó a acreditar la zarzuela, siendo uno de los que mejores lauros han recogido en este género de literatura. Ahí están *Moreto, La pradera del canal, La venganza de Alifonso, El sacristán de San Lorenzo* y *La Virgen del Puerto*, inédita esta última, modelos todas ellas dignos de estudiarse por los confeccionadores de libretos. Su tragedia, *Regulo*, su Historia de Madrid, sus artículos del *Panorama* y otros, así políticos como literarios, escritos en la anterior época constitucional, le acreditaron de eminente poeta, de culto y castizo hablista, de ingenioso escritor, de hombre erudito.

Para concluir, y decirlo todo de una vez, creemos lo más oportuno trascribir un relato sublime que se nos viene a la memoria, puesto en boca del Tío Blas en *La pradera del canal*.

Es un viejo, a quien hacen burla varios petimetres por la rancia catadura de su sombrero.

¡El viejo se indigna y dice estas notabilísimas palabras!

Señores, este sombrero,
que tanta burla fomenta,
tres docenas de años cuenta.
en mi cabeza... ¡salero!
Con este sombrero así,
puesto lo de alante atrás,
era en otros tiempos Blas
el temerón de Madrí.
Bien macuerdo; yo tenía
veinte años, un corazón
hecho a prueba de cañón
y un alma mu renegría.
Tiraba yo la naaja
más listo que un volatín;
mi genio era un polvorín
y mi persona mu maja...
Estas troneras, señoras...
—¡cinco son... casi están juntas!—
por donde asoman las puntas
de estos deos pecaores,
recuerdan cada una un rayo

de mi sombrero en las alas,
abierto con cinco balas
en el día dos de Mayo.
Pero yo con mi escopeta
hice en aquel laberinto
más riza que Carlos Quinto
cuando tomó la goleta.
Madrí era entonces un pasmo
de valor, de bizarría,
de... ¡basta, por vida mía!
que sin querer mantusiasmo.
Todo Madrid me conoce,
¿No visteis esta fegura,
y este gesto en la pintura
del hambre del año doce?
Pues aquel hombre que mira
de soslayo allí a un *mosiú*,
¡gracisadios, con salú
en el señor Blas respira!
Entonces éramos bronces
los que caducamos hoy;
ufano por tanto voy
con mis harapos de entonces;
más que cuente por docenas
hoy sus nuevas maravillas
la España de las trabillas
de la polka y las melenas.

¡Qué nobles arranques, qué locuciones tan características, qué gracia y qué verdad en ese sublime relato! El inmortalizaría por sí solo a Azcona, como ha hecho célebre el abigarrado lienzo a que hace referencia. Ese Tío Blas, anterior y posterior al Cuadro del Hambre que inspira al pintor, y luego al poeta y atraviesa la historia para llegar a nuestros días, es un tipo original, palpable, que se destaca grandemente del fondo de la escena.

Nos cuentan que Lombia era inimitable en ese papel. ¡Oh Lombia! (¡Oh Trapero! ¡Oh Avaro! ¡Oh César! ¡Oh Tararira!) ¡Cata ahí al Sr. Arjona dando vueltas alrededor de tu sepulcro y mirando por las rendijas de tu losa fúnebre, para sorprenderte un gesto, una palabra o un movimiento que hacer luego pasar por suyo en el teatro del Príncipe! ¡Y ni aun así logra su objeto de aparecer a nuestros ojos como tu segunda parte, como una especie de Lombia II!

Pero basta de muertos, y ya que estamos casualmente a las puertas del Príncipe, pasemos adelante.

—¿Qué función va esta noche?

¡Ah! ¡*Locura de Amor*! ¡Qué nos place! ¡Cáspita! ¡Qué bonita sale Teodora! Pues señor, este drama nos gusta.

No porque su autor esté literariamente excomulgado, hemos de ser nosotros injustos con él.

Locura de amor es una obra bien imaginada, bien sentida, bien escrita y sobre todo divinamente ejecutada.

Estas palabras de Teodora: ¡*Esa mujer no sabe lo que se dice*! suenan siempre en nuestros oídos de tal manera que nos parece imposible que el señor Arjona sea primer galán allí mismo donde la señora Lamadrid es primera dama. En cuanto al señor Romea parece que procura noblemente hacer su papel de rey con algún descuido, a fin de no eclipsar a su consocio don Joaquín, que tantos aplausos arrancó el año pasado al Padre Cobos.

El resultado es que no nos gusta como otras veces.

La entrada no es gran cosa que digamos.

—¿Saben Vds. el parte de esta noche?

—Sí, señor; acabo de verlo en el gobierno político: 86 atacados y 61 muertos.

—¡Tararira!!! como decía el señor Arjona.

Sábado

Esta noche nos acostaremos temprano y no podremos asistir al *Barbero de Sevilla*; mas para no dejar incompleta nuestra revista en un punto tan importante, hemos asistido al ensayo de dicha ópera, y desde luego le aseguramos un buen éxito.

El Sr. Galvani, justificando nuestros pronósticos, canta la música de Rossini de un modo admirable.

Le señora Guerra va a gustar mucho física y músicamente.

ALCANCE
Hoy domingo al amanecer

Anoche no nos acostamos temprano como era nuestro propósito.

Estuvimos en el Teatro Real.

El Barbero se cantó de un modo admirable.

Todos los cantantes fueron aplaudidos y llamados a la escena.

Pero los honores de la función fueron muy señaladamente para el Sr. Galvani, quien acaba de reconquistar todos los partidarios que perdió con *Rigoletto*. Parece imposible que un mismo artista pueda producir efectos tan contrarios; sin embargo, ya hemos apuntado la causa de este fenómeno. El Señor Galvani puede ser muy buen cantante y cantar mal a Verdi. Su voz, su método de canto, su fácil y maravillosa ejecución, todo le llama al repertorio de Rossini y de sus imitadores. *Linda* nos sugirió esta idea; *El Barbero* la ha corroborado.

Mattioli ejecutó su papel con singular maestría hasta como actor.

La Señora Guerra tuvo momentos muy felices y el público momentos muy galantes.

La Señora Vietti no estaba anoche tan linda como en *Rigoletto*.

El Sr. Viallety se portó como siempre; encantó, arrebató, sublevó al público.

Con que, señores, que haya salud; hasta el domingo que viene, si Dios quiere; mucho régimen; nada de excesos; alimentos sanos; por la noche al Príncipe, pero bien abrigaditos, y ello dirá.

¿Qué apuestan Vds. a que yo no me muero del cólera?

¡Y eso que el parte de esta noche trae invadidos 109, muertos 84!

Pedro Alarcón

P.D. — Con estas lluvias...

3
REVISTA DE MADRID[1]

I

Sábado a las cuatro de la tarde

Seguidme al Retiro. ¡Ved que hermosa tarde! Anteayer fue día de difuntos. ¡Aún hay vivos en la tierra! ¡El cólera ha desaparecido! ¡Qué dicha ser madrileño o habitante de Madrid! Ya se alejaron las nubes pardas. El cielo es infinito. El sol hace fluir la sangre. El aire es elástico, suave, armonioso, perfumado. ¡Vivir es una gran cosa! ¡Vivir... vivir... y correr por el campo, como corre la sombra de un ave! ¡Vivir y saber que no hay cólera! ¡Vivir y respirar las brisas del otoño, y saber que uno no está tísico! ¡Esto es grato al corazón; esto hace llorar de ventura! ¡Vivir! ¡Vivir! ¡No estar en el cementerio de Fuencarral, ni en el de San Isidro, ni en ninguno, sino aquí, en la tierra, en el regazo de la naturaleza, como un niño en el seno de su madre! Vivir, vivir... y creerse eternos, y tener esperanzas y hablar de nuestra vejez y ser jóvenes, y no ser ciegos, ni sordos, ni estar paralíticos, y tener dinero y quien nos ame. ¡Oh! ¡esto es divino; esto es inefable! Madrid es hoy para mí el cielo.

Seguidme al Retiro, o, si os parece mejor, seguid a esa hermosa dama vestida con un traje de Pekin oriental de gigantescos dibujos encarnados sobre negro, alto, cerrado, con faldeta y volantes de jaretón y mangas con tres huecos;

[1] Aparecida en *El Occidente* el 4 de noviembre de 1855.

a esa dama mal envuelta en su talma cuadrada de felpa rizada gris, con mangas y grande pelerina, guarnecida de cinta de seda; a esa dama, en fin, cuyos guantes de tres puentes, es decir, de tres botones, cuya bota francesa de seda, charol y goma, cuyo sombrero turquí y negro de indefinible forma nos revelan a una reina de la moda, que ha visitado la exposición de París, y tomado los baños de Pau, porque la mujer no debe ser saludable; seguidla, os digo, aunque no la conozcáis, que yo tampoco la conozco, aunque no exista, lo cual es muy verosímil, y luego que lleguéis al balcón del *parterre*, dejad de mirar a esa mujer y dirigid vuestros ojos a la naturaleza, coqueta eterna, siempre vestida de moda, a Madrid, que se destaca sobre el cielo en graciosa silueta, al cielo que se extiende sobre Madrid, azul y sonriente como una esperanza consoladora.

Seguidme al Retiro; ¡y aquí lejos de la estrecha vida de la corte, del corrompido ambiente de la política, de la mezquindad social, de la pequeñez humana, pensad, llorad, sentid, y consolaos a un mismo tiempo! Pensad en el invierno alegre, animado, embriagador que nos espera a los vencedores del cólera; llorad por los que murieron; sentid la inmensa poesía de esta hora, de estos sitios, donde cada pensamiento se evapora en un perfume, y consolaos con estas dos creencias; la vida del dolor es breve como el ámbito de Madrid; la vida del alma, la paz de la tumba o del cielo es infinita como la eternidad y la inmensidad del tiempo y del espacio.

II

—¿Quién de Vds. ha visto mi paraguas?

—¿El paraguas de Vd.?

—Sí, mi paraguas, verde oscuro, mi paraguas de seis napoleones, *mon parapluie* de puño blanco que termina en una especie de alcachofa.

—No lo hemos visto.

III

En la Puerta del Sol nos hemos encontrado la siguiente carta:

Madrid, 3 de noviembre

Querido amigo: quince días hace que he llegado a Madrid, y ya me pides que te cuente lo que aquí pasa y de qué modo se vive, como si yo viera y viviera ya en la corte. Sin embargo, para que conozcas que deseo complacerte, contestaré a tus preguntas; pero lo mismo que cierto artista de la antigüedad, que teniendo que retratar un gigante, pintó sólo una mano de tal magnitud, que por ella se calculara la grandeza de su figura, yo te daré algunos detalles por los cuales podrás colegir lo colosal de tu empeño.

Desde que estoy aquí he visitado el Congreso y la Plaza de Toros, el teatro del Circo y la casa de fieras, el Príncipe y la Puerta del Sol.

En cuanto al primero sólo me llamó la atención el techo; por lo cual no te puedo hablar de lo demás; y respecto a lo segundo, como no tenía techo, tuve que contentarme con mirar la arena, que no me pareció gran cosa.

El Circo me proporcionó un buen rato, y habría sido mucho mejor, si uno de los actores que hacía de Estebanillo, no se hubiera empeñado en que me riera a pesar mío, lo cual, como tu conoces, no me hizo maldita la gracia.

Buena es la compañía del teatro del Príncipe; pero creo que no son tan buenas sus compañías. El primer galán, aunque por lo regular habla bajito, tiene buena mímica y mucha fama. El galán joven, a quien unos llaman Arjona y otros D. Joaquín, es bueno; pero lo verdaderamente notable de este coliseo es la primera dama, cuya figura, cuya voz, cuyos ademanes me han arrebatado desde la primera vez que la vi. El gracioso es también digno de mención, y dicen que tiene un hermano que no lo hace mal. Hay otro gracioso, llamado el señor Guzmán, que a pesar de sus muchos inviernos es tan juguetón y divertido en las tablas como la más verde primavera.

¡Lástima que este teatro tenga que cerrarse, según oí contar a uno de la orquesta! Y es que según parece la empresa anda mal de dinero a causa de un disgustillo que ha tenido con los que componen comedias, y con el cólera y con las circunstancias y...

En cuanto a la Puerta del Sol, dicen que al fin tendrán que concluirla los aliados.

El Teatro Real se abre mañana, y oiremos La *Conquista*.

¡Así se hiciera la del público!

Es cuanto ocurre en Madrid que yo sepa; los artículos de lujo, como el pan y otros excesos, están muy caros; pero los artículos de fondo siguen a precios módicos y equitativos.

Adiós, amigo mío; dime todo lo que pase en Valencia y dirígeme la contestación por medio de cualquier amigo de Barcelona a fin de que llegue pronto a mis manos, pues las mensajerías aceleradas de Madrid a Albacete retrasarían mucho nuestra correspondencia.

Sabes que desea servirte tu afectísimo

Roberto

IV

A todo esto son las nueve de la noche; los cajistas esperan el original, y me veo precisado a cortar aquí esta revista, omitiendo muchas cosas graves que pensaba consignar en ella. Hasta otro día.

4
REVISTA DE TEATROS
De *LOS COMUNEROS* EN PARTICULAR. DE LAS ZARZUELAS EN GENERAL[1]

I

Primero, los hechos.
Los comuneros,
zarzuela en tres actos,
original del señor Ayala,
música del señor Gaztambide,
escrita hace año y medio, cuando aún no había milicianos,
anunciada repetidas veces,
esperada con ansia,
juzgada de diversos modos antes de ser conocida,
odiada instintivamente por unos,
amada fanáticamente por otros,
ensayada por el señor Olona,
exornada con tres decoraciones nuevas del Señor Muriel,
y con trajes también nuevos,
representada, al fin, el miércoles de la última semana,
ante un numeroso y heterogéneo concurso,
aplaudida frenéticamente en muchos trozos, así de música como de poesía,
trozos que se han hecho repetir,
criticada por el público de una noche, en aquello mismo que ha aplaudido el público de la noche siguiente,
llamada por unos muy patriótica,
por otros poco patriótica,
por éstos demasiado buena,
por aquéllos detestable,
elogiada por todos los periódicos,
ejecutada siempre ante un lleno completo,
acreedora a la consideración de sus autores, puesto que les proporciona el ser llamados todas las noches a la escena,

[1] Publicada en *El Occidente* del 20 de noviembre de 1855.

demasiado zarzuela para una parte del público,
poco zarzuela para algunos,
que peca, dicen, de melodramática,
que hace llorar, sin embargo,
y que promete muchas representaciones,
esta zarzuela, decimos, es el exclusivo objeto de la presente revista.

II

Ahora, nuestra opinión.

Los comuneros.—Abunda en bellezas de primer orden. Como drama, tiene todas las condiciones que eran de esperar del autor de el *Hombre de estado* y de *Rioja*. Una acción interesante y bien encaminada, grandes y sostenidos caracteres, gracia, novedad, filosofía en los pensamientos, robusta y armoniosa versificación, bello estilo castellano, todo concurre a enaltecer el libreto. Si el empacho de patria y de política que nos aqueja ha hecho aparecer inoportuna esta producción a los ojos de los políticos y de los patriotas, no contestaremos como algunos han contestado ya, que *Los comuneros* se escribió antes de la revolución de julio; lo que sí diremos es que para nosotros la verdad es siempre verdad, lo bueno siempre bueno, y lo justo y razonable siempre oportuno.

El primer acto del libreto es quizás algo precipitado, si se atiende a lo mucho que en él pasa; pero esta misma circunstancia duplica el interés de aquel cuadro palpitante, en que con toda la maestría de Schiller, se presentan siempre en escena unos mismos hombres feroces y depravados, sin que por esto resulte monotonía, gracias a la repetición y variedad de los accidentes que acumula el poeta en un lienzo tan reducido. Esta primera dificultad, tan sabiamente vencida, es quizás el mejor timbre de la obra, mientras que en otras manos hubiera ocasionado su principal defecto.

Del segundo acto basta leer algunos trozos para formar una idea de la altura a que ha llegado la acción y del vigor lírico de sus situaciones, y sobre todo los versos que contesta el corregidor de Segovia a un comunero cuando le pregunta:

Ese pueblo en rebelión
¿qué pretende; qué demanda?

Desde la enérgica y patriótica respuesta del comunero Ginés en adelante, la obra es cada vez más dramática, más lírica, más levantada; un joven comunero—Fernando—ama a la pupila del corregidor; este corregidor—Gonzalo—es blanco de las iras del pueblo; estalla el motín, y he aquí la situación final del acto:

GON: Si tu voz poderosa consigue
del pueblo irritado las iras calmar,

ahora mismo tu Elena querida
tu dueño adorado te sigue al altar.

ELE. No desprecies la suerte propicia,
que el bien deseado nos llega a brindar;
calma el fiero motín, y ahora mismo
tu dueño adorado te sigue al altar.

GIN. Ha llegado el solemne momento
y un pueblo ultrajado se apresta a lidiar.
Ven, Fernando, la patria te llama
y estás deshonrado con sólo dudar.

FER. ¡Oh tormento! Mi Elena querida,
mi dueño adorado, me lleva al altar;
y matando tremendo dos almas
el pueblo irritado me viene a llamar.

CORO. Ha llegado el solemne momento, etc.

Como se ve, los afectos más encontrados luchan desesperadamente en todos los corazones; el momento es crítico y solemne; la pasión palpita con toda su violencia.

Entonces sobreviene este poderoso *tutti*, en el cual se resuelven todos los elementos contradictorios de la acción.

¡Al arma, comuneros!
¡Castilla y libertad!

La noble liza
del libre ansiada,
su rudo estrépito
difunde ya,
y el bravo pueblo,
la diestra armada,
recobra indómito
su libertad.

En el acto tercero, los amotinados están vencidos, presos, condenados a muerte.

Aquí ya todo es sentimiento, meditación y filosofía.

Dice Ginés, hablando de los Reyes Católicos:

Al pueblo, noble vasallo,
dieron libertad y honor,
para que fuese mayor
la gloria de gobernallo.

Y más adelante, para infundir aliento a su joven compañero de prisión, prorrumpe en estas notabilísimas palabras:

Ya nos vieron peleando
por los fueros adquiridos;
derrotados y vencidos,
morir debemos, Fernando.
Hoy la muerte nos ofrece
el consuelo más profundo;
¡feliz quien sale del mundo
cuando el mundo se envilece!
¡La muerte! Dulce piedad
del espíritu tranquilo,
ella es el último asilo
que tiene la libertad.

Por último, la esperanza juega y cambia de colores sobre la frente del protagonista. Ya se cree que va a morir; ya se confía en que podrá salvarse. Prolóngase la duda, dando lugar a vivas transiciones, a interesantes recursos, y al fin, cuando todo parece perdido, un fácil y lógico desenlace corona de paz y consuelo a dos amantes atribulados.

La música nos parece también original, vehemente y filosófica.

Citaremos y llamaremos muy especialmente la atención sobre algunas piezas.

La introducción es muy propia, muy espontánea, muy rica de inventiva así en los cantos como en los acompañamientos.

El canto de Espolín en el árbol es un gracioso motivo lleno de carácter y suave melodía.

El coro *sotto voce* de los bandidos cuando conciertan la muerte de Fernando es una pieza de primer orden que ya se ha popularizado cuando aún no hace cuatro días que la conoce el público.

La introducción del segundo acto descuella por haber adunado la más fácil ligereza a la más profunda significación; pero el concertante final del mismo es sin duda la mejor parte de todo el *spartito*: bravura, pasión, tiernos lloros, majestad, todo campea en aquel ardiente canto que llega a ser, generalizándose, un inspirado himno, ancho, resplandeciente, poderoso como el entusiasmo popular que lo produce.

La romanza de la tiple rebosa ternura, pasión y delicadeza.

La música del tercer acto es sencilla y patética; el duo del narcótico resalta por una feliz interpretación que declama elocuentemente todo lo que concibió el poeta.

Hasta aquí la enumeración de las bellezas de la obra, bellezas absolutas, de las cuales no pocas han sido defectos para el público.

Vamos, pues, a concluir, juzgando *Los comuneros* como zarzuela, o lo que es lo mismo, exponiendo sus defectos relativos al sitio en que se canta y al público que oye.

III

Los comuneros no es una buena zarzuela, porque nada bueno puede ser zarzuela.

¡Calma, señor aficionado al Circo! Ya explanaremos nuestra idea. Sabe por el pronto que no es impremeditada, sino hija de rancias meditaciones y de un sólido convencimiento.

Da, pero escucha, querido aficionado.

Los comuneros no es una buena zarzuela, porque es un buen drama, porque tiene condiciones de buena ópera.

Porque el señor Ayala no puede prescindir de sus elevadas dotes al entrar en el Circo.

Porque el señor Gaztambide ha ido en alas de su inspiración más allá de adonde el Circo puede seguirle.

De aquí se desprenden unas verdades ya repetidas por nosotros antes de ahora.

Que la zarzuela no conduce a la ópera nacional.

Que la zarzuela no es género.

Que la zarzuela nace del achicamiento de un músico y de un poeta.

Que se escribe por especulación metálica con mengua del arte y de la literatura.

Que es una prostitución del genio al mal gusto de los profanos.

Que no puede progresar, puesto que el día que engendrara el buen gusto en sus aficionados, lo que nos parece imposible, sus aficionados buscarían la música en otra parte.

Los franceses tienen *vaudeville*, ópera cómica y ópera seria.

Estos tres géneros tienen sus lindes que nunca extralimitan ni pueden extralimitar.

La zarzuela es el *vaudeville*, el manjar grosero que hace reventar de risa, la caricatura del arte, la abyección de la literatura.

Y así como el vaudeville no será nunca ópera cómica, así nunca la zarzuela será ópera nacional.

Rechazamos por lo tanto la zarzuela.

Y la rechazamos porque pervierte, porque corrompe, porque destrona a nuestros mejores literatos.

Porque no queremos que el autor de el *Hombre de mundo* escriba aquello de

> ¡Oh! marqués de carabaca
> suelta suelta,
> ¡daca daca!
> con la chupa y la casaca.
> la camisa soltarás.

¡*Daca*! ¡*Daca*! ¡Vive Dios que estos arrebatos de inspiración hacen mucho favor al que escribe comedias en este tono:

—Al perdón que Dios envía
va unida una penitencia.
—Yo espero con impaciencia
que V. me imponga la mía.

Porque no queremos que nos rompa la cabeza un trozo hablado después de un canto que logró conmovernos; porque no queremos que el violón interrumpa a lo mejor un fragmento galano de poesía.

Porque no queremos que el poeta se esclavice al músico, ni el músico al poeta, sino que se den la mano y corran unidos por las regiones de su mutua inspiración.

Porque después de oír una zarzuela se sale con hambre de todo y con hastío de todo.

La rechazamos, en fin, porque, cuando todo lo que hemos dicho sea controvertible, cuando la zarzuela sea aceptable y honrosa, cuando nuestras palabras sean un tejido de sofismas, todavía nos queda una razón de mucho peso para rechazarla, y esta razón es que no nos gusta, que sentimos lo que decimos, que adoramos a Meyerbeer, a Rossini, a Verdi, a Bretón, a Zorrilla, a García Gutiérrez, a Mario, a Ronconi, a la Gazzaniga, a Teodora, a Romea y... ¡vamos! al mismo D. Joaquín, y por lo tanto no podemos adorar a..., a..., a..., a..., y demás compañeros maravedises.

Dijimos.

5
RONCONI[1]

¿Por qué appellidan a Ronconi el primer cantante del mundo?

¿Por qué se lo disputan en este momento los primeros teatros de Europa?

¿Por qué obran en su poder escrituras para Londres, y San Petersburgo?

¿Por qué le llama anteayer el telégrafo de París?

¿Por qué bajan los reyes de su trono, ansiosos de estrechar la mano de este artista?

[1] Este elogio del gran barítono italiano Giorgio Ronconi (1810–90) salió en *El Occidente* el 15 de febrero de 1856. Alarcón había conocido a Ronconi en Granada en 1854, donde los dos formaban parte de la Cuerda Granadina. En 1860, cuando Alarcón estaba en París, Ronconi le llevó a una soirée en casa de Rossini, su compositor predilecto.

¿Por qué Verdi, que escribió el *Rigoletto* para Varesi, no quiere que lo cante en la capital de Francia otro barítono que Ronconi?

¿Por qué su nombre llena la prensa, los cafés, los salones y las veladas del hogar doméstico?

¿Por qué se le espera con tal ansia, se le recibe con tal entusiasmo y se inundan los coliseos siempre que se presenta en escena?

¿Por qué pasan los años sin que aparezca un rival suyo, un imitador, un descendiente de su fama?

¿Qué hay de extraordinario en ese hombre; que no es la voz seguramente, puesto que por una parte se le niega, y por otra él no se cuida de manifestarla, ni el método de canto, pues no tiene ninguno constante y propio ni una primorosa ejecución, pues prescinde de ella, ni sus dotes de actor, puesto que ellas solas no constituyen un cantante?

¿Quién es Ronconi para el arte músico; cuál es el secreto título que le da la supremacía sobre todas las notabilidades de la escena?

En esas horas tranquilas que siguen a las del frenético entusiasmo, cuando la razón analiza las sensaciones que ha recibido, nos hemos hecho muchas veces estas preguntas como si nuestro mismo entusiasmo no fuera su elocuente contestación, y a fuerza de estudiar al hombre y al artista y de compararlos a otros y de sondear nuestro corazón, hemos hallado la gran verdad de ese sentimiento basada en una gran idea muy significativa en el arte, muy importante y trascendental en nuestra época reformadora.

Ronconi es al canto lo que Shakspeare al drama, lo que Byron a la poesía. La reconciliación del arte con la naturaleza, del hijo con la madre.

El arte, grito ronco e inarticulado al principio, escapado de la naturaleza, ha recorrido una ancha y brillante elipse, agrandándose, enriqueciéndose, perfeccionándose y, como todo círculo, ha terminado y debía terminar allí donde nació.

El arte, árbol mal conducido, extraviado y rebelde, creció viciosamente, se perdió en elucubraciones bastardas, se alejó de su órbita, retorció y enredó sus ramas, sacrificando el buen gusto al frívolo capricho, y ha sido menester una mano poderosa que doble hacia la madre tierra el ramaje desordenado, haciendo de la extravagante mimbre, bello y melancólico sauce.

El drama griego, caliente y animado como la pasión que lo inspira, es un seco cadáver en manos de los clásicos de los tiempos modernos. Shakspeare rasga el sudario con que los retóricos disfrazaron el sentimiento, y la verdad recobra la voz con la vida y la frase es sustituida por la exclamación.

La poesía lírica, lágrima ardiente que exprimirá siempre el alma del hombre al peso de la melancolía, huyó del corazón a la cabeza, y se congeló en la cárcel de la forma. Ya no se sentía, se pensaba. La eterna inquietud del ánimo veíase precisada a caminar por un laberinto mitológico. Byron aparece entonces; rompe los diques al sentimiento, y un océano de poesía inunda la tierra.

Esta es también la historia de la música, inspirada y sentida en su origen, artificiosa y abigarrada en su desarrollo, expresiva y filosófica finalmente. La música no es, ni ha debido ser nunca, una agradable combinación de sonidos. La armonía sin la melodía es un cuerpo sin alma. Es indudable que cada pasión, que cada hora, que cada sitio, tiene su tono, su colorido, su fragancia. La genuina interpretación de estas recónditas intuiciones del espíritu constituye la melodía. Así es que la mejor melodía, trasplantada a una situación diversa, languidece y muere para el que tiene percepción lírica, porque es un absurdo, un contrasentido.

Mucho tiempo hace que los compositores lo han comprendido así, y escriben filosóficamente buscando a cada situación el eco lírico que despierta en el alma; pero, desgraciadamente, los cantantes han dado en desfigurar la obra de la naturaleza, interpretando *ad libitum*, lo que sólo puede y debe ser interpretado de un modo.

De aquí la *fioriture*, de aquí esos vanos alardes de ejecución mecánica, dignos de ser admirados por la dificultad del artificio, recreativos para la imaginación, divertidos como un hábil juego de cubiletes; de aquí el antiguo método de canto, rico de trinos y gorgeos, de complicados gorgoritos, de subidas y bajadas en que nuestros padres aplaudían, no la expresión, no la elocuencia de la frase que va derecha al alma, sino el peligro de reventar que había atravesado el artista, o la intensidad del ruido que penetraba por sus orejas.

¿Y es ésta la misión de la música? ¿Es ésta la voz de la pasión? ¿Es ese recreo comparable a la lágrima que cae por la mejilla cuando un grito de inspiración parte del verdadero sentimiento y viene a herir lo recóndito de nuestra alma?

¡Tanto valdría decantar hoy la travesura de Góngora, cuando capeaba al corazón con un pliego de papel, o la invectiva de Churriguera cuando aderezaba la arquitectura con ingeniosos arrumacos, o la profundidad del mismo Calderón cuando ajustaba cuentas de multiplicar con las lágrimas vertidas por una madre en la tumba de su hijo!

¡No; no es ése el arte; no es ésa la inspiración; no es ése el ideal de la belleza; no es ésa la verdad!

Así lo ha comprendido Ronconi; y porque ha comprendido que sólo la verdad es la belleza; porque no inventa ni finge; porque ni añade ni crea, por eso es un genio; por eso es artista; por eso es creador.

Su alma impresionable, susceptible, adaptable a todo; su alma, que todo lo comprende, que todo lo refleja, porque lo siente todo; su alma, que se apercibe de la situación, que se identifica con el personaje, que tiembla y llora antes que tiemblen y lloren los espectadores, es una fuente constante de melodías que se absorben con los oídos, con la mirada, con la respiración, por los poros. El es la tragedia; él es el dolor; con que le veáis logra un éxito seguro, porque si no tenéis el pecho de diamante, le compadeceréis y lloraréis con él.

¡Miradle en cualquier momento! Instintivamente, sin precaverlo, sin conciencia de lo que hace, siempre representa, siempre traduce, siempre habla.

Todo en él es armonía. No hay ocasión en que su figura no ofrezca el contorno más artístico; jamás deja de ser la estatua esbelta y proporcionada. Mirad sus ojos, su gesto, su ademán. Oídle en seguida. La relación de todas estas expresiones es exacta. ¡Unidad de acción que sorprende y fanatiza!

Canta, y su voz logra siempre el efecto apetecido. Su declamación es un canto, y su canto una declamación. Si ruge, enciende el furor en cuantos le escuchan; si se queja, su ¡ay! lastimero penetra en todas las almas; si tiembla, si teme, no hay espectador que no participe de su espanto. Todos los ojos le siguen. El monopoliza la situación, domina y corona el cuadro, se hace el eje sobre el cual la acción gira y se manifiesta. Y raramente hay fuerzas ni ocasión para aplaudirle; el público está embargado; una belleza se sucede a otra, o, por mejor decir, todo es bello, y donde todo es bello, no puede haber otro relieve, otro crecimiento que raptos de una sublimidad inconcebible, raptos de ésos que sublevan el entusiasmo hasta el delirio, y hacen de Ronconi un magnetizador, un mago, algo, en fin, que se apodera de nuestras facultades.

¡Grande y nueva ovación es la que le tributa ese público anhelante, conmovido, lloroso, que le oye religiosamente, y vive y palpita en todas las emociones que él experimenta!

Meditad en esto; calculad las dificultades de tan temeraria empresa. Sabéis de antemano que Ronconi va a mover vuestra alma, a evocar vuestro llanto, a tocar vuestro corazón; vais preparado ya, con el pañuelo en la mano, con el oído atento. Se acerca el instante y la veis venir. La ventaja de la sorpresa está perdida. Y, sin embargo, llega el acceso del lirismo y el alma despierta, y todo como está, consentida como se encuentra, despierta a más grande vida, y el resultado es siempre el mismo, siempre cierto, siempre portentoso.

Ronconi, por su parte, corresponde con estricta conciencia a lo que su fama le impone, a aquello que omitido apenas se apercibiría.

Encarnado, por decirlo así, en el papel que representa, lo estudia como fisiólogo, como historiador, como artista. Si Nabucco es el tipo de la soberbia, él compondrá el semblante del soberbio cual si Labater mismo lo imaginara, y el cabello, la barba, la más pequeña arruga, el paso, el ademán, todo es acentuado, violento, susceptible. En el Antonio de *Linda*, sigue con la imaginación la vida del mendigo, y un mismo rostro y un mismo traje, se van ajando y envejeciendo gradualmente; el confiado campesino es irónico, está lleno de recelos, está educado por el dolor; su alma ha envejecido también. Sabe que Rigoletto es Triboulet y lo busca en Víctor Hugo, y de Víctor Hugo va al museo del Louvre y da con su retrato y copia el traje y la fisonomía con pasmosa exactitud. No le importa que todos los barítonos representen al viejo Foscari adornado de una venerable barba blanca. El sabe que desde Barbarigo en adelante los duxes de Venecia llevaron afeitado el rostro, y sacrifica este importante detalle de la decrepitud a la verdad de la historia. En vano, en vano

buscaréis nunca en Ronconi un anacronismo, ni nunca hallaréis su canto en contradicción con las palabras del libreto.

No será Ronconi el que pretenda asustar al público con un desatinado vocerío, ni el que desvirtúe la pasión en esas notas tenidas en que la voz se mide a palmos. Esos alardes de pulmón pertenecen a la gimnasia más bien que al canto, y no por mucho alargar se llega al corazón del público. Y así como no pasea el tablado con ese *hace que se va y vuelve* que precede al *allegro* y al *andante*; así como no se descompone nunca, ni huye grotescamente, ni bracea a compás como un bailarín de organillo, ni se oye; ni se mira; así tampoco afea la severidad de la oda o la sencillez de la queja con retruécanos de glotis, con esfuerzos de ventrílocuo.

Lo repetimos: Ronconi es un gran reformador del canto, el jefe de la escuela moderna, el que ha devuelto al arte su naturalidad y su expresión. *Rigoletto, María di Rohan, María Padilla, La Cenerentola, Beatrice, Il furioso, L'elisir d'amore* y otras creaciones de su ingenio; todos los teatros de Europa llenos de sus recuerdos, atronados tantas y tantas veces por diluvios de aplausos; y su nombre universal, respetado y querido en todas partes, son el más elocuente testimonio de la singularidad de Ronconi, del privilegio excepcional que trajo a la tierra para hacer latir a compás con su corazón de cuantos le escuchan.

6
FILOSOFIA ALEMANA[1]

> La *idea* generatriz es una especie de *archidea*, una *esencia lógica*, que el entendimiento contempla como un ser *distinto de sí*. Esta idea primitiva, esta idea *en sí*, es Dios *antes de la creación*, no teniendo conciencia de sí mismo, no conociéndose y no existiendo todavía por entero, es Dios al nacer, sumido aún en la estupidez de su infancia.
>
> Campoamor

Término medio en la gran cuestión que se ventila en la prensa española por los señores D. Ramón de Campoamor, D. Emilio Castelar y D. Francisco de Paula Canalejas, sobre la filosofía en general y la alemana en particular.

Hay cuestiones tan claras como la luz del mediodía. Sólo las compulsiones del alma, los extravíos de un excesivo estudio y la evaporación del caos

[1] Este artículo salió en *La Discusión* el 28 de marzo de 1856.

llevada a su apoteosis, han podido presentar como disidentes los principios eternos e incontrovertibles de la humana razón asfixiada por el origen de la psicología.

Nos explicaremos.

Tres jóvenes estudiosos, tres literatos, tres pensadores acostumbrados más de lo que debieran a la elucubración del cálculo diferencial, han incurrido en fatal contienda sobre las doctrinas de Kant, Hegel, Fichte, Schelling y Krause, sin considerar que entre sus diversas opiniones y plásticos alejamientos, existe la armonía inficional consiguiente a la dilapidación de los átomos morales.

Sin la ciencia nosotros, de los adalides en cuestión, sin su tacto exquisito para refrenar la síntesis de los hechos y sin la verbosidad necesaria para diluirlos, vamos sin embargo a permitirnos, *ex-cátedra*, una interdicción anfibológica y espectatriz, que ponga las teorías en su perspectiva racional y asimilable.

Hegel, primer rudimento de la escuela inconexa, y volteriano acérrimo en sus conclusiones, ha establecido, y téngase esto bien en cuenta:

1.° El *bien* y el *mal* infunden sospechas contradictorias, respecto a la miopía del sentimiento extraviado.

2.° El *más* y el *menos*, que son los puntos de partida del Yo Pegador, confluyen divergentemente a la reconciliación de la especie humana.

3.° y último. El álgebra de las pasiones coincide circunstanciadamente con la manifestación objetiva del pronunciamiento *volitivo* de la materia.

Por consiguiente:

Acto de *nolición*—Creer.

Acto de *volición*—Dudar.

Estas dos deducciones encierran en un solo y mancomuna pensamiento estos cuatro axiomas.

1.° La mujer antes del caos.

2.° La mujer en el caos.

3.° La mujer después del caos.

4.° El caos sin la mujer.

Explicación.

La mujer, verdadera afirmación del sentimiento lenitivo es anterior a todas las formas de gobierno. —De aquí la belleza.

Kant niega este principio consolador, y establece en cambio el siguiente orden de ideas:

"Yo pienso; yo juego; yo medito."

Fenómeno moral simpático: la persuasión, madre del parlamentarismo. —De aquí la *fatalidad* como ley de los seres vertebrados.

Después asienta estas conclusiones:

"Si, pues, el racionalismo intuitivo desvirtúa las pasiones en su origen,

no hay punto matemático que haga relación al movimiento individual y simultáneo.'' —De aquí los apotegmas filosófico-personales.

Fichte, más lógico y menos contundente a la vez, desenvuelve un orden de razonamientos en lo que llama su *antrología*, y nosotros deberemos llamar *metempsícosis*.

Esto es. Concedamos un sonido inarticulado. Punto de esencia. Démosle onomatopeya sarcástica. Punto de partida. Quitémosle sintaxis. ¿Quién negará que el universo se desquicia y que la razón humana palidece ante el sufrimiento meteorológico?

De todo lo cual deducimos que el valor *sujetivo* de una idea equivale a una generación de fósiles submarinos, como un astro más o menos deja incólume la rotación armoniosa de los átomos cartesianos.

Schelling y Krause serán objeto de nuestro artículo inmediato,[2] en el cual procuraremos ser tan explícitos como hoy, y el que no nos entienda, probará que tampoco ha entendido a los señores Campoamor, Castelar y Canalejas, lo cual es muy posible... *Etiamsi omnes*. Es probado.

7
REVISTA DE TEATROS

PRINCIPE: AUTORES Y ACTORES.
CLAMORES PUBLICOS Y PRIVADOS.
REAL: JUICIO DE LA TEMPORADA. CONSEJOS A URRIES.
MISCELANEA: HISTORIA DE LA SEMANA.[1]

I

Fuimos los primeros en saludar con un himno patriótico la institución de la Sociedad de Autores Dramáticos.

Y ¿cómo no hacerlo?

Una gota de sangre, caída en las verdes olas del mar, engendró a Venus Afrodita.

Una gota de llanto, una lágrima caída de los ojos de la literatura, engendró, no sabemos dónde, a la Sociedad de Autores Dramáticos.

---

[2] Al parecer, Alarcón nunca publicó la continuación.

[1] Publicada en *La Discusión* el 29 de marzo de 1856.

Mas ¿por qué vertió esa lágrima la literatura?

Porque llevaba uno y otro año de hacer antesala en casa de los actores; porque el genio, ese dios de zapatos viejos y frac raído, había sido maltratado por los lacayos de los cómicos; porque los cómicos se habían apoderado de las llaves de la Gloria, impidiendo la entrada a cuantos no eran santos de su devoción.

Y aquí, a propósito de llaves, nos viene a la memoria nuestro patrono San Pedro, así como nuestro patrono San Pedro nos recuerda un magnífico soneto italiano, inédito en todos los países, que ha llegado casualmente a nuestros oídos.

El que sabe una cosa ignorada de los demás, se la debe a la prensa. Esta es la teoría del siglo XIX.

Nuestro soneto no nos pertenece. —Allá va.

Se trata de un censor, llamado Pedro, que suprimió casi todos los versos de una comedia por creerlos subversivos. La escatimada obra fue puesta en escena y silbada solemnemente. El poeta se vengó escribiendo lo que sigue:

Soneto.

Del sommo Pietro, Adamo dil Papato,
Tu sei o abate mio fratel cugino:
Abietto nacque Pietro, e tal sei nato,
Egli pesco nell' acqua, e tu nel vino.
Peccó colla fantesca di Pilato
E ne pianse col gallo matutino;
Tu colla serva altrui quand' hai peccato,
Ne hai pianto pur col medico vicino.
Ei fe strazio col ferro agli aggressori
D'un solo orecchio; e la tua penna, credi,
Strazia l'orecchie a tutti gli uditori.
E giunto alfin dove tu presto arrivi,
Pose nel luogo della testa i piedi;
Cosi Pietro mori; cosi tu vivi.

Lo que, traducido a nuestro modo y manera, quiere decir en castellano,

De Pedro, Adán soltero del Papado,
tú eres ¡oh Pedro! un rápsoda mezquino;
él nació pobre; tú descamisado;
él pescó en agua; tú pescas en vino.
En la sierva de Poncio hubo pecado,
y lloró con el gallo matutino;
tú pecas con mujer de peor estado,
y lloras con el médico vecino.
Pedro una sola oreja cortó a Malco;
y ambas orejas bárbara derriba
al público la pluma con que escribes.
Pero antes de subir al catafalco,

clavado te verás *patas arriba*;
que así Pedro murió, y así tú vives.

Decíamos que la literatura lloró de indignación.

Lloró, sí; y aquella lágrima fue la levadura que fermentó esa masa imponente, que nosotros saludamos con un himno patriótico. Y se volvieron las tornas. Y se habló gordo. Y se cruzaron notas y despachos. Y...¿qué más?

¡Lamentable cosa! Se ha pasado la temporada sin que se representen varias obras deseadas por el público. Los autores las han encerrado en sus baúles. Las Cortes Constituyentes no votarán la ley de teatros. El año que viene tendremos la misma...pero no los mismos.

Lean Vds. la prensa periódica, y verán la novedad que ocurre.

A una taza de café se la ha ocurrido que en la temporada próxima queden sin ajuste Teodora Lamadrid, Julián Romea y Joaquín Arjona, artistas viejos y gastados, proponiendo que los hereden en la escena los jóvenes actores D. José Calvo y D. José Valero.

Es más: *El Clamor Público*, que dice no reconocer hombres necesarios en política—nosotros le creíamos partidario del Duque—ni artistas necesarios en las tablas, truena contra el santonismo artístico, ni más ni menos que debiera tronar contra el santonismo de la situación que nos atraviesa.

Se ha hablado de la sangre de la Buzón y de la Palma, señoras muy respetables, y se ha dicho que son unas eminentes artistas. ¡Dios lo quiera!

Se afirma, por último, que el poeta vive en la posteridad y que el actor es de condición muy triste.

Esto es muy claro. Si los autores siguen empeñados en no comer, concluirán por vivir en la posteridad, así como los actores tardarán mucho en morir de hambre al paso que van las cosas.

Pero seamos formales.

La cuestión de actores y autores se resiente de falta de franqueza. No hay deseo de entenderse. La pasión lo hace todo; las razones no sirven de nada. Fácil fuera una transacción. La transacción, sin embargo, es hoy imposible. Detrás de los derechos, están las personas. Podemos afirmar que los intereses entran por muy poco en este debate. No hay opinión que no sea injusta; no hay pretensión que no raye en exagerada. Los que ayer elogiaban a unos artistas, creyéndoles el *non plus ultra* del gremio—en lo que no estábamos conformes,—hoy les proponen, como único porvenir, la licencia absoluta, llamándoles *histriones*, en lo que convenimos menos todavía.

Creemos que el teatro reconoce dos elementos principales: el poeta y el cómico. La dirección de todos los asuntos escénicos corresponde a las dos clases unidas. El egoísmo de una o de otra, traería consigo la muerte de ambas. Por lo demás, en un país como el nuestro, donde desgraciadamente anda todo escaso, no se pueden gastar fuerzas ni personalidades en estériles luchas. Sois pocos los

actores y pocos los poetas; si dais en destruiros, nuestra pobre Talía tendrá que dedicarse a planchadora.

La más severa imparcialidad nos sugiere estos discursos; indiferentes en la cuestión y amigos de todos o de ninguno—como mejor queráis—no meteremos la lengua en paladar, hasta decir al público todo lo que ocultáis en vuestros comunicados y réplicas. Y quiera el cielo que algún día, en premio de nuestros trabajos, tengamos el gusto de confundiros en un mismo aplauso, viéndoos a todos con dinero en el bolsillo—no mucho—y con fraternidad en el corazón, que siempre nos parecerá poca.

II

Y va de claridades.

Señor Urríes: ya es tiempo de decirlo todo. La temporada agoniza, y hay cosas en vuestro teatro que claman a los cielos.

Hemos callado hasta aquí, por consideración a lo mucho que os debemos los aficionados a la música, y porque cuando las cosas no tienen remedio y se trata de un asunto propio, nada se consigue con sacar defectos a relucir.

Nos habéis dado, señor Urríes, un año lírico detestable. Sin vuestra orquesta, excelentísima, sin vuestros inimitables Skoczdopole y compañía, ¿qué hubiera sido de nosotros? Nos hemos visto reducidos durante noventa noches a escuchar los acompañamientos de las óperas, lo que es ya mucha dicha para un aficionado...¡pero, si al menos hubieran callado los cantantes!!!

¡Qué cantantes, señor Urríes!! —Una detrás otra han sido sacrificadas sobre nuestras orejas las mejores óperas conocidas. —Empezamos por ver la inmolación de *Il trovatore* y la Gazzaniga, puesto que estos dos nombres son inseparables. —Luego asistimos al degüello de *I due Foscari*. —Después... Pero, ¿a qué cansarnos con recordar las óperas? Basta pasar revista a los cantantes.

Separemos a Viallety, al concienzudo Viallety, cuya vida en nuestro Teatro Real guarde Dios muchos años, y separemos también a Malvezzi, bella ruina greco-romana, que deja ver de tiempo en tiempo alguna cornisa graciosa, algún esbelto pórtico...

Pero, ¿qué diremos de la Gariboldi, de la Borghi-Vietti, de Benebentano, de la Tilli, de Galvani, de Ugalde, de la Millera y de la Lobera?

En cuanto a Soares, no lo traemos a colación, porque pareciéndonos un buen bufo, nos parece también inútil en Madrid. Aquí no quieren sino óperas serias. Las bufas pueden hacer muy bien las delicias de los inteligentes; pero ya veis que el público no se da por entendido, y quizás tenga razón.

La Gariboldi... ¡Ah! el recuerdo de *Luisa Miller* nos ahoga. ¡Qué brazo enarbolado! ¡Qué otro brazo ceñido al cuerpo! ¡Qué cara! ¡Qué voz! ¡Qué ademanes! ¡Qué cánticos! ¡Y así siempre!

La Tilli no carece de talento, ni de afinación, ni de algunas dotes de actriz; pero hacerla cantar es cometer un asesinato. —El público sabe que la señora Tilli sufre..., y el público sufre oyéndola cantar.

La Borghi-Vietti...V. lo sabe, señor Urríes.

Benebentano...¡oh! ¡por Dios, que se vaya y no vuelva!

Galvani canta a medida de su capricho y afeminadamente. En la música de Rossini gusta mucho a los partidarios de la antigua escuela; pero en las demás óperas está insoportable. Todos los cantos parecen iguales en su boca, y consiste esto en que no conoce sino tres o cuatro cadencias rossinianas. En cuanto a su acción, a su talento, a su figura, hable la conciencia de sus entusiastas.

¡Oh! ¡señor Urríes! —¿Será cierto que se van todos menos Viallety? ¿Será verdad que vienen la Penco y Fraschini? ¿Será verdad que en este año próximo se oirán en Madrid *Los hugonotes* y *Las vísperas sicilianas*?

Tened presente una cosa; que Madrid no puede ni quiere costear ópera diaria; que dos malos cuartetos arruinarán a una empresa; que un buen cuarteto la hará rica. Que los españoles gustan sobre todo de buen mujerío. ¿Estamos? Una gran tiple, la Penco, v. gr.; una gran contralto, digna sucesora de Elena d'Angri; y la señora Alaimo, por ejemplo, para ausencias y enfermedades. —Y comprended, por último, que real que guarda ciento es buen real.

III

Historia de la semana.

En el Circo ha tenido lugar un solemne acontecimiento, después de muchos meses de fracasos, en que ningún poeta español había acertado a hacer una zarzuela del agrado de aquel público.

¿Quién es el Titán? ¿Quién es el autor de la aplaudida obra? ¿Quién es el vencedor de los Ayalas, de los Bretones, de los Rubíes?

Es el señor Olona.

Pero tampoco es el señor Olona; es un autor francés.

La obra se titula *El amor y el almuerzo*.

El público ríe, aplaude, goza, y sobre todo acude y paga...

Véase cómo teníamos razón al decir que la zarzuela es un género inmejorable.

En cambio, el señor Dacarrete se ha equivocado en *Mentir a tiempo*, obligando también a equivocarse al señor Caballero, joven compositor de mucho porvenir.

En el Príncipe se ha presentado otra novedad traducida del francés. Es una comedia en un acto titulada: *Por un reloj y un sombrero*, arreglo del señor Rosell. Ha gustado mucho; nos gusta a nosotros, y ha sido perfectamente ejecutada por los estudiosos hermanos Ossorio, etc.

En el Teatro Real, no ha habido nada notable, si se exceptúa la crucifixión

de *Luisa Miller*, y los conciertos de piano y orquesta en que ha tomado parte el célebre Oscar de la Cinna.

Este señor ha tenido la habilidad inconcebible de elegir unas magníficas piezas, de tocarlas admirablemente y en un soberbio piano, y de no lucirse a pesar de todo.

En Variedades actúa desde el domingo de Pascua una estudiosa compañía, dirigida por el Sr. Pardiñas, alimentada por el Sr. Valladares el *póstumo*, adornada con la Sra. Guerrero, inteligente joven, ayer bailarina y hoy actriz, y ataviada con el graciosísimo Sr. Córcoles.

La tropa de baile es excelente.

Todo esto lo hemos oído decir.

En cuanto a los suizos que dan conciertos de órganofonia en el Teatro del Instituto, cometieron una torpeza al anunciar, como una gran prueba de su mérito, el haber dado nada menos que cuarenta funciones en París; pues con esto han demostrado que no llamaron la atención en el vecino imperio, donde se aclimatan todos los espectáculos dignos de este nombre. Y es lo más raro que tampoco han gustado mucho en Madrid.

Y pues hablamos de teatros, digamos antes de concluir cuatro palabras sobre el de la Zarzuela que se está edificando.

Hemos visto un boceto de los frescos que han de decorar el techo: es obra del distinguido artista Sr. Lanzuela, y nos parece un trabajo de tanto mérito como de buen gusto.

También hemos visto otro boceto del mismo señor para el telón de boca de dicho teatro. Es un doble cortinaje: el de debajo, blanco con bordados de oro, y el de encima, de terciopelo carmesí. Si la ejecución corresponde al boceto, será el mejor telón de boca de todos los teatros de Madrid.

Hemos concluído.

8
CRONICA DE TEATROS

SE CIERRA EL TEATRO REAL—*CLAQUEURS*—ADIOS A RONCONI—PRINCIPE—SOBRE LOS ARREGLOS—UNA BUENA NOTICIA—LA OPERA NACIONAL SUBE DE PUNTO[1]

I

No podemos asegurar si estamos de pésame o de enhorabuena.

El miércoles acabó la temporada del Teatro Real.

Los cantantes se han dispersado, dirigiéndose unos a Valencia, otros a Sevilla, y otros a Barcelona.

¡Lástima que no podamos compararlos a una tropa de ruiseñores, que levanta el vuelo para irse con la música a otra parte!

Damos un adiós de despedida a Rossini, Donizetti y Verdi, que este año han hecho el gasto en aquel coliseo, y a la orquesta que tan buenos ratos de solaz nos ha proporcionado, y echamos nuestra bendición—con la mano izquierda—a esa falange inmensa de desolladores, que ha estropeado desapiadadamente casi la mitad de las más notables óperas italianas.

¡Dios de Israel! ¡Qué última noche nos dieron esos infieles! ¡Qué *Trovador* cantó la señora Alaimo! ¡Qué Benebentano tan descomunal! ¡Y qué público!

Seis coronas, once ramilletes, una docena de palomas, treinta y dos aplausos, diez y seis llamadas al palco escénico, quince bostezos, mil sonrisas y un silbido. He aquí la historia de esa noche.

¡Y luego nos hablan de Unión Ibérica! ¿Cómo ha de verificarse unión ninguna entre dos pueblos tan divergentes en ideas como España y Portugal? En Lisboa silbaron no hace muchos meses a la señora Alaimo. La señora Alaimo se lleva de Madrid el laurel suficiente y las palomas bastantes para dar un estofado a todos los paisanos del Cid Campeador.

¡Ay! A la vista de tales ovaciones y de otras muchas que tienen lugar en los teatros de la corte, nos entran ganas de ser poetas o actores, músicos o cantantes, y de oír una grita cada entreacto.

Todo se agota, todo se prostituye, todo se miente. Hubo un tiempo en que el aplauso significaba alguna cosa, en que las aclamaciones partían del alma, en que la aparición de un actor o de un cómico en la escena era un acontecimiento en su vida y en la vida del público.

---

[1] Esta crónica apareció en *La Discusión* el 6 de abril de 1856

Hoy no existe un escritor, un traductor, un comparsa o un corista que no tenga en su casa una corona de santo laurel, encerrada en un marco de pino pintado y colgada a la cabecera de su catre.

Id al Circo, id al Príncipe, id a todos los teatros. No bien ha caído el telón, y en tanto que el verdadero público, el público que paga, el público que ocupa las butacas y los palcos, se pone el sombrero y se vuelve de espaldas al escenario, aburrido como un rey constitucional, y lamentando haber perdido la noche, una cohorte de *claqueurs*, como dicen los franceses, o de *alabarderos*, como decimos nosotros, bate las palmas sin compasión, y hace aparecer a medio mundo sobre el tablado.

¡Y hay quien se engañe hasta el punto de llamar a esto una ovación! ¡Y hay quien no repara en la indiferencia del público *indiferente*, esto es, del público que no tiene deudas de amistad o de localidades con el laureado y aclamado genio!

¡Oh! no; ninguno se equivoca; todos saben a qué atenerse. Pero el hecho es que los periódicos dicen al otro día: *Tal actor fue llamado*...y los carteles anuncian: *El muy aplaudido drama*..., a lo que replican los que no han presenciado la cosa: —*Pues es preciso ir*; mientras exclaman los pobretes de provincias! *¡Ah!!! ¡Oh!!! ¡Quién viviera en Madrid y asistiera a estas solemnidades!!!*

Añádase a esto lo que con tanta elocuencia dice nuestro celebrado Eguílaz:

En el teatro de A
se ha entregado el drama B.
Excelentes versos tiene
y escenas de sentimiento;
que es un joven de talento
Don N. de N. su autor.

y lo demás que sabe el curioso lector, y se verá con cuánta razón prescindimos nosotros de las manifestaciones del público al hacernos cargo de un acontecimiento teatral.

Pero, así Dios nos perdone, como hemos digresado más de lo conveniente. Volvamos al Teatro Real.

Y al volver al Teatro Real, demos un tierno adiós a Jorge Ronconi, que en este momento cruza las provincias Vascongadas con dirección a Inglaterra.

Ah! sí; Ronconi partió de Madrid a las once de la noche del viernes último. Ronconi abandona a España, a su patria adoptiva, después de un año de residencia entre nosotros. Los pobres y los *dilettantes* están de duelo; sus amigos quedan inconsolables.

No hablaremos hoy del artista; no lamentaremos hoy la pérdida irreparable de Ronconi; saludaremos solamente al hombre, al filántropo, al bienhechor,

al ser caritativo que en Granada, en Cádiz, en Málaga, en Jerez y en Madrid ha velado a la cabecera del enfermo, ha socorrido al apestado, ha consolado al afligido, ha dado pan y ropa al miserable, ha ayudado al artista pobre, ha prodigado su dinero en los establecimientos de beneficencia, y otorgado una y otra vez la limosna bendita de su canto a los desgraciados desvalidos cuando sus recursos, menguados por tantas obras de piedad, no bastaban a su inagotable deseo de hacer bien en todas partes.

No lo dudemos; las bendiciones del pueblo español le seguirán en su camino; y en tanto que vuelve a descansar y pasar el resto de sus días a ese nido de flores que se ha hecho disponer en Granada, nosotros sus amigos, sus hermanos, sus entusiastas admiradores, viviremos en su recuerdo, y en la esperanza de estrecharle muy pronto en nuestros brazos, y de besar en su frente inspirada los nuevos laureles que colocarán en ella los felices isleños que hoy nos juegan esta mala pasada.

Con lo que va dicho, y con anunciar a nuestros lectores que el Sr. Maiquez, empresario que ha sido de las representaciones de *La Pasión* en la Cruz, piensa traer este verano una semi-compañía de ópera al Teatro Real—para la que se citan a la Spezia, a Belart y a Selva—damos fin en este punto a nuestras revistas musicales, no sin pedir antes perdón al público por las muchas faltas en que habremos incurrido, hijas todas de nuestra supina ignorancia; pero no de la pasión, del interés, o de la ira, genios de mala ley que inspiran frecuentemente a los hombres de nuestra profesión.

II

Por lo que respecta al teatro del Príncipe, una sola novedad ha ofrecido al público en la presente semana.

Novedad dijimos, y dijimos mal, como casi siempre que se emplea en España ese vocablo.

El Sr. García, actor del teatro que nos ocupa, ha hecho una nueva traducción del magnífico drama de Alejandro Dumas *Kean o genio y desorden*, cuya traducción ha sido puesta en escena a beneficio del citado Sr. García, en la noche del miércoles próximo pasado.

Y hemos dicho *nueva* traducción, porque, si mal no recordamos, allá por los años de 1848 se representó en el Instituto otra de D. Jaime Tió, en ocasión que el Sr. Barroso actuaba en aquel teatro, y aun creemos que el eminente literato D. Eugenio Ochoa hubo de traducir también el mismo drama antes que el Sr. Tió, no habiéndolo dado a luz por habérsele extraviado el manuscrito. Sea de esto lo que quiera, el hecho es que la última *novedad* del Príncipe tiene todas las condiciones inherentes a las *novedades* de nuestro país.

Mas no queda aquí el asunto; sino que la traducción del Sr. García, más que traducción, es un arreglo, y un arreglo tal, que tampoco debía llamarse *arreglo*, sino desarreglo.

¡Oh! ¡la osadía es el carácter distintivo de nuestra época literaria! La profanación de todo es el resultado inmediato.

Cualquiera escribe hoy un drama, un poema, o una biblia; cualquiera pronuncia un discurso; cualquiera, en fin, hace lo que nosotros estamos haciendo: enristrar la pluma de crítico sin más títulos para ello que la tolerancia de un director de periódico.

Sentimos mucho vernos en la necesidad de ser duros con nuestro amigo el Sr. García; pero a su buen juicio no se ocultará que eso de arreglar un drama de Dumas quitándole todo un cuadro, y sustituyéndolo con otro debido a su inexperta péñola, desdice de las modestas pretensiones que hemos reconocido siempre en su merced. Reflexiónelo bien el Sr. García. ¿Es dado a cualquiera mezclar su prosa con la prosa de Dumas? ¿No le asustó la mera idea del subsiguiente parangón? ¿No pudo prever el resultado? ¿Tendremos que decirle que su arreglo es una mutilación, una poda, una desfiguración sacrílega, un atentado, un delito de lesa literatura?

En nuestro concepto, para arreglar una obra, es menester saber tanto como el primitivo autor. Sólo un Ventura de la Vega ha podido y debido darnos a conocer a Eugenio Scribe. *Et sic de ceteris*.

En cuanto a la ejecución, fue descuidada, torpe, insoportable. No parece sino que nuestros actores tienen calenturas intermitentes. En unas funciones rayan casi a la altura de su renombre; en otras decaen hasta confundirse con las últimas medianías del arte. Escatimada y todo, la traducción del señor García presentaba campo al lucimiento de tan entendidos artistas: estos, pues, son responsables de mucha parte del mal éxito de *Navegar a la ventura*, que éste es el nuevo título del *Kean* de Alejandro Dumas.

III

Pero no hay que desconsolarse, señores.

En medio de tanta desolación como cerca a las crucificadas musas españolas, podemos ofrecer a sus virginales labios algo más dulce que la hiel y vinagre de que habla la Escritura.

Es lo siguiente.

Sabemos que se han recibido en Madrid varias cartas de un editor de Bruselas, dirigidas unas a poetas y otras a libreros, pidiendo una autorización de nuestro popular y epiceno literato Fernán Caballero para traducir sus obras en una revista belga. Esto es algo, ya que no mucho.

IV

Y aquí terminan las buenas noticias que podemos ofrecer hoy a la credulidad de nuestros lectores.

Volvamos ahora a las malas, por más que nos duela de todo corazón el tener que trasmitirlas al público.

Sabrán Vds. como España no le va en zaga a Italia, Francia o Alemania en eso de tener ópera nacional. ¿No lo sabían Vds.? Pues, sin embargo, es cosa convenida. No hace mucho tiempo que nos llamaron herejes porque sostuvimos lo contrario.

En España hay ópera española, y no sólo esto, sino un teatro que lleva este nombre, y el de la Princesa de Asturias por más señas. Dicho teatro se llamaba antes de la Cruz, pero este nombre pareció sin duda algo retrospectivo, en cuanto era religioso, y le cambiaron por otro que simboliza el porvenir, en cuanto es monárquico. Desde entonces el teatro de la Cruz se llama teatro de la Princesa, y la empresa que lo habita se titula Empresa de la Opera Española.

Allí se han cantado este año muchas cosas, a saber:

La pata de cabra. (Esta no es ópera; pero pudiera serlo.)

La Pasión y demás—(Opera pura. Tenor el Sr. Bermonet.)

Otras que no recordamos.

Y, últimamente, *Las Germanías de Valencia*.

Esta ópera, que ni siquiera es la zarzuela que llevó privadamente semejante nombre antes de ser prohibida por la situación con el título de *El conde de Castralla*, esta ópera, decimos, ha sido cantada no hace muchas noches...pero cantada por el público. Los actores no hacían otra cosa que recitar lo que al autor se le antojó escribir. Pues, ¿cómo es que el público cantaba? ¡Vean Vds. ahí lo que son las cosas!

¡Pobre España! ¡Cuánto te precias de huecas frases! Estas dos palabras *ópera nacional* significan en Francia tanto como *Los Hugonotes, Roberto, La judía, El judío errante, El profeta* y otras brillantes partituras; en Alemania significa tanto como Weber, Mozart, Beethoven, etc.; en Italia significa tanto como Rossini, Bellini, Donizetti, Verdi y otros ciento. —¡En España, la frase *ópera nacional* significa Teatro de la Cruz—*La pata de cabra*!!!

¡Poco a poco! exclamará tal vez algún optimista al leer estas consideraciones; el teatro de la Princesa no es la legítima cuna de la ópera española; ¡la cuna de la ópera española está en el teatro del Circo!

Usted perdone, señor optimista. Conozco que tiene V. razón. Y en prueba de ello, demos juntos una vuelta por la plazuela del Rey, y asistamos al estreno de *Entre dos aguas*.

Escuchad.

Existía un poeta en Madrid que aún no había escrito ninguna zarzuela. Era autor de bellísimas obras dramáticas; entre ellas *El médico de cámara* y *El anillo del rey*. El demonio le tentó un día, y el poeta, lleno de amor patrio, quiso contribuir al fomento de la ópera española. Entonces compuso el libro que estáis escuchando. —Ya veis que no gusta. —Ya veis que éste también se ha equivocado, como Ayala, como Rubí, como Bretón, como todos los que dan un

libro original. Antonio Hurtado está ya redimido; su dolor de esta noche es la expiación del pecado que cometió escribiendo una zarzuela.

Entretanto, el señor Olona es aplaudido una y otra noche en *El amor y el almuerzo*, farsa traducida del francés. Esto es volver a los tiempos de *Don Simón*. ¡Así crece la ópera española en el teatro del Circo!

Y sin embargo, la música de *Entre dos aguas* es bellísima. Pero, ¿qué les importa la música a los amantes de la ópera española, es decir, a los parroquianos del Circo? Para ellos la ópera nacional no es cuestión filarmónica. ¡Medrados estamos!!

Pero consolémonos. La zarzuela tiene la conciencia de su próxima muerte, y como Cheops, emplea el apogeo de su reinado en construir su tumba.

El teatro nuevo que se levanta en la calle de Jovellanos será tan sólo un monumento alzado a la memoria de *Por seguir a una mujer*.

9
REVISTA DE MADRID[1]

El folletín que empezamos en este momento debiera titularse *Crónica de teatros*, *Revista de París*, o cualquier otra cosa que no fuese el epígrafe que le hemos puesto; pero, consecuentes a la inconsecuencia española, nos complacemos en anunciar todo lo contrario de lo que pensamos hacer, imitando en esto a las actuales Cortes que se llaman Constituyentes. Dios sabe por qué; al teatro de la Cruz, que ha dado en apellidarse de la ópera española; a *La Esperanza*, que la echa de periódico político; a los liberales de oficio, que recogen todos los días tres o cuatro diarios republicanos o polacos; a un peluquero que me está dejando calvo con las pomadas que me aplica para conservarme el cabello, y en fin, a tantas otras empresas o personas como dan en este pícaro mundo gato por liebre, ya se llamen fondistas, ya se nombren gobernantes, ora falten a un anuncio fijado en las esquinas, ora olviden un programa o una profesión de fe. ¡Así van las cosas, y así vamos nosotros! Dios solo sabe el resto. Ello dirá.

Pero pasemos adelante.

¿De qué escribiríamos hoy una revista literaria? ¿Qué ha ocurrido en Madrid durante la semana última? ¿Qué acontecimiento teatral notable? ¿Qué nueva publicación ha tenido lugar?

El señor Ferrer del Río ha dado a la prensa el primer tomo de su *Historia de Carlos III en España*. He aquí todo.

---

[1] Salió en *La Discusión* el 13 de abril de 1856.

A su tiempo juzgaremos esta obra, que el nombre de su autor hace muy recomendable a los ojos de los aficionados al buen decir castellano, a la música de las frases, a las galas de un estilo puramente español. Aunque sectarios de distinta escuela, amamos como el que más estas bellezas del lenguaje, y las encontramos en el primer tomo de dicha obra; pero como quiera que nosotros buscamos en la historia algo más que el estilo y la narración de los hechos, hemos encontrado en la que nos ocupa mucha carencia de apreciaciones filosóficas, y cierta parcialidad o pasión para juzgar los hombres, las dinastías y las instituciones. Esto nos choca tanto menos, cuanto que siempre habíamos esperado con desconfianza la historia de un rey escrita por el cronista de otro rey, o lo que es más claro: siempre habíamos previsto que debía ser muy borbónica la historia de un Borbón, debida a una pluma pensionada por otro Borbón.

Y aquí debiera terminar este artículo, pues creemos no estar en el caso de ocuparnos del *Desdén con el desdén* que representan hace algunas noches los actores y el público del teatro del Príncipe; desdén recíproco que hace bostezar a los seis retratos que adornan la embocadura de aquel escenario; pero a fuer de hombres de conciencia, ya que no hallemos en los teatros de Madrid ninguna flor que ofrecer a las musas españolas, vamos a permitirnos un viaje al extranjero, donde hace pocos días ha tenido lugar un acontecimiento que nos toca muy de cerca y nos honra en cierto modo.

Se trata de un drama en cinco actos y en verso, titulado *Miguel Cervantes*, debido al eminente literato y crítico francés Mr. Teodoro Muret, y estrenado en París el día 4 del actual, en el teatro del Odeón, por el célebre artista Tisserant.

Estaría de Dios, como dicen en nuestra tierra, que un escritor extranjero nos ganase la palmeta en acometer la empresa difícil y meritoria de sacar a la escena al autor del *Don Quijote*. Muchos años hace que se nos habla de un drama del señor don Ventura de la Vega, titulado *Cervantes*, dividido en diez o doce cuadros, de los cuales tiene escritos dos o tres. Digno, muy digno, muy a propósito era el señor Vega para ponerle el cascabel al gato, y mucho nos ha dolido que su soberana pereza haya dado lugar a que un francés salga hoy con otro Cervantes que quitará, si no originalidad, atrevimiento al suyo. Pero ya que los hados lo han dispuesto de este modo, contentémonos con la parte de gloria que le cabe a nuestras letras en el acontecimiento que nos ocupa, y séanos permitido trascribir a continuación algunos párrafos de una revista que encontramos en el *Journal des Débats* del 7 de abril.

Véase, como el pontífice de la crítica, el autor del *Asno muerto*, el gran Julio Janin, describe la importancia de la vida de Cervantes, al hacerse cargo del drama de Mr. Muret.

"Pocos hombres ilustres, entre los grandes escritores han merecido tanta curiosidad, tanta simpatía, tanto respeto como el autor de ese *Don Quijote*

inmortal, obra maestra del entendimiento humano. Ocho grandes ciudades, una más que para Homero, se han disputado el honor de haber sido cuna de Miguel Cervantes. Marinero, había servido bajo las órdenes de Juan Doria; soldado, tuvo por general a don Juan de Austria, y hallóse en Lepanto asistiendo a una de las más grandes victorias que ha ganado la España. No se comprende como don Juan de Austria no hizo de Miguel Cervantes el soldado, el capitán Cervantes. El era hidalgo, se batía bizarramente, y había recibido en esta heroica batalla tres heridas, que más tarde mostraba con orgullo. ¿Qué más? Don Juan sabía su nombre, le había visitado en el hospital, y hasta le había dado para su real hermano Felipe II cartas llenas de alabanzas. La tempestad y su mala estrella arrojaron a las costas de Argel al guerrero mutilado, y como tenía el rostro altanero y la palabra elocuente, se le tomó por un general en traje de soldado. Vedle cautivo, vedle encadenado y reducido a los rudos trabajos de la esclavitud; vedle tasado en tan alto precio, que su viejo padre, después de vender todo el patrimonio doméstico, no puede atender a tan costoso rescate. Felizmente el esclavo era un hombre libre, independiente, valeroso; tres veces se subleva, y tres veces es vencido, encadenado. Un día fue condenado a dos mil azotes, como él hizo más tarde con su amigo Sancho; pero su nuevo amo Hassan Pachá, hombre cruel y sanguinario, no osa castigar a este generoso esclavo que parecía desafiarle. ¡Extraño presentimiento en este bárbaro! Pudiera decirse que presentía algo de divino en aquel hombre encadenado. *Así*—dice la crónica—*por no haber doblado la rodilla, por haber despreciado el tormento, tuvo renombre, honor, y corona entre los cristianos.*

De estos sufrimientos, de su cautiverio, de su libertad, hizo más tarde tantas luminosas páginas retrocediendo gustoso sobre esas gloriosas miserias y contando sencilla y gloriosamente el modo como lo había soportado. Nada más verdadero que este hombre; nada tan sencillo como su discurso. Tiene elocuencia y pasión, grandeza y encanto. Cervantes vuelve de su presidio con la cabeza alta, llorando de alegría. ¡*No hay fiesta aquí abajo más grande que la libertad*! dice al ver de nuevo a su España. Y eso que entraba pobre y desnudo en esta ingrata patria, donde no encontraría a su padre ni el pequeño campo que le proporcionaba el sustento. Todo lo había perdido; pero de ese gran naufragio había salvado la esperanza, había salvado el amor, había salvado su genio...¡lo había salvado todo! ¡Entonces el soldado mutilado se hace poeta, el esclavo escribe comedias y compone treinta para principiar! En este tiempo era ya la comedia la improvisación de un día; el que las hacía no ponía en ellas gran cuidado, y el público no se tomaba mucho por su parte. La comedia era una especie de ingenioso diálogo donde se hablaba por casualidad de las dichas divinas de la juventud y el amor. ¡*Mis comedias tienen su tiempo y su estación*! decía Cervantes encogiéndose de hombros.

El gran Lope de Vega, sin cuidarse mucho del autor dramático llamado Cervantes, se apodera de la monarquía cómica y llena el mundo entero con sus

comedias. Así Mr. Scribe ha reemplazado a Collin d'Harleville, a Picard, a Alexandro Duval y a tantos otros. Así Víctor Hugo hace volver a la nada a Monsieur Arnault, a Mr. de Jouy y sus discípulos. El teatro tiene sus revoluciones tan repentinas como los pueblos; el soberano de hoy puede ser el vencido del día siguiente. ¡Ved a Cervantes! La víspera era todavía la alegría y la fiesta del teatro. Hoy, para vivir, tiene que entrar en las oficinas del estado, de las corporaciones y hasta de los ayuntamientos. ¡Cervantes recaudador de contribuciones! ¡Tenedor de libros! ¡Cervantes! ¡Ese es el destino!

Llama a la musa en su ayuda y vuelve a ser poeta; ¡y contento de vivir, y sonriendo a su genio, escribe un soneto, una balada, un cuento, una novela! Y esta novela, entre sombría y jocosa, corre por la España cuyas costumbres describe. Siempre es una mezcla encantadora de pasiones, de serenatas, de gracia y de tristeza elocuente, risueña en la superficie, animada y profunda en el diálogo. Entre otras novelas, Cervantes ha contado las aventuras de una admirable Gitanilla; y de esta Gitanilla, a muchas leguas de distancia, un genio medio español nos ha hecho la Esmeralda, la heroína de *Nuestra Señora de París*.

De la vida y de las desgracias de Miguel de Cervantes Saavedra, de su esclavitud y de sus amores, Mr. Teodoro Muret ha hecho un interesante drama, drama que ha encontrado entero en los recuerdos de la posteridad. ¡Muéstranos al soldado de Lepanto, al padre de D. Quijote y de Sancho Panza, de esos dos héroes del gran poema en prosa de la naturaleza humana, tal cual debió ser, pobre y altivo, agobiado bajo la injusticia de los hombres y el desprecio de los cortesanos, afrontando a un tiempo la mala fortuna y la ingratitud de los reyes, girando con más gusto en torno de su prisión que alrededor del Tesoro real! ¡Y de su espada, y de su genio, y de sus grandes servicios, de su sonrisa y de sus lágrimas, nadie se da cuenta en aquella España, a la que él reservaba una gloria imperecedera! Y así vive, sin amigos, con rivales, sin recursos, sin una mirada de aquel Felipe II, que tenía en tanto a los grandes genios, que había restablecido por su propia cuenta un decreto de Augusto que prohibía a los malos poetas firmar sus versos. ¡Decreto glorioso que ellos debieran haber hecho extensivo a la prosa! Hoy todavía ese decreto literario y prudente hace honor a la memoria, a la justicia, al buen sentido de Augusto y de Felipe II."

Hasta aquí Julio Janin.

Por nuestra parte, en cambio de la galantería con que nos trata ese ilustre francés, vamos a hacer una visita al teatro de Lope de Vega; que si en Francia se han ocupado estos días de literatura española, hace mucho tiempo que en España hemos dado cédula de vecindad a la literatura francesa.

Y aquí nos ocurre consignar, siquiera sea de paso, y valga por lo que valga, que, hallándonos en París el verano pasado, nos ocurrió lamentar la falta de cálculo de nuestros artistas que no se fueron allí a veranear, aprovechando la oportunidad que les ofrecía la Exposición de la Industria.

¡Eran tantos los españoles que había a la sazón en París, todos hambrientos de libros y espectáculos españoles!

¿Y qué encontraron?

¡A Ruiz y a su tropa de baile funcionando en la Puerta de San Martín!

Está visto que esos malditos franceses se nos han de adelantar en todo.

¿No llegaron en 1823 hasta el punto de meterse en nuestra casa y quitarnos la Constitución?

Y, pero ¡quién sabe! ¡*Vade retro*, Satanás!

En fin, demos una vuelta por el Teatro Francés de la calle del Desengaño.

Pero esta revista se ha hecho demasiado larga para el dolor de muelas que tenemos.

Otro día iremos al teatro de Lope de Vega.

De aquí para entonces, salud.

10
GRAN REVISTA DE TEATROS

GRAN REVISTA EN OTRA PARTE—SOLDADOS Y NACIONALES—NACIONALES Y EXTRANJEROS—PROFESION DE FE DEL FOLLETINISTA—LA EMPRESA DEL PRINCIPE ECHA EL RESTO—TRES OBRAS NUEVAS—FERNANDO OSORIO—TEATRO FRANCES—*LA DAME AUX CAMELIAS*—*LA TRAVIATA*—*REDENCION*—VARIEDADES[1]

I

Hoy es día de grandes revistas. —En el Prado y paseos limítrofes, una gran revista, la mayor que se ha conocido hasta ahora. —En *La Discusión*, otra revista-monstruo, la mayor también que hasta hoy ha publicado. —La mayor quiere decir la más larga.

Concurrirán a la primera diez o doce mil militares de la legua, y unos treinta mil militares de afición, o lo que es lo mismo, diez o doce mil soldados de línea, y sobre treinta mil milicianos nacionales. Total cuarenta y tantos mil hombres.

Concurrirán a la segunda todos los teatros de esta corte, así nacionales como extranjeros. Y no seremos nosotros, ciertamente, los que nos atrevamos a

[1] Se publicó en *La Discusión* el 20 de abril de 1856.

distinguir cuál es el teatro extranjero, y cuál el teatro nacional; que, así Dios perdone, como hemos perdido la brújula en esto de originalidades y traducciones, hasta el punto de creer que estamos en Francia cuando nos hallamos en el teatro del Príncipe, o en el de la Cruz, o en el del Circo, o en el de Variedades, o en el del Circo de Paul, y hasta el punto también de figuramos que nos encontramos en un teatro español, cuando sentamos la planta en el que se llama por irrisión Teatro de Lope de Vega.

Esta confusión de nuestros pobres sentidos es muy disculpable, señores empresarios, cómicos y autores, si se atiende a la poca costumbre que tenemos de oír hablar el castellano en los teatros de Castilla, y a lo acostumbrados que estamos a ver en los teatros de Castilla, obras del repertorio francés, ya con el carácter de traducciones, ya queriendo pasar por originales, ya desfiguradas torpemente, y por lo regular plagadas de galicismos que van diciendo a las narices más romas: *de buen palo es la canela para que no huela*.

Pero volviendo a las grandes revistas, diremos para concluir el paralelo entre la nuestra y la que se pasará esta tarde, que somos personas muy competentes para revistar con imparcialidad a la tropa, a la milicia y a los teatros, por la sencilla razón de que nos, el revistero de *La Discusión*, no somos amigo de los ejércitos permanentes, a fuer de intransigente demócrata, ni hemos ingresado todavía en la milicia, a fuer de joven serio, ni hemos escrito nada para el teatro, a fuer de apasionado de la buena literatura dramática.

Después de esta introducción, debíamos ante todo hacer una visita a la compañía francesa del Teatro de Lope de Vega, puesto que así lo prometimos el domingo pasado; pero un gran acontecimiento que ha tenido lugar en otro coliseo nos obliga a dejar para la segunda plana el cumplimiento de nuestra promesa.

Hechas estas salvedades—redoble de tambores—se abre la sesión.

II

Estamos a quince de abril; somos miércoles.

Se dice que esta noche nuestros autores dramáticos dan señales de vida en el teatro del Príncipe.

Se dice que la empresa de este coliseo vuelve súbitamente por su honor.

En efecto; después de tantos meses de traducciones, arreglos, acomodos, refundiciones y exhumaciones, nuestros escritores y vuestros empresarios nos dan en una sola noche, de un solo golpe, en una sola vez, nada menos que tres obras nuevas, originales, escritas todas por españoles—ya que no todas en español—unas en prosa, otras en verso, y otras ni en verso ni en prosa.

¡Gran solemnidad! El público y los periodistas estamos de enhorabuena. ¡Ya tenemos algo que ver y de que hablar, después de tanto tiempo en que ni hemos visto ni oído cosa que valga la pena de recordarse! ¡Y no podía ser de otro modo! Cuando el Circo caduca y chochea con *La cola del diablo*; cuando el

Teatro Real ha enmudecido; cuando el teatro de la Cruz está cerrado, sin embargo de las ganancias de *Las Germanías de Valencia*, o por mejor decir, con embargo de las ganancias de *Las Germanías de Valencia*, y, en fin, cuando la compañía francesa se despide para provincias, natural es que el proto-teatro español haga un esfuerzo supremo, para hacer pasadera la noche a ese nuevo público, recién llegado de otros coliseos, que llama desesperado a la contaduría del Príncipe. Natural es también que, pues la temporada toca a su fin, la empresa trate de indemnizar a sus constantes parroquianos de los malos ratos que les ha dado en el trascurso del invierno, ofreciéndoles por vía de despedida galante y afectuosa, obras nuevas e importantes, desempeñadas con esmero y por la flor y nata de la compañía.

En consecuencia de estas reflexiones, que indudablemente se ha hecho la empresa del Príncipe, la señora Lamadrid, el señor Arjona, y el señor Romea han hecho la rabona casi toda esta semana, no dignándose tomar parte en las funciones del miércoles, jueves y viernes, siquiera fuese para contemplar su obra como empresarios.

Pero ya es hora de hablar de la solemnidad del 15 de abril. Mollberg y comparsa han tocado la sinfonía, y el telón está ya en un pie como las grullas—un brinco más, y nos hallamos en pleno *Más vale maña que fuerza*, proverbio en un acto, original y en prosa, por el señor D. Ramón de Navarrete.

La escena se halla dividida por una pared maestra si se atiende a su grosor; por un tabique diáfano y poroso, si se tiene en cuenta que filtra las conversaciones de una habitación a otra, como si fuera un colador de horchatas. ¡Admirable recurso, puesto en juego por el poeta, a fin de evitarse las fatigas de urdir la trama de la acción!

De un lado hay una niña que dice a su madre a todas horas: *Mamá, yo quiero casarme; yo no puedo vivir sin novio; búsqueme Vd. uno*, y una madre que se opone a este deseo de su hija, con la simulada intención de casarla más pronto, porque, según ella, la prohibición de una cosa es el medio más eficaz para que suceda. He aquí la *maña*. Por lo demás, esa joven es un tipo muy honesto, de gran enseñanza moral, verosímil a sumo grado, y agradable al primer golpe de vista. En cuanto a la autora de sus días, no decimos nada; es una madre modelo, que el señor Navarrete presenta a los ojos del público, como quien dice ¡*Imitadla...ya veis que triunfa*!

Del lado opuesto hay una niña hipócrita que tiene aparente aversión al matrimonio, y una madre decorosa, cristiana, muy española sobre todo, de un carácter tan verosímil y conocido como todos los del proverbio, que dice frecuentemente a su hija: *Eres una tonta; ¡no pescas ningún novio! ¡Cásate, maldita; cásate con el diablo; atrae a los hombres; asómate al balcón; tírales chinitas*,—y otras lindezas de este jaez.... ¡Tierno cuadro de costumbres que hiciera ruborizar a un tambor mayor de caballería, si la caballería tuviese tambores, y nuestra sociedad ofreciese semejantes cuadros!

He aquí la *fuerza*.

Pero volvamos al tabique.

El tabique sirve solamente para hacer la exposición a duo, y filtrar diálogos amorosos; pues los personajes andan siempre de un lado para otro haciéndose visitas y comiendo pescados, de manera que la acción pudo suceder en cualquiera de las dos casas.

Con esto, y con decir que tal obra no tiene chistes, ni buen estilo, hemos concluído con *Más vale maña que fuerza*, añadiendo solamente, que no fue del agrado del público, a pesar de haber sido ejecutada *cum moderámine inculpata tutelae*, es decir, trabajando todos del mejor modo posible. Pero ¿quién saca partido de un tipo que no existe, de un carácter que no lo es, y sobre todo, de un papel falto de lógica, de verdad, de unidad, de interés y de belleza? ¡Oh! ¡Bien saben lo que se hacen doña Teodora, D. Julián y D. Joaquín, cuando se descartan de semejantes funciones! ¡Pero no saben lo que se hacen, cuando permiten que se representen!

Vamos a la segunda pieza.

Titúlase *Abelardo y Eloísa*, sólo porque éste es el nombre de dos de los personajes.

El del autor no lo sabemos; pues aunque se decía de público en la sala, los murmullos y algunos silbidos poco galantes, no nos permitieron oirlo. Y caracterizamos de poco galantes los tales silbidos, porque, al parecer, se trataba de un señor que debutaba aquella noche. —Y decimos señor, porque tenemos la idea de que el autor de *Abelardo y Eloísa* nació en el reinado de Carlos X de Francia.

Es el caso, pues, que al correrse el telón, apareció uno de los dos aposentos que habían servido para *Más vale maña que fuerza*, con idénticos muebles y los mismos personajes. Rompe a hablar una niña, y lo primero que se le ocurre decir es un *yo quiero casarme*, que estremeció al teatro.

Pero lo dijo en verso.

Porque la pieza era en verso.

Y decimos *era*, porque dejó de ponerse a la segunda noche.

Sí, señor; era en verso, y en verso por este estilo:

> pedí a papá *permisión*
> de ir al teatro....

¡*Permisión*! ¡Dios santo!... Esto no es español, ni tan siquiera católico... (Léase *permiso*.)

Y en seguida dice otro personaje:

> Cuánto se puede querer
> tanto esta boda reunía....

Con aquello de:

seductor es quien seduce;
no es seductor quien se casa.

Y lo demás que pudimos coger al paso, y eso que tenemos mala memoria.

En cuanto al argumento de la obra, es muy sencillo, mucho más sencillo que el de la pieza anterior.

Eloísa ama a Abelardo, y se lo cuenta a la criada. Un viejo quiere casarse con Eloísa. Abelardo tropieza con un perro, y entra a curarse en casa de Eloísa. (Aquí palidece Antony.) Eloísa y Abelardo se reconocen y se casan, gracias al perro.

El señor Ossorio (don Fernando) hizo un tartamudo que arrancó algunas risas, por haber aparecido con una cara algo semejante a dos o tres personas muy conocidas en esta corte.

Suplicamos al Sr. Ossorio que no trabaje bien en las obras malas que se le encomiendan, pues logran pasar, gracias a sus esfuerzos, y esto, en castellano, es proteger y regar la cizaña que brota en el campo de la literatura.

Dichosamente, no hubo esfuerzo humano capaz de salvar a *Abelardo y Eloísa*.

Vamos a la tercera pieza.

Corrióse el telón bajo fatales auspicios: el público merecía más que nunca ese dictado de fiera, que le ha dado uno de nuestros amigos; pero a las primeras palabras del *Destino*, comedia en un acto del Sr. D. Juan Manuel Diana, empezó a doblar el cuello bajo el yugo del genio y de la inteligencia, y de allí a poco todo era risas y aplausos. El triunfo del Sr. Diana es, por consiguiente, doble. Su obrita es hábil, ingeniosa, correcta, chispeante de gracia y originalidad. El público llamó al autor con vivas aclamaciones. Sin conocer al Sr. Diana, nos complacemos en elogiarle; y decimos esto para que se vea que, como anunciamos en nuestra parte del prospecto de este periódico, no nos lleva la hidrofobia a la ingrata tarea de ejercer la crítica, sino nuestro amor a las bellas letras, a la prosperidad del teatro español, y a la gloria de nuestros autores.

La ejecución de esta última pieza fue admirable; la señora Rodríguez desempeñó perfectamente el tipo insustancial, frívolo y casquivano que le cupo en cuenta; el Sr. Tamayo y don Manuel Ossorio estuvieron muy felices en sus respectivos papeles, así como el Sr. Alisedo; pero quien brilló sobre todos, quien brilla siempre, quien brillará algún día como uno de los mejores hijos de la escena española, es Fernando Ossorio. Fernando Ossorio hizo un mozo de fonda admirable, copiando uno de esos andaluces que, porque sirvieron al rey en tiempo de D. Carlos, se dejan crecer el bigote desde la Revolución de julio. ¡Qué naturalidad! ¡Qué verdad! ¡Qué gracia! ¡Qué inagotable inventiva!

Y cuando se piensa en que ayer hizo el asistente de *El comer y el rascar*, y anteayer *La noche de novios*, y el día anterior *El protector del bello sexo*, o el mesonero de *Locura de amor*, o el dómine de *Las avispas*, o el negro de *Espinas*

de una flor, que, si no nos equivocamos, no le ha visto desempeñar el público madrileño, cuando se piensa en esto, decimos, y en que Fernando Ossorio tiene 25 años, no puede menos de confesarse que es un talento de primer orden para el teatro, y que le esperan los grandes triunfos de Maiquez, Lombía, Latorre y Guzmán, en el dificilísimo género cómico a que se dedica.

Vamos a otra cosa, y concluyamos con el teatro del Príncipe.

Anoche se representó en este coliseo el drama francés *Adriana*. Pasamos por alto la poca nacionalidad del espectáculo en gracia de la ejecución, que fue tan brillante como siempre que toman parte en ella la señora Lamadrid y el señor Arjona.

La superioridad de estos actores es un hecho tan incontestable que no nos detendremos a definirla. Baste decir que anoche lograron conmover profundamente nuestro ánimo, cosa harto difícil en esta época y en nuestra patria.

III

Henos en el teatro francés.

¡Salud a *La Dame aux Camélias*!

Aquí tenéis a la primitiva *Traviata*, a la primera encarnación de Violeta, a Margarita Gautier, a la *fille ainée* de Alejandro Dumas, hijo, a la que ha inmortalizado a Mad. Doche en el teatro del Vaudeville, a la que dio nombre a la Spezia, a la que inspiró a Díaz la Hortensia de su drama *Redención*, a la reina de las reinas caídas, de las furiosas entretenidas de París, a la flor de las ruinas morales, a la rosa otoñal, a la virgen disoluta. ¡Salud y buenas noches!

Decididamente—ya veis que nos afrancesamos—decididamente *La Dame aux Camélias* es una grande obra fisiológica moral, verdadera, llena de consolación y filosofía, trascendental, necesaria, amarga y dulce a la vez, patética, sonriente, festiva, local, febril, sembrada de lágrimas y flores, de espinas, de decepciones, de creencias, de todo y de luz, de idilios y tragedias, de abrasadores saraos y purísimas soledades campestres.

Margarita Gautier, vieja y niña a un mismo tiempo, escéptica y religíosa, gastada por la prostitución, virgen de alma, helada por una horrible sabiduría, inocente y confiada como el primer amor, desvergonzada y loca para arruinar a un hombre, generosa y santa en el sacrificio, coqueta hasta la desesperación, dócil y resignada como una mártir, es una creación inmensa que simboliza mucho, que habla muy alto, que hace pensar y sentir, que arranca bendiciones y blasfemias.

¿Conocéis *La Traviata*? Pues conocéis un reflejo, un boceto, un embrión oscuro de Margarita Gautier. Pero si oís decir que ¡*Redención*!, drama del señor don José María Díaz, es *La Dame aux Camélias*, decid que no es cierto; buscadla en otra parte; no os contentéis con tan pálido trasunto; vedla en el original francés pues merece ser conocida, tratada y adorada, como nosotros la

conocemos, vista en París y en Madrid, leída en todas partes, cantada en forma de ópera, arrancada a las fibras de acero del piano, ya como drama, ya como melodía, ya como novela.

No; *Redención* no es *La Dame aux Camélias*. La obra del señor Díaz no tiene ni un pensamiento, ni una frase del drama de Dumas. Los caracteres son otros, otros los móviles de la acción, otro el fin moral del poema. Si bien las situaciones principales y el corte de la obra están tomados del drama francés, cosa que nunca debió permitirse el señor Díaz, si no pensaba hacer una traducción o un arreglo; en cambio todo está dicho y desempeñado de una manera distinta, hasta el punto de ser odioso en una parte, un papel que es simpático en la otra, y vice versa. En una palabra, para honor de Dumas y Díaz, el que conozca a Hortensia, no tiene ni una remota idea de Margarita, y el que conozca a Margarita, todavía puede encontrar en *Redención* muchas bellezas, mucha novedad y ciertos defectos imperdonables.

Pero a todo esto no hemos hablado una palabra sobre la ejecución de *La Dame aux Camélias* en el teatro francés, o sea de Lope de Vega.

Es la primera vez que nos ocupamos de estos artistas, y vamos a resumir nuestros juicios en muy pocas palabras.

La compañía francesa que actúa en la calle del Desengaño se compone de medianías muy medianas del vecino imperio; pero así y todo, si diéramos al olvido por un momento nuestros recuerdos de París, y nos atuviéramos a una comparación con los artistas que hoy escuchamos en España, no seríamos exagerados diciendo que los actores del teatro de los Basilios son muy concienzudos, muy inteligentes, muy admirables. Donde más se les ve descollar sobre nuestros actores, es en esos cuadros animados en que juegan diez o doce personajes, de los que cada uno hace una evolución distinta, diciendo una palabra y llevando una acción individual. Nótase entonces en el juego escénico esa armonía, esa propiedad, esa desenvoltura que nunca encontramos en los artistas secundarios de nuestros coliseos. Hay propiedad, espontaneidad, tono, color, movimiento, vida, ese no sé qué, en fin, que cautiva el ánimo de los espectadores, haciéndoles creer que no es una ficción lo que miran sus ojos.

En cuanto a los primeros actores que han desempeñado las partes principales en *La Dame aux Camélias*, Mad. Sandre y Mr. Devaux, podemos decir que tienen momentos de verdadera inspiración en que levantan al público a toda la altura del drama. Mad. Sandre siente y dice perfectamente su papel, aunque lo caracteriza poco en los primeros actos, tal vez a causa de lo avanzado de la hora. Mr. Devaux es frío muchas veces, y otras desentonado en sus emociones. Ambos artistas adolecen de un mismo defecto, cual es olvidarse de sus papeles y ponerse a improvisar, prolongando unas veces las escenas, y mutilando otras los más bellos parlamentos, cuando no alterándolos a su sabor. ¡Ya se ve! ¡Cómo están en España! ¡Como saben que la mitad del público que les oye ignora el francés y la otra mitad desconoce la obra que se representa, pero esto

será objeto de un artículo fisiológico que pensamos escribir acerca del público del Teatro de Lope de Vega.

Para concluir: en Variedades se ha representado una traducción de *Les Filles de marbre* de MM. Barrière y Thiboust. Son los traductores los Sres. D. Juan Belza y don Luis Rivera. No tenemos por qué alegrarnos. La obra francesa ha sido cercenada, torturada, desfigurada, raspada, chupada y alambicada. El trasunto se parece al original, así como yo me parezco a un progresista.

A propósito: ya no hay en Valencia milicia nacional. Cuatro mil nacionales han abdicado en un mismo día. El señor Mascarós es el único que continúa inmóvil con el fusil al hombro, a la manera de Don Bartolo en el final del primer acto de *El barbero de Sevilla*. —*Com' una statua*?!!!

11
REVISTA LITERARIA

EL TEJADO DE VIDRIO, COMEDIA NUEVA EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO, ORIGINAL DE DON ADELARDO LOPEZ DE AYALA[1]

I

¡Qué dicha para nosotros, coger hoy la pluma para elogiar, para referir un triunfo legítimo de las letras españolas, para examinar una obra *nueva y original*, ni refundida, ni traducida, ni plagiada! ¡Qué dicha para nosotros, escribir al compás de los aplausos que tributa el público una noche y otra al verdadero genio, y reconocer que la coronada musa de nuestro teatro aún no se desdeña de vagar por las mal paradas orillas del decrépito Manzanares!

Los que nos acusan de melancólicos y descontentadizos, los que imaginan que lo censuramos todo por sistema, por crueldad o por un atrabiliario arranque de nuestro espíritu disolvente, pueden hoy reconocer sus errores al vernos gozosos y entusiasmados ante la gloria ajena, que, en nuestro modo de ver, equivale a la propia gloria, cuando el que la alcanza es un español, y el que la contempla tiene en el corazón un resto de amor patrio. ¡Qué grata tarea fuera la crítica, si siempre, como hoy, encóntrase más bellezas dignas de elogio que defectos acreedores a la censura! ¡Y qué triste misión es la del que se ve

[1] Esta reseña salió en *La Discusión* el 4 de mayo de 1856.

obligado uno y otro día a anatematizar disparates y absurdos, a trueque de ruborizar a la patria musa, de dar un triste espectáculo a los sencillos de corazón, y de herir el amor propio o agostar las esperanzas de los autores de malas obras!

Pero el tiempo urge, y tenemos mucho que decir; veamos qué ha sucedido en la precedente semana, para que estemos tan satisfechos y alborozados.

II

Desde la noche del miércoles se viene representando en el teatro del Príncipe, ante un público numeroso, y entre las mayores pruebas de admiración y aplauso, la comedia nueva, en cuatro actos y en verso, original de don Adelardo López de Ayala, cuyo título es *El tejado de vidrio*.

Antes de entrar en su examen, creemos oportuno formular nuestro juicio sobre su autor y sobre las dos obras a que debe su nombre—*Un hombre de estado* y *Rioja*; —pues sólo de esta manera podremos hacer comprender la importancia que damos a su última producción.

Hace mucho tiempo—y esto lo sabe todo el que se haya tomado la molestia de leer nuestras revistas literarias de *El Occidente* y *La Discusión*— que hablando de los fracasos que sufría Ayala en el teatro del Circo con sus libros de zarzuela, hemos consignado la alta idea que teníamos de este poeta y las grandes esperanzas que fundaba en él nuestra literatura para el día en que, abandonando aquel género bastardo de obras dramáticas, donde se ahogaba su genio y se esterilizaban sus atrevidas concepciones, volviese a cultivar el verdadero campo de Talía, que tan buenos frutos fecundara ya para su gloria bajo los ardientes rayos de su inteligencia. En aquellos mismos fracasos, que así llamaremos siempre a *La estrella de Madrid*, a *Los comuneros* y al *Conde de Castralla* a pesar de las muchas bellezas que hay desperdiciadas en tales obras, así como en *Guerra a muerte*, tan aplaudida por el público, veíase claramente que la soberana inspiración de Ayala no podría nunca empequeñecerse ni arrastrarse por el suelo; porque, hija de Dios, superior a la inteligencia en que se asentaba, y más robusta cada día, estaba llamada a crear y no a componer, a vegetar y no a formarse, a guiar al poeta y no a ser encaminada por él. Así se había visto ya en *Un hombre de estado* y en *Rioja*; así se ve todavía en *Tejado de vidrio*.

En efecto, Ayala es el genio indisciplinado, natural, innovador, espontáneo, que produce lo que no sabe, y va muchas veces donde no quiere. Pertenece en esto a la raza de los Shakspeares y de todos los colosos del arte. Siente la verdad, adivina la belleza, percibe lo sublime, y nada estudia, nada finge, nada calcula. Allá va confiado en lo que su genio le aconseja; y el genio, que lo es todo, que se improvisa niño y viejo, que tiene la intuición celestial, que ve la ciencia que no conoce, que se remonta de un solo vuelo a esas regiones de la

filosofía, a donde llegan penosamente y por retorcidas cuestas la experiencia y el estudio; el genio, decimos, se lo revela todo, le enseña lo que es el arte, lo que es la vida, lo que es la escena. No, no es Ayala el autor dramático que conoce a Sófocles, a Terencio, a Shakspeare, a Schiller, a Molière, a Alfieri, y toma de aquí y deja de allá, y medita y ajusta y compagina. El no sabe nada de esto. El es o hubiera sido otro Esquilo, otro Calderón, otro Bretón de los Herreros; algo nuevo, algo suyo, Ayala y sólo Ayala.

Leed su *Hombre de estado*, ese drama que se presintió, que le dio un gran renombre, y que obtuvo, sin embargo, un mediano éxito. Veréis allí todas las inconveniencias escénicas, todas las inexperiencias teatrales; el poema extravasando los bastidores, no cabiendo en el diálogo; la filosofía mal distribuida, alternando con las materialidades del *canevas* artístico; la rebeldía, en fin, de un genio potente que no se deja domar así como quiera.

Pero, en cambio, oíd al héroe de ese poema, al gran ambicioso, a ese otro genio insubordinado que no cabe tampoco en las condiciones de una sola existencia.

¡Oh! ¡yo quisiera volar
sin tanta pluma postiza!

Ahí se retrató Ayala con toda su independencia literaria, con todo su alejamiento de las escuelas, de los sistemas, de las tradiciones del arte. Así es que sus obras no se parecen a ningunas. Luego, como poeta, como lírico, como versificador, tiene la entonación más vehemente, el decir más rotundo, la fantasía más galana, a vuelta de una filosofía profunda, sólida y consoladora, que le coloca entre nuestro misticista Calderón y el gran fisiólogo Schiller.

Oigámosle en su *Hombre de estado*.

¡Oh! ¡renunciar a la esperanza mía!
Perdonadme; jamás. —¿Y quién ahora
tal sacrificio comprender podría?
Una fortuna conocida y cierta
se renuncia más bien, y un alto nombre;
todo el mundo lo aplaude, y se despierta
la vanidad del corazón del hombre.
Mas este sacrificio silencioso
que nadie lo comprende es muy distinto.
Nunca el dueño del mundo, Carlos V,
hubiera reducido su persona
de una celda al mezquino alojamiento,
si no hubiera tenido una corona
que arrojar a las puertas del convento.

Y después:

Ninguno vive en el presente día;

. . . . .

y mañana es la muerte; y ese anhelo
que en nuestro pecho sin cesar se advierte
y un mañana mejor ansiar nos hace,
es amor al descanso de la muerte
que sin saberlo con nosotros nace.

Y en *Rioja*:

...¡Oh! ¡necio quien maldice
el revolver del tiempo y su carrera!
Si el tiempo no corriera presuroso,
¿qué fuera de los hombres? ¡Ay! ¡cuál fuera
mi existencia infeliz, si en este día
su arrebatado curso reprimiera
y fija siempre ante mis ojos viera
la negra imagen de la suerte mía!

. . . . .

¡Más quiero padecer con su memoria
que ser feliz con el ingrato olvido!

Tal era hasta hoy el autor cuya última obra vamos a juzgar. Ni ésta, ni las que vengan en seguida, por superiores que sean, debidas a su pluma, extrañarán a nadie; de Ayala se espera todo; de tan sólidos cimientos pueden arrancar portentosos edificios. *Un hombre de estado* revela la superioridad esencial del poeta; *Rioja*, más teatral, más artístico, hace concebir la esperanza de que las formas dramáticas no serán siempre estrechas para tanto pensamiento. *El tejado de vidrio* es toda una realización.

III

El solo título de la nueva comedia de Ayala nos reveló su trascendencia, su importancia, su verdad filosófica.

Estos últimos versos de la obra resumen su pensamiento.

Sólo quien honra no tiene,
puede jugar con la ajena.

Y así dice el conde a Carlos hablando de las mujeres:

Cuando al vicio las dirijas,
piensa, volviéndote atrás,
que tienes madre, y quizás
tendrás mujer, tendrás hijas.

El argumento de la obra no cabe en los estrechos límites de esta revista, ni creemos deber referirlo cuando muy pronto no habrá uno solo de nuestros lectores que desconozca la composición entera. En muy pocas palabras enarraremos su esencia.

El conde del Laurel, calavera consumado, casado en secreto, instruye en las artes del amor al joven Carlos, con el fin de que le suceda en el trono del libertinaje. Carlos, que está enamorado de Julia, de la esposa del Conde, creyéndola soltera, aprovecha las lecciones del maestro en perjuicio de su honra y de la honra de su mujer. Por otro lado, el conde persigue a Dolores, esposa de Mariano, íntimo amigo suyo, y hace presenciar a Carlos varias escenas para que se instruya mejor, instrucciones que emplea Carlos con Julia. Carlos sabe que Julia es casada y se asusta y se lo dice al conde; pero el conde lo aplaude, poniendo en ridículo a los maridos. Carlos dice que teme que el marido sea amigo suyo, a lo que replica el conde: mejor que mejor. Julia, por su parte, celosa del amor, que ha descubierto, de su marido a Dolores, quiere vengarse, darle celos al conde, huir, cualquier cosa de las mil que le sugiere su exaltación; y como Carlos está en su camino, Carlos ve refluir la ira de Julia en beneficio de su amor, que ella ha desdeñado siempre. Entonces, no temiendo ya Carlos que el conde le birle la dama, le cuenta a éste sus esperanzas fundadísimas de triunfar, y le dice el nombre de la prójima. ¡Era su mujer! ¡El conde ha estado enseñando a Carlos para que Carlos lo deshonre! Es el fruto lógico de tal semilla. Entonces apela el conde a los lugares comunes de la honradez, como diría un libertino, y le arguye con que la dama tiene esposo, y Carlos, que ignora que ese esposo es el mismo conde, le vuelve sus frases, poniendo en ridículo a los maridos. El conde dice: pero será amigo tuyo. A lo que replica Carlos, como el conde en otra ocasión: ¡mejor que mejor! —¡Pues qué! ¿Dolores no es casada? ¿Mariano no es su amigo? —¡Es una escena admirable! En tal momento, Mariano acude a consolarse con el conde del desamor de su mujer, motivado por el mismo conde, que ha logrado fascinarla con su diabólica ciencia. Los remordimientos devoran al libertino. Todo lo teme. Cree que Julia no le ama, que está deshonrado; Carlos le ha dicho que tiene una cita con la condesa para huir con ella a París; el conde ha deseado presenciar esta cita escondido, como antes Carlos había presenciado las suyas con Dolores. Pero Carlos tarda. Carlos ha ofrecido venir para llevarle a saber hasta qué punto está deshonrado; Carlos, que ignora que el conde le ha sentenciado a muerte en el fondo de su corazón; Carlos, que ignora todavía que el conde es el esposo de Julia. —En esta agonía exclama el conde: "Carlos vendrá..."

¡No le enseñé por fortuna
a faltar a su palabra!

¡Rasgo de una moralidad inmensa, de una significación que a nadie se oculta! Es la acusación que el conde se hace a sí mismo de los malos consejos que ha dado a Carlos.

El desenlace se colige fácilmente. Julia es honrada y ama a su marido. Dolores está salvada desde que el conde comprende todo el horror de su conducta. Mariano recobra el amor de su mujer. Carlos se va solo a Paris, convencido de que la ciencia del mal no conduce al bien, y el conde publica su matrimonio sin miedo ya de que le llamen marido.

Como se ve, el asunto es grande, nuevo, rico de enseñanza y consolación. El desempeño ha sido admirable, sin que por esto carezca la obra de algunos defectos muy capitales en la distribución de la acción, en lo que pudiéramos llamar plástica del enredo, en la parte del drama que mira al público. Creemos que la comedia requería solamente tres actos; que el desenlace carece de artificio; que el segundo acto reclama algo del tercero, como el tercero debía terminar con la obra, a menos de haber dejado para el cuarto el desenlace de la mitad del asunto, o sea la redención de Dolores por las saludables palabras del conde, redimido también. Pero ya hemos dicho que estas condiciones de pura forma, que constituyen todo el mérito de otras obras, donde no hay más que un cuadro de relieve, son cosa muy secundaria en las obras de Ayala, y a tal punto, que *El tejado de vidrio*, tal como está compaginado, ofrece siempre interés, no decae nunca, y puede llamarse una comedia de primer orden. Y es que, en cambio de esa inexperiencia, de esa falta de práctica, de ese desdén por el artificio, encuéntranse enormes dificultades vencidas, raras situaciones, cuadros latentes de verdad y de belleza, y una sublime elevación de pensamiento.

Por ejemplo, ¿cómo hacer que la noble figura de Mariano, llamada por el conde:

> la figura de tarasca
> del alelado marido,

no sea ridícula y grotesca, cuando en medio de las predicaciones desenfrenadas de los primeros actos, se presenta quejándose a su mujer de ser poco amado por ella? Pues bien, ved la primera escena del acto tercero. Nada más peligroso que la situación; nada más digno que la figura de Mariano. El hombre que debía hacer reír, hace llorar. Las burlas que ha acumulado el conde sobre aquella frente, se borran a los ojos del público al oírle decir a su mujer:

> Quizás no sea
> tuya la culpa; así pienso
> muchas veces. Yo—perdona
> mi flaqueza—yo te ruego
> que me enseñes la manera
> de agradarte...

Por otro lado, no es menos hábil la manera de salvar otro escollo: es menester que Dolores ame al conde, y no le ame; que piense en él, sin dejar de querer a su esposo. El poeta lo ha justificado perfectamente. De lo contrario, el

desenlace era imposible. Dolores está dominada, fascinada, turbada y nada más. La maña del conde y su insistencia, sus calculados silencios, su misma fama, todo la fanatiza; por eso dice la atribulada esposa:

A pesar mío
se esconde dentro de mí.
Siento una angustia cruel
si juzgo que voy a amarle,
y el empeño de olvidarle
me obliga a pensar en él.

Por lo demás, los caracteres son verdaderos y están muy sostenidos; la dicción es esmerada; el tono de la comedia elevado y digno; los recursos espontáneos y eficaces; la versificación armoniosa, fácil y correcta. El conde, sobre todo, ese poeta del libertinaje, cuando se abandona a la contemplación de su vida, hace verdaderas odas como la siguiente:

¡Valor! A un mozo entendido
rico, galán y gentil
las cien puertas de marfil
abre el templo de Cupido.
Siempre una frase sencilla
de amor, que turbe el sosiego,
que el mundo se encarga luego
de fecundar la semilla.
Los necios que las adulan,
los ruidosos galanteos,
que despertando deseos
de boca en boca circulan;
todo ayuda a la caída.
¡Carlos...verás qué momentos!
¡qué inquietudes! ¡qué tormentos!
pero ¡qué vida! ¡qué vida!

En compensación de estas palabras, oigamos a Julia, a la mujer severa y pensadora:

El hombre, el rey de los seres,
no hay virtud que no combata,
y es fuerza, pues el la mata,
que renazca en las mujeres,
que nuestras almas rechacen
sus continuos atropellos,
por nosotras, y por ellos,
que ignoran lo que se hacen.
. . . . . .
Dices que es diestro... ¡bobada!

Temible...¡bah! ¡una idea!
No hay un hombre que lo sea
para una mujer honrada.
. . . . . .
Y dan gloria, sí, señor,
estas hazañas gentiles....
y después esos reptiles
nos piden cuentas de honor.
¡Quieren que su ingratitud,
que su infamia y torpes hechos
produzcan en nuestros pechos
el fruto de la virtud!

Pero no es cosa de que copiemos aquí toda la comedia, como lo haríamos indudablemente a dejarnos llevar de nuestra admiración.

Citaremos algunos rasgos sueltos, y dejaremos la pluma.

Dice Carlos al conde, después de una lección, al final de primer acto:

Tu discípulo te hará
todo el honor que mereces.

Y Julia, en su monólogo del acto tercero:

¿Ha de vivir la virtud
de los deshechos del vicio?

Y Mariano al conde:

Que no pueden ser hermanos
el delito y la ventura.

Para concluir.

El tejado de vidrio es una gran adquisición para nuestro teatro, una rica joya, que merece colocarse entre *El hombre de mundo* y la mejor comedia de Bretón. Repetimos que no es la obra perfecta; pero es quizás la que encierra más cosas grandes. El día que Ayala, más experto, dome su imaginación y reparta mejor por todos los ángulos de sus producciones el pensamiento moral y filosófico que las encamina, en vez de amontonarlo en un punto, como en el sublime tercer acto del *Tejado de vidrio*, ese día Ayala será tan grande para el mundo como hoy lo es para nosotros.

IV

La ejecución es mala, aunque no del todo, por parte de don Joaquín Arjona y D. Victorino Tamayo.

Otro día nos ocuparemos más despacio de todos los actores del Príncipe.

12
REVISTA DE TEATROS

LA HIJA DE LA PROVIDENCIA
ZARZUELA NUEVA DE LOS SRES. ARRIETA Y RUBI[1]

I

Anteanoche se estrenó esta obra en el teatro del Circo, ante un público tan numeroso como heterogéneo, pues formaban parte de él los desterrados del Teatro Real, los aficionados a la literatura dramática que no habían cabido en el teatro del Príncipe, y los caltañazoristas, o sea parroquianos constantes de la casa.

También estuvimos nosotros, y por cierto que salimos tan preocupados y pensativos como siempre que aportamos por aquel coliseo. Quizás salimos más preocupados que nunca.

Cuando, a propósito de *Los comuneros*, alzamos los primeros el grito de ¡*Abajo las zarzuelas*!, no lo hicimos bajo una impresión de disgusto hacia aquella obra, que elogiamos mucho y celebramos todavía, sino dominados precisamente por un sentimiento contrario: respetos al arte, admiración hacia Ayala y Gaztambide, y escándalo del gusto maltratado nos movieron a decir entonces a los autores de zarzuelas: porque tenéis talento, condenamos vuestro extravío; porque sois legítimos representantes de la poesía y de la música, combatimos vuestra obra; porque vuestra obra es buena esencialmente, quisiéramos hundir la mala casa que frecuenta.

Y, en efecto, nunca pediríamos nosotros la desaparición de un teatro donde se representaran solamente obras como *La cola del diablo, El amor y el almuerzo, Buenas noches, señor don Simón* y demás engendros de *Momo*;[2] obras *sui generis*, que atropellan descaradamente el sentido común y la importancia teatral, con tal de lograr su objeto, que es hacer reír, lo cual consiguen casi siempre, sin menoscabar por esto un arte a que no pertenecen ni tratan de pertenecer, y sin servir de remora al progreso literario y musical, que no busca en ellas su simbolización; lo que nosotros pediremos siempre es la destrucción del teatro que cuenta con elementos útiles, que emplea imaginaciones brillantes, que absorbe la vitalidad artística y literaria de muchos genios, que representa nada menos que a dos musas españolas, y todo esto para condimentar un mal brebaje, para esterilizar grandes esfuerzos, para pervertir, para amenguar, para

---

[1] Esta reseña salía en *La Discusión* el 18 de mayo de 1856.

[2] Pseudónimo de Luis de Olona Gaeta.

sepultar capacidades y reputaciones. ¡Vampiro que se alimenta de sangre generosa y que no por eso se robustece, sino que cada día presenta un rostro más pálido y una boca más insaciable!

Como comprenderán nuestros lectores, todo lo que llevamos expuesto significa que la zarzuela que se representó anteanoche en el Circo, nos pareció muy buena, o por mejor decir, que encontramos en ella cosas excelentes; (pues zarzuela y buena, ya hemos dicho en otra ocasión que son palabras irreconciliables en nuestro pobre juicio). Más claro: según nosotros, *La hija de la Providencia* es buena, porque el señor Arrieta es buen músico, y el Sr. Rubí buen autor dramático. *La hija de la Providencia* es mala, porque es zarzuela. De aquí que saliésemos del teatro tan preocupados y pensativos.

Y no se crea por esto que la zarzuela no agradó al público; todo lo contrario. La letra y la música fueron aplaudidas; se pidió a los autores con entusiasmo y el total promete dinero a la empresa del Circo.

Pero es el caso que no basta que la obra tenga cosas buenas y que el público la haya recibido bien, sino que es necesario que el público haya recibido bien lo bueno de la obra, y oído lo malo con indiferencia.

Precisamente nada de esto ha sucedido.

El público, el público zarzuelero, (no aquella parte del público que va al Circo por recurso o curiosidad), el público que hemos llamado caltañazorista, como si tuviera el instinto de que la zarzuela debe ser extraña al engrandecimiento del arte y a las ostentaciones de genio, ha aplaudido en esta obra todo lo que tiene de profano y atentatorio al genio y al arte, sin hacerse cargo de sus grandes inspiraciones líricas. —¡Dígannos ahora que la zarzuela engendrará la ópera, creando filarmónicos y ensanchando el horizonte de la música nacional! —¡Vano delirio!

Pero ya es tiempo de que descendamos a detalles, analizemos la obra y estudiemos de cerca al público.

Para esto, lo mejor será hacer la crónica de la función, y a fin de que se comprenda perfectamente, daremos una idea del argumento de *La hija de la Providencia*.

II

El asunto de esta obra es de los más líricos que se han presentado en aquel coliseo. Descúbrese en todo su desarrollo el buen instinto dramático del señor Rubí; pero, así y todo, el argumento peca de demasiado sencillo y de una lisura que raya en insignificancia. La fábula es tan obvia, que pudiera llamarse pueril; es, en una palabra, la primera producción de un colegial, cándida, optimista y pobre de importancia. Hay, sin embargo, en ella un carácter—el principal—tan verdadero, tan noble, tan bien dibujado, que suple por los demás y sostiene el interés; es el viejo don Alvaro de Toledo, caballero español, buen cristiano,

hombre de bien y a la buena fin, como suele decirse. Pero esta misma extremada fluidez y facilidad del enredo, hace más lírico, más tiernamente sencillo el cuadro. La versificación tiene de todo; versificación de zarzuela: descuidada, con buenos trozos que revelan la pericia del poeta y recuerdan tantas y tantas preciosidades como le debe nuestro teatro; la dicción criminal muchas veces, crimen imperdonable en el señor Rubí, y los caracteres...

D. Alvaro de Toledo encontró a una niña abandonada en un prado, y la recogió, cuidó y educó como un padre, sin revelarle la oscuridad de su origen. Esta niña, María, la hija de la Providencia, se enamoró de D. Juan de Bazán, quien estaba ya enamorado de ella. D. César, padre de D. Juan, pide a D. Alvaro la mano de María a fin de unirla a la de su hijo.

Entonces un deber de conciencia obliga al noble Toledo a revelar a María que no tiene apellido, y para consolarla se la lleva a una quinta, donde la propone que se case con él, a fin de que luego herede su apellido y pueda casarse con su ilustre novio. Yo me moriré pronto, dice el viejo Toledo con una sencillez y grandeza de alma de todo punto bellas y generosas. Pero María tiene otro plan; y, no sabiendo que contestar a D. Alvaro, lo lleva a cabo inmediatamente; en su virtud, se fuga y entra en un convento. Pero D. Juan que ha seguido siempre su pista, profana el monasterio por ver a su adorada, y hete aquí a la Inquisición que le echa mano y le condena a muerte. Entonces D. Alvaro logra el perdón del rey, con la condición de que el sacrílego se case con María, cuyo honor ha comprometido penetrando tras ella en el monasterio. Tal es el drama; lígero y pobre como dejamos dicho; pero tierno y sentimental a la vez que muy adaptable a la música patética y delicada que le ha puesto el Sr. Arrieta.

Ahora empieza lo malo. Hay en la obra un paje y una campanilla que se mezclan en todo, que destruyen las situaciones más interesantes y descomponen los cuadros más armoniosos, y todo por arrancar una risa, por emplear a un actor, por justificar el género, por complacer a cierta clase del público. No es, aunque pretende serlo, el criado o el escudero de nuestro teatro antiguo; tampoco es uno de esos bufos de ciertas óperas de Donizetti que inspiran carácter a la composición, dándola un tinte de verosimilitud y localidad, haciendo más vivo el claro oscuro, y humanizando el poema. No, es un desentono chillón, un accesorio grotesco, una superfluidad abigarrada que esteriliza los arranques del sentimiento, que hiela las lágrimas, que no puede desaparecer, sin embargo, de la obra sin privarla de sus especiales partidarios, y que, para decirlo de una vez, arranca y arrancó la mejor parte de los aplausos.

Para hacer más patente semejante fenómeno, nos vemos precisados a trazar la crónica de la función.

III

Antes de correrse el telón, tocó la orquesta el preludio de la zarzuela;

pareciónos original, sencillo y gracioso como el *spartito* a que servía de índice y cimiento. Y no pasaremos adelante, sin dejar nuevamente consignada nuestra decidida vocación a la música de Arrieta. El autor de *Isabel la católica* se distingue por cierta espontaneidad o vaguedad en la melodía que expresa maravillosamente las más encontradas situaciones. Español, puramente español en la esencia de sus cantos, indolente y voluptuoso en las cadencias, sentimental y risueño como la poesía árabe, tiene también la peculiar condición de sentir hondamente como los artistas del norte, de abandonarse a una fantasía propia de cantor montañés, de ser siempre, como Antonio Trueba en la poesía, el genio vascongado, melancólico como la ausencia y pintoresco como aquellos accidentados paisajes. Estas dotes de Arrieta resaltan mucho en su última obra, y asoman elocuentemente en el preludio que hemos citado.

El público no lo aplaudió.

El duo de Sabino y D. Alvaro es muy agradable. El contraste del placer y el dolor se percibe en una graciosa y vaga melodía, tan original como española; pero donde más gracia y novedad asoma en este acto, es en el terceto de María, César y don Juan. ¡Cuánta inventiva, qué expresivos acompañamientos tan ligeramente apuntados, con tanta intención sostenidos!

El público se encogió de hombros, por más que muchos *dilettantes* aplaudieron ambas piezas.

En cambio, en el segundo acto, después del felicísimo duo entre María y su padre adoptivo, en que éste se le ofrece por esposo, sale el paje mencionado, el dichoso Sabino, y dice al generoso anciano un epigrama de mala ley e inoportunísima aplicación, que hizo extasiarse de placer al público susodicho.

Aludimos a aquello de

. . . . San Marcos
tenga compasión de vos.

o a aquel otro tan aplaudido rasgo

. . . ¡Ciertos son . . .
los toros!

Et sic de ceteris.

Y siempre lo mismo, El duo de las campanillas, inverosímil en el libreto, siquier desempeñado por el compositor con mucha gracia, hizo también feliz al público; pero no por eso se dignó reparar en que el final del segundo acto es una mala pieza música, la más débil de todo el *spartito*.

No apreció mejor su señoría el excelente coro de inquisidores del acto tercero; pero en cambio aplaudió frenéticamente las contorsiones del buen paje cuando le leen la sentencia; y si tan vehementes pruebas de admiración dio en el sublime terceto entre María, D. Juan y D. Alvaro, necesitó para ello que el Sr. Font atronase el teatro, y que los iniciados o *dilettantes* diesen la señal del triunfo. Triunfo muy legítimo; ¡aquel terceto es una maravilla!

En resumen.

La zarzuela fue muy aplaudida.

El público llamó a los autores.

La música nos pareció excelente.

El libro tenía muchas condiciones de buen libreto.

Nosotros, teniendo todo esto en cuenta, anatematizamos la nueva zarzuela, como hemos anatematizado las anteriores. ¡Cuánto, cuánto genio desperdiciado! ¡Qué lástima de miel!

Por lo que respecta a los actores de aquel teatro, nunca hemos hablado de ellos bien ni mal. Sólo recordamos haber elogiado en una ocasión el talento del Sr. Salas. Hoy le damos la enhorabuena por la maestría con que ha caracterizado al respetable señor de Toledo; también cumplimentamos al señor Muriel por la bellísima decoración del tercer acto.

IV

Mientras anteanoche asistíamos a la representación de *La hija de la Providencia*, se estrenó en el teatro del Príncipe la comedia nueva en tres actos y en verso de D. Manuel Tamayo y Baus, titulada, *La bola de nieve*.

En la próxima revista nos ocuparemos de ella.

13
REVISTA DE TEATROS

LA BOLA DE NIEVE

Encontré en la Hemeroteca Municipal un artículo sobre *La bola de nieve* de Tamayo y Baus en 1976 en el número del 25 de mayo de 1856 de *La Discusión* y saqué unos apuntes. Cuando volví en 1979 para copiar el artículo, alguién lo había arrancado. A continuación se reproducen mis notas. Así el lector tendrá al menos alguna idea del contenido del artículo:

Tamayo y Baus escribe para sus actores, teniendo en cuenta sus puntos fuertes. Por eso sus dramas tienen éxito. Después de alabar *Hija y madre* y *Locura de amor*, Alarcón juzga severamente *La bola de nieve*. Le falta unidad de tono y armonía. "Empieza como un sainete,...y concluye con lágrimas." Los personajes son falsos. Alarcón termina criticando la versificación: "El autor de *Virginia* no se distinguirá nunca como rimador."

14
CRITICA LITERARIA
DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ[1]

ARTICULO I

I

Vamos a emprender una tarea de que hay pocos ejemplos en nuestros anales literarios.

Vamos a escribir, *motu propio* y sin oportunidad alguna, el elogio de un compatriota, de un contemporáneo nuestro, el elogio de un vivo, el elogio de un hombre que debiera hacernos sombra, como suele decirse, en nuestra profesión de escritores públicos. —¿Quién es tu enemigo? —El de tu oficio. —He aquí el refrán más español que conocemos.

Y decimos que es nueva la tarea a que nos consagramos hoy, porque ni vamos a ocuparnos de un alto personaje, en cuya protección busquemos el premio de nuestro trabajo, ni de uno de esos hombres de moda, a quienes se celebra por costumbre, por manía o por vicio, ni de un potentado que pueda pagar alabanzas, ni tan siquiera de un pariente, de un amigo o de un socio, hacia el cual nos arrastre la pasión, la parcialidad o la aparcería.

Acometemos esta empresa tan legítima y espontáneamente, como legítimos y espontáneos son los méritos que vamos a ensalzar. El amor a la justicia pone la pluma en nuestra mano. La santa emoción que sentimos al colocarla sobre el papel, nos remunera largamente de la fatiga. Nuestra notoria independencia nos relevará de bastardas interpretaciones.

Colocados en medio del mundo literario, y espectadores de la farsa que representa a todas horas, hemos aquilatado y valuado las reputaciones que atruenan constantemente los oídos del público, hemos analizado su origen, depurado su esencia y examinado sus títulos, sacando en claro que no es oro todo lo que reluce, que hay renombres, consuetudinarios e injustificados, que la prensa, trompeta de la fama, miente a sabiendas cuando se le antoja, y que el

---

[1] En 1856 publicaba Alarcón en *La Discusión* del 29 de junio y del 6, 13 y 22 de julio, una serie de cuatro artículos sobre Fernández y González, amigo suyo desde los días de la Cuerda Granadina y Colonia Granadina. Aquí reproducimos *in toto* el primer artículo, un estudio de la vida y obra del autor sevillano, y sólo presentamos selecciones de los otros tres. Estos tienen por tema la poesía, las obras orientales y el teatro de Fernández y González. Alarcón trae en ellos extensas citas, casi sin comentario, de varias obras. En nuestra edición omitimos estas partes que, a nuestro juicio, carecen de interés. Alarcón anunció un quinto artículo sobre las novelas, pero, según parece, nunca llegó a publicarse, a no ser que saliese en uno de los números del periódico que falta.

público es un planeta opaco que recibe luz de los fabricantes de gloria, o un pobre barco sin velas que va a remolque de los gacetilleros.

El literato que vamos a juzgar ha vivido siempre fuera de la república literaria oficial, lejos del periodismo y de los cafés, de los cónclaves y de las tertulias, de las antesalas y de los folletines. Hanle bastado para llenar sus aspiraciones su mérito y su trabajo; pero ni su mérito ni su trabajo han sido suficientes para darle en las filas de la literatura el distinguido puesto que le corresponde. Así es que hoy es más conocido de los legos que de los iniciados, más afamado en provincias que en Madrid, más célebre entre los aficionados a las bellas letras que entre los mismos hijos del Parnaso.

Cuando entremos en el examen de sus obras, cuando le estudiemos como poeta y como prosista, cuando revisemos los cien volúmenes que lleva publicados, parecerá imposible que D. Manuel Fernández y González no haya merecido nunca una gacetilla, un elogio, un recuerdo, una cita, una mirada de parte de tanto y tanto falso profeta como hoy se empina sobre la punta de los pies. Y todo porque nuestro escritor, verdadero hombre de genio, poeta de verdad y no por afectación, no ha encargado o escrito sus panegíricos, no ha besado la mano a los padres graves, dadores de reputaciones, no se ha hecho satélite de ninguno de los Mecenas de nuestros días. ¡Miseria humana!

¿Ni cómo había de ser de otra manera? ¿Cuándo existirá un tuerto, rey de ciegos, dotado de tanta abnegación que revele a sus súbditos la existencia de un hombre adornado de dos relucientes ojos? ¡No somos tan justos los hijos de Adán y Eva!

Tal es, sin embargo, nuestro propósito. Queremos que llegue para Fernández y González la hora, siquier tardía, consoladora y grata siempre, de la justicia y de la igualdad. Queremos que a sus legítimos méritos, que a su intrínseca gloria, que a sus títulos sagrados, a la consideración de la gente literaria, adune todo el aparato teatral, todo el *puff* francés, todo el *bombo* y *platillo* de nuestra época; queremos que tenga por base de su reputación todo lo que constituye la gloria de las pseudo-notabilidades, con más todo lo que les falta a éstas y en él superabunda: ¡verdadero talento! Queremos, en fin, lucir la gran figura que hemos hallado en la oscuridad, empingorotándola en los zancos de madera que sirven de pedestal a nuestros liliputienses contemporáneos.

II

Graves inculpaciones hemos hecho a la prensa y a los críticos en el capítulo anterior; debemos justificarlas.

A pesar de que nosotros pensamos considerar a Fernández y González como lírico, como épico, como dramático y como escritor oriental, los cargos que hacemos a la opinión, o sea a sus representantes, sólo son como novelista; hasta en esto queremos ser justos.

En efecto, nuestro poeta no ha hecho alardes en Madrid de su múltiple

capacidad literaria: sólo una provincia de Andalucía, Granada, ha oído los acordes de su cítara, y contemplado los cuadros esplendorosos de sus narraciones árabes. Aquella ciudad bendita, perla de oriente, cuajada entre nieves y bosques bajo el revuelto mar de las invasiones de los hijos del desierto, aquella patria de poetas apreció en todo su valor las varias condiciones de Fernández y González, todo el genio de Zorrilla, todos sus poemas y leyendas sobre la Alhambra, han sido insuficientes a desvirtuar el recuerdo del vate andaluz, del autor del *Laurel de los siete siglos*, del cantor de *Allah-Akbar*, del último mozárabe del Albaicín, como se le llama en todos los pueblos que cercan a Sierra Nevada. Allí está encarnado su nombre en todos los sitios, en todos los monumentos, en todas las tradiciones mahometanas; allí se recitan sus poesías y sus cuentos a todas horas; allí se esperan con avidez todos sus escritos; allí, por último, se le han otorgado premios, aplausos, alabanzas, respetos, amor y veneración.

Pero su teatro como novelista ha sido Madrid. Su ostracismo literario, permítasenos la frase, su desheredamiento, en una palabra, ha tenido efecto en la corte.

Hace once años, desde 1845, que Fernández y González aflige con sus novelas las prensas de la capital de España. Las bibliotecas más acreditadas dan a luz cada día una obra nueva de este autor; agótanse las ediciones; reprodúcense aceleradamente; escribe a la vez para dos o tres editores, y sólo la Biblioteca Ilustrada de Gaspar y Roig, ese monstruo que devora un libro diario, alimenta hace más de cuatro años una de sus principales secciones, casi exclusivamente con las novelas históricas de tan fecundísimo ingenio.

Nombrad los títulos de sus creaciones, y no hallareís un joven, una mujer, un lector de oficio que no os diga: *Yo he leído y admirado esas obras*. Citad su nombre, y todos os responderán: *No lo conozco*. Y es que su fama está esparcida, diseminada por el público; es que sus obras carecen de la concatenación que las da un apellido laureado. ¡Siempre se echa de ver la falta de ese periodista, que concreta, que resume, que sintetiza los merecimientos, y dice a un pueblo: ¡*Las obras son el autor; no elogiéis el artefacto sino al artista; Miguel Angel es más grande que la cúpula de San Pedro*!

Por consiguiente, si nuestra admiración hacia Fernández y González no nos exigiese un juicio de sus obras y una cita de algunos modelos suyos, bastaríanos hacer el catálogo que irá al final de esta revista, para que el público, al ver agrupados sobre un nombre tantos títulos de gloria, tantos recuerdos de horas de solaz, tantos libros leídos con admiración y entusiasmo, formúlase en su imaginación de una manera clara, imperecedera y luminosa el nombre y la significación de D. Manuel Fernández y González.

III

Pero ante todo, tracemos a grandes rasgos una ligera biografía del hombre.

Fernández y González nació en Sevilla a fines de 1821.

Desde 1825 vivió con sus padres en Granada, donde hizo sus primeros estudios y en cuya universidad empezó a cursar derecho.

A los diez y ocho años había ya escrito una novela que se publicó en aquella capital con gran aceptación, y un drama en prosa, que representó Valero en aquel teatro en 1841.

Un año antes cúpole la suerte de quinto, y no permitiendo que su familia le librase, emprendió el servicio de las armas como simple soldado; pero pronto fue ascendido a sargento, por consideración a su clase e ilustrada inteligencia, y condecorado con la cruz de San Fernando por su denuedo militar.

Así residió en Madrid en 1845, donde publicó una novela, que se ha reimpreso infinitas veces, titulada *La mancha de sangre*.

En 1847 dedicóse en Granada al género oriental e hizo otro ensayo dramático.

Licenciado ya, por haber cumplido el tiempo de su empeño, dedicóse exclusivamente a la literatura que desde entonces ha sido su propio sostén, el de su familia y el de la casa paterna.

Consagraremos aquí un recuerdo a D. José María Zamora, editor de Granada, el primero que acogió al poeta soldado, apreciando todo su mérito, y le impulsó en la azarosa carrera que emprendía.

En 1849 escribió una tragedia bíblica, *Sansón*, que obtuvo en Granada un éxito completo, así como dos piececitas dramáticas, representadas en aquel liceo, un drama histórico y en verso, que puso Latorre en escena en 1850, titulado *Luchar contra el sino*, y una comedia de magia.

También escribió y publicó en Granada un drama fantástico, que no se ha representado, cuyo título es: *D. Luis Osorio* y cuatro novelas: *El asno cojo, Un horóscopo real, Ricardo espada larga* y *Allah-Akbar*, leyenda de las tradiciones del sitio y conquista de Granada, de la que se agotó instantáneamente una fabulosa edición.

Por entonces fue cuando ganó en la Academia de Granada la flor de oro, con su magnífica *Batalla de Lepanto*.

Ultimamente, en 1851 reapareció en Madrid, donde permanece desde entonces y lleva publicados una multitud de libros equivalente a ochenta volúmenes en octavo mayor.

IV

He aquí el catálogo de todas sus obras.

Novelas.

—*El doncel del rey D. Pedro.*
—*La mancha de sangre.*
—*Obispo, casado y rey.*

—*Martín Gil.*
—*El asno cojo.*
—*Un horóscopo real.*
—*Ricardo espada larga.*
—*D. Juan Tenorio.*
—*Isabel la Católica.*
—*El condestable D. Alvaro de Luna.*
—*Men Rodríguez de Sanabria.*
—*D. Juan II.*
—*El tributo de las cien doncellas.*
—*Doña Sancha de Navarra.*
—*Memorias de una reina.*
—*La cabeza del rey D. Pedro.*
—*Los siete infantes de Lara.*
—*Los Monfíes de las Alpujarras.*
—*D. Ramiro I de Aragón.*
—*El diablo encarnado.*
—*Magdalena.*
—*Amparo.*

Leyendas y Cuentos Orientales.

—*Las siete noches de la Alhambra.*
—*Allah-Akbar.*
—*El laurel de los siete siglos.*

Obras Dramáticas.

—*El bastardo y el rey.*
—*Traición con traición se paga.*
—*Jacobo el esbirro* (prohibido).
—*Sansón.*
—*Con poeta y sin contrata.*
—*Un duelo a tiempo.*
—*Luchar contra el sino.*
—*La infanta Oriana.*
—*Don Luis Osorio.*
—*Lisardo el estudiante.*
—*Mari-Paz la comedianta* (sin concluir).
—*Nerón*, tragedia (la escribe hoy).

Ensayos Epicos

—*Canto a la victoria de Bailén.*
—*La batalla de Lepanto.*
—Introducción al poema. —*La guerra civil.*

Poesías Líricas.

—*Oda a Dios*.
—*Mi inspiración*.
—*Elegía en la muerte de D. Carlos Latorre*.

Y mil romances, leyendas y otras composiciones, que fuera prolijo enumerar y que no están coleccionadas.
Crítica.

—*El diablo con antiparras*. Revista satírica en prosa y verso.

V

En cuatro artículos dividiremos el exámen de las obras de Fernández y González.

I. Como escritor oriental en prosa y verso.
II. Como poeta épico y lírico.
III. Como autor dramático. Sus condiciones especiales para la tragedia clásica.
IV. Como novelista.

Y, pues hemos acopiado los materiales, medido el terreno, dibujado el edificio y llenado un folletín, aquí debe terminar la presente revista.

Hasta el domingo que viene.

ARTICULO II

I

Elévase mi espíritu; la llama
de inspiración gigante, flameando
en derredor de mi cabeza gira;
y entonces o soy Dios, o Dios desciende
invisible, y mi espíritu engrandece.
No me acongoja entonces de los hombres
el duro proceder, ni mi impotencia
me oprime, como suele, despiadada.
Superior a mí mismo, con desprecio
vuélvome al mundo y de su afán me río,
o iracundo sus vicios apostrofo;
o, si cansado de sufrirle, acaso
de él aparto mi vista, en otros mundos
el apenado espíritu poniendo
donde no hay horizonte ni medida,

a Dios me finjo en el supremo instante
en que sacó los mundos de la nada.

Ninguna idea pudiéramos emitir acerca de las condiciones líricas de Fernández y González, tan exacta, tan elocuente, tan propia, como la que da él mismo en los anteriores versos que tomamos de una oda que imprimió hace muchos años, y cuyo título es: *A mi inspiración*.

En efecto, Fernández y González es poeta inspirado, poeta de genio.

No es el literato, el clásico, el erudito, el hombre de gusto, el joven estudioso.

Es el creador, el dador espontáneo, un manantial nuevo.

Adivina la belleza perfecta; siente lo grande; tiene el instinto de lo sublime. Su gigante imaginación lanza llamaradas súbitas que le iluminan los más recónditos antros del pensamiento.

Así es, que sin estudios ni meditaciones, todo lo ve claro en el mundo moral y en el mundo físico. Su intuición es extraordinaria. Hoy se le halla profundo fisiólogo, mañana historiador consumado, filósofo eminente, crítico, letrado, hablista, y en verdad, en verdad, que nuestro poeta, en los momentos normales de su vida, apenas sabe el nombre de la mitad de las ciencias humanas.

Tal es la singularidad maravillosa de este genio inconcebible.

Hay momentos en que su entonación es la de Herrera.

¡Cantemos al Señor, que dio al soldado
claro valor y al noble caballero!

Dice, quizás parafraseando la canción del divino maestro a *La batalla de Lepanto*, en un canto épico al mismo asunto.

Véase qué gusto, qué gallardía en la construcción de esos dos versos.

Su pureza de lenguaje desespera en ocasiones; y decimos que desespera, porque es incomprensible como en el calor de la improvisación, en nuestros días tan aciagos para el idioma castellano, y sobre todo en un joven tan indisciplinable como Fernández, caben todas las galas, todos los giros, todo el sabor clásico de Fr. Luis de León.

. . . . . .

Añádese a esto cuanto digamos en la próxima revista sobre la aptitud del poeta para el género oriental, y habremos de convenir en que es uno de los genios más universales, más amenos, más fecundos con que hoy cuenta la poesía lírica española.

II

Ahora vamos a examinarle como cantor épico.

No nos detendremos a disertar sobre la abyección de la epopeya en

nuestros días ni acerca de las causas que a tal extremo la han llevado. Sólo diremos que la epopeya no existe ni acaso puede existir; que la damos por bien muerta, o lo que es más claro, que hallamos lógica y necesaria su desaparición; y que era menester el estro poderoso, la soberana arrogancia de Fernández y González para levantar el poema a su primitiva altura. Esto quiere decir que, según nosotros, es el único poeta épico que tenemos hoy.

Su *Batalla de Lepanto* a que hemos aludido ya varias veces, es indudablemente, al par que su mejor obra, el mejor canto épico que ha aparecido después de la revolución literaria.[2]

. . . . .

III

Como habrán visto nuestros lectores, hemos preferido presentarles un mosaico de bellezas literarias para que cada cual las juzgue y aprecie a su modo, a disertar y raciocinar sobre las obras líricas de Fernández y González. Esto quiere decir que confiamos mucho en el instinto de nuestro pueblo, eminente poeta y susceptible de valuar todo lo bello y lo grande. Si nuestro método no ha sido el mejor, ya no es tiempo de remediarlo.

ARTICULO III

Si hay un país en Europa en que la literatura oriental sea una planta indígena, digna de ser cultivada con esmero, ese país es España.

Si hay una región en España, donde queden rastros profundos de la dominación árabe, a pesar del empeño que pusieron tres siglos de fanatismo en borrarlas completamente, esa región es Andalucía, y sobre todo Granada.

Si hay, en fin, un poeta en nuestro suelo, infiltrado de la verdadera poesía del Oriente, dotado de una imaginación soñadora y espléndida como las páginas del Corán, ese poeta es don Manuel Fernández y González.

Muchos otros nombres acuden en este instante a nuestra memoria, reclamando la supremacía que damos a nuestro vate; ya les clasificaremos en la continuación de esta revista. Ante todo, queremos trazar a grandes rasgos la historia del orientalismo.

Imposible parece que trescientos sesenta y cuatro años hayan sido bastantes para cambiar completamente la faz de España, de sarracena en católica. La obra de los ocho siglos que dominaron los mahometanos en nuestra patria ha

---

[2] Alarcón incluye aquí una larga cita de un discurso dado por José de Castro y Orozco, marqués de Gerona, en el Liceo de Granada. La ocasion de dicho discurseo fue el haber sido agraciado Fernández y González con el premio en unos Juegos Florales por su "La batalla de Lepanto."

desaparecido como un sueño, si hemos de dar importancia a las primeras impresiones que ofrecen los antiguos reinos musulmanes. Pero profundizando en la esencia de nuestras artes, de nuestras costumbres, de nuestro idioma, pronto se ve el hecho lógico de que una civilización como aquélla no desaparece tan fácilmente de las regiones que invade, sino que más bien se oculta y reconcentra como todo sentimiento perseguido.

Perseguida, acosada, atormentada fue, en efecto, la influencia árabe después de la conquista de Andalucía por los reyes católicos.

Eran los tiempos en que no había piedad para los vencidos; los ancianos de las ciudades tomadas eran degollados; las doncellas violadas; consiguientemente los manuscritos de los árabes fueron tratados como viejos herejes y quemados en la plaza pública; y sus artes, vírgenes inocentes que con nadie se metían, merecieron el tratamiento más brutal. Había un empeño decidido en destruir el recuerdo de los moros. El egoísmo patrio, la intolerancia religiosa, la ira del vencedor se ensañaban a porfía en los restos del pasado. No conocieron que las artes y las ciencias son cosmopolitas y que pueden recibirse sin mengua, hasta de mano de nuestros enemigos. Tampoco reflexionaron, en su ciego españolismo, que el habla de Castilla debía su mayor y mejor parte a la invasión romana, y que su arquitectura gótica era nieta de la persa y hermana de la árabe, y, en fin, que por lo mismo que las conquistas de lo bueno y de lo bello no se hacen con las armas, tampoco se rechazan con la fuerza, sino con otra civilización más grande. Talaron, demolieron, incendiaron, expulsaron todo lo oriental; y cuando la incontrovertible magnificencia de un monumento contuvo el hacha de la destrucción, fue para sustituirla con el hisopo del exorcismo. La Alhambra y el Alcázar de Sevilla se convirtieron en palacios de nuestros reyes; las mezquitas de Mahoma llegaron a ser catedrales. Pero, a pesar de todo, sucedió lo que no podía menos de suceder.

El idioma castellano quedó empapado de palabras, de giros, de conceptos orientales; la agricultura no rechazó el progreso adquirido entre los moros; Averroes y otros sabios no fueron planetas opacos en el cielo de las ciencias, y sobre todo, la música árabe siguió vagando en torno de los españoles, lánguida, tierna, voluptuosa, como un recuerdo de amor.

Igual suerte cupo a la literatura.

Durante un periodo de cerca de cuatro siglos, la literatura del Oriente ha vivido alejada del círculo de nuestra literatura *oficial*; pero el pueblo, virgen en sus sentimientos, siempre poeta, nunca erudito, no pudiendo trasladarse a una antigüedad que estaba lejos de él, ni hablar el griego y el latín, idiomas de los clásicos y canteras que explotaban todos los días; el pueblo permaneció en su siglo, guardó sus tradiciones propias; llamó Dios a su Dios en vez de llamarle Júpiter; sustituyó la mitología de los astros y las estatuas por la mitología de la mujer; amó y cantó sus amores; alimentó el sentimiento de lo maravilloso; llevó su entusiasmo hasta la superstición; levantó la hipérbole; exageró las compara-

ciones, y creó en fin, ese millón de millones de coplas, especialmente andaluzas, llenas de exaltación vigorosa, al par que de fantasía, de deleite, de embriaguez oriental.

Llegado el siglo XIX, el siglo ecléctico por excelencia, que había de llamar a sí lo mejor de todas las civilizaciones, después de analizarlas con la frialdad de la despreocupación, el gusto y la civilización del Oriente, volvieron a merecer toda la atención que se les debía. La expedición de Napoleón a Egipto, los poemas asiáticos de Byron y la conquista de Argel por Luis Felipe entraron por mucho en la rehabilitación de los hijos del desierto. Más tarde, un gran artista, Feliciano David, debía de recoger las armonías de las caravanas, y pasmar a la Europa con una obra colosal que fue toda una revelación.

España entonces volvió los ojos a su pasado; recordó su origen; buscó en el fondo de sus costumbres y de sus tradiciones los destellos ardientes de aquel genio aborrecido, y los poetas entonaron de nuevo el canto morisco, sustituyendo la lira por la guzla; en cuanto al pueblo, nunca había soltado la guitarra.

Pero estos ensayos que tan feliz resultado obtuvieron en manos de Zorrilla, de Arolas y del duque de Rivas, como feliz resultado habían obtenido de parte de Victor Hugo, a quien consideramos y consideran los franceses *español* en este concepto—estos ensayos, decimos, fueron bien pronto el patrimonio degenerado de una multitud de desatinados orientalistas, poetas de vanidad y ningún genio; tomóse el amaneramiento por estilo, y la servil copia de algunas frases, por una asimilación esencial; multiplicáronse hasta la saciedad los arcaísmos más detestables, y acabóse por desacreditar el género e infundir aversión al orientalismo.

Hacía falta un poeta, un hombre de inspiración propia, cuya fantasía estuviese acorde con el sentimiento tradicional del pueblo; un poeta que depurase aquellas creaciones, que las volviese su primitiva gracia, que las diese su originalidad perdida; un poeta creador y no imitador; un poeta, y esto lo dice todo, que escribiese en español y pensase en árabe.

Tal fue D. Manuel Fernández y González.[3]

. . . . . .

ARTICULO IV

I

Ya anunciamos en la primera de estas revistas que al encontrar a nuestro poeta en el templo de Talía, le juzgaríamos bajo dos aspectos: como autor

---

[3] Siguen unas extensas citas de dos leyendas en prosa, *El laurel de los siete siglos* y *Las siete noches de la Alhambra*.

dramático, es decir, como aptitud para el drama de nuestra época, y como escritor trágico.

Esto dice a las claras que establecemos ciertas diferencias entre las disposiciones de Fernández y González para uno y otro género.

Empezaremos por consignar, que cuando ensaya el drama moderno, el drama Shaksperiano, no le hallamos a tanta altura como le hemos visto en la poesía lírica y en la literatura oriental, o como le veremos más adelante en el género trágico y en la novela.

Pero este nuestro juicio debe ser considerado de plena conciencia, en absoluto, como crítica severa y radical; que si atendiéramos al presente estado de nuestra literatura dramática, y a lo que se escribe, se paga, se representa y se aplaude hoy, no vacilaríamos en afirmar que los dramas de Fernández y González son tan buenos como los mejores, valiendo infinitamente más que tanto y tanto aborto mal pensado, y mal escrito, que tanto plagio, que tanta vulgaridad, en fin, como hoy afluye al repertorio español.

No acostumbramos a ejercer la crítica bajo ese método de tolerancia; somos descontentadizos. —¡Tormento perdurable! —y no admitimos en literatura bellezas relativas, ni esa atenuante horrible de: *¡Para lo que hay hoy. . . peor es nada!* No; harto se ha ensayado; siglos hace que Tirso, Alarcón y toda aquella pléyade brillante se hundió en el hemisferio de la muerte; tiempo es ya de que pidamos a nuestro siglo y a nuestra patria un Schiller; el vergonzoso atraso de las letras españolas no tiene disculpa. *Para lo que hay hoy*—decís. Y ¿por qué no hay más? —dirán los extranjeros. ¿Será que los siglos bárbaros hayan de ser más fecundos que el gran siglo XIX? ¿A qué hacéis entonces revoluciones?

Si la sangre, si las lágrimas del pueblo español han de secarse siempre en la removida tierra sin fecundar una idea grande, sin engendrar un hombre ilustre, sin amamantar a un poeta; si de medianía en medianía, de insignificancia en insignificancia, hemos recorrido nuestra edad sin recoger ningún fruto de gloria; ¿por qué ¡imbéciles! os llamáis dadores del progreso? ¿Por qué creéis haber conseguido algo en la vía de la civilización? ¿O por qué, vosotros más imbéciles todavía, queréis retroceder de nuevo, como si se hubiera avanzado algo?

Sin duda que hemos cogido la pluma en mala sazón; estamos muy fatalistas; y no es esto lo más malo, sino que nos distraemos de nuestra tarea.

Decíamos que Fernández y González merece un puesto muy preferente entre nuestros Calderones contemporáneos, por más que casi ninguno de esos Calderones sea acreedor a muchas alabanzas de parte de los compatriotas de Moreto, Rojas y Lope de Vega.

En efecto, Fernández y González, alejado del teatro por su mayor inclinación a la novela, ha dado a conocer en sus ensayos de adolescente, en sus dramas representados en provincias, que si tuviese la tenacidad y la afición que

otros, lograría en la escena muchos, muchísimos de los laureles que hoy se prodigan tanto.

Ni podía ser de otro modo. Nuestro poeta sabe crear, versifica bizarramente, abunda en fantasía y tiene genio, es decir, lo presiente, lo adivina todo.

De aquí es que sus dramas se parezcan a la mayor parte de los de Zorrilla en lo espléndidos, en que son demasiado líricos, en sus grandes caracteres y en la ausencia de arte o sea de artificio.

No obstante—y gracias a ese mismo genio asimilador que hemos definido en él—hay ocasiones, hay escenas en sus dramas que bien pudieran pasar por de Calderón, así como rasgos tan valientes, tan escénicos, tan animados, como los que distinguen a Shakspeare; y esto sin contar con un diálogo siempre fácil, espontáneo y vivo, que anima sus personajes y sazona gratamente las situaciones peor combinadas.[4]

. . . . . .

Todo esto es original, es nuevo, es espontáneo, es lo que no son muchas de las obras más aplaudidas en el teatro del Príncipe. Sin embargo—lo repetimos—no aconsejaríamos a Fernández y González que cultivase la poesía dramática. Su genio inmenso es de una condición tal que no cabe en las precisiones escénicas. Eso de vegetar, eso de desenvolverse instintivamente dentro de los límites del gusto, sin conocerlos, sin haberlos estudiado, sin darse cuenta de sus obras, es patrimonio de muy raras capacidades que parecen venir al mundo con esa sola misión. Fernández y González debe crear; de ningún modo componer.

II

Pero—¡véase qué aparente contradicción! —En Fernández y González brillan las más acabadas dotes de poeta trágico. Y eso que la tragedia es el ideal del arte. No hace mucho tiempo que hablando de escultura, dijimos que una tragedia es una estatua. Pero también hemos consignado que la belleza pura, simple, melodiosa, es una idea sentida que no se adquiere con el estudio. Ahora bien, Fernández y González con su gran fuerza de identificación, se planta en medio de una época y se infiltra de su poesía. Lo que le hace épico, le constituye trágico. Y una vez hallado el tono augusto de Melpómene no hay que temer que decaiga. Leyó la Biblia y escribió *Sansón* con todos los solemnes hebraísmos que se admiran en el divino Herrera, con toda la ruda severidad del *Libro de los Jueces*. Salta a Roma y se apodera de Nerón. La virtud antigua, la grandeza romana, la aurora del cristianismo hieren las cuerdas del arpa del poeta, y al oírle hablar por boca de Focea, de Publio, o del monstruo que lleva la púrpura, vuélvense a escuchar los perdidos acentos de la musa soberana. Pocos, muy

[4] El texto continúa con largas citas de *Traición con traición se paga* y *Don Luis Osorio*.

pocos poetas de nuestros días han encontrado el valiente ritmo del poema escénico. En los últimos ensayos de tragedia vemos una abyección de tono, una vulgaridad de giros, una llaneza de conceptos, que están muy distantes de la entonación clásica y rotunda de la antigüedad.

Debemos, sin embargo, hacer algunas excepciones. Zorrilla ha escrito la tragedia alcanzando a la *tessitura* solemne de la epopeya; pero su imaginación, demasiado florida, excesivamente suave, ha quitado austeridad a sus grandiosas creaciones.

La señora Gómez de Avellaneda, más grave, más sobria, más precisa en sus odas dramáticas, ha cogido envidiables laureles en *Alfonso Munio*, en *El Príncipe de Viana* y en *Saúl*. Hállase en estas obras la cadencia tranquila, la grandiosidad, el corte majestuoso de la verdadera tragedia.

Los ensayos de D. José María Díaz en este género revelan una pretensión quizás inasequible, cual es, amenizar, mover, animar, humanizar el poema trágico. Hasta hoy sólo ha conseguido hacer dramas con el nombre de tragedias.

En cuanto a la decantada *Virginia* de D. Manuel Tamayo y Baus, si prescindimos del asunto, de la acción, y de casi todos los pensamientos capitales, que pertenecen naturalmente a la historia y a las infinitas tragedias que consultó nuestro joven, sólo hallamos una prosa de once sílabas, pobre de hipérbaton, de sonoridad, de ese compás sagrado con que nuestro sabio Martínez de la Rosa hace decir a Edipo:

> Así, hijas mías, coronad de flores
> el ara antigua de los lares patrios, etc.

¡Oh! por algo se llama verso heroico al verso endecasílabo!

En *Virginia* la poesía se arrastra en busca de un asonante, cargada de adverbios, fácil y lisa como aquella conocida canción:

> Y después de haber reconocido
> el país topográficamente, etc.

¡Cuán otro es Fernández y González cuando calza el egregio coturno! Su acento se eleva y se sostiene; sus versos resultan armoniosos, plenos, clásicos; las incisiones homéricas se repiten sin afectación, dando lugar a cadenciosos hemistiquios. Oigámosle en *Nerón*, donde dice Publio estos inspirados conceptos:

> . . . ya a mis ojos la soberbia
> ciudad reina del mundo se elevaba,
> entre las nieblas de la tarde envuelta;
> y el pensamiento fijo en tus amores
> y el corazón latiendo de impaciencia
> en el monte Aventino concentraban
> mi afán ardiente, mi ambición entera.

¡Nada en torno veía. Sólo Roma,
y sobre Roma tú!
. . . . . .

No insistiremos más en este punto. Los versos insertos bastan a demostrar las disposiciones de Fernández y González para la tragedia, así como en la primera parte de esta revista dejamos demostrado, que si su afición le llamase a la escena, participaría de los favores de nuestro lisonjero público.

Y véase cómo vamos justificando la introducción de estos artículos. Véase cómo crece en importancia nuestro poeta bajo cualquier aspecto que se le examine. Véase también cuán avara es la gloria, cuán mezquina la prensa, cuán díscola la opinión con un hombre tan eminente como poeta lírico, como orientalista y como autor dramático.

En nuestro próximo y último artículo, le juzgaremos como novelista.

15

OBRAS POETICAS

DE D. MARIANO ROCA DE TOGORES, MARQUES DE MOLINS[1]

Con este título han visto la luz pública en el presente año dos elegantes tomos, lujosamente impresos por el editor Tejado, que comprenden una abundante colección de poesias de todos los géneros, dos dramas, un prólogo del señor Hartzenbusch, un juicio crítico del malogrado marqués de Valdegamas, una epístola en verso de los Sres. Bretón de los Herreros, Hartzenbusch, Rosell, Fernández Guerra, Cervino y Vega, un magnífico retrato del autor y curiosísimas notas que explican el texto de algunas composiciones. Estas circunstancias, unidas al grande crédito literario del señor marqués de Molins, bastarán para que todos los amantes de las letras comprendan la importancia de la nueva publicación y se apresuren a adquirirla, así como han bastado para que nosotros nos fijemos detenidamente en sus páginas, después de lo cual no podemos menos de recomendar al público su lectura en virtud de las razones que vamos a exponer.

II

TOMO PRIMERO

El verdadero carácter de las poesías del señor marqués de Molins consiste

[1] Reseña aparecida en *La Epoca* el 22 de octubre de 1857.

en ser lo que los franceses llaman poesías *íntimas*, lo que nosotros pudiéramos denominar poesías familiares o domésticas; y a tal punto es éste el distintivo de dichas composiciones, que nos atrevemos a asegurar que así sus grandes bellezas como sus defectos, menos éstos ciertamente en cantidad y calidad, se fundan en lo que tienen de personalísimas.

El marqués de Molins, por su nacimiento, por su agitada existencia, por la posición que se ha conquistado, por sus viajes, hasta por sus ideas, podía escribir no sin encanto para todos, y lo ha escrito de un modo admirable, el romance de su vida. Español, gentilhombre, católico, canta a sus abuelos, a su patria, a su religión, a su rey, a sus amigos, a las dos compañeras de su vida, que, una después de otra, parten sus alegrías y sus cuidados. Es decir, que siempre se agita dentro de las convenciones sociales, que defiende con singular denuedo, como quien mantiene su propia causa. Mas por lo mismo que este sentimiento individual se nutre en hechos y recuerdos, excluye toda idea de predicación y propaganda, mira a lo pasado, que no tiende al porvenir, y al retratar al héroe de su romance, no se cura de si su traje parecerá anticuado, o su exhibición un anacronismo.

He aquí por qué no impugnaremos nosotros la filosofía de algunas de sus composiciones, ni combatiremos de otras la parte política, examinando la justicia de ciertas apreciaciones que están en abierta oposición con nuestro modo de ver y de juzgar la historia; he aquí también por qué hallamos la mayor belleza de este libro en la fuerza de fe y de carácter que resalta en todas sus páginas, en la unidad de sus ideas, en ese mismo culto ciego que se tributa a la tradición. Mas claro, lo que en otro nos pareciera reprensible, temerario y pobre de interés—defender a un mundo que se va, o que quizás se ha ido—nos parece lógico, interesante y sumamente poético en el señor marqués de Molins. Todo lo que parte de la conciencia será para nosotros siempre sagrado, así como simpático y hermoso todo lo que arranque del corazón.

Podemos, pues, definir a este poeta, diciendo que en sus composiciones se ve más al hombre de la sociedad que al hombre de la naturaleza; nunca a la humanidad; siempre al hombre de unas determinadas circunstancias, nacido en tal cuna, deudo, amigo o descendiente de tal o cual vate, guerrero o soberano. No; no es el poeta que absorba el sentimiento general de lo creado para alzar himnos al Creador; no es ese huésped de la tierra, sin nombre, ni patria, ni heredad, que canta la hermosura de los astros al compás de su cadena, y ya lamenta su destino, que es el de toda su especie, ya se extasia en la contemplación del espectáculo que le rodea, y saluda a la fuente, al bosque, al océano. Es el cruzado de Cristo, el súbdito de un rey, el señor de una comarca, un trovador, un cronista, y, quizás por esto mismo, es también muchas veces un bardo popular que encuentra los ya perdidos ecos de nuestros romanceros, de esa epopeya que nos envidian todas las literaturas.

Sin embargo, en este egotismo, en este apego a su casa, a sus deudos, a

todo lo suyo, consiste también, como dejamos apuntado, la parte defectuosa de las poesías del marqués de Molins. Y es que a veces se aleja de lo histórico y monumental para caer en particularidades de su vida o de sus afectos, que no ofrecen ni aun el interés más convencional y retrospectivo; tales son algunas cartas en verso, algunos sonetos de pies forzados y aquellas canciones festivas, más propias para el solaz del hogar doméstico que para circular públicamente. Pero faltas son éstas que tampoco carecen por su parte de cierto mérito que les da la elegancia de la forma, y que por lo demás desaparecen entre las muchas bellezas que aun tenemos que apuntar.

Para ello prescindiremos ya de la esencia de las composiciones, y examinaremos en sus cuadros la pureza del dibujo, la gracia de la composición y el gusto del colorido, sea cualquiera el asunto que representen.

El marqués de Molins es un gran poeta. Culto sin amaneramiento, amaestrado en el conocimiento de las literaturas griega y latina, familiarizado con nuestros grandes poetas y hablistas, cincela magistralmente la frase, el giro y el periodo sobre el oro purísimo de nuestro idioma privilegiado. Nacido en la época de la revolución literaria, participa del fuego romántico; pero educado en la escuela clásica, conserva lo bueno del gusto antiguo y puede servir de modelo a esa otra racional escuela que ya cunde entre la juventud, y que recoge flores al mismo tiempo en uno y otro campo. Descendamos si no a pormenores y examinemos más de cerca algunas de sus poesías.

El canto *El cerco de Orihuela* abona al marqués de Molins como poeta épico. Creemos que si hoy ensayara este género en mayor escala, lograría hacer una epopeya monumental, grandiosa e interesante al mismo tiempo, cosa que de muy antiguo procuran en balde los españoles.

Oigamos algunos versos de este canto, en apoyo de lo que dejamos asentado. Véase con qué seguridad, con qué gracia, con qué gallardía describe una fortaleza:

El alcázar con la áspera montaña
alto reparo a la ciudad procura,
y el santo muro del patrón de España
la ciñe por la falda del Segura.
Este, su curso retorciendo, baña
la parte de Molins, y la asegura;
no empero tanto que su fácil vado
pueda olvidar el velador soldado.

En otro lugar describe con este solo rasgo una avenida del Segura y todo el cuadro de Moisés en el mar Rojo:

Mas ya crecido el opulento río
Tumbas prepara al escuadrón impío.

No lejos encontramos una octava que parece hecha para lucir las excelencias de nuestro idioma. Dice:

Y no gigante capitán los guía,
la diestra armada en hierro toledano,
mas gentil criatura, hermosa y pía,
que una cándida flor lleva en la mano.
Dios mismo, Dios sus pasos conducía,
si ya no es ella arcángel soberano,
pues que a su voz las llamas obedecen
y las tranquilas ondas se embravecen.

Oigamos ahora al primoroso versificador:

Surge de entre las cañas y los sauces
con bélico fulgor, la turba agreste,
como arrojan del báratro las fauces
aves nocturnas a la luz celeste.
Los que no mueren en los hondos cauces
cuentan que han visto en la oriolana hueste,
cual rayos de la cólera divina,
a las santas de Dios, Justa y Rufina.

Pues si elevado es el tono del señor marqués de Molins en el poema, no lo es menos en los romances caballerescos. Habla castiza, sabor antiguo, elegancia, sencillez y grandeza encontramos en todos; pero en los *Recuerdos de Salamanca* hallamos todavía más; pues igualando como forma a los mejores romances antiguos, abunda su fondo en sana filosofía, en trascendentales pensamientos políticos y sociales. No nos detendremos nosotros a admirar aquella cocina del labrador tan discreta y graciosamente inventariada, sino que llamaremos la atención de nuestros lectores hacia estos otros versos tan profundos por el sentimiento que los dicta, como elevados por la expresión que los engalana:

¿En dónde están de Castilla
los robustos infanzones?
¿Cuál tierra labran ahora
Sandoval y Bracamonte?
¿Dó está de Haro y Maldonado
la labor? ¿En dónde, en dónde,
los héroes de Villalar
vencidos o vencedores?
Un tiempo fue, cuando rotos
los flamencos escuadrones,
el duque de Alba, el dechado
de los tercios españoles,
viendo el correr de los trillos
Y el correr de los albogues,
olvidó el son de las trompas
y el rodar de los cañones,

y mansamente sentado
cabe las henchidas trojes,
contaba sus propios hechos
a sus propios labradores.

¡Qué cuadro! ¡Qué verdad! ¡Qué franqueza en la composición! ¡Qué luz en las figuras!

Véase ahora la antítesis:

Hoy los grandes, de costumbres
extrañas imitadores,
a su vez desconocidos
del pueblo que desconocen,
atados al viejo yugo
que los reyes les imponen,
sufren de envidiosa plebe
el nivelador azote.
¡Sus! despertad, que ya es hora,
venid, y quizás entonces
los que en palacio os desprecian
en las cabañas os honran.

Sentimos truncar así este admirable romance, que quisiéramos trascribir por completo; pero a dejarnos llevar de nuestro gusto, copiaríamos la mitad del libro.

Una de las composiciones que más caracterizan este volumen, como que en ella se retrata completamente su autor, es *La toma del hábito de Calatrava*. También es de las que más nos agradan a nosotros. Vese allí al galán rendido, al noble caballero, al hombre de carácter severo y bondadoso, al marqués de Molins, en una palabra. Daremos una idea de este romance. Pide el poeta al comendador de Calatrava que le haga caballero de esta orden, no por honrarse en ello, que a Dios gracias no necesita honores quien se llama como él—y aquí canta brillantemente los timbres de su casa—sino porque una señora (descrita por cierto a las mil maravillas)

Me mostró esa cruz de grana,
menos roja que sus labios
y por su mano pintada,
y aun recuerdo que me dijo:
"Buen caballero, tomadla
cual memoria de un afecto
que amor no inquieta ni mancha.
Esta insignia que prefiero
de las órdenes hermanas,
es de vuestro afecto emblema

por lo noble y por lo santa."
Por ende, yo te demando,
buen comendador, la gracia
que la pongas en mi pecho,
puesto que sabes la causa.
Haz que me calcen la espuela
y que me ciñan la espada,
y que el hábito me vistan
que habrá de ser mi mortaja.
Y así latirá contento
mi corazón, pues alcanza
el llevar hasta en la tumba
la memoria de mi amada.

Pasando ahora a otro género, citaremos, no con el detenimiento que quisiéramos y que se merece, *El Corpus en el Hospicio de la Salpétrière*, poesía religiosa de tan gran mérito literario y filosófica, que bastaría a dar al marqués de Molins reputación de gran poeta. La variedad de tonos, la viveza de las descripciones, la austeridad de los pensamientos, la profunda melancolía y la exaltada fe que reinan en esta composición, la hacen una de las mejores fantasías sagradas escritas en castellano. Nadie que la lea, poseyendo gusto artístico, juzgará exagerada nuestra apreciación.

Para concluir, vamos a copiar un soneto, titulado *El disimulo*, que no necesita comentarios. Dice así:

Yo callaré, señora, mi tormento,
pues tú lo quieres y la suerte mía,
como suele ocultar nube sombría
el rayo aterrador del firmamento.
También con ondas que desriza el viento
y con terso cristal la mar bravía
sabe cubrir tal vez la roca impía
de míseros pilotos escarmiento.
Esta pasión así, que me maltrata,
tan callada ha de estar, que la descreas
tú misma, y aun te burles de mi suerte;
hasta que llegue el día, hermosa ingrata,
que el rayo escuches y el naufragio veas,
y te arranque una lágrima mi muerte.

Hemos dicho que este soneto no necesita comentarios; pues es en cuanto al público. Al señor marqués de Molins sí le daremos una noticia que debe complacerle, y es que *El disimulo*, tan recientemente publicado, está ya estereotipado en la memoria de cuantos lo han leído. Conseguido esto hoy, es un triunfo incalculable.

III

TOMO SEGUNDO

Los dos dramas que comprende el segundo tomo de las *Obras poéticas* del señor marqués de Molins se titulan *Doña María de Molina* y *La espada de un caballero*.

Ambos han sido representados con aplauso en el teatro del Príncipe.

Pertenecen los dos al género romántico, del cual es el primero uno de los más famosos monumentos, mientras al segundo corresponde por orden cronológico la honra de haber inaugurado entre nosotros, siquier en un teatro particular, la revolución de la escena; pues cuando en 1846 vio la luz pública en el Príncipe, ya contaba quince años de existencia.

La espada de un caballero es más notable por su esmerado decir y grata versificación que como poema dramático; tiene bellos caracteres y bien sostenidos, pero no lucen tanto como pudieran, por lo mal dispuesto de la acción. Con ser este drama la primera tentativa que hacía en nuestra patria el romanticismo, no hay en su fondo sino lecciones de virtud y sana moral, en vez de aquellos horrores y monstruosidades que entonces era moda predicar al público en dramas y novelas.

Doña María de Molina es ya toda una obra de importancia. Además de la maestría para trazar los caracteres, del castizo lenguaje, de la viveza del diálogo que realzan *La espada de un caballero*, hállase en *Doña María de Molina* una acción sabiamente dispuesta, urdida y desenlazada, movimientos dramáticos de primer orden, intención filosófico en el fondo, interés creciente en los afectos y sobre todo dos o tres situaciones magistrales que revelan grandes dotes para la escena.

Hay una copa envenenada corriendo de mano en mano durante diez minutos y amenazando la vida de los más simpáticos personajes del drama, que hace palpitar vivamente el corazón del espectador, que no sabe quien va a morir, pero que ya ve irremediable la muerte de alguno. ¡Con qué naturalidad da el autor fin a este conflicto! ¡Cuál es la sorpresa del público al ver que acontece lo único que nadie esperaba! Esta escena es una acabada obra de arte y de inspiración.

Para concluir: *Doña María de Molina* sobrevivirá al romanticismo, con otra media docena de obras. Es drama político, y sin embargo, su interés no ha pasado con las circunstancias que quizás lo inspiraron a su autor. Este es su mayor elogio.

Ahora, como resumen de todo lo apuntado, diremos una sola cosa, y es que puestos en el caso de elegir entre el primero y el segundo tomo de las poesías del señor marqués de Molins, elegiríamos el primero, así como del primero preferiríamos los romances; y de los romances los *Recuerdos de Salamanca*. Nos enorgullecería, sin embargo, el ser autor de la más descuidada de las restantes composiciones.

16

BALTASAR

TRAGEDIA DE LA SEÑORA GOMEZ DE AVELLANEDA[1]

Hace dos años, cuando redactábamos el folletín de este periódico, sección que a orgullo tenemos haber iniciado en él, ocupándonos un día de las obras del señor D. Manuel Fernández y González, actual folletinista del mismo, y ensalzando como era debido la grande aptitud del eminente poeta y fecundo novelista para calzarse el regio coturno y blandir el puñal de Melpómene, paseamos una mirada por nuestros actuales poetas heroicos, escasos en número por cierto, y después de hablar de Zorrilla en el tono encomiástico que era natural, dijimos las siguientes palabras acerca de la Sra. Avellaneda, con cuya amistad aun no teníamos la dicha de honrarnos:

"La Sra. Gómez de Avellaneda, más grave, más sobria, más precisa en sus odas dramáticas, ha cogido envidiables laureles en *Alfonso Munio*, en *El Príncipe de Viana* y en *Saúl*. Hállase en estas obras la cadencia tranquila, la grandiosidad, el corte majestuoso de la verdadera tragedia. Pocos, muy pocos poetas de nuestros días han alcanzado al valiente ritmo del poema escénico."[2]

Y es que, según nosotros, la musa heroica demanda a los que la rinden culto unas condiciones especialísimas, así como el poema escénico, cuando se levanta a tal altura, está fuera de las reglas comunes del arte dramático, con tal que nunca falte a las mucho más estrechas y difíciles de la epopeya. Haya grandeza y grandilocuencia en los personajes, ancho horizonte en el fondo del cuadro, por ejemplo, (la vida de un pueblo o de una civilización pendiente de una acción secundaria, personal, ocasional, por decirlo así); haya un cántico eterno, fruto espontáneo de la inspiración, al par que un profundo pensamiento social, humanitario, *histórico* en el sentido transcendental de esta palabra, y aunque la obra no tenga la armoniosa complexión que recomiendan los preceptistas, aunque sea extravagante como los grandes dramas de Shakspeare, *Julio César*, *Ricardo III* o *Coriolano*, aunque no reconozca otra ley ni más justificaciones ni más reglas que las misteriosas e indefinibles que presiden a la oda primitiva, el resultado conmoverá, persuadirá, convencerá al espectador, mucho más ciertamente que el frío razonamiento del moderno drama filosófico, rara vez acordado con la acción y encarnado en ella, y mucho más, por supuesto, que aquellas tragedias inanimadas que desde los tiempos de Luis XIV en adelante constituyen lo que algunos llaman *renacimiento de las letras*, y que no es sino la exhumación de la antigüedad en el estado de momia; el paganismo

---

1 "*Baltasar*" salió en *La Discusión* del 11 de abril de 1858.

2 *La Discusión*, el 22 de julio de 1856. Véase pág. 225.

fiambre y trasnochado, que hubiéramos dicho en nuestros tiempos de crítico de buen humor.

Pues esas superiores condiciones, esa valiente inspiración, ese grandioso ritmo en la palabra, esa severidad en el pensamiento, son las más brillantes dotes literarias que distinguen a la Sra. Avellaneda, y constituyen el indisputable, el felizmente reconocido mérito de su nueva creación *Baltasar*.

Esta obra se presenta a nuestros ojos majestuosa y descomunal, ataviada con magnificencia, siempre excedente de nuestro modo actual de ser y de sentir, bienavenida con los santos e inmortales libros de que está arrancada, consonando con aquellos imperios que chocaban en las márgenes del Eúfrates.

Es un lienzo vastísimo, en que han cabido sin esfuerzo de parte de la autora, sin extrañeza de nuestra parte—y hay que reparar mucho en esto—figuras tan estupendas como Joaquín, rey destronado, Baltasar, rey de Babilonia y enemigo de Dios, Daniel, el profeta de las setenta semanas, toda una corte, la misma reina que gobierna en nombre de su hijo, el pueblo elegido y el pueblo abominado, y en lontananza el hijo de Cambises que llega a borrar de la faz de la tierra el imperio babilónico, y más lejos otro actor invisible de este drama, el Dios de Abraham, última apelación en la gran contienda de Baltasar y Daniel, aquel espíritu sobrenatural que se anuncia en el nublado, que llega en la ráfaga del viento, que habla al fin en las tres misteriosas palabras: *Mane, Thecel, Fares*. Y esto sin contar con la desventurada Elda y el heroico Rubén, tipos de una dulzura que hace presentir la civilización cristiana, ¡el esclavo y la mujer, que debía rehabilitar la sangre de Jesucrito! Nada, nada falta en este inmenso cuadro, cuadro que por su índole y grandeza pertenece al género de la pintura mural, de la pintura de los grandes tapices o de los frescos asombrosos de Miguel Angel, que pasman y empequeñecen al que los mira.

Si con un microscopio en la mano nos pusiéramos a buscar defectos a esta obra, indudablemente se los encontraríamos; es más, no concebimos que pudiera escribirse sin ellos. Es condición y tal vez cualidad necesaria de los más bellos metales, salir del seno de la naturaleza entre groseras piritas y pedregoso cuarzo. Rara vez se da con el milagro de la plata nativa, y cuando esto sucede, es en exigua cantidad. Bástanos para codiciar un puñado de arena aurífera, saber que contiene más riqueza que un puñado de fundido metal. Dejemos, pues, este ingrato símil y convengamos que *Baltasar* es una de esas obras tan *beneficiables* por la crítica (todavía un término mineralógico), que las bellezas eclipsan los defectos hasta el punto de ser un deber y acaso también una dicha olvidarlos completamente.

Determinemos ahora alguna de estas bellezas. Encontramos primeramente verdad y constancia en todos los caracteres. El de Baltasar, no faltará quien diga que recuerda el Sardanápalo de Byron. A esto contestaremos de antemano que no es el Baltasar de la señora Avellaneda quien se parece al Sardanápalo de Byron, sino el Baltasar de la Biblia al Sardanápalo de la

historia. Ambos son la agonía de una raza, la muerte de una dinastía, fenómeno histórico muy repetido y que siempre presenta unos mismos caracteres: abyección en el alma, cansancio en los sentidos, tedio en el corazón, frialdad rezonadora en la mente. Hoy que no es ya una nación, sino la sociedad entera la que agoniza; hoy que el viejo mundo se acaba y que una nueva civilización llama a las puertas de la historia, vemos que ese estado miserable de descreimiento y apatía, de fatiga y desesperación es el sello distintivo de toda la humanidad, que apartada de Dios y apegada a los intereses de la tierra, no sabe que hacer de su alma; llora, blasfema o ríe, y o se envilece y prostituye ante el becerro de oro, o arroja a su alma de su cuerpo. arrojando su cuerpo en la sepultura.

Baltasar se parece a Sardanápalo, porque a iguales causas iguales efectos. Por eso Carlos II de España se parece a Enrique III de Francia. Ambos son la degeneración, la muerte de una dinastía. Por eso el occidente de Europa se parece hoy al bajo imperio. Por eso la España de nuestros días se parece a la España de Enrique IV el *impotente*.

Sin embargo, aunque tan iguales histórica y fisiológicamente, el Baltasar de la señora Avellaneda y el Sardanápalo de Byron (hablamos siempre de los personajes, que no de las obras, entre las cuales no hay ni la más ligera analogía), diferéncianse completamente en la forma, en el modo, en las relaciones de su carácter con la acción.

Por lo demás, desde que Baltasar aparece en escena diciendo aquel admirable *¡Basta!* que revela todo el personaje, hasta que muere reconociendo *a Dios que engrandece al hombre*, su figura es de un dibujo tan inflexible, conserva un colorido tan igual, habla y obra tan en consonancia consigo mismo, que dudamos que nuestros anales dramáticos conserven muchos caracteres tan profundamente desentrañados y tan sabiamente sostenidos. Una intuición, que sólo es dada al verdadero genio, ha permitido a la señora Avellaneda analizar el corazón de su héroe hasta el punto de señalarnos el origen y progresos de sus vicios, el germen muerto de sus virtudes, los resortes ocultos de sus pasiones, ¡todo aquel abismo de grandes instintos y miserables convicciones que constituyen la desventura de Baltasar!

Los demás caracteres ofrecen la misma lógica en su desenvolvimiento. ¡Qué delicados perfiles, pero qué profundos, sin embargo, distinguen a Joaquín de Daniel! El uno es el rey, el otro el profeta. El dolor del primero es más terrenal, su cólera más intolerante, más impaciente. El segundo, en el dolor como en la cólera, no ve sino los designios de Dios. Joaquín piensa en su pueblo, en su patria, en la corona que le usurparon. Daniel en el pueblo hebreo, en la tierra de promisión, en la larga penitencia que éste tiene que sufrir, *donec veniat qui mittendus est*.

Elda y Rubén se agitan dentro del círculo de sus pasiones; y sin salir de él, como jóvenes y enamorados que son, anuncian con su espiritualismo la libertad

futura del espíritu humano, contrastando admirablemente con aquella corte servil y vergonzosa, escarnio horrible de la dignidad humana.

Si de estas consideraciones descendemos a las galas poéticas de la obra, señaladas por el público con incesantes vitores y aplausos, nos hallamos perplejos sin saber que citar; si los rasgos escépticos del monarca o los dulces conceptos de la judía; si los salmos inspirados del profeta, o las imágenes bíblicas que todos emplean en sus discursos, en las descripciones, en la expresión de sus afectos.

¿Ni qué admirar más en todo esto? ¿Los conceptos o la versificación? ¿La frase o el giro? ¿La concepción o la armonía? Como obra poética—en esto convendrán todos, hasta los más profanos del arte—*Baltasar* es una joya de insuperable valor. Los salmos con que principia la tragedia están magistralmente traducidos de la Biblia:

> Luto visten sus valles;
> no hay en las aras de su Dios ofrendas;
> la hierba crece en sus desiertas calles,
> y guarda muda soledad sus sendas.

¡Qué grandeza y qué sencillez en estas imágenes! Oigamos a Elda hablando de la prisión en que ha vivido siempre:

> En el recinto de tan triste estancia,
> mi juventud se alberga desvalida,
> y aquí mi amante y yo desde la infancia
> vivimos juntos de una misma vida;
> bien como dos arbustos infelices
> que bajo extraño sol lánguidos crecen,
> y entrelazando ramas y raíces
> arrimo mutuo y fraternal se ofrecen.
> . . . . . .
> Do quier que miras,
> ¿no ves ¡Rubén! no ves recuerdos tiernos
> que estimar debe el triste que los deja?
> Allí al primer destello matutino
> que traspasaba por la angosta reja,
> orábamos los dos al Ser Divino;
> y el pajarillo que acudir solía
> a recoger un grano de mi diestra,
> sus dulces cantos jubiloso unía
> al triste son de la plegaria nuestra.
> Allá tomamos el frugal sustento,
> que antes bendijo la paterna mano,
> y en este banco se adurmió el anciano,
> dándole arrullo mi amoroso acento.
> . . . . . .

¡Cuántas noches de vigilia inquieta,
en que medrosa se agitaba su alma,
tú le volviste la perdida calma
con la santa lectura del profeta!
¡Cuántas mi mano con amor secaba
la última gota de su lloro amargo
cuando en sus labios, con murmurio largo
aun la postrera bendición vagaba!
. . . . . .
Esa nube, que celajes rojos
tiende del cielo en el azul brillante,
¡es la misma tal vez que nuestros ojos
ayer siguieron en su curso errante!
¡Y luego, luego brillará la estrella
a que dimos los dos nombres ignotos
y cada noche se aparece bella
testigo a ser de nuestros tiernos votos!

Así está versificada toda la tragedia. En la imposibilidad de copiarla entera, y en la imposibilidad también de escoger cuando todo es bueno, remitimos al lector al teatro de Novedades, donde la verá presentar con un lujo asombroso, que honra al Sr. Valero, al pintor y a cuantos hayan entendido en el decorado de la escena y en los trajes de actores y comparsas, así como la encontrará muy bien declamada a trozos y perfectamente ensayada siempre.

La premura con que escribimos y la escasez de nuestras fuerzas no nos permiten tampoco dar una idea de la marcha de la acción, hábil en extremo, sobre todo en los actos tercero y segundo. El argumento se ajusta completamente a la historia. Las situaciones son grandes y sorprendentes. La frase, por lo viva y dramática, muchas veces parece del autor de *Macbeth*. Cuando Baltasar recoge el manto regio de manos de Daniel, a quien se lo había entregado; cuando se olvida de Elda para atender a Rubén que lo desafía; cuando Rabsares, que entra a ver al rey y Neregel, que sale, cambian en la puerta de la estancia aquellas frases:

Di en contra de los judíos
cuanto sepas.
A eso vengo.

cuando Rubén dice que Elda está perdida, mancillada, y Joaquín exclama:

¡Ella!...¿Y lo dices tú?

en fin, cuando Baltasar, herido en su única creencia, dice:

¡...la verdad
yo quise hallar en los hombres!

la autora se acredita de gran dramática, recuerda a Calderón y a Víctor Hugo,

tan elocuentes para cifrar en una palabra todo un cambio moral de sus personajes, y confirma la idea, ya vulgar en España, de que por la valentía de sus arranques, por la fuerza de su expresión, por la severidad de sus pensamientos, la señora Avellaneda es un poeta, no una poetisa, y un poeta de varonil empuje, de soberano aliento, de brío tan poderoso, que a quien medita en su origen americano, le hace creer en la existencia de las amazonas.

No abandone la escena la musa de occidente, como anuncia en el prólogo de su última obra. La creadora de *Alfonso Munio*, de *Saúl* y de *Baltasar*, hoy en la plenitud de su inteligencia, y más que nunca penetrada que debe de estar del grande, del exclusivo puesto que tiene en nuestro parnaso como poeta heroico, como autor trágico, como cantora épica, debe escribir para su gloria, para nuestro orgullo, para el pueblo que se honra con su talento, y si no para la *posteridad*, que no puede ser una palabra hueca para quien la ha colocado por boca de Daniel y de la madre de Baltasar sobre todas las miserias de esta vida.

Hemos concluido. En cuanto al éxito de la tragedia, ya lo habrá consignado *La Discusión*, ha sido completo. Puede decirse que los cuatro actos fueron oídos entre una continuada aclamación. La autora fue llamada varias veces a la escena, donde se presentó por último a recibir, en flores, vitores y aplausos, el testimonio de admiración que nunca niega nuestro público al verdadero mérito.

Por nuestra parte, nos adherimos cordialmente al clamoreo universal, dando mil enhorabuenas a la inspirada poetisa, y un voto de gracias a la empresa de Novedades por la magnificencia con que ha exornado esta obra.

17

DE VILLAHERMOSA A LA CHINA

COLOQUIOS DE LA VIDA INTINA, POR DON NICOMEDES PASTOR DIAZ[1]

No tanto me alegrárades con hojas
en los robres antiguos, remos graves,
como colgados en el templo y rotos.
Quevedo[2]

I

Hay otro mundo, lectores del periódico en que se publiquen estas líneas, hay otro mundo además del de la política; hay grandes intereses en la vida humana que no están sujetos al capricho de la *Gaceta de Madrid*, de esa máquina mucho más importante hoy para vosotros que la balanza en que San Miguel ha de pesar a los justos y a los réprobos; hay, sí, sobre la tierra algo más que ministerios, condecoraciones, sueldos, años de servicios, distritos electorales y antesalas de palacio; hay otro mundo más esencial para la dicha, más íntimamente relacionado con vuestro destino, y ese mundo es el mundo de la pasión y del sentimiento, el mundo de la conciencia individual, la cuestión de todos y de cada uno, la vida, en fin, del corazón, fuente de las tristezas y de las alegrías, reguladora de los afectos y de las creencias.

Bajo el frac, bajo la toga o bajo el uniforme, todos llevamos ese mundo interior, esa existencia íntima, independiente de los hechos y de la fortuna, y que pudiera llamarse nuestra relación con nosotros mismos, relación que no podemos desechar, y que nos hace desgraciados en medio del triunfo, de la gloria, del poder o de la opulencia, como nos da la felicidad en la pobreza, en el destierro, en la tribulación y en la agonía. Fuerza superior a toda acción externa, no hay en la naturaleza, ni mucho menos en las mezquinas facultades de la sociedad, poder que pueda contrastarla. Es el eje de todo el universo, porque siendo cada conciencia el centro de la creación, y creyéndose cada uno que en torno suyo giran planetas y soles, cualquiera vacilación de este polo del

---

[1] Esta reseña de la novela de su buen amigo Nicomedes Pastor Díaz salió en *La Discusión* el 24 de julio de 1858 con una nota que había aparecido antes en *La Epoca*, aunque no pude encontrarla allí. Alarcón la recogió en *Cosas que fueron* (1871), pero no en las *Obras completas*. Esta es la versión que se presenta aquí.

[2] Del soneto 7, "Agradece, en alegoría continuada, a sus trabajos su desengaño y su escarmiento," de los *Poemas metafísicos*.

infinito que reside en toda alma basta para que a nuestros ojos tiemble, se descomponga o se aniquile la máquina de los mundos. Vemos así que una pena, oculta en el último pliegue de nuestro corazón, que una gota más de bilis circulando con nuestra sangre son suficientes a teñirnos de luto los campos y los cielos, haciéndonos dudar de todo orden y de toda justicia, y negar toda bondad, toda misericordia.

Pues si esto es cierto; si la dicha que no arranca de nuestro espíritu es ineficaz y pasajera, si los halagos y los reveses de la fortuna no penetran en el santuario de la paz del alma, si la felicidad del hombre no está, ni necesaria ni muy comunmente, en razón directa de su prosperidad real, ved con cuánta cordura os llamamos la atención por un momento, lectores de este periódico, hacia el mundo que se agita dentro de nosotros mismos; juzgad cuánta será la importancia de una obra que trate de esos trascendentales intereses, comunes a toda la humanidad; comprended que os va mucho en analizar y resolver los problemas morales, psicológicos o de puro sentimiento que encierra el libro titulado *De Villahermosa a la China*.

¡Oh! sí, mucho nos va en estas cuestiones. Somos espíritu y materia, y puesto que nuestra dicha, lo mismo que nuestra dignidad humana, procede del espíritu, tiempo es ya de que convirtamos los ojos a sus nobles facultades, olvidadas en estos días que alcanzamos de materialismo grosero y torpe sensualidad.

Es el alma un jardín celestial, en que Dios puso los gérmenes de las más hermosas flores, de modo que a poco que la cultive el mortal, encuentra en ella tantos tesoros de gracia y de hermosura que bastan a hacerle llevadera y grata su peregrinación por la tierra. La fe, la piedad, la abnegación, el heroísmo, la resignación, la esperanza en otra vida, todos aquellos inmortales sentimientos que consuelan de las amarguras de la existencia, no aguardan más que una mirada del hombre para florecer y encantarle, y perfumar su vida de gloria y bienaventuranza. ¡Cuán poco, sin embargo, cuidamos de este encantado vergel, de este paraíso abierto a nuestro paso por la vida! ¡Y con qué afán insensato ponemos todas nuestras fuerzas, toda nuestra voluntad, todo nuestro deseo en cultivar las facultades de nuestro cuerpo, áspera y desagradecida tierra que sólo produce enfermizos frutos, regados por un río de sudor y lágrimas, cuyo río va creciendo y ensanchando hasta que se confunde con el oceano de la muerte! ¡Oh ceguedad humana!

Hoy más que nunca ganosos de bienestar y dicha, corremos atribulados por el mundo procurando el mejoramiento de nuestro destino. Nuestro sacrílego orgullo amontona invento sobre invento, conquista sobre conquista, sistema sobre sistema, queriendo llegar al cielo con la Babel de nuestra ciencia mezquina.

El filósofo, el guerrero, el sabio, el economista, el industrial, todos son filántropos, todos buscan el perfeccionamiento del género humano, todos

quieren modificar su condición en el sentido de lo bueno y de lo justo, todos aspiran a hacer de la tierra una mansión de beatitud celeste. Ahora bien, la gran palabra, la gran síntesis, ideal peregrino de tan descomunal tarea, es la comodidad, el regalo del cuerpo, la generalización de los goces materiales, y, como fórmulas de este pensamiento, adoramos el vapor, el ferrocarril, el telégrafo, las máquinas, las grandes edificaciones, los muebles de refinada utilidad, la explotación y combinación de todos los productos de la tierra, el aumento de convidados en el banquete de la vida, el lujo y la abundancia extendidos a las últimas clases de la sociedad. ¡Blasfemo delirio!

¡Ah! nosotros admiramos esos grandes esfuerzos del trabajo y de la inteligencia; nosotros bendecimos todo el bien que la ciencia humana reporta ya hoy a los tristes, a los desheredados, a los pobres; nosotros entonamos himnos de gratitud a los bienhechores de nuestros hermanos. Pero ¿qué? ¿No hay en el hombre más que necesidades materiales? Todos sus atributos, ¿se reducen a los sentidos? ¿Será más feliz porque viva más cómodamente? ¿Os sonríe, os lisonjea acaso un porvenir de sibaritas, rodeados de lujo, de grandeza, de regalo, de placeres, pero devorados de tedio, roídos de escepticismo, cargados con el peso del alma, pálidos y temblorosos ante la inevitable muerte?

¡Oh! parad un punto en vuestra desatentada carrera. Filósofos humanitarios, hombres de buena voluntad, dadores del derecho, redentores de los miserables, levantad el alma humana por encima de la Babel de vuestros conocimientos. Que esa torre soberbia no sea su sepultura; que sea su pedestal. Al mismo tiempo que cultiváis el campo de la materia, tan pródiga en útiles frutos, cultivad el jardín del espíritu, tan rico de encantadoras flores. Volvamos la vista, sí, al mundo de la pasión y del sentimiento, ya que nunca podremos arrojar del corazón sus providenciales gérmenes. Del abandonado paraíso del alma arranquemos la mala yerba; reguemos las azucenas melancólicas y las sacras siemprevivas; reclamemos la posesión de todas las heredades que nos dan tan alta jerarquía en el orden de la naturaleza, y comprendamos, en fin, que la vida interior importa mucho más a nuestra dicha que los fenómenos accidentales que nos rodean.

II

Persuadidos ya de la excelencia de estas miras, penetrados que suponemos a nuestros lectores de la utilidad del estudio de nuestras facultades morales, cúmplenos ahora aconsejarles que lean el libro, que el señor Pastor Díaz acaba de publicar con el título *De Villahermosa a la China*.

Esta importante obra, cuyo análisis crítico nos proponemos hacer, es a un mismo tiempo una defensa briosa de las potencias del alma, y un cuadro vivísimo de los extravíos de la imaginación, depravados instintos y amor a lo finito y deleznable que caracterizan a las corrompidas generaciones modernas;

es decir, este libro está todo consagrado a la vida del espíritu, a la rehabilitación de las grandes virtudes llamadas sufrimiento, trabajo, sacrificio y penitencia, a la exaltación del alma sobre los sentidos, del deber sobre la pasión, de la resignación sobre la soberbia, de todo lo que es eterno y meritorio sobre los efímeros placeres que lisonjean nuestra naturaleza caída. Por consiguiente, este libro viene en ayuda de la necesidad que hemos sentido y enunciado al escribir la introducción de estas líneas, de ennoblecer nuestra inteligencia, fortificar nuestros inmortales atributos y encaminar de la tierra al cielo las aspiraciones de nuestro corazón.

¿Cómo está desempeñada esta heróica y dignísima tarea? Vamos a exponerlo sumariamente.

De Villahermosa a la China no es una obra escrita para entretener la imaginación del hombre cansado de la realidad de las cosas; ni cuenta maravillas, ni describe palacios encantados, ni presenta descomunales luchas entre gigantes. Tampoco es un hábil juego de manos, en que el lector pase asombrado de un misterio a otro misterio, sin percibir los resortes que constituyen la intriga, ni poder adivinar el desenlace. Menos aun es una revelación, o sea un retrato de nuestras costumbres, de los caracteres que las representan, de los dramas que ocurren a cada momento en el salón o en el hospital, en la plaza o en la bohardilla. Ni allí se ignora el nombre del padre de la heroína, ni resultan hermanos dos amantes, ni se asalta ninguna ciudad, ni se refieren las consecuencias de un apuro pecunario, ni se resucita a ningún rey para decirnos cómo andaba, hablaba y discurría. Quizás por todas estas consideraciones el autor no ha calificado su libro con el nombre de *novela*. Nosotros opinamos que ha hecho bien, aunque fundados en otras razones.

De Villahermosa a la China es algo más que una novela, sin dejar por esto de serlo y muy magistral e interesante. Ahora, su acción no reside en el mundo sensible y material, en aquello que es obvio, conocido, tangible por decirlo así; su acción reside en el alma humana. Los personajes no son tipos de carne y hueso, circunscritos a un modo de ser limitado por circunstancias convencionales; son personificaciones de grandes ideas o profundos sentimientos. El uno es la razón, el otro la imaginación, éste el deseo, aquél la realidad. Así, el drama que resulta no es otra cosa que la lucha eterna que sostienen las diversas facultades de nuestro espíritu, un análisis implacable de la pasión y del pensamiento, una pasmosa intuición en que se nos pone de manifiesto nuestra vida interna, haciéndonos asistir a la formación del dolor o de la alegría, a la combinación de una sensación con una idea, dando por resultado una esperanza o un delirio, al desenvolvimiento de un instinto que toma por norte una ilusión, o a la muerte de un recuerdo que se esconde bajo la fría piedra de tenaces meditaciones; es, en fin, un tratado completo de psicología, una disección moral, un acabado estudio de los misteriosos procedimientos de la voluntad en sus relaciones con la reflexión y con los sentidos.

Pues así y todo, hay tanta verdad, tanta elocuencia, tanta seguridad y maestría en este íntimo y delicadísimo cuadro, que su acción interesa tan vivamente como si se tratase de una dramática narración salpicada de inesperadas peripecias. Por otra parte, el autor ha sabido asociar a este poema psicológico una profunda cuestión moral, hasta social, pudiéramos decir.

No es por consiguiente su obra un estudio de pasión como *Werther*, que presente los hechos en toda su fatalidad, sin cuidar de su significación ni de su trascendencia. No, el señor Pastor Díaz estudia y aplica a un mismo tiempo: descompone edificando; descubre el abismo del corazón, pero señala el modo de salvarlo; dilata las heridas de sus infortunados héroes, pero con intención de curarlas, y dejando siempre en ellas algún bálsamo provechoso. Así, del problema del amor pasa al problema del matrimonio, y de éste a la misión del hombre sobre la tierra, y de las grandes aspiraciones de la tierra a los sempiternos goces de la inmortalidad.

Para plantear este vasto edificio eligió el señor Pastor Díaz un terreno muy adecuado a su índole y magnificencia.

Hay en nuestra historia contemporánea una época de elaboración y de lucha, fecunda en ideas nuevas y en horribles decepciones, trabajada por locos anhelos y desconocidos pesares, que presenció una transformación completa en la política, en las costumbres, en la literatura, en toda la sociedad española. Esta época es la que siguió a la muerte de Fernando VII: el renacimiento constitucional, la invasión del romanticismo, la guerra civil.

El autor de *De Villahermosa a la China* arrostró todas aquellas tempestades, vio caer en ruinas la caduca España en que se meció su cuna, cantó el porvenir y lloró lo pasado como uno de los más esclarecidos poetas que era en tan supremos días, corrió desbocado por las nuevas regiones que se abrían a la imaginación de aquella juventud, levantó a la mujer al alto solio que ocupó entonces, fue idólatra, en fin, de su hermosura, mientras negaba homenajes a la Divinidad.

Tal fue aquella generación panteísta, que blasonó de espiritual y se consumió en el sensualismo, que desconoció a Dios y divinizó a sus criaturas, que vagó en torno de los sepulcros y a través de las tormentas en las tristes noches del otoño, cantando la muerte, porque tenía en el corazón la nada.

Los estragos que esta enfermedad del espíritu hizo en el corazón de aquellos hombres, la muda esterilidad de afectos y creencias en que se vieron al llegar la hora de la paz, y el miedo y el afán con que se abrazaron nuevamente, al ver pasada su juventud, a los restos de aquel edificio que ellos habían derribado, todo esto resalta admirablemente en la obra que nos ocupa. Es una confesión—y otros críticos lo han dicho antes que nosotros—es una confesión general de aquella generación nacida en la paz, asustada por la guerra y refugiada hoy al pie de los ídolos de que renegara.

Los románticos que se tomaron por dioses unos a otros no tardaron en

reconocerse flacos y simples mortales; la diosa solía engañar a su sacerdote; Castor vendía a Polux con mucha frecuencia; cada hombre que salía malparado de una empresa amorosa, creyose al principio un ángel arrojado del cielo.

De aquí Javier, el héroe de *De Villahermosa a la China*.

Pronto comprendieron, sin embargo, que no eran sino sacrílegos soñadores de un cielo terrenal y finito, y remontaron el vuelo al eternal seguro de las almas atribuladas.

Pues toda esta pasión, toda esta locura, todo este arrepentimiento, la moral y la experiencia penosamente conquistadas, las pasiones sagazmente definidas, las oraciones y las blasfemias, todo el mundo que brota de este choque de tan encontradas y ardientes idolatrías, forman el asunto de la obra que analizamos, y que no vacilamos en creer la mejor de su género que se ha escrito hasta de presente.

Porque aparte de un conocimiento profundo de todo lo que constituye los elementos de su obra, el señor Pastor Díaz ha hecho ostentación de otra cualidad que lo distingue entre todos nuestros escritores modernos, y es la viveza, la flexibilidad, la amenidad y la galanura de su estilo. Hay en *De Villahermosa a la China* cuadros de la naturaleza pintados con tal riqueza de colorido, con tal lujo de expresión, con tal maestría y atrevimiento que sólo en Bernardino de Saint-Pierre y en Fenimore Cooper encontramos sus dignos competidores.

Los razonamientos, por lo animados, vehementes y persuasivos, revelan al orador, al dialéctico y al poeta.

Este libro, aun aparte de sus elevadas tendencias y consoladoras doctrinas, subsistirá cuando hayan pasado casi todas las obras escritas en nuestros días, por su estilo pintoresco, esmaltado de preciosa erudición y adornado con todas las galas de nuestro privilegiado idioma.

18

CONFESION GENERAL DE LA LITERATURA CONTEMPORANEA[1]

—"La bella literatura no está de moda en España, pensaba yo un día. Los

[1] Aparecido en *La Epoca* del 11 de setiembre de 1858, este artículo se recogió en *Cosas que fueron* (1871). Es ésta la versión que reproducimos aquí. Alarcón suprimió el artículo en las *Obras completas*.

héroes, o, por decir mejor, los mártires que siguen oficiando en el ara santa de las musas, cuando el templo amenaza ruina y puede cogerlos debajo, son ya muy pocos, tan pocos que apenas se los halla para un remedio en un país donde tal abundancia de literatos hubo en todo tiempo, donde el sol cría los poetas con la misma profusión y prontitud que las flores del campo, y donde, siempre que la literatura ha encontrado arrimo en el vulgo, en la grandeza o en la religión, se ha visto con asombro que los cantores eran más en número que los oyentes, como acreditan los tiempos de D. Alfonso *el Sabio*, de D. Juan II, de Felipe IV, de Carlos III y de la regencia de María Cristina.

¿En qué consiste esto? ¿Por qué es hoy tan pobre y tan penosa la vida literaria de nuestro país?''

No acabé de dirigirme esta pregunta, cuando sentí un gemido en mi habitación, y encontré en medio de ella, sin que pudiera yo darme razón de cómo había entrado, un joven, casi un niño, de una hermosura celestial, un ángel adolescente, rubio como el oro, blanco como una azucena, con la frente noble y radiosa, la mirada suavísima y como bañada de una luz inmortal, la boca dulce y risueña, aunque un poco melancólica, y todo el aspecto de una superioridad natural o sobrenatural, que pudiera llamarse *aristocracia divina*.

Sin embargo, este joven o este ángel ostentaba la palidez enfermiza que dan los excesos o la tisis, estaba ojeroso, fumaba un enorme cigarro puro, y llevaba un sombrero de casa de Aimable, caído calaverescamente sobre la oreja derecha, botas *à l'écuyer* con espolines de plata, chaleco *à volonté*, y la corbata más impertinente que haya salido de casa de Lafin.

—Aquí tiene usted al Genio, me dijo lanzando una bocanada de humo. Yo soy Apolo.

—Muy señor mío, le respondí. ¿En qué periódico escribe usted?

—Pues qué, hombre, me replicó asombrado; ¿no conoce usted mis versos contra los actuales ministros, publicados en *El Desollador*?

—¡Ah, sí! Usted perdone. ¿Y qué tal va?

—Bien: yo creo que la reforma del Sr. Bravo Murillo y el abono de los once años y la actitud amenazadora de Roma contra la desamortización...

—Permítame usted, amigo Apolo. Preferiría que en vez de pronunciarme un discurso tan elevado como las miras que lo llevan a usted hoy por el mundo, me refiriese cómo de un hombre salvaje e indisciplinado que era usted hace algún tiempo, se ha convertido en un pisaverde a la moda, en un parroquiano de los ministerios, en un hombre, por último, tan civilizado, tan ilustrado, tan *político* (en el doble sentido de la palabra) como me parece usted. ¿Qué se hicieron las cabras que guardaba usted cuando niño, las flores que cogía usted en el campo, aquellas canciones a la tarde y al amanecer, y aquella soledad tan decantada de su cabaña, de su celda o de su almenada torre? ¿Qué fue de la nube de incienso en cuyas alas subía usted al empíreo? ¿Qué de las cumbres en que vivía solitario y rey, como las águilas? ¿Qué de las orillas del mar, que recorría

descalzo de pie y pierna? ¿Qué del Santo Sepulcro, que pensaba Vd. visitar, y de Covadonga, y de la Alhambra, y de Roncesvalles, y de toda aquella geografía poética que estudiaba Vd. antes de aprender cuántos gobiernos de primera, segunda y tercera clase comprende el pedazo de península que habitamos?

—Le diré a Vd., me contestó el Genio, poniéndose muy triste, y acaso entristecido de veras. Es muy verdad que yo, idólatra de la naturaleza en la India, sacerdote de Dios en la Judea, Dios en Grecia, cesarista en Roma, juglar, trovador y aventurero en los tiempos medios, fraile, guerrero o patricio durante el renacimiento de la belleza artística, mantenedor de las excelencias de la mujer y criado suyo en el siglo XVII, caudillo en la guerra de la Independencia en días de nuestros padres, y cantor de la revolución y de la libertad en tiempo de nuestros hermanos mayores, hoy me arrastro por los suelos, convertido en satélite de este o de aquel ambicioso, invocando por musa la Constitución de tal o cual año, y estudiando como a modelos y pontífices a esos hombres, respetabilísimos sin duda alguna, que se llaman *su señoría* o *su excelencia*. Es muy verdad que vivo apegado a la tierra, sumergido en lodo hasta el pescuezo, afiliado a tal o cual partido, escribiendo en este o en aquel periódico, y creyendo en los hombres necesarios. Pero ¡ay una vez y ay cien mil veces! ¡No tengo yo la culpa!

Yo nací para sentir lo bello, para admirarlo, para traducirlo en armonías, para manifestarlo a más perezosas imaginaciones. La naturaleza, el arte, la virtud, la divinidad, la patria, el amor, la gloria, eran mi patrimonio, mi reino, mi destino, mi predestinación sagrada. Balbucí estos nombres en la cuna, y dijeron que yo tenía talento y sería un hombre útil a mi familia, o que, cuando menos, la honraría con mi apellido. Crecí y estudié; fui poeta. Hablé a las gentes mi sublime idioma, y las gentes no me comprendieron o se encogieron de hombros.

—"¡Música celestial! exclamaron. Aquí se trata de que se devuelvan los bienes al clero. ¿Qué opináis acerca de esta cuestión?"

Yo les volví la espalda, y me llamaron loco.

Los mercaderes me creyeron un hombre inútil, los teócratas un hombre perjudicial, mi familia un vago. La señora de mis pensamientos se espantó de mi pobreza; yo no era abogado, ni médico, ni boticario, y se casó con otro.

Entonces fui a Madrid en busca de gloria y de dinero, de gloria para mí, de dinero para los demás, de gloria para vivir en mi mundo, de dinero para vivir en el mundo de los otros, de gloria para ser feliz, de dinero para parecerlo.

Creí que todo esto lo lograría cantando al Sol, a la Luna, al Mar, a la Noche, a Dios, a Pelayo, a D. Juan de Austria, a la batalla de Bailén.

Y con tales pensamientos ingresé en la redacción de un periódico.

—Sr. Apolo, me dijo el director, devolviéndome mis canciones; es menester escribir unos versos contra D. Juan y un artículo en favor de D. Nicasio.

—Sr. Apolo, añadieron mis amigos, es menester arrastrar coche a los treinta años.

—Sr. Apolo, exclamó el bello sexo, es menester ir a la sociedad.

—Sr. Apolo, gritó la capital entera, aquí sabemos ya que el sol calienta y que la mar está salada, que Pelayo pudo ser aguador y que España ha sido una nación de primer orden. Hoy se trata de moderados y progresistas, de D. Juan o de D. Luis, de cesantías y de leyes de imprenta. No hay tiempo ni atención para otra cosa. ¡Dinero a todo trance! ¡Poder a cualquier precio! La dicha está aquí abajo, y consiste en ser ministro de la corona.

—¡Pues a ella! exclamé como todos. Y aprendí la mitología-política, y Marte se convirtió en O'Donnell, y Saturno en el general Narvaez, y Mercurio en Bravo Murillo, y los banquetes que servían Hebe y Ganimedes, en el baile de tal o cual embajada, y Júpiter en Espartero, y Vulcano en Cabrera, y la vía lactea en el ferrocarril de los Alduides, y Danae en el presupuesto, y Penélope en González Brabo, *et etiamsi omnes*.

Y trasplanté a mis artículos de fondo todas las flores que había recogido al pasar por el Parnaso; y en lugar de escribir la *Iliada* o el *Orlando*, hice la oposición a un simple mortal, abusando de las frases: espada de Damocles, lecho de Procusto, tonel de las Danaidas, túnica del Neso, y todo lo demás que usted conoce.

A veces recordaba mi jerarquía divina y escribía una descripción en verso de la plaza de toros, o un soneto al nacimiento de fulano o de mengana; pero visto que esto no me daba resultados, volví a mis visitas, a mis paseos, a mis discusiones de café, a mis artículos de fondo, y a mi oficina de hacienda.

Mi familia, mis amigos, mis paisanos están ahora muy contentos de mí. ¡Dicen que he sentado la cabeza, que ya soy un hombre de provecho, que don Juan o don Luis me distingue mucho, y que pronto seré director de aduanas!

Y no crea usted que exagero. Coja usted los periódicos. No hay uno siquiera en que no aparezca al pie de un artículo de bolsa o de una gacetilla sobre el empedrado el nombre de un poeta lírico, de un autor dramático, de un novelista, de un historiador o de un cantor épico malogrado. ¡Cuántas odas, cuántas elegías, cuántas églogas, cuántas sátiras, cuántas epopeyas convertidas en gacetillas y sueltos! ¡Cuántas novelas trocadas en revistas de Madrid! ¡Cuántos genios muertos en flor, ya en el sótano de un diario, ya en el tabacoso ambiente de una oficina, ya en la antesala de un diputado influyente! ¡Cuánta ambición frustrada, cuánto heroísmo perdido, cuánta fe que se llevó el aire, cuánto amor, cuánto sentimiento, cuánto consuelo adulterados, podridos en la estrecha cárcel de una política miope y personal, utilitaria para el individuo, ruinosa para la nación! ¡Por eso no escribimos; por eso no nos leen; por eso es tan pobre y tan penosa la vida literaria de nuestro país; por eso soy yo un hombre *comm' il faut*!

Calló el Genio. Sus dolorosas palabras resonaron tristemente en mi corazón. ¡Y pensé en que el autor del *Libro de los cantares* es hoy redactor de

La Correspondencia, en que Carlos Rubio, poeta de gran valía, defiende a Espartero en las columnas de *La Iberia*; en que Selgas, autor de *La primavera* y del *Estío*, es famoso en las lides periodísticas, en que Florentino Sanz, el que escribió en la tumba de Enrique Gil una epístola imperecedera, fue redactor del *Mundo Nuevo*; en que Larra, el autor de *La gota de tinta*, escribe en *La Gaceta*; en que Palacio, lírico si los hay, divierte con letrillas a los suscritores de *La Discusión*, y en que Pedroso, Villoslada, Hurtado, Campoamor, Cos-Gayón, y los demás y todos viven dando gusto al vulgo necio, hablándole la jerga política o la palabrería literario-mercantil que tan mal sienta en sus labios, a trueque de un asiento en este anchuroso anfiteatro, desde el cual cinco mil ministros, embajadores, periodistas, diputados, ex-poetas y polizontes vemos luchar a la madre patria con los partidos políticos, como luchaba Laoconte con las serpientes!

. . . . .

El Genio acabó de fumarse su cigarro, diome los buenos días y partió poniéndose los guantes.

Yo le ofrecí mi casa, por si mañana o el otro llegaba el pobre a ministro.

19

REVISTA MUSICAL

A PROPOSITO DE *MACBETH*[1]

¿Nada te dice, Emilio, la muerte
de la literatura y de las artes?

Macbeth, ingeniosísima ópera del popular compositor don José Verdi, —le damos carta de naturaleza—alcanzó el sábado último un éxito completo en el Teatro Real de esta corte.

Cuatro años iban trascurridos desde que los admiradores de *Hernani*, *El trovador* y *La Traviata* oyeron por la postrera vez las primorosas y originalísimas melodías del *spartito* precitado; dicho se está por ende que un público numeroso inundaba, llenaba por mejor decir, desde las butacas de orquesta hasta los antros más recónditos del paraíso, desde los antepechos hasta los

[1] Esta revista salió en *La Discusión* el 26 de noviembre de 1858. Segun una nota al principio del artículo, se publicó primero en *La Epoca*, aunque no pude encontrarla allí.

gabinetes de los palcos, todo el regio coliseo, en fin, —inclusive los bastidores del tablado escénico, de donde hacían asomaditas y telégrafos algunos caballeros y hasta señoras, vestidos más o menos a la inglesa, —pero no a la inglesa del tiempo de Canuto I *el Grande*, sino a la inglesa del tiempo de la primera Victoria, que feliz y graciosamente reina.

Repetimos que el éxito fue completo y aun añadiremos que merecido.

La Sra. de Giuli caracterizó perfectamente, como actriz, a la Lady Macbeth de Shakspeare, y cantó de una manera admirable todo lo que al buen Verdi plugo poner en boca de la terrible escocesa. Puede decirse que este triunfo ha sido el mayor y el más legítimo de los obtenidos por la de Giuli en la presente temporada. El público la llamó a la escena en varias ocasiones, entusiasmado ante la inspiración y el talento con que la *prima donna* desempeñaba su difícil papel.

No menor cosecha de aplausos recogió el famoso barítono Bartolino, cuyo exquisito gusto y privilegiada inteligencia ya hemos elogiado en este periódico más de una vez. Dotado de una voz tan poderosa como flexible y dulce, expresó los varios afectos que dominan el alma del regicida con tal perfección y con tan verdadero sentimiento, que arrebató completamente a los espectadores.

El tenor Luisse estuvo. . . afortunado; —mucho más que la noche que debutó en *La Traviata* por indisposición de Bettini.

¡Hasta los coros se portaron mejor que nunca!

Nosotros pasamos un buen rato en cierto modo; pues oímos cantar con fe, con entusiasmo, con conocimiento de causa y sobre todo, con afinación, —cosa que ya va siendo rara maravilla; admiramos a los cantantes, que es lo que siempre se admira en las óperas de Verdi; pues, como decíamos la semana pasada, la música de este compositor no basta por sí sola—como la de *Norma* o la del *Barbero*—para recrear al auditorio cuando la compañía es mala; y ya nos íbamos del teatro, ni contentos ni disgustados—ni tan contentos como si acabáramos de oír a *Linda*, *Los Puritanos* o cosa tal, ni tan disgustados como si saliésemos del templo de la Zarzuela—cuando llegó a nuestros oídos un sordo rumor, como el de la marejada entre las peñas, que no era otra cosa que la múltiple conversación del público que bajaba las escaleras y se agolpaba a las puertas del regio coliseo, comentando, discutiendo, murmurando y tapándose la boca.

He aquí las frases que cazamos al vuelo:

—¿Llueve?

—Abrígate, niña...

—¿Quién se viene hacia Chamberí?

—¡Qué ópera!

—¡Eso sí que es música!

—Mañana *La sonámbula*... ¡qué fastidio!

—¡Verdi! ¡Verdi! —¡No hay más que Verdi!

—Las doce y cuarto.

—Adiós, Elisa.

—¡Qué originalidad! ¡qué novedad! A mí me gusta más que *Atila*.

—¡Eh! ¡cuidado! Cada una en su género.

—¡Qué mal vestida venía la de lapizlázuli!

—Espero salir en segundas elecciones.

—La de Giuli canta bien; pero tiene...

—A mí me gusta más la Lemman...—Es tan...

—¡Oh, sí!...—Es tan...

—Es ton...

(Este en un yerro de imprenta.)

—¡Qué Bellini ni qué ocho cuartos! Para hacer sentir no hay otro como Verdi.

—Abur.

—Hasta mañana.

—¡Qué bonita! ¿Sabes dónde vive?

—Etc.

—Etc.

De vuelta en nuestra casa, y entre tanto que tomábamos el té, pusímonos a examinar aquel turbión de pensamientos heterogéneos, hasta que poco a poco nos fijamos en éste, que nos había llamado la atención sobremanera. —¡Verdi! ¡Verdi! ¡No hay más que Verdi!

Así decía un individuo del público al abandonar el teatro; así opinan muchas personas y así resulta de la contaduría del regio coliseo.

—¡Y, sin embargo—nos argüíamos—Verdi es para nosotros lo que la quincalla al oro y la pedrería, lo que los coloristas franceses a Ticiano, lo que los loros a los hombres, el Churriguera de la música, el gran corruptor, el monedero falso del sentimiento; algo muy grande, sin duda alguna; algo muy hábil, muy peregrino, muy ingenioso, pero nada de inmortal, nada de eterno, nada de divino! El alma humana no reconoce su misterioso idioma en su *patois*, en esa lengua franca, en esa jerga de las pasiones terrenales, que se entiende con los nervios en cuanto son materia que afecta groseramente nuestros sentidos, que nos da pino pintado por caoba, que nos deslumbra en vez de calentarnos...

¿En qué consistirá esto, Dios mío?

A fuer de modestos, lo primero que nos ocurrió fue dudar de nuestras propias opiniones. Y es que recordamos los *fiascos* que han hecho todas las manías que hemos querido imponer al público desde que por mal de nuestros pecados escribimos en los periódicos. Manía fue siempre en nosotros cierta repugnancia político-personal de cuya mayor o menor cordura el tiempo no ha hablado todavía. Manía fue el desdén y aversión a Espartero, y ya ven Vds. que no había por qué tenérsela. Solos, completamente solos, empezamos a comba-

tir las zarzuelas, cuando todo el mundo las creía el germen de la ópera española. Los años y los hechos nos están quitando la razón—¿quién lo duda? Más tarde hablamos contra las refundiciones del teatro antiguo, y las refundiciones del teatro antiguo siguen su marcha triunfal sobre nuestros desautorizados folletines. ¡Este es también un hecho! Luego la tomamos con el canal de Isabel II, queriendo probar que las obras del pontón de la Oliva eran completamente inútiles. Los periódicos rechazaron nuestros escritos sobre el particular, creyéndolos insensatos...y en verdad que tenían mucha razón; la inmensa cantidad de agua del Lozoya, que corre ya por las fuentes públicas y privadas de Madrid (cinco meses después de la inauguración), ha dado el mentis más solemne a lo poco que pudimos decir sobre el particular en el *Diario de un madrileño*. Hoy la emprendemos contra Verdi—no hoy precisamente, como verán Vdes. después—¡quién sabe si esta nuestra manía será tan infundida como las demás!

A fin de ilustrarnos en este punto—y a falta de otros autores que consultar—pusímonos a revolver nuestros papeles y encontramos las siguientes frases, que hace dos años escribimos en el folletín de *El Criterio*:

"*Poliuto*, esa divina ópera de Donizetti, no logra las grandes entradas de las *Vísperas sicilianas*. *Poliuto* ha sido escuchado con indiferencia. *Poliuto* ha desaparecido de los carteles del Teatro Real cuando apenas habíamos vuelto a saborear dos nochecitas, al cabo de dos años, este bocado de cardenales, este manjar de dioses. Ni el acierto con que ha sido desempeñada por Fraschini y la Ortolani, ni las grandiosas melodías en que abunda, ni el respeto que se debe al juicio de todo el mundo filarmónico, han bastado a imponer silencio a los sectarios del antecristo musical, de ese Verdi fatídico que ha invadido la mansión de los ángeles con la trompeta de la destrucción en la boca.

"¡Ay! en medio del cataclismo que nos amenaza, sea nuestro folletín una nueva Arca de Noé, donde se refugien los que no han pecado contra Rossini, Bellini y Donizetti. —Mientras el público desaira a *Poliuto* y *Don Pasquale*, entonemos nosotros una y otra alabanza a esos grandes testamentos del arte, últimas y supremas melodías del moribundo cisne que se llamó Italia.

"*Poliuto* es una grande y bellísima ópera; pasará Verdi como pasó Bouchardy, y vivirá aún Donizetti como aún vive Walter Scott. Cuando los bailes que hoy le añaden en París al *Trovador* hayan caído en desuso, los relojes tocarán todavía al dar las doce el rondó final de *Lucrezia*. Y cuando el público se canse de evaluar cantidades de ruido, de estudiar las leyes de la acústica y de conocer todos los efectos que pueden producir un tambor y una flauta cantando a duo, o un triángulo y un clarinete, volverá los ojos, es decir, las orejas, hasta la *Norma*, donde una mujer y un violoncelo hablan más alto que todas las trompas de *Atila* y de *Hernani*."

¡Cosa extraña! Estas palabras nos volvieron la fe en nuestras opiniones, como si en vez de ser de cosecha propia hubiesen salido de la pluma de *Agudo*,

Florentino u otro crítico de por allá. Y es que recordamos que si bien el autor de *Nabuco* sigue de moda en nuestro país, no pasa ya lo mismo en Francia y en Italia, donde se ha levantado una verdadera cruzada contra la que nosotros calificamos en una ocasión de *música física*, y contra su gran sacerdote, el Sr. D. José Verdi. Animados, pues, un tanto con las autoridades susodichas, nos atrevemos a probar otra vez fortuna con nuestra extravagante manía, pidiendo a Dios que haga el mismo *fiasco* que las anteriores; y no ya en la soledad de nuestro pensamiento, sino al aire libre de la prensa periódica, decimos y proclamamos que todo el brillo, toda la novedad, todo el lujo, todo el fuego, toda la violencia de Verdi constituyen otras tantas herejías, otras tantas aberraciones, otras tantas corruptelas.

Expondremos la razón en muy pocas palabras.

Todas las artes, así como la literatura de todos los países, han muerto o enfermado siempre de una misma dolencia; —de naturalidad, de realismo, de *humanización*. (Palabra recién nacida.)

La poesía, lo mismo en Lucano que en Góngora, de melodía celeste que es por su naturaleza, convirtióse en lenguaje humano. Presidió, pues, la razón, o por mejor decir, el ingenio allí donde los sentidos interiores del alma aquilataban antes la belleza. La habla inefable trocóse en conversación ingeniosa; lo convencional *a priori*; esto es, la unanimidad y consentaneidad de los espíritus en interpretar de un modo dado las vagas melodías que espontánea, intuitiva, indeliberadamente produce el genio humano, fueron ya razonadas conclusiones y matemáticas verdades, lógicas y demostrables consecuencias; de aquí el ergotismo calderoniano, y posteriormente los cuadros vivos de los románticos vulgares.

Este afán de la verdad y de la realidad es también el mismo que desplegó el manto de la estatua griega y le hizo ahuecarse a merced de la casualidad, convirtiendo la Venus de Fidias en los santos *barrocos* de la edad media, —¡a los cuales no podemos negar que son más expresivos, más verosímiles, más dramáticos, más *touchants*, más al alcance de todas las fortunas (entendiendo por fortuna la cantidad de sexto sentido, o de sentido estético que se debe al Criador), más comprensibles, en fin, que la fría y convencional belleza ática, patrimonio exclusivo de la aristocracia artística!

De la humanización de la novela hablamos hace pocos días a propósito de *Fanny*.[2] —¡También hay allí más verdad que en *Atala* y que en *Pablo y Virginia*!

La arquitectura, por su parte, tuvo asimismo su autor popular, que puso en relaciones, como se dice en el mundo, con la noble madre de las artes a las inteligencias más limitadas, a los corazones más insensibles, a las almas más

[2] Alarcón publicó una crítica muy virulenta de la novela *Fanny*, de Ernest Feydeau, en *La Epoca*, el 12 de noviembre de 1858 (*Obras completas*, págs. 1772–74).

indiferentes. ¡Nunca hemos visto que la plebe se pare enfrente de una portada dórica! ¡Siempre la hemos hallado con la boca abierta ante la churrigueresca fachada del hospicio!

Tampoco hablaremos de la pintura; pocos dias hace que hemos aplicado estas mismas ideas al arte de Rubens y de Rafael. Incapaces de sentir y por consiguiente de pintar los semidioses y los héroes de la mitología pagana, algo distantes ya del misticismo cristiano, disgustados de la historia, que hoy vemos a la luz de la filosofía, todo lo reducimos a puros y simples hombres, y de aquí la boga y la preponderancia de los cuadros de género. —Los dioses se van, dijo un filósofo. ¡Ay! ¡Las artes marchan en pos de ellos!

Verdad o realismo es el que analizamos que envuelve otro vicio mucho mayor y más lamentable: la falsedad o sea la falsificación de la belleza. Con semejante método, cualquier hombre trabajador y astuto, sin necesidad de genio, en vez de extraer de la naturaleza entera y del corazón humano aquella esencia purísima de beldad, aquel divino perfume, aquella inexplicable melodía que se siente y no se razona, toma de los hechos la exterioridad grosera, los caracteres materiales y tangibles, lo que ahora llamamos la plástica, y aparece ante los miopes de alma como un revelador de misterios. ¡Donosos misteriosos, que se tocan con la mano!

Verdi es la más viva personificación de estos monederos falsos del sentimiento. —De la poesía del mundo, sólo se apodera de los agentes. Sus obras tienen la elocuencia del remedo; no la más sublime de la interpretación. Rimar, cromatizar, convertir en música los ruidos de la materia no es traducir las armonías del espíritu; ahora bien, Verdi toma al pie de la letra los más vulgares fenómenos de las pasiones y de las cosas. Si se le encargara un canto sobre el silencio, mandaría callar a la orquesta y a los cantantes, y diría: ¡ahí lo tenéis! —Cuando se trata de llorar, el oboe solloza; cuando de reir, el *pizzicato* de los violines prorrumpe en carcajada. ¿Hay tormenta? El violoncelo imita la lluvia, la flauta los relámpagos, el figle y el bombo los fragorosos truenos. En cuanto a la expresión de los afectos...es muy elocuente. ¡Cierto que sí! Un solo hecho: en *La Traviata*, el tenor canta un *allegro* muy sentido y que se aplaude mucho todas las noches. ¿Sabéis cuál es su asunto? Pues es que Alfredo Germont hace un arqueo mental en sus fondos pecuniarios y en los de Violeta.

Es un canto económico, financiero. ¡Gloria al inventor de estas maravillas! —¡Mañana nos regalará acaso una melodía sobre la higiene! —Que hace sentir; que se le comprende. ¡Es natural! —Todos sus cantos son una declamación, una conversación reducida a fusas y corcheas. —Sabido es que el furor grita. Pues gritemos, dice Verdi. —La cólera ruge. Pues rujamos. —Es menester aterrar al público, espantarle, horrorizarle. Pues volvámomos de cara a él; tirémosle los instrumentos a la cabeza, y no habrá un solo espectador que no diga: ¡Diablo! ¡Cómo hace sentir este Verdi! ¡Vea V.,...se ha enfadado tan a lo vivo, que me ha roto los paristales!

Otro día, más despacito, trataremos seriamente esta cuestión.

20

REAL ACADEMIA ESPANOLA

DISCURSOS LEIDOS EN LA RECEPCION PUBLICA DEL SR. D. MANUEL CANETE[1]

I

Decía con mucha gracia un amigo nuestro el día de la Purísima Concepción, al salir de la Real Academia Española y refiriéndose a los discursos de D. Manuel Cañete y de D. Antonio María Segovia, que entre estos dos señores habían redactado un periódico completo y de los más callejeros y beligerantes, en el cual ni faltaba el artículo de fondo (de oposición por más señas), ni se echaba de menos la locuaz y picante gacetilla, tan rencorosa y burlesca como tiene de costumbre. Dicho se está que el discurso del Dr. Cañete era el artículo de fondo y la gacetilla la contestación del Sr. Segovia.

Mucha verdad y no poca gracia encontramos nosotros en la apreciación de nuestro amigo (¿a quién no ciega la amistad?); y hasta dionos la explicación de por qué el neófito académico había sido escuchado con cierta indiferencia por aquella respetable corporación y por el público—cuando su discurso no era del todo malo—y de por qué el padrino, individuo de número, antiguo *Estudiante*, Sr. Segovia, arrancó más estrepitosas risas que hoy suelen Mariano Fernández y Vicente Caltañazor en zarzuelas y sainetes.

Un periódico, sí, un periódico político, literario y hasta de artes y oficios, tal es el resumen de aquella poco afortunada sesión de la Academia. Y tanto es esto cierto, que al pretender recordar las muchas y muy peregrinas especies que allí se vertieron, dos ideas culminantes aparecen en medio de mil pálidos razonamientos: el neo-catolicismo ardiente del uno y la crítica o murmuración literaria del otro. Vamos por partes.

El director de *El Parlamento*,[2] diario que combate la presente situación, dijo entre otras las siguientes significativas palabras que se refieren a la época de la decadencia de la dinastía de Carlos I y sobre las cuales no queremos hacer comentario alguno:

"Un rey entregado míseramente a un valido, y más dado a placeres y liviandades que a velar por el bien y conservación del reino; un ministro

---

[1] Esta crítica del discurso académico de Manuel Cañete, "Paralelo de Garcilaso, Fray Luis y Rioja," y de la contestación de Antonio María Segovia salió en *La Epoca* el 16, 18 y 23 de diciembre de 1858.

[2] Cañete era entonces director del periódico conservador *El Parlamento*.

ambicioso corrompiendo al monarca para dominarle, y halagando sus caprichos para usuparle moralmente el cetro quebrantándolo cada vez más en sus inhábiles manos; una corte corrompida, donde apenas había otro Dios que el oro, ni mejores títulos que la adulación, ni más virtud que la bajeza; la venalidad haciendo veces de justicia; el valor no moviéndose ya de arranque generoso de patriotismo, sino por hidropesía de medro; el entronizamiento, el descaro, la desvergüenza usurpando sus fueros a la modestia, al mérito, a la honradez, y sirviendo de escalón para llegar a todo, para conseguirlo todo: he aquí el espectáculo que ofrecía en el reinado del cuarto Felipe nuestra desdichada patria..." "Cuando no por lo que se deba de justicia a la bondad y a la ciencia ni por lo que pueden esperar de una y otra aquellos a quienes está encomendada la suerte de las naciones, por egoismo deberían príncipes y repúblicos rodearse de sabios y virtuosos. Desatender el mérito del amigo leal porque se le tiene seguro, porque se confía en su virtud; y buscar, y halagar y recompensar al díscolo intrigante, cuya única pauta ha de ser siempre la conveniencia, y de quien se sabe que nunca ha de prestar apoyo al que lo levante, mientras columbre esperanzas de subir a mayor altura, es torpeza insigne en los ministros, es debilidad, sólo disculpable en quien no quiere a su alrededor sino pigmeos, con el intento de parecer así de más elevada estatura."

Perfectísimamente juzgada está en los párrafos anteriores la época a que aluden (1658 sobre poco más o menos), y muy del lugar y de la ocasión en que fueron pronunciadas creemos semejantes observaciones.

"Natural es—continuó Sr. Cañete—que todo el que siembra injusticias, avaro del favor para con quien lo merece, no llegue a cosechar sino daños y menosprecios. Algo más medrado andaría el mundo si los que rigen estados buscasen únicamente apoyo en aquellos que no vacilan en condenar el mal, hállese donde se hallare."

Repetimos que estas endechas *político-ligueras* del señor Cañete fueron lo más notable de su discurso. Entrando ahora en el pretexto de sus declamaciones, en el estudio que sospechó que iba a hacer de nuestros tres grandes poetas líricos, Garcilaso, Fr. Luis de León y Rioja, veamos de *escardar* algunos de los defectos que contiene, en contraposición al Sr. Segovia, que *espigó* las bellezas que su ahijado dejara atrás.

Tuviéramos más tiempo y espacio, y a pesar de nuestra incompetencia en materia de lenguaje, levantáramos algún gazapo, y Dios sabe si liebre, en estos peregrinos documentos que tan de ropa de Pascua nos han puesto a los periodistas, acusándonos de corruptores del habla castellana. El discurso del Sr. Cañete, que principia "Costumbre gallarda" y concluye "omnipotencia de su divino Criador" (dos frases que dan una completa idea de la gracia y viveza de estilo de su autor, este discurso, tan atildado como el caso requería, pero en el que tropieza uno con impropiedades de este jaez), "fuerza *pintoresca* de la palabra," "sujeto *predilecto* de mis amores (si amores, ¿para qué *dilectum*?),"

"ley *por quien* se rige," y cuatro renglones después, en el mismo periodo "El barón de Lajoyosa, *a quien*," etc., etc., y todo sin pasar de la tercera página, y el opúsculo tiene *sesenta*, y nosotros somos herejes en achaques de idioma; este discurso, decimos, nos ofrecería si lo analizáramos, una abundante caza de *lapsus pennae*, a pesar de que al escribirlo no ha olvidado el autor de *Los dos Fóscaris* (¡qué plural!) aquella recomendación del gran didáctico: *saepe stilum vertas*; pero la precipitación con que escribimos estas líneas solo nos permite fijarnos en el espíritu de sus conceptos, dejando la letra al Sr. Segovia, más partidario que nosotros de aquel axioma de Bretón: "No la tela, el cosido es lo que importa."

Empezamos reconociendo en la obra del Sr. Cañete buena disposición de las partes que componen su discurso, plan y concierto en la manifestación de sus ideas, salvas algunas contradicciones esenciales que ya nos saldrán al paso, economía y armonía en el conjunto y cierta elevación en el tono, que si peca de algo es de irritación unas veces, y otras de afectación y prosopopeya. Quizás debe agradecer el Sr. Cañete estas buenas cualidades que hemos creído notar en su discurso a la comparación con el del Sr. Segovia, desatado, embrollado, redundante y oscuro —ya lo confiesa el mismo —al par que humilde, por no decir vulgar y hasta bajo en la materia y en la forma; esto es, en la índole y procedencia de los pensamientos, como en las frases y en los símiles que los enuncian. Pero dejemos ahora al Sr. Segovia.

Bajo los campanudos y artificiosos periodos del señor Cañete, dentro del *canevas*—decimos estas cosas de mala fe—bien trazado de su discurso, nada nuevo, nada interesante, nada transcendental se dice a la Academia. Ni elevación de miras, ni consideraciones filosóficas sobre la literatura, ni apreciaciones generales de lo que fue este arte divino en días de los poetas que se propone estudiar, nada en fin, que corresponda al espíritu investigador, analítico y condensador a un tiempo, de nuestra época de examen, aparece ni se adivina en aquella pálida relación de hechos conocidísimos, en aquellas gratuitas calificaciones de estos o de los otros versos, en aquel ramillete de bellezas ajenas, que tan hábil y democráticamente leía el Sr. Cañete.

Que Garcilaso fue poeta pagano e imitó a Virgilio; que Fr. Luis fue poeta místico, y por consiguiente más original, más *secundum* se debió decir, si bien en correcto castellano; que Rioja fue más filósofo que poeta... Que el uno dijo esto, el otro lo otro, y el tercero lo de más allá, y que lo de más allá no le gusta tanto como lo otro, porque lo otro le parece mejor que lo uno. He aquí la crítica del Sr. Cañete. Con leer, v. g., las *Poesías selectas*, coleccionadas por Quintana,[3] y copiar las notas de *nemine discrepante*, sobresaliente, mediano y

[3] Acababa de salir una nueva edición de *Poesías selectas castellanas desde el tiempo de Juan de Mena hasta nuestros días*, recogidas...por Manuel José Quintana.

malo que le aplica a cada poeta (según su modo de ver, materialista y volteriano, como hoy el Sr. Cañete mirando por el prisma de su neocatolicismo), cualquiera podría escribir discursos académicos, tratados de crítica y hasta obras de estética fundamental.

Pues esto, y nada más que esto, ha hecho el Sr. Cañete: llamar a examen a los tres ilustres líricos y aprobarlos o reprobarlos en virtud de su autonomía.

¡Bien hizo, si no se sintió con fuerzas para más; bien hizo si todas sus elucubraciones filosófico-literarias habían de pararse a las ligeras muestras que nos dio de su criterio al hacer algunos *pinos* en el campo de las teorías generales de la poesía!

Vaya un ejemplo. Condenando el Sr. Cañete que la fantasía de Garcilaso animase la naturaleza y personificase sus fenómenos al modo de los poetas paganos, dando a tan imaginarios seres hasta los nombres que llevan en las mitologías griega y romana, sienta con mucho aplomo este pernicioso principio.

"Enhorabuena que la ignorancia por una parte, y por otra el temor que en ciertos casos infunde la superstición, procurasen explicar los fenómenos físicos atribuyéndolos a intervención de seres sobrenaturales, y creyesen ver en cada uno de ellos una mitológica aparición. (Si la creían, no era mitológica, Sr. Cañete.) Pero cuando ya más ilustrado el hombre ha conocido las causas y móviles de aquellos fenómenos y no le sorprenden ni aterran, antes bien los calcula y los ve anticipadamente aproximarse (¡qué tersura!), buscar por tales modos la regeneración de la poesía es más que un anacronismo."

¡No vamos, ciertamente, tan lejos los románticos, los realistas, los iconoclastas del siglo XIX! ¡Donoso resultado darían para las letras los preceptos del incipiente *académicien*!

"Apenas la blanca aurora—dice Cervantes—había dado lugar a que el luciente Febo, con el ardor de sus calientes rayos, las líquidas perlas de sus cabellos de oro enjugase, cuando D. Quijote..., etc."

Según la teoría del Sr. Cañete, y con arreglo a los adelantos de la ciencia, hoy debiéramos decir:

"Apenas nuestro planeta, girando sobre su eje, oponía al sol aquel punto comprendido en la intersección del 53 m. de longitud del meridiano de Madrid y del 39° latitud N., dando lugar a que las ondas del lumínico, agitadas constantemente por el centro de nuestro sistema planetario alumbrasen, y a que el calórico de la tierra, tendiendo a equilibrarse con el del sol, hubiese reducido a vapores aquella humedad consiguiente, etc."

No somos muy fuertes en ciencias; pero calculamos que sería muy semejante al párrafo anterior el principio del capítulo XX de la segunda parte del *Quijote* si había de satisfacer a las exigencias del Sr. Cañete. De proceder en poesía con arreglo a todo lo descubierto por los sabios, ya no se podrían escribir versos al mar...(¿para qué?), ni a la brisa, ni a la luna.

Esto nos recuerda unos versos de Pastor Díaz, que vienen como de molde, puesto que demuestran la necesidad que siente el poeta de ignorar la verdad de las cosas y de vivir con su imaginación:

La muerte reina ya sobre natura,
y la llaman...*verdad*.
¡Qué feliz, qué encantado, si ignorante,
el hombre de otros tiempos viviría,
cuando en el mundo de los dioses vía
doquiera la mansión!
Cada eco fuera un suspirar amante,
una inmortal belleza cada fuente;
cada pastor ¡oh luna! en sueño ardiente
ser pudo un Endimión.
Ora trocada en un *planeta oscuro*,
girando en los abismos del vacío,
do fuerza oculta y ciega en su extravío
cual piedra te arrojó.
Es luz de ajena luz tu brillo puro,
es ilusión tu mágica influencia
y mi celeste amor ciega demencia,
¡ay! que se disipó.

¡Oh! no se ha disipado ni se disipará nunca. La poesía no será nunca científica. ¡La imaginación del poeta animará siempre los objetos inmateriales y los fenómenos de la naturaleza, y hará perfectísimamente en inventar historias de amores entre Júpiter y Leda, entre dos estrellas, entre la brisa y un árbol, entre la mar y la luz, pues estos amoríos serán mucho más poéticos que los nuestros de simples mortales, cuyas excelencias pueden admirar los amantes de lo verdadero en las torpes páginas de *Fanny*!

Pero nos hemos extendido demasiado; mañana u otro día terminaremos este artículo.

II

No menos descarriado que al confundir la ciencia con la poesía, anduvo el Sr. Cañete en su discurso cuando llamó *castizo* a Garcilaso. ¿Qué entenderá por castizo el joven académico? Casualmente Garcilaso se distingue por la razón inversa; por innovador, por impuro, por *petrarquista*, que así le llamaban en su tiempo. *Castizo* supone casta, raza, progenie. Comprendemos que se dé este dictado al que hable hoy como se habló Garcilaso, puesto que todos los neologismos, italianismos y voces nuevas que introdujo en nuestro idioma tomaron en él carta de naturaleza y subsisten en el día; pero de ninguna manera al que, no sólo trajo a España los versos endecasílabos y las combinaciones de

la versificación italiana, sino también palabras y locuciones de la misma procedencia. Dijera el Sr. Cañete que el habla castellana debe a Garcilaso muchos tesoros; que su modo de decir no se ha anticuado; que hoy se le lee y se le comprende tan perfectamente como en el siglo XVI, mientras que otros poetas posteriores son casi ininteligibles, y le daríamos la razón; pero llamarle *castizo* equivale a dejar de serlo, porque es ignorar el valor de esta palabra.

Achaca el novel académico la perversión de la poesía en el siglo XVII a la decadencia general de la nación, y como que lamenta que todos nuestros poetas de entonces no fueran tan místicos como Fr. Luis. En esta manera de pensar hay, o una palmaria *petitio principii*, o una ignorancia absoluta de las causas que desquiciaron el imperio español. Quizás hay tan sólo el deseo de desconocerlas u ocultarlas. La monarquía de Carlos V y de Felipe II se hundió a consecuencia de la excesiva preponderancia de las ideas religiosas sobre las temporales. La sociedad, es decir, esta torre de Babel que construyen industriales y comerciantes, no puede prosperar en un país habitado sólo por ascetas. De ser más los poetas místicos de aquellos tiempos, mayor fuera la abyección material de España, mayor el olvido de los intereses de la nación, mayor la indiferencia política de gobernantes y gobernados. En cambio, el alma humana hubiera estado más cerca del cielo, más alta y ennoblecida. (Sobre todo si los místicos hubieran sido todos tan enemigos de la Inquisición como el virtuoso Fray Luis, que no se libró de sus garras, como oportunamente hace notar el Sr. Cañete en su discurso, a pesar del neocatolicismo de *El Parlamento*.) Esta es otra cuestión. De cualquier manera, creemos que el joven académico hubiera andado más lógico atribuyendo la ruina de la nación al misticismo de la poesía, que no haciendo depender la ruina de la poesía de la decadencia de la nación. También fuera esto mucho decir; por nuestra parte no vamos tan lejos. Nación y poesía, o lo que es más exacto, todo lo que constituía la nación, pereció en las hogueras del santo oficio; y tanto es esto cierto, que España no volvió a levantarse sino en los días de Carlos III, no muy amigo de los jesuitas, decayendo nuevamente durante los reinados de sus teócratas hijo y nieto, hasta que al fin, con el advenimiento de la libertad y anulación de los frailes en 1831, empezó la era de esplendor material e intelectual (del moral no respondemos), a que hoy quieren poner término los neocatólicos.

Tampoco participamos de la extrañeza que parece causar al Sr. Cañete el que Garcilaso no cantase sino pastores y zagalas, siendo así que vivía entre las fatigas de los campamentos, asistiendo a tantas victorias de nuestras armas y recorriendo tantos y tan diversos países; creemos, por el contrario, que el poeta obedecía en esto a una ley general de los grandes ingenios; alejarse de lo cotidiano y conocido, y apacentar su imaginación con las imágenes del deseo. Sueña el árabe sombra y frescura, mientras que el español o el alemán canta el desierto. Milton descansa de las faenas de la política subiendo al empíreo o bajando a los abismos infernales. Ansia el genio encerrado en una aldea volar a

la corte, y el cortesano, en tanto, ensalza a todas horas la plácida soledad de la naturaleza. Tal es la índole de la imaginación del poeta. Y si alguno, por mal de sus pecados, cae en la tentación de hacer lo que lamenta el señor Cañete que no haya hecho Garcilaso, cantar sus propias impresiones—doloroso es decirlo, pero está en nuestra conciencia—¡la prosa rimada de Ercilla será el infalible resultado! Ahora bien; nosotros preferimos los inverosímiles diálogos de Tirreno y Alcino a las descripciones y enumeraciones de *La Araucana*. La *verdad* es la muerte de la poesía y de las artes. ¡Lamentamos, pues, de todo corazón, que el *realismo* penetre en la Academia!

A pesar de todo lo dicho, y para concluir con el señor Cañete, repetimos que su discurso no carece de cierto mérito; es la obra de un joven aplicado, de un entusiasta admirador de la literatura. Luego, lo leyó tan dramáticamente (no *democráticamente*, como en nuestro artículo anterior nos hicieron decir los cajistas), que en nada estuvo que el público lo aplaudiera. A nosotros nos parece su mejor obra.

Con que henos ya en plena gacetilla. Va a principiar el sainete. El Sr. Segovia se dispone a contestar a los periódicos que dieron la razón al público por haberle tildado su zarzuela, traducida del francés, titulada *La embajadora*.

Téngase presente que ni nosotros se la silbamos, ni escribimos una palabra acerca del particular.

Decimos esto para significar que no nos creemos comprendidos en las tremendas alusiones que el famoso *Estudiante* dirigió a ciertos periodistas. No guía, pues, nuestra pluma un resentimiento más o menos enconado, como ha acontecido al Sr. Segovia al redactar su discurso. Por el contrario, somos su verdadero amigo. Con todo, antes que nuestra amistad y sobre la indiferencia egoísta con que pudiéramos mirar una cuestión que no nos atañe, se hallan altas razones de compañerismo y aun de amor platónico a la prensa periódica, y en su virtud, creemos de nuestro deber rechazar los apasionados juicios del padrino del Sr. Cañete, siquiera sea con la brevedad y concisión que nos exige la falta de tiempo y hasta la de espacio.

Chistoso, chistosísimo estuvo el Sr. Segovia el día 8 de los corrientes; fuéralo tanto al traducir *La embajadora*, y el público no la hubiera desdeñado. La prensa periódica fue la principal cantera de que sacó chistes; mas, para ello, vióse precisado a establecer un principio completamente erróneo y muy de extrañar en su señoría. El epigramático académico confundió el periodismo con la literatura, y de aquí el infinito raudal de sus gracias y lindezas. Hizo de *La Epoca*, de *La Iberia* de *El Clamor Público*, de todos y de cada uno de los diarios políticos otros tantos monumentos de las letras, y tomó por ellos la medida a la literatura contemporánea. Probando, pues, nosotros, como pensamos hacerlo en muy pocas palabras, que el periodismo no es, ni debe, ni quiere ser la literatura, todo el edificio del señor Segovia se vendrá a tierra, envolviéndole en sus ruinas.

El periodismo no es la literatura, ni puede serlo, por la sencilla razón de que sus redactores no son necesariamente literatos. Un periódico lo escribe el economista que no ha leído el *Quijote*, el diplomático que sólo entiende de fórmulas oficiales, el abogado y el bolsista, el diputado o el senador que dicen lo que les parece y cuyas palabras ha de copiar necesariamente en sus columnas, el suscritor que manda un comunicado y el limpiabotas que remite un anuncio, el ministro sin letras que publica una circular y el aspirante a gobernador de provincia, no a poeta laureado, que discurre sobre administración o clama por una buena policía. Un periódico es el público, es el pueblo, es el siglo XIX que habla, que palpita, que respira; una conversación impresa; el grito del vendedor en letras de molde; el estólido sermón que antes se llevaba el viento, escrito ahora sobre un papel que apenas durará veinte y cuatro horas. Ni podía ser de otra manera. Redactado a media noche, sobre la esquina de una caja, de vuelta del teatro o de la reunión política, inspirado por efímeros acontecimientos, no aspirando sino a la vida del día siguiente, ganoso de ser comprendido por el niño, por la mujer, por el artesano, por el labrador; a vueltas siempre con números y fechas, con prosaicas personas, con sucesos vulgares, con humildísimos objetos, ¿cómo el periódico ha de resultar castizo, bien entonado, terso, gramatical, poético, literario, para decirlo de una vez? ¡Gracias que se entienda! Y si de la parte crítica, amena, recreativa de los periódicos tratamos, ¿a qué se queja el señor Segovia de lo que sucede, si él, como todos, ha tenido en poco esta profesión, ha preferido los empleos a las musas y ha dejado el folletín en manos de esos mismos aspirantes a gobernadores de provincia, de esos mismos abogados sin pleitos y médicos sin enfermos, que sin ambición ninguna literaria, ganan el pan nuestro de cada día contando a sus suscritores, como Dios les da a entender, lo que se dice de público acerca del talento de fulano, del mérito de tal obra, del éxito que obtuvo y de la ganancia que dejará a su autor? Por ninguna parte que se mire, por ninguna, estarán las letras representadas en los periódicos. Busque en otra parte el Sr. Segovia la literatura contemporánea y la encontrará, mucho más floreciente de lo que se imagina; penetre en las oficinas del estado, en el congreso, en nuestras legaciones cerca de las naciones extranjeras, y hallará una juventud llena de instrucción y genio, entregada a la política o a los negocios, vendida al diablo, como decíamos hace pocos días, la cual, si nuestro país fuera menos desgraciado, llevaría el nombre de la actual literatura castellana a los últimos ámbitos de Europa. ¿Tiene una idea exacta el Sr. Segovia de lo que significan los nombres de Trueba, Selgas, Sanz, Ayala, Pedroso, Eguílaz, Valera, Castelar, Dacarrete, Rubio, Villanueva, Catalina, Hurtado, Palacio, Jiménez Serrano, Murguía, Serra, Arce, Barrantes y tantos y tantos otros que pudiéramos nombrar?

Pero dejemos este enojoso asunto. Y pues nos hemos extendido más de lo que creíamos, y aun nos queda mucho que decir, hagamos punto por hoy. En el número próximo publicaremos nuestro tercero y último artículo, que, como

éste y como todo lo que tiene relación con la prensa periódica, será una mera improvisación, acreedora, por consiguiente, a la tolerancia de los hablistas escrupulosos.

III

Terminado ya el incidente—que dirían los padres de la patria—habido entre el Sr. Segovia y los periodistas de oposición (a sus zarzuelas), entramos en el fondo de la cuestión, o sea en la respuesta dada por el autor de...(no recordamos ninguna grande obra del *Estudiante*), en la respuesta dada por *El Estudiante* al discurso del Sr. Cañete.

Pasaremos por alto los elogios de cajón que todo padrino cortés debe tributar a su ahijado en casos como el que nos ocupa, punto en que el Sr. Segovia no se ha quedado corto que digamos, ni ha sido tan rigoroso y difícil de contentar como al definir a los publicistas; vayan en gracia *las diversas obras del Sr. Cañete que el público ha laureado en el teatro*, aunque sea ésta la primera noticia que tengamos de tales laureles y de semejantes obras; demos de barato cuanto se nos dice de la sana crítica y del buen gusto del director del *Parlamento*, por más que la pública voz y fama no reconozca en él por este lado sino a un apasionadísimo amigo de sus amigos. Nuestra misión sobre la tierra no es enderezar entuertos; con que allá se entiendan estos señores, que tan grandes se creen los unos a los otros, y volvamos ya a Garcilaso, a Fray Luis de León y a Rioja, que van a oír de boca del Sr. Segovia una nueva retahila de calumnias, en el sentido de la crítica apreciación, se entiende, pero verdaderas calumnias, que aquellos ilustres vates rechazarían si vivieran.

Empieza el respetable académico por consignar que "es imposible ser buen poeta sin ser buen hablista. Y si no," añade, "¿dónde están, cuáles son los poetas cuyas obras hayan llegado a la posteridad sin el adorno, digo mal, sin el requisito indispensable del buen lenguaje? No cree que pueda citársenos ninguno; y al contrario, puede afirmarse que sin gran dificultad se encontrarían en la literatura de todos los pueblos numerosísimos ejemplos de composiciones poéticas que han alcanzado eterna duración, no por la bondad intrínseca, por la verdad, por el valor, ni aun por la poesía de los pensamientos, sino por la sonoridad y gracia del lenguaje poético, por la artificiosa contextura del metro, por la expresión feliz, circunstancias todas que pueden embellecer una idea tal vez falsa o absurda, a la manera que, dorándola, se hace agradable a los ojos una repugnante píldora."

Ante todo diremos al Sr. Segovia que le regalamos estas *píldoras doradas*, que rechazamos de nuestro joyero literario esas alhajas poéticas que no se distinguen por la *poesía de los pensamientos*, y que proscribimos las ideas *falsas y absurdas*, aunque vengan vestidas de brocado, como arrojaríamos de nuestra casa a un loco, a un criminal o a una mujer de mala vida sin reparar en la elegancia de su traje.

Por lo demás, el señor académico, queriendo decir una sola cosa en el párrafo anterior, ha dicho muchas y muy heterogéneas por cierto. ¿De qué se trata? ¿Qué quería probar el Sr. Segovia? Su proposición había sido terminante: *que es imposible ser buen poeta sin ser buen hablista*. Pues entonces, ¿a qué se ocupa de *sonoridad y gracia del lenguaje poético, de artificiosa contextura del metro* y de *expresión feliz*? Seamos lógicos. Una cosa es ser hablista y otra poseer el lenguaje poético; tampoco el metro tiene nada que ver con la felicidad de las expresiones.

Ahora bien; nosotros concebimos, es más, los conocemos, así en nuestros días como en la antigüedad, poetas que hablaban pésimamente su idioma, y que, sin embargo, poseían como nadie la expresión feliz, la dicción lírica, el lenguaje poético. De todos ellos, citaremos un ejemplo solo. Shakspeare, a quien los críticos unánimes han calificado de poeta bárbaro, apenas sabía hablar el inglés, y tan apenas, que sus obras están plagadas de barbarismos, frases sin sentido gramatical, etc., etc. Más competente que nosotros es el señor Segovia (profundo conocedor de la lengua inglesa) para juzgar hasta qué punto es esto cierto. Y bien, ¿era o no poeta el bárbaro Shakspeare? ¿Lo cambiaría nadie por Moratín, su traductor infortunado? ¡Pues cuenta que Moratín era limpio y atildado en la forma! ¡Oh! La frase es vulgar, pero ciertísima: *El poeta nace y el sabio se hace*. De nada sirve a un estudiante laborioso estudiar y conocer todas las literaturas habidas y por haber, y ser más gramático que Calixto Homero, y más retórico que Horacio o que Capmany;[4] la *expresión feliz* no brotará por esto de sus labios; que la inspiración, como la gracia y como la hermosura, la da Dios a quien se le antoja, no a quien la solicita.

¡Tiene en más el respetable conservador de las letras la *artifiosa contextura del metro*, que la *verdad*, que la *poesía* de las ideas! Nada le importa que sean *absurdas* o *repugnantes*, como estén dichas con primorosa coquetería. ¡Dios clemente! ¡Por este despeñadero iríamos a parar a Rengifo![5] ¡De forma en forma llegaríamos a hacer laberintos, cruces y pirámides de versos!

Pero, ¿qué mucho si el Sr. Segovia, cuando lee la primera égloga de Garcilaso, panal de exquisitas miles que aún conserva el perfume silvestre del romero, con cuyes flores fue elaborado, no tiene lágrimas para compadecer a Nemoroso, ni imaginación para admirar aquellos vivos y brillantes cuadros de la naturaleza, ni aplausos para la *verdad* y la *poesía* de aquellos afectos tan hondamente sentidos, sino que dice con inocente *bonhomie*, con infantil entusiasmo:

---

[4] P. Calixto Hornero, autor de un texto escolar, *Elementos de retórica con exemplos latinos de Cicerón y castellanos de Fray Luis de Granada* (1777). Antonio de Capmany (1742–1813), estético catalán, autor del *Teatro histórico-crítico de la elocuencia española* y *Filosofía de la elocuencia*.

[5] Diego Garcia Rengifo, jesuita, autor de *Arte poética española* (1592).

"No hay alma *sensible* que no se *sienta* arrobada por el artificio melódico de esta bellísima composición."

¡Ah, callad, Sr. Segovia, que nos arrancáis *lágrimas de misantropía*! ¿Qué tienen que ver las *almas sensibles* con el *artificio melódico*? ¿Qué entendéis vos por sensibilidad?

> Una parte guardé de tus cabellos,
> Elisa, envueltos en un blanco paño,
> que nunca de mi seno se me apartan...

Estos versos, este llanto de un sentimiento verdadero, ¡porque (vos lo sabéis), Garcilaso amaba, había perdido a sus *dulces prendas*, y no pensaba en Rengifo ni en vos ni en el Sr. Cañete cuando se lamentaba así de sus desventuras! estos versos, repito, ¿no despiertan nada en vuestro corazón, no os recuerdan o avisan nada, no os hacen olvidar por un momento la prosodia, digo mal, la anatomía?

¡Ah! no, ¡vos sois implacable y proseguís vuestra autopsia sin reparar en la hermosura de la mujer que disecáis!

"De los *cuatrocientos versos* (continuáis), de que consta, son muchos los que tienen las cinco *vocales*, y muy pocos en donde no se encuentren lo menos cuatro. Las letras *consonantes* se ven empleadas con no menor acierto y conocimiento de la armonía."

¡No más! ¡No más! ¡Garcilaso se estremece en su sepulcro al verse juzgado de esta manera! ¡*Vocales, consonantes*! ¡Las musas, a quien así levantáis el púdico velo, huyen llorosas y avergonzadas a esconderse en la sombra de los bosques! ¡Ah! ¡naced, poeta, tened corazón, amad a una mujer, vedla morir, llorad vuestra viudez y vuestro duelo; pero no cantéis, no pulséis el arpa, no deis a la brisa los gemidos de vuestra pena, si no queréis que un académico responda sarcásticamente a vuestros gritos, contándolos con los dedos, extrayéndoles las vocales y las consonantes, con tanto primor como si sacara muelas, y atribuyéndoos la crueldad de haber pensado en el alfabeto aun sobre la tumba de vuestra querida! ¡He aquí las calumnias de que hablamos antes; he aquí la causa de la santa indignación que nos mueve, en medio de nuestra insuficiencia, a rechazar, a condenar, a anatematizar el desapiadado discurso del Sr. Segovia!

¡Dios de Dios! Pero dejemos esto. ¡Todo es natural en quien ha pasado largas vigilias acomodando sílabas y letras a una música escrita de antemano! ¡Todo es lógico en el traductor de *La embajadora*!

De su afán de confundir lo castizo con lo lírico, lo gramatical con lo poético, de su noticia fresca acerca del verdadero autor de la canción *A las ruinas de Itálica*, noticia dada al público tan enfáticamente como si ya no estuviese consignada en los libros de texto de las universidades, de las risas que arrancó al auditorio a costa de su ahijado el Sr. Cañete, cuando probó que Fray

Luis abusaba de la mitología tanto como el que más (risas que nos parecieron muy oportunas, pero que dieron al traste con el discurso del neófito académico y con la unidad de apreciaciones que en materia tan importante debiera ostentar la Academia Española); de sus chistes sobre si los zapateros eran o no artistas, sobre las veces que su señoría ha dicho *yo te amo* y sobre los *sapos* y *culebras* que hay en tal o cual paraje; de su famosa frase: *la dote principal de nuestros poetas es manejar bien la lengua*, y de otras muchas por el estilo que no tenemos tiempo de registrar, nada pudiéramos decir que no haya saltado ya a la vista de cuantos han leído esta última obra-modelo del Sr. Segovia.

Hemos concluido, por consiguiente, lo cual no quiere decir que, si mañana y el otro fuese necesario, dejaríamos de empezar otra vez con mucho gusto.

21
CID RODRIGO DE VIVAR

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO POR DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ[1]

Fuera tarea muy larga, y por lo tanto ajena de este lugar, inquirir las razones por qué en España, tierra clásica de los poetas de imaginación, carecemos de un poema épico digno de figurar al lado, no ya de los grandes modelos griego y latino, no ya del índico *Mahabarata* o de los *Eddas* escandinavos, no tampoco del *Antara* de los musulmanes o de los libros de otras religiones, más de la *Jerusalén* de Tasso, de las *Lusiadas* de Camoens, de la *Comedia* de Dante, del *Orlando* de Ariosto, de la *Religión* de Racine, del *Paraíso* de Milton, o por último, de los románticos poemas de Goethe y de Lord Byron. Como quiera, el hecho quedaría el mismo; pues todos, aun los más apasionados defensores de nuestra literatura, convienen en que no poseemos ese gran poema, a pesar de los notabilísimos ensayos hechos por Ercilla, Balbuena y Ojeda, y sobre todo por el inspirado padre Valdivielso.

Sin embargo, España no podía menos de tener su epopeya, siendo como es la patria de los héroes y de los trovadores. Tiénela, pues, a su modo,

[1] Esta reseña del drama más célebre de su buen amigo Manuel Fernández y González salió por primera vez en *La Epoca*, el 12 de enero de 1859. Alarcón la insertó en la primera edición de *Cosas que fueron* (1871). Es la versión que reproducimos aquí. El artículo no se incluyó en las *Obras completas*. Es curioso que Alarcón no mencionara ni el *Poema del Cid* ni *La Chanson de Roland* en este artículo.

desparramada por los tiempos y flotante en el espacio, indeterminada y anónima, redundante y descosida, pero muy más preciosa y envidiable que las de todos los pueblos modernos que acabamos de citar, muy más rica y maravillosa que ciertas atildadas obras del arte o del estudio, muy más elevada y más noble que las frías reproducciones de la forma pagana. ¡Y es que nuestra epopeya es el fruto espontáneo y vivo del entusiasmo de todo un pueblo, la tradicional poesía de sus placeres y de sus grandezas, el canto no interrumpido de cuarenta generaciones gloriosas! Fácilmente se comprenderá que hablamos del *Romancero*, de ese tesoro nacional que, en la historia literaria de los pueblos, sólo pudiera ser comparado, por su sencillez y sublimidad anuadas, por la franqueza y brío de su expresión, por lo que a un tiempo tiene de popular y de augusto, a algunos cantos de la *Odisea* de Homero y a ciertos libros hebreos declarados apócrifos por la Iglesia.

Nada más acerca del *Romancero*. A dejarnos llevar de nuestro amor a ese monumento de las letras y las armas españolas, todo este artículo no bastaría a encerrar nuestras consideraciones; y este artículo—ya lo hemos anunciado—ha de tratar del drama nuevo del señor don Manuel Fernández y González, que se representa hace treinta días en el teatro de Novedades bajo el título de *Cid Rodrigo de Vivar*.

¡El Cid! He aquí la primera figura del *Romancero*; he aquí el más popular de los héroes de la patria que nos vio nacer; he aquí el indomable Aquiles de la epopeya castellana. Con reconocer esto, y no perder de vista las precedentes observaciones, quedará dicho y probado que el Cid vive y palpita en la memoria, en el corazón y en la imaginación de nuestro pueblo; que le es, no sólo conocido, sino familiar y hasta inherente, si así podemos explicarnos; que una misma alma los anima, como si el pueblo hubiera creado al héroe, o como si el héroe hubiera simbolizado al pueblo, y que no era posible, consiguientemente, presentarle por el Cid el que no lo fuera, sopena de oír en los cuatro ángulos del teatro un grito o una carcajada que dijese al personaje inventado por el poeta: "¡Yo no te he visto nunca! Tú no eres Rodrigo de Vivar. ¡Tú eres un impostor!"

El continuado y caloroso aplauso entre que fue oído el drama del señor Fernández y González prueba, pues, de una manera incontrovertible que su Cid es el verdadero Cid, el tradicional, el histórico, el genuino, el inmortal, el que aún después de muerto existe, domina y triunfa en la mente de nuestro público, como triunfó cadáver en los campos de batalla.

Ni podía ser de otro modo. Mucho tiempo hace que lo dijimos y lo repetimos hoy; Fernández y González es un genio poderoso, revelador, dotado de segunda vista. Su imaginación ilumina todo aquello que desconoce. A su evocación despiertan los tiempos pasados o se le acercan los más remotos países. El es el poeta oriental de *Las siete noches de la Alhambra* y de *Allah-Akbar*, de esos dos preciosos libros que parecen escritos por el autor de

las *Mil y una noches*; él es el cantor épico de *La batalla de Lepanto*, y el que dibuja a Nerón con mano maestra; él, en fin, ha alumbrado con su fantasía los misterios de nuestra historia y dado vida en más de cien novelas que, a falta de otro mérito, tendrían el de su sabor histórico a lo Walter Scott, a mil personajes que han existido o debido existir, a pueblos y ejércitos que barrió la muerte, a siglos enteros, de que no queda otro vestigio que un yerto cronicón o una iglesia derruida. ¿Quién más a propósito para comprender al Cid, para presentarlo en escena, para hacerle proceder en consonancia con el ideal que guardaba en su mente todo el público?

Por lo demás, y juzgando ya este poema como obra dramática, elogiaremos ante todo la felicísima idea de presentarnos al Cid antes de aparecer en la historia, cuando, mozo impaciente y aburrido, clama por los peligros de la guerra, sin que basten a llenar su pecho todas las dichas del amor correspondido. ¡Qué bien se le concibe y adivina! ¡Cómo se comprende lo que será después! ¡Qué verdad, qué sencillez y qué grandeza hay en aquel adolescente! ¡Con cuánto vigor queda delineado todo su carácter desde la primera escena! La acción del drama, en los actos primero y segundo, es notabilísima por su fluidez, por su naturalidad, por su desembarazo, cualidades todas que la acercan al romance y a la epopeya, que acaso son una misma cosa.

El amor de Jimena y la venganza del agravio inferido al viejo Diego Lainez, es decir, la vida privada del infanzón constituye toda la primera parte de la obra. Desenlazada ésta trágicamente al final del segundo acto, érale necesario al poeta dibujar la figura política, la figura histórica de su héroe, a fin de explicar cómo pudo ser esposo de la hija del mismo a quien matara.

Este casamiento era un hecho; el autor debía explicarlo; su explicación estaba en la vida pública del Cid; a este vastísimo escenario había, pues, que encaminar la acción. Así lo hizo. ¿Queda justificado el casamiento de Rodrigo con Jimena? Esto nadie puede negarlo.

Pues téngase en cuenta la rigidez y severidad de aquellos caracteres; no se olvide que entre ellos había un lago de sangre, y se comprenderá que en el tercer acto de este drama, con sólo hacer verosímil dicho casamiento, se dan grandes pruebas de ingenio y de arte; se cumple un verdadero prodigio literario. Después del cuadro del duelo y de la catástrofe que lo termina, parecía imposible que aquella obra terminase con una boda, ni más ni menos que una comedia de Bretón. ¿Quién lo hubiera intentado sin naufragar cien veces? ¿Quién, no dotado de verdadero genio?

—"¡Que me permitan matar a Jimena, y el tercer acto será superior a los dos primeros!" nos decía Fernández y González al día siguiente del estreno de su obra.

¡Qué conciencia de lo que había hecho y de lo que podía hacer revelan estas palabras! Muerta Jimena en el tercer acto, el romance hubiera rayado en tragedia. ¡No hubieran faltado bríos para tanto al autor de *Nerón*! Casada con el

Cid, el desenlace de la obra es un alarde extraordinario de habilidad y genio reunidos.

Solamente con tolerar este desenlace, el público hubiera otorgado al poeta todo lo que le exigía; habiendo aplaudido, lo ha colmado de laureles.

Del tono de la obra, de la versificación, de la frase dramática, de los felicísimos pensamientos en que abunda, cuanto pudiéramos decir sería poco. Luego carecemos de espacio para ello. Nos contentaremos, pues, con trascribir una sola escena, el desafío de Rodrigo y el conde Lozano, donde está glosado el *Romancero* tan admirablemente que sus versos se confunden con los del autor.[2]

. . . . . .

22

REVISTA DE TEATROS

DE COMO EL FRIO VA A HACER DE LAS SUYAS. NARCISO SERRA. LA GACETILLA[1]

I

Nada nuevo ocurre en el Madrid de las cosas y de las personas.

Por eso no escribimos una *Revista de Madrid*.

Todo esto se explica perfectamente.

El termómetro sigue bajo cero a todas las horas del día y de la noche.

Hay más. Dícese que el 25 del presente mes hará en toda Europa un frío tan horroroso como no se ha sentido nunca en nuestras latitudes, cuya especie, debida según creemos a un astrónomo alemán, ha infundido tal miedo a más de cuatro personas y hasta a familias enteras, que ya toman sus disposiciones para ese tremendo día.

La precaución más natural y la que según parece adoptará la mayoría de los medrosos, es quedarse en la cama hasta el 26.

Algunos piensan en improvisar un *falansterio* donde pasar las veinte y cuatro horas entre chimeneas y estufas, tabaco, perfumes, aguardiente tártaro, pimienta inglesa, mujeres españolas y naipes de la tierra de los dátiles.

---

[2] Alarcón termina su reseña citando las escenas 8 y 9 del segundo acto.

[1] Esta revista salió en *La Epoca* el 14 de enero de 1859.

En cuanto a nosotros, proponemos para ese día una partida-monstruo de patinación en el estanque del Retiro, previo el permiso de quien corresponda.

Dicho se está que aquella noche no habrá teatros.

Pues bien; aconsejamos a todos los que acostumbran a asistir a ellos, que consignen en un punto dado el dinero que dejarán de gastar ese día, a fin de repartir a los pobres algunos carros de cisco y leña.

También aconsejamos al ayuntamiento que aproveche esta ocasión, en que andará poca gente por las calles, para hacerlas limpiar un poco, que bien lo necesitan.

Con que dejando ya esto, y no ocurriendo otra cosa en toda la villa y corte, hablemos un poco de literatura, que es como quien dice, *hablemos de la mar*.

II

Suponemos enterados a nuestros suscritores de que en el teatro del Circo de esta corte se ha representado muchas noches una comedia nueva del Sr. D. Narciso Serra, titulada *La calle de la Montera*.

Deber nuestro es hacer un juicio crítico de esta obra, y lo haremos con tanto más gusto, cuanto que no nos costará ningún trabajo. Nosotros hemos juzgado hace tiempo *en especie* (permítasenos la frase) todas las obras de Serra escritas y por escribir. Ahora bien; *La calle de la Montera* es una *obra más de su autor*; y como esta frase no sea nueva en nuestros labios, vamos a explicarla de la misma manera que la explicamos hace dos años, cuando aquel querido amigo nuestro recogía laureles en *Sin prueba plena*.

Una obra más de su autor quiere decir mucho bueno y mucho malo; juzguemos al autor y quedará juzgada la obra.

"Serra no es autor dramático; es un gran poeta; es el primer improvisador, el mejor repentista, el más galano versificador de nuestra joven literatura. Su arpa está siempre templada en todos los tonos. Tiene el don de la poesía, el estro, la inspiración a raudales; habla y canta; ríe y canta; llora y canta también. Niño todavía, tierno infante que apenas sabía el nombre de las cosas, era ya el asombro de Espronceda, Gil, Villalta, Ros de Olano y toda aquella brillante pleyada de meteoros que se desvaneció en el aire. Serra canta el poema, la oda, la elegía, la égloga, el idilio, la anacreóntica, como fluye el agua, como huelen las flores, como alumbran los astros.

"Y aparte de esta intrínseca inspiración, tiene otra que llamaremos asimilación. Serra lo imita todo; hace hablar a los caballeros y a las dueñas, a las niñas y a los escuderos en redondillas o en romances que parecen de Calderón y de Lope; imita a Byron y Lamartine; dialoga como Bretón; hace reír como D. Ramón de la Cruz; filosofa a veces como Voltaire; y ni es un Calderón, ni un Byron, ni un Lamartine, ni un Bretón, ni un D. Ramón de la Cruz, ni un

Voltaire, ni tan siquiera—como ya hemos dicho—un autor dramático. A la manera de algunos que son poetas de profesión sin tener ni un destello de genio, Serra es genio por oficio. Pero no es literato en la precisa acepción de esta palabra; no tiene asidero, no tiene fondo, no tiene género, no tiene límites, no pueden demarcarse sus heredades literarias, ni es por esto el coloso literario que lo invade y domina todo como Byron, Voltaire, Victor Hugo y el pseudo Alejandro Dumas.

"*Sin prueba plena*, o *La calle de la Montera*, o *D. Tomás*, cualquiera de sus obras, en fin, abunda en toda clase de bellezas; bellezas de dicción, de pensamiento, de versificacion, de acción, de inventiva, y sin embargo, es defectuosa en todo esto. Tiene diálogos envidiables y otros de pésimo gusto. Está salpicada de chistes, de galas poéticas; pero carece de intención esencial. Tiene tipos que no lo son, pero que recrean; imitaciones llenas de originalidad por la manera de disfrazarlas; una filosofía particular sin trascendencia, en fin, un no sé que, que llamamos sus amigos: ¡*Cosas de Serra*! Carece de interés, y recrea; languidece, y no se hace languidecer al público; se acaba, y no ha fatigado, sino que se dice uno a si mismo: Pues señor, he pasado una buena noche.

"Escribe, pues, para el teatro nuestro amigo Serra; que si sus obras no crean escuela, ni pueden servir de modelos, ni entran en las condiciones del arte, ni son un progreso en la literatura, en cambio no sientan ningún mal precedente, ni introducen corruptela, ni armarán cisma en el Parnaso; puesto que no pueden ser limitadas por la vulgaridad, producto como son de un genio especialísimo. Quiere decir, que si no se llaman comedias o dramas, se llamarán novelas, leyendas o literatura a secas. Entre una sesión de versos de Narciso y una obra hueca, pretenciosa, dogmática, de ésas que están reventando a nuestras musas, a nuestros actores y a nuestro público, preferimos lo primero. ¡Siquiera eso es legítimamente agradable!"[2]

III

Otro día hablaremos de *Quemar las naves*, representada últimamente en el teatro de la plazuela de la Cebada.[3] Las noticias que han llegado a nuestras orejas no son muy buenas que digamos; pero en Madrid no hay que tomar por lo serio las noticias, pues casi todas ellas no tienen otro objeto que hacer subir y bajar la bolsa.

Si algo odioso conocemos en achaques de periodismo, es esa gacetilla escrita a media noche, después del estreno de una obra, diciéndole al público:

---

[2] No he podido averiguar donde publicó Alarcón este juicio por primera vez.

[3] *Quemar las naves*, comedia en tres actos, original y en verso, de Antonio Berzosa.

"No vayas a ver tal comedia, que es detestable y ha tenido mal éxito," o "no hagas caso de tal aplauso, que salió de las galerías, donde el autor había colocado sus alabarderos."

En estas gacetillas alevosas, la mala pasión suele inspirar la mentira, y la mentira convertirse en robo. El pobre público cree a puño cerrado en la buena fe de los *diaristas*, y toma al pie de la letra sus consejos. ¡El bolsillo del autor padece entonces tal o cual desfalco, y la crítica ha cumplido su noble misión! ¡Qué pequeñez!

Cuando *Quemar las naves* (que bien puede ser peor de lo que dicen las mencionadas noticias) haya vivido todo lo que sea la soberana voluntad de los espectadores, nosotros la juzgaremos imparcialmente. Entretanto, nos parecería un abuso de confianza alargar o acortar su vida con nuestros elogios o censura.

IV

Anoche tuvimos al fin el gusto de oír la segunda representación de *I Puritani*, retardada tanto tiempo por la tenaz indisposición de la Kenneth.

Como habíamos adivinado (pues en la primera representación se suprimió casi toda la parte de la tiple), la simpática Mistress Elena cantó admirablemente el papel de Elvira, a pesar de hallarse todavía un poco ronca. Giuglini y Bartolini estuvieron más felices la primera noche, y creemos que lo estarán también en lo sucesivo. Esta ópera resulta divinamente cantada. ¡Hasta Llorens logra lucirse algunos ratos! ¡Ciertamente que el Sr. Urríes no puede hacernos obsequio mayor que darnos música de Bellini!

No se crea por esto que hayamos dejado de saber con gusto que se ensaya *María di Rohan*. Donizetti es también amigo nuestro. En cuanto a la ejecución, creemos que Bartolini hará un admirable duque de Chevreuse; pero ¡ay! ¿cómo olvidar a Ronconi?

Aguardamos con impaciencia la *Norma*, y no con tanta el *Saltimbanco*, que sólo nos inspira curiosidad. Quisiéramos conocer el *Simón Bocanegra* de Verdi, recientemente estrenado y aplaudido en Italia, aunque sólo fuera porque el asunto es debido a un compatriota y amigo nuestro; tenemos muy presente que se nos prometió el *Guillermo Tell* al principio de la temporada, y en fin, nos atrevemos a preguntar, ¿cómo estamos de *Beatriz*?

Tendréis entendido todo esto, amigo empresario. Disponed que cosan las alfombras, pues la otra noche estuvo un inglés a punto de romperse la crisma (no era protestante) a causa de haber metido el pie en una verdadera trampa.

Haced también que no se apague el gas de las escaleras en seguida que cae el telón, pues entonces es cuando hace más falta la luz, por ser la hora en que baja la gente. Recibid un voto de gracias por lo confortable que está ahora el coliseo y por lo muy bonitas que son casi todas vuestras parroquianas, sobre

todo...Diana, Francisca, Luisa, Carmen, María, Concha, Elena, Dudu, E... A...J...P...A...S...X...(esta equis es una incógnita)...K...M...y las demás que almuerzan con mis queridos amigos *Pedro Fernández* y Gonzalo Morón, que entre paréntesis, no sé dónde diablos se han metido.[4]

23
NECROLOGIA
D. JOSE JIMENEZ SERRANO[1]

I

¡El periodista ha muerto! ¡Viva el periodista!

Jiménez Serrano ha bajado a la tumba. Los mismos periódicos en que él escribiera noticias semejantes participan hoy su muerte a los señores suscritores. Mañana moriremos nosotros, y otros escritores se encargarán de nuestra necrología. ¡Tal es la ley del mundo! Después de cinco meses de silencio, no de olvido, que nosotros pensábamos en él todos los días, el nombre de Jiménez Serrano vuelve a resonar en la prensa, en los círculos científicos y literarios, en el café de donde había desaparecido, en las tertulias que frecuentaba. ¿Al frente de qué discurso, bajo qué artículo económico o de crítica, al lado de qué chistosa o profunda máxima reaparece ese nombre? ¡Oh! no; ya no piensa; ya no habla; ya no escribe. Lo que ahora se dice de él es que ha estado agonizando cinco meses y que ya descansa en el sepulcro. ¡Una hora más de vida pública, y luego el olvido eterno! La sociedad oculta el cadáver y sigue representando su comedia.

El folletinista deja a un lado la revista de modas, de teatros o de salones, y escribe en su lugar la biografía del compañero, del amigo o del hermano. El director del periódico paga el artículo con mucho gusto, pues lo encuentra oportuno o de actualidad, que suele decirse, y el desgraciado revistero vuelve a la calle en busca de novedades para el folletín inmediato. ¡Melancólico destino el nuestro! ¡Damos al público nuestro día, nuestro sueño, nuestra inteligencia, nuestras sensaciones, nuestras penas, nuestros viajes, nuestros afectos, nuestros errores, nuestras glorias, y por último, nuestro cadáver! Cebaos hoy en el de nuestro amigo del alma, como ayer en el de nuestro hermano Agustín

---

[4] *Pedro Fernández*, pseudónimo de Ramón Navarrete y Landa, y Fermín Gonzalo Morón eran ambos periodistas.

[1] Publicado en *La Epoca* el 22 de enero de 1859.

Bonnat. Cuidado nuestro es haceros interesante estos artículos, a fin de que los leáis. ¡Y si nos vale una enhorabuena (además de algunas monedas de plata) la muerte del que fue nuestro compañero, ya no lo habremos perdido todo! ¿Qué importa que nuestra fortuna haga más desgarrador nuestro sentimiento? ¡Ya nos vengarán nuestros sucesores!

II

D. José Jiménez Serrano ha fallecido a los treinta y seis años de edad, en el apogeo de su vida y de su inteligencia, cuando tocaba al logro de todos sus deseos, después de largos afanes y continuados estudios.

Deja vacante el distrito de Alcalá la Real, por donde había sido elegido diputado. Era la primera vez que alcanzaba esta suspirada honra, y ha muerto sin sentarse en la cámara, donde su palabra viva y fácil como la de Thiers y sus profundos conocimientos en economía y administración le hubieran proporcionado envidiables triunfos. También queda huérfana en la Universidad Central la cátedra de administración que desempeñaba tan ventajosamente desde el año de 1853 en que le llamó a ella el señor marqués de Gerona. La Sociedad Libre de Economía Política lamentará mucho tiempo la pérdida de uno de sus más elocuentes y entendidos individuos. No es menor el hueco que deja en el *Diario de Barcelona*, del cual sus correspondencias políticas eran el mejor adorno. La situación actual pierde también un firmísimo adalid, que desde hace muchos años combatía por las ideas que hoy predominan en el gobierno. Jiménez Serrano fue quien durante el último bienio escribió en *El Diario Español* aquellas brillantes crónicas del congreso, exuberantes de atinada crítica y doctrina parlamentaria, que no reconocen rival en su género.

También echará de menos *La América* a este galano cuanto discreto publicista, que tantas y tan brillantes páginas ha escrito en ella, ya sobre comercio, ya sobre agricultura, unas veces de política internacional y otras de matemáticas. En esta última ciencia era una verdadera notabilidad. A los veinte y cinco años la explicaba ya en el Instituto de Jaén con tal aprovechamiento de sus discípulos que le dieron fama y renombre en todo el reino de Granada.

El Criterio, de que fue algún tiempo redactor principal, *El Siglo XIX* y otros periódicos que no recordamos, guardan también en sus columnas preciosos trabajos de este malogrado escritor, y quizás más que ninguna otra cosa es de lamentar la pérdida de las grandes y profundas observaciones que acababa de hacer sobre la industria y comercio extranjeros en el viaje a Francia e Inglaterra de que regresara pocos días antes de caer en el lecho de dolor, que sólo ha abandonado para ser conducido a la sepultura.

Hasta aquí el hombre político y de ciencia. De sus timbres literarios casi pudiéramos decir que eran mayores.

Educado por un sabio canónigo, tío suyo, desde su niñez se aficionó a los

estudios clásicos, cuyo exquisito gusto resaltaba en todos sus escritos. La gracia, la pureza y la originalidad con que escribía Jiménez Serrano hacen de sus artículos críticos y de costumbres, así como de sus cuentos y novelas unos modelos sumamente apreciables. Era humorista, no al modo de los modernos escritores franceses, sino en la forma de Cervantes y Quevedo. Aventajado poeta, queda de él un tomo de *Poesías* de indisputable mérito, donde los amantes de la forma clásica encontrarán solaz y contentamiento. Su novela, *El retrato*, es un ensayo felicísimo que anunciaba un narrador de primer orden. Pero, ¡ay! que la más relevante dote de nuestro amigo sólo queda consignada en la memoria de los que tuvimos la fortuna de tratarle. Jiménez Serrano era un maravilloso *causeur*, un inimitable contador de anécdotas, un contertulio que hacía de la horas instantes fugitivos.

Apenas se concebían en una sola persona tanto chiste, tanto talento, tanta elocuencia, tanta erudición.

Bien, que en este último punto, su mérito ha sido reconocido y está acreditado en algunas obras. Su libro *Manual del viajero en Granada* es acaso el mejor de su clase que existe en nuestro país, por la copia de noticias que encierra, por la claridad del método, por la viveza de las descripciones y por la manera de narrar. Zorrilla, en su introducción al poema de *Granada* tributa los mayores elogios al malogrado escritor, de quien dice que recibió muchos y muy preciosos datos. Jiménez Serreno poseía el francés, el inglés, el italiano y el árabe. Era profundo latino. Como bibliófilo, corría parejas con los principales que conoce el público, distinguiéndose sobre manera como arqueólogo y numismático.

III

Poco tenemos que añadir para terminar estos ligeros apuntes.

Jiménez Serrano nació en la villa de Martos, provincia de Jaén; cursó la jurisprudencia en la universidad de Granada, y falleció en esta villa y corte ayer 21 de enero, a las seis de la mañana, después de horrorosos padecimientos, dejando sumidas en el mayor dolor una viuda y una huérfana.

Esta tarde le han acompañado a la sacramental de San Luis sus muchos amigos e innumerables admiradores, pertenecientes a todas las clases de la sociedad y a todas las opiniones políticas.

Allí reposa su cuerpo en el seno de la madre tierra. ¡Repose así su alma en el seno del Creador!

24
LA CENSURA DE TEATROS[1]

Vds. comprenderán que no voy a hacer un discurso político.

Tampoco voy a redactar un artículo de jurisprudencia.

Menos aun voy a escribir un artículo.

—Pues, ¿qué va V. a hacer? me preguntaréis asombrosos.

Voy pura y simplemente a horrar del margen de un artículo que escribí en 1857 para el folletín del *Criterio* las rayas encarnadas con que el lapiz del señor Prida, entonces fiscal de imprenta, pretendió quitar de la circulación para *in eternum* mis pobres observaciones acerca de la censura de teatros. He aquí lo único que propongo hacer:

¡Ah! Bien decía hace pocas mañanas *El Diario Español* en un magnífico artículo que, según tengo entendido, copió *La Epoca*:

"¡Cuando se quema un libro prohibido, el genio de la humanidad lanza una de esas carcajadas de ironía indefinible que hacen estremecer la tierra, sobre el que, con la fruición del idiota, carboniza un pedazo de papel salpicado de tinta, imaginando que destruye así las creaciones del espíritu!"

Algo semejante decía yo en el artículo que a continuación voy a copiar; oigan Vds. mis palabras, o por mejor decir, mis profecías.

"Mañana, cuando deje de ser obligatorio el *orden varsoviano*[2] que hoy nos abruma, escribiremos, *malgré* el fiscal, todo lo que nos prohiba durante estos días de *pruebas*...que no logran convertirse en folletines."

Esta *mañana* ha llegado; las cortes se ocupan en el examen de una nueva ley de imprenta, y el gobierno medita una nueva ley de teatros. D. Ramón se halla en París y los cafés se cierran a la hora en que sus amos tienen sueño.[3] El Sr. Prida ha dejado de ser tesorero del pensamiento humano, y yo sigo en un regular estado de salud. Creo que podré hablar. Los que tengan sangre en las venas comprenderán la inefable fruición con que doy libertad a mi folletín, aprisionado durante dos años y atado con ligaduras rojas. ¡Mírense en este espejo todos los fiscales de imprenta!

Por lo demás, el artículo no podía ser más racional, más justo ni más inocente. Decía de esta manera (con perdón del Sr. Prida):

---

[1] Artículo salido en *La Epoca* del 19 de febrero de 1859.

[2] Luis José Sartorius, conde de San Luis, llamado *varsoviano* porque su familia era oriunda de Polonia.

[3] Alarcón había atacado duramente a Ramón María Narváez en *El Látigo*.

APRENDED, FLORES DE MI...

o

La Censura de Teatros

Entre los consejos que D. Quijote dio al gobernador de la ínsula Barataria, lo fue uno, que Dios no aparte nunca de mi memoria, y cuyo tenor es el siguiente: "Si alguna mujer hermosa viniere a pedirte justicia, quita los ojos de sus lágrimas y tus oídos de sus gemidos, y considera despacio la sustancia de lo que pide, si no quieres que se anegue su razón en su llanto y tu bondad en sus suspiros." Lo que es decir, que una bella cara inclina la balanza de la justicia del lado de su portadora, por más que su portadora no tenga otra cosa bella ni en el alma ni en el cuerpo, ni mejores razones que emplear en favor de su demanda.

Por semejantes consideraciones quisiéramos nosotros ser hoy mujer, aunque esto nos trajese los inconvenientes de ser poetisa; pensamos pasar un rato entre un fiscal y un censor, o sea entre dos censores, o por mejor decir, entre dos fiscales (el de teatros y el de imprenta), y siendo mujer, aunque no fuéramos hermosa (lo cual se ve todos los días), mediante nuestro coquetismo ingénito, indudablemente conseguiríamos sacar a salvo este folletín, que lleva todas las trazas de desagradar a todos los ministros de la censura, de ese tormento tartáreo digno de la imaginación del Dante.

Mas si por ser hombres a secas, atraemos sobre nosotros las iras del numen, ¡qué diablo!, como dice un amigo nuestro, no hay ópera sin *vendetta*; los cafés están abiertos *hasta la una de la noche*, y en ellos propalaremos nuestra doctrina ante un público tan numeroso como la suscripción del más acreditado diario; y luego, mañana, cuando deje de ser obligatorio el orden varsoviano que hoy nos abruma, escribiremos, *malgré* el fiscal, todo lo que nos prohibe durante estos días de *pruebas*, que no logran convertirse en folletines. Con que así, a la buena de Dios, pegue o no pegue, entremos en materia.

Hace una endécada que el Sr. D. Antonio Ferrer del Río dio a la estampa un notable libro titulado *Galería de la literatura española*.

En este libro, y a la página 111, regístrase la biografía del Sr. D. Antonio Gil y Zárate, de la cual creemos oportuno transcribir a esta revista las siguientes declamaciones:

"Mas, ¿qué significación tenían en España las ciencias y la literatura de 1814 a 1820? Lejos de prestar aquel gobierno franco y liberal patrocinio a la enseñanza, cegaba receloso todo manantial del saber humano; la ofendía la luz y condenaba a la oscuridad a toda España.

"Brindaba, pues, un asilo a su talento (al de Gil y Zárate) la escena española. Mas allí también alcanzaba el deshonroso poderío de un gobierno, cuya bandera sólo cubría con sus negros pliegues al fanatismo y a la ignorancia. Un fraile victorio representaba cerca del teatro a aquellos gobernantes de recordación funesta.

"Así proscribía de su vocabulario las locuciones *ángel mío, yo te adoro*, y otras semejantes; así no admitía la frase de *aborrezco la victoria*, por sospechar si aludiría a su convento; así en una situación desesperada no permitía a un personaje de tragedia decir como le quedaba solo

su espada y el desprecio de la muerte;

y para apartar toda idea de suicidio ponía en su boca:

me voy, me voy, que estar más aquí no puedo

así, en fin, si lograba el Sr. Gil y Zárate, a fuerza de agasajos y recomendaciones, hacer pasar de las garras del censor al teatro su traducción de *D. Pedro de Portugal*, nunca pudo redimir de *cautividad tan afrentosa en el siglo XIX* otras dos traducciones, tituladas *Artajerjes* y *El Czar Demetrio*, ni conseguía ver representadas dos tragedias originales, *Blanca de Borbón* y *D. Rodrigo*."

¿No os parece, mis queridos *criterienses*, al leer estos párrafos, ver que España sale de una pesadilla? ¿No encontráis en ese modo de contar las cosas una expansión, una serenidad melancólica, como la del prisionero que recobra la libertad? ¿No es cierto que el Sr. Ferrer del Río no imaginaba ni por asomos al escribir esas ardientes páginas, que volvieran aquellos tiempos, aquellas costumbres, aquellos gobiernos, aquellas calamidades? ¿No se os hace inconcebible, en una palabra, que el sol de libertad aparecido tras noche tan encapotada y funesta, fuera sólo un fuego fatuo, un aerolito, un farol de gas de ésos que apagan a las dos de la madrugada, cuando el ayuntamiento carece de fondos?

Pues, sin embargo, nada hay más cierto. Han pasado once años. El Sr. D. Antonio Gil y Zárate es hoy subsecretario del ministerio de la gobernación del reino, y de la subsecretaría de la gobernación del reino ha partido hace pocos días una circular en que se restablece la censura de teatros en los mismos términos y bajo iguales condiciones que existió en tiempos de Fernando VII.

Ahora bien—y aquí sube de punto el absurdo anacronismo de semejante medida—como esta censura, nuevamente centralizada en una sola persona, tiene efectos retroactivos, ¡resulta que las mismas obras del Sr. D. Antonio Gil y Zárate, poeta perseguido en 1820—su *Carlos II el hechizado*, por ejemplo—serán prohibidas por el Sr. D. Antonio Gil y Zárate, subsecretario de la gobernación en 1857!

Mucho pudiéramos discurrir acerca de este grotesco contrasentido y de otros que han condenado los redactores políticos de *El Criterio*; pero, bien mirado todo, nosotros no nos proponemos impugnar la nueva disposición acerca de la censura de teatros.

Hemos consignado y acercado hechos por poner de relieve algunas coincidencias extrañas, pero ¿quién sabe si nosotros aplaudimos en el fondo de nuestro corazón el nuevo aprieto en que se ven las musas españolas?

Perdido por mil, perdido por mil y quinientos, dice el adagio; y así, Dios

nos perdone, como la hoz de la censura, por mucho que siegue en el campo de las letras, no privará al mundo de una sola espiga, sino que quitará de en medio mucha avena; que de avena y no trigo ha sido este año la cosecha de obras dramáticas.

Bajo este punto de vista, la censura nos parece una redundancia y nada más. Sin que ella se molestase, el público se encargaría, como se está encargando hace algún tiempo, de dar carpetazo a tanto y tanto exabrupto como hoy se traduce o se inventa.

Y si no, tendamos una mirada sobre la temporada cómica que ya agoniza. Suponiendo que la censura hubiese prohibido todas las obras estrenadas este año en el Príncipe, en el Circo, en Jovellanos, en Variedades, etcétera, ¿qué pérdida tendrían que lamentar los folletinistas, las musas (el borrico por delante), el público y los actores? ¿De qué obra notable nos veríamos privados? ¡Oh! ¡Lejos de esto, la tijera del censor nos hubiera evitado a todos muchos pesares y muchísima ignominia!

¡Bienvenida sea la censura, por consiguiente! ¡Bienvenida sea, pues nos trae un protesto para no morir de vergüenza!

Ya; cuando las sombras de Calderón y de Lope nos echen en cara nuestra esterilidad, podremos responder enfáticamente: "¡El teatro español no grana, porque la censura se come la siembra no bien apunta!"

¡Y este papel de víctimas es sublime!

La historia, por su parte, dirá mañana al ver un arenal allí donde lucieron estos guarismos: 1856 y 1857, lo que decía aquel músico que soplaba en un cañón de órgano: "¡*Si esto sonara*! ¡Si esto hubiera sonado!" Y cada *quisque*, de los que se dan el nombre de literatos por esos mundos de Dios, exclamará a todas horas delante de sus idólatras: "¡Yo tengo mucho talento y soy muy laborioso, pero la censura devora todo lo que escribo!"

¡Oh, la censura es muy económica, muy útil, muy explotable! ¡Cuando menos, presta interés, lirismo, y no sé qué de melodramático a los conflictos de las musas! Ser silbado por el público es ridículo, es cómico, es hasta grotesco. ¡Ser silbado por la censura es épico, es romántico, es altamente sentimental! ¡Votamos por la censura!

* * * * *

Tal era nuestro artículo, que el señor fiscal juzgó incompatible con el admirable orden que entonces imperaba en la nación. Tal era nuestro artículo, muy más templado que el del Sr. Ferrer del Río, a que aludía. Pues bien, hoy, dos años después, tenemos que añadir una nueva observación, y es que el Sr. Ferrer del Río, no ya el poeta censurado, sino el detractor de los censores, ¡es censor de los teatros de España!

¡Dios mío!—no puedo menos de exclamar al ver semejantes cosas.—

¡Dios de mis padres! Yo que los censuro a todos, ¿acabaré también por censurarme a mí mismo? ¡Cuestión profunda!

25
VICENTE W. QUEROL, RIMAS
PROLOGO[1]

I

Hace veinte y un años (el día 10 de octubre de 1856), en la sesión de apertura de la Academia de Nobles Artes de Valencia, se adelantó un joven, casi un niño, pálido, trémulo, lleno de natural timidez y desconfianza, y leyó con dulce y melancólica voz una excelente *Oda a las Bellas Artes*, que entusiasmó y arrebató al concurso.

Aquel joven, casi desconocido hasta entonces en su propia ciudad natal, se llamaba D. Vicente Wenceslao Querol.

Tuve yo la honra de asistir al solemne acto y de presenciar tan hermoso triunfo; y como a la sazón redactara en aquella capital, aunque ave de paso en ella, cierto periodiquillo literario titulado *El Miguelete*, cúpome la gloria de ser el primero que celebrase en letras de molde al nuevo poeta, en elogio de cuya *Oda* publiqué el siguiente artículo:

"Sin perjuicio de insertar mañana en nuestro diminuto periódico la magnífica composición leída ayer en la Academia de Nobles Artes por D. Vicente Wenceslao Querol, vamos a dar hoy una idea de ella a nuestros lectores y a copiar algunos trozos, no elegidos, sino tomados al azar, en cuanto lo consienta el espacio de que podemos disponer.

Gratísima tarea ésta para nosotros, cuanto gratísimo nos fue ayer descubrir todo un poeta, todo un verdadero poeta de aquéllos por que suspira la patria de Garcilaso y de Rioja en un modesto joven, desconocido hasta hoy en la república de las Letras.

Ni se crean exagerados nuestros elogios; en la *Oda* del Sr. Querol hallamos algo que habíamos echado de menos en casi todas las poesías españolas contemporáneas: sabor clásico, sin rigores académicos; formas esencial-

[1] Como dice Alarcón, la primera parte de este estudio salió en el periódico literario valenciano *El Miguelete* en 1856. Tres años más tarde, el 12 de febrero de 1859, y con el título "Un poeta," publicó de nuevo Alarcón esta parte más una segunda completamente nueva en *La Epoca*. Finalmente, añadió una tercera parte, publicándolo todo como prólogo a la colección *Rimas* de Vicente W. Querol (Valencia, Domenech, 1877).

mente nacionales; natural y lozana inspiración; ideas originales y propias; grande erudición artística, y un elegante decir que regala dulcemente el oído.

Después de indicar el poeta en breves frases el asunto que se propone cantar, y hecha la invocación de rigor a las Musas, ensalza de esta manera las excelencias de la Pintura:

Ella rival de Dios, se alza altanera,
Orbes sin fin creando a su albedrío.
Miradla; en breve lienzo nos retrata
El sonoro caudal del manso río,
Que entre las vegas de zafir dilata
Sus leves ondas de bruñida plata.
Y miró allí frondoso el bosque umbrío
Que a disfrutar de su frescor nos brinda,
En lontananza el azulado monte,
Destacando sus crestas dentelladas
Sobre el rojo horizonte,
Y en la pendiente suave, en la montaña,
La pajiza cabaña
Do se escondió la paz con los pastores.

. . . . . .

Más adelante, hablando de la Escultura, dice cómo hiere el mármol

Y de su seno inanimado brota
Venus, la madre de las gracias, bella
Más que cuando en la espuma
Nevada se formó del mar que azota
De Chipre la alta costa y muere en ella.
¿Dónde, escultor, en dónde de la vida
Hallaste el manantial con que animaste
El bronce indestructible y mármol duro?
¿Cómo te alzaste, Prometeo altivo,
Y robándole al cielo el fuego puro,
El alma luz vivífica infundiste
En tosco barro y agitarse al punto
En pasión mundanal el barro viste?

Luego, descendiendo a las imágenes, en que tan feliz y tan pródigo es el Sr. Querol, traza el siguiente cuadro:

. . . . . .

El luchador vencido y moribundo
—¡Gracia! parece que demanda. —¡Muera!
Contesta el pueblo; y con dolor profundo
—¡Bárbaros! gritó, atento a mi quimera.

En los versos dedicados a la Arquitectura, hay trozos tan brillantes como este:

Vuelo hacia Atenas, y de blanca luna
Al macilento resplandor, sus ruinas
Cruzo con paso rápido; en mi mente
Recuerdos mil y pensamientos luchan;
Las voces oigo de Platón divinas;
Y en la ancha plaza, en contra del tirano,
Con eco sobrehumano
Los gritos de Demóstenes se escuchan.
Y aún con mayor afán, miro cual se alza
En medio el bosque americano, altiva
Pirámide inmortal, que un pueblo ignoto
Allí erigió para que, en tanto viva,
Ya que su historia no, publique al menos
Su fuerza inmensa al siglo más remoto.
O bien el arco contemplamos roto,
Que el servilismo a la opresión levanta
De algún tirano triunfador, do lea
La edad futura, por baldón escrita,
Su gloria infame en sangre que aún humea.

En cuanto a erudición, mucha y muy meditada revela el vate en esta parte de su *Oda*, haciendo ver un grande sentimiento artístico, cuando recorre de una ojeada:

Desde el Etrusco
Bárbaro altar, hasta la noble y pura
Forma gentil del Parthenon sublime,
Que el sol de Grecia con sus rayos dora...

Pero no podemos seguir copiando: nos falta espacio para ello. Mañana publicaremos íntegra esta notabilísima *Oda*, y entre tanto, enviamos a su autor nuestro humilde aplauso y más cordial enhorabuena."

II

Tal fue el primer saludo que dirigí a la musa de Querol, desde las modestas columnas de *El Miguelete*. Pero no me contenté con eso.

Tres años después de la fecha mencionada, es decir, hace diez y ocho años, cuando Querol continuaba todavía escondido en Valencia, sin más comunicación con el mundo literario de Madrid que la que mantenía conmigo, enviándome todos los versos que escribía (y que yo publicaba con creciente entusiasmo y las debidas celebraciones en almanaques y periódicos), recibí de él una magnífica *Epístola* en tercetos, que me maravilló enteramente; y como por entonces fuese yo redactor literario del acreditadísimo periódico *La Epoca*, publiqué en sus columnas un extenso artículo, que principiaba con la inserción del que en 1856 había dedicado a Querol en *El Miguelete*, continuando luego de esta manera:

"Así juzgamos a Querol al día siguiente de revelarse al mundo. Entonces, como hoy, preferimos copiar sus versos a discurrir encomiásticamente acerca de sus cualidades de poeta, comprendiendo que *obras son amores*, y *no buenas razones*, y que, cuando tan gastado está el troquel del elogio, no hay panegírico más elocuente que la mera exhibición de los hechos."

Aquí recomendábamos la lectura de la mencionada *Epístola*, que acabábamos de publicar en el periódico *La América*, y proseguíamos hablando de este modo:

"Querol adelanta maravillosamente. Desde la *Oda a las Bellas Artes* hasta su *Epístola* hay un gran progreso, que nos afirma en la idea de que este joven ha de ser uno de los primeros poetas de España. Ya en su composición *El buque náufrago*, que publicamos hace año y medio (en el *Almanaque* de *El Museo Universal*), echamos de ver mejor economía en el periodo poético, más precisión en la frase, y sobre todo una serenidad tan austera para definir los afectos del alma que nos recordó la noble y profunda inspiración de Rioja.

Citemos un ejemplo. Decía el poeta, dirigiéndose a los restos del buque náufrago:

Hoy, escarnio del mar que dominaste,
Muestra eres fiel de la inconstante suerte,
Muda lección que a los humanos dice
El fin cercano del poder más fuerte...
...tal en la tierra míseros despojos
Vemos aún de los pasados pueblos
Que sobre el mundo han sido,
Restos de los imperios naufragados
En el mar de la edad, que ella abandona
Sobre las playas del eterno olvido.
. . . . . .

Esto es oír a Rioja; oigamos ahora al discípulo de Quintana. Véase con qué austeras reflexiones termina el poeta su canto:

Buque infeliz, si tu cortante prora
Surcó la mar en busca de riquezas,
Que la paz y el comercio te brindaron,
Yo deploro tu fin. Mas si sus iras
En tí encerró la tormentosa guerra,
Que en sed de sangre y destrucciones vino
A perturbar el golfo cristalino,
Estrecha siendo a su furor la tierra;
Si obedeciendo audaz a tu marino
Aportaste a las líbicas arenas
Para llenar tu seno en su codicia

Con sus hijos cargados de cadenas,
Que América por oro le trocase,
Saciando su sacrílega avaricia;
O si buscaste ¡oh nave! entre los mares
A la ambición del hombre un nuevo mundo,
Olvidado hasta aquí, donde la Europa
Su germen lleve de dolor y horrores
Y de su vicio inmundo
Derrame llena la nefanda copa...
¡Bien hizo el ancho mar, el mar profundo,
En desatar su rabia y sus furores
Para arrojarte sobre playa ignota,
Donde la ira de tu Dios se lea,
Y abandonara y rota,
Lección al hombre tu infortunio sea!

Con tan atrevidos vuelos ensayó el sucesor de Arolas su ascensión al sagrado Pindo. Tal era la fuerza de su idea, tal el calor de su palabra, tal la rotunda sonoridad de sus versos, tal el pintoresco atavío de sus imágenes. Por estas dotes, así como por la espontaneidad y autenticidad de su inspiración (cualidad muy de estimar hoy que la poesía ha llegado a ser generalmente un eco de melodías ajenas, un reflejo sentimental de no sé qué lirismo consuetudinario, o, para decirlo mejor, un charlatanismo aprendido, en vez de una elocuencia propia); por esas dotes, decimos, calificamos a Querol hace mucho tiempo de poeta de primer orden, de poeta *a se*, como se habla entre teólogos, de poeta de ley, según la gráfica expresión vulgar.

Adolecía, sin embargo, Querol de un defecto que, si bien no es bastante a anular a un poeta a los ojos de la crítica, amengua, sin embargo, su autoridad a los ojos de los literatos graves. Querol pecaba a veces contra la gramática. También solíamos desear, al leer sus versos, que fuese más sobrio, más conciso, menos amplificador y redundante, pues en muchas ocasiones, dejándose llevar de su maravillosa facundia, dislocaba, por decirlo así, el periodo musical, y repetía un mismo pensamiento bajo formas diferentes.

Pues bien, de estos defectos, hijos de la inexperiencia, se nos presenta hoy purgado el cantor del Turia. La *Epístola* a que hemos aludido, vale tanto ya por la pureza de dicción, por las galas de su estilo, por la graciosa estructura de sus frases y por la buena distribución del asunto como por el sentimiento, por el fuego, por la novedad y por la belleza de sus conceptos y expresiones."

Finalmente, mi artículo de *La Epoca* concluía con los siguientes párrafos, que me complazco en trascribir aquí, no sólo por lo que a Querol toca, sino porque dejan ver que hace diez y ocho años opinaba yo lo mismo que ahora, acerca de ciertas doctrinas, en cuya profesión me han considerado neófito

recientísimamente algunos críticos y biógrafos, con motivo de mi discurso de entrada en la Real Academia Española.[2]

Decía yo en 1859:

"Poco importa hoy al mundo, después de haberle importado tanto en otros días, que haya un cantor más en nuestro planeta; a cero se cotizan en estos tiempos mercantiles las acciones de semejante mina de oro; nada se prometen, en fin, los que tan dichosos se proponen hacernos con telégrafos, ferrocarriles y globos aereostáticos, de estas alas de ángel con que ha nacido un hombre, y que le permiten volar por todos los tiempos y por todos los espacios, por el infierno del alma y por el cielo de la inspiración, por lo pasado y por lo venturo, ¡por la vida de gloria que lloramos o presentimos los que no comprendemos las grandezas de la tierra! ¡Nada, nada les va en ello! Un loco, un pobre, un bufón más, dirán acaso los hombres importantes de nuestro siglo, arrojándole una moneda para que les haga llevadero su fastidio en alguna hora de sultánico *farniente*.

¿Qué nos importa a nosotros, qué debe importarle al poeta (decimos a nuestra vez) de ese desvío, de esa incredulidad, de esa repulsión con que los poderosos de hoy miran los tesoros del alma?

Escriba, cante el Sr. Querol; que aún hay sobre la tierra (y sobrevivirá a la Babel de cal y de ladrillo de nuestra civilización) un palacio diamantino donde se aposente, impere y triunfe la reina destronada, la ilustre extranjera, la perseguida musa de los vates; y ese palacio, esa fortaleza, ese templo indestructible es la dignidad humana."

III

Como se ve, no es nueva mi admiración a las poesías de Querol, sino de toda la vida; pues ahora debo añadir que, desde 1859 hasta el año próximo pasado (que fijó el poeta su residencia en Madrid), las cosas siguieron del mismo modo que desde 1856 a 1859. Querol, encerrado en Valencia, dedicado a útiles tareas nada literarias, a fin de atender al cuidado de su numerosa familia, de sus ancianos padres y de sus hermanos, a quienes ha servido de guía desde la más temprana juventud, y, yo, estimulándolo y excitándolo constantemente a que dedicase todos sus ratos de ocio al cultivo de las Bellas Letras; él, remitiéndome cuantas composiciones escribía, *Sólo por mí y para mí* (eran sus palabras) y yo publicándolas en tal o cual periódico o revista, leyéndolas a mis amigos, o en reuniones literarias, y no omitiendo medio de hacerle comprender al autor que no era exclusiva opinión mía, sino de cuantos llegaban a conocer

[2] Revilla, Clarín y Eladio Lezama habían atacado violentamente el discurso académico de Alarcón, "Sobre la moral en el arte." Véase DeCoster, *Pedro Antonio de Alarcón*, pág. 29.

sus obras, el considerarlo poeta eminente. Y ésta es por otra parte la explicación de que el señor Querol me dedique hoy la colección de sus poesías, por medio de la inspiradísima *Carta* que les sirve de prefacio, en la cual, si me honra con calificativos y elogios que no merezco, me paga como bueno una larga deuda de cariño.

Por lo demás, la Providencia ha bendecido y amparado todos los afanes y trabajos de Querol. En cuanto a sus obras literarias, cada día han sido más felices, inspiradas y bellas, habiendo llegado las últimas a ser el asombro y el encanto de los maestros de la literatura contemporánea, y en cuanto a sus desvelos de otra índole, a sus cuidados domésticos, también se ven coronados por el éxito más glorioso. El gran poeta, dotado asimismo del genio de los asuntos comerciales e industriales y de ejemplar honradez, ocupa una distinguida y desahogada posición ajena a la política y al Presupuesto del Estado: el propio bienestar rodea a sus dignos hermanos y a otros deudos suyos en las particulares empresas a que han dedicado su actividad bajo la dirección y con la ayuda del discípulo de Apolo, mientras que sus venerables y virtuosísimos padres pasan descansada y venturosa vejez, bendiciendo a todas horas al héroe de su hogar, al esforzado hijo que ha sido para ellos y para sus hermanos lo que José en la familia de Jacob.

Hay que saber todas estas sagradas interioridades (y por eso las digo, mortificando sin duda alguna la exquisita modestia de Querol) para comprender los delicados y generosos sentimientos que palpitan en varias poesías suyas, por ejemplo, en las tituladas *En Noche Buena, a mis ancianos padres*, *A la memoria de mi hermana Adela*, y *Carta a mis hermanas*. Yo no puedo leerlas nunca sin que dulcísimas lágrimas se agolpen a mis ojos, no sabiendo a quién envidiar más, si al noble poeta que así piensa y escribe, o si a los dichosos padres de tan buen hijo.

Las recientes magistrales composiciones de Querol a que me referí más arriba, son las denominadas: *María, Carta a don Gaspar Núñez de Arce, con motivo de su libro "Gritos del combate,"* y la ya mencionada *Carta* (que me dedica) *acerca de la poesía*. En ellas se ve que el poeta ha llegado a la plenitud de sus facultades. La forma es elegantísima, sobria, cincelada, por decirlo así; el concepto, elevado y trascendental, como el de las mejores odas de Schiller. La elocución poética, el color y el dibujo de las imágenes recuerdan juntamente lo más selecto de los clásicos y de los románticos; se ve que nuestro vate, poseedor de varios idiomas, conoce tanto a Horacio y a Virgilio como a Byron y Goethe. Y adviértese, sobre todo, que, no sólo entiende de letras, sino también de artes (cosa poco frecuente en nuestros literatos); que sabe entrar en el Olimpo por todos sus triunfales pórticos; que no es, en fin, de la veta de aquellos cantores legos, para quienes la pintura, la escultura, la arquitectura y la música son libros cerrados, mudas esfinges, letra muerta.

Por lo tocante a la gramática (que hasta de esto hay que hablar en

tratándose de versificadores), no se me oculta que tal o cual rarísima vez, el microscopio de los puristas hallará todavía en las composiciones del poeta valenciano algún pecado venial contra el habla de Castilla, pero faltas son éstas que sólo pueden achacarse a descuido en quien de tan puro y propio y castizo lenguaje ofrece enseguida señaladísimos modelos. Bueno será, sin embargo (y se lo ruego al Sr. Querol encarecidamente), que cuando haga nueva edición de sus poesías, las pase otra vez por el fino tamiz de su buen gusto y muchas humanidades.

Voy a concluir, pero antes debo explicar las razones que he tenido para escribir esta desautorizadísima introducción a unas poesías que se recomiendan por sí propias, y a las cuales puede ya servir de suficiente prospecto el nombre de su autor, muy conocido y estimado a la presente en todos los círculos literarios de la corte.

Hela escrito, porque el Sr. Querol, más modesto cada día, y acostumbrado durante veinte y un años a no comparecer ante el público, si yo no lo presento y hablo antes que él, me lo ha pedido con repetidas instancias.

Digo más (y perdóneseme el pecado, en gracia de la franqueza): hela escrito, no tanto por tributar al Sr. Querol unas alabanzas que de nada habrán de valerle, como buscando para mí algún aplauso por haber conocido y alentado desde sus primeros albores a este peregrino ingenio.

Hela escrito, en fin, por lo mucho que voy ganando en revelar al mundo que tengo la dicha de ser amigo, y amigo mimado, de tan excelente poeta y de tan excelente hombre.

III. CUADROS DE COSTUMBRES

1

UN FOLLETIN[1]

I

Hoja—palabra castellana—hace *folium* en latín.

Folium es *foglio* en italiano.

Foglio se reduce en el mismo idioma al diminutivo *foglietto*.

Foglietto se traduce en español *folleto*.

Folleto se achica, finalmente, entre nosotros hasta llamarse *folletín*.

Por consiguiente, al pedirme un *folletín* para el domingo, me piden Vds. una *hoja pequeña*.

Pero ¿de qué ha de ser esa *hoja*?

II

Yo he sido curial en mi niñez.

¿Me pedirán Vdes. acaso una de aquellas *hojas* de papel sellado, palenque a donde comparecían a juicio las honras, las haciendas y las vidas de los litigantes o de los procesados?

De buena voluntad arrancaría de una y otra causa aquellas hojas en que yo he escrito de mi puño y letra: *Fallamos: que debemos condenar y condenamos a la pena ordinaria de garrote vil a...*

¡Ira de Dios! ¡Y nos escandalizamos de Caín!

Hoja—*página*, folio—¿Qué hoja es ésta? ¿Qué hoja ha de ser?

---

[1] Aparece este curioso artículo el 24 de agosto de 1856 en *La Discusión*.

¡Cuántas y cuántas arrancaría gustoso del libro de nuestra historia, y se las regalaría a Vdes., a fin de que mañana un almacenista liara en ellas azúcar y fideos!

De nuestras constituciones políticas sólo dejaría la encuadernación, y eso por que me consta que se venden en rústica. Ni ¿qué hoja pudiera yo desgarrar que no lo haya sido ya cien veces por el pueblo o por la corona, y remendada otras cien mil por la corona o por el pueblo?

Lo que si desgarraría con alferecías de placer, fueran todas las *hojas* volantes de nuestros modernos patricios, de nuestros ilustres patriotas. ¡Todas, todas se las regalaría a Vdes! ¡Patriotismo español! ¡Qué frase tan hueca y tan irrisoria! ¿Dónde se esconde nuestra nacionalidad? ¡Yo no la veo! ¡Ay! pudiera decirse que nuestra patria *juega a nación* hace cincuenta años, como las muchachas juegan a mujercitas. Cuántos nombres solemnes, cuántas sagradas ideas, cuántos bellos adelantos produce la humanidad en otros climas, vienen a empequeñecerse, a desacreditarse en nuestro país. Aquí resucitaron las artes el año pasado con motivo del interregno progresista—¡progresista, otra gran palabra estuprada y escarnecida por mis compatriotas! Decía que resucitaron las artes. Y bien; tuvimos *ópera española*. ¡Oh gloria, oh prez! ¡oh dicha! Pero *ópera española* en el teatro de la Cruz, digo mal, en el teatro de la Princesa, ópera española, sin óperas, sin orquesta y sin cantantes! ¡Sin público y sin libretos! Ya recordarán Vds. Me parece todavía estar leyendo el cartel. ¡Lo mismito que en Francia! *Opera nacional*...función para esta noche: *La pata de cabra* por indisposición de *Cruces y medias lunas*. ¡Como se ve, el público no perdía en el cambio! Pero la resurrección de las artes fue más lejos. Tuvimos una exposición general de bellas artes. Resumen: el primer premio no ha podido ser adjudicado. ¡Y eso que los jueces eran españoles! ¡Y eso que el *patriotismo* está a la orden del día! ¡Qué tal sería la exposición! ¡Yo hubiera otorgado un primer premio a cada concurrente! Hablábamos de *nacionalidad*. Busquémosla por todas partes. Aquí tenemos barricadas a la francesa, en que se defiende al duque. ¡Bravo, hermanos míos! Aquí tenemos ferrocarriles como en las naciones formales; pero pocos, malos, caros, pesados, que se descomponen todos los meses, y que no tienen de españoles otra cosa que el sitio en que duermen a pierna suelta.

Lo demás, es decir, todo el ferrocarril es extranjero, desde la máquina hasta el maquinista, desde las barras hasta las maderas, desde los wagones hasta el carbón, y últimamente, gracias al *crédit mobilier*, hasta el capital, hasta el dinero viene hablándonos chapurrado. Tenemos también aquí periódicos literarios que se surten de artículos franceses y se ilustran con *clichés* de la misma procedencia; un teatro nuevo para cantar zarzuelas, ¡eso sí! y una, digo mal, un millar de plazas de toros, y editores ricos, y ni una traducción de las obras de Byron que hablan de España. ¡Ni una traducción de Byron, del primer poeta de todos los tiempos! ¡Ni más traducciones de Shakspeare que una de Moratín en que nuestro gran literaturo traduce *cañones* por *canones*, y otra de Villalta, que

es un tesoro, que es una maravilla, y que por lo mismo fue silbada en pleno Madrid!! Sí señor; ¡aquí tenemos muchas cosas! Aquí rebosamos nacionalidad y patriotismo y cultura. ¡Por eso todos somos ya hombres públicos, repúblicos, tribunos, prohombres, y queremos que España sea *libre, feliz e independiente*, y que no haya Dios, y que se proclame el furierismo!! ¡Por eso somos prohibicionistas para el comercio, y librecambistas para la literatura! Ah, no: que tenemos un reciente tratado literario internacional, ¡pero no hay miedo que nos traduzcan! ¡Cómo no tradujeran el polvo *insecticidio*!! Por supuesto, que los catalanes hablan como libros. España debe vestir de majo, por la sencilla razón de que Barcelona no sabe cortar levitas. El mejor medio de hacer prosperar la industria de un pueblo es obligar a este pueblo a acostumbrarse a los géneros malos, dificultando el acceso de los buenos. ¡Pobre patria! Y el hecho es que nuestra industria prospera, que es un asombro, merced a las aduanas. Y si no, que lo digan las tesorerías de Hacienda, que cobran el barato en nuestras fronteras. ¿En qué gastaremos los derechos recaudados? En salarios y sueldos. Pues entonces, adelante; se salvó nuestro comercio catalán. Pero, dígame V. ¿Aquí se hace algo? ¿Trabajamos mucho? ¿Utilizamos nuestras producciones? Sí, señor. Mire Vd. a cuanto le rodea. Todo tiene la ventaja de no ser español, pero en cambio nos cuesta un precio doble, gracias a las aduanas. Esto no es claro a primera vista, pero repare Vd. que me estoy riendo a carcajadas y comprenderá lo que significa la *nacionalidad* española aplicada a la industria y al comercio. ¡*Nacionalidad*! ¡qué sarcasmo! ¡*Patriotismo*! ¡qué locura! Aquí nos vestimos con telas inglesas; calzamos charol flamenco; fumamos con utensilios franceses; comemos con cubiertos alemanes; nos apoyamos en un bastón extranjero, nos peinamos—los hombres de gusto—casa de un francés, otro francés nos surte de guantes, y otros cien mil nos abastecen de aguas de olor, de polvos dentríficos, de lámparas, de relojes, de pepinillos en vinagre, de botones para el chaleco, de tijeras para las uñas, de cajas de sardinas, de estatuas de Mendizábal, de ojos a los miopes y de dientes a los mellados.

Pero ¿a dónde voy a parar? El asunto de este artículo es que me piden una *hoja*: tengámoslo presente.

Si yo fuera militar, diera mi *hoja de servicio*, y la diera de balde. Véase lo que dije de las hojas de nuestras constituciones.

[2]...Les regalo a Vds. una a una todas las hojas de todos los libros que se publican hoy en Madrid; si las utilizara una florista, haría muy bien con ellas una camelia enorme, blanca y sin olor. Nuestra librería está en blanco. ¡En Madrid no se imprime nada! *Te Deum laudamus*; esto es preferible a la aparición de lo que hoy escribimos los españoles.

¡Hojas! ¡Hojas! Pido la hoja a un mayoral de diligencia y repaso los

[2] Aquí falta una línea.

viajeros. Sólo encuentro empleados o fugitivos gratuitos, espontáneos, que emigran *motu propio* con el noble fin de que mañana les remuneren con una pensión los apóstoles de las economías.

¡Hojas! ¡Hojas! —Aquí tiene Vd. los periódicos. —¿Quién te los ha pedido? —¿No grita Vd. ¡*hojas*! ¡*hojas*!? —¡Y me traes los periódicos! ¿Qué digo periódicos? ¡Memoriales impresos! Llévate esos papeles.

¡Oh *folletín*! ¡Hijo de la *hoja*! Quizás no eres hijo de la hoja de papel, —*página* en latín:—quizás eres hijo de la hoja de un árbol-*folium*. Así quiero creerlo; y para dar la hoja que me piden con tu nombre, lío el petate y me voy al campo en busca de una hoja verde, de una hoja perfumada, de una hoja de nogal o de castaño.

Pero en torno de Madrid no hay campo, y si es campo lo que rodea a Madrid, en ese campo no hay *hojas*.

¿Ni a qué buscarlas más lejos? El estío acaba de cruzar por la tierra, como una pasión devastadora cruza por el corazón del hombre, y la naturaleza es hoy un enfermo flaco, abrasado por la calentura, amarillo como la aurora de la muerte.

¿Dónde, dónde encontrar una *hoja* de color de esperanza que pueda alegrar el domingo el piso bajo de ese periódico? ¿Cómo daros un folletín risueño, animado, fragante, juguetón, que divierta a los lectores, cuando todo lo que nos cerca es desaliento y atonía, marasmo y corrupción, duelo y miseria?

Si hubiera caído alguna corona de laurel sobre la frente de algún español, yo os diera cuenta de su triunfo, yo os trajera una *hoja* del inmarcesible lauro, a fin de que lo ostentaráis gozosos a la faz de la Europa; pero en verdad os digo que la cosecha de laurel se presenta muy mala en los cuatro ángulos de la monarquía.

Y sin embargo, ¡ved qué terco soy! No me avengo con la dura necesidad de acabar este artículo sin ofreceros una *hoja*.

Hoja se dice también en latín: *ensis acies*, o lo que es lo mismo: *cuchilla de espada*. ¿La queréis?

¡Para qué! Ahí están los rifeños a la puerta de nuestra casa, tirando piedras a nuestros balcones, a un palmo de nuestras posesiones de Africa, en un territorio que la historia y la naturaleza ofrecen a nuestros conquistadores. Pero doblemos la *hoja*. No soy yo quien deba aconsejar conquistas y matanzas; odio la guerra; pero ya que veo cargados los fusiles y el presupuesto, quisiera que saltaran los tiros al otro lado del mar.

Y a propósito de guerreros y de *hojas*, acabo de acordarme del tabaco de *hoja*, lo que me ha trasportado a Gibraltar. ¿Qué opinarán de este peñón inglés, que magulla la frente de España hace tanto tiempo, los entusiastas de nuestra independencia, de nuestra nacionalidad, de nuestro orgullo patrio? O mucho me equivoco, o la patria de mi abuela no debiera tener humor para toser tan recio como tose.

Dichosamente, *hoja* significa también *petalum* y *petalum* se llama cada hoja de cualquier flor.

Y digo *dichosamente*, por que nunca me faltará una flor a que arrancar una *hoja* para plegarla en forma de *folletín*.

En buen hora sean eriales estériles el presente y el porvenir de la patria, sus artes y su literatura, la honra nacional y mi propio corazón; la flor de mi vida aún conserva algunas hojas y de ellas os regalo hoy la más querida, la más fragante, la que nunca debió perecer: *la esperanza*. Cuando os las haya entregado todas, cuando haya deshojado completamente la flor de mi existencia, aún me quedará otra flor con cuyos petalos podréis hacer *folletines*: la flor de muerto de mi sepultura. Ella os contará historias muy divertidas.

2
EL BUEN RETIRO[1]

Mi querida esposa: Consecuente con la promesa de escribirte todos los días, lo hago hoy sin ninguna tuya a que referirme y sin cosa nueva que contarte respecto del estado de mis pretensiones. En cambio seguiré mi relación de todo lo que veo y hago en esta villa y corte, donde el tiempo y el dinero se van como agua y las palabras se deshacen como el viento.

Pues, señora, esta mañana me levanté a las siete y me dirigí a casa de mi primo decidido a echarle una buena filípica por su morosidad en colocarme, pues dicen que van a cerrar las Cortes y no es cosa de que yo me quede a la luna de Valencia, después de los gastos y molestias que me ha ocasionado este viaje. Llegué, y como siempre, me recibió un ayuda de cámara muy fino, el cual me dijo que mi pariente acababa de acostarse y que no podía verle; pero que le había dejado encargado que cuando yo fuera, (porque he de advertirte que estábamos citados para aquella hora), me diese una papeleta de entrada en lo Reservado del Retiro, a fin de que aprovechase el madrugón disfrutando un placer tan inocente.

Del mal el menos, me dije y tomé la papeleta, ofreciendo volver a las doce en punto, con lo cual salí a la calle y me dirigí a un señor de bastante edad y equivocamente vestido que tomaba el sol en la puerta de un estanco.

—Dígame V., amigo, le interpelé; ¿por dónde se va al Buen Retiro?

El hombre me miró, acabó de liar su cigarro, se lo puso en un lado de la boca, y con el otro lado me contestó:

---

[1] Este cuadro salió en *El Museo Universal*, Vol. II, 30 de mayo de 1858, págs. 75–77.

—¿Sabe V. al Dos de Mayo?

—No, señor.

—Pues bien, más allá del Dos de Mayo está el Buen Retiro.

—¿Cómo? pregunté yo algo amostazado.

—¿Es V. forastero? replicó el abuelo encendiendo un fósforo.

—Ya lo ve V., le respondí, dando un paso para irme.

—Espérese V., hombre, exclamó el viejo acabando de encender el cigarro.

—¡Conque V. quiere ir al Retiro! No tengo inconveniente en acompañarle.

—No se moleste V.

—¡Qué! no...A mi me da lo mismo. Voy todas las mañanas.

—Pero...

—Nada...no me incomodo. Conque V. ha venido a Madrid. ¿A cosas suyas?

—Sí, señor.

—Ya lo suponía yo. ¡Pues mucho cuidado! Que aquí...

A todo esto íbamos andando ya codo con codo, como dos compadres.

—Aquí hay mucha picardía, según me han dicho, añadí yo.

—¡Mucha! Yo estoy cesante hace veinte y cinco años...desde la muerte del rey absoluto...

—¿Cómo se llama esto? le interrumpí yo.

—Este es el Dos de Mayo. Pues como decía...

—Aquel será el Retiro, volví yo a interrumpir.

—Sí, señor. Si quiere V. tomar leche de vacas vista ordeñar, entre V. aquí...a la derecha.

—No, gracias; he tomado chocolate.

—Yo no tomo nada por las mañanas, replicó mi nuevo amigo. Por la noche, antes de acostarme...

¿Cómo se llama esta plaza? interrumpí yo de nuevo.

El hombre me miró de soslayo, como desconfiando de mis cualidades de oidor.

Esta es la Plaza de la Pelota, respondió por último; llamada así porque en ella se ejercitaba en este juego el rey Felipe IV, fundador del Buen Retiro; pero el verdadero juego de pelota estaba en este mismo local que hoy es iglesia.

—Si V. con sus relaciones pudiera hacer que me colocaran en...

Yo no pude oir el fin de la frase, sorprendido con la magnífica perspectiva del Paseo de las Estatuas. —Figúrate, esposa mía, una extensa calle de árboles, adornada de colosales esculturas, encerradas entre un laberinto de bosques y jardines; fresca y perfumada como no hay otra en Madrid...bien que en Madrid ni tan siquiera la hay que está limpia y sea viable.

—¿Qué representan estas figuras?

—Reyes de España. ¿No lo ve V.?

—En efecto, tienen el nombre en el pedestal; pero yo...

—Mire V. Este es don Ricaredo...

—¿Cómo don Ricaredo? Yo creía que en ese tiempo todavía no se daba *don* a los reyes.

—Preocupaciones de lugar...y si no, aquí tiene V. a don Suintila. ¡Son unas magníficas esculturas!

—Hombre, yo no las hallo tan buenas.

—¡Oh! Es que su mérito consiste en el parecido.

—Eso es otra cosa.

—Si hubiera V. madrugado más, habría disfrutado de la vista de las muchachas más hermosas de Madrid, que vienen aquí por este tiempo, al amanecer, a beber agua de la fuente de la Salud. Tras ellas llegan sus novios, y en pos de éstos sus rivales, con lo que se arma una de miradas, suspiros, emboscadas, sorpresas y otras cosas que los viejos como yo nos morimos de tristeza. Mire V., cuando yo estaba empleado, solía venir con mi mujer...

—¡Oh!...magnífico estanque. ¡Caramba! ¡Esto es delicioso! exclamé yo cortando de nuevo la biografía de mi lazarillo.

Arrancábame estas exclamaciones la contemplación de una imponente llanura de agua, tan grande como seis veces la plaza de ese pueblo, rodeada de una verja de hierro y henchida de patos y peces de colores. En torno de él recortan el horizonte gigantescas masas de árboles, sobre los que se destacan las líneas graciosas de un embarcadero y de una hermosa fuente egipcia. Para mí, que no he visto el mar, el estanque grande del Retiro fue un espectáculo embelesador; la vista se explaya en aquel cielo movible, que reverbera al sol, como un banco de esmeraldas y zafiros; y la armonía del azul brillante de las ondas con el verde oscuro de las arboledas y el turquí purísimo del aire forma un cuadro tan peregrino, que en verdad vale la pena de ser mirado.

—Parece que le gusta a V. el estanque, exclamó mi compañero.

—Ya lo creo, respondí. Estas serán las cuatro capillitas de que habla Alejandro Dumas.

—¿Qué capillas?

—Las que hay en los cuatro ángulos de la verja, para que los paseantes oigan misa los domingos.

—¡Quite V. allá! Si son norias.

—¿Norias?

—Sí, señor; sólo que por el buen parecer, las han encerrado en esos casones, a fin de que no se vean las mulas que hacen girar a la rueda.

—¡Pues es verdad! ¡Miren al señor Alejandro Dumas y cómo miente a destajo!

—Por aquí se va a la casa de fieras, que está abierta todos los domingos por la tarde. ¡Oh! es una diversión venir a ver a los forasteros, como V., que se

quedan con la boca abierta delante del oso y del avestruz...Oiga V. el rugido del león. Bien que V., con esa papeleta, puede entrar por el otro lado. Sígame V. Esta se llama la fuente de la China. Aquí había una magnífica fábrica de porcelana que nada tenía que pedir a las del extranjero, pero los ingleses, cuando vinieron a protegernos contra Napoleón, la destruyeron completamente, a fin de que les compráramos a ellos sus jarros y sus soperas. ¿Qué es eso? ¿Está V. cansado? ¡Ah! el Retiro es inmenso y tiene mucho que ver. Apenas lleva V. la cuarta parte. Mire V., desde aquí se ve el ferrocarril del Mediterráneo. Ese silbido anuncia que va a partir un tren. ¡Eh! ¡Qué hermoso va! Yo tengo un hermano en Albacete...

—¿Y aquel castillo que se ve allá? ¿Quiere V. decirme qué es?

—Era una gran torre construida para telégrafo óptico; pero no sirvió de maldita la cosa por estar mal situada. ¡Cosas de este país!

Poco tiempo después llegamos al Parterre.

El Parterre es un jardín a la moderna, con árboles recortados y adornos de un gusto pésimo, pero que ofrece un conjunto muy agradable, sobre todo desde un mirador que hay sobre él. Descúbrese desde allí una gran parte de la coronada villa y algunos árboles sembrados acá y allá, alguna chimenea, dos cúpulas detestables y perdóneme V. por Dios. Sin embargo, te repito que es cosa digna de verse.

—Aquí vienen a jugar por las tardes más de mil niños de las familias más acomodadas de Madrid, vestidos con trajes de todas las épocas, y arman tal algarabía que le juro a V. que a los viejos se nos cae la baba mirándolos. Cuando yo estaba empleado, venía aquí con mi Juanito...

—¡Ah! ¿Se llamaba Juanito? exclamé yo. Pues es menester convenir en que el Retiro es una gran cosa, a lo menos comparado con el resto de la gran metrópoli. Aquí se encuentra todo lo que falta en Madrid. ¡Gracia, fecundidad, agua, flores, perfumes, hasta pájaros! Era cosa de venirse aquí todas las mañanas, todas las tardes, todas las noches...

—Cuidado con eso. De noche no se puede entrar. Me acuerdo que una vez, cuando yo estaba...

—¡Ah! cuando estaba V...Dígame V., ¿qué es esto?

—Ese es el salón de Próceres, edificio de mucha historia. Pero por andar de prisa, se ha dejado V. atrás el estanque de las campanillas que es muy precioso. ¡Todo de estilo chinesco! Tampoco hemos visto el salón de los Reinos, hoy Museo de Artillería, donde antiguamente se reunían las Cortes en casos muy graves. Aquel que ve V. allí es el palacio de San Juan, habitado casi siempre por el infante don Francisco. Pero volviendo al salón de Próceres, le advertiré a V. que antiguamente era teatro; en él se representaron las mejores obras de Calderón, Lope y Moreto, en vida de esos señores; después ha sido gabinete topográfico; en seguida estudio de algunos artistas y ahora es guarida de la estatua de Mendizábal.

—¿Cómo? ¿Está ahí?

—Sí, señor. Ahí espera. Pero vamos a otra cosa. Aquí cerca se halla el observatorio astronómico que acaba de construirse, el cual es muy bueno. Hay en él un telescopio que no reconoce hasta hoy ninguno que lo aventaje, si se exceptúa uno que poseen los rusos. Este es el único observatorio de Europa desde el cual se ha podido estudiar el último eclipse de sol, anunciado ya por nuestros astrónomos en un folleto, con su demostración, que admiró mucho a los señores extranjeros; y aun hoy mismo los gabinetes de esas naciones que nos llaman africanos están nombrando sus comisiones para que conferencien sobre el particular con la gente de nuestro observatorio. Como V. ve...*Aliquid chupatur*![2] Siquiera nos respetan por esta parte.

Supongo, dije yo, que esos gabinetes no serán ni el gabinete de San James, ni el de las Tullerías...

—No, señor, contestó mi acompañante, son sencillamente gabinetes astronómicos.

—Muy enterado está V. de ciertas cosas.

—Yo lo creo. Yo fui empleado en...

—Malo, dije para mis adentros. Este hombre es intratable. Vamos a lo reservado. —Continué volviéndole la espalda.

—Vamos, pues, replicó mi guía sin darse por ofendido.

Mientras rodeamos para llegar a lo reservado, fui yo pensando en aquel extravagante cicerone que me había deparado la casualidad, y no pude darme cuenta exacta de qué clase de pájaro podría ser. No lo extrañes, Mariquita; pero hay en este Madrid seres incomprensibles a quienes no es dado hallar la embocadura, puesto que han hecho diez o doce vidas distintas. Aquel hombre parecía un erudito fastidiado, un cómico de reemplazo, un inválido de la milicia, un ladrón, un mendigo...¡Qué sé yo! Era una existencia de Madrid y con esto te lo digo todo. Yo le dejaba hablar, que habló mucho, sin oír más que lo que me interesaba. Si pudiera recordar todo lo que dijo, indudablemente resultaría una enmarañada historia compuesta de capas como los ojaldres, pero de capas diversas como los cerros de un terreno de aluvión.

Llegamos a los jardines reservados. Llamóne la atención la montaña artificial, en cuyo centro hay una rotonda y en su cúspide un bonito observatorio. Hállase vestida esta montaña de árboles y flores como aquellas colinas que sustentan la Alhambra por la parte del Darro, y a su pie hay una pequeña ría llena de peces y gansos de riquísimo plumaje. La casa rústica me pareció también muy notable, así como la del Pobre, la del Pescador y la del Contrabandista. Toda esta parte del Retiro recuerda y representa a la imaginación el reinado de Fernando VII, como que este rey fue quien la pobló de tantos caprichosos juguetes y abigarradas invenciones. Mas para nosotros los foraste-

---

[2] Al parecer, el guasón de Alarcón ha puesto aquí una terminación latina al verbo castellano *chupar*.

ros, y muy especialmente para las mujeres y los niños del lado acá del Pirineo, aquellos gabinetes persas y chinos, aquellos autómatas que les saludan, aquellos jardines llenos de lances y sorpresas, son una cosa inolvidable y maravillosa que se complacen luego en contar en su pueblo a todo bicho viviente, no sin excitar en su espíritu la envidia y la admiración.

Pero con éstas y con las otras ya picaba el sol; eran las diez; yo estaba mareado y tenía el chocolate en los talones, como suele decirse. Mi compañero había desesperado de contarme sus aventuras, esto es, de que yo las oyese. Despedíme de él en la puerta del Retiro que está cerca de Alcalá, y allí fue mi sorpresa.

Aquel sabio, aquel artista, aquel caballero recién afeitado, vestido de limpio y portador de un frac más o menos católico, me tendió la mano diciendo:

—¡Qué gracias ni qué demontre! Deme V. lo que sea su voluntad.

Es decir que me pedía limosna. Dísela sin vacilar, aunque penetrado de asombro, y me alejé del Buen Retiro, pensando en muchas cosas. Recordaba sobre todo aquella frase de Byron en la *Prometida de Abydos*, cuando elogiando las islas de Grecia, dice: "Allí donde todo es bello...menos el espíritu del hombre." Yo lo repetía de esta otra manera: "Aquí, donde todo es tan mezquino como el espíritu del hombre."

Adios, Mariquita. Van a dar las doce y me dirijo casa del primo a ver si se ha levantado. Tuyo hasta la muerte,

Juan

3
MADRID A VISTA DE BUHO[1]

Jamque quiescebant voces
hominumque canumque,
Lunaque nocturnos alta regebat
equos.

(Ovidio)[2]

---

[1] Alarcón publicó un cuadro "Granada a vista de buho" en *El Eco de Occidente* el 15 de enero de 1854. Cuando en 1859 escribe su nuevo cuadro, "Madrid a vista de buho," nuestro escritor aprovecharía su trabajo juvenil, adoptando todo él al nuevo título con excepción de una nueva primera parte. Este cuadro apareció en *El Museo Universal*, Vol. III, 1 enero 1859, pág. 2. "Granada a vista de buho" fue coleccionado en 1924 en *Dos ángeles caídos y otros escritos olvidados*.

[2] *Tristia*, I, iii, 27–28.

¡Las doce! ¡Media noche! Ha terminado un día y en él un año. Estamos en 1859.

Deja ya ese telescopio, amigo mío; apartemos los ojos de la bóveda estrellada y convirtámolos a la tierra.

Allá arriba; en casi todos esos mundos que hemos estado mirando, luce en este momento un esplendoroso día. Aquí abajo, en nuestro planeta, reina la más profunda oscuridad.

Sólo la luna trabaja penosamente por esclarecer la tiniebla que nos envuelve en fúnebres crespones.

La purísima y helada atmósfera ostenta un azul deslumbrador, que cruzan rápidamente negros y gigantescos nubarrones empujados por el viento.

Mira cómo corren, se empujan y se deshacen esas corpulentas nubes. No de otro modo pasan las generaciones por la inmensidad del tiempo.

¡Qué lobreguez! ¡Qué silencio! ¡Qué soledad! El mundo yace en la quietud de los cementerios. Todo duerme, menos la brisa, menos las nubes, menos los astros. La vida está en los cielos; la muerte en la tierra.

¡Qué frío! Detengámonos sobre esta altura; ve allí las hogueras que encienden los pastores del Guadarrama; más acá los bosques; luego el río, y a este otro lado, Madrid, negro y silencioso como un féretro inmenso: Madrid, destacando sobre el cielo la lúgubre silueta de sus alcázares de azabache; Madrid, salpicado de agonizantes luces que marcan la dirección de algunas de sus calles, lo que le hace aparecer como un catafalco rodeado cien veces de amarillentos blandones; Madrid, que calla, que reposa, que duerme, que no existe... Madrid, sobre quien pasan las horas precipitadamente, llevándose hacia la eternidad, a donde caminan, girones de la vida de todos, las esperanzas de uno, las dichas de otro, la vida de éste, las ilusiones de aquél; Madrid, en fin, que ahora mismo no se diferencia en nada de esos otros pueblos que le rodean, de sus fúnebres colonias, quiero decir, de los mudos y sosegados cementerios del Sur y del Septentrión.

¡Ah, sí, el mismo silencio, la misma soledad, el mismo misterio! Todos esos miles de seres que encierra la gran colmena coronada caminan en este instante por mares desconocidos, como pasajeros de un inmenso buque, uniformemente, cerrados los ojos aletargados por el sueño, sin saber siquiera que andan.

Y andan, y van a la muerte...

¡Atroz somnambulismo! ¡Morir durmiendo! El septuagenario que baja al sepulcro ha dormido treinta años. ¡Y estos treinta años también se llaman *vida*! ¡Ah! ¿Quién sabe si los otros cuarenta de vigilia no son otro sueño? ¿No nos lo ha dicho Calderón? Y sin embargo, no todos dormirán en ese hormiguero; medita, amigo mío, en las mil escenas que cobijarán esos techos.

Sigue, guiado por el moribundo resplandor de los faroles que aún alumbran a ese féretro espantoso; sigue con la vista el enredo de ese laberinto de

calles, de plazas, de paseos, de templos, de palacios, de arrabales asquerosos, y pídele a las sombras sus misterios, a la noche sus arcanos.

En este momento ¡cuántos se hallarán en la agonía! ¡cuántos lanzarán el primer suspiro! Quién sabe si las almas que ya huyen de este mundo tropezarán bajo esas nubes con las almas nuevas que bajan a él.

¡Mortales, sed bien venidos a esta vida!

¡Vivientes, buen viaje para la otra!

¡Ah! ¿no te parece que esos tejados se agitan, como en *El diablo cojuelo*, y se levantan, y nos dejan ver cien cuadros diferentes?

Mira, mira allí aquel sabio inclinado sobre un libro, rodeado de otros cincuenta, sepultado entre otros mil. ¿Qué busca? La ciencia: ¡una conjetura!

¿Por qué se agita aquel otro hombre en su lecho? ¿Por qué el insomnio le ha cogido de los cabellos y le da tan violentas sacudidas que no le deja dormir? Aquel hombre medita un crimen. ¡Oh! la vista de mi alma quisiera pasar sobre su corazón. ¡Dios mío! Tu mirada escudriñadora no le pierde de vista. ¡El criminal no está solo! Le rodeamos tú, yo y su conciencia. Tú que le juzgarás, yo que le maldigo, donde quiera que esté, sea quien fuere, y su conciencia, con la cual lucha a brazo partido.

¿A dónde va aquella hermosa mujer, que abandona su lecho y se desliza como una sombra, tocando las paredes de una escalera? ¡Una cita de amores! Vedlos ya; la juventud tiende a sus pies una primaveral alfombra. ¡Es un sueño! Creen cuanto dicen; cuentan con su corazón. Mañana vendrá el olvido. ¡Vendrán los celos o el odio tras el hastío! ¡O los años, las realidades y el dinero, esas capas de hielo que petrifican tantas ilusiones! ¡Y luego la vejez...y luego la muerte! ¡Soñad! ¡soñemos! ¡Ay! esos instantes en que una mano tiembla en otra mano, y unos ojos abrasan a otros ojos, y unos labios tartamudean besos y juramentos sobre otros labios sedientos de amor, comprenden una quimérica eternidad. ¡Gocemos!

Y si no, repara en aquel avaro que cuenta y limpia su oro en aquel zaquizamí. ¿No ves a la muerte asomada por cima de su hombro, haciendo una mueca horrible y contando las horas que aun tiene que esperar? ¡Atesora, viejo, esos pedazos de metal, y prodiga tus horas de privaciones! ¡Bienaventurados tus nietos!

¿Por qué se sonríe aquella mujer debajo de las sábanas que la encubren? ¡Ah! Ya la conozco, es una cantatriz; esta noche ha sido aplaudida. Espronceda no describió la gloria *coetánea* en *El diablo mundo*. ¿Será otra vanidad como la gloria póstuma?

Allí hay un joven que escribe. Está haciendo versos. ¡maldición! ¡El desgraciado cuenta las sílabas con los dedos!

Negra y gigante veo allí la cúpula de un templo. Por sus altas vidrieras se escapa un moribundo rayo de luz; es la lámpara que arde en el santuario. Esa luz no morirá nunca; porque el género humano necesita una esperanza.

Allí otra mole colosal... Es un teatro.

La noche avanza. Ya duermen todos los que velaban hace poco. ¿No te parece ver sobre esas setenta mil imaginaciones de odas que trabajan en las tinieblas una cohorte de sueños desprendidos de las nubes, y que baten sus grandes alas negras sobre la capital aletargada?

¡Cuánto monstruo de oscuro plumaje! ¡Cuánta sangrienta pesadilla! ¡Cuánta nacarada ilusión! ¡Cuánto dulce genio coronado de adormidera! ¡Cuánta visión de deleite! ¡Cuánta sombra de ambición! ¡Cuántos ángeles y cuántos demonios acurrucados sobre las almohadas de los que reposan!

¡Las dos!

¡Las dos en Madrid! ¡Ahora está amaneciendo en Constantinopla; ahora anochece en medio del océano; ahora se pone el sol en América; mientras hemos estado hablando, el sol ha pasado por debajo de nosotros; ahora no hay sol en el Norte; ahora no hay luna en el Mediodía!

Y si de esta inmensidad del espacio te trasladas a la del tiempo, piensa también que ese mismo sol que esperamos, fue el que alumbró los bellos días de Grecia, los fabulosos de la India primitiva, los ignorados del Génesis de América. César y Napoleón, Aníbal y Gengis Kan, Confucio y Manco Cápac, Atila y Mahoma han esperado también la salida de ese sol que brillará mañana sobre millones de frentes que aún no han salido del caos.

Las dos en Madrid. De hoy en un día, de hoy en un año, de hoy en un siglo, darán también las dos. ¿Dónde estarán todos los seres que conocemos y amamos? ¿Dónde sabios y mendigos, reyes y conquistadores, mujeres hermosas y galanes enamorados? ¿Dónde tú y yo?

Perseguimos la dicha, y la dicha es la muerte vestida de máscara, la muerte que se ciñe la clámide verde de la esperanza. Corremos tras ella, porque va cubierta con el antifaz de las ilusiones. ¡Un día se deja coger, se quita la careta, y nos enseña una calavera de polvo!

¡Duerme Madrid! La noche es el entreacto de la comedia de la vida. ¡Cada sol descorre un telón nuevo; llega la escena final; la muerte termina la función, y los cómicos se quitan los oropeles!

IV. CUENTOS

1
A NADIE[1]

A tí, que me apareciste anoche y me has abandonado ya.

A tí, que al apuntar el alba de este día brillaste en el cielo de mi existencia, y te apagaste al caer la última lágrima del rocío matinal.

A tí, que ya no existes.

A tí, que para mí eres *nadie*, que así me lo has dicho; que lo has querido así; que me buscabas, sin embargo, entre un torbellino de máscaras, porque me creías *alguién*; que me conoces tanto y tan desconocida me eres; que me encontraste para no encontrarme, haciendo de tu llegada tu despedida.

A tí, cuyas manos creo sentir aún dentro de mi hueca palma; cuya voz escucho en este momento, como si me hablara una sombra, lo que me hacía mirar en torno mío para no encontrarte, ni en la esperanza siquiera.

A tí, que ayer no eres, que hoy no eres, que mañana no serás, y que, a pesar de esto, eras ayer, eres hoy y serás siempre una idea de mí que vela en no sé qué frente y una idea mía que va no sé adónde.

¡A tí!

¿Cómo he de acostarme sin cumplirte la promesa que acabo de hacerte; esa promesa, lazo único que perpetuará el contacto de nuestras vidas?

Yo escribiré; tú leerás; he aquí todo.

Cojo, pues, la pluma antes que mis ojos dejen de verte y de escucharte mis oídos; ahora que aún volteas en las fantasmagorías de mi insomnio; ahora que creo todavía en que has existido. Cuando llegue la última hora de esta noche y venga sin tí la aurora de otro día, ¿qué podré decirte ya? Nada que palpite con tus palabras; nada que se parezca a la hora que has permanecido a mi lado.

---

[1] Alarcón escribió este monólogo romántico sólo quince días después de su humillante desafío con Heriberto García de Quevedo. Salió en *El Occidente* el 8 de marzo de 1855.

Voy a coordinar mis ideas, a reasumir nuestra entrevista, a tener conciencia de lo que me ha pasado, a dar al mundo una idea de las inmensidades que caben en sesenta minutos, a decirte en fin lo que pienso, lo que siento, lo que quiero desde que me dijiste "adiós."

Vagaba yo anoche por el teatro de Oriente, solo, aturdido, sin ideas, sin emociones. Ese trapo negro que veo ahí, sobre unos cuantos que tú has tocado, cubría mi rostro. Esta muralla de seda era una barrera inexpugnable interpuesta entre el universo y yo. El antifaz tiene de suyo que aisla confundiendo. Perdida la personalidad, forma una parte de un todo a que no pertenece. Homogeneidad para el mundo, que no veía en mí sino un máscara, como cualquier otro. Heterogeneidad para mí que vivía, egoísta y solo, encerrado en mi careta.

Alquien te dijo mi nombre, que ya conocías, y como el nombre es el rostro social del individuo, aunque nunca me habías visto, ni me veías entonces, llegaste a mí y me hablaste de mi vida; me citaste mis versos, juzgaste mis escritos políticos, me lisonjeaste en todo con frases de entusiasta simpatía, despertaste vivamente mi curiosidad, luego mi admiración, después mi respeto, y por último, una emoción inmensa, desconocida, de afecto, de gratitud, de fascinación, de fanatismo, de locura.

¿Quién eres? ¡Ah! ya ves que deliro. Tú no eres *nadie*, o mejor dicho, tu eres *nadie*, y has adoptado la negación por nombre.

Así te soñará mi escepticismo.

Pero, te preguntaré: ¿Quién eres? ¿Qué has sido? ¿Qué, no eres ya?

Recuerdo tus ojos melados, tu mano aristocrática, tus cabellos castaños, tu mediana estatura, la dignidad de tu acción, tu voz dulcísima, tu garganta torneada, tu gracioso y correcto decir, pero vuelvo a tus ojos.

Y aquí principia para mí otro mundo de confusiones.

Ni la hora, ni el tumulto, ni la música, ni la iluminación, ni los perfumes, ni el vértigo que nos dominaba a todos, ni la fiebre que cundía por el salón había logrado animar tu mirada.

¿Qué quiere decir esto? ¿De qué edad te me aparecistes, mujer incalificable?

Tu alta frente, no velada por el antifaz, era tersa, tu voz juvenil, tu talle delicioso; pero tus ojos estaban muertos.

Lo mismo podía ser tu mirada la de la adolescente que aún desconoce el amor, que la de la mujer cuyo corazón se hubiese apagado en las amargas olas de los desengaños, o acaso la mirada de la estatua de Pigmalión.

Sí; tu mirada tranquila, indiferente, reposada, estoica, como tu voz, como tu alma, hablaba contra tu juventud, contra tus ilusiones, contra tu dicha acaso. Ya te lo dije: tu tranquilidad era la muerte.

Pero si eras *nadie* para el sentimiento, ¿a qué fuiste a aquella orgía del alma?

Y no es esto todo; tu voz misma, tan pura y armoniosa, sonaba lenta

como el eco en la distancia. Tu palabra sosegada, dogmática, solemne, sentenciosa, parecía la severa doctrina de un anciano, cortada en frases, en máximas, en apotegmas, en conclusiones.

Pero aún no te he hablado de tu talento; aún no te he rendido a la faz de cuantos lean estas líneas el homenaje debido de admiración, de veneración, de pasmo por tu inconcebible sabiduría.

No los diversos idiomas que invadiste al descuido, no los muchos autores que citaste por incidencia y juzgaste de paso con una palabra sola, no tu memoria, para retener versos y frases de tantos y tan diferentes libros, nada de esto me maravilló como tu firmeza en la filosofía indiferentista que has abrazado, o como tu conocimiento de los hombres y de las cosas, o como tu fría, verdadera y concluyente apreciación del mundo, de las ideas, de los sentimientos, de las pasiones, de los delirios, de todo lo que existe, de todo lo que creemos que existe sobre la tierra.

Pero ¿qué pensaba yo decirte? ¿Qué te iba yo diciendo?

¿Qué me importa?

Tú me escuchas, y me basta.

Estoy loco.

¿Cómo no estarlo?

¡Ah! máscara, ¿qué me dijiste anoche?

Que me tenías afecto; que habías llorado últimamente por mí; que deseabas mi ventura; y me aconsejaste, y me hablaste de mis padres y de mi Andalucía, y buscaste las más recónditas fibras de mi corazón, y no deseaste ni por un momento ver mi rostro, ni mostrarme el tuyo, ni decirme tu nombre, ni indicarme dónde vivías, ni dejarme un recuerdo material de nuestro encuentro, ni adoptar un pseudónimo para mí, ni aceptar mi brazo, ni permitirme que te siguiera...

¿Quién eras, te vuelvo a decir?

—"Escríbele a *nadie* en cualquier periódico y yo te leeré."

He aquí tus palabras.

Y te fuiste, sin negar que volveríamos a vernos, sin ofrecérmelo, sin esperarlo, sin temerlo.

—La casualidad, dijiste, es la ley del mundo; dejemos obrar a la casualidad.

¡Ah! máscara... Tus ojos, tu mano, tu voz, tu frente, tu talle eran de hermosa. Mas ¿qué me importa tu hermosura?

¡Oh! no confundas las emociones que experimento con una sed de aventuras, con un galanteo, con una pasión súbita, o con lo que hubiera sentido cualquiera en mi lugar. No; tú has llegado a mi corazón de un modo más grande; tú has herido más vivamente mi imaginación; el amor fuera bien poca cosa al lado del susto, del afán, del respeto, del culto con que te recuerdo. A no conocer madre, te hubiese creído ella a pesar de tu juventud; a ser supersticiosa, ¿quién sabe lo que hubiera imaginado?

Escucha, máscara. Voy a cumplir veinte y dos años, y vivo solo en el mundo. ¿Por qué has querido hacerme tanto daño? ¿Por qué acercarte a la desgracia, si luego has de huir de ella? Eso es un dolor más, un desengaño nuevo; otra desesperación en la vida.

Tú has puesto una moneda en la mano de un mendigo, y se la has arrebatado después.

Busqué tu nombre entre las notabilidades literarias y me dijiste:

—*Nadie* soy para el mundo; *nadie* me conoce; mi nombre es ignorado; mi poca o mucha ciencia desconocida. Yo así lo quiero.

¿Recuerdas mi contestación?

—Si tú no tienes fama y gloria más que Safo, más que Hipatia, más que Teresa, te digo que el renombre de Homero y de Virgilio y de cuantos venera el mundo, es una ridícula usurpación hecha a los que como tú son dignos de la inmortalidad y se esconden en las sombras de la modestia.

—*Nadie* soy, has repetido.

¡*Nadie*! ¡En buen hora sé nadie para el universo entero; pero para mí, máscara, para mí lo eres todo!

Sí; tú eres la síntesis de my vida, la encarnación de mi destino, un símbolo de todo mi pasado.

Permíteme que te hable de mí, a quien acaso no conoces todavía.

¿Has visto, de noche, a la luna retratada en un torrente?

¿Has pensado en aquellas ondas que reflejan un instante no más el disco del astro melancólico y huyen para siempre?

¿Has pensado en lo horrible y desesperador que sería para la luz de la luna, si esa luz pensara como nosotros, ver que ninguna onda se para a devolverle el beso que ella le da; que todas las ondas la acogen por un momento, retratan su faz y la abandonan en seguida?

Máscara, ésa es la historia de mi existencia.

Todo ha pasado ante mí; nada me queda de lo que ha pasado; padres, hermanos, amores, amigos, todos huyeron de mí, o de todos huí yo: *nadie* va conmigo; ¡para mí, todo ha sido nada, *nadie*!

Por eso te digo que tú concretas la fatalidad de mis días.

¡Tú eres *nadie*! Esta palabra me ha herido de muerte. Me he encontrado cara a cara con mi destino y he visto una calavera en toda su espantosa desnudez.

¡*Nadie*!—Tienes razón.

He vivido tanto en tan pocos años, que lo he sentido todo, lo he sufrido todo, he pasado por todo; no hay placer que no haya apurado hasta amargarme con sus heces; no hay dolor que no haya sufrido hasta embriagarme con su voluptuosidad. He pasado alrededor de mi tumba como el antiguo asceta después de haberla cavado con mis uñas, como Byron. Quizás he caído en ella, y te hablo desde la nada; solo puedo decirte que no vivo en el mundo de los hombres hace mucho tiempo.

Mi carácter vehemente, improvisador, inquieto, devora mucha vida, muchos acontecimientos. Todo pasa por mí como un relámpago. Cuando algo se detiene, yo lo dejo atrás; es decir, yo no, mi destino, mi condición, mi predestinación, la casualidad, que tú dices, Dios, a quien tanto he buscado... ¡No sé! ¡No sé!

Ello es que corro como el torrente ante la luna, y sufro como la luna ante el torrente.

Al pie de Sierra Nevada hay un pobre cementerio cubierto de yerba y de cruces de madera. A la derecha de la entrada existe una poca tierra que ha tragado mis lágrimas por espacio de muchas noches. Pero, y *¿ella?* ¿Quién? ¡Ay!—Ya no es *nadie*. ¡*Ella* murió, y el secreto de mi amor quedó en mi corazón, en otra tumba!

Al lado opuesto de Sierra Nevada hay un hermoso cementerio, poblado de cipreses, de mármoles, de enverjados, de flores y de epitafios. No sé en qué sitio habrán sepultado la última esperanza de mi vida. Entre mis papeles hay uno en que se me dice que un ángel era ya *nadie*. Dime, máscara; tú, que también eres ya *nadie*, ¿crees que esas dos almas se habrán buscado en esas inmensidades donde ruedan los astros, se habrán reconocido y hablado de mí que tanto las amé? ¿O acaso eres tú alguna de ellas?

Pero, deliro, máscara.

Perdóname que sea poeta, y escúchame otro momento.

A la puerta de mi juventud hay una mujer sentada sobre la tierra, con el rostro sumergido en las manos y las manos caídas sobre las rodillas. Esa desventurada tiene mucho que llorar. *Nadie* somos el uno para el otro. Ella y yo hemos muerto ya.

Aquel es un altar; allá va la joven desposada; deshoja una flor; yo se la di; la recordaba un juramento, ya no le recuerda a *nadie*.

Así la dicha se me presenta en visiones cada vez más fantásticas, más impalpables. Primero un cuerpo sin alma; luego dos ángeles que suben al cielo; después palabras desvanecidas en el aire, y al fin un ser sin nombre, sin forma, sin origen, sin misión; ser velado, misterioso, indefinido, dudoso, vago; *nadie, nadie*.

Y así se desvanece todo entre mis manos; así vivo en un mundo de fantasmas, de recuerdos, de melancolías.

Soñé con la gloria, con la fortuna, con la dicha, y nada he conseguido.

La postración de mi espíritu ha sido el resultado.

He perdido el deseo, la ambición, el entusiasmo.

Ni investigo al cielo, ni pregunto al porvenir, ni quiero recordar el pasado, ni hago caso del presente.

¡Ah, yo también soy *nadie! ¡Nadie* para el mundo; *nadie* para mí, *nadie* para tí, *nadie, nadie!*

Se acaba el día; el papel en que te escribo blanquea como el mar al anochecer.

¡El día de hoy es ya nada, *nadie*!

Lo he pasado hablando con el vacío; ahora voy a soñar que sueño verte, a descansar de tanto delirio.

Adiós.

Cuando leas estas líneas incoherentes, desatinadas, incorrectas, como las ideas que tengo de tí, mándame algún pensamiento.

¡Mándamelo; que donde quiera que yo esté pensaré en tí sin duda alguna!

Y después que hayas leído, si eres dichosa, olvídame.

Pero si sufres, acuérdate de que daría mi vida por evitarte una lágrima.

26 de febrero de 1855

2
LA CRUZ DE PALO
NOVELA ROMANTICA[1]

I
UNA NOCHE DE PRIMAVERA

—¡Dik el Jorobado![2]
(Walter Scott)

Han pasado cuatro siglos desde que acaecieron los sucesos que vamos a referir. Los personajes, la aldea, el castillo, los bosques, todo lo que nombraremos, ha desaparecido de la faz de la tierra. Nada queda: amor, odio, venganza, tumba; todo lo ha tragado el olvido. Otros hombres, otra aldea, otras pasiones, otras costumbres encuéntranse hoy en aquellos lugares. El pasado es una sombra; el olvido una mortaja; los siglos capas de polvo.

Un viejo pergamino, sucio, arrollado, empolvado, ahumado, picado de polilla y roído de ratones habla hoy solamente de unos hombres y de unos acontecimientos que son ya lo que nosotros hemos sido; lo que nosotros tenemos que ser: nombres huecos perdidos en las generaciones.

En cuanto al pergamino, ha caído en nuestro poder; la historia es la siguiente:

---

[1] Este cuento romántico está fechado en Guadix (1852). Sin duda pertenece a la primera época de *El Eco de Occidente*. Alarcón volvió a publicarlo, no se sabe si en una versión alterada, en *El Mundo Pintoresco*, Vol. I, 1858, págs. 235–38, 243–44, 254–55, 258–59, pero no lo inserto en las *Obras completas*.

[2] El nombre Dik no existe en inglés. Es posible que Alarcón se refiera a Dick Ostler (el mozo de cuadra) en *Heart of Midlothian*. Este no era jorobado, pero sí manco y cojo.

En las márgenes del río Guadaira, media legua más al sur de Sevilla que el actual pueblecillo de Alcalá, que según Rodrigo Caro es la Hienipa de los antiguos, lindando con los dominios del ruinoso alcázar que aún vese cerca de esta población, y en la cumbre de una colina, había a mediados del siglo XVI un desmantelado castillejo a cuya falda se guarecían diez or doce malas casas y otras tantas chozas que habitaban los vasallos del señorío. La aldea, el señor feudal y la fortaleza tenían un mismo nombre; los tres llamábanse Guadalcázar.

Era una perfumada y bella noche del mes de abril. Esa misma luna que hoy resbala sobre nuestras frentes juveniles y que mañana plateará la cruz de nuestra sepultura, lanzaba indiferente su mítica claridad sobre la tosca fachada del castillejo, rielaba por las tranquilas ondas del Guadaira, iluminaba los tejados de la aldea, se deshacía sobre las copas de los árboles y se perdía en la perspectiva vagarosa de los valles y de los montes; las estrellas reverberaban el fuego de su eterna juventud, y una brisa húmeda aún y vigorosa, como la respiración del océano que la producía, llevaba en sus alas los mil perfumes y rumores de las benditas noches primaverales.

Ya habían sonada las once en el reló del castillo, y todo era silencio en Guadalcázar. En la fortaleza del caballero, como en la cabaña del pastor, reinaba la dulce paz del sueño.

Allá sobre una colina, que venía a elevarse a la misma altura que los balcones del alcázar señorial, y como unos cien pasos distantes de éste, de modo que el río corría por medio, destacábanse sobre el cielo, pues la luna se alzaba por detrás de esta colina, una pobre cruz de tosca madera y la figura de un hombre sentado a su pie. Fijaba los ojos este hombre en un balcón iluminado del castillo, dentro del cual se veían ir y venir dos o tres sombras que al cabo desaparecieron. Cerróse entonces el balcón y el desconocido se levantó al mismo tiempo.

Mas como quiera que volvió la cabeza hacia el oriente y le hirió de lleno el rostro la claridad de la luna, éste es el instante más a propósito para que le describamos.

Era muy joven, tanto que apenas tendría diez y ocho años, alto, arrogante y de porte desenvuelto. Su rostro descolorido, que hacía más pálido el astro de la noche, estaba rodeado de unos largos cabellos negros, cuyo desaliño era su primer encanto.

Había en los ojos y en la risa del mancebo tal mezcla de tristeza y alegría, de loca indiferencia y melancolía vaga que, después de estudiar su traje, no permitía dudar sobre la profesión y carácter de aquel niño. Seguramente era un estudiante, un juglar, un trovador, un poeta, o todas estas cosas juntas, puesto que ellas venían a ser una misma en aquella época. Y es que traslucíase en aquella fisonomía y aquel porte cierto no sé qué más ideal, más poético, más pensador que aquel siglo de supersticiones y barbarie.

Vestía una modesta ropilla negra, que parecía en él un soberbio traje,

gracias a la elegancia natural de su talle y de sus movimientos: una larga tizona pendía de su cintura, y en el suelo, cerca de él, veíanse formando grupo una capa negra, un ancho castor con pluma blanca y un magnífico laúd, cuyo lujo desdecía de la humildad de la capa y del sombrero.

Hemos dicho que el joven se levantó: púsose la capa y el sombrero; cogió el laúd debajo del brazo y se dispuso a marchar.

Antes de hacerlo dirigió una última mirada a la cruz que había cobijado sus meditaciones y leyó por centésima vez estas palabras grabadas en la madera:

MARÍA — 1530

—De esta noche no pasa, pensó el joven bajando de la colina, sin que yo averigüe la significación de ese nombre y de esa fecha. Parecen un epitafio, un padrón de dolor, la huella de un crimen, un juramento de venganza. ¡Qué sé yo! En la aldea lo sabrán. ¡María! y ¿quién es María? 1530. Si no me engaño, en ese año nací yo. ¡Eso es! treinta y diez y ocho son cuarenta y ocho. ¡Es casualidad!

En esto se embozó nuestro joven hasta los ojos y después de atravesar con resuelto paso el ancho madero tendido sobre el Guadaira por vía de puente, vino a ocultarse bajo la sombra de los torreones.

Poco tiempo después cualquier observador de vista perspicaz hubiera podido percibir cómo se abría aquel mismo balcón que el desconocido viera cerrarse cuando desaparecieron las sombras que cruzaban por el aposento. Pero es de advertir que ahora no se percibía luz en el interior del castillo, lo cual aumentaba el misterio de la figura blanca y silenciosa que apareció en el fondo oscuro del balcón. Esta aparición, que no podía ser sino la hermosa castellana Hermenegilda de Guadalcázar, merece que trepemos a la baranda de piedra donde se reclina, y nos hagamos cargo de su belleza, de sus pensamientos y de sus suspiros.

La única heredera del rico señorío era una niña de diez y siete años, hermoso cuerpo, rostro moreno y expresivo, ojos negros y apasionados, sonrisa triste, pero arrebatadora, bonitas manos y altivo porte. Era una de esas voluptuosas criaturas que engalana la naturaleza con los mil incentivos que hacen de la pasión un frenesí y del amor una locura.

Temblaba bajo su lujoso traje de seda blanco el elevado pecho de la niña, y su mano izquierda comprimía en su frente más de un desatinado pensamiento. Su mórbido brazo, cuyo redondo codo descubierto se apoyaba en la piedra de la balaustrada del balcón, experimentaba estremecimientos repetidos, y sus labios se comprimían frecuentemente con furor, con desprecio, con amor o con amargura.

Indudablemente agitábase una violenta lucha en el impetuoso corazón de Hermenegilda.

Abandonó su pensamiento a las emanaciones de aquella noche sublime que hablaba de amor en todos sus rumores y alimentaba el ansia de amor con todos sus perfumes; ebria de la vaga poesía que aquella luna vertía sobre el bosque; enajenada con el murmullo perezoso del río; extasiada ante la solemne reverberación de las estrellas, y agitada tal vez de un grato recuerdo que embellecía sus horas de monótona soledad, la virgen de Guadalcázar era presa en aquel momento de esos mil torrentes de anhelos, ilusiones y desvaríos que brotan de nuestra alma cuando aún nos hallamos a la puerta del templo fantástico de la vida.

Hermenegilda suspiró repetidas veces, y al cabo murmuró un nombre: Fernando.

Fue tan débil este sonido, que apenas lo articularon sus labios: mas fue tanta su dulzura, que ni el reclamo del ruiseñor, ni el llanto de la tórtola han formulado acento tan suave, tan embriagador, tan apasionado.

Al mismo tiempo y como respondiendo a aquella melodía del alma de la joven, escuchóse la vibración armoniosa de un laúd, que una mano desconocida templaba al pie del alcázar, donde más espesa era la sombra.

La niña palideció y se coloró de púrpura en menos de un instante; estrechóse una mano con la otra, y alargó su linda cabeza para escuchar.

Concluyó de templar el nocturno trovador, y empezó la introducción de un romance morisco.

Nada hay tan poético, tan lleno de indefinible melancolía como un laúd solitario en una noche de primavera, en Andalucía, uniendo las armonías que nos trajeron los moros de sus oasis a los himnos que la creación eleva al cielo con sus soñolientos rumores y balsámicos perfumes. Piérdese la imaginación en un vago éxtasis; surge en el espíritu el presentimiento de la eternidad; acuden las lágrimas a los ojos; hínchase de deseos el más marchito corazón, y deslízanse las ideas más allá del mundo positivo, a las regiones de un delirio inefable, infinito, inmenso como el porvenir de nuestra alma.

Mientras resonaban las cadencias de la entrada del romance, voló la imaginación de Hermenegilda por mil mundos de memorias y de esperanzas. Lloró a su madre que perdió en la niñez, la tranquila alegría de sus primeros años, los temores de su porvenir, la triste soledad de su corazón. Así fue que su espíritu, ávido de consuelo, recibió la siguiente canción como un rocío celestial.

Paloma solitaria
Que lloras en tu nido
Y elevas la plegaria
De algún desconocido
Vago anhelo,
Triste amor;
Ven y extiende por el cielo
Raudo vuelo.

¡Yo te adoro!
Ven y enjuga tú mi lloro;
Ven y serás el consuelo
De un infeliz trovador.

Los acentos patéticos de esta amorosa serenata, arrobaron de tal modo a Hermenegilda que, dejando de luchar con un sentimiento que hacía ya muchos días germinaba en su corazón, exclamó penetrando en su aposento y arrojándose en un magnífico sitial:

—Sí, ¡le amo! ¡le amo! ¡Dios mío! ¿Por qué no ha de ser libre mi corazón? ¿Por qué no soy la última villana de Guadalcázar? ¡Ah! ¡y cómo no amarle! Mañana hará quince días que le vi por primera vez. ¡Quince días de continuo rendimiento, en que ni una palabra, ni una mirada de consuelo he dirigido al que me libró la vida! ¡Ah! quienquiera que sea, ¡yo le amo!

Dirigióse la joven al balcón, llevada de un irresistible impulso, cuando oyó el ruido de dos hierros que se cruzaban en la orilla del Guadaira, y poco después un grito de dolor, de agonía, de muerte.

Hermenegilda sintió que se le helaba el corazón al escuchar aquel grito.

—¡Fernando! exclamó sin saber lo que decá.

—Hermenegilda, perdonadme! respondió una voz trémula de ventura.

Y la joven distinguió al trovador que se alejaba con el acero desnudo, sobre el cual reflejó tristemente la luna.

Pasó Fernando el río, y al poco tiempo viósele sobre la colina al lado de la cruz de palo.

Un momento después desapareció.

Hermenegilda cerró el balcón, temblando de júbilo y de miedo.

En aquel momento entró una anciana en la habitación.

—Señora, dijo.

—¿Qué ha sido eso, Leonor de mi alma? ¿Qué ha sido eso?

—¡Ay, señora! Que Fernando el trovador ha matado a un guardia del castillo. El señor, vuestro padre, le oyó cantar ese romance, y mandó a dos hombres que le arrojaran al río. Fernando se ha defendido, y ha matado al uno y desarmado al otro. ¡Jesús!

Hermenegilda exclamó:

—Leonor, mi padre va a ser la causa de mi muerte.

—Pero señora, si sabe ese joven la oposición que tiene vuestro padre a estos amores, ¿por qué es tan imprudente que os da una serenata cada noche?

—¿Y acaso le he hablado yo alguna vez para poder impedírselo? ¿No es bastante sacrificio amarle con todo mi corazón, y callar, y ocultarle que acepto sus rendidos homenajes? ¡Ah! Ya no volveré a verle después de lo que ha pasado.

—¡Dios mío! exclamó Leonor toda asustada; siento pasos en la galería. ¡Señora, señora, vuestro padre viene; tranquilizaos!

Abrióse la puerta en aquel instante, y apareció el señor de Guadalcázar.

Venía trémulo de furor.

La dueña de Hermengilda se retiró en silencio.

II
EL SEÑOR DE GUADALCAZAR

Guarda bien el oro; tráeme oro.
(Balzac)

Bermudo de Guadalcázar podría tener cuarenta años. Había sido un hermoso doncel y aún era un apuesto caballero. Una gran barba cubría la mitad de su rostro; sus grandes ojos negros estaban ya marchitos, y surcaban su ancha frente precoces y tortuosas arrugas; venía muy descolorido, y todo su semblante ofrecía un vigor y una fiereza que intimidaban.

Vestía con lujo, o mejor dicho con ostentación, y su altanero porte demostraba en él toda la infatuación propia de los hidalgos de la edad media.

Hermenegilda se levantó al entrar su padre, y le cedió el sitial.

Bermudo se sentó sin hablar una palabra.

Reinaron unos instantes de silencio. Conocíase que el padre no sabia cómo principiar la conversación, y era fácil leer en la frente de la hija la firme resistencia que se preparaba a oponerle.

De pronto, fijó el señor de Guadalcázar sus ojos en los de Hermenegilda, y dijo con voz pausada pero terrible:

—Esta noche ha muerto un hombre por vuestra causa.

—No os comprendo, padre mío, respondió la joven.

—Os lo diré más claro. Vuestro amante ha matado a uno de mis guardias.

La calma del castellano se estrelló en la inocencia de su hija.

—Señor, yo no tengo ningún amante, respondió tranquilamente.

—¡Hermenegilda! gritó Bermudo, levantándose; me faltáis al respeto mintiendo con ese descaro.

—Ni miento ni os ofendo, padre mío; Fernando el trovador me ama, pero no es mi amante.

—¡Ah! lo sabíais...

—Acaba de decírlo Leonor. Un hombre me ha dado una serenata; vos, en recompensa, mandasteis echarlo al río; se ha defendido; he aquí todo.

—¡Pero vos le amáis!

—Me ha salvado la vida.

—¡Es un aventurero!

—¡Es un valiente!

—¡Negad ahora que es vuestro amante! ¡Negad ahora que conspiráis contra el lustre de nuestra casa, Hermenegilda!

—Padre mío, amo a ese hombre, porque sabéis que con un denuedo increíble me libró de la furia de los lobos que nos sorprendieron hace quince días volviendo de caza; le amo porque me ama; porque es gallardo; porque es valiente; porque sus romances compiten con los de Juan de Mena; pero, sin embargo, os juro que ni es mi amante, ni será mi esposo. No puedo hacer más por el lustre de vuestra casa.

El caballero quedó desconcertado.

Luego exclamó:

—Si podéis hacer más: podéis casaros con el conde de Monte-alto a quien os tengo prometida.

—Yo no amo a ese hombre y sería una mala esposa.

—Lo sé; sé que no le amáis, pero no por eso seréis mala esposa. Hermenegilda, nosotros los que tenemos un apellido que conservar, debemos hacer violencia al corazón. Yo no amaba a vuestra madre cuando me casé con ella; yo también tuve que hacer un sacrificio.

—Lo sé, padre mío, respondió Hermenegilda.

El de Guadalcázar se puso lívido al oír esta respuesta.

—¿Lo sabéis?

—Sí, como lo sabe toda la comarca. Por cierto que esta tarde han vuelto a colocar una cruz sobre la tumba de María.

Bermudo se estremeció.

—¡Lo sabéis todo! dijo.

—Es la centésima cruz que se pone en la cumbre de la colina.

—¿Mañana desaparecerá!

—Pasado mañana aparecerá otra. ¡Oh! exclamó Hermenegilda; me dais la grandeza a trueque de un remordimiento. Padre mío, perdonadme si os he entristecido recordándoos vuestra juventud; pero se trata de la ventura de vuestra hija.

Anublóse más y más la frente del padre.

—Hermenegilda, dijo por fin, olvidad esa historia de María: mientras yo viva, se hará en mi casa mi voluntad. Os prohibo que volváis a hablarme de ese trovador, y os advierto que dentro de ocho días os será presentado el conde de Monte-alto, vuestro futuro esposo; no lo olvidéis.

Hermenegilda bajó los ojos ante la ardiente mirada de su padre, y murmuró,

—¡Oh! me sacrificáis a vuestra ambición.

—¡No!, sino que os consagro al lustre de vuestra familia, a vuestra ventura. ¿Pues qué? ¿Pensáis acaso que siempre os acordaréis de ese capricho infantil que ahora os hace desdeñar tan ventajoso enlace? Hermenegilda, el

tiempo es padre del olvido. Cuando seáis condesa de Monte-alto y vivamos en la corte...

—Lograréis vos casaros con la condesa del Olmo y obtendréis la...

—¡Basta! ¡No puedo permitir tamaña insolencia! No más razones; ésa es mi voluntad, señora, y mi voluntad ha de cumplirse.

Y hablando así, salió el caballero de la habitación de su hija.

Sigámosle.

Ha entrado en su aposento y se pasea agitadísimo; párase de pronto; toca un silbato y aparece un hombre como de treinta y ocho a cuarenta años, que por su traje parece ser el mayordomo del castillo.

—García, dice el señor de Guadalcázar, ¿se ha perseguido a ese aventurero?

—Sí, señor; pero sin resultado.

—¿No has averiguado quién es?

—Nada se sabe todavía de cierto.

—¿Dónde se alberga?

—Hasta ahora ha vivido en la aldea entre vuestros vasallos; pues ya hace más de quince días que apareció en la comarca. Después de lo ocurrido, no sé donde se albergará.

—¿Ha muerto ya Nuño?

—No señor; y hay esperanzas de que viva; la estocada perdió su fuerza al resbalar en el hueso y no ha penetrado mucho.

El castellano se paseó de nuevo.

Al poco tiempo se paró.

—Mi hija va a dar a los diablos con mis proyectos, dijo; conozco su carácter; no se casará. ¡Oh! esta idea me vuelve loco de furor. Tú me lo has dicho, García; estoy arruinado; ya no podría presentarme en la corte con el fausto que corresponde a mi apellido. Yo necesito que se verifique ese casamiento.

—Que engrandecerá a vuestra hija y a vos os dejará en el mismo estado, dijo el mayordomo.

—¡Delirio! ¿pues qué? ¿crees tú que ya no he pensado en eso? Otras son las ventajas personales que me resultan de llamar mi yerno al conde de Monte-alto. La condesa del Olmo es opulenta y bellísima, me ama y sólo un ligero compromiso con el futuro esposo de mi hija la impide darme su mano con sus riquezas y su nombre. Cásese Hermenegilda, y volveré a ser poderoso y feliz; de lo contrario estoy arruinado, escondido para siempre en estos torreones, ¡Es preciso que mi hija olvide esos amores!

—Yo encuentro un medio.

—¿Cuál?

—Que el trovador muera.

No conseguiremos nada, García; tú no conoces a mi hija; sospecharía de nosotros y se mostraría más rebelde que nunca.

—Puede remediarse también ese inconveniente.

—¿Cómo?

—Obliguemos a ese joven antes de su muerte a que escriba a la señora una carta de despedida, diciéndola que se va de España, y que desesperando de verla su esposa, le devuelve sus juramentos si algunos ha hecho.

—Me parece bien. Sí, una vez perdida esa esperanza, es posible convencerla, pero ¿cómo apoderarnos de ese joven?

—Es muy sencillo.

Don Bermudo no pudo menos de admirar el talento de su mayordomo.

Este, que llevaba veinte años de aquella especie de servicios, comprendió la sorpresa de su amo y se sonrió.

—Escuchad, dijo; ese joven es temerario y volverá a rondar el castillo; yo saldré con un fingido mensaje de la señora en que le dirá que quiere hablarle por primera y última vez; los enamorados son ciegos como sabéis; el mancebo no verá el lazo; asistirá a la cita. Me presento yo a recibirle con cuatro hombres de provecho, y negocio concluido.

—Perfectamente; hablemos de otra cosa; murmuró don Bermudo queriendo dominar su agitación.

—Esta noche he observado...empezó a decir el mayordomo.

—Ya lo sé; interrumpió don Bermudo; esta noche ha vuelto a aparecer una cruz sobre la tumba de María. Daría mi más hermosa joya por saber cuál de mis vasallos es el insolente que así me insulta; porque, no lo dudes, García, esa cruz es una eterna acusación de la disimulable de las faltas. ¡Ochenta cruces llevo derribadas, y sin embargo ya ves que aún se reproducen como si un poder sobrenatural las hiciera salir de la tumba de aquella mujer! ¿Quién puede complacerse en mantener vivo ese recuerdo?

—En verdad os digo que ni lo sé ni nunca he podido averiguarlo. Ya sabéis que sospechamos al principio de Gonzalo, que fue amigo de María, pero sin duda no es él, puesto que mientras le tuvimos preso, apareció otra cruz con ese mismo lema: María—1530.

—Mil quinientos treinta, murmuró Guadalcázar; ya tendrá diez y ocho años mi Hermenegildo.

—¿Y sigue en Galicia? preguntó el mayordomo a fin de distraer al caballero.

—Sí, nunca la abandonará; allí al lado de mi hermano, será más feliz con una modesta vida, que lo fuera aquí en el alto lugar que le pertenece. En la última carta que recibí de Alfonso, me elogia mucho el talento de Hermenegildo. Se queja de que su genio es desencadenado, vehemente, soñador, y teme que consagrándole a la iglesia tengamos luego un Arzobispo de Luna. Mi única

ambición acerca de él es que ignore siempre su nacimiento y suceda a mi hermano en el curato. Por lo que hace a Hermenegilda, a esa rebelde hija que pretende oponerse a mis proyectos...

Don Bermudo empezó a enfurecerse de nuevo y paseó mucho tiempo murmurando frases ininteligibles.

El mayordomo esperaba de pie que su amo le mandase marchar.

Bermudo le hizo al fin una seña.

El señor de Guadalcázar quedó solo.

Entonces tomó su fisionomía una expresión indefinible de miedo, de terror a sí mismo, o de arrepentimiento. Llegóse lentamente al balcón y le abrió de par en par.

Ya hemos descrito la hermosura de aquella noche de primavera.

Quedóse abismado el ambicioso en una honda meditación; luego fijó maquinalmente los ojos en la colina de enfrente, sobre la cual vertía la luna torrentes de blanca claridad, y al contemplar aquella cruz que se destacaba sobre el estrellado cielo, hinchó un suspiro su pecho atribulado.

Los remordimientos levantaron sus cabezas de serpiente y empezaron a despedazarle el alma; la naturaleza augusta en aquella noche de bendición no había podido menos de hablar de un Dios y de otra vida al empedernido corazón de aquel hombre.

—María, Hermenegildo, murmuraron sus labios involuntariamente; y la armonía misteriosa de aquellos nombres le inundó de mayor tristeza, pero al mismo tiempo le consoló, porque le hizo llorar, y las lágrimas son a veces la hiel que emponzoñaba nuestro corazón.

Sin embargo, Bermudo de Guadalcázar no durmió aquella noche.

III

¡POBRE MARIA!

> Tenía bonitos dientes y gustaba de reírse para enseñarlos; y es sabido que muchacha que ríe está muy expuesta a llorar; los buenos dientes echan a perder los buenos ojos.
>
> (V. Hugo)

Era la noche siguiente a la en que sucedieron las escenas que hemos descrito. Negros nubarrones venidos de occidente habían encapotado el cielo, y una lluvia menuda y fría anunciaba el principio de uno de esos temporales repentinos que tan peculiares son del mes de abril y del suelo andaluz.

La oscuridad era densísima; la hora, las nueve de la noche, y todo era soledad y sueño en los dominios de Guadalcázar.

En el aposento de Hermenegilda se percibía luz al través de los vidrios.

En la aldea veíase también iluminada una sola ventanilla situada frente

por frente de aquel balcón: mas como en las casas del miserable pueblo no había ni vidrios ni cortinajes, distinguíase muy bien la cabeza de un hombre asomado a la ventana, cabeza sombría que se destacaba vigorosa como un perfil de Rembrandt en el fondo luminoso del aposento.

De pronto se acercó otra cabeza a la mencionada y ambas miraron al castillo.

Oigamos su conversación.

—Convenceos, señor; todavía no se han acostado en la fortaleza: si queréis cantar siquiera media copla, esperad a que sea más tarde.

—Esperaré, dijo el otro.

—Vais a tener un nuevo lance.

—Ya lo sé; pero volveré a oír su dulce voz. ¡Oh! ella me ama; ella sabe mi nombre; ella teme que yo muera; soy feliz.

Y él que así hablaba dio dos o tres pasos hacia el interior del aposento.

El otro cerró la ventana.

La luz de un mal candil dio en sus rostros.

Eran Fernando y un campesino.

Este campesino, que podría tener treinta y ocho años, era notable por la vaga tristeza de su semblante; leíase allí una delicadeza de sentimiento o de sufrimiento, impropia de la gente de su clase; indudablemente o aquel hombre era de más alta alcurnia que aparentaba, o estaba trabajado por la mano del dolor; de aquí se deduce que, según nosotros, el dolor refina las inteligencias.

Fernando atrajo al campesino junto a dos toscos asientos y le dijo:

—A propósito, Gonzalo, mientras es hora de que yo me marche, vas a contarme una historia que seguramente has de saber. Anoche subí a esa colina que llamáis la Cruz de Palo para divisar desde allí el castillo de Hermenegilda, y he visto en la cumbre de aquella eminencia la misma cruz que tú labrabas anteayer tarde encerrado en esta habitación; la he examinado y he leído estas palabras misteriosas: María—1530.

Desde las primeras palabras de Fernando habíase marcado más la melancolía en el rostro de Gonzalo; luego movió la cabeza con angustia y repitió como un eco de su alma.

—¡Pobre María! ¡Ay! María es toda una historia. ¡María es la luna de los pastores, la virgen del valle, la reina del Guadaira, la mártir de la virtud! ¡María, ese nombre es la historia de mi vida! Escuchad:

María no era más que una infeliz villana, una muchacha que llegó a los diez y seis años insensiblemente y se puso tan hermosa que era el asombro de la comarca.

¡Si la hubierais visto con su cántaro en la cabeza, y su zagalejo azul, y su pañolillo blanco, y sus zapatos de piel, y sus medias de los días de fiesta, con su delantal pequeñito y su flor silvestre en la cabeza! ¡Si hubierais visto a aquella hija de los campos, tan blanca como la leche, tan colorado como una manzana

criada al sol, con aquellas carnecitas tan delicadas y finas como robustas y saludables, con aquellos ojos que chispeaban como dos luceros, con aquella risa de candor y de inocencia que dejaba ver dos hileras de dientes que hubiera envidiado una emperatriz, con aquella pequeña mano, dura por el trabajo, con aquel piesecillo que no se veía en el baile! ¡Pobre María! ¡Qué hermosa era! ¡Allí no había nada postizo; allí no había más que una hija de nuestra selva, tan pura, tan virgen, tan hermosa, tan inocente como la luna de nuestras noches de enero! ¡Voto a sanes! Os juro por mi vida que me enamoré de ella como un animal, y que hubiera dado mis doscientas cabezas de ganado, por haberme atrevido a decirla: ¡Me estoy muriendo por ti, Maruja! Pero ¡qué diantre! Aunque María era de mi misma clase e hija de un labrador como yo, nadie se creía igual a ella. Sabía la pobrecilla decir unas cosas tan bien coordinadas, que era cosa de estarla oyendo días seguidos con la boca abierta. ¡Y vaya su merced a ver! ¿Qué sabía ella? Cuatro palotes de escribir, y leer la doctrina, porque el señor capellán (Q.E.P.D.) se la enseñó de chiquilla. Pero ¡ca! Y unos sentimientos tan leales que nos hacía llorar de alegría. Ibamos a comer y pasaba un pobre. ¡Que si quieres! O comía el pobre con nosotros en mesa redonda, o no comía ella. Que reñía su padre con algún labrador que le había hecho un daño; ya estaba María inventando un beneficio que hacerle al enemigo de su padre para que se acabara todo. ¡Vamos! en una palabra: era lo mejor que ha salido de esta aldea. Por eso Dios se la llevó tan pronto.

Cuando María entró en los diez y ocho años, empezó a ponerse triste. ¡Ya se ve! La pobrecilla necesitaba querer a alguién, y nosotros éramos unos brutos que no la merecíamos. Por eso todos la adorábamos y no le decíamos una palabra.

Por las tardes solía irse sola a sentarse en lo alto de la colina, allí, ¡donde ahora está enterrada! Le gustaba ver la puesta del sol y la salida de las estrellas. ¡Siempre estaba con esas tonterías a pleito! Pues señor, una de esas tardes volvía del monte el actual señor de Guadalcázar, que entonces acababa de heredar el señorío por muerte de su abuelo don Alfonso, y se encontró a la zagala.

Yo no sé lo que le diría. El caso es que estuvo más de media hora hablando con ella. Yo lo veía desde la orilla del río, y por cierto que cada vez que la muchacha se ponía colorada hasta los ojos, me daban ganas de echarme al agua.

Se acabó; el milano había visto a la golondrina. ¡Desgraciada! ¡Murió su dicha, su virtud, su inocencia y su ventura! El señor de Guadalcázar bajó a la aldea con frecuencia y sucedió con Maruja lo que sucedería a una rosa si el sol se acercase a ella. ¡Se abrasó!

(Al llegar a este punto Gonzalo lloraba como un chiquillo.)

Primero vimos a la muchacha, llorosa, confundida, meditabunda; luego, después de unos días, recobró su alegría, su ligereza; ya no se anublaba su

frente; sonreía a todas horas. ¡Pobrecilla! ¡Era muy feliz! ¡Estaba soñando! Al poco tiempo se puso muy pálida y lloraba mucho. En seguida supimos...

(Aquí tuvo que hacer una pausa el campesino para refrenar sus sollozos.)

Por entonces bajaba don Bermudo con menos frecuencia a la aldea. El padre de María (la madre se había muerto) era un pobre viejo que nada veía de aquello; pero las muchachas, que siempre son malas y habladoras, empezaron a señalarla con el dedo. ¡Hasta tuvo alguna que se rió delante de ella! Entonces la infeliz deshonrada levantó su frente con orgullo, y dijo a los murmuradores:

—¡Bien! ¡No me importa! ¡El señor de Guadalcázar se va a casar conmigo!

Todos se rieron de ella.

Al oír aquellas risas nació la primera desconfianza en el alma de la joven: encerróse en un silencio absoluto y no se presentó más delante de sus amigas.

Una noche, todavía era temprano, serían las ocho, yo había estado trabajando con el padre de María en sus labores y había vuelto del campo algo cansado; me tendí debajo de una mesa de su casa para esperar al viejo, y seguro de que allí no sería pisado, procuré dormirme.

Ya lo había conseguido, cuando oí la voz de María en el cuarto inmediato.

Creo inútil deciros que me despabilé.

—Aquí no nos sorprenderá nadie, decía la pobre muchacha.

—Y bien, ¿qué quieres? preguntó una voz, en la que reconocí la del señor de Guadalcázar.

—¡Y vos me lo preguntáis! ¡Hace un mes que apenas venís a verme, cuando sabéis que os amo tanto!

—Ya conocerás, María, que mis ocupaciones...

—¿No teníais las mismas antes? Pues bien; antes veníais todas las noches.

—Antes, murmuró el joven. ¡Bah! ¡ya lo creo! Y bien, María, ¿a qué vienen esas lágrimas? ¡En verdad que eres inoportuna!

—¡Ah! no te enfades, Bermudo mío, respondió la cuitada. ¡Pero me han dicho una cosa que me horroriza!

—¿Qué te han dicho?

—Que tú no te casarás conmigo.

Bermudo no respondió.

—¡Callas! dijo ella. ¡Ingrato, dime que mienten!

—No, María, dijo el noble señor con voz solemne. Tiempo es ya que salgas del alucinamiento a que yo te he inducido.

Un grito desgarrador brotó del pecho de María.

Yo me arranqué los cabellos en la oscuridad.

—María, ¡tranquilízate! prosiguió el joven.

—Vos, señor, balbuceó ella con acento sombrío; vos me lo habéis

jurado. Al robarme mi honra, que era mi único tesoro, me ofrecisteis casaros conmigo, ¿no es cierto?

—Sí; pero me cegaba el amor que te profesaba.

—¡Ah! ¿con que ya no os ciega? ¿Con que ya no me amáis? Os agradezco, señor, que me habléis con tanta claridad, me alegro...

No pudo continuar; un torrente de lágrimas brotó de su corazón y le cortó la palabra.

—No seas así, dijo Bermudo. Llevas las cosas al extremo; yo te amo todavía y nunca te abandonaré; yo velaré por tu hijo, por nuestro hijo, y a tí te colmaré de riquezas; dejarás esta cabaña...

—Basta, señor, exclamó la villana con tanta dignidad, que dominó al desalmado joven; yo desprecio ese oro que me ofrecéis, porque no por eso quedará reparada mi reputación. Puesto que no me amáis, cumplidme vuestro juramento, casaos conmigo y yo me alejaré para siempre de vos; me iré con mi hijo adonde nunca me veáis, ya que tan enojosa os va siendo nuestra presencia.

—María, tú deliras, replicó él de Guadalcázar con cruel dulzura. Yo tengo que velar por el lustre de mi casa y unir a mi estirpe otra estirpe noble, a mis riquezas otras riquezas, a mi nombre ilustre otro nombre que no le desmerezca. Tiempo es de que lo sepas; nuestro matrimonio es ya imposible, porque acabo de contratar mi enlace con la heredera de Guerri, y se verificará dentro de breves días.

María recibió sin replicar este último golpe.

Aquel silencio horrorizó a Bermudo, que balbuceó esta frase tímidamente.

—¡Ya ves que lo exige el honor!

María dio una especie de rugido.

—¡El honor! dijo. ¿Sabéis vos acaso lo que significa esa palabra? ¡Pues qué! ¿No vale el mío tanto como el vuestro? ¿Y no mancillasteis mi honor, que era mi vida?

—¡Cálmate!

—¡No me calmo! Dios se enfurece conmigo, porque para Dios somos iguales. ¡No! ¡Tampoco! Para Dios sois más miserable, más pequeño, más humilde que yo, ¡porque sois un infame! Dios no reconoce esas mezquinas preocupaciones de nobleza y de estirpe, que os hacen creer a unos hombres que podéis hollar el honor de los otros.

—¡Basta! te digo yo a mi vez, ¡villana! Harto he oído tus necedades. Poco me importa que apeles a Dios o a los hombres. ¿Cuándo imaginaste ocupar el lugar de la que me dio el ser en el alcázar de mis abuelos? ¡Locura! En cuanto al hijo que llevas en tu seno, yo me encargaré de él; mi mayordomo te dará cuanto oro necesites. Adiós.

—Id con Dios, caballero, replicó la pobre niña, temblando de rabia y de desesperación. Id con Dios y no penséis en vuestro hijo, porque ya no os

pertenece ni os necesita; yo le criaré enseñándole a odiar a su indigno padre, y algún día, no lo dudéis, será mi vengador. ¡Casaos, casaos con esa ilustre señora; llegará un día en que mi sombra y la voz del hijo de mis entrañas se eleven entre vos y ella! ¡Ay entonces de vuestra dicha! ¡Señor! no lo olvidéis! ¡Dios me vengará!

Don Bermudo, dominado por aquella amenaza, murmuró maquinalmente:

—María.

—Id, señor, gritó la pobre madre; yo también os aborrezco, ¡dejadme!

Y se salió del aposento como una loca.

Yo volé en su busca horrorizado de lo que acababa de oir.

El señor de Guadalcázar se volvió a su castillo.

—¡Pobre María! exclamó Fernando enternecido por esta relación.

—Aun no conocéis la mayor de sus desgracias, replicó Gonzalo, escuchadme otros momentos.

IV
GONZALO

Y yo a mi Elisa amada
fui compañero acaso
la tarde en la ciudad que fiesta había.

(Meléndez)

Escuchaba Fernando a Gonzalo con un interés inmenso. Olvidábase de su amor, de su serenata, de todo, para seguir con el corazón la patética historia de María. Bien es cierto, que el campesino la contaba con la efusión propia de un amante, y con la tristeza peculiar de un desterrado que refiere las bellezas de su país que no deberá ver ya nunca.

—Prosigue, dijo el trovador; convénceme aún más de que el señor de Guadalcázar es un infame ambicioso, capaz de sacrificar a su hija como sacrificó a la pobre María.

Un relámpago de odio profundo, inveterado, oculto por mucho tiempo en el corazón, brilló en los ojos de Gonzalo.

—¡Ay! murmuró. ¡Yo soy el único que conoce el fondo de ese alma de cieno! ¡Y sin embargo, he tenido que disimular mi odio por espacio de diez y ocho años! ¡Ay, joven! guardaos del señor de ese castillo; porque no tiene en su alma otro sentimiento que el egoísmo y la ambición. Escuchad, escuchad y veréis en la historia de María el más horrible rasgo de ese monstruo.

Quedó sola María entregada a su desesperación, y el seductor infame volvió a su guarida. Bien sabe Dios que desde entonces fui un hermano para la infeliz. Ella no salía a ninguna parte, porque ni hubiera encontrado compasión

ni podido soportar las burlas de las aldeanas. Vivía encerrada, pensativa, silenciosa, ocupada solamente en preparar la ropa para el que había de nacer. Yo la consolaba o lloraba a su lado; la decía que sería un padre para su hijo y un hermano para ella. Entonces se sonreía con tristeza y me decía: ¡Tú eres el único que me ha amado! Yo le hablaba entonces de otra cosa.

De este modo pasaron algunos meses; durante ellos acontecieron dos cosas que influyeron mucho en la tristeza de la joven.

Su padre, el viejo labrador, bajó al sepulcro bendiciendo a su hija, de quien no sospechaba que hubiese mancillado la honradez de sus canas.

María no derramó una lágrima por la muerte de su padre; preveía la suya. Sin embargo, la bendición del anciano le pareció un escarnio horrible de sus remordimientos.

El otro suceso la hizo aún más impresión. En esto conoceréis su alma.

Un día recibió una visita del mayordomo del alcázar, que le traía un hermoso atillo y una bolsa de dinero.

María rechazó indignada ambas cosas, y dijo al mayordomo:

—Decid a ese hombre que su hijo no querrá mañana agradecerle nada, puesto que ha de ser para él el azote de Dios, y que yo desprecio ese oro como al que me lo envía.

Ya partía el mensajero con esta contestación, cuando tuve yo la imprudencia de preguntarle.

—¿Porqué se marcha el señor con la mayor parte de su servidumbre?

—Será por pocos días, respondió él; pasado mañana dormiremos en Archidona, donde se celebra la boda del amo con la heredera de Guerri, y dentro de ocho días será la entrada de los esposos en el castillo de Guadalcázar. ¡Se prepara una gran fiesta!

El infame mayordomo pronunció estas palabras en voz alta, porque odiaba a María que no le quiso escuchar en cierta ocasión, antes de sus amores con don Bermudo.

Al oír la desventurada aquella noticia se quedó más blanca que la cera. Yo corrí a socorrerla y cayó en mis brazos desmayada.

—¡Le quiere todavía! murmuré para mí. Esta muchacha se nos va a quedar entre las manos.

María estuvo en cama ocho días, en los que la cuidé con la solicitud de una madre.

El día que se levantó fue el mismo de la entrada del señor de Guadalcázar y de su nueva esposa en el castillo.

María se empeñó en asistir a aquella solemnidad, y fueron inútiles mis razones en contra.

Viendo que no había otro remedio, la di el brazo y fuimos a pasearnos por el camino que debían atravesar los esposos para venir de Archidona.

Nunca olvidaré aquel paseo, el último que dio la infeliz.

Hacía una tarde tan hermosa que daba gusto de estar en el campo, y sin embargo, María y yo la veíamos al través de un velo de luto, temblando como dos azogados.

Llegó al fin la comitiva; pasaron muchos señores y detrás aparecieron en magníficos caballos los señores de Guadalcázar. Venía don Bermudo radiante de dicha y su esposa, la madre de Hermenegilda, radiante de hermosura; era una haba que Dios partió con vuestra adorada.

María me arrastró a pesar mío; se colocó casi entre los caballos y quedó allí, mirando fijamente a su seductor. Este la divisó y se puso muy pálido, picó su caballo, todos hicieron lo mismo, y pronto desaparecieron dentro del alcázar, a cuya puerta se agolpó todo el pueblo.

María y yo quedamos solos en el camino.

—Me siento mala, Gonzalo, me dijo con voz tranquila; vámonos a casa.

Yo la obedecí.

Aquella noche dio a luz un niño.

Al día siguiente no pararon de repicar las campanas del castillo, y por la noche hubo gran fiesta, a la que asistieron todos los nobles de la comarca.

No celebran el nacimiento del hijo, sino la traición del padre.

María y yo pasamos la noche solos, acariciando al recién nacido y rogando a Dios por su ventura.

A eso de las once me obligó María a que me acostase, porque nada había dormido la noche anterior; yo me resistí, pero el sueño me obligaba; y como la joven parecía estar buena, me tendí en una estera a los pies de su cama.

No había hecho más que dormirme, cuando creí escuchar el ruido de un mueble en el primer cuarto de la cabaña. Me levanté, fui allá, y distinguí a un hombre que en aquel momento huía por la ventana que era muy baja y daba a los corrales.

Me arrojé tras él; pero no bien salté a la calle cuando salieron dos hombres de la oscuridad y me cogieron por los brazos.

Estaban enmascarados.

—¿Dónde vas? me dijo uno de ellos.

—A pillar a ese ladrón que asalta de noche mi cabaña.

—Vete adentro; nada te han robado; vuelve a dormirte y no hables una palabra de cuanto has visto.

—Pero yo, murmuré lleno de miedo, y previendo también alguna grande infamia.

—¡Basta! repuso el otro embozado. O entras o mueres, y ponemos fuego a la cabaña.

Yo pensé en María y no vacilé; salté de nuevo a la ventana y me dirigí a la alcoba.

Un horroroso grito salió de ella al mismo tiempo.

—¡María! ¿qué es eso? exclamé.

—¡Mi hijo! ¿Tienes tú mi hijo?

—Yo, no, respondí, adivinándolo todo.

—¡Me lo han robado!

Esta frase reventó de su pecho de un modo tan desgarrador, que me lancé a la cama temiendo que en el estado de María hubiera dado lugar a cualquier catástrofe.

Así fue; la luz de una tea que yo acababa de encender, cayó sobre el rostro exánime de la madre. Estaba más blanca que las sábanas que la envolvían.

—Me muero, balbuceó; Gonzalo, mi hijo...

Dio dos o tres boqueadas y expiró.

Yo caí trastornado contra el suelo.

El fresco del día me despertó.

Bamboleándome como un fantasma, avisé al capellán del castillo. Bien comprendía yo que el señor de Guadalcázar había sido el autor de aquel robo que costaba a María la vida, y por consiguiente creí inútil contar lo que había visto. Así es que en la partida de sepelio de la infeliz consta que murió de aborto. De este modo quisieron borrar las huellas del nacimiento de aquel hijo.

A fuerza de muchos ruegos conseguí que María fuese sepultada en la cumbre de aquella colina, donde empezó su perdición. Esto era darla por muerta desde que conoció a su seductor, y echando así al olvido el último año de su vida y dándola así por muerta desde que dejó de ser pura, comprenderéis que María vive virgen en la memoria de cuantos la conocieron y que su infamia es una especie de martirio que sublima más su virginidad. Tal se comprendió mi intención por toda la aldea, mediante ese instinto de admiración que tiene la virtud para apreciar cualquier sentimiento delicado; por eso desde entonces, hasta las mismas que se habían burlado de la villana, vertieron lágrimas por ella, y fue uno el grito de todos los corazones:

¡Pobre María!

El señor de Guadalcázar, que era el alma menos delicada de las cercanías, fue el único que no comprendió aquella alusión a su inicuo proceder.

Desde que murió mi adorada, no pensé más que en una cosa: en encontrar a su hijo. Corrí mil veces toda la comarca; pregunté, indagué, di todos mis ahorros por tropezar con la nodriza que le criara! Pero fue inútil; nada pude averiguar. En el castillo era imposible que estuviera; luego era seguro que lo habían llevado a remotas tierras.

Entonces renuncié a esta esperanza; pero otra, aterradora y siniestra, se levantó en mi corazón: ¡matar al señor de Guadalcázar!

Arraigó esta idea tanto en mi alma que me temí a mi mismo; previ las consecuencias; oí los gritos de mi virtud que reprobaba el asesinato; conocí que cara a cara no lucharía conmigo el noble caballero, y para librarme de aquella tentación, huí de estos sitios.

Antes de irme, coloqué una cruz sobre la tumba de la joven con esta inscripción: María—1530.

Tres años vagué por el mundo; la miseria, la pobreza, el hambre me volvieron a traer a este valle, donde nunca hubiera querido tornar.

La cruz había desaparecido.

Entonces puse otra y otra y veinte; se sospechó de mí y me prendieron; pero Dios, ¡Dios seguramente! vino en mi ayuda. ¡Mientras yo estaba preso, apareció otra cruz con la misma inscripción!

Nunca he sabido quien la puso, pero es lo cierto que mis verdugos creyeron estar equivocados y me dejaron en libertad.

Desde entonces no ha faltado nunca una Cruz de Palo en la cumbre de aquella colina.

—¡Aquí tenéis la historia de la pobre María!

Luego que Gonzalo concluyó de hablar, levantóse Fernando y paseó mucho tiempo por la habitación. Tenía gana de llorar. ¡Lloró! Aquella historia le había conmovido mucho, porque él también era desgraciado.

Complacióse en buscar con la vista el sitio que debió de ocupar el lecho de María; abrió la ventana y divisó a lo lejos la cruz herida por los rayos de la luna, que se escapaba penosamente de entre una cárcel de nubes; fijó luego sus ojos en el castillo, y murmuró unas ininteligibles palabras.

El reló dio las once.

El aventurero se embozó en su capa; calóse el sombrero; cogió el laúd, y tendiendo una mano a Gonzalo, le dijo:

—Eres un hombre de bien. ¡Adiós! Si no volvemos a vernos, ¡qué diablo! será señal de que alguno de los dos tiene la dicha de estar al lado de María. Nunca olvidaré que has desafiado las iras de ese monstruo albergándome en tu choza contra su mandato expreso. Adiós, Gonzalo.

—Adiós, caballero, y él os guíe.

Se abrazaron el trovador y el campesino, y aquél salió de la cabaña.

Gonzalo le miró partir con un inefable sentimiento de tristeza.

Asomóse a la ventana y le vio acercarse al castillo con paso resuelto.

—¡Infeliz! murmuró. ¡Tal vez caminas a la muerte!

V
HERMENEGILDA

—Isolina...
—Parti...Addio...
—Questo e dunque il bacio stremo!
* * * * *

Llegó Fernando al pie del castillo.

Si la noche no hubiera estado tan lóbrega y la luna hubiese campeado libre por el cielo, era fácil que nuestro trovador hubiera visto una sombra

silenciosa y recatada que le siguió desde la cabaña a la fortaleza; hubiera visto a esta sombra hacer una seña a otras cuatro acampadas en la margen del Guadaira, y finalmente, hubiera observado, como después de pasar el joven por el madero de que ya hemos hablado, aquellos cinco incógnitos arrojaron el rústico puente al fondo de las rugientes ondas dejando así cortada la fuga al atrevido rondador.

Entre tanto y sin cuidarse de la causa de aquel estruendo que acababa de sonar, atribuyéndole tal vez al desprendimiento de una roca de las que formaban el cauce, requirió nuestro enamorado su tizona; vio que su puñal estaba en su cinto; tercióse la capa y templó su laúd.

En aquel momento otra sombra, que no era ninguna de las que hemos descrito, se arrastró como una serpiente por debajo de unos matorrales y se acercó al trovador.

—Silencio, murmuró el hombre que se arrastraba.

—¿Quién vive? gritó Fernando sorprendido, y soltando su laúd y desenvainando su espada.

—Amigo.

—¿Quién sois?

—Vengo de parte de la señora de Guadalcázar.

—En efecto, era un pajecillo que podría tener unos catorce or quince años; no era un asesino.

Fernando se estremeció de alegría y envainó su acero.

—¿Qué quieres? murmuró, cogiendo una mano al adolescente.

—Que me sigáis.

—¿Cómo?

—No hay tiempo para explicaciones; peligra vuestra vida; huyamos.

Y cogiendo de una mano al trovador, le llevó en pos de sí.

Dieron la vuelta al castillo y el paje se paró delante de una pequeña puerta; sacó una llave, abrió, y tomando una linterna encendida que se hallaba en el primer peldaño de una escalera de caracol:

—Seguidme, volvió a decir.

Fernando entró sin vacilar.

El paje cerró la puerta con llave.

No sabía nuestro joven qué pensar de aquella aventura; parecíale un sueño que Hermenegilda le hubiese buscado de aquel modo, y el presentimiento de que acaso iba a verla hacía saltar acelerado su corazón.

Al fin de la escalera había una galería; al fin de la galería una puertecilla que dejaba escapar una tenue claridad, y detrás de aquella puerta estaba Leonor, la dueña de Hermenegilda.

—Seguidme, dijo la fiel confidente de la rica heredera.

El paje se retiró, porque había terminado su cometido.

Fernando avanzó resueltamente.

Atravesaron varios salones, y abriendo la dueña una puerta de cristales y

alzando luego un tapiz, hizo una seña al trovador para que entrara.

Así lo hizo éste; cayó el tapiz detrás de él y se encontró solo en un lujoso aposento.

Abrióse una pequeña puerta colocada con disimulo en el fondo de la estancia y apareció Hermenegilda.

El joven se arrodilló en silencio.

Venía ella pálida, agitada, pero bellísima.

—Levantaos, caballero, exclamó con cierta triste severidad.

Fernando la miró con amargura.

Ella comprendió aquella mirada.

—Escuchadme, le dijo con acento grave y sentándose en un sitial. Esta es la primera vez que un hombre, además de mi padre, pone los pies en esta habitación. Os he llamado; os he hecho conducir hasta aquí a riesgo...

Fernando cruzó las manos y la miró con idolatría.

—A riesgo, continuó la joven, de perderme a los ojos de mi padre; porque se trata de la vida de un hombre...

—¡De un hombre! interrumpió Fernando con el tono de una dulce reconvención; yo no soy para vos más que...

Hermenegilda le hizo callar con su ademán severo, lleno, sin embargo, de cierta ternura.

—Caballero, prosiguió ella, no habéis penetrado hasta aquí para hablarme de un amor o más bien de una lucha de orgullo en que sé que estáis empeñado. ¡Oh! no me miréis así. Será amor; pero ese amor es imposible.

El trovador inclinó la cabeza con desaliento.

—Esta noche, dijo Hermenegilda, no sin que su voz temblase a su pesar, esta noche cuando salgáis de aquí, llegará a vos un hombre fingiendo un mensaje mío; es un lazo para asesinaros; debíais morir y yo os llamo para deciros que huyáis; ¡que no volvaís nunca a Guadalcázar!

Fernando arrojó un profundo suspiro.

—Señora, murmuró con la voz enronquecida, ¿Por qué no me habéis dejado en poder de los asesinos? ¡La muerte que vos me dais es mucho más cruel!

Hermenegilda no pudo escuchar aquellas palabras tan hendidas de desesperación sin que el amor que revelaban incendiase el que sentía en su pecho; bien claro lo dijo su rubor.

—Señora, prosiguió el joven aventurero, ¡He sido un insensato! ¡He abrigado una loca esperanza; creí que no seríais tan inflexible! ¡Oh! ¡Habéis de escucharme; quiero que sepáis, que nunca dudéis, que siempre os persiga como un remordimiento la inmensidad del amor, a trueque del cual me dais la muerte!

Hermenegilda suspiró a su vez y colocó una mano sobre su corazón, mientras con la otra se apoyaba en una mesa.

Fernando, a su lado, buscaba su mirada, fanatizándola con la suya, con

su amor, con su aliento, con su elocuencia; y ella, encerrada en una atmósfera de delirio, encontraba al volver el rostro un ancho espejo de metal, que vendía la turbación y el rubor que trataba de ocultar al mancebo.

—Yo os amo, decía éste; os amo de una manera que vos no podéis concebir. ¡Ay! no todos los hombres podrían amaros con esta vehemencia, porque no todos son desdichados como yo. ¡Oídme; sabed la historia de mi vida y conocéis lo mucho que sois para mi alma; oídme y me compadeceréis; oídme, que quizás entonces no me digáis que huya de vos!

Ignoro quiénes son mis padres; nunca he oído la voz cariñosa de esos seres que nos dicen, ¡hijo mío! y velan sobre nosotros y nos enseñan a amar y guían nuestros pasos al penetrar en el laberinto de la existencia.

Debo mi educación a un pobre clérigo de Galicia; he vivido quince años en la soledad de un colegio, sin nunca oír una palabra afectuosa, sin que mi protector me dijese a quien debía la vida, ni la pensión que recibía todos los meses. Yo sentía en mi corazón una sed ardiente de cariño, de gloria, de peligros, y sin embargo, se me destinaba a la carrera de la Iglesia. A los mágicos nombres de guerra, de amor, de viajes, y sobre todo a la sola idea de encontrar algún día a mis padres y el noble hogar que mi altivez y el ardor de mi sangre me presagiaban, latía acelerado mi corazón bajo la sotana que le cubría. ¡Vivamos! me dije hace un mes, y me lancé al mundo, abandonando mi carrera y a mi protector. De castillo en castillo, de aldea en aldea, de ciudad en ciudad pasé por aquí en busca de mis padres; ocho días hace que os vi en la azarosa circunstancia que sabéis; os tuve desmayada sobre mi corazón; escuché vuestra voz, que me daba las gracias por haberme colmado de ventura durante un momento; os alejasteis, y yo quedé allí en la soledad del bosque. Un mundo desconocido se extendió ante mis ojos. ¡Ya os amaba! Desde entonces, todo lo fuisteis para mí. ¡Padre, madre, gloria, fortuna, fama, todo lo cifré en vos! ¡Toda la sed de mi corazón se calmó con una mirada vuestra; todas las penas de mi orfandad desaparecieron al brillar vuestra sonrisa de ángel, todas las esperanzas de mi vida se redujeron ya a una idea tenaz que se aferró en mi imaginación! ¡Ser amado de Hermenegilda! ¡Así he vivido ocho días, los únicos que cuento de verdadera existencia; así estoy, señora, perdido, loco, delirante por vuestro amor! ¡Decidme ahora que huya para siempre, que renuncie a vos, que deje de veros, que vuelva mi alma a su viudez, mi corazón a su orfandad, mi vida a su soledad amarga, que me aleje llorando, desesperado, herido de muerte, y entonces, señora, me oiréis decir que sois para mí más cruel que mi destino lo ha sido siempre, y que en vuestro pecho de mármol no hay un sentimiento de compasión para la desgracia! ¡Decidme que me aleje, y me alejaré; pero mañana me encontraréis muerto debajo de vuestros balcones, porque yo mismo buscaré a mis asesinos!

Había llegado el joven, al pronunciar estas palabras a un indecible grado de exaltación. Estaba inspirado; estaba sublime. Hermenegilda, subyugada,

volvióse bruscamente hacia él como impulsada por una irresistible atracción; encontráronse sus ojos llenos de lágrimas, y la pobre niña, con un movimiento nervioso, que no pudo dominar, se apoderó de una mano del aventurero.

—¡Ah! murmuró. Callad; no digáis eso. ¡Qué! ¿Será preciso que estalle mi corazón y os diga: os amo; pero idos; os amo; pero no hemos nacido el uno para el otro; os amo, pero no quiero que muráis? ¡Ah! Yo os lo juro. Nunca seré de ningún hombre, ya que el destino no quiere que sea vuestra. ¿No es esto bastante?

—¡Señora! ¡Hermenegilda! exclamó Fernando cayendo a sus pies.

La joven lloraba con el rostro entre las manos.

Y él la decía:

—¡Oh! no lloréis; no lloréis, por Dios. ¡Y bien! ya me alejo; sí; yo me voy. ¡También mi alma es grande! Decís que me amáis, que no seréis de otro hombre, que mi oscuridad os aparta de mí; todo esto me basta. ¡Yo me iré; esperadme! ¡Volveré algún día! ¡La guerra me llama; yo la buscaré en todas las naciones; conquistaré gloria y fortuna, y me haré digno de vos! Esperadme, Hermenegilda.

—¡Os lo juro! respondió ella con voz solemne.

Y dominando su emoción:

—Idos, prosiguió con voz segura y digno ademán; Dios os conduzca, y volved algún día, que aquí me encontraréis.

Así diciendo, como rendida por aquel esfuerzo sublime con que arrancaba de su corazón las primeras flores, las primeras esperanzas, las primeras ilusiones de su adolescencia, arrojóse más bien que sentóse en el sitial y quedó en una actitud meditativa.

Reinó un instante de silencio.

Durante él, recogió Fernando su laúd, su capa y su sombrero, no sin ahogar un amarguísimo sollozo, y se dirigió a la puerta.

Luego se paró allí y volvió el rostro hacia Hermenegilda.

La joven fijaba en aquel momento sus ojos en la puerta fatal que iba a ser sepulcro de toda su dicha.

Fernando retrocedió algunos pasos; llegóse al sitial; y apoyando en él una mano, como para no caer, balbuceó con una voz sorda, ahogada, dolorosa:

—¡Adiós!

Ella siguió inmóvil, sin contestar.

El reprimió otro suspiro y dio un paso para irse.

Entonces se levantó Hermenegilda comprendiendo tanto mudo rendimiento, tanto dolor y tanta súplica como encerraba el silencio del joven.

—¡Adiós! respondió tendiéndole los brazos, y aquel grupo de amor, de juventud, de belleza y de amargura, quedó extasiado un momento bajo una impresión frenética de dolor y delirio que lleva consigo el primer beso de dos amantes.

En seguida se rechazaron los dos, dando un extraño grito de espanto y de ventura, y cual si al separarse para siempre les abandonara la vida, cayó ella desmayada sobre la alfombra, y él salió vacilante del aposento.

VI
FERNANDO

. . . . . .

¡Borracho!

. . . . . .

—Séale la tierra tan ligera como movediza y vacilante la ha encontrado algunas veces bajo sus pasos.

(Charles Nodier)

Mientras ocurría la anterior escena, las cinco sombras que echaron al río el rústico puente no habían interrumpido ni un momento sus misteriosas operaciones.

—Maese García, dijo uno de ellos al que llevaba la iniciativa en la expedición, que no era sino el mayordomo a quien ya conocemos, maese García, ¿se le mata o se le prende?

—Se le prende, respondió el confidente del señor de Guadalcázar.

—¿Y si resiste?

—Nos defendemos; respetad su vida hasta que yo os avise.

—Luego, ¿al fin morirá?

—Morirá.

—¡Me alegro! ¡Así vengaré a mi pobre hermano, a quien ese juglar tiene en un grito desde anoche!

—¡Bien! exclamó García; cuando llegue el caso, te concederé que le des tú el primer golpe; lo que ahora interesa es apoderarnos de él y conducirlo a presencia de don Bermudo. Ya tiene cortada le retirada, de manera que si no cae en la trama, porque sospeche del mensaje fingido de que yo me encargo, principiaré la batida y la pieza será nuestra. Seguidme.

Embozáronse los cinco y echaron a andar hacia la fortaleza.

Entonces se esparramaron en silencio y miraron en todas direcciones.

Fernando no pareció por ninguna parte.

Dieron la vuelta al alcázar y sondearon con la vista los matorrales, los fosos, el hueco de las puertas.

Nada vieron que se pareciera a lo que buscaban. Entonces se reunieron consternados.

—¿Estáis seguros de que el puentecillo se hundió perfectamente? preguntó García.

—¿Pues no oísteis el estruendo?

—Entonces, ¿comó se ha desvanecido ese hombre?

—Habrá entrado en el castillo, observó el hermano que ansiaba vengarse.

—Hay centinelas en las puertas y lo hubieron impedido, replicó el mayordomo.

—En ese caso habrá entrado por un balcón.

García se mordió los labios en la oscuridad y murmuró con cierta sonrisa.

—Es muy posible; esperemos.

Entonces vieron moverse más de una sombra en la habitación de Hermenegilda, y sus sospechas se corroboraron.

Una hora después apareció Fernando en una puertecilla del alcázar.

Los cinco asesinos se separaron, ocultándose en la sombra.

El trovador avanzó lentamente hacia el puentecillo.

García le siguió sin que le observase.

Al llegar cerca del Guadaira, acercóse al joven y le tocó en el hombro.

Fernando se volvió bruscamente con el puñal en la mano, vio a la luz de las estrellas la siniestra catadura de aquel hombre, y sin meditar ni vacilar un momento le hundió el hierro en el corazón.

García no dió más que un gemido sofocado y cayó al suelo.

Fernando le empujó con el pie hasta hacerle rodar al río.

—¡Hola! murmuró. Va saliendo exacto el anuncio de Hermenegilda; me quieron asesinar. ¡Vive Dios, que venderé caro mi pellejo! ¡Ella me ama!

Y así diciendo, se dispuso a seguir su camino.

Pero en vano buscó con la vista el puente de madera.

—He equivocado la senda, dijo en sus adentros; y tomó por otro lado.

Mas inútilmente dio la vuelta al castillo; el puente no estaba en ninguna parte. Solamente por el lado en que el Guadaira no cercaba los muros de la fortaleza, vio el gran puente levadizo; pero estaba levantado.

—¿Estoy perdido! murmuró; y como el elefante de la Hotentocia, que perseguido por los cazadores encuentra la orilla del mar y retrocede para morir matando, así el joven arrojó su laúd al suelo, lióse la capa al brazo izquierdo, el que armó con el puñal, y blandiendo en su diestra la larga tizona que ya conocemos, giró los ojos buscando a los demás asesinos.

Estaba sublime e imponente.

Entretanto los secuaces de García veían con asombro a aquel hombre que daba vueltas alrededor de la isleta en que se alzaba el castillo, ignorando si sería Fernando o García, puesto que no podían sospechar la suerte de éste.

En aquel momento la luna se escapó de entre los nubarrones que encapotaban el cielo y bañó con su blanca luz la amenazadora figura del trovador, armado con su espada y su puñal y ansiando la lid a que se le provocaba.

A esta misma claridad divisó el mancebo a pocos pasos del alcázar aquel

grupo de sombras fatídicas que formaban los asesinos y avanzó hacia ellos con resuelto paso.

Los cuatro hombres se desplegaron en silencio y brillaron las espadas a la luz de la luna.

Fernando conoció que iba a morir y elevó una mirada al balcón de Hermenegilda.

La joven apareció en él en aquel momento; llevaba a su padre de la mano y le decía con un acento tan penetrante que llegó a los oídos del trovador y de sus adversarios.

—¡Que le matan! ¿Los veis, padre mío?

Todos se detuvieron al oír aquella voz...

Veamos lo que había pasado en el castillo desde la salida de Fernando.

Leonor, luego que dejó al mancebo en poder del mismo paje que le introdujo en el castillo, volvió al aposento de Hermenegilda y la halló desmayada.

Toda trémula, la hizo volver en sí y abrió el balcón a fin de que respirara el fresco de la noche; entonces observaron las dos mujeres la escena entre Fernando y García; oyeron caer un cuerpo al agua y vieron a los demás asesinos diseminados por la orilla del río. Hermenegilda corrió al aposento de su padre, gritando:

—¡Venid, padre mío; aún será tiempo!

Y apoderándose de su mano, le arrastró en pos de sí.

Una extraña sonrisa se dibujó en los labios del ambicioso, y siguió a su hija.

Ya hemos visto que Hermenegilda apareció en el balcón a tiempo de poder salvar la vida de Fernando.

—¡García! gritó el señor de Guadalcázar sacando el cuerpo fuera del balcón.

—¡García ha muerto! respondió el trovador.

Eran las primeras palabras que se cruzaban entre aquellos dos hombres.

Hermenegilda miró consternada el rostro de su padre, y halló su horrenda sonrisa.

—¡Salvadle! murmuró la joven con el rostro bañado en lágrimas; ¡basta una sola palabra vuestra; decid una sola, y está libre!

—Voy a dar órdenes para que le pongan en libertad, dijo aquel hombre de alma sombría, y se quitó del balcón.

Hermenegilda le miró espantada.

—¡Le matarán mientras! gritó cayendo de rodillas.

—Voy a impedirlo; voy corriendo, murmuró su padre, y salió del aposento.

El señor de Guadalcázar había calculado bien; los asesinos, que se habían detenido al verle, tomaron su retirada del balcón por una orden tácita de que siguiesen sus instrucciones, y avanzaron contra el aventurero.

El encuentro fue terrible.

Hermenegilda había vuelto al balcón y lanzó un grito horrible.

Un hombre yacía en el suelo.

Le había matado la primera estocada del trovador.

Atacábanle los otros tres como una jauría de perros que lucha con un jabalí. Fernando hacía una cosa inaudita manteniéndose a la defensiva; pero conocía que sus fuerzas se agotarían al cabo, y que entonces no habría más remedio que morir.

Sólo un milagro, un esfuerzo titánico o la desesperación podían salvarle.

Así lo comprendió.

Hermenegilda buscaba a su padre en el castillo, y no le encontraba; volvió, pues, al balcón despavorida; vio con ojos insensatos que la lucha proseguía, prueba de que Fernando vivía aún, y se quitó de nuevo impulsada de una súbita idea.

Por lo demás, el mancebo vio aquella repentina aparición, lo que le costó una terrible estocada en un hombro, y cobrando nuevo brío de aquella herida y de aquella visión, descargó tan certero tajo sobre el hermano del guardia de la noche anterior, que le hizo dos pedazos la cabeza.

Cayó muerto.

Le quedaban dos adversarios.

Al contarlos con la vista, recibió otra estocada en el pecho.

Retrocedió el trovador dando un rugido.

Los asesinos avanzaron.

Una nueva herida, que recibió en el muslo derecho, le hizo caer de rodillas.

El que le había dado aquellos dos formidables golpes, cayó sobre él para acabarlo de matar.

Pero contaba sin la mano izquierda del joven.

Este le hundió todo el puñal en el vientre.

El asesino rodó sobre él arrastrándole en su caída.

El que quedaba en pie se arrojó sobre aquel grupo palpitante para salvar a su compañero a quien sólo creía en peligro.

Al cogerlo en sus brazos le halló muerto.

Levantó entonces su espada sobre el trovador que yacía ya desarmado, y se dispuso a pasarle la garganta.

En aquel momento sintió que le acometían por detrás y que una mano de hierro sujetaba su brazo.

Volvióse sorprendido, y se encontró con Hermenegilda.

—¡Detente, miserable! gritó la joven con una voz indescriptible.

El asesino soltó la espada al reconocer a la hija de su señor.

La desventurada niña se arrojó sobre el cuerpo de Fernando.

Aún vivía.

La claridad de la luna alumbró la blanca figura de la castellana inclinada sobre el moribundo trovador.

El señor de Guadalcázar salió en aquel instante de su castillo.

Lo creía todo terminado, y venía a socorrer al joven como había ofrecido a su hija.

Su sonrisa era espantosa, perdida entre las tinieblas.

Bien mirado, le conducía a aquel teatro de desolación la mano misteriosa de la Providencia.

VII
HERMENEGILDO

L'estremo accento
Será ch'io t'amo.

(Romani)

Al mismo tiempo se oyó al lado allá del río el ruido de un caballo, y luego esta voz, que turbó el silencio fúnebre que había sucedido a la pelea.

—¡Ah del castillo!

—¿Quién es? exclamó sobresaltado el señor de Guadalcázar.

—Soy yo, Bermudo, yo, tu hermano Alfonso, que acabo de llegar de Galicia.

Bermudo palideció.

—¡Mi hermano! ¿a qué puede venir? —¡Hola! dijo luego en voz alta. ¡Bajad el puente levadizo!

Mientras ejecutaban sus órdenes, se acercó al grupo de Hermenegilda y el trovador.

Agonizaba éste sobre la falda de la joven; la luna caía en su lívido rostro hermoseándole; alzaba sus ojos con un doloroso esfuerzo, y al ver a aquel ángel velándole en su última hora, asomaba a sus yertos labios una inefable sonrisa de melancólica ventura.

Ella, pálida, silenciosa, sin voz, sin lágrimas, con una mano sobre el corazón del único hombre que había amado, sentía que aquel corazón latía ya sólo por intérvalos, y temblaba el momento en que dejase de moverse.

Pero al ver a su padre, sonrió la niña con una ironía espantosa.

—¡Habéis acudido tarde! murmuró, besando al joven en la frente. ¡Dentro de dos minutos morirá!

Guadalcázar permaneció inmóvil, con la vista clavada en el suelo.

Fernando dio un suspiro; acababa de llegar a su corazón el beso de la joven.

—Hermenegilda, ¡bendita seas! balbuceó el moribundo.

En tal instante, apareció el hermano de don Bermudo en aquel lugar de muerte y desolación.

La luna volvió a encarcelarse entre nubes dejando en las tinieblas el sangriento espectáculo que ofrecía aquel peñon cubierto de cadáveres.

—Ven, Bermudo, dijo el sacerdote con voz misteriosa; tengo que hablarte.

—¿Qué ocurre, hermano mío? ¡Habla!

—Tu recomendado se me ha ido...

—¿Cómo? murmuró don Bermudo, apoderándose de las manos del sacerdote, ¿se te ha ido Hermenegildo?

—Sí; hace un mes. Al momento que le eché de menos, salí en su persecución, y a fuerza de preguntar, he sabido que se halla en Andalucía, en esta comarca. ¡Busca a sus padres!

—Pero ¿sabe su nombre?

—No, no lo sabe. Por lo demás, yo creo que viajará con nombre fingido.

Una horrible sospecha hirió la mente de Bermudo.

Quedóse pálido, cubierto de un frío sudor, inmóvil, insensato.

Hizo un penoso esfuerzo; volvió el rostro hacia su hija y alargó el cuello como para escuchar.

Un suspiro llegó hasta él.

Su faz se iluminó de un modo extraño.

—Venid, hermano mío; venid, murmuró entonces; hay aquí un moribundo que necesita vuestras palabras de consuelo.

Y arrastró a su hermano hacia Fernando.

Al mismo tiempo llegaron por la parte del castillo algunos criados con luces, obedeciendo una orden de Hermenegilda.

Entre ellos venía Gonzalo el campesino, que había penetrado en el castillo detrás del sacerdote, sospechando ya de la tardanza del trovador y de la desaparición del puentecillo.

Todos se acercaron al moribundo.

Alfonso, al verle, dio un grito espantoso de dolor y se arrojó sobre él.

—¡Hermenegildo! ¡muerto! ¡hijo mío!

El señor de Guadalcázar se quedó por un momento mudo de estupor y de espanto. Luego murmuró con voz helada:

—¡Her...me...ne...gil...do!... ¡Era él!

El moribundo conoció la voz del que había sido para él un padre durante diez y ocho años.

—Padre...perdón...murmuró. ¡Dios me ha castigado!

Y volvió a cerrar los ojos.

Hermenegilda miraba esta escena con ojos inquietos, y empezaba a penetrar el tenebroso drama que rugía en el corazón de su padre.

Este conoció al fin que era hombre: un torrente de lágrimas, contenido hacía muchos años, brotó de sus ojos, y con él salió todo el cieno que emponzoñaba su alma.

—¡Hermenegildo! ¡hijo de mi corazón! Yo te he asesinado, exclamó con frenético delirio y se arrojó sobre el supuesto Fernando.

—¡Mi hermano! balbuceó Hermenegilda! ¡Su hijo!...¡Qué horror!

Don Bermudo escuchó estas palabras y las comprendió mal. Creyó que había dado lugar a un crimen nefando con su culpable conducta, y arrancándose los cabellos, arrodillado, loco de dolor, exclamó:

—¡Calla, hija mía! ¡que yo nunca lo oiga!

Hermenegilda comprendió el sombrío pensamiento que cruzaba por la frente de su padre.

—¡Nos hemos amado como los ángeles del cielo! murmuró la niña con una sonrisa sublime, que se reflejó en el descompuesto rostro del infeliz don Bermudo.

Entretanto, el trovador había cobrado algún espíritu y miraba aquella escena sin comprenderla.

Un nuevo personaje hizo oír entonces una voz solemne, preñada de lágrimas, de recuerdos, de anatemas, de amenazas.

Era Gonzalo el campesino.

—¡Pobre María! exclamó en medio del silencio universal. ¡Dios es grande y escuchó tu postrera súplica; tu hijo te ha vengado!

Volvió Guadalcázar la vista hacia aquella voz de su conciencia, y como la luna campease entonces por un claro azul y despejado, tropezaron sus ojos con la fúnebre silueta que la cruz y el sepulcro de María trazaban sobre el cielo.

Gonzalo con un brazo tendido hacia aquella colina, se la designaba a su señor como un remordimiento animado.

—¡Pobre María! repitió Gonzalo.

El joven herido escuchó aquella exclamación y lo comprendió todo.

—Padre, dijo con una voz que vibró como el último eco de una campana; debía maldeciros, ¡yo os perdono!... ¡Hermenegilda, hermana mía, yo muero. Gonzalo, voy con María, ¡con mi madre! María, María...

Dijo, y recostando su frente en las rodillas de la única mujer que había amado, expiró al cabo de un momento.

Plegó sus alas el tiempo y retrocedió diez y ocho años en la mente del señor de Guadalcázar. La sombra de María se destacaba de su sepulcro al misterioso rayo del astro de la noche, y el acento solemne de Gonzalo parecía presidir a aquella reminiscencia de sus juveniles años.

El sacerdote rezaba a media voz sobre el cadáver de Fernando, o más bien Hermenegildo.

La niña infeliz, que acababa de ser herida en todas las fibras de su corazón como amante y como hermana, se levantó silenciosa y cruzó ante los ojos de su padre.

—Señor, le dijo; no penséis más en mi suerte; yo acabo de decidir de ella.

EPILOGO

Eran tres noches después.

El señor de Guadalcázar se hallaba solo en su aposento; sumido en una profunda meditación.

Tenía un pliego entre las manos.

Era un mensaje del conde de Monte-alto, convidándole a su matrimonio con la duquesa del Olmo.

Aquel inesperado enlace, debido a una carta dirigida por Hermenegilda al conde su prometido, echaba por tierra todos los planes de don Bermudo.

Sobre la mesa había otros papeles.

Eran las cuentas del difunto García.

Según ellas, el señorío de Guadalcázar se hallaba casi en ruina a causa de sus innumerables acreedores, y sólo unas estrechas privaciones por parte del castellano podrían salvarle de la miseria.

Levantó al fin la cabeza aquel hombre que veía deshecho el fantasma de su porvenir a cuyos pies sacrificara su dicha temporal y su salvación eterna, y echando una mirada en torno de sí, balbuceó estas palabras:

—Es preciso renunciar a mis sueños de ambición: viviré aquí en paz con mi familia; lograré el perdón de mi hija, y acaso consiga casarla ventajosamente. Mi hermano permanecerá a mi lado, y me hará llevadera la soledad de mi vejez.

No había acabado de emitir este pensamiento, cuando apareció Hermenegilda vestida de negro, blanco el rostro como el alabastro y en actitud de una santa resignación.

Su padre bajó los ojos al verla.

—Señor, adiós, dijo la joven.

—¿Te vas? exclamó estupefacto don Bermudo.

—Sí, parto al convento de la Concepción de Sevilla. En esta capital venderé mis joyas y con su valor costearé mi dote.

—¡Hija mía! murmuró el padre con un acento desgarrador.

—Dios os guarde, replicó ella, y se dirigió lentamente hacia la puerta.

Don Bermudo quiso seguirla, detenerla, prohibirla que marchara.

Ella comprendió todo esto en un solo paso que dió Guadalcázar.

Miróle la infeliz y alzó luego los ojos al cielo.

Fue tan elocuente aquella señal de eterna despedida y tan sublime aquella mirada dirigida hacia el lugar donde la estaba esperando su hermano, que don

Bermudo dejó caer los brazos con desaliento, inclinó la cabeza, arrojó un suspiro y medio pronunció esta palabra:

—¡Adiós!

Cuando levantó la frente, Hermenegilda había desaparecido.

Al mismo tiempo penetró Alfonso en la habitación.

Venía en traje de camino.

—Adiós, Bermudo, le dijo con frialdad.

—¡Tú también!

—Sí; me esperan mis fieles en Galicia.

—¡Me abandonáis todos! ¡Oh! ¡quédate a mi lado!

—Bermudo, repuso el sacerdote; me es imposible; hay mucha sangre alrededor del castillo de mi honrado padre y yo no sé respirar esta atmósfera de desventura.

—¿Qué quieres decir?

—Nada; lo sé todo, replicó Alfonso con voz solemne; acabo de rezar las últimas oraciones sobre el sepulcro de nuestro hijo y nada me resta que hacer. ¡Adiós! Esta es la última vez que nos vemos.

Dijo y abandonó la estancia.

Don Bermudo no le contestó.

Pocos momentos después, sintió el ruido que hacía el carro que se llevaba a Hermenegilda y los pasos del caballo en que se alejaba Alfonso.

Bermudo lloró de nuevo.

Aún tenía mucho que llorar.

Aquella noche no durmió.

A la mañana siguiente se apercibió de su miserable estado y llamó a alguién de su servidumbre, porque conocio que estaba enfermo.

Su silbato de caza resonó tristemente por los ámbitos del castillo y nadie acudió.

Salió entonces del aposento como pudo, y recorrió el alcázar.

Estaba desierto.

Consternado el resto de la servidumbre con las cinco muertes ocurridas entre sus compañeros y con la partida de Alfonso, de Hermenegilda y de Leonor, que se fue acompañando a ésta, había abandonado también aquella lúgubre mansión.

Hallóse, pues, Bermudo enteramente solo, pobre, sin hija, sin hijo, sin esposa, sin hermano, sin García, sin amigos, sin criados.

Entonces se acordó de María, de aquella joven que olvidó en su juventud.

Pasó todo el día como un insensato, sin dormir, sin comer, sin pensar, y a la caída de la tarde abandonó el castillo dirigiéndose al sepulcro de sus primeros amores.

Era la primera vez que lo visitaba.

Junto a él encontró a Gonzalo, que habiendo hecho enterrar al pobre

trovador al lado de su madre, lloraba en silencio sobre aquellas dos tumbas solitarias.

Al ver el campesino al autor de tantas desdichas, abrázose a la Cruz de Palo como si viese a Satanás, y lanzando una mirada a aquel réprobo que profanaba el último asilo de sus víctimas, parecía como querer petrificarle de espanto.

Dominado Bermudo por aquel hombre, por aquella actitud, por aquella mirada, por aquel sitio, por aquella cruz, por sus recuerdos, por todo cuanto sufría, cayó de rodillas frente a las tumbas, y murmuró: ¡Pobre María!

Era la vez primera que salían de su boca aquellas palabras.

Gonzalo las escuchó y sintió piedad por el cuitado.

Llegóse a él para consolarle y le encontró loco.

Guadix—1852

3
MAÑANAS DE ABRIL Y MAYO[1]

I

—Convénzase usted, señora:

Las mañanicas de abril
son sabrosas de dormir.

Cuando el refrán lo dice, sus razones tendrá para ello.

—¡Qué locura! los refranes sólo representan la opinión del que los compuso. Tenga usted presente que también es un refrán el que dice:

Al que madruga, Dios le ayuda.

—Sí...pero:

No por mucho madrugar
amanece más temprano.

—Bien; pero:

[1] Este cuento jocoso apareció primero en *La Ilustración. Periódico Universal*, Vol. VIII, 1856, págs. 218–19. Alarcón lo recogió en *Novelas*, 2ª ed., Madrid, Medina y Navarro, [1872], págs. 357–67, pero no en las *Obras completas*. Se ponen entre corchetes dos pasajes que habían salido en *La Ilustración* y que Alarcón eliminó en *Novelas*.

El que se levanta tarde
ni oye misa ni come carne.

—¡Diablo, Mercedes! Veo que sabe usted más refranes que Sancho Panza.

—¿Luego se convence usted?

—No, señora.

—¿No iremos al Retiro mañana por la mañana?

—Usted juzgará.

—¿Cómo?

—Sí, señora; en cambio de los refranes que usted me ha dicho, yo pudiera contarle una historia que la convencería de lo peligroso que es madrugar.

—¡Magnífico argumento para una novela! Cuéntemela usted.

—Con mucho gusto. Atención.

—Tiene usted la palabra.

—Pues escuche usted.

II

—Esta era una mañana de abril.

Ya ve usted que soy leal y coloco la escena en un mes cuyas madrugadas han cantado los poetas de todos los tiempos. Si procediera de mala fe en nuestra cuestión, citaría una mañana de enero, ventilada por ese airecillo norte, que según la feliz expresión de un amigo mío, hiela hasta las conjeturas.

—Enrique, eso sería injusto.

—Por eso digo que era una mañana de abril.

—Bien, pero procure usted que no llueva.

—¡Oh! No llovía. Era una de esas mañanas puras, apacibles y trasparentes, que ponen de mal humor a los filósofos, porque les recuerdan la eterna juventud de los días, la niñez perpetua de los años, la repetida e interminable adolescencia del mundo, contrastando con la inflexible fuga de la vida humana, con este envejecer de cada hora, que nos roba incesantemente los tesoros de una esperanza que nunca recobraremos.

—¡Jesús, Enrique! ¡Qué tono! ¿Va usted a vengarse de mis refranes haciéndome llorar?

—Dios me libre, Mercedes. Me he distraído. Usted perdone. Decía, o pensaba decir, que eran las cinco de la mañana. El sol doraba ya los aleros de los tejados, las buñoleras y los expendedores de aguardiente poblaban las calles de Madrid, y la campanilla de los carros de...

—¡Enrique, mis nervios! Esas transiciones de estilo me hacen daño. Vaya usted derecho al asunto.

—Voy allá, señora. Pues es el caso que la mañana que digo se encontra-

ron dos jóvenes manos a boca en la plazuela de Pontejos, viniendo uno de la calle de *ídem*...

—Ahí vive Adelardo Ayala, el autor de...

—No era Adelardo Ayala, y lo siento mucho; porque lo quiero con toda el alma y me agrada sobremanera hablar de él con mis amigos.

El joven que llegó por la calle de Pontejos era más rubio, señora, mucho más rubio que Ayala; era Arturo, a quien ya conoce usted.

—¿Arturo?

—Ni más ni menos. En cuanto al otro, no era sino mi humilde persona.

—¿Usted?

—El mismo. Yo, pues, subía de la Puerta del Sol...

—Entonces señale usted la época de la historia, a fin de que pueda hacerme cargo de la situación topográfica.

—Tiene usted razón, y es muy fácil de explicar. Figúrese usted que la magnífica fuente de Pontejos estaba ya levantada, y que la Puerta del Sol aún no había merecido las actuales mejoras...

—Luego hará dos o tres años...

—Exactamente; yo era todavía empleado. Pero vamos al cuento.

—Sí, vamos, y con protesta de que no volveré a interrumpirle.

—Lo sentiré mucho...

—¿Por qué?

—Porque es usted muy bonita.

—Muchas gracias.

. . . . . .

—Pues señor, iba diciendo que me encontré con Arturo.

—¡Hola, chico! —exclamó no bien me alcanzó con la vista.

—¡Adios! —le respondí, ocultando unas naranjas que llevaba en el pañuelo y que acababa de comprar en la plazuela de San Miguel.

—¿Dónde tan temprano? —repuso mi rubio amigo.

—¿Y tú? —repliqué yo.

—Voy a acostarme.

—Pues yo me levanto ahora.

En efecto, Mercedes, yo madrugaba en aquel entonces, ni más ni menos que usted quiere madrugar ahora. Y madrugaba, porque estaba enamorado.

—¿Usted, Enrique?

—Son dos errores; lo confieso. No la conocía a usted todavía.

—Adelante.

—Amaba yo a una muchacha muy joven y muy bonita. Se llamaba Antonia.

—No me gusta ese nombre.

—Ni a mí tampoco. Prefiero el de usted.

—Prosiga usted.

—La había conocido una tarde en los toros, y pensaba casarme con ella.

Antonia era huérfana y tenía una tía muy amable que me apreciaba mucho y que sacaba a pasear a su sobrina por las mañanitas temprano. Cada noche nos citábamos para el baño de la Elefanta, para la Montaña del Príncipe Pío, o para la Fuente Castellana, y allí era Troya. ¡Cuánto placer inocente!

Ibamos los tres juntitos por aquellos trigos de Dios, poetizando como unos bienaventurados, hablando de flores y nubes, de pájaros y arroyuelos, y comiendo naranjas, bizcochos y cacahuetes, que era una maravilla.

Antonia y yo suspirábamos a duo, convenímos en todas nuestras inclinaciones, gustábamos de las mismas cosas, y apurábamos el diccionario de las miradas, cuando no el de los requiebros y las ternuras.

Porque es de advertir que la tía, una vez dedicada a mondar naranjas y comérselas, prescindía de nosotros, contentándose con seguirnos con la vista.

—Pero, Enrique, ¿se olvida usted de su encuentro con Arturo?

—Es verdad. Quedamos en que Arturo iba a acostarse a la hora en que yo me levantaba.

—¿De dónde vienes? —le pregunté.

—De enamorarme —me respondió.

—¿De enamorarte?

—Sí, chico. He visto en este momento a una muchacha en un balcón. Acababa de levantarse, sin duda, y se alisaba los cabellos, haciendo asomaditas a la calle. Quizás esperaba a su novio. Lo que puedo asegurar es que se disponía a salir de paseo. ¡Y qué hermosa era! ¡Es tan hermosa una mujer desconocida! ¡Es tan hermoso todo lo desconocido! Yo he pasado la noche jugando al tresillo en casa de Alfredo. He perdido mucho, y por no desesperarme, había echado a volar mi espíritu por el mundo ideal, donde, como sabes, de nada sirve el dinero. En esta disposición movía los pies con dirección a casa, cuando...¡zás! la ví. ¡Y qué mona! Figúratela. ¡Pálida del madrugón, tibia aún como el sueño, lánguida, ojerosa! ¡Tú sabes que yo deliro por las ojeras! ¡Vamos! Esa niña me ha vuelto loco.

—Y ¿por qué no la has esperado, puesto que se disponía a salir?

—¡Chico! ¿qué estás diciendo? ¡Esperarla! ¡A las cinco de la mañana! Tú has perdido el juicio. La hora que atravesamos es de muy mal tono. ¡Uf! me horroriza la idea de madrugar. Opino en esto con cierta amiga mía. ¡Nada, nada! Voy a acostarme, y mañana la buscaré.

—Pero, ¿cuándo es mañana?

—Mañana es...después de dormir.

—Arturo, eso es vivir en el día siguiente.

—Y lo que tú haces es vivir en el día anterior. De donde se deduce que tú llegarás a viejo antes que yo, y te morirás la víspera del día de tu muerte. ¡Eres un retrógrado! Yo cuento siempre con veinticuatro horas de vida más que tú. Tú

estás hoy a 16 de abril. Yo estoy todavía a mediados de mes. Esto no será claro, pero evita las tercianas. Adiós.

—Adiós, respondí.

Y Arturo se alejó repitiendo...

—Pero ¡qué ojeras!

Yo dirigí mis pasos a la Fuente Castellana.

Llegué allá, y al poco rato aparecieron Antonia y su tía.

¡Ay! Antonia se dignó reparar en que yo era moreno.

Por lo demás, estuvo muy distraída.

¡Ni siquiera probó las naranjas que yo había comprado en la plaza de San Miguel!

En cambio, su tía deseó leche de vacas.

III

—Prosiga usted —exclamó Mercedes, cuyo interés subía de punto.

—Aún queda lo más horroroso—respondió Enrique con voz lúgubre.

A la mañana siguiente fue la cita para la Montaña del Príncipe Pío.

Yo no dormí aquella noche pensando en las distracciones de Antonia y excogitando un medio para volverme rubio.

No bien fue de día me vestí, y media hora antes de la cita, ya bajaba yo por la Cuesta de la Vega.

Pero cate usted que me salen al encuentro dos ladrones y me roban el reloj y la levita.

¿Qué hacer? ¿Cómo presentarme de aquel modo delante de Antonia?

Fuéme preciso regresar a mi casa, donde me puse un gabán de invierno.

Pero mientras fui a la calle del Turco y volví a la Montaña, dieron las siete.

¡Y la cita era a las cinco!

¡Y yo era moreno!

¡Y me habían robado el reloj y la levita!

¡Y me había constipado...para fin de fiesta!

Pregunté por Antonia en una casa de vacas y me dijeron que a las cinco había pasado por allí, regresando a eso de las seis y media.

—¿Lloraba? —pregunté al mozo.

—No, señor; reía y tomó leche.

Volví a mi casa, decidido a pasar a la de Antonia no bien fueran las once del día; pero no acabé de sentarme, cuando empecé a toser, me dió calentura, me puse ronco, se me apretó la garganta, sentí calambres y calofríos, ¡y caí al suelo sin reloj, sin levita, sin novia, resfriado y moreno!

Quince días estuve en cama.

IV

El día en que me levanté, fue Arturo a saber qué era de mi vida.

Cuando se enteró de que me había llevado en la cama medio mes seguido:

—¡Hola! —exclamó—parece que te indemnizas de las madrugadas. ¡Hombre! ¡Qué bien te sientan las ojeras! A propósito, ¿sabes que me caso?

—¿Con quién?

—Con un ángel. Desde luego te participo que no me ha costado todavía un madrugón. Por las tardes la veo en el Prado lígeramente, y a las diez hablo con ella por el ventanillo. Tiene hambre de mí, de mi confianza, de mi compañía, de mi brazo, de comer cacahuetes conmigo. Y todo esto la obliga a darme su mano. Convéncete, Enrique; si agotamos en el noviazgo todos esos mil pequeños triunfos, todas esas diminutas posesiones del objeto querido, ¿qué nos queda para después de casados? Las heces de la copa. Eso no valdría la pena de perder la libertad. He aquí mi sistema: sitiar a la mujer por hambre. La consecuencia será siempre el fanatismo. No permitas nunca que tu novia te mire de cerca sino en ilusoria perspectiva. Así prolongaréis vuestras mutuas ilusiones durante algunos años de matrimonio. Nunca le digas a tu prometida cuántas camisas tienes, cuál es tu plato favorito, ni de qué lado te acuestas. Tampoco pasees con ella hasta que sea tu mujer. En fin, chico, no madrugues nunca. Mi novia desprecia a los madrugadores. [Algunos capítulos de mi novela te lo explicarán todo.]

Dijo, y sacó un mamotreto del bolsillo del frac. Porque iba de frac.

—Julia de Moncada, continuó Arturo, leyendo un manuscrito (te advierto que no se llama Julia; éste es un nombre que le he puesto en la novela.) Julia de Moncada no había hallado nunca diques al deseo. Amó a un hombre y pudo decírselo; habló con él; paseó a su lado; le vió a todas horas; hicieron una especie de vida doméstica. El amor perdió su misterio, su aspiración, su ansia infinita. ¡Aquél joven, su primer amante, madrugaba mucho!

—(Repararás que he querido retratarte en este personaje.) —Guillermo, exclamó Julia con trasporte—(Aquí pondré otra palabra, porque ésta tiene algo de mensajería)—¡Guillermo! ¿Me preguntas por qué te amo? ¡Ah! ¿te acuerdas de aquella mañana en que nos vimos por vez primera? Yo estaba en el balcón. ¡Eran las cinco! Me miraste; te agradé; me fuiste simpático. Yo creí que me esperarías a la puerta para seguirme en mi paseo matinal ¡y me llevé chasco! Considera mi despecho. En cambio, el tonto de mi novio acudió a la cita. Nada de lo que me dijo era nuevo. ¡Tú sí que eras nuevo para mí! Desde aquel día pensé en tí para aborrecerte. Cuando volví a encontrarte, ya te amaba!—Habían pasado ocho días cuando te vi en un baile. ¿Te acuerdas?—Procuré hallarme cerca de tí. Quería saber si te había parecido hermosa desde el balcón; si me había engañado la vanidad. ¡Y sobre todo, quería que me lo dijeras! Aquella noche, no sé por qué, me hablaste contra la gente madrugadora; me dijiste que

por nada del mundo dejarías de levantarte a las cuatro de la tarde. ¡Este dato me estremeció! ¡He aquí mi hombre! dije, y mis ojos te pusieron en posesión de mi alma.—Más adelante, prosiguió Arturo, me llama, es decir, llama a Guillermo: rubiche, blondo, mío, y otras cosas, porque te advierto que mis cabellos rubios la vuelven loca. En fin, te dejo. Estás débil y necesitas reposo: adiós.

Dijo, y se fue, llevándose el manuscrito.]

V

A los quince días salí a la calle y me dirigí a casa de Antonia.

Subí, llamé, entré, y lo primero que me eché a la cara fue a Arturo, acurrucado en el suelo, y a mi prometida sentada en una butaca.

¡Lo estaba peinando! ¡La traidora!

—¡Hola, chico!—exclamó Arturo al verme. — ¿Estás mejor? Me alegro. Te presento a mi mujer.

—¡Tu mujer!—exclamé yo retrocediendo. — ¡Antonia! —balbuceé en seguida.

—Sí, yo soy, caballero—exclamó la niña. —Cuando dé usted una cita a una joven, procure usted que no se le peguen las sábanas.

—Descuide usted, señora, —respondí haciendo una cortesía. —Desde mañana me levanto a la oración.

—Ahora bien, Mercedes, ¿le parece a usted oportuno que vayamos mañana al Retiro?

—No, no, Enrique, tiene usted razón. Iremos después de casados. Acaba usted de convencerme de que los jóvenes morenos deben ser muy desagradables por la mañana temprano.

VI

(*Habla el autor*)

Perdonen ustedes las faltas de esta novela, escrita en el filo de una caja en poco más de una hora, en tanto que un cajista se asomaba por encima de mi hombro para componer las palabras según iban saliendo de mi pluma.

En el momento en que concluyo, está amaneciendo la última mañana de mayo. [—Voy a plagiarme.

El alba se ríe de mí, asomando su rubia cabeza por el ajimez oriental del palacio de la noche.

El reflejo del lucero matinal viene a poner más blanco el papel en que escribo.

La luz de mi lámpara empalidece, como una virgen moribunda o como un disoluto arruinado.

Por el balcón de mi gabinete entra un aire frío y ligero, como un beso hipócrita.

Las estrellas desaparecen poco a poco, como esos misteriosos jeroglíficos que el tiempo borra de las pirámides nileas.

La luna se ha ido a América; acaba de ponerse aquí y va a aparecer allá, como una actriz que terminada la función de la tarde, se viste para la de la noche.

Esta es la hora en que las niñas de Andalucía, que han trasnochado pelando la pava, dicen a su novio: Adiós...y cierran la reja, procurando, al hacerlo, ponerse muy bonitas, a fin de que se vaya lo uno por lo otro.

Esta es la hora en que los estudiantes, que han pasado las vacaciones en su aldea, llegan al lecho de su madre y la dicen: Me voy...A lo que contesta la madre, ocultando la cabeza entre las sábanas: —¡Adiós, hijo de mi alma! Después de lo cual, el estudiante sube en un burro, que le lleva a la Universidad.

Esta es la hora en que el enfermo se duerme o se muere, y en que el enfermero retarda veinte minutos la poción más importante.

El sabio que vela sobre un libro, da una cabezada al llegar esta hora.

El sereno se acurruca en una puerta.

El arriero y el campesino echan el aguardiente.

El adúltero baja por el balcón.

Y el escudero de Marte canta tres veces en el corral, porque San Pedro negó tres veces a Cristo.]

Buenas días, lectores, dentro de media hora tengo que hallarme en la Montaña del Príncipe Pío.

¡Qué horror! —¡Yo también soy moreno!

V. Artículos Humoristicos

I
MEMORIAS DE MI CAPA, ESCRITAS ANTES DE LA TOMA DE SEBASTOPOL Y DEDICADAS A LUIS MARIANO DE LARRA[1]

Nadie ha descrito el dolor que experimento. ¡Y este dolor existe!

(Yo)

I
DE COMO HE PODIDO SER DOS VECES SANTO

Si mi capa viviera, te la regalaría en pago de las muchas butacas que me tienes regaladas en las noches de estreno de tus bellísimas comedias.

Y no creas que irías mal pagado. San Martin, con ser lo que era, sólo dio a un pobre la mitad de su capa. Dándote la mía entera, hubiera sido dos veces santo.

Esto no quiere decir que tu necesites mi capa, ni que yo carezca de otras cosas que poder regalarte.

Lo que esto significa es que mi capa valia tanto como la mejor de tus comedias.

Mas, pues mi capa ha muerto, Luis, conténtate con que te dedique sus memorias.

---

[1] Publicó este artículo estrambotico en *El Occidente* el 5 y 6 de enero de 1856.

II
LA GUERRA DE ORIENTE

Tenía yo quince años, cuando un día me miré al espejo.

Había plenilunio en la sala de mi casa; es decir, la luna de aquel espejo era muy grande, y por consiguiente me vi de pies a cabeza.

Recuerdo que aquel día llevaba yo a cuestas a mi difunta, a mi inolvidable, a mi querida capa.

Fue la última vez que me la puse.

Pero, ¿quién era ella que tanto me aflige su memoria?

No me remontaré al origen de mi capa, perdido en la noche de los tiempos.

Sólo notaré que el primer capítulo del Génesis anuncia su aparición.

Moisés previó, es decir, Dios previó la existencia de mi individuo al inventar la especie humana, y la creación del primer carnero—del Adám de los carneros—no fue sino una profecía de la confección de la pieza de paño que el sastre plegó después sobre mis hombros.

Vellocino de lana, que conquistaron de manos de un mercader, diez y ocho argonautas en forma de diez y ocho napoleones, como se dice allende el Pirineo, de diez y ocho guardias civiles, como dice un amigo mío, de trescientos cuarenta y dos reales, ¡como decimos los poetas!

Puedo presentar la cuenta del sastre.

Consagrado hombre a la edad de once años, en que concluí de estudiar latín, envolvióme la voluntad paternal en aquel manto, más bello hoy a mis ojos que el de cuantos emperadores van a existir, si Dios quiere.

Así, pues, el día en que miré al espejo, mi capa tenía ya un lustro.

(No así lustre.)

Cinco años de niñez, aplicados a una capa, son lo que el mes de abril aplicado a las espigas; una prolongación de piernas tan espantosa, que parece que las casacas quieren subir al cielo, o que van colgadas del palo mayor de un buque.

Resultado: cuando me miré al espejo, me eché a reir.

En seguida estuve a punto de llorar.

—Esto es hecho, exclamé: ¡Es menester separarnos para siempre!

Porque he aquí el aspecto que ofrecía mi capa.

El manteo, plegado a grandes oleadas, parecía un mar Negro.

El cuello, consiguientemente, venía a ser el estrecho de Ienikale.

Por este estrecho se entraba en la esclavina, mar más pequeño, verdadero mar de Azof.

¡Lástima que los Dardanelos estén tan lejos, pues serían un brillante símil para las corchetas!

Lo que envolvería un mal agüero, puesto que las corchetas se me perdieron a los pocos días de estrenar la capa.

Y, perdidos los Dardanelos...¡Adiós, Puerta Otomana!

Quedamos en que mi capa era un mar. ¡Y lo era!

¡Cuántas veces sus ondas, arremolinadas por el viento, invadieron la tierra firme de mi cabeza, exponiendo mi sombrero a terribles naufragios!

He hablado de mi cabeza.

¿Y qué era mi cabeza en aquellos tiempos?

Vuelvo a la geografía.

Mi cabeza, alzándose entre el mar Negro y el mar de Azof, en el punto de contacto del manteo y de la esclavina, venía a ser la península de Crimea.

Mi cuello, por lo tanto, era el istmo de Perecop.

Y ved aquí otro funesto vaticino.

En 1847 anunciaba yo el sitio de Sebastopol.

Allí, ante el espejo, leyendo en mi figura como en un mapa, mis ojos sondeaban el porvenir.

Pues mi cabeza era la Crimea, mi pensamiento debía ser Sebastopol.

Las pasiones empezaban entones a bombardearlo.

¡El amor, ese Pélissier[2] de mis sentimientos, había gritado fuego!

Y en mi cabeza estallaban, como bombas, las miradas de una mujer.

¡Oh, capa! Tú sabes esa historia; ese amor no te ha sobrevivido.

Mis orejas, centinelas avanzados, recibían todas las comunicaciones parlamentarias.

Mis ojos lanzaban cañonazos a diestro y siniestro.

Y es que, en asuntos de amor, la diplomacia reside en el oído.

La guerra en la vista.

La boca es un embajador.

El corazón un gabinete.

Las lágrimas combates navales.

Los nervios telégrafos submarinos.

¿Y las narices?

La nariz es una especie de emperador Nicolás, quien, como todos saben, olfateaba a la Turquía y exclamaba: "El enfermo está de cuidado."

Lloré ante el espejo como he dicho, porque vi asomar, por debajo del mar Negro, dos gigantescas Italias...

¿Comprendes?

Tú sabes que Italia tiene la figura de una bota.

Ahora bien, mis dos piernas estaban descubiertas hasta el reino Lombardo-Veneto, es decir, hasta la corva.

Y es que, según yo crecía, la capa se había ido retirando de mis pantorrillas, dejándolas en seco.

---

[2] Jean Jacques Pélissier, duque de Malakof, mariscal francés que capturó a Sebastopol.

Este fenómeno se observa hoy también en la China, donde está surgiendo un archipiélago del fondo de los mares.

Ello es que al ver tan escuetas mis dos nuevas penínsulas y tan agotado mi Ponto Euxino, conocí que era menester abandonar aquellas olas de paño, y una tarde, cerca de noche, me encerré en una habitación con mi capa y entablé el siguiente diálogo, que bien puede suplir por sus memorias.

III
UNA EGLOGA CON ESCLAVINA

Yo— ¡Oh, tú, la más torera de las capas, ferreruelo metido a manteleta, acusación viviente de los estirones que he dado en estos últimos tiempos!

Mi capa—¡Ay!

Fui a acariciarla y la capa se sonrió entre mis dedos.

Yo — El día en que conocí esta capa que ha de fregar los suelos, hubiera podido barrerlos sin dificultad.

Mi capa— ¡Cómo que te llegaba a los talones!

Yo— Lo que quiere decir que no te has hecho una posición en el mundo. Empezaste por barrendera y concluirás por fregatriz; Antes pisaba yo tus picos y me caía. Otras veces te me caías tú, y yo era quien te pisaba. ¡Qué identidad la de nuestro destino! Hubo ocasión en que nos caímos ambos.

Mi capa— Y es que a veces *bajo buena capa se oculta un mal bebedor*.

Yo— Más tarde he podido decir lo contrario, justificando el refrán. Tú eras mala, y yo invencible.

Mi capa— Hoy estamos iguales; ninguno de los dos puede soportar el peso de un racimo. (Hablando al paño, como los traidores de melodrama.) Sube la cuesta como viejo, y la bajarás como nuevo. ¡Qué gran verdad!

Yo—¡Ah! ¡nuestra capa es nos mismo!

Mi capa—¿Te acuerdas de aquellas tardes en que íbamos solos al campo, a la orilla de los ríos, al centro de los bosques? Tendíasme sobre la yerba y te acostabas encima. Entonces clavabas tus ojos en el azul del cielo, y sentías brotar de tu corazón esas bocanadas de deseos que preceden a la encarnación de la poesía en el barro terrenal.

Yo— ¡Oh! Tú has sido mi amiga, mi confidente, mi cómplice...

¡Capa mía! ¡Capa mía!

Mi capa— ¿Ves esta parte descolorida de mi embozo de terciopelo? ¡Es la huella de tus lágrimas!

Yo— ¡Mentira! Yo nunca he llorado.

Mi capa— Sí, has llorado, orgulloso, y yo he enjugado tus lágrimas. Yo las he ocultado al mundo, velando tus ojos con mis pliegues; yo las he absorbido, las he tragado, como una madre cariñosa se empapa de las penas de su hijo.

Yo— ¡Capa! ¡Capa!

Mi capa— ¡Ah! ¡Tienes orgullo para mí, para mí también! ¡Para mí, que he abrigado en el invierno tus miembros ateridos! ¡Para mí, que he sido tu lecho, tu alfombra, tu silla, tu paraguas! ¡Para mí, que he servido de cojín a tus rodillas cuando rezabas y de taburete a los pies de tu querida! ¡Para mí, que he acariciado los hombros de cuantas mujeres has llevado del brazo en frías noches de diciembre! ¡Para mí, que te he servido de parapeto, que he recibido en mi pecho más de una puñalada dirigida contra el tuyo! ¡Para mí, que te he abrazado por espacio de cinco años; que he sufrido con paciencia tu abandono durante el estío, y las distinciones que has hecho a mis rivales, tu gabán, tu frac y tu levita! ¡Para mí, por último, que he rodado por las antesalas entre lacayos mientras tú te divertías en los salones, y sin embargo, a la salida, te he servido sin murmurar, he protegido los apretones de manos que dabas a tu pareja en las barbas de su mamá!

Yo— Perdona...Sí, tienes razón, amiga mía. He llorado contigo, y lloraré todavía al tiempo de perderte. ¡Oh! ¡Nadie había descrito nunca el dolor que experimento! ¡Y este dolor existe! ¡Abandonar su capa! ¡Abandonarla para siempre! ¡Perder esta bandera, que recuerda tantas campañas, tantas glorias! ¡Renunciar a ella, y con ella, a una edad de sueños, de fuertes conmociones, de críticos sufrimientos, de delirantes venturas! ¡Diógenes, con ser quien era, y San Sebastián mismo, desconocieron este dolor! ¡Ellos no tuvieron capa! Adám...oh...sí...Adám, debió sufrir mucho. La hoja de higuera se marchitaría todas las tardes y tendría que mudársela. ¡Pobre Adám! ¡Pobre de mí! ¡Cuánto nos parecemos! Y eso que tú eres el principio de la humanidad y yo soy el fin relativo! Dice bien el refrán: *Los extremos se tocan.*

IV
CONCLUSION

Dije, y solté la capa,
Como una culebra suelta su camisa,
Como un ingrato deja a la mujer que ya no le gusta,
Como un ministro abandona la cartera, cuando no puede pasar por otro punto,
Como la paloma se desprende de su capillo,
Como la tierra sacude cada otoño su vieja vestidura,
Como la desposada se quita su cinturón,
Como el alma arroja al sepulcro los andrajos corpóreos que la vistieron,
Como yo tiro la pluma.

2
LOS POSTRES[1]

Cum aliquo contendere quem quis alterum festinatione auteverlat.[2]

(Versión latina de un refrán castellano, alusivo a los postres, que por ser algo verde, no debe ser presentado a la mesa de mis lectoras en su traje nacional.)

Dícese comúnmente, que lo mejor de todas las cosas está un poquito antes de acabarse...Y es la verdad.

Quizás por esto amo yo tanto los postres.

Amo en primer lugar los postres en su acepción genuina; es decir, el fin y remate de un banquete; los dulces, las frutas, el *Champagne*, los cigarros, la conversación anecdótica, el dulce mareo de la digestión, los pies que se buscan por debajo de la mesa, y las miradas exigentes que nacen de la plenitud del estómago y de la plenitud de las arterias por donde circulan Burdeos y Pedro Jiménez. La luz artificial ha sustituido a la vieja, deslustrada y enojosa (por lo conocida) luz del cielo. Quien monda una naranja a su vecina; quien parte un bizcocho con su *adlatere*; quien prepara un brindis; quien se limpia los dientes; cual se desabotona el chaleco; cual otro se entera de la topografía de la casa... ¡Es un momento animado y delicioso!

Amo, además, los postres de las mujeres. Me explicaré. Hay una edad en la vida de las mujeres hermosas que puede llamarse los postres de su belleza y de su juventud: los treinta y cinco años. Las más inexpugnables coquetas, las más terribles hermosuras, las tiránicas reinas de los salones que, como todo el mundo sabe, pasan su existencia adorándose a sí mismas, aman al prójimo por primera vez al llegar a esa edad climatérica. ¡Oh ricos y sazonados postres! ¡Oh madurados frutos! ¡Oh ternuras exquisitas, sabio aliño del amor, refinadas monerías, consumada inteligencia de lo dulce y de lo amargo! Ni creáis moderna esta clase de ayuntamientos, conocida hoy con el nombre de *Traviatismo*; pues allá en la antigua Roma, mucho antes de que nacieran Margarita Gautier, Dumas II, Verdi y la señora Penco,[3] ya escribía Ovidio en su libro *De Arte Amandi*, hacia el remate del canto segundo, los siguientes peregrinos versos, que tampoco debo traduciros, lectoricas de *Los Postres*.

Adde quod est illis operum prudentia major
. . . . .
utique velis, venerem jungunt per mille figuras,
. . . . .

---

[1] Esta pieza salió en *Los Postres*, Vol. I, núm. 13, 21 de agosto de 1857, págs. 97–98, efímero periódico humorístico dirigido por Ventura Ruiz Aguilera.

[2] No he podido encontrar ningún refrán parecido y, por supuesto, *auteverlat* no es latín. Alarcón está bromeando aquí como en todo el artículo.

[3] Rosina Penco (1830–74), mezzo-soprano italiana, había cantado por primera vez en Madrid en 1854.

Illis sentitur non irritata voluptas.
Quod juvat ex equo femina virque ferunt.
. . . . . .
Hec bona non prime tribuit natura juvente:
que cito post septem lustra venire solent.

Fuérame dado verter al castellano estos conceptos, y se chuparán los dedos más de cuatro jamonas; pero tengo presente que el escribirlos en latín costó a Ovidio morir desterrado *in extremis Ausoniae*, y paso adelante en mi relación. Digo, pues, que los postres de una mujer son gratos y melancólicos como todo lo que está a punto de expirar, como la tarde, como el otoño, como la belleza seráfica del creyente moribundo, como la luz que va a apagarse, como la galop infernal con que termina un baile de máscaras, como el última esfuerzo de una civilización agonizante.

Y véase cómo sin querer hemos hecho una lista de exquisitos postres.

La tarde, postre del día, sobremesa del banquete solar, hora solemne en que la naturaleza toda alza un cántico tan patético como el del cisne que se despide del mundo.

El otoño, postre del año, con su verano de los membrillos, con sus vendimias, con sus amarillentas hojas, con sus magníficas tormentas. El otoño, estación en que las flores se han convertido en frutos, se hace provisión de postres para todo el año, al menos en provincias, donde aún existe la despensa; el otoño, en que se compran los cerdos para cebarlos y matarlos por San Andrés, de donde proviene aquel cantar:

Día de S. Andrés,
mata tu res
y si no a tu mujer, etc., etc.

el otoño, en que los tísicos encuentran al fin el descanso de la tumba, por lo que las mujeres de mi pueblo, cuando ven a un adolescente flaco y amarillo, hundido de pecho y que tose con frecuencia, dicen lúgubremente y evitando todo contacto con el pobre hético: "Este muere a la caída de la pámpana." El otoño, en fin, hora deseada ardientemente por todos los que veranean fuera de la corte, en cuyo número tiene la desgracia de estar incluído un servidor de Vds. Y digo desgracia, no porque vivir en la corte sea una fortuna, sino por costumbre que tengo de quejarme de todo.

Con lo que vuelvo a los postres.

Me gustaban los postres de los periódicos, cuando los había y ocurrían muchas cosazas en Europa. Grato era entonces leer la última hora, preñada siempre de tremendo interés.

Me gusta el trueno gordo, fin y postre de unos fuegos artificiales.

Y el baile nacional, postre de una función de teatro. Pero me gustaría más si el traje de las bailarinas fuese largo hasta los pies; aunque estoy seguro de que

a ser así, desearía que no pasase de las rodillas. Y es que yo tengo espíritu de oposición, como dije hace poco.

Del cigarro, la punta, o sea el postre, es lo que más gusta a los aficionados.

De una mala producción literaria, dramática, o lírica, el postre llena de júbilo al mártir que ha sufrido los principios y los medios.

Aunque para postres, los novísimos y postrimerías del hombre, *muerte, juicio, infierno* y *gloria*.

A los que yo añadiría hoy la firma de los artículos, que son su verdadero postre, y postre novísimo, al par que muy de mi agrado, como que en él termina mi compromiso de mandarle a Vd. un artículo, señor D. Ventura Ruiz Aguilera.

3
ANECDOTAS DE MI TIEMPO[1]

Habíame propuesto hoy, queridos lectores, inventar un cuento de los llamados *novelas*, y andaba buscando en mi imaginación los personajes fantásticos que habían de figurar en él, cuando tropecé con una infinidad de héroes de carne y hueso que andaban paseándose por mi memoria, como autores de hechos o de dichos inolvidables; y estos dichos y hechos hanme parecido tan curiosos que no vacilo en referiros algunos de ellos en vez de los que yo pudiera excogitar, seguro de que saldréis ganando en el cambio.

Porque, decidme, ¿qué mejor novela que la misma vida? ¿Qué personajes más cómicos o más tristes se podrán inventar que los que tropezamos a todas horas en mitad de la calle? ¿A qué poner en tortura la fantasía, cuando nos da todo el trabajo hecho la realidad?

Oídme unos instantes, y os convenceréis de que tengo razón. Por mi parte, tan convencido estoy ya de ello, que ahora mismo se me ocurre publicar algún día, si Dios no me mata antes, todo un volumen con el mismo título de estos renglones, o sea una colección de *Anécdotas de mi tiempo*, políticas, literarias, artísticas, sociales, etc. etc.

¡Y véase lo que son las cosas! Traté de escribir hoy una novela, y se me convirtió en un artículo; me puse a escribir el artículo, y se me acaba de convertir en una obra. ¿Quién sabe si mañana la obra se convertirá en agua de cerrajas?

---

[1] Alarcón quiso aprovecharse de estas anécdotas y las insertó en la colección *Amores y amoríos. Historietas en prosa y verso*, Madrid, A. de Carlos, 1875, págs. 141–49, aunque las tres primeras no tienen nada que ver con el amor. Ignoro si salieron antes en algún periódico.

Con que, vamos a las anécdotas ofrecidas, no sea que a fuerza de prometer, acabe no contándoos hoy nada de provecho.

I
EL SOMBRERO-FENIX

Empezaré por el lance más prosaico.

El duque de *** (en lugar de estas tres estrellas colocad trescientos millones de reales), duque, cuya nobleza se remontaba a la primera mitad del reinado de doña Isabel II, y duque que, por más señas, murió hace unos ocho años, después de haber sido ministro y otras cosas (pero me parece que sabéis de quién hablo); pues bien, el duque de *** tenía un criado a quien amaba extraordinariamente, y del cual era también muy querido, pero al que nunca había regalado nada, por la sencilla razón de que S. E. era muy avaro.

Tan avaro era S. E. que sus amigos tuvieron que predicarle muchos meses para ver de conseguir que desechase un sombrero viejísimo, lleno de grasa y de abolladuras, que usaba hacia ya siete años. Logrado que hubieron que comprase otro, el duque llamó al susodicho criado y le habló de la manera siguiente:

—Tiempo es ya, Francisco, de que yo te dé una muestra especial de mi afecto, así como de que uses sombrero de copa. Aquí tienes éste (y le presentó el que acababa de desechar) que yo he llevado tantos años y que es como un recuerdo vivo, como una parte integrante de mi persona. Guarda la gorrilla que trajiste del pueblo y que has usado hasta de presente; guárdala, por si vienen malos tiempos y tenemos que reducir nuestro tren; pero entre tanto, usa, cual si fuera tuyo, este sombrero que te regalo yo (que soy tu amo), como recompensa y premio de tus excelentes cualidades.

Francisco, que era un gallego muy económico, agradeció profundísimamente aquel donativo; fue a una sombrerería de mala muerte, y mandó que le compusieran el sombrero. El sombrerero lo coció en agua hirviendo, lo encoló, lo planchó, y lo dejó flamante, aunque con un colorcillo de ala de mosca y ciertas raspaduras que denotaban sus antiguos servicios.

El día que Francisco lo *estrenó*, encontróse el duque a éste de manos a boca en el portal de la casa, y, reparando en la prenda que primero le vió en la cabeza y luego en la mano, díjole atropelladamente:

—¿Por qué te has comprado un sombrero nuevo? ¿Qué has hecho con el mío? ¿Ha sido tu ánimo desairarme?

—¡Ca! no, señor, respondió el criado. ¡Si este sombrero es aquél! ¡Sólo que me lo han compuesto por ocho reales!

¡Pero, hombre! ¿Cómo he podido yo regalarte un sombrero que todavía puede durar seis años? ¿En qué he estado yo pensando? Toma, toma tus ocho reales, y déjame mi sombrero. ¡Pues no faltaba más! Con éste y con el que me ha comprado por puro lujo tengo ya para toda mi vida.

El duque se equivocaba. Le sobró uno de los dos; pues cuando a los diez meses S. E. murió de viejo, dejó a sus herederos trescientos millones de reales y un sombrero nuevo.

¡Qué ganga para sus hijos!

II
CONSECUENCIA POLITICA

Y, sin embargo, aquel hombre no era tonto.

Tan no era tonto que él fue quien pronunció algunos años antes una de las frases más profundas, significativas y crueles que hayan resonado jamás en el mundo político, frase que después se ha repetido en el Parlamento, en el teatro, en todas partes, poniéndola en boca de otras personas.

Encontróselo un día en la calle D. Alejandro Mon, que acababa de ser Ministro de Estado, y díjole sentidamente:

—¡Dichosos los ojos que lo ven a V., señor duque!

—Eso digo yo, señor D. Alejandro. ¡Dichosos los ojos que lo ven a V.!

—Hombre, yo lo digo porque antes tenía el gusto de verlo a V. todos los días en el Ministerio de Estado, y desde que dejé de ser Ministro no he vuelto a saber de usted!

—Culpa de V., que no mía, señor D. Alejandro, respondió el duque tranquilamente.

—¿Cómo tal?

—Como V. lo oye. Yo no he variado en nada. Yo sigo yendo todos los días a la misma hora al despacho del Ministerio de Estado. Usted es el que ha dejado de ir.

III
VENTAJAS DE CONOCER LA LENGUA LATINA

De diversa índole, pero no menos acerada, es la contestación que dio a otro saludo el insigne Martínez de la Rosa. Yo presencié la escena.

No diré quien, después de haber obtenido grandes favores del célebre autor de *Edipo*, y de haberle adulado mucho durante sus primeros ministerios, dejó de visitarlo cuando lo vio en la adversidad, y hasta se pasó al campo de sus adversarios.

Pero habiendo girado la rueda de la fortuna, y tornado Martínez de la Rosa a la cumbre del poder, el ingrato de marras tuvo la poca vergüenza de acercársele en el salón del marqués de Molíns, y decirle zalameramente:

—¡Hola, amigo!

—¡*Olim*, amigo! contestó el ilustre poeta volviéndole la espalda.[2]

IV
UN CONSEJO DE *EL LAVI*[3]

Uno de los autores dramáticos que más aplaudió nuestro público en los últimos años del romanticismo, tenía grande amistad con el famoso torero *Lavi*.

Adolecía el poeta por aquellos días (últimos también de su juventud) de una gran tristeza, o pasión de ánimo, y andaba tan cariacontecido y taciturno contra su genialidad acostumbrada que parecía que se iba a morir.

—¿Qué tiene V., hombre, qué tiene V.? le dijo *El Lavi* una vez que lo halló a solas. ¡Cuéntemelo usted a mi todo! Eso debe de ser algún amorcillo que se le ha atravesado a V. en el alma, y para semejantes males yo sé muchísimos remedios.

—Puede ser, Manolo, respondió el poeta. Acaso tú, con tu gramática parda y consumado trasteo del mundo, me des algún consejo práctico para salir de la angustiosa situación en que me encuentro. Escucha, *Lavi*:

Yo estoy perdidamente enamorado de la mujer de un amigo mío, y no sé por qué me imagino que ella me corresponde en secreto. No me atrevo, sin embargo, a decirle cosa alguna, no ya por respeto a mi amistad con el marido (pues la pasión ha acabado por sobreponerse a mi conciencia), sino considerando que, si estoy equivocado y mi adorada no me quiere ni sospecha mi amor, una declaración sólo servirá para aumentar mis cuitas. Dígolo, porque ella, que hasta ahora ha sido muy honrada, y se ha mostrado fiel y amantísima esposa, se llenaría de cólera e indignación al oírme; me prohibiría volver a su casa, ya que no se lo contase todo a su marido, y yo me quedaría sin *honra ni provecho*, y privado de la dulce vista y continuo trato del objeto de mis ansias.

—Comprendo, dijo *El Lavi*. Usted desea obrar sobre seguro. Usted desea saber, sin preguntarlo, si esa mujer le quiere. Usted desea no correr el riesgo de errar el golpe, ni tampoco dejar de darlo, si por ventura la fiera está ya preparada para la muerte.

—Justamente, Manolo.

—Pues, señor, eso es muy sencillo. Dígame V., ¿usted ve a solas a la interesada?

---

[2] El adverbio latino *olim* significa *en otro tiempo* (nota de Alarcón).

[3] Ya Alarcón había contado otras anécdotas sobre el torero Manuel Díaz, *El Lavi*, muerto en Lima en 1858, en su crónica "Visitas a la marquesa." Dicha crónica salió en *La Epoca* del 15 de febrero de 1859, y forma parte de las *Obras completas*, pág. 1726. No sabemos si "Un consejo de *El Lavi*" se había publicado anteriormente en alguna otra parte antes de ser incluido en *Amores y amoríos*.

—Muchas veces al día y durante la noche. Puede decirse que no salgo de su casa sino las horas de dormir.

—Corriente. Pues, señor, a la primera ocasión en que estén ustedes solos, se arrima V. a ella y la mira sin decirle una palabra. En seguida, le da V. así, con el bastón en la ropa, y le dice V. medio riéndose: "Muchacha, ¡qué gorda estás!" (Es lo que yo hice con una.) Después le planta V. un par de banderillas, digo, de besos, donde mejor le pille, y se para V. Si ve V. que se ríe y se calla, ¡adelante! ¡Toque V. a muerte! Pero si ve usted que se incomoda y empieza a dar voces, se calla usted como un difunto, o se pone a silbar haciéndose el distraído, y aquí no ha pasado nada. ¡Es que la mujer no quiere!

El poeta soltó la carcajada, cosa que no había hecho hacía mucho tiempo, y quedó curado de su pasión...de ánimo.

De la otra pasión no sabemos cómo se curaría. Pero a los pocos meses estaba completamente bueno.

VI. Artículos Políticos

1
DEDICATORIA

Señores redactores de *La Esperanza*:[1]

Con sumo placer he leído el gracioso, amable y bien pensado artículo que uno de Vds. —no sé cuál—tuvo la caridad de consagrarme, o sea de dedicarme (agradézcanme estos escrúpulos) en su número del lunes; y muy reconocido a los maternales consejos que me dan en él, me tomo la libertad (quiero decir, el absolutismo), de consagrarles (tratándose de Vds., está en su lugar este verbo) en *La Epoca* de esta tarde unos ligeros apuntes de mi cartera,[2] que vienen a demostrar lo mismo que Vds. aseguran en su artículo, a saber, que los tiempos del señor rey D. Carlos II son preferibles con mucho a los tristes y constitucionales que alcanzamos.

No sera ése el último trabajillo de su género que me atreva a dirigirles, sobre todo si siguen Vds. honrándome con sus consejos. ¡Asi quisiera Dios que nuestros esfuerzos unidos diesen por resultado el triunfo de la teocracia, que es como quien dice el triunfo del Evangelio! ¡Oh! si, hermanos míos; yo opino como Vds. en esta cuestión; el absolutismo, la teocracia y el papado han sido siempre una aplicación práctica de la moral de Jesucristo. Combatir por D. Carlos es combatir por la Iglesia, y combatir por la Iglesia es propagar las sublimes doctrinas del Evangelio.

Y si no, comparemos por un momento la conducta de los ultramontanos con la predicación del Redentor de la humanidad.

---

[1] Esta carta se publicó en *La Discusión*, el 3 de diciembre de 1858. El periodico *La Esperanza*, defensor del absolutismo carlista, habia sido objeto, en 1854–55, de repetidos ataques por parte de Alarcón en *El Látigo*. La carta de *La Discusión* muestra que entretanto las opiniones de Alarcón no habian cambiado tanto como algunos criticos han pensado.

[2] No pude encontrar estos apuntes en *La Epoca*.

Mi reino no es de este mundo, decía a todas horas aquel divino Maestro; y derivaciones de este principio eran la humildad, la pobreza y la mansedumbre que recomendaba a los Apóstoles. ¿Qué otra cosa practican y enseñan los propagadores del cristianismo? Léase la historia; dése una vuelta por el mundo; regístrense los anales de la Inquisición; hojéense los concordatos y los periódicos religiosos; vívase un par de meses en los Estados Pontificios; obsérvese la actitud de la corte romana durante la guerra que sostuvieron en Oriente hace pocos años moros, católicos, griegos, protestantes y qué sé yo qué más; estúdiense, en fin, los escritos del Pontífice Ganganelli,[3] las memorias de la casa de los Borgias y los expedientes de la dirección de bienes nacionales, y se verá hasta qué punto el partido teocrático ha realizado siempre las máximas de Jesucristo. ¡Qué desprecio de los bienes temporales! ¡Qué alejamiento de todo lo mundano! ¡Qué desdén a esta vida y qué fe tan desinteresada en la otra! Siempre ha dejado para los gentiles esas vanidades que el Dios humanado menospreció desde lo alto de la Montaña. Siempre ha imitado la modestia, la castidad, la resignación, el sufrimiento, la humildad y la dulzura del que nació en un pesebre, entró en Jerusalén sobre un asno y lavó los pies a sus enemigos. *Aconsejad, pero no violentéis*, dice San Bernardo. *Mi doctrina es de amor*, dijo el mismo Cristo. *Perdónalos, padre mío; no saben lo que hacen*, añadió en la cruz hablando de sus enemigos, de sus verdugos. ¿Qué otros medios se han empleado por los teócratas para propagar estas sublimes teorías? Mientras que los filósofos gentiles, los liberales de todas las épocas, judaizantes y negros, luteranos y calvinistas, constitucionales y demócratas, apelaban al hierro y a la hoguera para difundir sus doctrinas, los testamentarios de Jesús se contentaban con hablar, con predicar, con aconsejar, con persuadir por medio de la prensa y de la tribuna, clamaban por la discusión, perdonaban a sus enemigos, cumplían una misión de amor y paz, y levantaban el espíritu sobre la materia, el derecho sobre el hecho, la voluntad sobre la fuerza. Palacios y coches, tesoros y comodidades, diezmos y primicias, fincas rústicas y urbanas, cruces y condecoraciones, tratamientos y prerogativas quédense allá para los tiempos de la desigualdad humana, para los días de la esclavitud del pobre y de la servidumbre de la mujer; para la India, donde hay parias; para el mundo pagano; para los que desconocen la ley de fraternidad universal que promulgó el hijo de María; pero nosotros, pero ustedes, pero los católicos nuevos y viejos, despreciamos todos esos vanos alardes de soberbia mundanal, y no reconocemos otra aristocracia que el sufrimiento, que la mansedumbre, que la penitencia.

Volvamos, pues; sí, sí, volvamos a los tiempos de Carlos II, al siglo de oro de la teocracia; a los días en que la moral de Jesucristo interpretada por el cardenal Portocarrero, daba ópimos frutos sobre esta desventurada nación.

---

[3] Lorenzo Ganganelli, Clemente XIV, papa desde 1769 a 1774, disolvió la Compañía de Jesús.

Ya ven Vds., señores redactores de *La Esperanza*, que con los consejos del lunes ya soy otro hombre; no dejen Vds. de leer esta tarde—yo se lo ruego—en las columnas de *La Epoca* el artículo que les consagro y acabarán de persuadirse de mi conversión.

Titúlase *El rey se divierte*.

Por ser demasiado largo, y contar con la amabilidad de esta pícara *Discusión*, que Dios perdone, cometo la extravagancia, que Vds. me perdonarán también, de anunciarme por la puerta y colarme por el tejado.

Salud y muchos suscritores, que esto nunca está demás, por desinteresada y sincera que sea la fe que nos encamina al publicar periódicos teocráticos.

Repito a VV. que no estoy enojado, y en prueba de ello, les suplico que si esta noche me encuentran en el Teatro Real, donde tengo el gusto de verles (sobre todo cuando se canta *La Traviata*, ópera un tanto alegre, pero que parece ser muy del agrado de vuestras reverencias), no se pongan tan colorados como la otra noche, ni se hagan los distraídos; salúdenme cristianamente, que me harán merced en ello, pues yo les aprecio y admiro más de lo que se figuran, tanto por su constancia y consecuencia política como por la gracia y el talento que resaltan en su periódico.

A propósito de esto, me permitiría aconsejar a VV. una cosa sumamente importante, y es que economicen los artículos del *yernecito*; pues va a dar al traste con la buena reputación que ha tenido siempre *La Esperanza* (aun entre los más furibundos *negros*), de papel entretenido, sabio y bien hablado, en el doble sentido de esta frase. El amor de suegros no debe llevar tan lejos a los hombres. Tengan VV. carácter y atrévanse a decir al mencionado *yernecito* lo que indudablemente le habrán callado hasta aquí por evitar disgustos domésticos.

Soy de VV., señores redactores, con la mayor consideración y respeto, correligionario y atento S. Q. B. S. M. — Pedro Antonio de Alarcón.

2
EL ECO DE TETUAN
PERIODICO ESPAÑOL.

Número 1.° Jueves 1.° de Marzo. Año de 1860.

INTRODUCCION[1]

No lo ocultaremos. Al coger hoy la pluma para redactar las primeras líneas de este humilde periódico, la más dulce emoción embarga nuestro ánimo, y un inefable sentimiento de orgullo y de alegría nos hace derramar lágrimas de entusiasmo y regocijo.

¡Sea, sea en el nombre de Dios y en el de nuestra cara España; sea en el insigne idioma castellano; sea bajo la bandera triunfante de Jesucristo como nazca a la luz pública el primer periódico del imperio de Marruecos, y regocíjese en su tumba el inmortal Gutenberg al ver volar por estos horizontes la palabra impresa, pálida estrella hoy, como nacida de nuestro pobre entendimiento, pero que algún día llegará a ser claro sol de verdad, que esparza resplandores de amor y de justicia en la tenebrosa mente de los africanos!

Mas no somos nosotros, agentes ciegos y fatales del espíritu sublime que hoy anima a nuestra Madre Patria; no somos nosotros los que debemos envanecernos de la nueva conquista que realiza la civilización de Europa al plantar su cátedra (la prensa) sobre el territorio que ayer era marroquí; es España la que debe ceñir a su frente tan inmarcesible lauro; España, que, en brevísimos días, ha hecho pasar el Estrecho de Gibraltar, en medio de sus legiones armadas, y avanzar de campamento en campamento, siempre en pos de la victoria, las grandes maravillas del siglo XIX, los más opimos frutos del progreso, las obras más portentosas de la libertad, el telégrafo eléctrico, el vapor y el ferrocarril, y que hoy establece la imprenta sobre los viejos manuscritos de las bibliotecas de

[1] Alarcón recogió esta Introducción con la siguiente nota en *Cosas que fueron* (1871), pero no la incluyó en las *Obras completas*: "Este periódico, fundado por el Sr. Alarcón en Tetuán, y del cual no se publicó más que el primer número, tiene la singularísima gloria de haber sido el 'único' papel que se ha impreso desde que el mundo es mundo hasta hoy día de la fecha en el imperio de Marruecos. Ni allí había habido periódicos, ni los ha vuelto a haber, ni los moros tenían noticia alguna del descubrimiento de la imprenta. El Sr. Alarcón se valió de la imprenta de campaña que llevaba consigo el general O'Donnell, la cual sólo sirvió para dar a luz aquel número del *Eco de Tetuán*, que principiaba con el artículo que aquí publicamos."

José Grau Martínez en "Pedro Antonio de Alarcón, periodista" (*Gaceta de la Prensa Española*, núm. 114, 1958, págs. 3–52) trae más datos sobre *El Eco de Tetuán* y cita varios pasajes del periódico.

Tetuán; España, que, entre lagos de sangre, nubes de pólvora inflamada, montones de cadáveres apilados por la peste, y tormentas y naufragios horrorosos ha dado al pueblo marroquí ejemplos de caridad y de hidalguía, de generosidad y de largueza, de tolerancia a todos los ritos y religiones, de respeto a la propiedad y a las costumbres, de piedad con el vencido, de amor al desgraciado, de admiración al heroísmo sin fortuna, y que, aprovechando los cortos intervalos en que calla la voz de los cañones, levanta la voz persuasiva de la prensa, y, pasando la espada de la una a la otra mano, esgrime las armas de la razón bajo la bandera de parlamento que tremolan los derrotados islamitas.

Por lo demás, bien puede morir o suspenderse mañana este periódico, cuando el clarín de guerra vuelva a resonar llamándonos a nuevas lides; también puede ser que su segundo número se publique lejos de Tetuán, bajo una tienda de lona, en el aduar de un pastor morisco o en otras ciudades de Marruecos; pero, de cualquier modo, el hecho quedará consignado; nuestro propósito servirá de guía a los que nos sucedan; la prensa renacerá de sus cenizas en estas comarcas, y poetas, publicistas, sabios, filósofos pueden honrar a Tetuán en tiempos más o menos remotos, que nos den con sus recuerdos y con su estimación el único premio a que aspiramos al ofrecer al público este pobre testimonio de nuestro amor a España.

3
BIBLIOGRAFIA

O'DONNELL Y SU TIEMPO
POR D. CARLOS NAVARRO Y RODRIGO[1]

Este libro, que acaba de ver la luz pública, fue escrito hace más de un año para ser publicado en aquel *paréntesis de silencio* que abrió la insensatez del último ministerio de Isabel II, y que cerró el grito de *¡Abajo los Borbones!* lanzado por nuestra escuadra en la bahía de Cádiz.

El mismo día que le general O'Donnell fue sepultado bajo las bóvedas del panteón nacional, Navarro tuvo el claro instinto de leer en la contristada faz de un pueblo inmenso que el vencedor de Africa había pasado inmediatamente del

[1] Alarcón conoció a Carlos Navarro y Rodrigo (1833–1903) en Africa donde fue corresponsal de *La Epoca* y encargado de la imprenta del ejército. Después, Navarro desempeño varios importantes cargos políticos y colaboró en *La Política* con Alarcón. Esta reseña salió en *La Política* el 11 de mayo de 1869.

destierro a la apoteosis, de la vida a la inmortalidad, de la jefatura de un partido y de las contradicciones de la política al templo de la gloria, que por esta vez no esperó para abrir sus puertas al héroe que acababa de morir a que desapareciesen también las pasiones y los intereses que habían combatido y amargado su existencia. Navarro comprendió que la nación declaraba vencedor a aquél que moría vencido, y quizás lo comprendieron del propio modo la reina Isabel y sus últimos consejeros, que vieron entrar en Madrid el cadáver de O'Donnell, la primera con despechado odio y los segundos con sobresalto y con respeto, como si temieran que el fallo de la anticipada posteridad que empezaba para el grande hombre acordase, al mismo tiempo que los honores debidos a su prematura fama póstuma, el condigno castigo para sus ingratos y ruines enemigos, que eran al par los enemigos de la libertad y de la honra de la patria. Nació. pues, este libro en aquel trágico día de dolor para unos, de remordimiento para otros, de gloria para el que moría, de varonil exaltación y renovada esperanza para los que acababan de encerrar en la tumba al ilustre jefe de su partido, pero de modo alguno su patriótica bandera.

Severo, altivo, triste, reservado, como aquellos tiempos de pena y de rencor, de persecución y de constancia, el libro de Navarro refleja admirablemente la época en que fue escrito y todo lo que la Unión Liberal pensaba y sentía en tan lúgubre período de su historia. *O'Donnell y su tiempo* no es un elogio, en el sentido retórico de esta palabra, ni podía serlo, ni lo hubieran consentido los fiscales que tenían que censurarlo previamente. No es tampoco una defensa, y menos aun una vindicación, en que resulten al descubierto todas las iniquidades, todas las ingratitudes, todas las vilezas con que la dinastía pagó al capitán insigne sus grandes merecimientos, ni se califiquen y reprueben los atentados, los crímenes, las infamias que manchaban la vida de sus émulos y rivales, de aquellos hombres que habían hecho ya el más espantoso vacío alrededor del trono y que debían abandonar también a la nieta de María Luisa en el momento de la catástrofe. No. El libro de que hablamos es una relación austera, sobria, sin comentarios, de la vida militar y política de O'Donnell; es su hoja de servicios, escrita sobre la lápida de su sepulcro; es la orden del día que publica un partido al volver del entierro de su jefe, consignando sus títulos a la gratitud de la patria; es una especie de honras fúnebres hechas por un ejército a su difunto general; es algo más severo que la historia, más favorable que el panegírico, más lisonjero que la apología, más elocuente que la epopeya; es un boletín de campaña que redacta un partido para que sirva de prólogo a una revolución; es un documento fehaciente que, sin necesidad de otras alegaciones, prejuzga la sentencia de un reinado.

Leyendo este libro, en que se encuentran los grandes hechos de O'Donnell en la guerra civil, escritos de su propia mano con una modestia sin ejemplo, hechos que demuestran cuánto le debió la reina para ver trocada en un trono su desvalida cuna; en que se ve como la libró primero de la lepra

moderada, y después de los embates revolucionarios, en junio, julio y agosto de 1854 y en julio de 1856; en que aparece con toda su grandeza su gloriosa administración de los cinco años, coronada por la guerra de Africa; en que se le ve salvar otra vez el trono de la conjuración de 1865, fundando su último ministerio, y volver a salvarlo, tras una recia batalla, en 22 de junio de 1866: leyendo este libro, decimos, en que todos esos relevantes servicios no producen sus naturales consecuencias, sino que se pierden en el caos de la política, como en un laberinto tenebroso, la conciencia pública formula el memorial de agravios que no hace el historiador, y lee entre página y página otras que redacta su implacable justicia, en las cuales se refieren la felonía de 1853, en que Isabel II persigue de muerte al heroe de Lucena; la felonía de 1856, en que le paga una victoria que la vuelve a hacer reina echándole innoblemente del poder; la felonía de 1863, en que le recompensa la guerra de Africa y cinco años de orden, paz, prosperidad y gloria negándole un decreto de disolución que en seguida concede al más ridículo de los ministerios; la felonía de 1866, en que a la raíz de una nueva victoria, en que le da la corona por tercera vez, lo despide ignominiosamente como al último de sus criados y otras felonías, no tan públicas, como, por ejemplo, la de tener acordada su caída el mismo día que se recibió en España la noticia de la batalla de Tetuán.

Todo esto escribe la conciencia pública entre una y otra página del intencionado y reticente libro de Navarro; no tenía, pues, él necesidad de referir esos rasgos de la historia de Isabel II, dado que le hubiera sido posible intentarlo cuando escribió la biografía de O'Donnell, y ha hecho muy bien en no añadirlos hoy que el fallo de la nación ha sentenciado ya a la hija de Fernando VII y que ésta se halla en la emigración cumpliendo alegremente su condena.

O'Donnell y su tiempo tiene también la grande autoridad y el vivísimo interés de haber sido escrito por un hombre cuya existencia política está resumida en la de vencedor de Africa. Navarro nace a la vida pública en la Unión Liberal; no ingresa en este partido, como tantos otros nos afiliamos a él, yendo del progresismo, del moderantismo o de la democracia, soñando con una patriótica transacción entre la libertad y la dinastía que ahorrase a España la temerosa crisis que hoy corremos; Navarro aparece en 1854 en el estadio de la prensa defendiendo la idea de O'Donnell, representada por el centro parlamentario de las Cortes Constituyentes. Desde entonces sigue al lado del ilustre general en la buena y en la mala fortuna, como periodista, como diputado, como jefe de la imprenta de campaña en la guerra de Africa, como funcionario público, como uno de sus más íntimos y familiares amigos.

Conoce, pues, a fondo los secretos de aquel hombre tan reconcentrado, su gran carácter, sus severas costumbres, sus pocas, pero arraigadas preocupaciones, y sus extraordinarias cualidades como gobernante y como general. Grandes muestras de Navarro en su libro de lo bien que entendía a su héroe, y al reseñar las varias peripecias de su historia se acredita de observador sagaz, de

juicioso crítico, de penetrante filósofo, al par que acrisola su reputación de fácil y brillantísimo escritor, tan notable por la viveza y el calor de su estilo, como por la seguridad y energía de las ideas. *O'Donnell y su tiempo* es una de aquellas obras destinadas a no morir nunca, ya que no por el primor artístico, a que seguramente no ha aspirado, por su autenticidad histórica, por su autorizada competencia.

Reciba nuestro amigo y compañero la felicitación más sincera que se le haya podido tributar, en la que incluimos también la que no hemos tenido ocasión de significarle por su otro reciente libro, titulado *El cardenal Cisneros*. Felicitámosle asimismo, aparte ya de lo apuntado, pues esto no va con el biógrafo, sino con el distinguido publicista, por la profunda intención política, por las referencias al porvenir que entrevemos en algunas páginas de *O'Donnell y su tiempo*, sobre todo en el prólogo y el epílogo, que se completan mutuamente, constituyendo un solo programa, que deben leer con atención nuestros amigos de la Unión Liberal.

Felicitámosle, en fin, y nos felicitamos nosotros al mismo tiempo, así como a todos los antiguos unionistas, por haber militado a las órdenes de un jefe cuya vida puede escribirse toda entera al otro día de su muerte, en presencia de sus contemporáneos, de sus émulos, de sus rivales. Muy frecuente es ver que la adulación haga la apoteosis de un hombre público cuando éste se halla en la cima del poder o se espera que vuelva a ocuparla. Pero no es tan cómodo, no es tan fácil, no es casi nunca posible, en el mundo de la política, escribir la historia de un repúblico que acaba de morir.

No es común ver que nadie se ufane de haber sido ciego partidario del que ya no existe. Ni creemos que se haya dado nunca el caso que se da hoy con el general O'Donnell de que la alabanza de los merecimientos de un difunto hombre político y la proclamación de la fidelidad que se le tuvo, y de lo mucho que se le echa de menos, no susciten inconvenientes de ninguna clase, por mezquinos y subalternos que fueran, ni para los individuos ni para la colectividad que han tenido que nombrarle sucesor y que aventurarse en nuevas vías.

Dicho sea esto en honor del general O'Donnell, del noble patricio que ha heredado su jefatura y de toda la Unión Liberal.

4
EL PRUSIANO NO ES ESPAÑA[1]

I

Todos los que tienen experiencia militar o han estudiado con aprovechamiento el arte de la guerra saben que uno de los más funestos accidentes que pueden ocurrir a un ejército en campaña es el verse sorprendido durante la noche y atacado dentro de su propio atrincheramiento por fuerzas enemigas que lograron burlar la vigilancia o aprovecharon el sueño criminal de escuchas y centinelas. Pero esos militares prácticos o teóricos no ignoran tampoco que puede acontecerle una cosa mucho más grave a un ejército acampado, y es que, en las mismas horas del sueño y de las tinieblas, se produzca dentro de él, y cunda y se desarrolle en toda su espantosa plenitud, lo que se denomina *una alarma falsa*.

"¡A las armas!" grita un desdichado que se asustó de su sombra o que soñaba con el miedo. "¡Estamos cercados!" exclaman otros, despertando despavoridos. "¡Fuego!" prorrumpe alguno, disparando en la oscuridad. Y a este tiro responden ciento, que van a herir pechos hermanos, y suenan las cornetas y tambores, y todo el mundo ve un enemigo en el primer bulto que divisa, y los jefes no saben lo que pasa, ni qué mandar, ni dónde se encuentran. Quien cree que se trata de una rebelión intestina; quien que de un ataque exterior; unos piensan que el enemigo ha penetrado en el campamento, otros que se encuentra ya a retaguardia de él, y propágase la confusión, y sigue el fuego, y nadie se entiende, y todos se matan en las sombras por defenderse, recíprocamente de un ataque imaginario.

En el momento en que cogemos la pluma, la revolución de setiembre está amenazada de una calamidad por el estilo de la segunda que acabamos de describir. Los primeros gritos de una *alarma falsa* sumamente peligrosa empiezan a resonar en las tinieblas de la política, saliendo de las cercanías del alcázar del gobierno.

"¡La independencia española está en peligro!" ha gritado alguién imprudentemente. "¡La dignidad nacional ha sido herida!" ha vociferado otro. "El extranjero nos amenaza. El honor español se halla comprometido. Acordémonos de Vitoria y de la Albuera. ¡A las armas! ¡A las armas!" han acabado por decir algunos órganos escritos o verbales de los hombres de la situación, y el pavor empieza a apoderarse de las gentes cándidas y sencillas.

Como se ve, el porvenir no podría ser más negro, si no se le pusiese desde

[1] El folleto de Alarcón *El Prusiano no es España* apareció anónimamente (Madrid, Fortanet, 1870).

luego el debido correctivo a un error de tamaña trascendencia. Afortunadamente todavía es tiempo; tal vez mañana fuera tarde, y algunos exaltados patricios, imbuidos en la aprensión de que la independencia nacional estaba amenazada, y no encontrando enemigos exteriores que combatir, tomarían por cómplices del soñado beligerante extranjero a los que negasen que la honra nacional se hallaba en cuestión, y harían fuego sobre sus mismos compatriotas, a la manera que los camaradas y conmilitones se fusilan unos a otros durante las falsas alarmas nocturnas de que llevamos hecho mérito.

Ni sería esto, con ser tan horrible, lo más deplorable de todo, sino que pudiera acontecer que, explotándose hábilmente por la despiadada política esa inmotivada efervescencia, esa conflagración, ese violento imperio del error sobre la verdad, se obligase, se compeliese a los legisladores españoles a consumar actos contrarios a su conciencia e impuestos por la presión de un patriotismo facticio, que esterilizasen la revolución de setiembre y aumentasen los infortunios de la patria.

Nos apresuramos, pues, a plantarnos en medio de los alarmistas que tratan de cogerle la embocadura a la bélica trompa para hacer la señal de una *guerra santa*; interrumpimos las marciales arengas que empiezan a balbucir, a riesgo de que nos crean insensibles al amor patrio; y, con tanto asombro y extrañeza como si acabáramos de bajar de la luna y no pudiésemos ni siquiera sospechar lo que acontece en nuestra España, nos permitimos preguntarles con la mayor cortesía posible: "Señores, ¿qué sucede para que estén ustedes tan indignados, tan entusiasmados, tan llenos de noble furia, y nosotros nos encontremos tan tranquilos? ¿Qué pasa que nosotros ignoremos? ¿Por qué predicáis esa cruzada? ¿A qué evocáis los gloriosos recuerdos de Roncesvalles, de Pavía, de San Quintín y de Arapiles? ¿A qué tarareáis los sublimes himnos de nuestro Tirteo, del inmortal Quintana? ¿Ha vuelto algún Murat a profanar el territorio español y a verter alevemente la sangre de los hijos de Padilla? ¿Han olvidado los franceses las páginas de Zaragoza y de Gerona, de Bailén y de San Marcial? ¿Se han atrevido siquiera a apoderarse de algún nuevo rey de España, reconocido y proclamado por los españoles, como hicieron en 1808 con Fernando el *Deseado*? ¿Se oponen cuando menos a algún acto decretado por nuestras Cortes en nombre de la nación? Pues si cualquiera de esas cosas ocurre, contad con nuestro brazo, contad con nuestra sangre, contad con nuestra hacienda, contad con nuestra vida. ¡Nosotros somos españoles ante todo!"

En esto se dirige a nosotros un amigo del general Prim, y nos dice con patriótica entonación:

—Ocurre algo más grave que todo eso. Ocurre que allá en la Alemania del Norte, en los confines de Prusia, existe un coronel de caballería llamado Leopoldo Hohenzollern-Sigmaringen, que le parece al general Prim hecho de

molde para rey de todos los españoles. Ocurre que a la nación francesa, que hace años está en guerra latente con la Prusia, no le conviene que ese prusiano se le coloque a retaguardia al frente de veinte millones de españoles, y que así se lo ha significado el gabinete Ollivier al gabinete Bismark. Y ocurre, por consiguiente, que todos los españoles debemos declararnos partidarios decididos del coronel Hohenzollern Sigmaringen, sin pararnos a considerar si tiene o no las condiciones necesarias para convertirse en nuestro rey, pues por el mero hecho de no ser del agrado de la Francia, todos estamos en la obligación de juzgarlo inmejorable y de proclamarlo sucesor de Carlos V. Aquellos de nuestros diputados que estaban dispuestos a combatir esta candidatura no tienen ya más remedio que aceptarla; lo contrario sería marcarse de afrancesados, de traidores a la patria, de enemigos de la nacionalidad española. ¡Basta que el general Prim se haya fijado en ese prusiano, y que la Francia sea enemiga de Prusia, para que en España se califique como delito de lesa nación el no ser hohenzollern-sigmaringista! Si esta deferencia hacia el general Prim nos lleva a una guerra con Francia, ¡tanto mejor! ¿Qué importa la sangre española, que importan todos los desastres consiguientes a una guerra, comparados con las ventajas incalculables de tener por rey a un señor que no conocemos y de quien no habíamos oído hablar en toda nuestra vida? Así, pues, decídase V. en favor del prusiano, o tema pasar por afrancesado, por traidor, por parricida, por enemigo de la madre patria.

Mentira parece; este discurso, con ligeras variantes, se pronuncia hoy desde lo alto de las columnas de algunos periódicos y hasta en el salón de conferencias del Congreso; y no es esto lo peor, sino que, como ya hemos indicado, tememos que llegue a *convencer* a algunos legisladores, a poco que ciertos *consecuentes liberales* (sic) lo acompañen de su correspondiente himno de Riego o de la música que hace pocas noches se solfeaba en la Corredera Baja de San Pablo.

Pero contra siete vicios hay siete virtudes; y a fin de que los *consecuentes liberales* aludidos no se crean en la obligación patriótica de *catequizar* o *excomulgar* a los diputados que no voten en favor del prusiano, y de que los diputados más crédulos y conquistables no se dejen convencer por el tejido de sofismas que propalan los partidarios del coronel Hohenzollern, vamos a tomarnos el trabajo de poner tan clara como el agua la cuestión internacional suscitada con motivo de esta candidatura, de modo que hasta el más negado comprenda que ni el honor español está comprometido, ni la independencia española amenazada, ni la dignidad de la patria en litigio, ni nadie en el caso de subordinar sus convicciones a las conveniencias políticas del general Prim, puesto que la causa del Sr. Hohenzollern-Sigmaringen no es la causa de la nación, sino la del gobierno, y puesto que, como decimos más arriba, *el prusiano no es España*.

II

Españoles, revolucionarios de setiembre, monárquico-liberales de todos los matices, los hechos son éstos, tal como se los dicta nuestra conciencia a un amigo de todos vosotros, partidario impenitente de la conciliación.

El general Prim, el presidente del Consejo de Ministros, el que *no quería ser batido en la cuestión de rey*, el que declinaba la iniciativa inherente a su posición oficial, el que *iría siempre a la cola de la mayoría* en todo lo referente a candidaturas, había recibido de sus amigos (según el mismo ha confesado; dispensémosle la contradicción) el encargo de buscar un regio candidato que presentar a la deliberación de las Cortes.

Ahora bien; el general Prim deseaba encontrar un candidato de su agrado, para tener luego un rey a su gusto, lo que es muy natural bajo cierto punto de vista.

Y ¿cuáles eran el gusto y el punto de vista del general Prim?

Eran un gusto y un punto de vista muy naturales también. El ilustre marqués de los Castillejos, que tanto luchó de 1866 a 1867 contra los *obstáculos tradicionales* que Isabel II oponía al acceso al poder del partido progresista, deseaba un rey que fuese exclusivamente favorable a esta colectividad, y que no tuviese más remedio que conservarle a él por un tiempo indefinido en la presidencia de los consejos de la Corona. De camino que procuraba esta legítima ventaja al partido que creía más útil y provechoso a la nación, y en que por ende se había afiliado, el noble conde de Reus se dejaba influir por un disculpable sentimiento, algo pueril, que animaba a ciertos progresistas rutinarios, cual era vengar la peripecia de 1856, jugando una partida semejante a los herederos del general O'Donnell. En 1856, la alianza de progresistas y unionistas, que había producido la revolución de 1854, se rompió violentamente, poniéndose la regia prerogativa y el fallo de las armas de parte de la Unión Liberal. Prim se propuso, desde que arrancó al general Serrano el ministerio de la Guerra, arrojar por la buena o por la mala a los unionistas de la situación que tanto habían contribuido a crear, y, no contento con esto, formó la resolución de mantener la interinidad hasta topar con un rey que opusiese a los unionistas unos *obstáculos* por el estilo de los *tradicionales*, que tanto habían dado que hacer a muchos hombres del progreso.

Como ha realizado el general Prim la primera parte de su programa, excusado es decirlo. Cuentas son éstas que le ajustará en el Valle de Josafat el duque de Tetuán al duque de la Torre. Por lo que respecta a la segunda parte, el conde de Reus principió aparentando que aceptaba la candidatura preconcebida por todos los revolucionarios de setiembre, la candidatura que palpitaba en el corazón de los marinos de Cádiz y de los héroes de Alcolea, la candidatura de los duques de Montpensier, dando espacio a que sus émulos se comprometiesen resuelta y formalmente en favor de ella, decidido como estaba el astuto caudillo progresista a combatirla a la postre, cuando se considerase con fuerza suficiente para campar por su respeto.

Y también era natural, política o partidariamente hablando, que el general Prim procediese de esta manera. Desde luego comprendería que los duques de Montpensier no podrían ser de manera alguna candidatos de un solo partido, sino que, por el contrario, desearían simbolizar las tres procedencias monárquico-revolucionarias, como llegó a simbolizarlas el augusto duque al final de la última legislatura, cuando le apoyaban a un tiempo mismo Ríos Rosas y Becerra, Sagasta y Cantero, a pesar de la renuncia tácita del insigne marqués de los Castillejos. También comprendería este sagaz hombre público que el duque de Montpensier, experto, inteligente, conocedor de España y de sus hombres, no podría ser el rey manejable que el deseaba, y por consiguiente, después de rendir un forzoso tributo patriótico a la solución ibérica en la persona de D. Fernando de Coburgo, cuya no aceptación tal vez conociera previamente, echóse a buscar el candidato que necesitaba para perpetuarse y perpetuar en la dirección de los negocios públicos a la fracción del progresismo fanático de su persona.

Un niño que no hablaba español, el duque de Génova, fue el primero por quien S. E. rompió lanzas, exponiendo ingénuamente las ventajas de las minorías, de las regencias, de los reyes en tutela, de los príncipes incapaces, etc., etc.

Muchas personas recordaron por entonces al general Prim que existía otro candidato más conveniente para España, y con el cual le ligaban grandes compromisos, y que este candidato era el duque de Montpensier.

—"Se opone Francia," contestaba Prim privadamente y hasta en Consejo de ministros. "Conozco que es la mejor candidatura, pero ¿hemos de meternos en una guerra con los franceses?"

"No es Francia la que se opone; no son los franceses; es Napoleón III, divorciado muchas veces del sentimiento francés," le contestaban al general Prim, que por lo visto entonces no estaba como hoy dispuesto a reproducir la epopeya de 1808.

"No me atrevo," replicaba el prudente marqués de los Castillejos, que en aquel tiempo frecuentaba a Napoleón en París y en Vichy, obligando a nuestro ministro de Estado a esperar audiencias imperiales de segunda mesa.

Y sucedió lo que todo el mundo sabe.

La calidad de *candidato primista* que revistió desde luego el duque de Génova hizo que su madre no se atreviese a enviarlo a España, y el entronizamiento del presunto pupilo del general Prim fracasó completamente.

Como se había hablado tanto y con tanta elocuencia por los adversarios del estudiante genovés contra las minoridades, el general Prim desistió de buscar nuevos reyes niños; pero se propuso encontrar un hombre que, por sus circunstancias, tuviese que estar también en estado de tutela durante los primeros años de su reinado, y se fijó en un coronel de caballería del reino de Prusia, que no hablaba español ni conocía los hombres ni las cosas de nuestra tierra, con el cual trató directamente, si bien por medio de un unionista, a fin de

disimular su egoísmo político, prefijando, según se dice, que el tal coronel no llegaría a reinar por completo en algunos años, sino ayudado por una co-regencia de que formaría parte el mismo conde de Reus.

Y aquí tienen ustedes la historia de la candidatura *nacional, patriótica, española, sacrosanta* del príncipe Hohenzollern-Sigmaringen.

Al llegar a este punto, consideramos conveniente plantear una cuestión. Napoleon III ¿ignoraba *personalmente* estas negociaciones del general Prim? ¿Quién ha iniciado la oposición al entronizamiento del príncipe Leopoldo en España? ¿La Francia, o el emperador francés? ¿Napoleón III, o su ministerio responsable? Más claro: ¿es verdad, como se nos asegura, que Luis Napoleón Bonaparte, que en la cuestión de Italia, en la de Méjico y en la austro-prusiana hizo una política personal contraria a la de su pueblo, vio al principio con buenos ojos, o concertó con el general Prim, la candidatura del hijo de su mayor enemigo, de su amado pariente, del vástago de Murat, y que no ha sido sino la Francia constitucional, la Francia de Ollivier, la que le ha dicho, la que le ha hecho decir: "Con un Sadowa basta; con un Maximiliano sobra?"

El tiempo aclarará este punto. Continúemos.

Publícase en España la candidatura Hohenzollern-Sigmaringen, y el estupor es general. Nadie ha visto, nadie ha oído hablar jamás en España de este príncipe. Todo el mundo le halla, pues, demasiado exótico, demasiado desconocido y desconocedor del pueblo a que se le destina. ¡Pronto se descubre que es descendiente de Murat, y hasta las piedras de las calles de Madrid se conmueven al extenderse la noticia! "Desciende del verdugo del 2 de mayo," dicen unos. "Es de raza de déspotas, y nos gobernaría a la prusiana," dicen otros. "No lo votaremos de manera alguna," exclaman Ríos Rosas y la mayoría de los diputados unionistas. "No lo votaremos jamás," dicen muchos insignes progresistas que no siguen a todo trance al general Prim. "¡No lo votaremos, no lo votaremos!" repiten sobre todo los más leales amigos del duque de la Victoria.

Digamos en honor del presidente del Consejo que, según nuestras noticias, al tratar con el coronel Hohenzollern, ignoraba que fuese descendiente de Murat.

Pero ya había ido demasiado lejos para retroceder. Ya había dado cuenta al Consejo de Ministros; ya había estado en la Granja; ya había reducido al Regente; ya había notificado la nueva candidatura a las potencias extranjeras; ya *había decidido* que todos los diputados ministeriales que se hallaban en las provincias, en el campo, descansando de los negocios públicos y atendiendo a la recolección o a otros asuntos particulares, viniesen al cabo de quince días a Madrid y *votasen en favor del prusiano*, sin conocerlo, sin saber cómo era, cómo pensaba, qué se proponía, qué podia esperar de él la España de los Reyes Católicos.

¡Desventajosa idea tiene el general Prim del patriotismo de sus partida-

rios, cuando los cree capaces de dar al país a cierra ojos un rey que decida de sus destinos! ¡O muy grande, verdaderamente olímpica es su presunción respecto a la confianza que les merece, cuando espera que a una simple indicación suya, sin más meditación, sin más estudio, sin otros datos, 176 diputados (así lo quiso Rojo Arias) proclamen que dos puñados de consonantes formando dos apellidos que jamás oyeron ni leyeron representan al Mesías de la revolución de setiembre!

Pero en este momento estalla el gran conflicto. Examinémosle.

A la candidatura exótica, que no tiene ningunas raíces en España, que encuentra ya aquí invencibles antipatías por el parentesco de Murat y por otras razones, y que no constituye ningún fuero, ningún derecho de la nación, puesto que las Cortes no se han ocupado todavía de ella, opone la Francia una contradicción legítima. Celosos nosotros de nuestra independencia, debemos respetar la ajena. El príncipe prusiano Leopoldo Hohenzollern no sería en el trono de España, como pudiera serlo Don Antonio de Orleans,[2] una molestia personal para el amor propio del emperador de los franceses; sería un grave riesgo para la Francia-nación, para la integridad de su territorio; sería una victoria de la Prusia sobre su eterna rival, sobre su odiada fronteriza; sería una nueva batalla de Sadowa, más desfavorable que la primera a nuestros vecinos de allende el Pirineo. Prim ha cometido, pues, una grave inconsecuencia, ingiriéndose entre dos naciones que se amenazan con la guerra hace años, y proporcionando ventajas a la una sobre la otra. El mundo entero mira con espanto el estado de irritación de las dos grandes potencias que separa el Rhin, y cada vez que teme vengan a las manos por cuestiones tan baladíes como si una fortaleza está o no muy artillada, Europa entera se precipita a pacificarlas, comprendiendo los desastres y ruinas a que puede dar margen su rompimiento definitivo. ¡Calcúlese, por consiguiente, hasta dónde raya la temeridad, la imprevisión política, el atentado diplomático del general Prim, al invitar a un príncipe de la familia reinante de Prusia a venir a reinar a retaguardia de la Francia, que estaría entonces colocada entre los fuegos cruzados de los célebres fusiles de 1866!

¡Y calcúlese con cuánta razón la Francia, sin ofender en nada a España, aunque contrariando los planes del amovible ministro señor general Prim, se dirige, no a nosotros, sino a Prusia, diciéndole que hará un *casus belli* de la candidatura del príncipe Leopoldo!

Pongámonos en el caso de los franceses. Seamos equitativos. Figurémonos que reinasen todavía en Nápoles los Borbones. Figurémonos que vacase el trono de Portugal. Figurémonos que Francisco II de Borbón[3] tratase por

---

[2] El duque de Montpensier.

[3] El último rey borbón de Nápoles. Fue rey de las Dos Sicilias desde 1859 a 1860, año en que fue derrotado por Garibaldi. En 1870 vivía desterrado en París.

cualquier medio eficaz de entronizar en Lisboa al llamado Alfonso XII de España. ¿Qué haríamos en tal caso los revolucionarios de setiembre? ¿Consentiríamos que nuestro mayor enemigo fuese proclamado rey de un pueblo limítrofe, desde donde podría amenazarnos ventajosamente?

Como quiera que sea, Francia se opone a la candidatura del príncipe Leopoldo; tal es el hecho en su desnudez. De esta oposición podría resultarnos vernos envueltos en una guerra. Las guerras no son apetecibles, que sepamos; pero se aceptan cuando es preciso, cuando en ello va la honra. A España no le es preciso el príncipe Hohenzollern, ni le va la honra en su candidatura, puesto que el pueblo la repugnaba generalmente desde que se anunció, y puesto que las Cortes no han deliberado sobre ella. Esta solución es, por lo tanto, además de extraña al país, además de inadecuada a la revolución de setiembre, y además de antipatriótica (porque el príncipe Leopoldo tiene en sus venas la sangre de Murat, del sayón del 2 de mayo de 1808), inconveniente y peligrosísima, dado que puede arrastrarnos a una desastrosa guerra con una potencia vecina, amiga, de nuestra misma raza, de nuestra misma religión, y que tiene en sus manos muchos, *demasiados* intereses nuestros, que no es culpa de los adversarios del general Prim el que hayan pasado a ellas en las *condiciones* que todo el mundo sabe.

Tal es la situación en que el gobierno ha dicho "¡adelante!" y ha insistido en que las Cortes se reúnan dentro de ocho días para votar al príncipe prusiano. Tal es la situación en que los amigos del general Prim tratan de hacer entender a todos los diputados que su obligación patriótica, su indeclinable deber de españoles, es votar en favor del príncipe Leopoldo, so pena de pasar por afrancesados. Tal es la situación en que se nos dice: "El que no sea prusiano no es español; el candidato Hohenzollern es inmejorable, por la sencilla razón de que no le conviene a Francia; sus condiciones intrínsecas son indiferentes; la ventura o desventura de España nada importan; lo urgente es dar la razón al general Prim, y el que así no lo haga, renuncie desde ahora al título de español, al dictado de buen patricio."

Recordamos que el general Prim ha usado ya en otra ocasión con los actuales constituyentes un procedimiento análogo al que acabamos de exponer. Cuando se trató de la candidatura del duque de Génova, viendo el conde de Reus que muchos diputados se resistían a votarla, y conociendo que entre ellos era mirado con verdadero horror el famoso arreglo del clero imaginado por el Sr. Ruíz Zorrilla (aquel arreglo que dejaba a los curas párrocos a merced de la caridad de los fieles), díjoles un día que, si votaban al niño genovés, el proyecto anti-eclesiástico sería retirado, y que, si no lo votaban, el proyecto seguiría adelante.

—"¡Jamás aceptaremos ese cambalache de curas por votos!" exclamaron aquellos diputados. "¡Antes que negociar con cosas tan sagradas, dejaremos que se hundan en el abismo religión y monarquía, patria y libertad!"

Y no votaron al duque de Génova, y el Gobierno no se atrevió por eso a presentar el proyecto de despojo de los curas párrocos.

Hoy no se ejerce la presión sobre la religiosidad; hoy se ejerce sobre el patriotismo. Ayer se decía: "Opta entre tu religión o el duque de Génova." Hoy se dice: "Opta entre tu patria y el príncipe Hohenzollern." Ayer querían obligar a todo católico; hoy, a todo español. De aquí al secuestro no hay más que un paso. Mañana podrán coger a las madres, a las esposas, a los hijos de los diputados, y decirles a éstos que renuncien a rescatar tan caras prendas si no votan el rey que más convenga a las miras del general Prim. Y como no todos los diputados son unos Guzmanes, tendrán que decir *amén* y votar como humildísimos borregos.

Pero dejémonos de hipérboles y otras figuras. La cosa se defiende bastante por sí misma para no necesitar el auxilio de la retórica. Nosotros esperamos de los diputados constituyentes que, apoyándose en su conciencia y en su acendrado patriotismo, y desoyendo las imposiciones de una extemporánea patriotería, dejen de tomar por cuestión nacional la que no lo es, y voten en pro o en contra del descendiente de Murat, sin atender para nada a los que quieren hacer en provecho propio la caricatura de nuestra heróica Guerra de la Independencia.

Nosotros esperamos que ni la difamación, ni la calumnia, ni la amenaza fuerzan la voluntad de los padres de la patria.

Nosotros esperamos que en una cuestión tan grave y tan trascendental como la elección de un rey, ningún representante de la nación se inspire en pasiones ni en intereses de partido, sino que, poniendo los ojos y el corazón en el bien del país, en la patria de sus hijos, que podrán tener otras ideas políticas o no tener ningunas, voten todos lo que en conciencia, desapasionadamente, consideran más justo; no lo que les mande, no lo que les recomiende, no lo que les sugiera algun político de oficio, por desmesurada que sea su altura.

Nosotros esperamos que esos diputados a quienes por segunda vez se saca este verano de sus hogares para que se enteren de lo que otros han pensado en su nombre, antes de regresar a Madrid, pregunten a sus amigos, a sus electores, a cuantos compatriotas encuentren al paso, sobre todo a los que no pertenezcan a ningún partido, si creen que España está en el caso de declararse súbdita de un oscuro príncipe alemán, de un coronel prusiano, que no tiene con nuestra patria otra relación que el horror que nos inspira su sangre de Murat.

Nosotros esperamos que nuestros legisladores, después de oír en todas partes, como lo oirán seguramente, que la candidatura Hohenzollern no responde a ningún interés, a ningún sentimiento, a ninguna tradición, a ninguna conveniencia de la madre España, entren en el salón de sesiones del Congreso y voten y fallen con arreglo a la voluntad del país, no con arreglo a la voluntad de un general ilustre, pero falible, y que confiesa haberse equivocado muchas veces.

Esto esperamos de todos los delegados del pueblo español; esto sabemos que harán muchos, los suficientes para que no se siente en el trono de San Fernando un extranjero desconocido, un descendiente de Murat, cuya candidatura principia por alejarnos las simpatías de todas las naciones cuya amistad nos interesa, y podría concluir comprometiéndonos en una guerra estéril, innecesaria, injusta y llena de incalculables peligros.

En cuanto a vosotros, los que predicáis esa extravagante candidatura, queriendo hacer entender a los diputados constituyentes que la honra de la patria se halla interesada en su triunfo, dad tregua a vuestro entusiasmo de ocasión, que, lejos de ufanar y regocijar en sus gloriosas sepulturas a Castaños y al Empecinado, a Mina y a Palafox, los enoja y los indigna, como indigna y enoja a todo espíritu verdaderamente superior el irreverente abuso de aquello que debe ser sagrado.

No, no profanéis los sentimientos más sublimes y las palabras más augustas, abusando de ellas en beneficio de vuestras cábalas políticas. Dejad la trompa épica para las situaciones verdaderamente grandes, y contentaos por ahora con tocar el retumbante y lisonjero bombo. ¡Basta de parodias! Calle esa murga que estropea sacrílegamente los himnos de Bailén y de Talavera, y comprended que, por mucho que gritéis "¡Viva España!", los buenos españoles no votarán un rey que consideren calamitoso para la nación.

Sed, pues, sinceros y gritad "¡Viva Prim!", que es quien está expuesto a perder mucho (políticamente hablando) de resultas de su última calaverada diplomática. Acaso entonces nosotros y todos los revolucionarios de setiembre nos pondremos al lado del marqués de los Castillejos para evitar que caiga del poder, pues, a pesar de todo, lo consideramos hoy irreemplazable, dada la nulidad a que se han reducido los demás prohombres de la revolución.

5
¿DEBE SER ALFONSISTA LA UNION LIBERAL? MISIVA-PRÓLOGO[1]

Señor director de *La Política*—Mi querido amigo y antiguo compañero: Lo ofrecido es deuda, y no ha sido culpa de mi voluntad no haber podido coger hasta hoy la pluma para pagarle al público lo que le debo.

Adjunta es mi anunciada contestación a *El Imparcial* y demás periódicos que amistosamente me han interpelado sobre el verdadero sentido de ciertos

[1] Aparecido en *La Política*, en 27 de agosto de 1872.

párrafos de la última carta que dirigí a *La Política*, o sea sobre mi manera de pensar acerca del *alfonsismo*.

Bien se me alcanza que ni aquellas interpelaciones ni ésta mi contestación significarían gran cosa si se las redujese a la esfera de mi humilde personalidad. Por eso verá Vd. que, en el artículo que le remito, amplío osadamente la cuestión, exponiendo, no ya sólo mi particular actitud, sino cuál debe ser a mi juicio la actitud de todo el antiguo partido unionista respecto de la causa de D. Alfonso de Borbón, y alegando los fundamentos *políticos* de mi dictamen.

Pero séame lícito, sin embargo, siquiera en esta misiva-prólogo, referirme un momento a mi propia persona, para rechazar la especie, consignada en dos o tres diarios, de que mis exclamaciones del otro día contra los resultados de la revolución de setiembre pudieran ser un arranque de *despecho*, hijo de contrariedades electorales.

Muchachos deben de ser todavía (¡quién lo fuera también!) los que me han creído tan sensible a una dificultad electoral, que por cierto no dice nada contra mí, y sí mucho contra el partido dominante. Yo he sido ya cinco veces diputado a Cortes, y tan estérilmente para la patria y para mi provecho, que no tengo por qué despecharme de no serlo la sexta. Si esas exclamaciones han salido de mis labios por vez primera cuando los radicales me contrariaban inícuamente en Guadix, consiste en que estaba ya tan lleno el vaso de mi desesperanza en los hombres de setiembre, que la trasgresión de las leyes tolerada por el puritano Ruiz Zorrilla ha sido la gota que le ha hecho desbordarse.[2]

Y que yo tenía ya hartos motivos para desesperar de la obra de 1868, y que los tiene igualmente todo el partido unionista en sus diversos matices actuales, creo demostrarlo en el adjunto artículo, ajeno completamente a las cuestiones de Guadix.

Ruego a Vd., señor director, lo inserte todo en su apreciable periódico, y me repito de usted agradecido amigo S.S.Q.B.S.M.—Pedro Antonio de Alarcón.

. . . . .

¿DEBE SER ALFONSISTA LA UNION LIBERAL?

La idea de gobierno de la Unión Liberal fue siempre apreciar sin pasión ni preocupación alguna la diversidad de tendencias y de intereses, de sentimientos y de aspiraciones del pueblo español en cada tiempo y cada circunstancia, y

[2] Alarcón había sido elegido diputado de oposición por Guadix en las elecciones de 1871, pero fue derrotado el año siguiente. El progresista Ruiz Zorrilla era entonces primer ministro.

combinar, armonizar y satisfacer con prudentes y oportunas transacciones prácticas los más encontrados deseos, las más opuestas necesidades, en cuanto unos y otras fueran conducentes a la prosperidad de la nación.

De aquí el que se haya acusado tanto a la Unión Liberal de eclecticismo y de escepticismo. ¡Como si la esencia del sistema representativo no consistiera precisamente en la duda, en la vacilación, en ese equilibrio de negaciones! Pues ¿qué es un partidario de la monarquía constitucional sino un hombre que niega al propio tiempo el derecho divino de los reyes y el derecho absoluto de los pueblos; que interviene la autoridad real por medio de las Cortes, e interviene la autoridad de las Cortes por medio del veto real; que concede a la herencia, esto es, a lo providencial, a lo fatal, a lo divino, el poder moderador de los demás, la primera magistratura de la nación, y luego concede al pueblo los medios de hacer ineficaz ese poder y ociosa esa magistratura? ¿Puede darse mayor escepticismo?

Pero no; no es escepticismo; es sentido práctico; es realidad y vida; es eficacia inmediata lo que encierra ese sistema político, en que están concordados y satisfechos los varios sentimientos de estos pueblos de Europa, y muy particularmente de España, donde se dividen todavía el imperio de las conciencias antiguos ideales, viejos prestigios, autoridades consuetudinarias, tradicionales símbolos, y las modernas ideas, la crítica racional, el libre examen, la independencia de los espíritus verdaderamente civilizados. Que, así como no es justo que los adoradores de lo pasado impongan su fe intolerante a los que no la abrigan en el alma (pretensión de carlistas y neo-católicos), así tampoco es justo que los hombres libres tiranicen (como lo pretenden radicales y republicanos) a los que respetan las antiguas formas, obligándoles a perder de vista sus ídolos y a renunciar a sus costumbres.

Inspirada en estas ideas, la Unión Liberal, que desde su origen había tratado de ser, más que una escuela política en el sentido filosófico, un mecanismo político adaptado a la efectividad de los datos nacionales; más que una ciencia, un continuo experimento, un empirismo, si queréis (no le temo a la palabra); más que una secta, una milicia; más que una ciega voluntad, un discernimiento desapasionado; más que el árbitro supremo de los destinos de la nación (que es lo que quieren ser en puridad los radicales blancos y rojos), un fiel intérprete de la opinión pública en sus varias manifestaciones; la Unión Liberal, digo, declaróse desde luego ardiente partidaria de la monarquía constitucional, o sea del sistema representativo en toda su pureza, comprendiendo que ésta era la fórmula sintética de las diversas aspiraciones del país, o sea la transacción que mejor podía armonizarlas.

Mas, para que fuese fecunda en España la monarquía constitucional; para que satisficiese igualmente a monárquicos y a liberales, a los hombres antiguos y a los hombres modernos, era necesario hacer compatible con la libertad la dinastía de Borbón, empresa que ya en 1852, época de la iniciación de la Unión

Liberal, empezaba a parecer muy difícil, como había sido imposible bajo el reinado de Fernando VII.

Pensar en un cambio dinástico considerábase entonces, y los sucesos han venido a confirmarlo, el más peligroso de los errores. Si la transacción constitucional había de aunar voluntades, era menester que el elemento monárquico fuese el tradicional, el que infundía respeto por su carácter histórico, el que estaba identificado con las glorias y las desventuras de la patria. Una dinastía de otro origen, de otra naturaleza, llamada a alternar y compartir el poder con las instituciones liberales, sería completamente nula, pues dejaría desamparadas y sin representación las clases similares o afectas a la monarquía secular, y que sólo por ella querrían ser presididas.

Encargóse, pues, la Unión Liberal de la ardua tarea de hacer compatible a doña Isabel II con las conquistas de la revolución, mientras que otros partidos habían decidido ya que esta compatibilidad era irrealizable.

No voy a referir la historia de ayer, de todos sabida. Citaré únicamente las sangientas fechas de 1854, 1856 y 1866 para que se recuerde cuánto hizo la Unión Liberal a fin de conciliar la libertad con el trono de doña Isabel II. En 1854 da una batalla en defensa de las instituciones liberales, y en seguida que vence, cubre con su pecho a la reina contra los que gritaban, cuando menos: "Cúmplase la voluntad nacional." En 1856 y 1866 defiende el poder real contra los embates revolucionarios. Pero todo esto, y cinco años de paz y prosperidad dados a la nación, y la guerra de Africa, y otros relevantes servicios, no impiden que la Unión Liberal, en la ilustre persona del general O'Donnell, sea una vez y otra arrojada del poder, y que se llama en su reemplazo a los que hablan de reacción, a los que reniegan del sistema representativo, a los que abominan de la palabra libertad.

Así llega 1868. Frases de *absolutismo* resuenan en Palacio. Todas las leyes y todos los respetos constitucionales han sido infringidos. O'Donnell ha muerto expatriado. Ríos Rosas y Serrano, presidentes de las Cámaras, se han visto presos y desterrados, en unión de otros muchos diputados y senadores. Desterrados están también la infanta doña María Luisa Fernanda y su augusto esposo el duque de Montpensier, por el delito de ser fieles a la bandera de libertad que cobijó la cuna de las hijas de Cristina. Ya no hay esperanza de reconciliar a la España liberal con doña Isabel II. Los unionistas decretan entonces su caída.

Pero ¿cómo? ¿para qué?

¿Para entregarse a lo desconocido? ¿Para echarse a buscar un rey extranjero? ¿Para fundar una filosofía política que trajese por la mano la república?

No. La Unión Liberal insistía en su constante idea de armonizar la libertad constitucional con la dinastía de Borbón, con la monarquía histórica, con el trono secular. Unicamente eliminaba la persona de la reina, que se había

hecho incompatible con el sistema representativo. Pusieron, pues, los ojos los unionistas en la infanta doña María Luisa Fernanda, en la otra hija de doña María Cristina, en la otra huérfana de la guerra civil, en la desterrada por liberal, en la que había permanecido fiel a la bandera de Luchana, Lucena y Mendigorría.

Esta princesa era una excepción en su raza, propensa siempre al absolutismo; y todo el mundo atribuía tan venturosa singularidad a la circunstancia de haber vivido desde que todavía era niña al lado de uno de los príncipes más liberales e ilustrados de Europa, de su esposo el duque de Montpensier. El duque de Montpensier, por su parte, llevaba 25 años de vivir en España; sus hijos eran españoles; el pueblo y la ley lo consideraban como príncipe español. No faltó, por tanto, la Unión Liberal a su constante teoría, cuando en Cádiz y en Alcolea, notoria, si no oficialmente, proclamaba como reyes de España a los duques de Montpensier; pues la presencia de la infanta doña María Luisa Fernanda en el trono de sus mayores hubiera prestado a la nueva monarquía el carácter histórico y hereditario que le era indispensable.

Pero, ¿y el príncipe Alfonso? ¿Por qué no se pensó entonces en él?

Esto se me preguntará sin duda alguna. Y yo respondo: que en 1868, cuando la Unión Liberal y el duque de Montpensier acababan de abrir un abismo entre ellos y doña Isabel II; cuando la reina emigraba a Francia llevándose a su tierno hijo, de edad de 11 años; cuando nadie ni nada podía servir de garantía liberal al príncipe de Asturias, hubiera sido la mayor de las insensateces pensar en llamarlo al trono. Ni la reina se lo hubiera entregado a los revolucionarios de Cádiz, en medio de la irritación y la angustia del destronamiento, ni los unionistas creíanse entonces precisados a pasar por una minoridad y una regencia. ¡Era tan breve, era tan fácil, era tan popular aquellos días la solución de colocar en el trono a los duques de Montpensier! En cambio, un niño de 11 años, sin afecciones algunas en el campo liberal, ¡era tan peligroso! ¡Estaban en aquel tiempo todos los moderados tan lejos de los unionistas! ¡Había tal incomunicación y tal impenitencia en todos los espíritus! Nada: era una locura pensar en el príncipe Alfonso en setiembre de 1868; y la prueba es que entonces no se le ocurrió a nadie. ¡Y apenas fue difícil y laboriosa mucho tiempo después la abdicación de doña Isabel II!

Conque prosigamos.

Frustróse la candidatura del duque de Montpensier. ¿Por qué? ¿Cuándo? ¿Cómo? Semejante historia no es de este lugar. Ello es que se frustró; que se hizo imposible; y, en aquel momento, por la primera vez en 18 años, dividióse profundamente la Unión Liberal.

Unos unionistas, tan luego como vieron, y se vio pronto, que la candidatura del duque de Montpensier, aceptable en 1868 para todos los conservadores de España, se malograba seguramente, proclamaron la del príncipe Alfonso, si bien dentro de sus blancas tiendas, o sea de sus papeletas blancas.

Otros, en su afán patriótico de poner pronto término a la interinidad, ya

que no era posible con un rey español, con cualquier rey, desoyeron las advertencias de los que les decíamos que un rey extranjero, y sobre todo un rey traído por el general Prim, no resolvería nunca la dificultad monárquica en España, y, prestando mayor fe a su buen deseo y a su impaciencia, votaron con los radicales en favor del duque de Aosta.

Otros, en fin, acompañamos hasta la tumba la candidatura del duque de Montpensier, y luego nos encerramos en nuestra negras tiendas, o sea en los célebres crespones de duelo de que habló un día *La Política*.

¿Qué ha sucedido después? ¿Qué sucede hoy?

Ha sucedido y sucede lo que muchos habíamos previsto. El rey, desconocido y desconocedor del país, el rey extranjero, el hijo de Víctor Manuel, no arraiga en España. El desvío con que lo mira, es decir, con que no lo mira todo lo que en España es elevado, es histórico, es tradicional, es sagrado, se acentúa cada día más. Nobleza, clero, clases conservadoras y ciertos institutos viven divorciados de la nueva legalidad. Léanse, si no, todos los periódicos que no son radicales. Yo no lo digo; lo dicen ellos. La cuestión constituyente está en pie como en 1868, como en 1870; la prensa y el Parlamento la discuten todos los días. ¡Verdad es que la Constitución, al declarar que es reformable todo lo constituido, legaliza esta discusión! Un profundo malestar, el malestar de las interinidades, aqueja, pues, a la nación. Los republicanos creen tener ya segura la victoria. Los carlistas no pierden su fe en medio de los mayores reveses, al ver los reveses diarios que sufre también la dinastía reinante.

Los mismos radicales no disimulan este razonamiento, hijo de su reciente rebeldía del compromiso de Tablada:[3] "Nosotros gobernamos; luego el rey reina." ¡Lo cual hace pensar en lo que dirán los radicales cuando el rey los declare en crisis!

De resultas de todo esto, nos hallamos en vísperas de grandes acontecimientos, para los cuales se unen y se preparan todos los partidos. ¿Han de ser los unionistas los únicos que permanezcan divididos, apáticos, indiferentes, desapercibidos para el día del conflicto de la patria? ¿Hemos de seguir, los unos al lado del príncipe Alfonso, los otros devorando ingratitudes y llorando desengaños, y nosotros, los montpensieristas, en áspero y estéril retraimiento, saboreando la triste satisfacción de Casandra?

No. La patria exige que nos unamos y nos concertemos, y la Providencia nos ofrece términos hábiles de resolver el problema en el propio sentido de nuestras antiguas aspiraciones. El tiempo y los sucesos no han corrido en balde. Doña Isabel II reconoció su error de haber renegado de la libertad constitucional, y en prueba de ello, abdicó solemnemente la corona en su hijo D. Alfonso.

---

[3] Ruiz Zorrilla estaba en su finca de Tablada, provincia de Palencia, cuando fue llamado al poder el 12 de junio de 1872.

Los duques de Montpensier, reconciliados con la que fue reina de España, muestran confianza en que D. Alfonso de Borbón, cuya causa ha sido puesta en sus manos, realizará en el trono español la política liberal que ellos aconsejaron inútilmente a doña Isabel. El partido moderado, aleccionado por una experiencia dolorosísima, no abunda en su antiguo espíritu retrógrado y reconoce la supremacía del mismo duque de Montpensier, al par que tiende una mano fraternal a los unionistas, curados también de muchas ilusiones políticas y personales. Se columbra, pues, la posibilidad de establecer en España una situación de orden y de libertad que congregue alrededor del trono de D. Alfonso XII muchas clases y muchos intereses que no han transigido ni un solo instante con la Revolución de 1868, al mismo tiempo que a todos los hombres del 18 de setiembre, ya que no a todos los del 29.

Y como esto sería realizar, al cabo de cuatro años, aunque en distinta forma, el pensamiento generador de la revolución, de colocar en el trono un vástago de la dinastía española, bajo los auspicios de la alta inteligencia y del profundo liberalismo del duque de Montpensier; y como además, por difícil y arriesgada que sea esta solución, no hay ya donde elegir, pues no se concibe otra que pueda conciliar en España religión, monarquía, aristocracia, ejército, clases conservadoras y *verdadero* pueblo *verdaderamente* liberal, yo creo en mi conciencia que es llegado el caso de que todos los unionistas que piensen seguir en la vida pública hagan votos porque ocupe pronto el trono de España D. Alfonso XII de Borbón.

6
UNA CARTA DE ALARCON[1]

La obra que acaba de publicar D. José Navarrete, titulada *De Vad-Rás a Sevilla,* lleva a su frente una especie de prólogo en que el autor se disculpa de coger la pluma para referir algunos episodios de la Guerra de Marruecos, creyendo que había en ello temeridad después de estar relatada toda la historia de aquella inmortal campaña por un literato tan eminente como D. Pedro Antonio de Alarcón, a quien tributa con tal motivo los mayores elogios.

Este modesto y galante proceder de parte del señor Navarrete, ha dado origen a la siguiente carta del Sr. Alarcón, que, aunque escrita particularmente y no para la prensa, hemos deseado nosotros adquirir y dar a luz, venciendo la resistencia de ambos señores, por ser a nuestro juicio un documento interesante bajo varios conceptos, y muy especialmente en cuanto revela el gran entusiasmo con que hombres de diferentes partidos políticos recuerdan la Guerra de

[1] Esta carta, que salio en la *Revista Europea*, Vol. VIII, 1876, pág. 479, demuestra que Alarcón nunca perdió su actitud patriotera del *Diario de un testigo de la Guerra de Africa*.

Africa, y cómo se buscan y hermanan a la luz de aquella gloria imperecedera los que militaron a las órdenes del inmortal O'Donnell.

Dice así el autor de *El escándalo*:

Sr. D. José Navarrete.

Mi estimado amigo y dueño: Hace tiempo que leí en un número de *El Cronista* las generosas palabras que me dedicó usted al comenzar su obra titulada *De Vad-Rás a Sevilla*, así como la lisonjera mención que allí hizo de mi *Diario de un testigo de la Guerra de Africa*. Además, nuestro gran poeta Antonio Grilo (cariñoso negociador de esta especie de amistad que ya nos une a usted y a mí, cuando todavía no nos conocemos de vista), me ha leído algunas cartas en que, hablándole de mi persona y escritos, da usted nuevas pruebas de la indulgente simpatía con que me honra.

Reconocido a tantas mercedes, aguardaba con ansia su regreso de usted a Madrid para expresarle mi agradecimiento; pero, publicada en tomo la ya citada obra de usted *De Vad-Rás a Sevilla*, y habiéndomela leído hoy de un tirón (pues empezada su lectura, fuerza es proseguirla hasta terminar), no puedo diferir ni un solo instante el significarle a usted las vivas emociones que ha producido en mi ánimo, así como la alegría que siento al considerar que pronto, muy pronto, estrecharé la noble mano que ha escrito unas páginas tan ricas de amor patrio, tan tiernas y sentidas unas veces, otras tan enérgicas y marciales, y siempre llenas de fuego, de gracia, de originalidad y de puro genio castellano con sus ribetes y hasta sus alamares andaluces.

Leyéndolo a usted, he visto de nuevo a Tetuán; he tornado a recorrer los bosques de naranjos de sus huertas, salpicados de sangre cristiana y mora en aquella histórica tarde del 4 de febrero, cuya luz no se extinguirá nunca; he oído otra vez, al cabo de tantos años, *la diana de campaña*, que me despertó durante los cien días más grandes y bellos de mi vida; he sentido nostalgia de la tienda, hambre del rancho, sed del aguardiente de la cantinera; he pensado si mi pobre caballo acabaría su honrosa historia en una plaza de toros, entre los silbidos de la muchedumbre; he divisado a los lejos, en los horizontes de mi pasada juventud, ojos negros de moras y judías como las que usted describe en su obra; he vuelto a tener veinticinco años; he vuelto a ser soldado de la patria; he vuelto a cantar las glorias de aquel gran ejército que luchaba y vencía, no en contienda civil, sino en guerra extranjera; he vuelto a ver a O'Donnell, al gran repúblico, al gran Caudillo, al *Gran Cristiano*, como le llamaban los moros; y a Prim, y a D. Diego de los Ríos, y a Turón, y a D. Félix Alcalá Galiano, y al General García, todos muertos hoy, pero todos inolvidables por sus hazañas de Africa; y dicho se está que también me ha parecido volver a ver, entre las gentes y las cosas que aún existen, aquella *Batería de cohetes* de que usted formaba parte y que, si ya no hubiese de pasar a la posteridad por sus proezas contra los marroquíes, pasaría de todos modos por haber dado asunto a un libro tan interesante como *De Vad-Rás a Sevilla*.

Tal es, en resumen, el efecto que me han causado las que usted llama *acuarelas* y que son muchas veces grandiosas pinturas murales en que palpita la epopeya que tuvimos la fortuna de presenciar hace diez y siete años. —Venga usted pronto, mi querido Navarrete, para que sigamos hablando de aquellos hermosos días; venga usted, y echaremos al aire algunas de estas canas que no teníamos entonces, pero cuya nieve, según veo, no ha enfriado toadavía su corazón de usted, como tampoco ha enfriado el mío; venga usted a que departamos, no solamente de cosas de espada y cosas de pluma, sino también de otro arte en que, según dice Grilo, es usted todo un capitán general, y en que yo no me creo ningún recluta; venga usted, en fin, para que tenga el gusto de abrazarlo de una vez para siempre su antiguo camarada de armas, actual camarada de letras y futuro camarada de las fatigas de la vejez.

P. A. de Alarcón

Indice onomástico

Abd-el-Kader, 105.
Aguilar y Tejera, Agustín, 5, 21.
Alaimo, Carolina, 182, 184.
Alas, Leopoldo (*Clarín*), 284.
Alba, duque de, 57.
Alberoni, Julio, 38.
Alcalá Galiano, Félix, 381.
Alfieri, Vittorio, 202.
Alfonso el *Sabio*, 245.
Alfonso XII, 22, 372, 374–80.
Allende Salazar, José, 48.
Amadeo de Saboya, duque de Aosta y rey de España, 22, 379.
Angulema, duque de (Luis Antonio de Borbón), 57.
Ariosto, Ludovico, 241, 265.
Ariza, Juan, 161.
Arjona, Joaquín, 155, 159, 163, 166, 172, 180, 195, 196, 198, 207.
Arnault, Antoine, 192.
Arolas, Juan, 222, 283.
Arrieta, Juan Emilio, 20, 160, 208–12.
Augusto (emperador), 192.
Avellaneda, Gertrudis Gómez de, 19, 225, 233–38.
Ayguals de Izco, Wenceslao, 155.
Azcona, Agustín, 161–62.

Baillou, Gaetano, 159.
Balbuena, Bernardo de, 265.
Balzac, Honoré de, 17, 51, 103, 121, 133, 142–46, 310.
Bande, José González, 158.
Barbieri, Francisco, 78.
Bartolini, Ottavio, 249, 271.
Barrantes, Vicente, 261.
Barrault, Alexis, 107.
Barrière, Théodore, 200.
Barroeta, Juan, 158.
Barroso, Antonio, 186.
Beaumarchais, Pierre Augustin, 83, 142.
Becerro, Manuel, 369.
Beethoven, Ludwig van, 188.
Belart, Buenaventura, 186.
Belza, Juan, 200.
Bellini, Vicente, 20, 130, 133, 156, 176, 188, 249, 250, 251, 271.
Benabentano, Giuseppe, 156, 159, 181, 182, 184.
Bernardin de Saint-Pierre, Jacques Henri, 20, 244, 252.
Berzosa, Antonio, 270.
Bettini, Geremmia, 248.
Bismark, Otto, 367.
Bisson, Auguste y Louis, 124.
Bonnat, Agustín, 6, 15, 17, 19, 22, 132, 273.
Borghi Vietti, Carlotta, 159, 164, 181, 182.
Borgoña, Felipe de, 50.
Bouchardy, Joseph, 251.
Bravo Murillo, Juan, 39, 247.
Bretón de los Herreros, Manuel, 19, 149, 172, 182, 188, 202, 207, 226, 256, 267.
Bruil, Juan, 155.
Buzón, Mercedes, 180.
Byron, George Gordon, Lord, 84, 134, 173, 222, 234, 265, 269, 270, 285, 288, 296, 303.

Caballero, Manuel Fernández, 182.
Cabrera y Griñó, Ramón, 77, 247.

Calderón de la Barca, Pedro, 19, 147, 174, 202, 223, 224, 237, 252, 269, 278, 294, 297.
Calígula, 71.
Caltañazor, Vicente, 208, 209, 254.
Calvo, José, 180.
Calvo Asensio, Pedro, 13, 32, 78.
Cámara, Petra, 131.
Cámara, Sixto, 13.
Camoens, Luis Vaz de, 265.
Campoamor, Ramón de, 176, 178, 248.
Camprodón, Francisco, 155.
Canalejas, Francisco de Paula, 176, 178.
Cánovas del Castillo, Antonio, 45, 46.
Cantero, Manuel, 369.
Canuto I (rey de Inglaterra), 249.
Cañete, Manuel, 20, 254–65.
Capmany, Antonio de, 263.
Carlos II, 49, 59, 60, 61, 133, 147, 235, 357, 358.
Carlos III, 245, 259.
Carlos IV, 49, 58, 59, 61, 148, 197.
Carlos V (Carlos I de España), 60, 61, 147, 254, 259, 367.
Carlos VI. Véase Montemolín, conde de.
Carlos X (de Francia), 148.
Caro, Rodrigo, 306.
Casado del Alisal, José, 158, 160.
Castelar, Emilio, 176, 178, 261.
Castro, Alejandro, 53.
Castro y Orozco, José de, marqués de Gerona, 220, 273.
Catalina, Mariano, 3, 10, 11, 12, 14, 16, 18, 22, 261.
Cervantes, Miguel de, 84, 89, 92–94, 147, 151, 190–92, 257, 264, 274, 276, 338.
Cervino, José F., 226.
Cicerón, Marco Tulio, 121.
Cid Campeador (Rodrigo Díaz de Vivar), 265–68.
Cinna, Oscar de la, 183.
Cisneros, Enrique, 13.
Collin d'Harleville, Jean François, 192.
Cooper, James Fenimore, 20, 244.
Cortés, Hernán, 60.
Corradi, Fernando, 13, 46, 47, 50, 52, 62, 79.
Cos-Gayón, Fernando, 248.
Cottin, Marie Risteau, 144.
Cristina (María Cristina, reina de España), 34, 36, 42, 55, 64, 65, 81, 245, 377, 378.
Cruvelli, Jeanne, 109, 110.
Cruz, Ramón de la, 269.
Chateaubriand, Alphonse de, 104, 160, 252.
Churriguera (familia de arquitectos), 20, 69, 174, 250.
Dacarrete, Angel María, 182, 261.
d'Angri, Elena, 182.
Dante Alighieri, 41, 265, 276.
David, Feliciano, 222.
David d'Angers, Pierre-Jean, 144.
DeCoster, Cyrus, 16, 17, 18, 284.
Delavigne, Casimir, 144.
Desboeufs, Antoine, 107.
Devaux, Mr., 199.
Diana, Juan Manuel, 197.
Díaz, José María, 198–99, 225.
Díaz, Manuel (*El Lavi*), 355.
Doche, Marie Charlotte, 198.
Donizetti, Gaetano, 20, 156, 157, 159, 163, 175, 176, 184, 188, 210, 251, 271.
Donoso Cortés, Juan, marqués de Valdegamas, 226.
Doria, Juan, 191.
Dulce, Domingo, 48, 75.
Dumas, Alexandre (padre), 17, 18, 131, 186, 187, 198, 199, 270, 293.
Dumas, Alexandre (hijo), 106, 350.
Duval, Alexandre, 192.

Egaña, Pedro de, 7, 13, 34.
Eguilaz, Luis, 132, 185, 261.
Elias, Robert, 107.
Enrique II, 60, 61.
Enrique IV, el *impotente*, 235.
Enrique III (de Francia), 133, 235.
Enrique IV (de Francia), 120, 133.
Ercilla, Alonso de, 260, 265.
Espartero, Baldomero, duque de la Victoria, 5, 30, 33, 48, 53, 71, 128, 247, 248, 250, 370.
Espronceda, José de, 4, 269, 298.
Esquilo, 202.
Eugenia (emperatriz de Francia), 107, 108, 124, 131.

Felipe II, 49, 56, 57, 58, 61, 147, 191, 192, 259.
Felipe III, 50, 61.
Felipe IV, 50, 56, 58, 61, 147, 245, 255, 292.
Felipe V, 146.
Fernán Caballero, 187.
Fernández, Mariano, 254.
Fernández Cuesta, Nemesio, 13.
Fernández de Córdoba, Fernando, 64, 71.
Fernández de los Ríos, Angel, 13, 46, 47.
Fernández y González, Manuel, 19, 213–16, 233, 265–68.
Fernández Guerra, Aureliano, 159, 226.
Fernández Guerra, Luis, 159.
Fernando VII, 42, 49, 57, 58, 61, 79, 148, 243, 295, 363, 366, 377.

Fernando de Coburgo, 22, 369.
Ferrer del Río, Antonio, 189–90, 276, 277, 278.
Feydeau, Ernest, 15, 252, 258.
Fichte, Johann, 177, 178.
Fidias, 252.
Figueras y Moragas, Estanislao, 93.
Font, José, 211.
Foyatier, Denis, 105.
Francisco I (de Francia), 147.
Francisco II de Borbón (rey de las Dos Sicilias), 371.
Francisco de Paula Borbón (hermano de Fernando VII), 77, 90, 92.
Fraschini, Gaetano, 182, 251.

Galvani, Giacomo, 156, 159, 163, 181, 182.
Gándara y Navarro, José de la, 43, 64, 71, 128.
Ganganelli, Lorenzo (Clemente XIV), 358.
García, José María, 18, 186–87.
García Cárcel, Ricardo, 188, 195.
García de Quevedo, Heriberto, 9, 10, 12, 13, 96, 300.
García Gutiérrez, Antonio, 19, 156, 157, 172.
García Martínez, Juan, 158.
Garcilaso de la Vega, 254, 255, 256, 257, 258, 259, 260, 262, 263, 264, 279.
Garibaldi, José, 371.
Gariboldi, Rosalía, 160, 181.
Garrido, Fernando, 13, 59, 91.
Gaztambide, Joaquín, 155, 166, 167–72, 208.
Gazzaniga, Marietta, 160, 172, 181.
Génova, duque de, 369, 372, 373.
Gil y Carrasco, Enrique, 248, 269.
Gil y Zárate, Antonio, 276, 277.
Gisbert, Antonio, 158, 160.
Giuglini, Antonio, 271.
Giuli-Borsi, Teresa de, 249, 250.
Goethe, Johann Wolfgang, 243, 265, 285.
Gómez de la Serna, Pedro, 32, 46, 50.
Góngora y Argote, Luis de, 174, 252.
González Bravo, Luis, 39, 247.
Gonzalo Morón, Fermín, 13, 45, 272.
Grau Martínez, Joaquín, 11, 22, 360.
Grilo, Antonio, 381, 382.
Guerra, Carolina, 163, 164.
Guerrero, Adela, 183.
Gueymard, Luis, 109, 110.
Gutenberg, Juan, 91, 360.
Guzmán, Antonio de, 166, 198.

Halévy, Fromental, 109, 110.
Hartzenbusch, Juan Eugenio, 13, 14, 29, 226.
Hassan, Pachá, 191.
Hegel, Georg, 177.
Hernández, Germán, 160.
Herrera, Fernando de, 224.
Hespelt, E. Herman, 11, 12.
Hipatia, 303.
Hohenzollern-Sigmaringen, Leopoldo, 22, 366.
Homero, 109, 247, 266, 303.
Horacio, 285.
Hore (Brigadier), 86.
Hornero, Calixto, 263.
Houssaye, Arsenio, 109.
Howden, Lord, 158.
Hoz, Pedro de la, 13.
Hugo, Victor, 17, 19, 40, 118, 119, 129, 133, 137–41, 142, 175, 192, 222, 237, 270, 314.
Hurtado, Antonio, 188, 248, 261.

Isabel II, 8, 9, 10, 13, 22, 49, 57, 58, 65, 66, 67, 72, 73, 74, 77, 90, 353, 361, 362, 363, 368, 377, 378, 379, 380.

Janin, Jules, 190–92.
Jiménez Serrano, José, 19, 261, 272–74.
Jouy, Etienne de, 192.
Juan II, 245.
Juan de Austria, 191, 246.
Juvenal, 85.

Kant, Emmanuel, 177.
Karr, Alphonse, 17.
Kenneth, Elena, 271.
Kiernan, V. G., 5.
Kock, Paul de, 104.
Krause, Karl Christian, 177, 178.

Lamadrid, Teodora, 163, 172, 180, 195, 196, 198.
Lamartine, Alphonse de, 74, 99, 269.
Lanzuela, Antonio Gómez, 183.
Larra, Luis Mariano de, 6, 248, 345.
Larra, Mariano José de, 12, 21, 84.
Latorre, Carlos, 198, 216.
Lemman, Emma, 250.
León, Fray Luis de, 254, 255, 256, 259, 262.
Lezama, Eladio, 284.
Lombía, Juan, 162, 198.
Lope de Vega y Carpio, Félix, 147, 191, 223, 269, 278, 294.
López de Ayala, Adelardo, 19, 20, 158, 160, 167–72, 182, 188, 200–07, 208, 261, 339.
Lowe, Sir Hudson, 135, 136.
Lucano, 252.
Luis XIII (de Francia), 137.
Luis XIV (de Francia), 102, 133, 146, 147, 148, 233.

Luis Felipe (rey de Francia), 119, 222.
Luisse, Eugenio, 249.
Luján, Francisco, 12, 30, 45, 76, 79.
Luna, Pedro de (arzobispo), 313.
Luzuriaga, Claudio Antonio, 30.

Madoz, Pascual, 9, 45, 46, 47, 48, 49, 79.
Madrazo, Federico de, 125.
Malvezzi, Settimo, 159, 181.
Manso y Solá, José, 63.
Manzoni, Alejandro, 78.
María Luisa Fernanda de Borbón, 362, 377, 378.
Mario, Emilio, 172.
Martel, Carlos, 134.
Martínez de la Rosa, Francisco, 19, 225, 354.
Martínez Kleiser, Luis, 3.
Martínez Villergas, Juan, 6, 7, 52, 54, 70, 74.
Mattioli, Domenico, 156, 164.
Maximiliano (emperador de México), 370.
McClendon, Barnett, 11.
Meléndez Valdés, Juan, 319.
Mendizábal, Juan Alvarez, 81, 289, 294.
Messina, Félix María, 75.
Meyerbeer, Giacomo, 20, 109, 110, 129, 130, 172, 182, 188.
Miguel Angel Buonarroti, 215.
Milton, John, 259, 265.
Mina, Francisco Javier, 374.
Mirabeau, Honoré Gabriel, 78.
Molière, Jean Baptiste Poquelin, 202.
Molins, marqués de, 19, 226–32, 354.
Mollberg, Juan, 195.
Mon, Alejandro, 354.
Montemolín, conde de (Carlos VI), 29, 37, 81, 90, 156.
Montesinos, José F., 142.
Montpensier, duque de (Antonio de Orleans), 22, 368, 369, 377, 378, 379, 380.
Morales, Elías, 74.
Moratín, Leandro Fernández de, 288.
Moreto y Cabaña, Agustín, 190, 223, 294.
Mozart, Wolfgang Amadeo, 188.
Murat, Joaquín, 366, 370, 371, 372, 373, 374.
Muret, Teodoro, 190–92.
Murguía, Manuel Martínez, 261.
Muriel, Luis, 167, 212.
Murillo, Bartolomé Esteban, 147.

Napoleón I, 17, 41, 58, 111, 113, 114, 115, 132–36, 148, 222, 294, 299.
Napoleón III, 41, 107, 108, 114, 133, 369, 370.
Narvaez, Ramón María, duque de Valencia, 8, 12, 49–56, 62, 64, 67, 74, 75, 247, 275.
Navarrete, José, 22, 195–96, 380–81.
Navarrete y Landa, Ramón (*Pedro Fernández*), 272.
Navarro y Rodrigo, Carlos, 22, 361–64.
Nerón, 224, 267.
Nicolás (zar de Rusia), 37, 42, 51, 347.
Nocedal, Cándido, 41.
Nodier, Carlos, 144, 328.
Núñez de Arce, Gaspar, 6, 261, 285.

Ochoa, Eugenio de, 13, 186.
O'Donnell, Leopoldo, duque de Tetuán, 5, 6, 16, 75, 77, 78, 247, 360, 361–64, 368, 377, 381.
Ojeda, Alonso de, 265.
Olona, Luis de (*Momo*), 167, 182, 189, 208.
Olózaga, Salustiano de, 71.
Ollivier, Emile, 367, 370.
Omer Bajá, 47.
Ortolani, Angiolina, 250.
Ossorio, Fernando y Manuel, 182, 197, 198.
Ossorio y Bernard, Manuel, 13.
Oudrid, Cristóbal, 155, 158, 166.
Ovidio, 296, 350, 351.

Pacini, Giovanni, 287.
Palacio, Manuel del, 7, 13, 70, 71, 248, 261.
Palafox, José de, 374.
Palma, Josefa, 180.
Pardiñas, Jorge, 183.
Pardo Bazán, Emilia, 11.
Pardo Canalis, Enrique, 20.
Pastor Díaz, Nicomedes, 19, 239–44, 258.
Patrocinio, Sor, 69.
Pedro V (rey de Portugal), 128, 129.
Pedro el Cruel, 49, 60, 155.
Pelayo, 246, 247.
Pélissier, Jean Jacques, duque de Malakof, 347.
Pelletan, Eugène, 105.
Penco, Rosina, 182, 350.
Pepita (Josefa Durán y Ortega de la Oliva), 64.
Perales del Río, marqués de, 48.
Pianori, Giovanni, 108.
Picard, Louis Benoît, 192.
Picón y García, Felipe, 70.
Pío IX, 155.
Pizarro, Francisco, 60.
Plutarco, 109.
Poe, Edgar Allen, 15.
Portocarrero, Luis de, 358.
Prim y Prats, Juan, conde de Reus, 6, 8, 22, 47, 51, 68, 79, 365–74, 379, 381.

Querol, Vicente W., 279–86.

Quevedo, Francisco de, 147, 239, 274.
Quintana, Manuel José, 59, 158, 256, 282, 366.
Quinto, Francisco Javier, conde de, 68.

Rabelais, François, 84, 142.
Racine, Jean, 265.
Rafael (Rafael Sanzio), 253.
Rembrandt, 315.
Rengifo, Diego García, 263, 264.
Revilla, Manuel de la, 284.
Ribera, José de, 147.
Ribot y Fontseré, Antonio, 6.
Rioja, Francisco de, 254, 255, 256, 262, 264, 279, 282.
Ríos, Diego de los, 381.
Ríos Rosas, Antonio de los, 29, 71, 369, 370, 377.
Rivas, duque de, 29, 222.
Rivera, Luis, 200.
Rivero, Felipe (general), 87.
Rodrigo (rey visigodo), 133.
Rodríguez Troncoso, Francisco, 13, 79.
Rojas Zorrilla, Francisco de, 223.
Rojo Arias, 371.
Romani, Felice, 332.
Romea, Julián, 155, 159, 163, 172, 180, 195, 196.
Ronconi, Jorge, 20, 172–76, 185–86, 271.
Ros de Olano, Antonio, 6, 75, 78, 269.
Rosell, Cayetano, 182, 226.
Rossini, Joaquín, 20, 156, 159, 163, 172, 176, 182, 184, 188, 200, 249, 251, 271.
Rousseau, Jean Jacques, 99.
Rúa Figueroa, José, 13.
Rubens, Pedro Pablo, 253.
Rubí, Tomás Rodríguez, 20, 182, 188, 208–12.
Rubio, Carlos, 248, 261.
Ruiz, Concepción, 156, 157.
Ruiz Aguilera, Ventura, 352.
Ruiz de Alarcón, Juan, 147, 223.
Ruiz Zorrilla, Manuel, 372, 375, 379.

Sackville-West, Lionel, 64.
Safo, 303.
Sagasta, Práxedes, 369.
Sagasti, Luis, 76.
Salmerón y Alonso, Francisco, 48.
Salvador, José Salvador de, 4.
San Miguel, Evaristo, 62, 65.
Sánchez Silva, Manuel, 45, 46, 47, 48.
Sand, George, 17.
Sandre, Madame, 199.
Santa Cruz, Antonio, 47, 66.
Santa Cruz, Francisco, 47, 66.
Santos Alvarez, Miguel de los, 4.
Sanz, Florentino, 248, 261.
Sartorius, Luis, conde de San Luis, 5, 13, 38, 55, 64, 75, 127, 128, 275.
Schelling, Friedrich, 177, 178.
Schiller, Friedrich, 168, 202, 223, 285.
Scott, Sir Walter, 17, 251, 267, 305.
Scribe, Eugène, 110, 187, 192.
Segovia, Antonio María, 254–65.
Selgas y Carrasco, José, 248, 261.
Selva, Antonio, 186.
Serra, Narciso, 261, 269–70.
Serrano y Domínguez, Francisco, duque de la Torre, 75, 368, 377.
Sevillano, Juan, duque de Sevillano, 81.
Shakspeare, William, 19, 173, 201, 202, 223, 224, 233, 237, 249, 263, 288.
Skoczdopole, Juan Daniel, 181.
Soares, Cesare, 181.
Sófocles, 202.
Souvestre, Emilio, 144.
Spezia, Marietta, 186, 198.
Suetonio, 142.
Suintila (rey de los visigodos), 293.

Tabuérniga, marqués de, 81.
Tácito, 142.
Tamayo, Victorino, 197, 207.
Tamayo y Baus, Manuel, 18, 159, 162, 163, 197, 212, 225.
Tárrago, Torcuato, 4.
Tasso, Bernardo, 3, 265.
Terencio, 202.
Thiboust, Lambert, 200.
Thiers, Adolfo, 273.
Ticiano, 20, 250.
Tilly, Virginia, 159, 181, 182.
Tío, Jaime, 186.
Tirso de Molina (Fray Gabriel Téllez), 147, 223.
Tisserant, Hippolyte, 190.
Torrejón, Andrés, 29.
Trueba, Antonio de, 6, 211, 247, 261.

Ugalde, Pablo, 181.
Urries, 62, 129, 178, 181, 182.

Valdivielso, José de, 265.
Valdivieso, Domingo, 158.
Valera, Juan, 78, 261.
Valero, Antonio, 216.
Valero, José, 180, 237.
Vallejo, José, 158.
Varesi, Felice, 173.

Vega, Ventura de la, 19, 78, 155, 166, 187, 190, 226.
Vega de Armijo, marqués de la, 81.
Velázquez, Diego Rodríguez de Silva, 147.
Vélez de Guevara, Luis, 298.
Velo, Domingo, 48.
Verdi, Giuseppe, 20, 106, 156, 159, 160, 163, 164, 172, 173, 175, 181, 182, 183, 184, 188, 198, 248–53, 271, 350, 359.
Viallety, Pietro, 159, 164, 181, 182.
Víctor Manuel (rey de Italia), 22, 379.
Victoria (reina de Inglaterra), 249.
Viel, Jean Marie, 107.
Villalta, José García de, 269, 288.
Villanueva, Dionisio, 261.
Villoslada, Francisco Navarro, 248.
Vinci, Leonardo de, 99.
Virgilio, 3, 256, 285, 303.
Voltaire, 269, 270.

Weber, Carl Maria von, 188.

Zamora, José María, 216.
Zorrilla, José, 19, 172, 215, 222, 225, 233, 274.

studia humanitatis

PUBLISHED VOLUMES

LOUIS MARCELLO LA FAVIA, *Benvenuto Rambaldi da Imola: Dantista*. xii–188 pp. US $9.25.

JOHN O'CONNOR, *Balzac's Soluble Fish*. xii–252 pp. US $14.25.

CARLOS GARCÍA, *La desordenada codicia*, edición crítica de Giulio Massano. xii–220 pp. US $11.50.

EVERETT W. HESSE, *Interpretando la Comedia*. xii–184 pp. US $10.00.

LEWIS KAMM, *The Object in Zola's* ROUGON-MACQUART. xii–160 pp. US $9.25.

ANN BUGLIANI, *Women and the Feminine Principle in the Works of Paul Claudel*. xii–144 pp. US $9.25.

CHARLOTTE FRANKEL GERRARD, *Montherlant and Suicide*. xvi–72 pp. US $5.00.

The Two Hesperias. Literary Studies in Honor of Joseph G. Fucilla. Edited by Americo Bugliani. xx–372 pp. US $30.00.

JEAN J. SMOOT, *A Comparison of Plays by John M. Synge and Federico García Lorca: The Poets and Time*. xiii–220 pp. US $13.00.

Laclos. Critical Approaches to Les Liaisons dangereuses. Ed. Lloyd R. Free. xii–300 pp. US $17.00.

JULIA CONAWAY BONDANELLA, *Petrarch's Visions and their Renaissance Analogues*. xii–120 pp. US $7.00.

VINCENZO TRIPODI, *Studi su Foscolo e Stern*. xii–216 pp. US $13.00.

GENARO J. PÉREZ, *Formalist Elements in the Novels of Juan Goytisolo*. xii–216 pp. US $12.50.

SARA MARIA ADLER, *Calvino: The Writer as Fablemaker*. xviii–164 pp. US $11.50.

LOPE DE VEGA, *El amor enamorado*, critical edition of John B. Wooldridge, Jr. xvi–236 pp. US $13.00.

NANCY DERSOFI, *Arcadia and the Stage: A Study of the Theater of Angelo Beolco* (called *Ruzante*). xii–180 pp. US $10.00

JOHN A. FREY, *The Aesthetics of the* ROUGON-MACQUART. xvi–356 pp. US $20.00.

CHESTER W. OBUCHOWSKI, *Mars on Trial: War as Seen by French Writers of the Twentieth Century*. xiv–320 pp. US $20.00.

JEREMY T. MEDINA, *Spanish Realism: Theory and Practice of a Concept in the Nineteenth Century*. xviii–374 pp. US $17.50.

MAUDA BREGOLI-RUSSO, *Boiardo Lirico*. viii–204 pp. US $11.00.

ROBERT H. MILLER, ed. *Sir John Harington: A Supplie or Addicion to the Catalogue of Bishops to the Yeare 1608*. xii–214 pp. US $13.50.

NICOLÁS E. ÁLVAREZ, *La obra literaria de Jorge Mañach*. vii–279 pp. US $13.00.

MARIO ASTE, *La narrativa di Luigi Pirandello: Dalle novelle al romanzo "Uno, Nessuno, e Centomila."* xvi–200 pp. US $11.00.

MECHTHILD CRANSTON, *Orion Resurgent: René Char, Poet of Presence*. xxiv–376 pp. US $22.50.

FRANK A. DOMÍNGUEZ, *The Medieval Argonautica*. viii–122 pp. US $10.50.

EVERETT HESSE, *New Perspectives on Comedia Criticism*. xix–174 pp. US $14.00.

ANTHONY A. CICCONE, *The Comedy of Language: Four Farces by Molière*. xii–144 $12.00.

ANTONIO PLANELLS, *Cortázar: Metafísica y erotismo*. xvi–220 pp. US $10.00.

MARY LEE BRETZ, *La evolución novelística de Pío Baroja*. viii–476 pp. US $22.50.

Romance Literary Studies: Homage to Harvey L. Johnson, ed. Marie A. Wellington and Martha O'Nan. xxxvii–185 pp. US $15.00.

GEORGE E. MCSPADDEN, *Don Quijote and the Spanish Prologues*, volume I. vi–114 pp. US $17.00.

Studies in Honor of Gerald E. Wade, edited by Sylvia Bowman, Bruno M. Damiani, Janet W. Díaz, E. Michael Gerli, Everett Hesse, John E. Keller, Luis Leal and Russell P. Sebold. xii–244 pp. US $20.00.

LOIS ANN RUSSELL, *Robert Challe: A Utopian Voice in the Early Enlightenment*. xiii–164 pp. US $12.50.

CRAIG WALLACE BARROW, *Montage in James Joyce's* ULYSSES. xiii–218 pp. US $16.50.

MARIA ELISA CIAVARELLI, *La fuerza de la sangre en la literatura del Siglo de Oro*. xii–274 pp. US $17.00.

JUAN MARÍA COROMINAS, *Castiglione y La Araucana: Estudio de una Influencia*. viii–139 pp. US $14.00.

KENNETH BROWN, *Anastasio Pantaleón de Ribera (1600–1629) Ingenioso Miembro de la República Literaria Española*. xix–420 pp. US $18.50.

JOHN STEVEN GEARY, *Formulaic Diction in the* Poema de Fernán González *and the* Mocedades de Rodrigo. xv–180 pp. US $15.50.

HARRIET K. GREIF, *Historia de nacimientos: The Poetry of Emilio Prados*. xi–399 pp. US $18.00.

El cancionero del Bachiller Jhoan López, edición crítica de Rosalind Gabin. lvi–362 pp. US $30.00.

VICTOR STRANDBERG, *Religious Psychology in American Literature*. xi–237 pp. US $17.50.

M. AMELIA KLENKE, O.P., *Chrétien de Troyes and "Le Conte del Graal": A Study of Sources and Symbolism*.xvii–88 pp. US $11.50.

MARINA SCORDILIS BROWNLEE, *The Poetics of Literary Theory: Lope de Vega's* Novelas a Marcia Leonarda *and Their Cervantine Context*. x–182 pp. US $16.50.

NATALIE NESBITT WOODLAND, *The Satirical Edge of Truth in "The Ring and the Book."* ix–166 pp. US $17.00.

JOSEPH BARBARINO, *The Latin and Romance Intervocalic Stops: A Quantitative and Comparative Study*. xi–153 pp. US $16.50.

SANDRA FORBES GERHARD, "Don Quixote" *and the Shelton Translation: A Stylistic Analysis*. vii–166 pp. US $16.00.

EVERETT W. HESSE, *Essays on Spanish Letters of the Golden Age*. xii5208 pp. US $16.50.

VALERIE D. GREENBERG, *Literature and Sensibilities in the Weimar Era: Short Stories in the "Neue Rundschau."* Preface by Eugene H. Falk. xiii–289 pp. US $18.00.

ANDREA PERRUCCI, *Shepherds' Song (La Cantata dei Pastori)*. English version by Mimi and Nello D'Aponte. xix–80 pp. US $11.50.

MARY JO MURATORE, *The Evolution of the Cornelian Heroine*. v–153 pp. US $17.50.

FERNANDO RIELO, *Teoría del Quijote*. xix–201 pp. US $17.00.

GALEOTTO DEL CARRETTO, *Li sei contenti e La Sofonisba*, edizione e commento di Mauda Bregoli Russo. viii–256 pp. US $16.50.

BIRUTÉ CIPLIJAUSKAITÉ, *Los noventayochistas y la historia*. vii–213 pp. US $16.00.

EDITH TOEGEL, *Emily Dickinson and Annette von Droste-Hülshoff: Poets as Women*. vii–109 pp. US $11.50.

DENNIS M. KRATZ, *Mocking Epic*. xv–171 pp. US $12.50.

EVERETT W. HESSE, *Theology, Sex and the Comedia and Other Essays*. xvii–129 pp. US $14.50.

HELÍ HERNÁNDEZ, *Antecedentes italianos de la novela picaresca española: estudio lingüístico-literario*. x–155 pp. US $14.50.

ANTONY VAN BEYSTERVELDT, *Amadís, Esplanadián, Calisto: historia de un linaje adulterado*. xv–276 pp. US $24.50.

ROUBEN C. CHOLAKIAN, *The "Moi" in the Middle Distance: A Study of the Narrative Voice in Rabelais*. vii–132 pp. US $16.50.

JUAN DE MENA, *Coplas de los Siete Pecados Mortales* and First Continuation, Volume I. Edition, Study and Notes by Gladys M. Rivera. xi–212 pp. US $22.50.

JAMES DONALD FOGELQUIST, *El Amadís y el género de la historia fingida*. x–253 pp. US $21.50.

EGLA MORALES BLOUIN, *El ciervo y la fuente: mito y folklore del agua en la lírica tradicional*. x–316 pp. US $22.50.

La pícara Justina. Edición de Bruno Mario Damiani. vii–492 pp. US $33.50.

Red Flags, Black Flags: Critical Essays on the Literature of the Spanish Civil War. Ed. John Beals Romeiser. xxxiv–256 pp. US $21.50.

RAQUEL CHANG-RODRÍGUEZ, *Violencia y subversión en la prosa colonial hispanoamericana*. xv–132 pp. US $18.50.

DAVID C. LEONARD AND SARA M. PUTZELL, *Perspectives on Nineteenth-Century Heroism: Essays from the 1981 Conference of the Southeastern Studies Association*. xvi–164 pp. US $20.00.

La Discontenta and La Pythia, edition with introduction and notes by Nicholas A. De Mara. vii–214 pp. US $17.00.

CALDERÓN DE LA BARCA, *The Prodigal Magician*, translated and edited by Bruce W. Wardropper. vii–250 pp. US $20.00.

JOHN R. BURT, *Selected Themes and Icons from Medieval Spanish Literature: Of Beards, Shoes, Cucumbers and Leprosy*. xi–111 pp. US $16.50.

ALAN FRANK KEELE, *The Apocalyptic Vision: A Thematic Exploration of Postwar German Literature*. vii–129 pp. US $19.00.

ARIÉ SERPER, *Huon de Saint-Quentin: Poète satirique et lyrique*. Etude historique et édition de textes. v–135 pp. US $20.00.

ROBERT COOGAN, *Babylon on the Rhone: A Translation of Letters of Dante, Petrarch, and Catherine of Siena on the Avignon Papacy*. x–126 pp. US $19.50.

LAWRENCE H. KLIBBE, *Lorca's "Impresiones y paisajes": The Young Artist*. xi–165 pp. US $18.00.

NANCY D'ANTUONO, *Boccaccio's "Novelle" in the Theater of Lope de Vega*. xiv–190 pp. US $21.50.

BEVERLY WEST, *Epic, Folk, and Christian Traditions in the "Poema de Fernán González."* v–174 pp. US $18.50.

ERASMO GABRIELE GERATO, *Guido Gustavo Gozzano: A Literary Interpretation*. xii–126 pp. US $19.50.

JOAN CAMMARATA, *Mythological Themes in the Works of Garcilaso de la Vega*. xiv–168 pp. US $21.50.

ROBERT A. DETWEILLER AND SARA M. PUTZELL-KORAB, eds. *Crisis in the Humanities*. xxi–217 pp. US $19.50.

MALCOLM K. READ, *The Birth and Death of Language: Spanish Literature and Linguistics: 1300–1700*. xii–213 pp. US $25.50.

TERRY SMILEY DOCK, *Woman in the* Encyclopédie: *A Compendium*. xii–179 pp. US $18.50.

DARLENE J. SADLIER, *Imagery and Theme in the Poetry of Cecilia Meireles: A Study of* "Mar Absoluto." 1–120 pp. US $19.50.

ELWOOD HARTMAN, *French Romantics on Progress: Human and Aesthetic*. xiv–283 pp. US $26.50.

MIMI GISOLFI D'APONTE, *Teatro religioso e rituale della penisola Sorrentina e la Costiera Amalfitana*. x–65 pp. US $15.50.

Pedro Antonio de Alarcón: Obras Olvidadas. Edición de Cyrus DeCoster. x-388 pp. US $35.00.

Le Gai Savoir: Essays in Linguistics, Philology, and Criticism. Dedicated to the Memory of Manfred Sandmann. Edited by Mechthild Cranston. xi–207 pp. US $27.50.

FORTHCOMING PUBLICATIONS

HELMUT HATZFELD, *Essais sur la littérature flamboyante*.

ALONSO ORTIZ, *Diálogo sobre la educación del Príncipe Don Juan, hijo de los Reyes Católicos*. Introducción y versión de Giovanni Maria Bertini.

Novelistas femeninas de la postguerra española, ed. Janet W. Díaz.

ALBERT H. LE MAY, *The Experimental Verse Theater of Valle-Inclán*.

CORDELL W. BLACK. *Corneille's Denouements: Text and Conversion*.